HOMERO

ODISEA

EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 48



HOMERO

ODISEA

INTRODUCCIÓN DE
MANUEL FERNÁNDEZ-GALIANO

TRADUCCIÓN DE
JOSÉ MANUEL PABÓN



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por MANUEL FERNÁNDEZ-GALIANO.



Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1993.

PRIMERA EDICIÓN, 1982.
2.ª REIMPRESIÓN.

Depósito Legal: M. 4760-1993.

ISBN 84-249-0302-1.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1993. — 6570.

INTRODUCCIÓN

El contenido de la «Odisea»

La *Odisea* nos ha sido transmitida, a partir de la innovación del alejandrino Zenódoto (cf. pág. 52), en veinticuatro cantos, cada uno de los cuales fue designado, en notación que es frecuente hallar hoy, con una de las letras minúsculas del alfabeto griego, quedando las mayúsculas reservadas a los correspondientes de la *Ilíada.*

El total de los versos, hexámetros dactílicos, es de 12.110; el canto más largo es el IV, con 847, y el más breve, el VI, con 331. La media es de 504,5 versos por canto.

En los manuscritos y comentarios antiguos se da a los cantos, o a ciertas partes de los mismos, títulos tradicionales que citamos, a continuación, de un modo aproximado en cuanto a reparto:

Asamblea de los dioses = Theôn agorá (I); *Asamblea de los Itaqueses* (II); *Lo de Pilo* (III); *Lo de Lacedemonia* (IV); *La gruta de Calipso* y *Lo de la balsa* (V); *Llegada de Ulises al país de los Feacios* (VI); *Entrada de Ulises en casa de Alcínoo* (VII); *Lo de los Cícones y Lotófagos* (VIII); *Ciclopea = Kyklōpeia* (IX); *Lo de Eolo y los Lestrígones* y *Lo de casa de Circe* (X); *Visita al país de los muertos = Nékuia* (XI); *Lo de las Sirenas y Escila y Caribdis* y *Lo de las vacas del Sol* (XII); *Llegada de Ulises a Itaca* (XIII); *Conversación de Ulises con Eumeo* (XIV); *Lo del campo* (XV); *Reconocimiento de Ulises*

por Telémaco (XVI); *Lo de la ciudad* (XVII); *Lucha de Ulises e Iro* (XVIII); *Lavatorio = Níptra* (XIX); *Colocación del arco = Tóxou thésis* (XX-XXI); *Matanza de los pretendientes = Mnēstērophonía* (XXII); *Reconocimiento de Ulises por Penélope* y *Lo de casa de Laertes* (XXIII); *Segunda visita al país de los muertos = Deutéra nékuia* (XXIV).

Damos a continuación, como un primer homenaje al autor de esta traducción, fallecido el 16 de diciembre de 1978, casi textualmente su sucinto resumen de la *Odisea,* incluido en las páginas 17 a 28 de su *Homero* (Barcelona, 1947). Prescindimos de las, teóricamente necesarias, comillas o letra cursiva y añadimos, entre paréntesis, algunas citas del poema que sirvan como orientación.

La acción de la *Ilíada* se desarrolla de manera rectilínea en un solo lugar, que es el campo de Troya, y conforme al orden de la sucesión de los tiempos; su materia es casi exclusivamente la guerra. La *Odisea* presenta una complejidad mucho mayor: hay en ella multitud de escenarios por la tierra y el mar; la narración, por motivos artísticos, invierte en gran parte el orden cronológico, y, sobre todo, es grande la variedad de los lances y sucesos; todo ello resulta más admirable dentro de una comunidad de estilo, de lengua y de versificación fuertemente acentuada por la identidad de las fórmulas. El poeta comienza, como en la *Ilíada,* con la invocación a la Musa (I 1-3), para que cuente del *hábil varón que erró largamente después de arrasar la sagrada fortaleza de Troya y que conoció muchas ciudades y el genio de muchos hombres.* Todos los caudillos que habían sobrevivido a la guerra se hallaban de regreso en sus casas; sólo Ulises estaba retenido ya de siete años por la ninfa Calipso en su isla solitaria y umbría: le persigue el rencor de Posidón. De ello se queja Atenea ante la asamblea de los dioses en ausencia del enojado y, con asenso de Zeus, se manda a Hermes que vaya a intimar a la ninfa la orden de dejar partir a Ulises, mientras la propia Atenea desciende a Ítaca

para exhortar a su hijo Telémaco a que se ponga en camino en busca de noticias de aquél. Preséntasele, en efecto, bajo el nombre y figura de Mentes, rey de los Tafios, y es acogido amablemente por el joven, a quien halla rodeado, bien a su pesar, de los pretendientes de su madre Penélope: burlados en sus esperanzas por ésta, que permanece fiel al recuerdo de su esposo, banquetean sin cesar, devorando en su propio palacio la hacienda del ausente. El fingido Mentes, doliéndose con Telémaco de tal insolencia, aconseja a éste que salga para Pilo y Esparta y pida a Néstor y Menelao nuevas de su padre. Así lo hace (II 427): la misma diosa le prepara la embarcación y se la rige hasta Pilo, tomando la apariencia de su ayo Mentor. Allí son acogidos cariñosamente por Néstor, pero éste nada sabe de Ulises (III 185); Telémaco continúa al día siguiente por tierra su viaje a Lacedemonia, acompañado por Pisístrato, hijo de su huésped: la diosa se ha despedido al anochecer, no sin ser reconocida por el anciano rey de Pilo en el momento de partir. Al llegar los dos jóvenes encuentran a Menelao y Helena celebrando en un mismo día las bodas de sus hijos Megapentes y Hermíona. Los esposos reconocen a Telémaco y Menelao le da acerca de su padre las noticias que, al regreso de Troya, ha tenido en Egipto por Proteo, el anciano adivino del mar: está en la isla retenido por Calipso (IV 557). El rey quiere que Telémaco permanezca unos días en su morada, pero el joven está impaciente por partir. En esta parte del poema se nos abre la perspectiva de la vida de paz de aquellos recios caudillos que vimos combatir en Troya, vida sólo pasajeramente entrevista en la *Ilíada:* nos embarga el prestigio de aquellas suntuosas mansiones señoriales donde se conserva vivo el recuerdo de la guerra y de los grandes amigos que tomaron parte en ella, con sus solemnidades de bodas y sacrificios y su generosa hospitalidad de mesa y lecho, seguida del ofrecimiento de ricos presentes. El poeta nos traslada de nuevo a Ítaca: los

pretendientes, enterados de que Telémaco se ha hecho a la vela hacia Pilo, preparan una emboscada para matarle a su regreso; Penélope, informada de ello, queda presa de angustioso dolor; pero Atenea la consuela y tranquiliza en sueños bajo la figura de su hermana Iftima.

En este punto (V 5) se repite la deliberación de los dioses que mencionamos al comienzo y el relato prosigue con la suerte de su héroe principal: en la isla remota de la ninfa Calipso, mansión embrujada con sus árboles sombríos y sus pájaros extraños, Ulises llora a la orilla del mar la nostalgia de su patria y su esposa. Llega Hermes y da a la ninfa la orden de dejar en libertad al prisionero; ella, aunque dolida, se resigna y procura al cautivo los medios de construir la balsa en que ha de partir; con todo pormenor se nos describe la construcción; ufano se hace Ulises al mar y gobierna diestramente su embarcación durante dieciocho días. Ya está a la vista de la tierra feacia, que será su refugio; pero en este punto lo ve Posidón, que regresa del país de los Etíopes, y desata contra él una terrible tempestad. Despedido de la balsa, la alcanza de nuevo y en ella sigue hasta que queda deshecha. Calmado al fin el temporal, consigue el héroe llegar a nado hasta el cauce de un río por el que alcanza la tierra. La descripción de la lucha del héroe con la tempestad es verdaderamente admirable: sentimos la viva presencia del mar con el ímpetu de sus olas, el vaho de sus espumas y el estrellarse del embate en la aspereza de los acantilados; punto por punto seguimos en él el esfuerzo desesperado del náufrago hasta que cae, agotado vencedor, sobre la tierra ribereña.

Ulises pasa la noche en una altura cercana, abrigado con el follaje que allí encuentra derramado en abundancia. Con un efecto casi musical, la escena se reduce, se pacifica y se acalla: el poeta nos traslada en compañía de Atenea al palacio de Alcínoo, rey del país que sirve de refugio al héroe recién salvado, y nos introduce (VI 15) en la es-

tancia donde duerme con dos bellas esclavas su hija Nausícaa, *semejante a las diosas en talle y en hermosura;* sentimos la ilusión de su amanecer después de un sueño prometedor y placentero; su jornada empieza en la ufanía del trabajo y en el gozo del campo y la libertad; después de lavar con sus siervas las ropas en las fuentes del río, viene el yantar y, tras éste, el juego; y he aquí a Ulises que despierta a las voces de las muchachas. Desnudo y desfigurado por el sarro del mar, ha de salir a su encuentro: un encuentro embarazoso que el poeta resuelve briosa y triunfalmente por el milagro de la palabra. El lenguaje humano puede ofrecer pocas muestras de belleza como aquella oración de Ulises a Nausícaa; pero ésta es digna de la oración y sabe contestarla a un tiempo con amabilidad y modesta reserva. Lo demás viene por sí mismo: el baño de Ulises, a quien Atenea reviste de hermosura hasta causar la admiración de la joven, los discretos consejos de ésta al forastero, la vuelta a la ciudad en la tarde de sol.

Ulises es acogido con gran fervor y distinción en el palacio de Alcínoo (VII 135); desde el primer momento se le prometen los medios para que regrese a su patria (VIII 31); después se le festeja largamente y al fin, requerido por el rey, se da a conocer y empieza (IX 2) el relato de sus aventuras desde su salida de Troya. Son historias en su mayor parte maravillosas, de aquellas en que se exige mayor autoridad al narrador; semejantes a las que sin duda traían los marinos del remoto y oscuro occidente y que nadie querría oír sino de los labios de los que las habían vivido: el poeta hace que Ulises las refiera en primera persona. Allí sabemos, primero, de las luchas con los Cícones y del país de los Lotófagos, que se alimentan con la flor del olvido; viene, luego, la aventura del ciclope, cuento delicioso en que aparecen artísticamente combinados los más bellos elementos del género. La vida del monstruo nos ofrece una mezcla de lo fantástico y lo cotidiano,

y la narración en sí, la imagen del riesgo no vencido hasta el último momento en la clásica lucha de la astucia al servicio del bien contra la fuerza del malvado; todo ello, con una insuperable viveza de representación. Pasamos, luego, por la cerrada, gozosa y patriarcal mansión de Eolo (X 13); entrega éste a Ulises el odre de los vientos y, estando ya el héroe a la vista de su patria, sus insensatos compañeros abren el odre mientras él duerme; los vientos desatados los llevan de nuevo a la isla del dios, que, indignado, los rechaza y despide. Desde allí dan en el país de los fieros y gigantescos Lestrígones, que les hunden las naves, dejándoles sólo una; más adelante, en la isla de Circe, la diosa hechicera que convierte en cerdos a la mitad de los compañeros de Ulises, destacados a visitar su morada. Cuando Ulises se encamina hacia allá en busca de los suyos, Hermes se le aparece y le entrega la hierba inmunizadora mediante la cual consigue imponerse a la diosa y logra la restitución de sus compañeros a la forma humana. Por consejo de la misma Circe, visita la mansión de Hades (XI 22) para consultar sobre su regreso con la sombra del adivino tebano Tiresias; ésta le da el consejo capital de respetar a su paso por la isla Trinacia las vacas del Sol que pacen en ella. El héroe conversa también con muchas sombras de hombres y mujeres: de conmovedora ternura es la conversación con su madre Anticlea, muerta por la pena de su ausencia; e impresionante, por su hondura y grandeza, el diálogo con Aquiles. De allá vuelven a Circe y, luego, pasan junto al prado de las Sirenas (XII 167): sus riberas blanquean con los huesos de los desdichados atraídos por su voz seductora. Ulises tapa con cera los oídos de los suyos y hace que ellos le aten a él mismo a un mástil para gozar de la dulzura del canto sin sucumbir a la seducción. Pasan, después, entre los dos escollos Caribdis y Escila, monstruos que devoran a los pasajeros en sus aguas remolineantes: el héroe contempla en espantosa visión cómo Escila arre-

bata de la nave a seis de sus compañeros, los eleva hacia el cielo y los traga después, mientras ellos tienden hacia él sus manos invocándole por última vez. Llegan, más adelante, a la isla del Sol y contemplan las hermosas vacas que en ella están paciendo. Ulises, recordando las advertencias de Tiresias, quiere pasar sin detenerse, pero sus compañeros, rendidos de cansancio, se empeñan en pernoctar allí y él tiene que contentarse con exigirles juramento de no tocar las reses de la isla. Desgraciadamente los vientos son adversos, la estancia se prolonga, las provisiones se acaban y, en ocasión en que Ulises se ha retirado a invocar el favor de los dioses, aquellos hombres dan caza a las vacas del Sol para satisfacer su necesidad. Se producen terribles señales. Ulises, desolado, reprende, ya inútilmente, a los suyos. Cambiados los vientos, se hacen al mar, pero a poco una tempestad destroza la nave y acaba con todos los compañeros del héroe. Éste, a la deriva sobre la quilla, llega a la isla de Calipso, donde ha comenzado la narración de esta parte del poema.

Cuando termina el relato, Alcínoo proclama (XIII 4) el fin de las desgracias de Ulises; los Feacios le colman de dones y preparan la nave que ha de llevarle a Ítaca. Llega dormido; los marinos le dejan sin despertarlo en la ribera y ponen junto a él los tesoros. Regresa el navío, pero Posidón, a la vista ya de los Feacios, lo convierte en roca y lo fija para siempre en el fondo del mar. Al despertar el recién llegado, no sabe dónde está: Atenea ha dispuesto que no reconozca las costas de su patria; se cree engañado por los Feacios hasta que la diosa misma le abre los ojos y le muestra la realidad del paisaje. Por orden suya va a la majada del porquerizo Eumeo (XIV 3): entramos en un mundo rústico dominado por la simpática figura del ganadero que, al tiempo que atiende a su ganado con menuda e inteligente solicitud, nutre en su alma nobles sentimientos de fidelidad a su señor y de hospitalidad para el forastero. Su conversación con el

recién venido tiene por tema principal el recuerdo de Ulises y la situación de su familia y hacienda; el porquerizo no espera verle ya; su huésped sostiene que no tardará en volver. Entretanto, la diosa Atenea ha dado prisa a Telémaco para que regrese a Esparta y le ha advertido de la emboscada de los pretendientes. Emprende aquél el regreso con Pisístrato y se embarca, sin detenerse en Pilo. Al llegar a Ítaca va también (XV 555) a la cabaña del porquerizo, que le acoge con muestras de apasionado afecto y le presenta al forastero. Mientras Eumeo va a dar cuenta a Penélope de la llegada de Telémaco, Ulises se da a conocer a éste (XVI 188); tratan ambos de la venganza contra los pretendientes y el padre ordena al hijo que guarde absoluto silencio sobre su llegada: ni la misma Penélope debe conocerla. Vuelto el porquerizo, le encarga Telémaco que conduzca al huésped a la ciudad, mientras él va por otra parte a presentarse a su madre, a la que no da otras noticias de Ulises que las recibidas de Menelao.

Asistimos, después, a la estancia del héroe en su propio palacio (XVII 336) bajo figura de mendigo, entre los insultos y agresiones de los pretendientes y las insolencias de los criados (XVIII 326). Penélope quiere hablar con el vagabundo y queda hondamente complacida de su ingenio y de los recuerdos que guarda de su esposo; asegúrale el huésped que aquél llegará en la misma luna.

Un sueño inspira a Penélope la idea de poner a prueba a los pretendientes haciéndoles disparar el arco de Ulises, que conserva en palacio: el forastero, consultado sobre ello, aplaude el proyecto y le aconseja (XIX 584) que no aplace su ejecución. Sigue una noche llena de esperanzas y presagios para ambos esposos. A la mañana siguiente, los pretendientes invaden de nuevo la morada; vuelve el festín y tornan las ofensas al huésped (XX 177). Penélope propone la prueba del arco (XXI 74); notable es el arte con que la refiere el poeta señalando los distintos efectos

que los fracasos sucesivos van produciendo en los pretendientes, el desaliento de los unos, la arrogancia de los otros; diversidad parecida hay en los comentarios cuando Ulises, tomando el arma en sus manos, la examina y prepara; al fin, el éxito de éste y la mutación súbita de la escena: la paciencia del pacientísimo Ulises ha terminado; fiero e inexorable se da a conocer a todos; la descripción (XXII 8) de la caída de los procos, asaeteados por el héroe, iguala por lo menos a lo mejor de la *Ilíada* en cuadros parecidos. Pero las flechas se van agotando. Telémaco va a buscar en el tesoro armaduras para él, para su padre y para los dos fieles servidores Eumeo y Filetio. Los pretendientes se arman también por obra del cabrerizo Melantio, pero Atenea da la victoria a Ulises y a los suyos; tras la matanza de los pretendientes viene el castigo de los siervos infieles: las impúdicas esclavas que pasaban las noches con los procos son ahorcadas; Melantio, horriblemente mutilado. El ama, Euriclea, ha ido a anunciar a Penélope la vuelta de Ulises (XXIII 7) y la muerte de los pretendientes. Penélope se resiste a creerlo: está viendo a su esposo y el miedo a engañarse le impide acercarse a él; sólo a fuerza de pruebas se deja caer en sus brazos y le pide perdón por su anterior retraimiento.

Ulises, por otra parte, teme el efecto que la noticia de la carnicería ha de producir en el pueblo de Itaca; prudentemente ordena a sus criados leales que finjan celebración de bodas en palacio; la vecindad lo cree y lo comenta. Sale, luego, acompañado de Telémaco, Eumeo y Filetio, armados los cuatro, para la heredad donde mora su padre Laertes (XXIV 205). Hay un intermedio en que se describe la bajada al Hades de las sombras de los pretendientes. Ulises encuentra a su padre trabajando en el campo y en miserable pergeño, se finge forastero y antiguo huésped de su hijo; pero, conmovido por el dolor del anciano, se da a conocer. Estando todos complacidos

a la mesa, llega una facción del pueblo amotinada y acaudillada por Eupites, el padre del joven Antínoo, que fue cabecilla y primer caído entre los pretendientes. Laertes y los suyos se disponen a la defensa; el anciano da muerte a Eupites; Ulises y Telémaco hacen estragos entre los atacantes hasta que Atenea espanta a éstos y, conteniendo a Ulises en su deseo de persecución, pone fin a la batalla.

Toda esta parte de la *Odisea,* conocida con el nombre de *La venganza,* aunque notable por sus salpicadas bellezas, revela, en general, un desmayo de inspiración comparada con lo que la precede en el poema: el relato se interrumpe o prolonga torpemente con la intervención de personajes nuevos que apenas traen sino distracción y embarazo; los incidentes se repiten hasta causar enfado; el recurso de la intervención divina, que sin necesidad, pero no sin gusto, emplea el poeta en otros pasajes, se prodiga aquí lamentablemente; el oscurecimiento de la luz poética es casi total en el último canto.

El poema, como se ve por la anterior exposición, consta de tres partes bien distintas: asunto de la primera es la expedición de Telémaco en busca de su padre, cuyo relato sigue a la exposición del estado de cosas en el palacio de Itaca; la segunda parte refiere las aventuras acaecidas a Ulises desde que salió de Troya hasta que llega a su patria. El poeta toma al héroe en la última estación de las maravillas, la isla de Calipso; después le hace referir a él mismo ante Alcínoo y su corte todo lo anterior; finalmente, tercera y última parte, seguimos a Ulises en su propio país, primero en la cabaña de Eumeo y luego en el palacio hasta que ejecuta la matanza de los pretendientes y es reconocido por su esposa: el segundo episodio del Hades y las escenas en la heredad constituyen dos apéndices impertinentes.

Las partes segunda y tercera son enteramente diferentes por su escenario y por la índole de la acción; podrían existir independientemente. En la una vemos cómo el héroe

se esfuerza por llegar a su patria; en la otra, cómo lucha para reivindicar su posición en la propia morada. La segunda empresa se ofrece a su consideración de improviso cuando ha realizado la primera. Para que el lector no resulte igualmente sorprendido se ha ideado la primera parte o *Viaje de Telémaco.* Ésta, ciertamente, no podría concebirse como pieza autónoma; aunque ausente el héroe, es su figura la que manda y se impone en la acción; así la primera y la segunda parte confluyen en la tercera con el encuentro del padre y el hijo en la majada de Eumeo. Si a esto añadimos la forma en que el poeta ha invertido el orden de los sucesos en la segunda parte, podemos asegurar que la unidad de la *Odisea* no es menor que la conseguida en la *Ilíada,* sino que está más artísticamente conseguida. Sólo la cronología ha flaqueado al poeta: partiendo del mismo momento, la historia de Telémaco y la de Ulises, no se ha cuidado de contar los días en una y otra, y ha quedado un vano en el que no se sabe lo que hace el primero, ni tampoco los pretendientes que le acechan.

Los días de la «Odisea»

Como se ve, y en relación con lo que ahora diremos, esta introducción se desentiende voluntariamente de los problemas de autoría y unidad para enfocar la obra como un todo coherente en función, sobre todo, de quien le dio la última mano. También observamos una cierta perplejidad ante la cronología del poema, pero en este aspecto es posible llegar a conclusiones más ciertas, al menos por lo que toca a lo que opinaban los antiguos sobre el viaje de Ulises. Recordaré acerca de ello lo que hace años comenté, en mis artículos «Notas a un comentario sobre los días de la Odisea» (*Par. Pass.* VIII [1953], 65-70) y «Nuevamente sobre el papiro de los días de la Odisea»

(*Emerita* XXVIII [1960], 95-98), acerca del no demasiado mutilado *Pap. Schub.* 3, del s. II o III d. C.

La cuenta de los cuarenta días resulta:

1-6: Ulises en casa de Calipso; Telémaco de viaje.
- 1: I 1-444.
- 2: II 1 (amanecer)-434 (noche).
- 3: III 1 (id.)-403 (lecho).
- 4: III 404 (id.)-490 (noche).
- 5: III 491 (id.)-IV 305 (lecho).
- 6: IV 306 (id.)-847.

7-35: Viaje de Ulises.
- 7: V 1 (amanecer)-227 (amor nocturno).
- 8-11: V 228 (id.)-262 (cuatro días de construcción de la balsa).
- 12-28: V 263-278 (diecisiete días de navegación).
- 29-30: V 279-389 (dos días, cf. 388, de naufragio y permanencia en el agua).
- 31: V 390 (amanecer)-493 (llegada a la costa y sueño).
- 32: VI 1 (sueño)-VII 347 (lecho).
- 33: VIII 1 (amanecer, largo relato de Ulises)-XIII 17 (sueño).
- 34: XIII 18 (amanecer)-92 (sueño).
- 35: XIII 93 (amanecer en 94)-XIV 533 (id.).

36-37: Ulises y Telémaco, separadamente, al principio.
- 36: XV 1-300 (andanzas de Telémaco; en 296 se pone el sol). XV 301-494 (Ulises en Ítaca; al final, sueño).
- 37: XV 495 (amanecer)-XVI 481 (sueño).

38-40: Padre e hijo, juntos.
- 38: XVII 1 (amanecer)-XX 90.
- 39: XX 91 (id.)-XXIII 343 (sueño).
- 40: XXIII 344-XXIV 548.

Bastante plausible todo, salvo por lo que toca, como ha visto Pabón, a la conexión entre los viajes de Ulises y Telémaco.

Digamos algo ahora sobre la época del año, inspirados sobre todo en las páginas 239-253 de la obra de N. Austin que mencionaremos en nuestra 81. Ulises se ha demorado excesivamente en la isla de Calipso, dejando llegar el

mal momento para la navegación. En V 272-273 se nos dice (cf. pág. 27) que contempla la Osa, constelación circumpolar, pero también el Boyero y las Pléyades: es decir, observa al anochecer la puesta de aquél y, con poca diferencia de tiempo, pues son constelaciones muy opuestas, el orto de las Pléyades o Cabrillas, a las que tendrá sobre sí durante toda la noche en su viaje hacia el E. Esto sucede en octubre y, probablemente, en el momento en que todavía el sol sale antes de que se pongan las Pléyades, pues cuando, por amanecer más tarde, es visible el ocaso de éstas, hacia el 8 de noviembre, la navegación es ya difícil o imposible, como sabemos por Hesíodo (*Trab.* 618-621) y la *Antología Palatina* (Asclepíades, V 189; Mnasalces, XII 138; Automedonte, VII 534). Aun así, el héroe se ve sorprendido (V 291 ss.) por la primera y terrible tormenta del otoño; es cierto que su nueva travesía, desde Esqueria hasta Ítaca, no ofrece dificultades (XIII 88), pero ello se debe a las dotes marinas sobrenaturales del pueblo de Alcínoo.

Otros signos de mal tiempo: en V 467-468, Ulises tiene miedo al frío del alba y al rocío; en V 481-485 se tapa con mucho follaje; en XIV 457-458, ya en Ítaca, con una noche tremenda, sopla el céfiro trayendo lluvia. Eumeo se abriga muy bien (XIV 529-530) y dice que las noches son largas (XV 392); se hace necesario (XIX 63-64) avivar la llama del lar.

En el citado verso XIV 457 leemos que la noche es *skotomênios*, es decir, probablemente de luna nueva; hecho que queda bien claro en la profecía de Ulises, contada dos veces, en XIV 161-162 y XIX 306-307.

Menos claro está —hay que tener en cuenta también (cf. pág. 39) la intervención en el poema de dos manos— que Teoclímeno, en XX 355-357, se refiera a un eclipse de sol únicamente posible en luna nueva, y aún es más incierto que tengan carácter simbólico, en el momento del triunfo de Ulises y cese de la opresión en su

casa, las alusiones a una primavera futura (XVIII 367-370, XXII 299-301) y las apariciones de aves primaverales como el ruiseñor (XIX 518-523) y la golondrina (XXI 411 y XXII 240).

La geografía de la «Odisea»

No menos embrollada resulta la localización geográfica del poema, que a tantas fantasías se ha prestado siempre. Damos un estado de la cuestión ateniéndonos, sobre todo, a los dos artículos de la *Real-Encyclopädie* escritos por P. von der Mühll (*Odyssee,* Supplementb. VII, 1940, páginas 696-768) y A. Lesky (*Homeros,* Supplementb. XI, 1968, págs. 687-846) y, aunque con la necesaria cautela, a lo mucho e ingenioso que sobre el tema escribió Víctor Bérard; también el buen navegante Antonio Pastor hizo agudas consideraciones al respecto en «Liberación de Odiseus» (págs. 65-109 de *Tres lecciones sobre Homero,* cuaderno 10 de la Fundación Pastor, Madrid, 1965).

El relato de Ulises comienza con datos de cierta precisión geográfica que establecen una verosímil relación con Troya. En IX 39-40, la expedición llega a una ciudad de los Cícones, Ísmaro: se trata de una población real de la costa tracia, cercana a la posterior Maronea, a no ser que se trate del mismo lugar: en los versos 197-198 se habla de un tal Marón, sacerdote de Apolo en Ísmaro, que había dado a Ulises el dulce vino que embriagaría al cíclope. En el 67 se produce una tempestad que introduce a los héroes en un mundo fabuloso: se ven obligados a permanecer en tierra firme, no sabemos dónde, durante dos días y dos noches (74) y, al cesar la tormenta, reemprenden la navegación hacia el SO. (78), pero el soplo del Bóreas o viento Norte (81; más bien se esperaría el del O.) no les deja pasar por entre Citera y el cabo Malea para enfilar luego, en dirección N., el mar Jónico hacia Ítaca.

El temporal les azota durante nueve días (82; el número puede ser redondo, mágico o simbólico y parece, en todo caso, excesivo) y, si se mantuvo el viento N., no tiene nada de particular que la tierra de los Lotófagos, a que arriban al décimo (83-84), quepa situarla en alguna fértil región del N. de África. Ya Licofrón (cf. págs. 54-55) pensaba (648) en las regiones de la Sirte Menor; y Bérard ha sugerido la isla tunecina de Djerba: el loto podría ser el azufaifo o el dátil.

En el 106 se llega a la tierra de los ciclopes; en el X 1, a la isla Eolia, donde habita el dios Eolo; en el 25, esta amable divinidad concede al héroe el soplo del Céfiro o viento O. para que le lleve a su patria; luego estas dos aventuras se han desarrollado en un país más o menos occidental. Estrabón (I 2, 14) dice que Hesíodo sabía ya que el periplo de Ulises se verificó por la parte de Italia y Sicilia y que menciona a los Tirrenos, el Etna y la isla siracusana de Ortigia; y, en efecto, un papiro de dicho poeta (fr. 150 M.-W.) ha transmitido un pasaje con muchas conjeturas en que habla de que los hijos de Bóreas recorrieron todo el mundo y, concretamente, *el monte de Atlas y el Etna y... Ortigia y el pueblo lestrigonio* (vv. 25-26) y *oyeron la voz de las sirenas* (v. 33). Algo más arriba, en efecto, ha mencionado Estrabón (I 2, 9) la posibilidad de que Eolo haya reinado en Lípara, la actual Lipari, y las demás islas llamadas desde la Antigüedad *Aeoliae*; es difícil resistirse a la sugestión de que los ciclopes, con su ojo solitario, su gigantismo y sus lanzamientos de rocas, son personificaciones del Etna, Vesubio o Stromboli; las cabras de IX 118 recordarían el nombre de la isla de Capri; y hay otra candidata a la identificación con los dominios de Polifemo en la cercana a Puteoli, hoy Pozzuoli, que se llama Nisida, «el islote», en griego.

Sigue una navegación sin incidentes a lo largo de otros nueve días (X 28); al décimo (29) contemplan Itaca en lo que debería haber sido el final del viaje; pero entonces

surge (34) la imprudencia de los compañeros, quienes liberan (48) la tempestad que les vuelve a llevar (55) a la isla Eolia.

De allí zarpan, despedidos por el dios ahora furibundo (76), para navegar, ignoramos en qué dirección, durante seis días (80) hasta tocar (81-82) el *Lámou aipù ptolíethron / Tēlépylon Laistrygoníēn.* Este país de caníbales otra vez parece que nos sitúa en Oriente, al menos si se observa que Lamo es el nombre de un rey, un río o una ciudad de Cilicia, la parte de Asia Menor situada al N. de Chipre. Varios autores antiguos (cf. ya el citado testimonio de Hesíodo y otros posteriores, como el último pasaje mencionado de Estrabón) ubican, sin embargo, el tal pueblo en la región sícula de Leontinos, donde Plinio (*Nat. Hist.* III 8, 14) habla de los *Laestrygonii campi*; mientras que Horacio, haciéndose eco de una tradición que los localizaba en Formias, ciudad costera del Lacio, ya vecina a Campania, habla del vino de allí contenido *Laestrygonia... in amphora* (*Od.* III 16, 34) y bromea (*Od.* III 17, 1) con su amigo Elio Lamia llamándole *uetusto nobilis ab Lamo*, es decir, descendiente del supuesto Lamo, de que hablaría Homero. Pero contradictoriamente encontramos también un verso (86, *tan de cerca se siguen los pasos la noche y el día*) del que se ha pensado que pudiera aludir al hecho de que en los países nórdicos y en verano las noches son muy largas; y en los anteriores (84-85) el poeta posterior de que trataremos anda evidentemente algo desorientado al respecto y no se fija en que lo que, tal vez, quiere decir su predecesor es que, en esas tierras, un pastor resistente al sueño puede aprovechar la luz diurna para dos jornadas laborales consecutivas. Ahora bien, las aventuras lestrigonias contienen también (108) un topónimo auténtico, el de la fuente Artacia, cercana a Cícico, ciudad de la costa meridional de la Propóntide, y mencionada por Apolonio (I 957). Todo esto, de momento, nos lleva a latitudes un tanto nórdicas (aun-

que no notables aún por sus muchas horas de día en verano) y, como hemos dicho, a longitudes orientales; y, de otra parte, comprueba lo que varios eruditos han observado, la gran relación que existe entre algunas aventuras de Ulises y una versión antigua de la gesta de Jasón y los Argonautas, tan relacionada con las regiones del Mar Negro (cf. págs. 25 y 37-38 sobre XII 70).

En efecto, Ulises, que en X 132 ha perdido oportunamente la escuadra ya incómoda para el narrador, quedándose sólo con una más manejable nave, vuelve a partir en 133 y llega, en 135, *Aiaíēn... es nêson.* Aquí hay un adjetivo tres veces empleado para la isla y otras tres para Circe. De estos últimos casos, Pabón traduce *de Circe,* sencillamente, en XII 268, sustituye el adjetivo por el topónimo en IX 32 *(la ninfa de Ea)* y respeta aquél en XII 273 *(Circe la Eea),* mientras que, para reproducir los tres apelativos insulares, vierte siempre, con hiato, en *de Ea.* En efecto, y continuamos íntimamente ligados al tema argonáutico, el mismo adjetivo es también varias veces empleado por Apolonio con referencia no sólo a la isla y costa y a Circe, sino también a Medea, hija de *Aiḗtēs,* Eetes, hermano de aquélla. En cambio, el nesónimo correcto, también muy usado en las *Argonáuticas,* es *Aîa.* Resulta discutible que en esta palabra haya una relación etimológica con *Ēṓs,* nombre de la Aurora; pero Mimnermo, en el fr. 11 W., sitúa el país de Pelias junto a la corriente del Océano, lo que aclara su fuente, Estrabón (I 2, 40), con la frase *pròs taîs anatolaîs,* que indica el borde oriental del límite circular de la tierra y no el occidental (cf. pág. 24); en el 11 *a* W., anotado por el mismo geógrafo a continuación, el elegíaco habla de la alcoba del Sol, es decir, del lugar oriental en que éste reposa antes de salir; y aún más indicativos son los versos XII 3-4 de la propia *Odisea (la isla de Ea, en que tiene sus casas / y sus coros la Aurora temprana y el sol sus salidas).* A lo cual podríamos agregar que Ulises, desnortado al haber

pasado de las regiones de Occidente a las de Oriente, se queja de ello en X 190-192 *(pues aquí no sabemos en dónde está el alba ni en dónde / el ocaso, por dónde a enterrarse va el sol que ilumina / a los hombres ni en dónde resurge).*

Mas no terminan aquí las complicaciones. Aparte de que es sugestiva la idea de que tenga algo que ver con Circe el monte Circeo, antigua isla soldada a la península itálica y sita al N. de Ponza y al S. del Agro Pontino; aparte también de que en la *Teogonía* de Hesíodo (1011-1015) se nos informa de que Ulises y Circe tuvieron dos hijos, Agrio y Latino, que reinaron en las islas divinas de la tierra tirrena, al final del libro X, cuando el héroe se dispone a interrogar a los muertos, esperaríamos una localización occidental para ello. Recuérdese que, en XXIV 10-12, Hermes se lleva a los procos difuntos por rutas nebulosas hacia las corrientes del Océano y la *Leukáda pétrēn* y las puertas del sol, es decir, aquellas por las que éste se pone; y el supuesto suicidio de Safo en la peña blanca o de Léucade podría también simbolizar el ocaso del lucero de la tarde en pos de Faón, astro solar. Pero no, Circe promete absurdamente (X 507) que hará soplar, para que Ulises atraviese el Océano (508) en busca de la casa de Hades (512), otra vez el Bóreas, el cual (¿se empleará la palabra solamente para designar un viento violento o impetuoso?) no es óbice para que Ulises roce los territorios nuevamente nórdicos de los Cimerios, siempre envueltos en nubes y en bruma (XI 14-15) y que nada tienen que ver, desde luego, con la nación histórica llamada así (aunque von der Mühll ha anotado, con razón, que la utilización del étnico indicaría para este pasaje una composición posterior al siglo VII a. C., momento de la invasión de Asia Menor), pueblo en Homero de inviernos largos, pues *el sol fulgurante / desde arriba jamás con sus rayos los mira ni cuando / encamina sus pasos al cielo cuajado de estrellas / ni al volver nuevamente a la tierra del cielo: tan sólo / una noche mortal sobre aquellos cuitados se cierne.*

Todo esto, siempre que no se acoja la tesis muchas veces expuesta de que, como en Virgilio, la evocación de los muertos se realiza en las bien conocidas regiones «infernales» de Campania: ya esto se hallaba ampliamente expuesto (681-711) en Licofrón (que, además, menciona visitas de Ulises a las islas Pitecusas, hoy Ischia y Procida, y a la tumba en Bayas de su timonel Bayo), Estrabón (V 4, 5-6) y Plinio (*Nat. hist.* III 5, 9), que cita un *Cimmerium oppidum* cercano a Cumas, un *lacus Auernus*, hoy lago de Averno, cráter de un volcán extinto, y una *Acherusia palus* que ha querido identificarse con la laguna del Fusaro, vecina también a Cumas, de la que se decía que se comunicaba con el mar, mientras que otros autores hablan de un Cocito que tal vez denomine al lago Lucrino, sito entre Bayas y Puteoli.

Se presenta Ulises en la isla de Circe por segunda vez (XII 2); le anuncia la hechicera sus futuras andanzas, incluida la de las rocas Errantes (61) de que hablaremos, con las que no se enfrentó jamás el héroe y de las que en 70 se dice que la nave Argo fue la única en pasar a través de ellas; y el ritmo se acelera cuando llegan en seguida, *autíka* (151), a los parajes de las Sirenas y aparecen rápidamente, *karpalimōs* (166), junto a la tierra de ellas y al punto, *autík'épeita* (201), en los dominios de Escila y Caribdis y al punto otra vez (261) frente a la isla del Sol. Lo cual presupondría una navegación recta e impulsada por un viento constante. Los «italistas» tienen a su disposición un itinerario fácil y atractivo: de N. a S., con el archipiélago de las Sirenas frente a Amalfi y Escila y Caribdis, desde luego, a uno y otro lado del estrecho de Messina.

Conviene notar, con todo, que en Licofrón (712-731) las Sirenas, despechadas ante su fracaso, se lanzan al mar, bien convirtiéndose en las llamadas islas Sirenusas, hoy los Galli, al SE. de la península de Sorrento, bien (con contradicción sugerida por el propio autor) quedando se-

pultada una de ellas, Parténope, en Falero, nombre primitivo de la ciudad denominada luego según ella y por último Neapolis y Napoli; otra, Leucosia, en la isla lucana que es hoy Licosa; y la tercera, Ligea, en la que lleva su nombre, junto a Terina, ciudad de la costa O. del Brutio cuyas ruinas están hoy en la abadía de Santa Eufemia, cerca de Nocera Terinese.

En cuanto a la isla del Sol, parece *a priori* que, si a éste se le entiende como poniente, debería encontrarse otra vez al O., y tradicionalmente se ha pensado que esta Trinacia, parecida a un *thrînax* o tridente, podría ser Sicilia, la tierra triangular (con sus cabos Lilibeo, Peloro y Paquino) a que, en efecto, se dio posteriormente el nombre de Trinacia o Trinacria. No faltan, sin embargo, quienes localizan el lugar en el Peloponeso o la Calcídica, península de tres puntas: en Tracia hay constancia del culto al astro o al héroe solar Orfeo, y se cuenta del gigante Alcioneo, de aquella región, que robó también las vacas del Sol. Y, para terminar de complicar el problema, veamos un dato muy relevante: en 325 leemos que la nave no puede salir de aquella isla porque solamente soplan los vientos del S. y el E., el Euro y el Noto, lo cual quiere decir que los navegantes se hallan, más o menos, en un punto del NO. y es poco compatible con nada de lo expuesto.

Rompe, por fin, a soplar el Céfiro (408) en abono también de la tesis occidental; queda solo Ulises al ahogarse sus compañeros (419); cesa el citado viento para reaparecer el S. (426-427); el mástil y la quilla en que se ha refugiado Ulises (un vaso geométrico del s. VIII ofrece una escena semejante relacionada de modo probable con la *Odisea*) vuelven a enfrentarse con Escila y Caribdis (430); y, al fin, los dioses llevan al sufrido héroe a la isla Ogigia (448), donde le esperan los amantes brazos de ese doblete de Penélope y antecedente de Circe que es la ninfa Calipso.

Aquí se plantean varios problemas difícilmente solu-

bles: si en el onomástico *Kalypsố* se encuentra la mención de una diosa de la muerte que cubre de oscuridad o tal vez la de una simple raptora, ocultadora de Ulises; qué quiere decir la rara palabra *Ōgygíē*, de la que secundariamente se formó pronto un adjetivo *ōgýgios* «antiquísimo»; y, en fin, nuevamente y casi por última vez, el de la localización.

En este caso el poeta ha sido más claro que de costumbre. En V 268, construida ya la balsa, Calipso otorga a Ulises un *oûros*, viento favorable, una *brisa de popa* como dice Pabón; y a continuación (271-277) vemos que el héroe *velaba / a las Pléyades vuelto, al Boyero de ocaso tardío / y a la Osa, a que otros dan nombre del Carro y que gira / sin dejar su lugar al acecho de Orión; sólo ella / de entre todos los astros no baja a bañarse al oceano. / La divina entre diosas Calipso dejó dicho a Ulises / que arrumbase llevándola siempre a su izquierda.*

El viaje, al parecer, se verifica en la época en que al atardecer puede observarse la puesta de la constelación del Boyero, es decir, en octubre; y Homero anota que la Osa Mayor no queda nunca debajo del horizonte, añadiendo el dato falso de que es la única circumpolar. Y como en su época el polo no estaba donde ahora, sino cerca de la estrella α del Dragón, la circumpolaridad era entonces total; hoy solamente se produce en latitudes como la de Madrid, mientras que en el S. de España la η del Carro es invisible a eso de las once solares del 5 de noviembre. Pero lo importante es que Ulises mantiene el N. a su izquierda y, por tanto, navega largamente, durante diecisiete días (278), de O. a E. hacia la tierra de los Feacios.

Bérard ha sacado inmediatamente sus conclusiones: si esto es así y si en la isla de Calipso (V 60) se cría el cedro, el lugar y la gruta inmensa, que hoy puede visitarse aún, están en la isla del Perejil, al pie del Atlas, cerca de Ceuta y frente a Gibraltar. La hipótesis es arriesgada. Pero, además, no sabemos si Esqueria, avistada en 279-280 y

a la que el héroe llega después del naufragio, en 462, no sin una inexplicable intervención (cf. pág. 34) del viento N. (385), equivale a Corcira o quizá, como pretendía Butler, cuya teoría defiende ahora L. G. Pocock (cf. página 82), a Trapani, al O. de Sicilia (V. Barrabini acaba de publicar póstumamente un bellísimo libro al respecto, *L'Odissea a Trapani*, Trapani, 1980); ni, en definitiva, si Ítaca, en la que, al fin, pone pie Ulises en XIII 95, es la pequeña isla hoy llamada así o cualquiera de las dos vecinas y más grandes, Léucade o Cefalenia, que han tenido también sus defensores.

El problema dista, pues, mucho de estar resuelto. La *Odisea* apenas puede ser otra cosa que una imaginaria combinación de elementos tomados a la narración chamánica, el cuento popular (en que «Nadie», por ejemplo, mata a alguien), la conseja pedagógica (Circe o el vicio envilecedor; la tela de Penélope o la futilidad de los actos humanos; las sirenas y el afán de conocimiento o la fatua y letal ambición; Escila y Caribdis o la eterna necesidad de elegir), la magia (la conversión de hombres en animales, la yerba fabulosa) o la novela de aventuras (el viaje al otro mundo, los azares de un Simbad *avant la lettre*, los temas perennes del náufrago y el Robinsón, de que hay ejemplos egipcios que se remontan al 2000 a. C.) que, con una base de sustrato pregriego (el nombre *Odysseús* no es indoeuropeo y la etimología que subyace a I 62, V 340 y 423, XIX 275, y que está bien clara en XIX 407-409, es evidentemente facticia) y teniendo a su favor la puesta en boga de los grandes viajes en la época de la colonización, ha empalmado, más o menos bien, con la otra vieja historia del marido que parecía que no iba a volver y vuelve; de la esposa que duda y coquetea; del hijo que se enfrenta con la madre y admira al padre.

Siendo así las cosas, no podía esperarse un tratamiento geográfico homogéneo ni aunque se tratara de un solo autor: de ahí la multiplicidad de teorías que, aun si se

prescinde de extravagancias como la de situar a los Lestrígones en un *fjord* noruego o, como Gilbert Pillot —cuya obra delirante *El código secreto de la «Odisea»* ha sido traducida (Barcelona, 1976) al castellano—, en Irlanda (la isla Eolia, además, sería Madeira; Ogigia, Islandia; la isla de Circe, la de Barra, situada cerca de Glasgow; Escila y Caribdis deben ser buscadas en los estrechos del O. de Escocia), dejan siempre que desear. Cualquiera de estos largos recorridos por el Mediterráneo, de E. a O. o al revés, exige que la pequeña flota, embarcación o balsa se salte milagrosamente Grecia, Italia y aun la Península Ibérica si nos atenemos a lo que llama Estrabón (I 2, 10) el exoceanismo o «manía oceánica» de la escuela de Crates de Malo, sobre el cual no se compromete Apolodoro en el párrafo VII 1 de su epítome. Es curioso, al respecto, el papiro de Oxirrinco 2888, publicado en 1972, que ha sido tratado por Luppe («Odysseus' Rückkehr von Kalypso. Ein Beitrag zum Odyssee-Kommentar P. Oxy. 2888», *Arch. Papyrusf.* XXIV-XXV [1976], 39-46) y que yo he tenido ocasión (en págs. 289-290 de «Diez años de Papirología griega», *Est. Cl.* XXIII [1979], 237-304) de comentar. Según Crates y los suyos, la isla de Calipso se hallará en el Océano y, más concretamente, en posición N., algo así como, por ejemplo, en las Cíes. La ninfa le habrá, pues, aconsejado que navegue en forma algo oblicua, pues de lo contrario se toparía en seguida con nuestra península: su intención es que alcance las columnas de Heracles evitando los lugares desiertos y selváticos y quizá rehuyendo el largo rodeo Rin-Danubio-Mar Negro, pero parece que el astrónomo Seleuco de Babilonia dudaba mucho, y con razón, de la viabilidad de una tal ruta y, por tanto, de la posibilidad de una tal situación.

No andaba, pues, descaminado Séneca cuando mostró cierto escepticismo. En *De brev. vit.* XIII 2, anota, en efecto, como un verdadero *Graecorum... morbus* el preguntarse *quem numerum Ulixes remigum habuisset, prior scripta*

esset Ilias an Odyssia, praeterea an eiusdem esset auctoris, refiriéndose así no sólo a pormenores de tipo náutico, sino también a la misma cuestión homérica; y, en *Epist. Luc.* LXXXVIII 7, pone énfasis en la necesidad de que atendamos a nuestros propios vagabundeos espirituales en vez de fijarnos en los de Ulises y *audire utrum inter Italiam et Siciliam iactatus sit an* (con alusión al exoceanismo) *extra nobis orbem,* agregando inteligentemente como causa primordial de tanta disquisición el número excesivo de días de navegación que varias veces ofrece el poema: *neque enim potuit in tam angusto error esse tam longus.*

Sigue, por tanto, teniendo validez la brillante afirmación del filólogo y geógrafo Eratóstenes (fr. I A 16 Jac., en Estr., I 2, 15): no se llegará a situar con exactitud los escenarios de la *Odisea* mientras no se logre encontrar al talabartero que cosió el odre de los vientos de Eolo.

Los autores de la «Odisea»

En cuanto a lo que atañe a nuestro poema de la llamada cuestión homérica, afortunadamente, el tema se va clarificando en los últimos decenios. Ya en la Antigüedad los llamados corizontes *(chōrízontes),* Jenón y Helanico (cf. pág. 53), sostenían que es menester separar a los autores de las dos epopeyas tradicionalmente atribuidas a la nebulosa figura de Homero. Éste es tema no totalmente resuelto hoy: verdaderamente, a pesar de lo mucho que se ha escrito, nadie ha podido demostrar que la *Ilíada* y la *Odisea* hayan sido compuestas por el mismo hombre en la madurez y en la ancianidad respectivamente, como opinaba (cf. pág. 57) el tratado *Sobre lo sublime,* ni distinguir a los diferentes poetas de una y otra en virtud de criterios lingüísticos, métricos o estilísticos (tampoco resultan concluyentes las distinciones aristotélicas, cf. página 51) ni a partir del empleo de fórmulas nacidas de

la recitación oral. Ni están claros los varios momentos históricos que la arqueología, la cita de instituciones o costumbres o el empleo de nombres geográficos permitan establecer para cada una, ni el posible enfoque psicológico de dos temperamentos distintos en función de las reacciones anímicas de los personajes o de un escritor enmascarado, sí, tras su narración, pero que se asoma a ella, por ejemplo, en los símiles. Y ni que decir tiene que la teoría de una autora de la *Odisea*, excogitada por Butler, carece del menor fundamento.

Podemos hablar, pues, de Homero, aunque descartemos todos los legendarios datos de su biografía y debamos prescindir de una fecha concreta para él; incluso suponer que «Homero» es el autor de los dos núcleos originarios de la *Ilíada* y la *Odisea*. Pero lo que sí parece claro es que una y otra ofrecen partes diversas que no sólo crean problemas en cuanto a la ilación del argumento, sino que es posible que a veces respondan incluso a momentos cronológicos extremadamente distantes entre sí.

No nos incumbe aquí, claro está, hablar de la *Ilíada* y sus problemas; en cuanto a la *Odisea*, aunque no faltan unitaristas como Hölscher, Karl Reinhardt en varios lugares, la Stella y Mattes, aunque tampoco ha dejado de surgir quien, como Theiler en algún artículo, Page o Merkelbach, se incline a una estratificación más complicada, lo usual actualmente va siendo suponer que la obra, tal como la tenemos hoy, con su evidente unidad general de plan, responde a la labor de dos poetas llamados convencionalmente A y B y de los que aquél pudiera ser «Homero», un autor claramente jónico e impregnado de una mentalidad heroica llegada a él por la tradición poética oral desde la época micénica a través del «medievo» geométrico; mientras que el segundo sería un adaptador de otro carácter y origen que, no carente de dotes literarias y siendo excelente conocedor de las dos epopeyas originarias, zurció a la manera rapsódica los trozos de que disponía incorporando, proba-

blemente, a ellos un antiguo poema didáctico llamado *Telemaquia* en que el hijo de Ulises, cuyo viaje resulta totalmente inútil a efectos del tema capital del regreso y venganza, está constante y diríamos que pesadamente asesorado por Atenea en forma de Mentor.

En esta teoría vienen a coincidir, con muchas discrepancias parciales, von der Mühll, en su artículo de la *Real-Encyclopädie* (cf. pág. 20), y el gran filólogo Wolfgang Schadewaldt, autor de varios trabajos en este sentido, del que seleccionaremos el texto español de una inolvidable conferencia (págs. 9-52 de *Estudios de Literatura griega*, cuaderno 18 de la Fundación Pastor, Madrid, 1971); y también se funda esencialmente en esta hipótesis H.-J. Mette, en su original «Das Tagebuch der Odyssee» (*Lustrum* XIX [1976], 40-56).

He aquí la excelente, si subjetiva, caracterización psicológica de B, según Schadewaldt en págs. 39-42:

«Le falta... genuina fuerza poética de creación. No sabe configurar escenas o formar símbolos. Expone sucesos, procesos, estados; tiende a lo patético, dramático, emocional y sentimental [¡los lloros de Ulises!]. Y, mientras que el poeta A enlaza normalmente una escena cerrada con otra, con transiciones sumamente breves, el redactor B 'relata' en la acepción propia de la palabra: *katalégei*, narra detalladamente. [Pero] no se trata del chapucero que ha hecho de él el viejo análisis... No le faltan horizontes, postulados e ideas, y posee además una compleja comprensión del mundo... Es problemático, realista y sensitivo... y... en conjunto un espíritu 'moderno'.»

En cambio, A, dotado de «una gran personalidad creadora», se atiene a «la nueva superestructura del motivo dominante del regreso a la patria» comunicando «a lo meramente aventurero una orientación humana y espiritual» y desarrolla su tema «de un modo simple y rectilíneo, con una plasticidad transparente».

Esta caracterización coincide en muchos puntos con la

de von der Mühll, que, pensando en una fecha tan tardía como, quizá, el 575 y atreviéndose a sugerir que el revisor pudiera ser un ateniense, reconoce su gran habilidad para exponer y construir, pero apunta en su debe el afán de enriquecer o, simplemente, abultar hasta unas dimensiones sensiblemente similares a las de la *Ilíada;* la obsesión por lo divino y mágico, la machacona insistencia en ciertos detalles cronológicos o de otro tipo, todo ello estropeado por errores garrafales y productores de incoherencias e, inevitablemente, teñido por conceptos sociales y morales posthoméricos. Visión, naturalmente, sustentada sobre una base menos positiva que la de Schadewaldt en cuanto al número de versos originario, como se irá viendo a continuación. Presentamos, en efecto, un breve esquema del poema, que, según el índice de Schadewaldt (en sus páginas 50-52), comprende 6.603 versos (el 54,6 por 100, más o menos) de A y 5.507 (el 45,4 por 100, más o menos) de B, correspondiendo íntegros a este último los cantos II-IV, XV y XXIV y, casi entero, el I, y a aquél, con menos de cien versos interpolados en total, los cantos V-VI, IX-X, XII, XIV, XVIII-XIX y XXI-XXII; y perdónesenos también a nosotros la difícil lucha entre las Escila y Caribdis de la prolijidad y la ininteligibilidad.

Del canto I, teóricamente, deberían ser originarios los versos 1-87, con la hábil entrada *in medias res* y la retención del nombre de Ulises hasta el 21; sin embargo, a B le gustan mucho las asambleas divinas; el excurso de los versos 29-43 sobre Egisto refleja una mentalidad propia de la tragedia ática; la etimología del 62 (cf. pág. 28) revela una mente «filológica»; la genealogía del cíclope en 71-73 huele a Hesíodo. Lo demás procede de la *Telemaquia*: nótese que, en 128, la lanza de Atenea queda, según dice graciosamente von der Mühll, olvidada como un paraguas en el perchero; en 154, B empieza a esforzarse en salvar a un Femio introducido por él como personaje «bueno»; Telémaco resulta palurdo en 173, con su broma sobre la insularidad de Ítaca; «modernamente» angustiado, en

215-220, sobre su linaje; duro con Penélope en su rapapolvos de 356-359, que, además, está inspirado en las palabras de Héctor y Andrómaca en *Il.* VI 490-492; no son muy arcaicos el raro calzado divino de 97-98, el chaquete de 107, la quizás itálica Témesa de 184, la Hélade en sentido amplio de 344, el respeto pudibundo de Laertes hacia Anticlea en 433; son confusos, en fin, los consejos de la diosa en 269-296.

Poco diremos de los cantos II-IV, que son de la *Telemaquia,* como también V 1-27 o, quizá, algunos versos más. Pabón protesta, en sus notas, contra la minusvaloración de los hijos frente a los padres en II 274-280 y el aquí inapropiado símil del león en IV 335-340.

El bellísimo resto del canto V es casi todo de A, con la figura originaria de Calipso, los detalles técnicos de la construcción de la balsa (cf. pág. 93), la sublime tempestad. Algunas particularidades chocan: la inútil varita de Hermes en 47-49; el hecho de que éste atribuya falsamente a Atenea el naufragio de Ulises en 107-111; la historia de Orión, que no viene a cuento, en 121-124; la larga visita de Posidón, que desde el país de los lejanos Sólimos de Cilicia ve el de los Feacios en 282-285; y, sobre todo, los versos 382-387, que, como muestra de la propensión de B a hacer intervenir siempre a Atenea y con su absurdo viento del N., pueden proceder de la segunda redacción.

También a A se debe, evidentemente, la mayor parte del magnífico canto VI, salvo sus cuatro últimos versos, 328-331, en que B, siempre atento a las querellas divinas, hace constar el respeto que a Atenea le producen Posidón y su cólera. No es probable que sean interpolaciones los versos 244-245 y 275-288, que los escoliastas antiguos consideraban como impropios y desvergonzados, porque en ellos Nausícaa habla desenfadadamente de casarse con Ulises; en cambio, los versos 123-124, donde hallamos a unas ninfas, se parecen demasiado a *Il.* XX 8-9; la exaltación del matrimonio en 181-185 choca con otras afirmaciones más misogínicas y los versos 313-315 constituyen, según Pabón, una repetición insulsa.

El canto VII ofrece bastante mezcla: más de ciento cincuenta versos pueden haber sido añadidos por un B deseoso de «hinchar» la estancia en el palacio de Antínoo. En 40-42, una milagrosa bruma divina muestra la afición a lo fabuloso de este

autor. En 66, el rey casa con su sobrina, pero según el fr. 222 M.-W. de Hesíodo se trataba de una incestuosa boda entre hermanos: ahora bien, la «moralización» puede ser ya de A. En 80-81 la mención de Atenas resulta, como casi siempre, sospechosa, tanto más cuanto que, a partir del verso siguiente y hasta el 132, la descripción del palacio y jardín reales está llena de pormenores poco homéricos (entre ellos, en el 94, unos perros que, además de estar esculpidos en oro y plata, son inmortales). Un poco más adelante, muchos filólogos han sentido la tentación de empalmar la súplica de Ulises a Arete, en 146 ss., con la pregunta de ella a él, en 233 ss.: esto nos libraría del flojo discurso de Alcínoo en 185-206 y de las pintorescas imprecaciones, en 215-221, de Ulises, que además ya ha comido en 177, contra su propio vientre famélico. En 246-255 se anticipa innecesariamente el naufragio cuyo relato detallado se hará luego; en cuanto a los versos 311-316, manifestación de Alcínoo sobre la posibilidad de tener como yerno a Ulises, nuestra opinión dependerá de la que tengamos sobre los lugares citados del canto VI.

Aproximadamente un 65 por 100 de los versos del canto VIII pueden ser obra de B: a pesar de que el rey prometió, en VII 318, que el forastero marcharía al día siguiente, ahora le retiene en Esqueria durante las jornadas 33 y 34. La cuestión aquí es muy espinosa: de las tres intervenciones del aedo Demódoco (43-107, 261-369, 485-542), la primera (no sabemos sobre qué contienda entre Aquiles y Ulises, con cita anacrónica de Delfos en 79-80) y la tercera (tema del caballo de madera con un símil, en 523-530, muy inoportuno) parecen posteriores por su utilización de material cíclico (que también hay en las palabras de Ulises de 219-228) y por otras razones. Más espinosa es la cuestión del grotesco poema sobre el adulterio de Ares y Afrodita, poco grato a Pabón (y a los antiguos, que atetizaban el pasaje). ¿No es muy iliádica la anécdota? Y, problema insoluble, ¿sería ya ciego el aedo en lo arcaico o habrá aquí un eco del himno a Apolo y de la propia leyenda de Homero? Por lo demás, las extravagancias abundan: los nombres raros y marítimos (semejantes, por cierto, a algunos micénicos) de los Feacios en 111-119 (y Bérard nos divierte aún más al llamarles «Delapoupe» y «Delarame»); los insípidos juegos de los versos 120 ss., con

que B ha querido emular el canto XXIII de la *Iliada* y en que Ulises fanfarronea a placer (parece, además, que en 170-173 hay un eco de Hesíodo, *Teog.* 80-92, pasaje más propio de una posterior sociedad más o menos democrática) y anticipa sin necesidad, en 215-218, el episodio de la mnesterofonia; el no menos insulso baile de 370-385, la aparición en 424 de un arca que no necesitaba el héroe para nada y, en 548-586, un discurso final de Alcínoo lleno de problemas.

Originario es casi todo el canto IX, con la aventura de los Cícones y la estupenda del ciclope, una y otra muy típicas del auténtico espíritu jónico, en que el amor a la naturaleza y, en suma, a la vida, el gozo del viaje y la novedad del descubrimiento, la gallardía guerrera y el humor confluyen armoniosamente. Alguna dificultad surge en 29-36; los versos 252-255 han sido la posible fuente de su doblete en III 71-74; pequeñas contradicciones como las de los versos 473 y 491 (la primera voz se da en el límite mismo de la audición y, en cambio, la segunda se oye bien) o 483 (un singular timón puesto a proa) no quitan al canto el menor atractivo.

En cuanto al canto X, la discrepancia entre quienes suponen dos manos en la *Odisea* son aquí mayores. Schadewaldt solamente atribuye a B los versos finales, 542-574; von der Mühll es más escéptico. En todo caso, ya de antiguo se vio que los cantos X y XII eran muy afines y diversos del IX, más fabuloso que ellos; las interrogaciones se agolpan en torno a las aventuras en tierras de Eolo, de carácter muy legendario también, los Lestrígones y Circe. Hay que contar, además, con una serie de problemas geográficos (cf. págs. 21-24); la citada relación, en uno u otro sentido, con la leyenda de los Argonautas que señaló por primera vez Meuli y las influencias evidentes de la figura de Calipso sobre la de Circe. Si se considera que aquí no hay nada del buen humor de la aventura ciclopea, sino más bien un tono lacrimoso y fúnebre propio de B, y que falta evidencia de utilización de estas aventuras en las artes plásticas de la época más arcaica, la atribución casi entera a A resulta más dudosa.

Sobre la intervención de A y B en el canto IX, el de la enigmática *nékuia* (que unas veces parece un descenso a los infiernos y otras una simple evocación de los muertos al borde del

Océano) es mejor abstenerse de opinar. Tales son los heterogéneos elementos que la componen: el extraño episodio de Elpenor (51-83); una *nekyomanteía* o adivinación del porvenir del propio Ulises ante la sombra de Tiresias (90-149), con aquella bonita profecía que tanto han aprovechado los admiradores modernos del poema (119-137), la de que Ulises deberá emigrar con su remo al hombro hasta que llegue a un país cuyos pobladores, no conociendo el mar (ni la sal tampoco, dicen los sospechosos versos 123-124), le preguntarán qué bieldo es ese que lleva, y en medio de ella el augurio, en 134, de que la muerte le llegará del mar (lo cual empalmaría con dos poemas cíclicos perdidos, la *Tesprótide,* que narraba las andanzas de Ulises por el Epiro, y la *Telegonía,* en que su hijo Telégono, hijo suyo y de Circe, le mataba, cumpliendo el vaticinio, con una lanza que llevaba ensartada una espina de pescado); un catálogo de mujeres famosas (225-327) que recuerda a las *Eeas* de Hesíodo; entrevistas con los héroes de la guerra de Troya (387-564), entre las que figura una leyenda que no entendemos referente a Eurípilo (520-521); una lista de malhechores célebres (576-600) con, al final, elementos algo extraños del mito de Heracles (601-626); y, cortando la narración, el llamado «intermezzo» (330-384), que, por lo demás, separa un día en que ocurre mucho de otro en que no sucede prácticamente nada. La calidad se mantiene bastante buena siempre, incluso en las partes que podrían proceder de B; pero la organización resulta realmente caótica. Es, probablemente, el canto más difícil de la *Odisea.*

El caso del canto XII es paralelo al del X. Schadewaldt solamente atribuye al revisor 63 versos espolvoreados a lo largo del canto; pero von der Mühll lo da íntegramente a B. También plantean multitud de problemas (cf. págs. 25-26) las aventuras de las Sirenas, Escila y Caribdis, Trinacia y las vacas del Sol. Aquéllas, probables genios antiguos de la muerte el dual de cuyo nombre fue advertido por los antiguos, cantan ya gestas de la guerra de Troya (184-191). Circe, que habla del Hades en 21 induciéndonos a más confusión sobre las dudas del canto anterior, profetiza a Ulises algo que no se entiende muy bien: tanto es así, que el autor tardío de XXIII 327 creyó que el héroe había pasado por las Rocas Errantes. No, sino que la hechicera ofrece la elección entre dos itinerarios peliagudos, el que com-

prende esa difícil puerta (59-72) y el que lleva a las no menos amenazadoras Escila y Caribdis (73-110). Apolonio distingue bien las peñas *Planktaí*, de su libro IV, de las *Kyáneai* o *Plēgádes* del II: estas últimas son aquellas por las que logra pasar una paloma como buen augurio para el barco. En el primero de los pasajes citados de este canto se da, por el contrario, otra versión muy distinta de las *Planktaí:* las palomas mueren al chocar con una de ellas; la nave Argo logró pasar junto a la otra. Evidentemente, aquí hay una mala interpretación: o la *Odisea* ha entendido mal el antecedente perdido del poema helenístico, o al contrario. Y pormenores como éstos abundan: señalaré los versos 124-126, con un *sphodrôs* ático y una referencia oscura a la madre de Escila, y los versos 251-255, símil poco apropiado realmente.

El canto XIII parece estar muy retocado. Los versos 1-2 son realmente preciosos; en 31-35, la mano de A se reconoce en un magnífico símil, mientras que el de 81-87 baja en calidad; los versos 88-124, con la descripción del viaje y llegada a la gruta de Forcis en Ítaca, son del mejor Homero; los versos 125-187 denotan, una vez más, la preferencia de B por las conferencias divinas, presentando esta vez como interlocutores a Zeus y Posidón; en mitad del verso 187 hallamos, casi sin darnos cuenta, la cesura entre las dos partes de la *Odisea,* la del regreso y la de la venganza; en 190-193 ha vuelto B, tan amigo de la magia, a ofrecer a Atenea cubriendo al viajero con una nube; los versos 200-208 pueden ser un mal centón; los reproches de la diosa a Ulises en 333-338 no vienen al caso; al final habrá que atribuir al revisor bastantes versos, pero no los 429-438, en los cuales la transformación en anciano resulta necesaria; y con dos versos últimos de la *Telemaquia* termina este canto lleno de altibajos.

El canto XIV, excelente trozo épico en que se relata el encuentro con el porquerizo Eumeo, es casi todo original, salvo los versos 174-184 y 515-517, entronques con la *Telemaquia.* Sólo hay cuatro versos altamente sospechosos: el 20, donde se hace un tonto juego aritmético con los animales de las pocilgas y los días que tiene el año; el 101, en que el interpolador no ha pensado que Ulises se veía obligado, por falta de pastos en la isla, a mandar al continente vacas y corderos, pero no cabras

y cerdos; y los versos 159 y 495, que provienen, respectivamente, de XX 304 e *Il.* II 56.

El panorama cambia completamente con el canto XV, del que se ha dicho que está lleno de monstruosidades argumentales y en el que se cuenta el regreso de Telémaco en empalme con la *Telemaquia* y llenando tiempos vacíos como es costumbre en B. Los ecos del canto XIV son infinitos; llaman especialmente la atención la nueva cita de la Hélade en el verso 80, la maravilla de la oca arrebatada por el águila en 160-181 (cuyo carácter fabuloso extremaría el tratarse de un animal gigantesco, a no ser que haya un error textual en 161 y el gran tamaño deba atribuirse al águila) y el posible conocimiento de la isla siracusana de Ortigia en 403-404. Pero lo más notable es la aparición de un nuevo personaje, Teoclímeno, adivino descendiente de Melampo, que estaba refugiado en Pilo y que acude con Telémaco a Ítaca para emitir allí, de vez en cuando, alguna que otra profecía inútil y verse, con frecuencia, olvidado en el difícil juego de encaje de los dos poetas a lo largo de los cantos que siguen. Todo hace suponer que aquí hay restos de una versión anterior, inspirada en la *Melampodia,* poema épico muy antiguo, en que el personaje sí desempeñaría un papel significativo.

En el canto XVI hay más material de B que de A, sobre todo al final, desde el verso 299, en que este autor sitúa el fracaso de la emboscada de los procos contra Telémaco, con pormenores como la introducción de un nuevo pretendiente de carácter piadoso, que es Anfínomo. El principio era todo de A, pero entre los versos 23 y 29 se han infiltrado otros que hablan de un regreso de Pilo extraño a la versión originaria, en que probablemente, como aún dejan traslucirse 27-29, el muchacho va a las pocilgas desde la ciudad. El grueso del relato de B empieza desde el verso 129, pero ya antes aparecen elementos secundarios en el 80, 88-89 y, sobre todo, en el 101 y 104, en que Ulises está a punto de delatarse prematuramente. En 150-153 oímos a Telémaco mandar a Eumeo que encargue a Penélope un mensaje para Laertes del que no volvemos a tener noticia; viene luego, en 172, un embellecimiento del Ulises avejentado en el canto XIII, necesario para el reconocimiento por parte de su hijo; la anagnórisis misma, en 201-215, seguramente originaria; y, a continuación, un trozo muy flojo (216-321), en que hallamos (216-219)

llantos de padre e hijo mal comparados con aquellos graznidos de buitres privados de sus pollos que tan excelentemente había de aprovechar la metáfora del *Agamenón* de Esquilo (48-59), una insoportable pedantería (247-255) en la enumeración de los pretendientes, una innecesaria anticipación (267-269) de la matanza de éstos y, en 281-288, otro pasaje problemático (cf. págs. 41-42).

Sigue predominando B en el canto XVII y ya desde el principio, con los típicos lloriqueos de Penélope. Desde el verso 9 entramos, dice gráficamente von der Mühll, en el duro granito del auténtico Homero; pero desde el 31 al 166 hallamos a B dando noticias del viaje a Pilo (en 68, por cierto, aunque nuestro índice acoja a dos Antifos, parece que el revisor ha olvidado que al llamado así le mató el ciclope en el canto II 19; en 82-83, Telémaco muestra demasiado su juego). Algo o bastante de A debe de haber entre los versos 167 y 237: así, vemos ya actuar a los pretendientes, de cuyas fechorías solamente teníamos noticias por Atenea en el canto XIII, Eumeo en el XIV y Telémaco en el XVI. Pero en el verso 212 empiezan las humillaciones de Ulises con un personaje típico de B, que le da nombre parlante no sólo a él (Melantio o Melanteo «el negro»), sino también a su hermana (Melanto «la negra») y a su padre (Dolio «el traidor», a quien aquí se supone muerto, lo cual no obsta para que el autor de XXIV 222 lo resucite); y la anticipación del episodio del escabel, en 229-232, y la aparición, en 263, de Femio, figura favorita de B, delatan al cálamo de éste. En cambio, la bella historia del can Argo (290-325) podría ser originaria, aunque resulte raro que un perro llegue a los veinte años, y no el detalle sentimental (326-327) de su muerte inmediata. El verso 339 debe de proceder de A, pues el umbral en que se sienta Ulises es de madera de fresno, mientras que en XVII 30 y XX 258 aparece la piedra como materia prima. La intervención mágica de Atenea en los versos 360-364, perfectamente inútil, y la siguiente de 367-410 se deben, probablemente, a B. El lanzamiento del escabel por Antínoo en 462 plantea un problema: luego vendrá el otro asiento arrojado por Eurímaco en XVIII 394; por último, la pata de vaca que tira Ctesipo en XX 299. Puede tratarse de un triplete que denote interpolación, pero también ser un anticlímax en que el primer proyectil alcanza a Ulises, el segundo a un copero y el tercero a nadie, con lo cual se ve que los procos cada vez

están más nerviosos y aciertan menos. Desde el verso 468 hasta casi el final leemos nuevamente a B. ¿Cómo sabe Penélope en 501-504 lo del escabel? ¿Cómo puede Eumeo, en 525, decir que Ulises viene dando vueltas por el suelo?

Los cantos XVIII-XXII son el verdadero cogollo del poema antiguo sobre la venganza, con lo cual pueden detectarse en ellos pocos elementos de B, salvo en XX, del que se ha dicho que es el peor de los cantos homéricos, mientras que la belleza de los otros cuatro es evidente. Tomados en conjunto los cinco, el porcentaje de elementos tardíos anotados por Schadewaldt es de un 16 por 100; y, si se excluye el XX, de un 10.

El canto XVIII contiene la divertida historia de Iro, teñida de un verdadero humor iliádico en el nombre del mendigo, tomado del de la diosa Iris porque una y otro se dedican a llevar recados. Tiene gran calidad todo él; pero en 115-116 hay un eco de los versos 84-85. Lo que más discusiones ha originado son los versos 158-305, con esa Penélope meretriciamente maquillada que pide regalos a los pretendientes en lo que sería su primera estancia entre ellos: aquí puede haber restos de una versión anterior. Piénsese en las varias etimologías de su nombre *Pēnelópē* o, en Homero, *Pēnelópeia;* mientras que Kretschmer sugería agudamente una derivación a partir de *pḗnē* «trama» y *olóptō* «arrancar», con alusión a la famosa tela, y antiguamente se la relacionaba con el ánade silvestre llamado *pēnélops* (o porque había sido salvada por estos animales en unas u otras circunstancias, o porque son tradicionales modelos de fidelidad conyugal; pero también hay en otras culturas ejemplos de aves marinas como símbolos de vida pecadora). En alguna leyenda se contaba que había cedido sucesivamente a todos los pretendientes o que había tenido amores con Hermes, dando nacimiento, en uno u otro caso, al dios Pan *(Pán).* Y no se olvide que Telémaco arremete contra ella en XX 129-133; dice dar su conformidad a su nueva boda en XX 341-342, y, en XXI 106-110, procede a una especie de subasta de su madre (cf. pág. 92).

En el canto XIX hay hermosos trozos: la conversación de Ulises con Penélope, el lavatorio y reconocimiento de Euriclea por medio de la cicatriz, el excurso de la cacería en que ésta se produjo. Los versos 1-50 plantean un problema. Ya en XVI 281-288 había encargado Ulises a Telémaco, quizá de modo un tanto pre-

maturo, que retirara de la gran sala las armas en ella expuestas, para que en su momento no pudieran utilizarlas los pretendientes, reservando dos equipos para los propios padres e hijo: plan bastante irrealizable, mientras que ahora la retirada la hacen ambos personalmente, de noche, sin dejar nada y, además (lo cual suena a B), mágicamente alumbrados por Atenea, portadora, en 34, de una anacrónica lámpara de oro. Más adelante, hallamos, en 130-133 (casi iguales que I 245-248), una, como decimos, impresionante escena del lavatorio (357-507), con el realista vuelco de la tina (470), en la que es menester una intervención de Atenea (479) para que Penélope no vea la cicatriz (aquí otra vez puede haber huellas de una versión más antigua en la que Ulises sería reconocido por ella y actuaría, en lo sucesivo, con su ayuda); los versos 487-502, que, con las duras palabras del señor al ama y su alusión al tema secundario de las siervas que se divierten con los procos, parecen aditamento posterior; en 509-553, un raro parlamento de Penélope que mezcla a Filomela e Itis con un sueño en que un águila degüella veinte patos, quizá los veinte años de soledad; y aún, en 562-569, otro pasaje en que anuncia la prueba del arco y habla de las puertas de los sueños buenos y malos jugando con *eléphas* «marfil» y *elephaíromai* «engañar» frente a *kéras* «cuerno» y *kraiaínō* «realizar», todo ello muy sofisticado y «moderno».

No hablaremos demasiado del canto XX, sobre cuya calidad ya hemos opinado. En 58-90, Penélope llora una vez más y vuelve a la mitología y a la historia del ruiseñor; el 104 es una redundante anticipación del 120; sobre 129-133 (Schadewaldt atribuye a B incluso los versos 124-146), cf. pág. 41; en 185 aparece otro «bueno», Filetio, con el que B, frente a la versión probable de A en que padre e hijo lucharían solos, va reclutando ya un ejército para su batalla, y que comienza por filosofar pedestremente en 208-225; en 241-249, el consabido presagio del águila con la paloma da motivo a que se hable de una segunda conspiración de los pretendientes contra Telémaco de que no volvemos a oír hablar; cf. pág. 41 sobre 341-342; y observemos con sorpresa (350-372) que el olvidado Teoclímeno anda por ahí y sigue profetizando sin éxito.

El canto XXI es un canto muy primitivo (en Schadewaldt, solamente once versos de B: las fanfarronerías de Telémaco, en

372-378, y el trueno que acompaña a la proeza de Ulises, en 412-415), pero que está lleno de problemas factuales que, en parte, afectan también al XXII. Cuántos son, en realidad, los pretendientes, cuyo número, incluido el séquito, han establecido los citados XVI 247-255 en 108, cifra excesiva para las dimensiones del palacio. Dónde se sientan ellos y Ulises en cada momento. Cómo está dispuesto el salón, y qué es la *orsothýrē* que aparece en XXII 126 o, en definitiva, si la prueba del arco, que ya anunció Penélope en XIX 572-581 (cf. pág. 42), se desarrolla en la sala o en el patio.

En cuanto a la prueba misma, Pabón se atiene a una de las muchas teorías expuestas (las hachas están en fila, con sus hojas enterradas y los mangos verticales y rematados por unos anillos que la flecha debe atravesar sucesivamente); hoy parece haber consenso bastante general en otra tesis (las hojas tienen el filo enterrado y ofrecen al tirador la sucesión de los ojos por los que normalmente se introducen los ahora ausentes mangos); pero restan dos serias incoherencias. Si lo difícil era tender el arco, como lo demuestran los fracasos de Telémaco y los pretendientes (Pabón anota bien que estaba formado por dos cuernos de buey embutidos, por su raíz, en una fuerte pieza de metal que constituía su codo o centro, y que había que doblarlo y tirar de la cuerda cogida a uno de sus extremos para engancharla en el otro con el fin de que quedara en disposición de disparar), resultaba inútil el certamen de puntería en el cual, por otra parte, quien acertara con el primer agujero ya los tenía superados todos.

Por lo demás, merecen comentario los versos 13-52 (la historia anterior del arco que puede relacionarse con el poema épico *La conquista de Ecalia*), el 82 (llantos de Eumeo, a quien, probablemente, la versión primitiva mantenía en sus pocilgas el día de la matanza), los versos 106-110 (cf. pág. 41; es dudoso que Telémaco probara fortuna en A), el 144 (Leodes, del que se dice que era el único pretendiente «moderado» sin acordarse de Anfínomo, del que es una especie de doblete), los versos 207-241 (demasiado sentimentalismo en el reconocimiento del amo por parte de los criados) y 295-304 (mitologías improcedentes en boca de Antínoo) y, en sentido contrario, el dulce llorar, éste sí ge-

nuino, de una Penélope agotada (357-358) por las emociones del día.

Por lo que toca al canto XXII, se observa nuevamente la misma discrepancia entre la visión más positiva de Schadewaldt y la de von der Mühll. Si creemos al primero, B no sería autor aquí sino de las evidentes interpolaciones de los versos 205-240 y 249-250 (Atenea, en forma de Mentor y, luego, de golondrina, exhortando a Ulises) y de los versos 426-427 y 485-491. El segundo, en cambio, busca más sutiles distinciones en el apasionante canto de la matanza y supone que no era A, en principio, sino B quien se empeñó en lograr una verdadera batalla iliádica con dos bandos y complicadas incidencias como la de 126-199 (los pretendientes están a punto de lograr ventaja con la iniciativa de Melantio, que va a buscar las famosas armas escondidas, y el ingenuo descuido de Telémaco, que ha dejado la puerta entornada); y que al mismo poeta se deben las alusiones a las infieles siervas (37, 151-152) y su feroz castigo (390-473, donde, en 421, se nos dice que eran cincuenta, dato muy típico de la megalomanía de B, y, en 426-427, que las había envalentonado la falta en la casa de un hombre hecho y derecho) y el del cabrero, otro personaje característico del revisor (cf. pág. 40) en 474-479. Mientras que, por el contrario, no sólo Femio (cf. pág. 33; tal vez sea algo audaz suponer que en 330 se le llama Terpíada como un eco del nombre del poeta histórico Terpandro), sino también el heraldo Medonte (cuyo ocultamiento debajo de un sillón, en 361-363, resulta un barato rasgo de comicidad) debían forzosamente salvarse de la carnicería en la intención de este escritor melodramático, y ello, efectivamente, ocurre en 330-380. Otros rasgos desafortunados de la segunda mano parecen ser los de 23-25 y 43 (pánico prematuro de los pretendientes), 296-309 (símil mal logrado, como casi todos los de la *Odisea*) y el bien conocido 412, en que la elegancia y piedad de Ulises ante los muertos no resulta conforme al patrón épico primitivo. En cambio, los versos 401-406, presentándonos al héroe como un león embravecido por la sangre, son hermosísimos y pueden, siempre según von der Mühll, ser genuinos.

Del canto XXIII parece secundario (18-19) el profundo sueño de Penélope, que tenía que ser excepcional por haber sido Atenea su inspiradora en XXI 358. El hermoso aleluya de Euriclea

(27-28) debe de proceder de A, mientras que su reiteración sobre la cicatriz (73-77) representa un bajón estilístico. El magnífico silencio de los esposos (90-95) es un hallazgo de A, pero el baño del héroe (117-172) resultaría un corte muy inoportuno en la acción, si no fuera por la conveniencia de que esta *toilette* le vuelva a su forma anterior sin necesidad de más acciones divinas: de todos modos, los versos 168-170 son dobletes de 100-102. A, muy preciso siempre en los pormenores técnicos, como en el caso de la balsa, es sin duda el autor de la descripción de la notable cama en 184-204; y, también, la feliz comparación de las tribulaciones de Ulises con un naufragio en 233-240 debe de ser otra obra maestra de su mano; mientras que la alusión a Helena de Penélope en 218-224 parece añadida por B. En todo caso, los aciertos y la intervención de A terminan en 240. Los versos siguientes, hasta el 288, con el tema de Tiresias, pueden contener elementos de la mencionada *Tesprótide*.

Después de 296 hallamos la famosa frase de los escolios, según la cual aquí hacían terminar la *Odisea* los filólogos Aristófanes de Bizancio y Aristarco. Esto ha sido muy discutido (entre otras razones, porque el verso 295 contiene un *mén*) y son muchos quienes interpretan que aquí acaba el argumento propiamente dicho, pero es difícil pensar que haya nada originario tras este lugar. De momento las confidencias de Ulises y Penélope en 310-343, con una especie de epítome escolar de la *Odisea*, no llaman la atención, ni tampoco lo que sigue hasta el fin del canto XXIII.

El XXIV es muy heterogéneo y, a lo largo de todo él, hay que preguntarse siempre si está uno ante B o ante un tercer poeta posterior. Comienza (1-204) por una segunda *nékuia* llena de novedades, como la intervención de un Hermes psicopompo (1-5) o una conversación entre Aquiles y Agamenón (19-98) que trata de la muerte del primero (con ecos del poema cíclico *Etiópida*) y en la que aparecen poco homéricamente (60-62) las nueve Musas. Por lo demás, XXIII 372 empalma bien con XXIV 205 y con el episodio de la granja de Laertes. Parece que B no se resignaba a dejar de presentar a éste, de quien tanto se había hablado, en una escena bastante bien trabada con mención de personas y lugares sicilianos en 211 y en el cuento de 302-314, menos largo que otras patrañas de Ulises. Aparece Dolio (cf. pág. 40) en 222; la idea de probar a Laertes con palabras

burlonas (240) es una chocarrería; el ver al viejo harapiento bañado por su esclava (366-367) resulta bastante grotesco. Pero lo más chocante es el párrafo de las señales del reconocimiento (331-344), con la insistencia en el tema ya manido de la cicatriz, uno de esos cómputos que tanto gustan a B (en este caso son árboles frutales) y una especie de uvas maravillosas. Y todavía es más flojo el final, a partir de 412: la noticia de la muerte de los pretendientes, el luto general y los sepelios (412-420); la deliberación del ágora (421-462), la formación de una pequeña tropa frente a Ulises (463-471), la inevitable intervención de Atenea ante Zeus (472-486); la batallita, como de teatro o de ópera según hace notar Bérard, en que la diosa disfrazada de Mentor alienta a sus huestes y en que un quijotesco Laertes, similar al legendario Yolao de la leyenda de los Heraclidas, se siente lo suficientemente rejuvenecido como para matar al pobre Eupites, última víctima del combate (496-527); y, al fin, la reconciliación, gracias a los oficios de la misma Atenea, cuya mención cierra el poema en 548.

La «Odisea» en la posteridad

Uno de los capítulos más interesantes de la introducción a esta extraordinaria obra y a este perenne mito debiera ser la visión panorámica de la gran influencia de una y otro sobre la posteridad. Intentaremos, pues, dar algo de esto, basados especialmente en un trabajo nuestro (las páginas 89-156 de la obra colectiva *Introducción a Homero,* Madrid, 1963) y un libro utilísimo de W. B. Stanford (*The Ulysses Theme,* Oxford, 1968[2]), pero no sin advertir que no debe buscarse en lo que sigue sino una impresión esquemática, entre otras razones porque sería absurdo separar por completo la *Ilíada* de la *Odisea* en cualquier estudio consagrado a la *traditio* homérica.

Ésta empieza ya en el propio Hesíodo (si es que algunas partes de éste, cf. págs. 33-37, no son ya anteriores a otras de la *Odisea*) con un reproche moral: en *Teog.* 27 hay probablemente una malévola alusión a las *plausibles men-*

tiras de XIX 203, uno más de la larga serie de fantásticos relatos de Ulises, y, más tarde, Teognis (713) vuelve a recoger la velada acusación.

En los líricos hallamos división de opiniones respecto a la figura del héroe: mientras Arquíloco parece tener una opinión positiva del carácter de Ulises y Alcmán (frs. 50, 80-85 y 124 P.) y, luego, Hiponacte (frs. 74-78 W.) se dedican a parodiar la *Odisea* casi por los tiempos en que el tirano Pisístrato compilaba los cantos de Homero aprovechándose, quizá, para incluir en ellos, como supuestos homenajes homéricos a Atenas y a sus hombres, versos del tipo de XI 631, Píndaro sospecha (*N.* VII 20-21) que el encanto de Homero ha contribuido a dignificar en exceso la figura del héroe de Ítaca, personaje típicamente jónico y, por tanto, antipático para su ideal heroico.

En efecto, muchos de los mitos cíclicos presentaban a Ulises como desenfadado realizador de una serie de trampas y fechorías: no es extraño, pues, que el sofista Gorgias, puesto a escribir una defensa de Palamedes, víctima tradicional de nuestro héroe por haberle demostrado que era su cobardía lo que le hacía fingir alienación (obsérvese, págs. 48-49, que los tres trágicos escribieron obras con tal título), arremeta contra éste, y da que pensar el hecho de que en la propia *Apología* platónica (41 *b*) leamos que Sócrates invoca al hijo de Nauplio como su predecesor en cuanto a injusta condena y muerte. Algo más tarde otro sofista, Alcidamante, se dedicó a argumentar en contra de Gorgias en un *Ulises*, hoy perdido, del que sabemos por Aristóteles (*Ret.* 1406 *b* 12-13) que en él se calificaba con acierto a la *Odisea* de *hermoso espejo de la vida humana.*

Heródoto, en su crítica histórica de los viajes de Helena por tierras orientales (II 116-120), es el primer autor que menciona (116, 2-3) a la *Ilíada* y, acto seguido (4-5), a la *Odisea,* incluyendo citas de los versos 227-230 y 351-352 de

su canto IV; este pasaje ha sido considerado como espurio, pero no así IV 29, que contiene la mención expresa y la transcripción del verso 85 del mismo canto.

En cuanto a los trágicos, poco sabemos de la influencia de la *Odisea* sobre Esquilo, que es probable que haya tratado su tema en una tetralogía formada por los *Psichagōgoí* (*Los conjuradores de almas*, con una profecía de Tiresias relacionada con la muerte de Ulises, obra de la que, por cierto, acaba de ser identificado tentativamente un pequeño fragmento papiráceo por B. Snell, «Zu Pap. Colon. III 125, col. II, Aisch. *Psychagogoi?*», en *Zeitschr. Pap. Ep.* XL [1980], 32), *Penélope*, los *Ostológoi* (*Los recogedores de los huesos*, en que el héroe cuenta tranquilamente cómo le arrojaron a la cabeza un orinal, paralelo perfecto de los ultrajes de nuestro poema) y el posible drama satírico *Circe*. En cuanto a otras obras perdidas, como la trilogía de Áyax (*El juicio de las armas*, *Las Tracias* y *Las Salaminias*), *Filoctetes* y *Palamedes*, no sabemos si en ellas se iniciaba ya la visión negativa de Ulises.

Es, en cambio, bien conocido el tratamiento que recibe el de Ítaca por parte de Sófocles, en cuyas tragedias hallamos un Ulises más bien noble *(Áyax)* o endurecido y capaz de toda clase de trucos en aras del éxito *(Filoctetes)*. Pero no nos han llegado varias obras sofocleas sobre nuestro héroe: no podía ser muy airosa su postura en el *Ulises loco* (es decir, que se finge loco para no ir a la guerra), *Palamedes* o *Sinón* (sobre el caballo de madera, cf. página 56); *Los Feacios* y *Nausícaa* o *Las lavanderas* pudieron ser dramas satíricos. Un problema grave plantean los títulos *Níptra* o *El lavamanos* y *Odysseùs akanthoplêx* o *Ulises herido por una espina:* el primero podría aludir a la famosa y citada escena del héroe en Ítaca; el segundo, desde luego, a la también mencionada muerte a manos de Telégono (cf. pág. 58); pero parece imposible que los dos hechos quepan en el desarrollo de un solo drama.

Por lo que toca a la obra de Eurípides, hallamos en ella a Ulises como un villano más o menos irredento, así en *Hécabe, Las Troyanas* e *Ifigenia en Aulide* (aunque en ninguna de estas dos aparece como personaje) y, probablemente, las no transmitidas *Filoctetes* y *Palamedes*, pero también, en el drama satírico *El ciclope*, como simpático e inteligente pícaro.

Esta obra desarrolla el tema de Polifemo, que se hallaba, como es bien sabido, en el canto IX de la *Odisea;* y en ella encontramos una derivación hacia lo grotesco de este personaje terrorífico en su origen que ejercerá gran influencia en la literatura posterior. Por otra parte, Hesíodo mencionaba ya, en *Teog.* 250, a *la hermosa Galatea,* una de las cincuenta Nereides, hijas del dios marino Nereo, a la cual, de manera bastante incongruente, se empezó pronto a relacionar con el feo monstruo. Tal vez podamos rastrear el origen de esta leyenda en la ingeniosa hipótesis del historiador Duris, recogida en un escolio de Teócrito: el mito, con base en la supuesta presencia de la palabra *gála* «leche» en el nombre de la diosa, supuso que Polifemo, en pro o en acción de gracias por el buen estado de sus rebaños, consagró a Galatea un templo junto al Etna.

De aquí el tratamiento de Filóxeno de Citera (*ca.* 435-380 a. C.), distinguido representante del nuevo ditirambo y poeta áulico de Dionisio el Viejo de Siracusa. Su poema ditirámbico *El ciclope* o *Galatea* (frs. 2-11 P.) trataba ya de una persecución de Polifemo a la Nereide, que le desdeñaba, y de cómo Ulises, su rival en dicho amor, engañaba al ingenuo gigante prometiéndole felicidad futura con su enamorada si consentía en abrirle la puerta de su caverna. Y, en fin, vemos también cómo Polifemo, no logrando sus fines ni siquiera con la pueril añagaza de dar celos a Galatea mediante un mensaje enviado por medio de delfines, concibe el sensato propósito de sanar su locura amorosa desahogándose solamente en efusiones líricas.

Un concepto algo parecido al euripideo de Ulises y su

poema puede traslucirse a partir de otros textos del siglo v. El hecho bien conocido de que, en la educación del ateniense, desempeñaban un importante papel los cantos homéricos es atestiguado por el personaje de *El banquete* de Jenofonte (III 5) que se ha aprendido de memoria no sólo la *Ilíada*, sino también la *Odisea* (mucho más tarde ensalzará Juliano, *Misop.* 351 *c-e*, al buen maestro que le enseñó a conocer y gozar con las danzas de los Feacios, los cantos de Demódoco y Femio, la palmera de Delos, la gruta de Calipso, el jardín de Alcínoo). Platón, las características generales de cuyo texto de Homero conocemos bien a través de sus citas, prefiere moralmente el carácter de Aquiles al de Ulises y, consecuentemente, el primer poema al segundo en *Hip. men.* 363 *b* y menciona XXIV 6-9 en *Rep.* 387 *a*, lo cual le convierte en *terminus ante quem* de la supuesta interpolación; también Aristófanes aprecia más el valor pedagógico de Homero (*Ran.* 1034-1040) en cuanto a la formación militar de los muchachos, para los cuales la *Ilíada* sería el manual perfecto; y una reacción favorable hacia el últimamente tan vilipendiado Laertíada comienza a mostrarse en el protocínico Antístenes, discípulo de Sócrates, que por una parte, según nos muestra un escolio al principio de la *Odisea*, interpreta mal, pero significativamente, el sentido del *polýtropos* de I 1 (no *hombre de muchas vueltas*, de muchas caras y pocos escrúpulos, como quieren sus detractores, ni *hombre* de mucha experiencia, *que ha dado muchas vueltas*, como probablemente entendió el poeta, sino *de muchos* tropos o *modos de hablar*, capaz, como buen orador y político, de acomodarse a sus diversos auditorios) y, en su pareja de discursos *Ayax-Ulises*, que se suponen pronunciados por uno y otro con ocasión del juicio de las armas de Aquiles, deja evidentemente victorioso al último con su defensa de la inteligente ocultación y la audaz maniobra frente al valor sincero e insensato. Se ha visto con frecuencia en estos párrafos una especie de programa político ensalzador de la inteligencia ante

la fuerza bruta con rasgos (la consideración del bien común, el individualismo, la tendencia a la autarquía, el desprecio del sufrimiento, la poca atención a las convenciones sociales) que iban a constituir a partir de la época helenística una verdadera revolución filosófica a través del cinismo y estoicismo primitivo. Añadiremos que Aristóteles, a quien muchos siglos después presentaría Rembrandt contemplando filosóficamente el busto de Homero, concede, en *Poét.* 1462 *b*, gran excelencia a ambas epopeyas y, en 1459 *b*, ensalza en la *Ilíada* lo simple y patético y en la *Odisea* lo entretejido, es decir, complejo y hábil (con referencia probablemente a lo que cinematográficamente denominamos el *flash-back*) y lo relativo al tratamiento de los personajes.

Esto nos lleva ya a lo que pudiéramos llamar era filológica, con, a partir de algo así como el 400 a. C., los primeros papiros llegados a nosotros. Afortunadamente, Egipto ha sido generoso en este aspecto. En nuestra *Introducción* se mencionan, tomando como base el catálogo normativo de los papiros literarios en su edición de 1952, 382 papiros de la *Ilíada* propiamente dicha; 54 de comentarios, escolios, etc.; y 111 y 10, respectivamente, de la *Odisea*, lo que eleva el total a 557 textos. En la segunda edición (R. A. Pack, *The Greek and Latin Literary Texts from Greco-Roman Egypt*, Ann Arbor, Michigan, 1965) las cifras son, también respectivamente y con algún pequeño desajuste, 468, 51, 138 y 8 más 15 elementos de material homérico en general, hasta un total de 680. Pero ya en nuestro libro se recogían datos superiores (486, 63, 149, 10) de listas adicionales, publicadas por H.-J. Mette en los tomos I (1956) y V (1960) de *Lustrum:* ahora, después de otras adiciones del mismo aparecidas en la misma revista (XI [1966], 33-70; XV [1970], 99-122; XIX [1976], 5-64; cf. pág. 32), las cifras son ya, *grosso modo,* 575, 79, 187 y 16, lo que da una suma global de 857.

Bonita cifra realmente, aunque es lástima que no todos

estos textos ni mucho menos sean de primera calidad. Teóricamente los más interesantes deberían ser los tolemaicos, los correspondientes aproximadamente a los años 400-150 a. C., que han sido estudiados no sólo en los trabajos de del Corno que en la *Introducción* citábamos, sino, posteriormente, por Stephanie West (*The Ptolemaic Papyri of Homer,* Colonia, 1967). Allí se tratan de modo especial veinte textos de la *Ilíada* (entre ellos, pues contiene citas de ella, el famoso y antiquísimo de Derveni, del siglo IV, único papiro encontrado hasta ahora en Europa) y catorce de la *Odisea,* de los que merecen mención los que llevan en la lista oficial los números 32 y 120 (de los siglos III-II y III, respectivamente, sendos *ostraca* de Berlín numerados como 12.565 y 12.605), 19 y 128 (ambos de principios del III, papiros del Hibeh 23 y 194, que contienen, respectivamente, partes de los cantos XX y XVII), 146 (papiro lovainés de Lefort, núm. 1, también del III) y 31, el más largo de los tolemaicos, del mismo siglo, palinsesto, en que se leen porciones de los cantos IX-X y que se conserva en la Sorbona con el número 2.245 A.

De entre los posteriores son de notar por su extensión dos largos fragmentos, el papiro Rylands 53, de los siglos III-IV d. C., con importantes trozos de los cantos XII-XXIV (núm. 28 de la lista), y el de Oxirrinco 448, del III d. C. (núm. 20), en que hay restos de XXII-XXIII.

Ya en los papiros tolemaicos, pero sobre todo en los de época posterior, se observan huellas abundantes del excelente tratamiento filológico dado a Homero por los eruditos del Museo y la Biblioteca de Alejandría. Hablamos antes de Eratóstenes y su ingeniosa frase sobre la geografía de la *Odisea* y son muchas las oportunidades que hemos tenido para mencionar a los grandes maestros de la época: el inteligente Zenódoto de Éfeso, repartidor, como se dijo, de los poemas en veinticuatro cantos; Aristófanes de Bizancio, al que vimos atetizar el final del canto XXIII y todo el XXIV; Aristarco, que le siguió en ello y fue autor

de tratados *Acerca de la construcción de la nave*, en que se abarcaban los complicados problemas planteados por V 228-262, y *En torno a la «Ilíada» y la «Odisea»*, debelador de los citados corizontes en su escrito *Contra el absurdo de Jenón* y hombre de tal autoridad, basada ante todo en la crítica interna según lo demuestra su famoso afán de aclarar a Homero según Homero, *Hómēron ex Homêrou saphēnízein*, como para que se dijera, en aquel gracioso escolio a *Il.* IV 235, productor de tanta indignación en D. Daniel Ruiz Bueno, que *hay que hacerle más caso a él que a Hermapias aunque éste parezca tener razón;* y otros filólogos menores, entre los que cabría destacar a los poetas Riano de Creta y Arato de Solos, el primero quizá editor de las dos epopeyas y el último de la *Odisea* sola.

En cuanto a ecos homéricos de época helenística, su abundancia no permite mencionarlos todos. Escogeremos, por ejemplo, lo relativo al tema del ciclope, que antes (cf. pág. 49) vimos ya utilizado por Filóxeno; en el epigrama XII 150 de la *Antología Palatina*, Calímaco, dirigiéndose al médico Filipo de Alejandría y gastándole una broma sobre su profesión y preocupaciones sentimentales, alaba el remedio a estas cuitas que encontró Polifemo en la poesía y también agrega de modo un tanto materialista otra droga, la del hambre. Cuando el estómago aprieta no hay enamoramiento que valga. Añadiremos que el poeta culto Hermesianacte de Colofón, en su elegía *Leontion*, dedicada a su hetera y en que se conmemoraba a cantores eróticos con sus amadas o protagonistas, menciona a Filóxeno y Galatea; y que el epigramatista Alceo de Mesene (*Ant. Pal.* IX 519 y XI 12) compara a Filipo V de Macedonia, beodo y cruel, con el tuerto ciclope.

Pero mucho más importante es el influjo de la *Odisea* en Teócrito. En el idilio VI, competición entre dos pastores músicos, uno de ellos se dirige a Polifemo (6-19) haciéndole notar cómo coquetea con él su amada; y el otro (21-40) ofrece unas palabras del propio ciclope en que se contie-

nen las usuales fanfarronerías amorosas (él está astutamente dando celos, se encuentra a sí mismo lo suficientemente hermoso como para agradar, etc.). En VII 151-153 hay una fugaz alusión a los estragos que produjo el vino en la compostura de Polifemo; y el XI desarrolla el mismo tema de VI con un largo monólogo del ciclope en que éste, tras añadir otros supuestos alicientes de su persona, como la opulencia en que nada, los regalos que es capaz de hacer, la comodidad de su vivienda, termina con una brusca reacción: es una locura —se apostrofa el infortunado amador— este emperrarse en una sola persona esquiva cuando hay tantas mujeres que podrán quererle. A lo cual sumamos XVI 53, breve referencia a la salvación de Ulises.

Temas parecidos aparecen en otros bucólicos: en Bión (II 1-3), un pastor se ofrece a cantar otra serenata erótica puesta en boca de Polifemo; el fragmento XVI del mismo contiene las usuales quejas del ciclope, y el poema de que procede debió de ser lo suficientemente conocido como para que el autor del *Canto fúnebre en honor de Bión*, considerado indebidamente como idilio III del cronológicamente anterior Mosco, aluda a él, en 58-63, como una obra maestra del fallecido.

En el mismo campo intelectual de estos poetas se movía el singular Licofrón de Cálcide, autor del llamado «poema oscuro», la *Alejandra*, cuyas misteriosas profecías emitidas por la hija de Príamo comprenden toda la guerra de Troya y sus antecedentes y secuelas. Parece que, al ser hijo adoptivo del escritor Lico, nacido en la ciudad itálica de Regio y autor de historias de Sicilia y Libia, Licofrón, cuyo problema cronológico creemos haber resuelto (cf. «Altes und Neues in der *Alexandra* des Lykophron», *Literaturwiss. Jahrb.* XXI [1980], 7-19) en sentido favorable a la tesis tradicional que lo sitúa a primeros del III a. C. y trabajando en la Alejandría de Ptolemeo Filadelfo, concibió un especial interés, poco frecuente en su época, hacia los temas itálicos, en virtud del cual sus aventuras de Ulises, puestas casi en

el centro mismo de la obra (648-819), contienen una serie de curiosas noticias (cf. págs. 25-26) acerca de reales o supuestas andanzas del héroe por la península apenínica.

Ello nos introduce en el mundo romano. Livio Andronico, griego de Tarante llevado a Roma como prisionero de guerra hacia el 275 a. C., tiene la excelente idea de poner la *Odisea* en latín y a disposición de los todavía inmaduros círculos culturales de la urbe; su obra, redactada en duros saturnios, no carece de mérito; el haber empleado en la traducción del verso 1 la palabra *uersutum,* algo así como «astuto», indica una toma de posición en el problema que dejó sin resolver Antístenes (cf. págs. 50-51).

Muchos lustros después, Cicerón, como buen seguidor de los estoicos, tiene palabras amables para Ulises, cuyas afabilidad hacia todos y paciencia ante las humillaciones encuentran, quizá, eco en las cualidades que a un ambicioso *homo nouus* como el orador habían sido necesarias en la carrera política, y tiene un gran acierto al señalar (*De fin.* V 49) que las Sirenas no tientan a Ulises con otro tipo de placeres que el excelso y muy griego del conocimiento *(scientiam pollicentur, quam non erat mirum sapientiae cupido patria cariorem esse),* dirección que fue seguida por posteriores escritores cristianos como Metodio de Olimpo, que compara a Ulises atado al mástil con el hombre acosado por las tentaciones del mundo (cf. pág. 62, sobre fray Luis de León), o como Máximo de Turín, que llega a ver en él (cf. pág. 64 acerca de Pérez de Montalbán) a Cristo en la cruz; mientras que san Jerónimo se limita a una utilización más clásica en el comentario a Oseas (860 *d*): *et Scyllaeos canes ac mortifera carmina Sirenarum surda aure pertranseas.*

Virgilio, en sus *Bucólicas,* imita magistralmente el precedente teocriteo con aquel inolvidable Coridón de II que también sensatamente decide renunciar al arisco Alexis y menciona a varias Galateas pastoriles en I 31-32, III 64, 71, VII 37 y IX 389. En cuanto a la *Eneida,* pudo haber

elegido al de Ítaca, según el mencionado precedente de Hesíodo, como antepasado ilustre de Roma, pero prefiere seguir a Licofrón (1226-1280) y fijarse en el troyano Eneas, lo cual le fuerza a una notable dualidad, pues se ve obligado a poner invectivas contra Ulises en los labios del griego Simón, pariente de Palamedes, y de los demás perjudicados por el robo del Paladión y la artimaña del caballo, pero también a situar en el centro de muchos episodios de la odisea de Eneas, tan parecida a la primitiva en ocasiones, a un héroe similar al homérico, aunque más anodino que él. El tema de la comparación no ya sólo entre ambos protagonistas, sino entre las epopeyas mismas y sus autores, iniciado por Domicio Afer según Quintiliano (*Inst.* X 1, 46) y planteado, siglos después, por Macrobio en un célebre pasaje del libro V de sus *Saturnalia*, no dejó de tener vigencia, a través de Marco Jerónimo Vida y Julio César Escalígero en el XVI y la «querelle des anciens et des modernes» en el XVII y principios del XVIII, nada menos que hasta Voltaire.

En cuanto a otros autores latinos, Horacio, en su epístola I 2, dedicada a Lolio Máximo, buen conocedor de Homero, entona un canto a la *uirtus* estoica y en definitiva romana, tomando como prototipo de ella al pacientísimo Ulises, en aquellos famosos versos (17-31)

rursus, quid uirtus et quid sapientia possit,
utile proposuit nobis exemplar Ulixen...;

Ovidio, en *Met.* XIII 750-869, vuelve a contar prolijamente la ya varias veces mencionada historia de Polifemo y Galatea, pero con adición (y esto es interesante por lo que se verá) de un joven personaje, Acis, en realidad una divinidad que personifica al río de Sicilia igualmente llamado, que reemplaza al Ulises de Filóxeno como afortunado rival del cíclope; y en otros pasajes sigue a Antístenes en su enjuiciamiento de la supremacía de

Ulises sobre Áyax en el debate del juicio de las armas (*Met.* XIII 1-398), consagra la primera de las *Heroidas* a una amante carta de Penélope a su esposo y se compara personalmente con éste, a lo largo de sus tristes elegías del destierro, no sólo por la melancólica soledad de ambos viajeros, sino también, con un rasgo de ingenua autosatisfacción, en cuanto a la innegable atracción que todas las mujeres —Penélope, Circe, Calipso, incluso Leucótea— sentían hacia Ulises, que *non formosus erat, sed erat facundus* (*Ars am.* II 123), todo lo cual parece haberse aplicado muy bien al caso del propio poeta; Séneca vuelve en sus diálogos y epístolas a tomar al héroe como ideal estoico de resistencia física y moral, aunque por otra parte anote pintorescamente (*Epist. Luc.* LIII 4) que Ulises se mostraba propenso al mareo *(nausiator erat)*, critica (cf. págs. 29-30) ciertas elucubraciones seudofilológicas sobre la *Odisea* y, en cambio, tiene también él forzosamente que presentarnos a un personaje odioso en sus *Troades* inspiradas parcialmente en la tragedia citada de Eurípides; y Estacio intenta no definirse demasiado, ni para bien ni para mal, en la descripción del carácter y las tretas de Ulises al tener que tratar, en su inacabada *Achilleis* (II 145 ss.), la famosa escena del desenmascaramiento de Aquiles en Esciros.

Menos fecundo resulta el material que, paralelamente, puede recogerse a lo largo de los siglos postclásicos en la literatura griega. El tratado *Sobre lo sublime,* falsamente atribuido a Longino, tiene, como es usual en él, una intuición aguda, aunque poco valiosa factualmente, cuando en IX 13-15 compara la *Ilíada* con la *Odisea:* aquélla fue escrita por un Homero juvenil que estaba en el apogeo de su inspiración y que hizo sobresalir en ella el elemento dramático y el espíritu de combate, mientras que la mayor parte de la segunda consta de relatos, lo cual es propio de la vejez y denota un autor en quien se está poniendo

el sol de la poesía. El estoico Epicteto solamente encuentra en Ulises un defecto que resta a su virilidad, y es (III 24, 18-20) el llorar mucho (también Cicerón, *Tusc.* II 49, alaba las *Niptra* de Pacuvio porque en ellas Ulises herido no se lamenta tanto como el *akanthoplêx* de Sófocles), pero por lo demás el personaje, de acuerdo con el patrón estoico, merece toda clase de elogios porque cree en los dioses (I 12, 3), es un verdadero ciudadano del mundo al no arraigar demasiado en su terruño natal (III 24, 13) y se comporta frente a Nausícaa y sus doncellas, aun estando desnudo y desvalido, como un verdadero hombre, con la cabeza alta, libre y confiado en sus propios valores (III 26, 33-34). El *Heroico* de Filóstrato contiene, en cambio, una crítica cerradísima de nuestro Ulises, a quien, según el autor, Homero ha defendido acudiendo, incluso, a procedimientos desleales como el silencio total sobre el crimen cometido con Palamedes. El de Ítaca aparece aquí dotado de toda clase de desagradables cualidades: perversidad, envidia, taimado disimulo, ignorancia. Y aun parece raro que Circe y Calipso —nótese el contraste con Ovidio— hayan amado a un hombre feo y poco esbelto que nunca miraba de frente por estar siempre tramando torvas hazañas. Aquí Filóstrato desbarra evidentemente.

Aunque, según un conocido escolio de Píndaro (*I.* IV 63), *mâllon tês Iliádos hē Odýsseia rhapsōideîtai,* esto es, la *Odisea* era más recitada que la *Ilíada,* no lo demuestra así el número de manuscritos medievales: en la edición de Allen se enumeran 79, repartidos en catorce familias, frente a casi doscientos de la *Ilíada.* Los más valiosos de nuestro poema son, de acuerdo con sus notaciones, L^4 (de Florencia, *Laur.* 32, 24, de los ss. X-XI), L^8 (id. *conv. soppr.* 52, del XI) y *Pal.* (de Heidelberg, *Pal.* 45, del año 1201).

Descuellan por sus escolios H^3 (de Londres, *Harl.* 5674) y U^5 (de Venecia, *Ven.* 613), ambos del XIII. La edición corriente de este tipo de comentarios, bastante imperfecta,

se debió a G. Dindorf (Oxford, 1855, reimpr. Amsterdam, 1962).

En muchos de estos códices se hacen patentes las huellas de la meritoria erudición bizantina, representada, *verbi gratia,* por Juan Tzetzes, autor de un comentario alegórico de la *Odisea* cuya última parte, correspondiente a los libros XIII-XXIV, estaba perdida hasta su hallazgo y publicación por H. Hunger en 1955. No podemos ahora detenernos mucho en este capítulo: baste enunciar, a guisa de ejemplos, las críticas a Homero de Juan Cameniates a principios del siglo X; los fundamentales comentarios conservados que dedicó a ambos poemas Eustacio, arzobispo de Tesalónica desde 1175; el hecho interesante de que los Cruzados, a partir de 1204, debieron de traerse una versión popular del argumento de la *Odisea* que llegó a España en el romance del conde Dirlos; y una introducción inédita a dicha obra que se antepuso en la segunda mitad del XIV o en los principios del XV a un manuscrito hoy conservado en la capital de Francia como *Par. gr.* 1191.

Mientras tanto, las gestas de Troya se habían transmitido también popularmente por la Europa occidental del medievo a través de una larga línea que comienza con el resumen en hexámetros *Ilias Latina,* del siglo I d. C., que influyó en nuestros *Libro de Alexandre* y *Grande et general estoria,* y las dos novelas latinas, traducidas de originales griegos perdidos, *Ephemeris... Dictyos* (Dictis), del siglo IV, y *Daretis... historia* (Dares), del V-VI, supuesta y respectivamente compuestas por un guerrero aqueo y otro troyano. De ellas se derivaron, entre 1160 y 1170, el *De bello Troiano* de Joseph de Exeter y el famoso *Roman de Troie* de Benoit de Sainte-Maure, tres veces traducido a lenguas hispánicas en los siglos XIII y XIV y refundido en la *Historia destructionis Troiae* de Guido delle Colonne, escrita entre 1272 y 1287, también vertida al catalán, aragonés y castellano y a que se remontan las *Sumas de Historia Troyana* y la *Crónica Troyana.* La obra de Dictis presentaba una

odiosa figura de Ulises parecida a la de Filóstrato; en la de Dares, el personaje estaba más matizado. Sainte-Maure y Guido se muestran ambivalentes hacia él; pero otro de los textos secundarios de esta compleja tradición, la *Confessio amantis* de John Gower, escrita en 1393, vuelve a mostrar en Ulises al héroe estoico, capaz, por ejemplo, de resistir a la mala tentación de las Sirenas.

Naturalmente, todos estos ecos son indirectos: lo mismo tenía forzosamente que ocurrir en el caso de Dante, que, desconocedor del texto de *Omero, poeta sovrano* (*Inf.* IV 88), de *quel signor dell'altissimo canto / che sovra li altri com'aquila vola* (95-96), se ve forzado a recurrir a los citados textos de Cicerón, Horacio, Ovidio y Dictis, equivocándose a veces, como cuando hace que la *dolce serena* de *Purg.* XIX 19 afirme (22-23) haber seducido a Ulises, mientras, en XXXI 45, le incita Beatriz a desoír tales cantos tentadores. Pero el lugar más bello y que más repercusiones literarias ha tenido (cf. pág. 76) es *Inf.* XXVI 49-142, en que vemos a Ulises condenado por sus fechorías (el engaño de Esciros, el robo del Paladión, *l'agguato del caval,* cf. 59), pero quizá absuelto *in mente* por su espíritu humanístico, pudiéramos decir, que, después de la estancia con Circe, le impele a seguir viajando, movido de *l'ardore / ch'i'ebbi a divenir del mondo esperto* (97-98), hasta traspasar las infranqueables columnas de Hércules dejando Sevilla a la derecha y Ceuta a la izquierda (110-111) y adentrarse en el hemisferio austral (*tutte le stelle già dell'altro polo / vedea la notte,* 127-128), porque, según su exhortación a los compañeros (119-120), los hombres no han nacido *a viver come bruti, / ma per seguir virtute e conoscenza.*

Pronto empezaron los occidentales a gustar directamente a Homero con la paráfrasis en prosa latina de casi toda la *Odisea* hecha por el monje calabrés Leoncio Pilato (1363-1366) para Petrarca y Boccaccio (quien sigue a Sainte-Maure, en su cuento *Il Filostrato,* para el relato de Troilo y Criseida como iba a hacer en seguida Geoffry Chaucer), la tra-

ducción latina del códice *Marc. Lat.* XII 23 de Venecia, las versiones de Guarino Guarini (que, dedicado al canto XXIII, interrumpió su trabajo al llegar a la descripción de la cama, 183-204, para no cansar a los lectores con cosas *infima et vulgaria*) y de Francesco Arretino, etc. Esto nos sitúa ya en 1488, con la aparición en Florencia del primer Homero griego impreso, editado por Demetrio Calcóndilas, tras la cual vino dieciséis años más tarde la Aldina veneciana.

A partir de ello las influencias indirectas y a veces directas (desde aquí utilizaremos con fruto el buen trabajo de Julio Pallí, *Homero en España*, Barcelona, 1953) son incesantes. El autor del *Viaje de Turquía*, Cristóbal de Villalón o Andrés Laguna, considera a su protagonista, Pedro de Urdemalas, como un nuevo Ulises español e inicia su relato con unas palabras a Felipe II en que se lee que «aquel insaciable y desenfrenado deseo de saber y conoscer que natura puso en todos los hombres... no puede mejor ejecutarse que con la peregrinación y ver de tierras extrañas», seguido ello del principio en verso de la *Odisea* con que propone Homero «a su Ulises por perfecto dechado de virtud y sabiduría». Joachim du Bellay, a quien debemos, en el principio del soneto 31 de *Les regrets*, publicado en 1558, el inmortal verso *Heureux qui, comme Ulysse, a fait un beau voyage,* vuelve no obstante en seguida *(quand revoirai-je, hélas, de mon petit village / fumer la cheminée...?)* al tema, que pudiéramos llamar antípoda respecto al dantesco, de Cicerón (*De leg.* II 3, *si quidem etiam ille sapientissimus uir Ithacam ut uideret inmortalitatem scribitur repudiasse)* y Ovidio (*Pónt.* I 3, 33-34, *non dubia est Ithaci prudentia, sed tamen optat / fumum de patriis posse uidere focis)* en que el viajero cansado aspira a la paz del hogar. Luis de Camões (*Lus.* II 45, 1-2) celebra cómo *o facundo Ulysses escapou / de ser na Ogigia ilha eterno escravo;* y la fantástica etimología que entroncaba el nombre de Lisboa con un *Ulyssipo* derivado del nombre homé-

rico provocó *laudes* como las del poema épico *Ulyssea ou Lysboa edificada*, publicado en 1636 por Gabriel Pereira de Castro, que empieza cantando las armas y al varón que *eternizou seu nome soberano*. Y, mientras en 1576 Juan de Mal Lara incluye episodios de la *Odisea* entre las supuestas pinturas de la galera real, fray Luis de León, insistiendo en el motivo protocristiano de las tentaciones, exhorta a Querinto, hacia 1570, a no ceder ante la hechicera

(antes que la engañosa
Circe, del corazón apoderada,
con copa ponzoñosa
el alma transformada
te ayunte, nueva fiera, a su manada)

o las divinas cantoras:

si a ti se presentare,
los ojos, sabio, cierra; firme atapa
la oreja si llamare;
si prendiere la capa
huye; que sólo aquel que huye escapa.

Desde 1556 tenemos ya (la latina de Vicente Mariner quedó luego inédita en el siglo XVII) una versión castellana en verso de la *Odisea*, la de Gonzalo Pérez, padre del famoso secretario de Felipe II. Su valor filológico es discutible, como el de todas las de su época: probablemente tenía razón George Chapman cuando, en la portada de su traducción homérica, que escribió entre 1598 y 1616, nota altivamente que las epopeyas no han sido *never before in any language truly translated*. Esta obra fue celebérrima: no hay quien no conozca el soneto de John Keats en que afirma que, desde que la ha leído, *then feel I like some watcher of the skies / when a new planet swims into his ken*, aunque luego estropee su poema al fingirse, ante los

nuevos mundos que Chapman le depara como Hernán Cortés, es decir, Núñez de Balboa cuando contempló por primera vez el Pacífico. Chapman, por cierto, es un admirador del héroe de Ítaca hasta en su inclusión entre las virtudes del conde de Somerset, según su dedicatoria, de una *Ulyssean patience;* y representa también la tendencia filohomérica frente al virgilianismo de Escalígero y los suyos.

Pero volvamos a España, donde, naturalmente, la versión de Pérez había puesto de moda el tema de la *Odisea* con un cierto afán de aprovechamiento moral muy típico del país y los tiempos. Así, en 1585, anota Juan Pérez de Moya que «pasar Ulises por Escila y Circes y Sirenas sin daño alguno, denota que la sabiduría entendida por Ulises menosprecia la lujuria»; y en 1589 elogia Juan de Horozco y Covarrubias a quien desdeñó el casamiento con Calipso; y, más desatinadamente, Albanio Ramírez de la Trapera, en 1612, y Alonso de Bonilla, en 1614, vuelven a la vieja idea de Máximo de Turín.

Inútil por otra parte sería querer decir aquí algo nuevo de las *Soledades* de Luis de Góngora, con un eco en la presentación misma

(pasos de un peregrino son errantes
cuantos meditó versos dulce Musa
en soledad confusa
perdidos unos, otros inspirados),

ni de *La Circe* de Lope de Vega, publicada en 1624, aburrido poema de más de 3.000 versos en octavas. Entre unas y otra, Miguel de Cervantes había recordado el venerable jardín de Alcínoo en el canto III del *Viaje al Parnaso.*

El viejo tema del ciclope y sus amores, a partir siempre no de la *Odisea,* sino de Ovidio, gozó de gran predicamento en la Europa renacentista. En este aspecto sería

engorroso para el lector que nos adentráramos en el comentario de obra tan conocida y magistral como la *Fábula de Polifemo y Galatea,* del propio Góngora, que no fue, desde luego, el único en tratar del asunto.

En efecto, el año 1628 presenció la aparición del auto *Polifemo,* del mediocre Juan Pérez de Montalbán, en cuya primera parte, no carente de ingenio, Ulises representaba a Jesucristo, el ciclope a Luzbel, los compañeros engullidos por él a san Esteban el protomártir, con pormenores como el del madero matador del gigante, que es la cruz, y el cordero místico aferrado a cuyos vellones se salva el héroe. La segunda, más descabellada en seguimiento de la entonces ya bien conocida obra de Góngora, ofrece una pugna entre el mismo ser diabólico y Galatea, el Hombre, amante, tras algunas vacilaciones, de un Cristo que esta vez es el pastor Acis y que muere por ella. No es raro que, cinco años después, Quevedo (que al cabo de otros dos iba a aprovechar, como argumento contra la tiranía en *La hora de todos,* aquella bárbara promesa del ciclope en IX 369) critique graciosamente a Montalbán diciendo que «por ir con la fábula hace a Cristo Ulises... un hombre que los propios gentiles idólatras le llamaban engañador, embustero y mentiroso» y que «ésta no es alegoría, sino algarabía».

Algún mayor interés ofrece la obra calderoniana. Bastante floja y con mezcolanza de temas se presenta *Polifemo y Circe,* también heterogénea en cuanto a autores, pues, estrenada en 1636, debía su jornada I a Antonio Mira de Amescua, la II a Montalbán y la III al propio don Pedro. Tres años después se dio con gran aparato, en un teatro flotante sobre el estanque de los recién inaugurados jardines del Buen Retiro, *El mayor encanto, amor,* que parece, aunque no estoy seguro, que llevó también el título de *Los encantos de Circe y peregrinación de Ulises:* una empalagosa y eruditísima maga

(prima nací de Medea
en Tesalia, donde fuimos
asombro de los estudios
y de las ciencias prodigio)

no logra retener con todas sus Matemáticas y Astronomía a un Ulises impulsado por el deber y se suicida como nueva Dido; y es digno de mención el hecho de que una terrible tormenta obligó a interrumpir la representación el día del estreno, 12 de junio.

Como era usual, el tema se aprovechó luego para un más interesante auto, *Los encantos de la culpa,* en que Ulises es el Hombre embarcado en una nave mística que pilota la Mente y tripulan los cinco Sentidos. Circe es la Culpa personificada; los Sentidos van cediendo ante ella; Ulises, a punto de caer, es salvado por una especie de Hermes, con sus flores maravillosas y todo, que es el Arrepentimiento, gracias al cual puede al fin zarpar en la nave salvadora de la Iglesia.

Y aún hay que reseñar una obra escrita en la vejez y en colaboración con Baltasar de Funes y Villalpando, *El golfo de las Sirenas,* zarzuela seguida de mojiganga, en que una Escila disfrazada de cazadora y una Caribdis ataviada como Sirena harían las delicias del público.

Con esto y con añadir el inteligente aprovechamiento del tema robinsoniano en el *Criticón* de Baltasar Gracián y las comedias *Los trabajos de Ulises,* de Luis de Belmonte Bermúdez, escrita en 1679, y la perdida *Ulises y Penélope,* de Manuel Martí Zaragoza, que hay que situar ya a principios del XVIII, podemos pasar al resto de Europa, donde se lleva la palma, como no podía menos de suceder, William Shakespeare con su *Troilus and Cressida,* de hacia el 1602, cuyos antecedentes hemos visto ya. El héroe es allí un gran político: sus dos discursos del acto I 3 sobre la necesidad del orden y la jerarquía en el mundo *(take but degree away, untune that string, / and hark what dis-*

cord follows!) y del III 3 sobre los efectos del tiempo en el prestigio propio y la gratitud de los demás

(O! Let not virtue seek
remuneration for the thing it was;
for beauty, wit,
high birth, vigour of bone, desert in service,
love, friendship, charity, are subjects all
to envious and calumniating time)

son obras maestras del arte shakespeariano.

Mal pueden compararse con ellas, a lo largo del siglo XVII y los inicios del XVIII, la ópera *Il ritorno d'Ulisse in patria* de Claudio Monteverdi (1641); los empeños de Jean Racine, que, incurriendo en la acostumbrada contradicción, admira a Ulises en sus *Remarques sur l'Odyssée d'Homère,* escritos en 1662 y en plena vorágine de la «querelle», y le dota de los peores rasgos doce años más tarde en su *Iphigénie,* inspirada en la *Iphigénie en Aulide* de Jean de Rotrou; el tratamiento no excesivamente interesante de John Milton, que en 1634 utiliza la fábula de Circe en su mojiganga moralizadora *Comus* y en *Paradise Lost,* de 1667, se limita a dos menciones banales; la presentación en 1699 de Ulises como un gran rey por parte de Fénelon (no se olvide que el padre de Telémaco tenía por fuerza que personificar al del delfín, destinatario de su obra didáctica), que hace incluso a Filoctetes cantar la palinodia asegurando haberse dado cuenta ahora de que su antiguo enemigo no atendía sino al bien común; los comentarios de John Dryden en torno al 1700, laudatorios para Ulises en función del episodio citado de las *Metamorfosis* ovidianas; y, en fin, la desatinada utilización politicosocial de las circunstancias en Ítaca a que se entrega en 1725 la *Scienza nuova* de Giambattista Vico.

Un capítulo aparte merece, aunque esto lleve consigo el volver atrás nuevamente en el tiempo, el tratamiento

también en otros países, no sólo en España como vimos, del ya para entonces bastante manoseado mito de Polifemo y Galatea. Carecemos aquí de tiempo y aun de datos para ocuparnos, por ejemplo, de las literaturas italiana y francesa.

En cuanto a la inglesa, entre el XVI y el XVII contamos con ecos en Christopher Marlowe (*The Passionate Shepherd to his Love,* el pastor llamando a su amada con dulces promesas), con el que hizo pronto «pendant» el bien conocido poema de sir Walter Raleigh, *The Nymphs Reply to the Shepherd.* Y Ben Jonson en el acto II de *The Sad Shepherd,* John Donne en el delicioso canto *The Baite,* Aurelian Townshend, Robert Herrick *(To Phyllis to Love and Live with him),* Charles Cotton *(An Invitation to Phyllis),* el conde de Pembroke y, ya metido en el XVIII, el dramaturgo William Congreve constituyen una clara línea, el último de cuyos eslabones, en *The Way of the World,* lleva a la caricatura el tema, ya grotesco, al personificar al ciclope en una vieja dama que quiere atraer a otra a la ciudad, lo cual su amiga, nueva Galatea, rechaza: *Let us leave the world and retire by ourselves and be shepherdesses.*

Escaso es, ciertamente, el material de dicho siglo que aquí nos interesa. Entre 1711 y 1716, el fin de la «querelle» con una viva polémica entre Mme. Dacier, buena traductora, quien había dicho a las remilgadas damas parisinas que vale más lavar la ropa como Nausícaa que jugar a las cartas y murmurar todo el día, y Houdar de la Motte, quien veía en el poema una alegoría sobre los males que acontecen cuando un príncipe marcha al extranjero. En 1777, una tragedia *Ulisse* de Ippolito Pindemonte, que a partir de 1805 daría principio a su extraordinaria traducción italiana. En 1781, la colosal, modélica versión alemana de Johann Heinrich Voss. En 1798, Goethe escribe a Schiller sobre su proyecto de tragedia *Nausikaa:* al final, decepcionada por el poco tacto y frialdad de Ulises que quería

consolarla convirtiéndola en esposa de Telémaco, la protagonista iba a cometer un prerromántico suicidio. Pero la obra, quizá por fortuna, no se escribió jamás.

En cambio, el siglo XIX ofrece una riquísima cosecha al respecto, con utilización de la *Odisea* extremadamente amplia y profunda en cuanto a simbolismo humano. La figura de Ulises, por lo regular embellecida, se va estableciendo así como patrimonio esencial de la Humanidad, y ello ya, aunque no conste en ninguna parte Homero como fuente (mientras, por el contrario, se cita marginalmente a Josefo y Psello y parece que hay un precedente lejano en una epístola de S. Paulino de Nola), en la magnífica *Rime of the Ancient Mariner,* publicada en 1778, como parte de sus *Lyrical Ballads,* y luego en 1800 por Samuel Taylor Coleridge. Un viejo marino, llegado a una fiesta de esponsales, cuenta su increíble peregrinación por la Antártida y los trópicos que refleja el eterno viaje del hombre por la vida.

Los siguientes párrafos ofrecen un cierto desorden inevitable, puesto que, no teniendo tiempo para realizar una síntesis más pormenorizada, presentamos brevemente los distintos ecos homéricos en función del año de nacimiento de cada autor.

En 1816 y en una revista milanesa, Giacomo Leopardi traduce en endecasílabos el canto I, una buena labor filológica, pero que quedó un poco oscurecida por estar tan reciente y ser tan buena la versión de Pindemonte.

El bello y breve monólogo lírico *Ulysses,* escrito por Alfred Tennyson en 1833, ofrece una atractiva figura compuesta de muchos elementos: un byroniano sentido de la aventura *(I will drink / life to the lees)* en que el héroe se contrapone con la figura irreprochable, burguesa y vulgar de Telémaco; una busca dantesca del conocimiento y la experiencia a toda costa *(this gray spirit yearning in desire / to follow knowledge like a sinking star);* la melancolía, que ya aparecía en *Troilus and Cressida,* ante la perspectiva de una vejez en que el antiguo viajero se enmo-

hecerá como un arma inútil; y, a modo de reacción ante las adversidades, al final una concepción bella y heroica de la vida como navegación que, teniendo como trasfondo el entusiasmo nacional ante las hazañas de los Cabot, Cook o, recientemente, Nelson, establece como prototipo ideal el del hombre *strong in will / to strive, to seek, to find and not to yield.*

El chispeante ingenio de Samuel Butler le impulsó no sólo a componer musicalmente un oratorio llamado *Ulysses,* sino también a redactar, en 1896, un notable ensayo, *The Authoress of the Odyssey,* en que defendía (cf. pág. 28) la tesis de que este poema es obra de una siciliana de la región de Trapani que se retrató a sí misma en el personaje de Nausícaa: esta teoría ha sido recogida varias veces (sobre todo, en la ópera *Nausicaa* y la novela *Homer's Daughter,* recientemente traducida al castellano con el título *La hija de Homero*) por el poeta y filólogo «amateur» Robert Graves (cf. pág. 75).

Bonifacio Reyes, el atormentado protagonista de *Su único hijo,* de Clarín, publicado en 1891, se entristece, al regresar a Raíces, pueblo de sus antepasados, porque no le sale al encuentro ningún fiel Eumeo ni ninguna entrañable Euriclea; y Juan Maragall, inspirado en Goethe, elige en 1910 a la dulce hija de Alcínoo como heroína de su tragedia catalana *Nausica.*

Entre las fechas de nacimiento de uno y otro cae la del gran poeta italiano Giovanni Pascoli, cuyo poema *L'ultimo viaggio,* publicado en 1904, constituye una bellísima e importante aportación a nuestro mito. Odiseo —que así le llama el poeta en forma más afín al original griego— siente, llegado a la rutinaria tranquilidad de su hogar, la desazón de una nueva y última aventura «à la recherche du temps perdu», como dice agudamente Stanford. Sus amigos de Ítaca, entre ellos el aedo Femio y el mendigo Iro, se le suman formando una enternecedora cuadrilla de ancianos; pero el resultado es francamente decepcio-

nante. En la isla de Circe no hay ya más que viento; el feroz ciclope se ha convertido en el yerto cráter de un volcán apagado; las Sirenas permanecen mudas. En vano suplica dramáticamente el héroe una última respuesta a los problemas de la existencia y el más acuciante de su propia identidad perdida:

Solo mi resta un attimo. Vi prego!
Ditemi almeno chi sono io! Chi ero!

Las Sirenas callan. Calipso, en tanto, teje cantando en su gruta. Las aguas le aportan un triste, desnudo cadáver,

bianco e tremante nella morte ancora.

La poesía, la gloria, la sabiduría no han dado respuesta al ilusionado preguntar de Ulises.

Resulta, ciertamente, más difícil de entender el drama *Der Bogen des Odysseus,* de Gerhard Hauptmann, escrito en 1914, donde la cabaña del porquerizo, escenario aquí de los últimos cantos del poema homérico, contempla cómo un Ulises abatido, degradado, unas veces payaso y otras loco, agota una amarga odisea en que ni su familia le comprende.

Una verdadera cumbre en esta cordillera de interpretaciones homéricas la representa el poema *Ithaki,* escrito por Konstantinos Kavafis en 1911. *Si vas a viajar a Itaca, / pide que el viaje sea largo, / esté lleno de peripecias, lleno de saberes.* Así empieza esta exhortación a una fundamental peregrinación interior; porque *ni a los Lestrigones ni a los ciclopes / ni al fiero Posidón encontrarás / si no les llevas dentro de tu alma.* No hay que precipitar el viaje ni esperar grandes riquezas ni hallazgos en la Itaca al fin encontrada. La pobre isla ha dado lo que podía: el hermoso viaje de du Bellay y la experiencia. *Ya puedes comprender lo que significan las Itacas* de este mundo.

Gran admirador de la figura de Ulises, y no sin cierta lógica desde su ideario, es Gabriele d'Annunzio, sobre todo en el libro de sus *Laudi* llamado *Maia* y publicado en 1903, que ya en su famoso pórtico *(o Diversità, sirena / del mondo)* se enfrenta con la inmortal figura del héroe.

En el capítulo IV *(L'incontro d'Ullisse)* volvemos a hallar descrita con frases inmortales su singular figura

(e reggeva
ei nel pugno la scotta
spiando i volubili vènti,
silenzioso; e il pìleo
tèstile dei marinai
coprìvagli il capo canuto,
la tunica breve il ginocchio
ferreo, la palpebra alquanto
l'occhio aguzzo; e vigile in ogni
muscolo era l'infaticata
possa del magnanimo cuore).

Ulises no responde a las preguntas del viajero *(non pur degnò volgere il capo);* y tampoco conseguirá éste nada *(Il rimpianto di Penelope)* de la esposa acerba y arrepentida de su fidelidad ni del prosaico *re dei porcari* en que se ha convertido Telémaco. Sólo mucho más adelante (XVII, *L'eroe senza compagno, Riapparizione d'Ulisse)* escuchará consejos acordes con los pensamientos que en la soledad rumiara *(sol una è la palma ch'io voglio / da te, o vergine Nike: l'Universo!)* el peregrino ansioso de gloria:

Sii solo della tua specie
e nel tuo cammino sii solo,
sii solo nell'ultima altura.
Il cuore è il compagno più forte.

El hombre solo ante el destino y aspirando a conquistarlo con ambición nietzscheanamente superhumana: he aquí el héroe de d'Annunzio.

Miguel de Unamuno, muy atraído, y no sólo profesionalmente, por Homero

(en tanto la Odisea
montes y valles de mi pecho orea
de sus ficciones con la rica trama),

menciona repetidamente VIII 579-580

(voluntad ello fue de los dioses que urdieron a tantos
la ruina por dar qué cantar a los hombres futuros)

como típicos de una mentalidad arcaica centrada en la creación literaria, trata varias veces el tema de las Sirenas como testimonio del afán de conocimiento de los Griegos y abraza como banderín regenerativo de la pobre España del 98 el *'tis not too late to seek a newer world* del *Ulysses* de Tennyson, mientras Ángel Ganivet, dentro de la misma tendencia cultural, exhorta a los españoles a seguir las huellas de Ulises para encontrar así a don Quijote.

Mientras el bello drama *En el fondo*, de Máximo Gorki, fechado en 1902, desarrolla el tema de Circe en un infecto antro donde la hez de la sociedad, convertida en grey porcina, puede aún redimirse en la línea del optimismo revolucionario del autor, vemos cómo, en el otro extremo de Europa, Ramón Pérez de Ayala, verdadero humanista aun casi sin estudios grecolatinos, establece una interesante síntesis de mitos en su esbozo de novela llamado *Prometeo*. Juan Pérez Setignano, un hispanoitaliano nacido en Florencia, vive en España una inquieta odisea. La aventura sevillana con Lolita «la de la carne» (Circe), la bajada al Hades de una ciudad muerta, las vacas del sol sacrificadas en la disipación del Madrid jaranero, terminan llevándole a Pilares y a una cátedra universitaria de griego, a

los encantos y el hastío temprano de la viuda Federica Gómez (Calipso), al naufragio en la playa y la gracia juvenil de Perpetua Meana (Nausícaa). Y, tras el matrimonio, la desilusión del nacimiento de aquel hijo, Prometeo, en quien había cifrado sus esperanzas de un ser semidivino, redentor de la especie humana, y que resulta un desdichado anormal. Los breves poemas que separan un capítulo de otro son a modo de coros que resumen bien la tragedia. El del viaje azaroso

(sé tú mismo tu dueño, sé isleño.
Haz de tu vida prodigioso sueño
renovándose sin cesar.
Abrázate al flotante leño.
Échate a navegar por la mar),

el de las posibilidades inmensas del hombre

(tú, como yo, todos, hermano,
todos somos como Odysseus,
todos poseemos un arco
para los demás imposible,
para uno mismo ágil y blando),

el de la desmesura de quien aspira a lo imposible sin poner el espíritu en el lance

(si otra vez repites la hazaña,
cuida de poner bien prendida
en la punta de la flecha tu alma,
tu propia alma dolorida,
y, con tu voluntad robusta,
luego volando al cielo envíala).

El propio Ayala fue en la vida un Ulises a quien canta versos muy hermosos

(gran poeta, el pacífico sendero
cantó que lleva a la asturiana aldea;
el mar polisonoro y sol de Homero
le dieron ancho ritmo, clara idea;
su innúmero camino el mar ibero,
su propio navegar, propia odisea)

el mismo Antonio Machado que apostrofaba a su mediterráneo amigo y hermano en Letras:

¡Oh, tú, Azorín, que de la mar de Ulises
viniste al ancho llano...!

Y también en Lorca, siempre más humanístico de lo que a primera vista podría parecer,

la Penélope inmensa de la luz
teje una noche clara.

Terminemos rápidamente, para no alargar en exceso esta nota, con otras aportaciones españolas en los campos filológico (traducción en verso de Federico Baráibar en 1886; la excelente en prosa de Luis Segalá tantas veces reimpresa desde 1910; la *Odisea* catalana en verso que dio a conocer Carles Riba en 1919; la notable versión rítmica de Fernando Gutiérrez que se publicó en 1951 y acaba de reproducirse en 1980 con una introducción de José Alsina; los ensayos también rítmicos del propio Pabón y de González Laso [cf. pág. 86]; el trabajo [cf. pág. 20] de Antonio Pastor; la ágil y segura traducción en prosa castellana de José Luis Calvo, que vio la luz en Madrid, 1976) y literario (*El retorno de Ulises,* de Gonzalo Torrente Ballester; *La tejedora de sueños,* de Antonio Buero Vallejo; *Las mocedades de Ulises,* de Alvaro Cunqueiro; *Odisseu,* de Agustín Bartra; *Viatge a l'Atlàntida i retorn a Itaca,* de Guillermo Díaz Plaja).

Y, volviendo ahora al mundo inacabable de las Letras

universales, la figura de Ulises se nos aparece repetidamente y en forma importante a lo largo de los últimos diez lustros.

No conocemos la fecha del nada sobresaliente poema *Ulysses* del citado Robert Graves, en que el héroe se nos presenta como un mujeriego impenitente al que *Penelope and Circe seemed as one;* ni tampoco la del precioso *Odisea, libro vigésimo tercero,* de Jorge Luis Borges (autor también de un trabajo sobre *Las versiones homéricas* donde se comentan varios modos de traducir en relación con XI 533-537), otra vez el canto de la nostalgia aventurera en el héroe vuelto a casa

(¿dónde está aquel hombre
que en los días y noches del destierro
erraba por el mundo como un perro
y decía que Nadie era su nombre?).

Sí, en cambio, las de varios ecos dignos de especial mención. En 1931, Louis MacNeice, poeta y filólogo, escribe su conciso, pero exquisito poema *Circe,* que, tomando como lema el *uitream ... Circen* de Horacio (*Od.* I 17-20), nos esconde a la maga tras el espejo como una elusiva, intocable construcción de nuestro propio e iluso ego.

Del mismo año es una estupenda creación de Yorgos Seferis, *Sobre un verso extranjero,* montada en torno al tantas veces citado de du Bellay. La sombra de un Ulises de manos callosas y piel arrugada por los soles y los hielos se presenta al escritor para contarle sus experiencias de dolor *(cuando las velas del barco se hinchen de recuerdos y tu alma se convierte en un timón),* de soledad, de amargura, de vigorizante conversación con los muertos. Para explicarle *cómo yo también puedo construir un caballo de madera para capturar mi propia Troya.* Porque cada alma tiene dentro una Troya que conquistar,

una Ítaca por que anhelar y unos Lestrígones o ciclopes, como aquellos de Kavafis, con los que combatir.

El año 1938, funesto para España, fue fértil en ecos de la *Odisea.* Jean Giraudoux, que tres antes había hecho comparecer a Ulises en dos escenas de *La guerre de Troie n'aura pas lieu* (con una excelente confrontación psicológica entre el de Ítaca y Héctor en que al segundo, impetuoso y bravo, simbolizan el roble y el halcón, mientras que el primero, prudente y eficaz, prefiere para sí mismo los emblemas del olivo y la lechuza), produce ahora un frívolo *Elpénor* en que, por ejemplo, un ciclope intelectual es envuelto por la barata retórica de su antagonista y el canto de las Sirenas no consigue sus fines porque la charla de los tripulantes no deja escuchar al capitán.

No es ciertamente un gran logro, como tampoco, por los mismos meses, la *Naissance de l'Odyssée,* de Jean Giono, desmitificadora historia de un Ulises que no cuenta más que mentiras tras haber errado por los puertos y las tabernas después de la toma de Troya. Y, en cambio, tiene mucha más trascendencia la famosa *Odisea* de Nikos Kazantzakis, largo y difícil poema de 33.333 versos, que sigue a una tragedia llamada *Odiseo* del mismo genial autor.

Imposible es condensar aquí obra tan colosal, compleja y llena de pensamiento. Por ella, como por una sinfonía bien construida, circulan y se entrecruzan mil motivos: el ya utilizado por Tennyson y Pascoli, del héroe cansado de paz que busca nuevas peripecias; la superación del viejo mundo mediterráneo y la búsqueda, como en Dante y Coleridge, de las tierras antárticas a través de Creta, Egipto y el África negra; la ruptura de los últimos lazos míticos cuando el héroe se separa de Helena, a la que había raptado en Esparta con intención de fundar una nueva estirpe helénica; el activismo político, tan caro al Kazantzakis de la época leninista, con que el

proletariado acaudillado por Ulises derroca al corrupto y decadente Minos; la ascensión mística que lleva al viajero, a través de las fuentes del Nilo, a un nuevo Sinaí, un nuevo decálogo y una Nueva Ítaca utópica que es en seguida destruida por un volcán; el ascetismo búdico-cristiano que invade después al héroe desilusionado hasta su glacial muerte en soledad. La *Odisea* de Kazantzakis, con todos los defectos de forma y excesos de contenido e ideario que se quiera, es una de las obras maestras de nuestro siglo.

Nada hay después que la supere en nuestro tema. La *Calypso* (1939) y la *Circe* (1969) de W. H. Auden, con sus anacrónicas y respectivas personificaciones en la muchacha (¿mecanógrafa tal vez?) que espera a su amado (¿oficinista quizás?) en la Grand Central Station de Nueva York y en la máquina de hacer el amor, no la guerra, que promete unidad con el Todo en un perfecto orgasmo a las gentes mediocres y aburridas, resultan después de todo creaciones muy banales. *The Iceman Cometh*, de Eugene O'Neil, estrenada en 1946, ofrece un paralelo bastante estricto respecto a la citada obra de Gorki, con su taberna suburbial en que falla estrepitosamente el redentor que quería devolver a las bestias la condición humana. Y en la *Ítaca* de nuestra Francisca Aguirre, publicada en 1972, las heroínas odiseicas (Penélope destejiendo en un lento desastre mientras Circe con su embrujo y Nausícaa con su juventud se sientan otra vez a la mesa del héroe) conforman todas juntas el alma multiforme de la poetisa misma.

Inagotable sería, en fin, querer agotar el rastro de la *Odisea* en la literatura europea moderna: nos han salido al paso algunas influencias que recogemos fielmente, sin afán de ser exhaustivos, tales como la ejercida sobre el novelista sueco Eyvind Johnson, que, en 1946, publica su *Strändernas Svall*, y varios autores alemanes de novelas de las épocas de preguerra, guerra y postguerra, como Friedrich Lorenz (*Odysseus und Penelope*, de 1936, típico

«Bildungsroman» en que el joven héroe, superados los traumas juveniles, cae en el regazo acogedor de una madre-esposa), Hermann Stahl (*Die Heimkehr des Odysseus,* de 1940, adaptación de la epopeya a una brillante prosa), Lion Feuchwanger (*Odysseus und die Schweine,* de 1946, con un subtítulo, *Das Unbehagen an der Kultur,* que delata ya trasfondo freudiano, obra en la que un héroe sesentón y gordo vuelve decepcionado de su nueva visita a la añorada Esqueria en la que ha explicado a Demódoco que, realmente, fue voluntaria la transformación en cerdos de sus compañeros, cansados de la vida y tentados por la bajeza y degeneración), Hans Erich Nossack (*Nekya: Bericht eines Ueberlebenden,* de 1947, situada en un país y tiempo ideales, pero transparentes), Horst Wolfram Gössler (*Odysseus und die Frauen,* de 1948, barata utilización del mito en dirección erótica), Emil Barth (*Enkel des Odysseus,* de 1951, en que el nieto de Ulises es un oficial de Rommel que revive el mito de los Lotófagos), Ernst Schnabel (*Der sechste Gesang,* de 1956, con Eolo, Circe y el propio Ulises convertidos en sórdidos hombres de hoy) y el filólogo Walter Jens, que, en 1957, escribe *Das Testament des Odysseus,* supuesta autobiografía, legada por el héroe a un nieto suyo, que destaca entre lo demás como escrita por un buen conocedor de Homero que sabe cómo trasplantar la saga heroica al mundo de hoy.

Pero mucho antes se habían ya inclinado amorosamente sobre Ulises dos gigantes o padres fundadores de la literatura actual, Ezra Pound y James Joyce.

El primero inició sus *Cantos,* en 1915, con el que consecuentemente lleva el número I de la serie, una paráfrasis de XI 1-153 sin novedades ni grandes logros hasta que de pronto se despeña hacia la alusión intelectualista que iba a ser típica de esta obra con versos bien comentados en tiempos por el propio Seferis: allí aparecen la traducción homérica latina de Andreas Divus, incluso

con su notación tipográfica (*in officina Wecheli, 1538*), y a continuación una alusión a Afrodita con las mismas palabras latinas, *venerandam* y luego *Cypri monumenta sortita est,* recogidas *in the Cretan's phrase,* esto es, en la traducción latina del himno homérico a dicha diosa debida al cretense Jorge Dartona y recogida en el mismo libro antiguo; y de ahí se pasa sin transición al canto II, donde aparecen Browning, Sordello, Picasso, etc.

Cultismos y juegos de palabras parecidos pululan, como es bien sabido, en el delirante *Finnegans Wake,* publicado por James Joyce en 1939, donde hallamos *Telmac* = *Macintosh,* un enigmático personaje que puede ser el propio Joyce en la figura filial de Stephen Dedalus; y *Ukelepe* que es eucalipto y Calipso y Calpe, es decir, Gibraltar, ciudad natal de Molly Bloom; y una Nausícaa en el baño que es *Naughtsy calves* «pantorrillas atrevidas»; y un Polifemo que se convierte en *Bullyfamous* «famoso por sus bravatas», y así indefinidamente. La obra está, pues, llena de referencias al anterior y celebérrimo *Ulysses,* que había aparecido con mediano éxito en 1922.

El hablar largamente del *Ulysses* de Joyce sería aquí descubrir una vez más el Mediterráneo; y además tenemos que terminar. El largo día (16 de junio de 1904) de Ulises = Leopold Bloom por las calles de Dublin (recordemos nuevamente a Borges en su poema de 1968 dedicado al propio Joyce, *entre el alba y la noche está la historia / universal*), con sus vulgares episodios vaga o estrechamente reminiscentes de Homero (el Hades y el cementerio, la ruidosa isla de Eolo y la redacción del periódico, Hamlet entre Escila y Caribdis discutido en la biblioteca, Nausícaa encarnada en la joven Gerty MacDowell, Circe en el burdel), y el fatigado regreso a la Ítaca del hogar doméstico en que Molly cerrará el día con su famoso monólogo inacabado, es, aun prescindiendo de las innegables extravagancias y «alejandrinismos», una sobrecogedora odisea del hombre de los principios (y de los finales) del

siglo xx en búsqueda inefectiva de sí mismo (cf. nuestro *Los dos panteones de James Joyce*, en *Insula*, núm. 419, oct. 1981).

Algo de bibliografía

Ahora, una muy somera bibliografía —pues el material homérico es infinito— en que se atiende más a lo moderno que a lo antiguo, pues en lo primero se puede encontrar lo segundo, y se prescinde de los instrumentos de carácter común: manuales historicoliterarios, de los que todos en España conocen la *Historia de la literatura griega* de A. Lesky (tr. esp., Madrid, 1968); bibliografías generales o particulares, como *L'Année Philologique* (cuyas fichas del período 1930-1970 están reelaboradas por D. W. Packard y T. Meyers, *A Bibliography of Homeric Scholarship*, Malibu Cal., 1974) y las del *Anzeiger für die Altertumswissenschaft* y *Lustrum;* obras de carácter introductivo, entre las que vale la pena destacar *A Companion to Homer* (editado por A. J. B. Wace y F. H. Stubbings, Londres, 1962) y la *Introducción a Homero* (dirigida por L. Gil, con la colaboración de F. R. Adrados, M. F. Galiano y J. S. Lasso de la Vega; cf. sobre ella pág. 46); diccionarios generales y homéricos, de los que el *Lexikon des frühgriechischen Epos* ha llegado en su lenta marcha al final del volumen I; utensilios bibliográficos en cuanto a materias arqueológicas y *realia,* como la incompleta, pero ya utilísima, *Archaeologia Homerica*; todo lo mucho y bueno que hoy puede leerse sobre el mundo micénico; las traducciones, de las que la mayoría de las españolas ha sido citada antes; y, además de ello, las obras que aquí y allá han ido mencionándose en estas páginas.

Las principales ediciones no traducidas ni comentadas son las de I. Bekker (Bonn, 1858 [2]), I. La Roche (Leipzig, desde 1867), A. Nauck (Berlín, 1874), A. Kirchhoff (Ber-

lín, 1879²), A. Ludwich (Leipzig, desde 1889), Th. W. Allen (Oxford, 1917²), E. Schwartz (Munich, 1924) y P. von der Mühll (Basilea, 1956). Como bilingüe merece mención, aun con sus audacias, la de V. Bérard (París, desde 1924, con tres tomos de *Introduction*). Son comentadas, entre otras (anticipamos la meritoria, aunque modesta, *Nueva antología de la «Ilíada» y la «Odisea»*, con buenos capítulos previos, que editó en Madrid, 1965, la Sociedad Española de Estudios Clásicos), las de J. U. Faesi-W. C. Kayser (Berlín, desde 1885), W. W. Merry-L. J. Riddell-D. B. Monro (Oxford, desde 1886), K. Fr. Ameis-C. Hentze-P. Cauer (Leipzig, desde 1889), J. van Leeuwen (Leiden, 1890, con M. B. Mendes da Costa, y 1927, solo), W. B. Stanford (Londres, desde 1948) y J. Bérard-K. Goube-R. Langumier (París, desde 1952, parcial).

De entre los libros consagrados a Homero y, más especialmente, a la *Odisea* seleccionaríamos los de A. Albarracín (*Homero y la medicina*, Madrid, 1970), N. Austin (*Archery at the Dark of the Moon. Poetic Problems in Homer's Odyssey*, Berkeley Cal., 1975), E. Bethe (*Homer. Dichtung und Sage*, Leipzig, 1927 y 1929²), Fr. Blass (*Die Interpolationen in der Odyssee*, Halle, 1904), G. Bona (*Studi sull'Odissea*, Turín, 1966), P. Cauer (*Grundfragen der Homerkritik*, Leipzig, 1923³), P. Chantraine (*Grammaire homérique*, París, desde 1952), F. Cruz (*La cuestión homérica*, Mendoza, 1952), E. Delebecque (*Télémaque et la structure de l'Odyssée*, Aix-en-Provence, 1958), F. Eichhorn (*Homers Odyssee. Ein Führer durch die Dichtung*, Gotinga, 1965), H. Eisenberger (*Studien zur Odyssee*, Wiesbaden, 1973), H. Erbse (*Beiträge zum Verständnis der Odyssee*, Berlín, 1972), B. Fenik (*Studies in the Odyssey*, Wiesbaden, 1974), J. H. Finley Jr. (*Homer's Odyssey*, Cambridge Mass., 1978), M. I. Finley (*El mundo de Odiseo*, tr. esp., México, 1961), G. Finsler (*Homer*, Leipzig, desde 1914; *La poesía homérica*, tr. esp., Barcelona, desde 1925); F. Focke (*Die Odyssee*, Stuttgart, 1943), G. Germain (*Genèse de l'Odys-*

sée, París, 1954), J. B. Hainsworth (*The Flexibility of the Homeric Formula,* Oxford, 1968), A. Heubeck (*Der Odysseedichter und die Ilias,* Erlangen, 1954; *Die homerische Frage,* Darmstadt, 1974), A. Hoekstra (*Homeric Modifications of Formulaic Prototypes. Studies in the Development of Greek Epic Diction,* Amsterdam, 1965). U. Hölscher (*Untersuchungen zur Odyssee,* Berlín, 1939), E. Kammer (*Die Einheit der Odyssee,* Leipzig, 1873), G. S. Kirk (*Homer and the Epic,* Cambridge, 1965; *Los poemas de Homero,* tr. esp., Buenos Aires, 1968), T. Krischer (*Formale Konventionen der homerischen Epik,* Munich, 1971), M. Leumann (*Homerische Wörter,* Basilea, 1950), H. L. Lorimer (*Homer and the Monuments,* Londres, 1950), W. Mattes (*Odysseus bei den Phäaken,* Würzburgo, 1958), K. Meister (*Die homerische Kunstsprache,* Leipzig, 1921), R. Merkelbach (*Untersuchungen zur Odyssee,* Munich, 1969 [2]), K. Meuli (*Odyssee und Argonautika,* Berlín, 1921), D. L. Page (*The Homeric Odyssey,* Oxford, 1955; *Folktales in Homer's Odyssey,* Cambridge Mass., 1973), L. G. Pocock (*Poetry and Allegory in the Odyssey,* Amsterdam, 1959; *Odyssean Essays,* Oxford, 1964), G. Ramming (*Die Dienerschaft in der Odyssee,* Erlangen, 1973), W. Richter (*Die Landwirtschaft im homerischen Zeitalter,* Gotinga, 1968), E. Risch (*Wortbildung der homerischen Sprache,* Berlín, 1974 [2]), E. Schwartz (*Die Odyssee,* Munich, 1924), W. Schulze (*Quaestiones epicae,* Gütersloh, 1892), O. Seeck (*Die Quellen der Odyssee,* Berlín, 1887), G. O. Shipp (*Studies in the Language of Homer,* Cambridge, 1972 [2]), L. A. Stella (*Il poema d'Ulisse,* Florencia, 1955), M. H. A. L. H. van der Valk (*Textual Criticism of the Odyssey,* Leiden, 1949), J. Wackernagel (*Sprachliche Untersuchungen zu Homer,* Gotinga, desde 1916), D. S. Wender (*The Last Scenes of the Odyssey,* Leiden, 1978) y U. von Wilamowitz-Moellendorff (*Homerische Untersuchungen,* Berlín, 1884; *Die Heimkehr des Odysseus,* Berlín, 1927).

El sistema rítmico de esta versión

Dediquemos, finalmente, unas páginas a este producto de una esforzada labor de muchos años que sólo por ello, y aun prescindiendo de sus grandes valores estéticos que el lector juzgará, merecía ya el honor de su inclusión con carácter extraordinario en la Biblioteca Clásica Gredos. Se trata de un gran hallazgo del que fue consumado helenista y latinista y fino poeta. Lo mejor probablemente será comenzar por reproducir, prescindiendo de las comillas y casi íntegramente, las últimas páginas (197-200) que, al final de su obrita sobre *Homero* (Barcelona, 1947), consagró Pabón a establecer los principios que habían regido su versión tentativa del canto VI de la *Odisea* (páginas 201-210):

> Admitido que los poetas deban traducirse en verso, nadie negará la conveniencia de que la combinación métrica empleada en la traducción sea la misma que se encuentra en el original; pero aquí surge una gran dificultad cuando se trata del traslado de los poetas antiguos, porque las lenguas modernas carecen en general del elemento esencial de la versificación griega y latina, que es la cantidad silábica. Allí donde se ha creído contar con ella, los poemas épicos clásicos han sido traducidos en hexámetros, y entre estas versiones goza de merecida fama la que de Homero hizo el alemán Johann Heinrich Voss (1751-1826), versión no superada, según los críticos, por ninguna de las posteriores. El hexámetro de Voss está construido con arreglo a dos principios, el uno cuantitativo y el otro acentual: cada uno de los pies del mismo consta de una sílaba larga acentuada y otra larga o dos breves átonas, salvo el sexto y último, que, conforme a la norma clásica, lleva después de la tónica una sola átona larga o breve.
>
> La legitimidad del principio cuantitativo ha sido, sin embargo, discutida en la misma Alemania y se ha sostenido que el único tipo admisible de este verso era aquel en que la sílaba tónica iba seguida de dos átonas en cada pie con la salvedad ya señalada del último; tal, por ejemplo, *Il.* I 37 en Voss:

Höre mich, Gott, der du Chrysa mit silbernem Bogen umwandelst...

Pero el verso de seis acentos tiende a dividirse en dos octosílabos conforme al tipo

Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda

y es además demasiado rotundo y solemne para empleado en largas series sin que adolezca de insoportable monotonía.

Por lo demás, tanto éste como los demás pretendidos hexámetros modernos tienen como norma capital y fundamento de su estructura el acento en la segunda y quinta sílaba contando desde el final, único accidente rítmico perceptible y común en la inmensa mayoría de los versos épicos latinos. A ello se atuvieron también esencialmente los que en nuestra lengua han querido imitar estos metros y entre ellos los dos grandes poetas Joan Maragall y Rubén Darío

recogiendo el hexámetro que vibraba en la lira de Horacio
y a Virgilio latino, guía excelso y amado del Dante.

De ambos puede decirse, como se ha dicho del primero, que hicieron hexámetros por aproximación y apenas guardan más normas que la de los dos acentos indicados; tanto Maragall como Rubén admitieron finales esdrújulos y agudos y, además, nada de lo anterior del verso está sujeto a medida en el número de sílabas ni a regla en la colocación de acentos.

Podemos decir, pues, que el hexámetro ha vacilado entre una reconstrucción teórica y una imitación que llamaríamos bárbara en un sentido más lato e impresionista que aquel en que Carducci aplicó este epíteto a sus poemas. Bárbaro es también fundamentalmente el verso empleado en la traducción que sigue, ya que arranca de la impresión que dan a nuestro oído moderno los hexámetros latinos, que en su inmensa mayoría suenan con cinco acentos y no con seis. Valga por breve ejemplo Virg., *Geórg.* IV 511-512:

Quális populea maérens Philoméla sub úmbra
amissos quéritur fétus quos dúrus arátor...

El elemento átono intermedio no puede ser sino de dos sílabas si es que ha de haber algún ritmo y no hemos de basarnos en diferencias imperceptibles de cantidad. Para facilitar el empleo de ciertas voces y evitar la monotonía, los versos empiezan ya con una sola átona, ya con dos. Finalmente no consideramos excluido el verso de seis acentos que puede dar un conveniente énfasis, sobre todo al principio y al fin del período.

La introducción es clara, pero aún podría resultarlo más si se copia aquí parcialmente, y también sin comillas, el resumen que di en las págs. 167-168 de *Sobre un ensayo de versión rítmica de los bucólicos*, en *Genethliakon Isidorianum*, Salamanca, 1975, páginas 161-175, en que, por cierto, cometí un error que corrijo. Allí se dice que Pabón

a) parece desconfiar de nuestra lengua para producir esquemas cuantitativos...
b) considera el verso de seis acentos demasiado rotundo y solemne, etc.;
c) teme que dicho verso tienda a dividirse en dos hemistiquios cayendo así en fractura y amaneramiento como los alejandrinos por lo regular;
d) nota que la mayor parte de los hexámetros latinos suenan a nuestro oído con cinco acentos...
e) se inclina, pues, a un «hexámetro» de cuatro dáctilos y un espondeo;
f) no excluye... el verso de seis acentos...
g) autoriza una anacrusis átona de una o dos sílabas antes de la primera tónica; así los versos oscilarían entre 15 y 16 sílabas, lo que deja un margen algo menor que el de los hexámetros cuantitativos latinos no espondíacos, que oscilan entre 13 y 17.

En 1950 apareció la traducción del canto V de la *Odisea* como núm. 1 de los suplementos de la serie de traducciones de *Estudios Clásicos*. El sistema de Pabón fue bien acogido. No había sido, en efecto, el menor de sus méritos el haber acertado

a infundir en sus discípulos el entusiasmo por la noble y armoniosa traducción de los hexámetros griegos. El hoy difunto Antonio González Laso, director que fue del Instituto «San Isidro» de Madrid, siguió a su maestro en muy acertadas versiones de los cantos VII y XII del mismo poema que vieron la luz como suplementos números 4 y 7 de la referida serie en 1952 y 1954.

Por mi parte, me expresé elogiosamente al respecto en las páginas 269-270, aquí parcial y casi literalmente reproducidas, de «Notas sobre un nuevo Homero español», en *Finisterre* II [1948], 265-272:

> Porque si traducir es reproducir el original en palabras que despierten en el nuevo lector evocaciones o asociaciones parecidas a las que el original provocaba en otros, no cabe duda de que quien haya de reproducir el verso empleará el verso.
>
> Pero ¿qué tipo de verso? No, desde luego, el endecasílabo, si se ha de juzgar por anteriores fracasos. Ni menos la silva, como el Brocense, ni ningún metro heterogéneo. Y muchísimo menos, el romance.

Y continuaba, sobre el método de Pabón:

> ¿Que a la larga resulta monótono? Naturalmente. Pero ¿no ocurre lo mismo con todos los metros y ritmos? ¿Hay quien pueda leerse de un tirón la *Ilíada* y la *Eneida*, la *Andromaque* o la *Araucana?* Además esta monotonía —que pudiera ser también un incentivo para auditorios populares— se salva en gran parte con un hábil juego de pausas y cesuras.

Terminando con la noticia de haber sometido la versión paboniana a la prueba de los números en el sentido indicado por fray Luis de León («el que traslada ha de ser fiel y cabal y, si fuera posible, contar las palabras para dar otras tantas y no más...»): en esta traducción hay unas cien palabras por cada ochenta de Homero, lo cual es muy aceptable.

En Madrid y en 1956 se publicó una buena traducción de la *Ilíada*, obra de otro llorado colega, Daniel Ruiz Bueno,

excelente estilista y buen helenista que, aunque él prefiriera otro sistema rítmico (cf. mi reseña de *Est. Cl.* IV [1957-1958], 43-46, y su contestación *ibid.*, 386-398), aprueba la idea de traducir a Homero en verso,

> porque el solo propósito de hablar la lengua del ritmo pone al traductor en estado de gracia poética (I 137).

Más matizada, en cambio, es la opinión de Francisco Pejenaute en pág. 231 de «La adaptación de los metros clásicos en castellano», en *Est. Cl.* XV [1971], 213-234:

> Será difícil encontrar, en una misma persona, una fusión y, al mismo tiempo, un equilibrio tan acertado del científico y el poeta; pero en cuanto al verso empleado... si lo que pretende... es una reproducción de los acentos del original, de ninguna manera pueden aparecer a intervalos fijos a no ser los dos últimos; y el miedo que el adaptador tiene a introducir «espondeos» en el verso creemos sinceramente que es un miedo infundado y que de todas maneras es un riesgo que hay que correr.

Una visión más completa de los métodos de don José Manuel nos fue dada a todos en 1969, con la publicación de cuatro cantos más de la *Odisea* (IX-XIII-XIV-XXII) en el suplemento núm. 7 de la segunda serie de traducciones de *Estudios Clásicos*. A esta nueva aportación se podía referir ya, por tanto, el citado juicio de Pejenaute.

Por entonces el traductor había cambiado un punto de su criterio inicial. Él no habla de ello por escrito en ninguna parte, que sepamos, pero puede leerse al respecto lo dicho por mí mismo en la pág. 219 de la introducción a dichos cantos y que aquí repetimos.

> Los ensayos previos admitían lo que el autor llama una anacrusis al principio, es decir, los inicios de versos podían ofrecer bien una o bien dos sílabas átonas; por ejemplo, el 57 del canto V... comienza con *dirigióse a la cueva espaciosa,* con dos átonas

(en la versión definitiva, con la misma anacrusis, *caminó hacia...*),

> mientras que el principio del 58 es *de trenzas pulidas,* con una

(aquí *de trenzados cabellos,* con dos).

> Pues bien, en esta versión que ahora ofrecemos, llamada por el autor «traducción en verso libre» en vez de «traducción rítmica», y en el resto de su obra inédita ha sido eliminado este tipo de versos con una sola átona para que no surja un encabalgamiento con el cual la recitación se haría más monótona y confusa al empalmar unos versos con otros

(pues se formaría un dáctilo encabalgado con el último espondeo y la sílaba anacrúsica).

Después de esta publicación sometí a un nuevo enjuiciamiento el sistema entero en mi artículo salmantino mencionado al principio, donde se anota (pág. 168) que

> la anacrusis es un gran acierto, pues proporciona fluidez al ritmo y resulta único lugar del verso en que pueden introducirse secuencias imposibles en otros... la sucesión de dáctilos en dosis moderadas no produce tedio, sino, todo lo más, una especie de estado semihipnótico muy concorde con la entrega del oyente al recitador que sería parte integrante e importante de una recitación épica... la reducción de los pies a cinco evita versos demasiado largos, incluso desde el punto de vista tipográfico, y obliga al traductor, ya ceñido por la mayor síntesis de las lenguas clásicas en relación con la nuestra, a ingeniárselas en busca de concisión y exactitud... el riesgo de los espondeos... nos asusta más que a Pejenaute.

En la página siguiente leemos que

> Pabón últimamente suprime estos versos (de anacrusis monosilábica) para evitar el encabalgamiento, cosa que a mí no me parece mal,

pero, en contraposición con esta opinión, poco a poco he ido desarrollando en forma más o menos intuitiva lo que en la página 196 de la necrología del llorado maestro (*Est. Cl.* XXIII

[1979], 191-197) llamé con exageración una herejía frente a su tendencia a establecer en realidad un único e inmutable verso español de dieciséis sílabas. Al principio procedí así en función quizá de una imperfecta asimilación del método inicial, y recuerdo la sorpresa de don José Manuel cuando descubrió mi modalidad en algún ensayo entonces inédito de los que poco a poco he ido prodigando («Dos epigramas de Meleagro», *Persiles* I [1971], núm. 1, 42-44; «Tres epigramas de Antípatro de Tesalónica», *El caracol marino*, núm. 68 [febrero de 1973], 92; «Doce mujeres y un cantor», *Prohemio* II [1971], 195-232; mis ediciones del *De cultu hortorum* de Columela, Madrid, 1975, y *Antología Palatina I. Epigramas helenísticos*, Madrid, 1978; el varias veces aludido ensayo sobre bucólicos, etc.). Digo, pues, allí que resulté un hereje al admitir inicios sin ninguna sílaba átona de anacrusis; y en los 81 versos de Teócrito traducidos en el homenaje al P. Isidoro Rodríguez pueden contarse nueve de anacrusis cero frente a 23 de una y 49 de dos.

> Supongo —añado en dicho artículo— que la proporción será parecida en todas mis traducciones; se nota que instintivamente busco algo más de espacio para la mayor prolijidad del castellano...

Esta particularidad, mi renuncia a emplear versos de seis pies y mi cuidado en evitar las asonancias pueden ser mis peculiares características en el empleo del método. Pero hay otra singularidad que nos distingue. En el citado pasaje de mi necrología cuento que

> nuestras conversaciones y discusiones sobre el tema han sido infinitas y nos han hecho gozar muchísimo a lo largo de los años... él, por ejemplo, optaba siempre por el hiato, mientras yo prefería la sinalefa, cosa después de todo lógica en personas de temperamento pausado como el suyo y arrebatado como el mío.

Pero, aun prescindiendo de consideraciones fenotípicas, evidentemente resulta discutible si proceden o no las audaces sinalefas y sinicesis empleadas por mí en la traducción de Columela: el problema es muy subjetivo y se relaciona íntimamente con el oído subjetivo de cada cual. En mi introducción

a la misma (págs. 30-31) cuento que en un principio me dediqué a perseguir ferozmente los hiatos hasta que no quedaron, entre dos palabras, más que *la hurga* (verso 122) y *a Hele* (156), pero luego me entregué a una caza de ciertas sinalefas... Con respecto a sinicesis, fui más tolerante: frente al hiato en *cañaheja* (21), *cruel* (61), *criada* (187), *dehiscente* (419), una sílaba única, quizá algo forzada a veces, aparece en *sobrehaz* (8), *níveos* (100), *zanahoria* (168), *impetuosa* (206), etc.

En cuanto al propio Pabón, repito aquí mis consideraciones del artículo tantas veces mencionado (págs. 168-169) sobre los años en que tuve la suerte de escucharle recitar muy bien sus versos y en que discutíamos sin llegar nunca a acuerdos claros. En el libro VI observo casos en que quizá le objeté antaño: hiatos duros en espondeo final, como *hay* (34), *estoy* (168); otros más subjetivamente enjuiciables, como *se halla* (42), *si eres* (152). En una ocasión (57) el primitivo *me armen,* con hiato, ha sido sustituido aquí por *me ensamblen.* En general yo, contra lo que antes dije, y ello revela mis fluctuaciones, toleraba mejor el hiato que las sinicesis del tipo de *reataron* (73), *guiará* (301), *rehusó* (329); y lo que menos me gustaba (y me gusta, aunque naturalmente lo he respetado en el original) es, con ejemplos del libro V, la sinicesis acentuada en calidad de «larga» (*imponíale,* 154) o incluso de «breve» (*sea,* 8; *había,* 301).

Mucho, en fin, cabría decir en relación, por ejemplo, con la consideración o no de una u otra palabra como tónica: en Columela me he visto obligado a acentuar *un* (7), *pues* (35), *y* (145), *no* (340), *mas* (337) y tratar como átonos *tú* (71), *más* (300) y hasta algunos disílabos o trisílabos. En Pabón estos deslices son poquísimos: en todos los inicios del canto I no hemos anotado como discutibles más que algunos átonos (*qué,* 170-171; *fuerte,* 100; *ellos,* 221) o tónicos (*pues,* 434).

Este problema está en cierto modo enlazado con el de los polisílabos: palabras como *naturaleza, calabaza, maravilla, golondrina* resultan arduas. La solución está, al modo de mi prueba teocritea, en encabalgamientos como *hermosas / cabelleras, todos / preguntaban* o en la supresión del artículo con principios de verso como *infinitos novillos* o *¿primavera es quizá la estación...?* En cambio, otros cortes que en principio ofrece

mi obra inédita, como *tocar al / mediodía, las de / Perimede, ese / amorcillo,* no digamos *o bien de la / primavera,* o falsas tonicidades como en *la palestra / de Timageto* provocaban, y creo que con razón, una verdadera repugnancia por parte de nuestro maestro en tantas cosas, que sale bien del paso, dentro del mismo canto I, en *dejóle en el alma / fortaleza* (320-321), *regreso / desastroso* (326-327), *fieles / servidoras* (334-335) y *canto / desdichado* (340-341).

Y, como alguna vez hay que terminar, lo haré con un dato positivo. En el artículo que tengo en prensa para el homenaje a Ramon Aramon, titulado «Traduccions rítmiques i geni de la llengua», hago, en relación con el curioso problema de la relativa falta de palabras agudas en castellano, que convierte en torpes nuestros ensayos yámbicos y anapésticos, mientras que en catalán es menos grave la penuria de llanas para los ensayos hexamétricos, un cuadro en virtud del cual, de los doscientos primeros versos del canto IX traducido por Pabón, hallamos en los finales 102 nombres comunes, ocho nombres propios, 37 adjetivos, catorce pronombres, cuatro presentes de indicativo, ocho imperfectos id., seis perfectos id., dos subjuntivos, un potencial, tres participios, tres gerundios, cuatro formas con enclítica, cuatro adverbios, tres conjunciones y una interjección, estado de cosas que indica un hábil manejo de los medios expresivos de nuestra lengua con sólo objetable sinicesis de *Bóreas,* otras más normales de *grisáceas* y *purpúreas,* encabalgamientos tras *cuando* y *luego* y finales a mi entender poco logrados como *conduciános* y *habiálo. Pabón* —concluyo— *es comporta amb notable equilibri.* Equilibrio, es decir, mesura, es decir, humanismo del auténtico.

Algunas observaciones

El autor de esta introducción es consciente de que la editorial ha realizado, en honor de la persona insigne de don José Manuel Pabón, una excepción al incluir en la Biblioteca Clásica Gredos no sólo una versión rítmica de las no proyectadas en un principio, sino también una obra póstuma y, por tanto, carente de una última revisión que al traductor no le fue dado ya realizar. Esto se ha hecho especialmente sen-

sible en el caso de las notas. Pabón había dejado unas cuartillas con unas doscientas observaciones claramente insuficientes para la recta comprensión, sin otro instrumental bibliográfico, de este complicado poema. Parecía, pues, poco útil el recogerlas sin más; habría sido labor de romanos el completarlas, y por otra parte hay muchas de ellas que o están ya absorbidas en el tratamiento crítico de las distintas manos de la *Odisea* que acabamos de dar o bien son fácilmente suplibles con el recurso a cualquier edición de las corrientes.

Nos ha dado, sin embargo, pena que este material se perdiera, sobre todo por la luz que arroja sobre los procedimientos y la propia personalidad humana y literaria del que fue gran humanista, y así, prescindiendo de las comillas al recoger sus palabras literales, señalaremos a continuación algunas de sus notas inéditas que resultan particularmente interesantes.

La bondad del traductor y su alto concepto de la moral se reflejan en la nota a los versos VIII 266-366, la conocida rapsodia de Demódoco sobre el adulterio de Ares con Afrodita. Esto nos da una triste idea de los dioses. El recto y elevado espíritu de Platón se indignaba ya contra tales representaciones de seres divinos. Es de resaltar, en cambio, el más alto y noble concepto de la divinidad que reflejan, por ejemplo, las palabras de Eumeo en XIV 83-91, con el remordimiento que sienten los malvados, una consideración que, revalorizada en nueva forma, se ha empleado en los tiempos modernos para probar la existencia de Dios y su justicia.

Tampoco los propios personajes se libran de objeciones: nuestra sensibilidad moderna agradecería a Ulises que hubiese hallado, para ocultar la matanza, otro medio mejor que la celebración de un baile (XXIII 133-136) o que hubiera contenido su avaricia en sus reflexiones de XVIII 281-282 o en sus manifestaciones a Alcínoo de XI 355-361; o a Telémaco que en XXI 106-110 se abstuviera de pregonar, de manera descarada, los méritos de su madre. Y el comentario a XVI 401-402, sobre el carácter sacrílego del regicidio, recibe una sensata apostilla con la salvedad de que la divinidad misma puede inspirar y ordenar que se quite la vida a las personas reales, idea que

dio mucho juego en relación con las muertes violentas de Enrique III y Enrique IV de Francia.

El amor del traductor hacia el campo y las costumbres rurales y los recuerdos de su niñez y juventud en los pueblos andaluces se transparentan, por ejemplo, en la nota a I 136-143, pasaje que le hace pensar en la hospitalidad común que, hace algunos decenios, se practicaba en aquella sociedad señorial. Con motivo de bodas, entierros u otras ocasiones semejantes solían llegar, generalmente a caballo, diversas personas que no siempre, por razones obvias, se acogían a la casa del afectado por el suceso. Se presentaban, pues, en la de otro amigo y eran invitados a sentarse a la mesa o, cuando no era hora de comer, se sacaban de la despensa los alimentos del caso, procedentes generalmente de la matanza del cerdo. A este mismo tipo de ganadería responde la repulsa a la disparatada expresión *de nueve veranos* aplicada al puerco (X 390) o la observación de que en la sierra castellana, como en XIV 75, solían chamuscarse las cerdas del animal pasando por ellas un leño encendido.

Pabón meditó largamente acerca de algunos puntos de su obra y, según me consta, en relación con la balsa y otros pormenores de construcción naval que apelaban a su afición a lo artesanal. Sobre X 32 se comenta, pues, la función de las escotas, cabos pendientes de los dos vértices inferiores de la vela cuyo uso influía en la marcha y dirección de la nave; y en observación a V 243-261 se anotan varios términos como *toldilla* (cubierta parcial de un barco en su parte posterior), *cuadernas* (maderos curvos encajados por su pie en la quilla y que forman como el armazón o costillar del casco), *regalas* (tablones que enlazan y cubren las cabezas de las cuadernas y su revestimiento, constituyendo el borde de la embarcación), *verga* (percha que forma cruz con el mástil en su parte superior y de la cual pende la vela cuadrangular de la nave homérica), *brazas* (cabos o cuerdas fijas en los extremos de la verga que sirven para su sujeción y manejo), *drizas* (cuerdas con que se iza y arría la verga) y *escotas*.

En las notas son abundantes los paralelos con lugares de la *Biblia* (Nausícaa comparada en VI 163 con una grácil palmera como el talle de la amada en *Cant.* VII 7; el patético *Absalon*

fili mi, fili mi Absalon de *II Sam.* XVIII 33 y la queja de Filomela por Itis, cf. también Hor., *Od.* IV 12, 5-6, en XIX 522), Esquilo (inspirado para el *Agamenón*, quizá la más sublime creación del teatro griego, en XXI 441-461), Lucrecio (el admirable episodio del perro Argo, XVII 291-327, comparado con el emotivo cuadro de la vaca que busca con dolientes mugidos a su ternero perdido en II 355-360), Virgilio (hay más exquisito sentimiento y mejor arte en su descripción del despechado silencio de la infernal Dido en VI 467-476 que en la homérica de la reacción parecida de Ayax en XI 563-567), Goethe (dos finos rasgos de atención al pequeño pormenor significativo, el de Homero cuando señala en el episodio de las Sirenas, XII 176-177, que la cera se calentó en seguida ante la fortaleza de la mano de Ulises y el calor solar y el del autor de *Hermann und Dorothea* al llamar la atención, en IX 239 ss., sobre la dificultad con que el ventero se saca el anillo de su grueso dedo para imponerlo a su hijo como señal de desposorio; el traductor rima internamente *honor / ardor, bajel / miel, va / allá, poder / doquier* en los ocho versos XII 184-191 del canto de las Sirenas porque cree que uno de los encantos de él, semejante al que provoca el embeleso de Helena en los versos 9356 ss. del *Fausto*, podría ser la rima desconocida entonces), Schiller (en VI 122-124, cuando Ulises cree hallarse en la playa feacia ante un coro de ninfas, grato y apacible sentimiento de la presencia de la divinidad en la Naturaleza que se manifiesta en *Die Götter Griechenlands*, como también en *A la luna*, de nuestro romántico Nicomedes Pastor Díaz) o Foscolo (el pensamiento de XIX 328-334 acerca de la brevedad de la vida humana y la necesidad de dejar buen recuerdo en ella enlaza no sólo con Salustio, *Cat.* I 3-4, sino, no sin ribetes anticristianos, con *Dei sepolcri*).

Todo ello demuestra muchas lecturas bien asimiladas. Como igualmente consideraciones estéticas del tipo de las que salen al paso en los comentarios a VI 1 (el sueño de Ulises es como un silencio musical entre dos trozos de caracteres y tonos enteramente diferentes), IX 447-460 (el poeta introduce unas notas de ternura que casi nos llevan a compadecer al dolorido Polifemo cuando se consuela con su carnero como ante un ser humano y recuerda los campos alegres y lozanos que

nunca podrá ya contemplar, en forma semejante a aquella en que Sancho Panza se desahoga con su rucio de sus malas venturas en la ínsula), XII 439-440 (en forma profundamente humana, Ulises, al recordar su situación de desamparo angustioso entre Escila y Caribdis, corre imaginativamente a buscar contraste consolador en el espectáculo civilizado del juez que *se levanta en la plaza pensando en su cena / tras haber sentenciado disputas de gentes sin cuento*) o XI 613-614, en que duda entre dos interpretaciones, la de que el guarnicionero que trabajó el tahalí de Heracles debiera haberse retirado de su oficio, incapaz ya de superar tan asombrosa labor, o la de que al autor de tan espantosas figuras debería impedírsele que siguiera aterrorizando al público.

Y cerremos esta selección con el comentario a VI 148: los adjetivos de este verso indican ya que Homero se daba cuenta de que la alocución de Ulises a Nausícaa (149-185) es de los pasajes más hermosos del poema; el traductor, con encomiable e injustificada modestia, declara que por este trozo empezó sus ensayos de versión rítmica y que no quedó satisfecho de él ni al principio ni tampoco ahora. Que el lector benévolo le perdone si, conociendo el original, nota que aquí la traducción ha quedado más debajo de él que en otros pasajes. Bello y delicado homenaje a Homero.

CANTO I

Musa, dime del hábil varón que en su largo extravío,
tras haber arrasado el alcázar sagrado de Troya,
conoció las ciudades y el genio de innúmeras gentes.
Muchos males pasó por las rutas marinas luchando
por sí mismo y su vida y la vuelta al hogar de sus hombres,
pero a éstos no pudo salvarlos con todo su empeño,
que en las propias locuras hallaron la muerte. ¡Insensatos!
Devoraron las vacas del Sol Hiperión e, irritada
la deidad, los privó de la luz del regreso. Principio
da a contar donde quieras, ¡oh diosa nacida de Zeus!

Cuantos antes habían esquivado la abrupta ruina,
en sus casas estaban a salvo del mar y la guerra;
sólo a él, que añoraba en dolor su mujer y sus lares,
reteníale la augusta Calipso, divina entre diosas,
en sus cóncavas grutas, ansiosa de hacerlo su esposo.
Vino al cabo, al rodar de los años, aquel en que habían
decretado los dioses que el héroe volviese a sus casas
en las tierras de Ítaca. En vano seguía con sus penas
y sin ver a los suyos. Dolidas las otras deidades,
disentía Posidón de continuo, enconado en su ira
contra Ulises divino, que erraba de vuelta a su patria.

Mas, atento a grandiosa hecatombe de toros y cabras,
embargaban al dios esta vez los lejanos etiopes,
que poseen los fines del mundo formando dos pueblos,
el del lado en que nace Hiperión y el del lado en que muere.
Allá estaba sentado gozando el festín y los otros
entretanto reuníanse en las casas de Zeus el Olimpio.
Comenzó por hablarles el padre de dioses y hombres:
se acordaba en su mente de Egisto, el varón intachable
al que Orestes, famoso en el mundo, quitara la vida,
y con este recuerdo les dijo a los dioses eternos:

«Es de ver cómo inculpan los hombres sin tregua a los dioses
achacándonos todos sus males. Y son ellos mismos
los que traen por sus propias locuras su exceso de penas.
Así Egisto, violando el destino, casó con la esposa
del Atrida y le dio muerte a él cuando a casa volvía.
No accedió a prevenir su desgracia, que bien le ordenamos
enviándole a Hermes, el gran celador Argifonte,
desistir de esa muerte y su asedio a la reina, pues ello
le atraería la venganza por mano de Orestes Atrida
cuando fuese en edad y añorase la tierra paterna.
Pero Hermes no pudo cambiar las entrañas de Egisto,
aun queriéndole bien, y él pagó de una vez sus maldades».

Atenea, la diosa ojizarca, repúsole entonces:
«Padre nuestro Cronión, soberano entre todos los reyes,
bien de cierto que él yace abatido por justa ruina
—¡que lo mismo perezca quienquiera que imite su ejemplo!—,
pero a mí el corazón se me parte pensando en Ulises,
infeliz, que hace tanto padece de miles trabajos,
alejado de todos los suyos y preso en la isla
que circundan las olas allá en la mitad del oceano.

En sus frondas habita la diosa nacida de Atlante,
el astuto malvado que intuye los senos marinos
y vigila las largas columnas, sustento del cielo.
Ella es quien allí le retiene penando y lloroso
y lo adula sin fin con palabras sutiles de halago
por que olvide a su Ítaca. En vano, que Ulises en ansias
de mirar cómo el humo se eleva del suelo paterno
prefiriera morir. ¿No conmueven, Olimpio, tu pecho
tales cosas? ¿Quizás es que Ulises allá en la llanura
de Ilión y su campo naval omitió sacrificios,
no hizo ofrenda en tu honor? ¿Cómo así le aborreces,
[oh Zeus?»

Contestando a su vez dijo Zeus, que agrupa las nubes:
«¿Qué palabra, hija mía, escapó del vallar de tus dientes?
¿Por ventura podré yo olvidarme de Ulises divino,
del varón sin igual por su ingenio y también por los dones
que ofrendó a los eternos, señores del cielo anchuroso?
No en verdad: Posidón, batidor de la tierra, es quien sigue
enconado por mor del ciclope, del gran Polifemo
al que Ulises cegó siendo él el mayor por su fuerza
entre aquellos gigantes: parióla la ninfa Toosa,
la nacida de Forcis, ministro del mar infecundo,
que amorosa se dio a Posidón en las cóncavas grutas.
Desde entonces el dios, respetándole sólo la vida,
fuerza a Ulises a errar alejado del suelo paterno.
Pero, ¡ea!, tratemos nosotros de acuerdo su vuelta
y que el héroe regrese a su hogar; Posidón por su parte
cederá en sus enconos, pues nada podrá en contra nuestra
ni luchar solo él contra todos los dioses eternos.»

Contestando a su vez dijo Atena, la diosa ojizarca:
«¡Padre nuestro Cronión, soberano entre todos los
[reyes!

Si de cierto los dioses de vida feliz determinan
que regrese a sus casas Ulises, el rico en ingenios,
enviemos a Hermes, el guía luminoso: que vaya
al islote de Ogigia y en él sin demora transmita
a la ninfa de hermosos cabellos el firme decreto
de la vuelta del héroe sufrido de entrañas. Yo misma
iré en tanto a las tierras de Ítaca; allí de su hijo
en el pecho pondré diligencia y valor por que llame
en el ágora a junta a los dánaos crinados y en ella
haga frente a los muchos galanes que matan sin duelo
sus ovejas y bueyes rollizos de pasos de rueda;
le haré ir hasta Pilo arenosa y Esparta a que trate
de saber del regreso del padre querido y consiga
para él mismo también favorable renombre en las gentes.»

Tal diciendo ligóse a los pies las hermosas sandalias
inmortales, doradas, que suelen llevarla por cima
de las aguas y tierras sin fin con los soplos del viento.
Asió luego la lanza robusta con punta de bronce,
fuerte, grande, pesada: con ella a los héroes por filas
desbarata en su furia la diosa del padre terrible.
De un gran salto dejando las cumbres olimpias posóse
en la tierra itaquesa, de frente a las puertas de Ulises
y al umbral de su casa, empuñando la lanza broncínea
y en figura de un huésped, de Mentes, señor de los tafios.
Al momento observó a los altivos galanes: estaban
en el patio gozando en jugar a las suertes y echados
sobre pieles de bueyes que habían inmolado ellos mismos.
Sus heraldos y activos sirvientes hacíanles los unos
en crateras la mezcla del agua y del vino, los otros
a su vez con porosas esponjas limpiaban las mesas
y acercábanlas luego o trinchaban la carne abundante.

El divino Telémaco viola el primero; se hallaba
recostado entre aquellos galanes penando en su alma

y soñando entre sí con el héroe su padre, si acaso
pareciese de pronto y sembrase el espanto entre ellos,
recobrara su honor y rigiera de nuevo su casa.
Tal pensando en mitad de esos hombres, fijóse en Atena
y salió decidido al umbral; le dolía en las entrañas
que algún huésped quedase a la puerta. Llegando a su lado,
tras tenderle la mano cogióle la lanza de bronce
y, dejándose oír, dirigióle palabras aladas:

«Forastero, salud, bien tratado serás, pero antes
de explicar a qué vienes habrás de saciar tu apetito.»

Tal diciendo marchó por delante, siguióle Atenea,
penetraron los dos bajo el techo del alto palacio
y, llevando él la lanza, la puso en pulido astillero
al arrimo de erguido pilar donde alzaban sus puntas
muchas lanzas también del sufrido de entrañas Ulises.
Sentó luego a la diosa en un bello sillón extendiendo
sobre él un buen paño; a sus plantas había un escañuelo.
Él, tomando una silla, se puso a su lado bien lejos
de los otros, no diese a su huésped enojo el tumulto
y le agriase el manjar si quedaba entre aquellos procaces
y también por poder preguntarle del padre en ausencia.
Una sierva a este punto llegó con un jarro de oro,
en sus manos el agua vertió sobre fuente de plata
y le puso delante una mesa pulida; la honrada
despensera, trayéndole el pan, colocólo a su lado
y otros muchos manjares sirvió que en reserva tenía.
Asomó el trinchador, bien en alto sus platos de carne
de distintas especies, y puso unas copas de oro
que el heraldo una vez y otra vez les llenaba de vino.

Pero en esto llegaron los fieros galanes y en fila
por sillones y sillas se fueron sentando; vertieron
los heraldos el agua en sus manos en tanto las siervas
les ponían en los cestos montones de pan y los mozos
de otra parte venían a colmar de licor las crateras.

A los ricos manjares así preparados tendieron
los galanes sus manos y ya que quedaron su hambre
y su sed satisfechas tornaron su mente a otras cosas,
a la danza y el canto que son la sazón del banquete.
Hermosísima cítara entonces le puso un heraldo
en las manos a Femio, al que mal de su grado tenían
de cantor; él las cuerdas pulsó y entonó un bello canto;
mas Telémaco en esto, volviéndose a Atena ojizarca,
por que no se enterasen los otros le dijo al oído:

«¿Llevarás, oh mi huésped, a mal lo que voy a decirte?
Estos hombres se cuidan tan sólo de cítara y canto
con razón, pues que comen sin costo de ajena despensa;
entretanto la lluvia repudre en la tierra los huesos
descarnados de un héroe o el mar los arrastra en sus olas;
mas si en Ítaca un día le vieran llegar de regreso,
bien de cierto que todos quisieran tener al instante
más seguros los pies, no ya oro ni ricos vestidos.
Pero aquél sucumbió a la desgracia sin duda y no hay
de tal pena consuelo, por más que algún hombre nos diga
que tendrá de volver: ha perdido la luz del regreso.
Pero, ¡ea!, tú dime y explica esto otro. ¿Quién eres?
¿De qué gente? ¿Cuál es tu ciudad? ¿Quiénes fueron tus
[padres?
¿En qué barco has llegado hasta aquí? ¿Cómo fue que sus
[hombres
te trajeron a Ítaca? ¿En dónde decíanse nacidos?
Por tu pie, bien se deja pensar, no has venido a esta tierra;
dime en todo verdad, porque bien saber quiero si es ésta
tu primera arribada o mi padre te tuvo por huésped:
muchos hombres venían aquí a nuestra casa y él mismo
en su tiempo gozaba en tratar muchedumbre de gente.»

Contestándole dijo Atenea, la diosa ojizarca:
«Pues yo voy, extranjero, a explicártelo todo fielmente.
Me proclamo nacido de Anquíalo el discreto: soy Mentes,

el señor de los tafios, nación de gozosos remeros;
con mi barco y mi gente he llegado hasta aquí navegando
por las olas vinosas con rumbo hacia tierras extrañas,
hacia Témesa en busca de bronce llevándoles hierro
reluciente. Varado allá lejos quedó mi navío
en el puerto de Ritro al socaire del Neyo selvoso.
Bien por huéspedes uno de otro podemos tenernos
de familia y de antiguo: si no, que lo diga Laertes
el anciano, si a verle te llegas, pues cuentan que él nunca
viene ya a la ciudad, sino pasa la vida en el campo
con sus penas, cuidado no más que por vieja sirvienta
que le da de comer y beber cuando toma sus miembros
la fatiga de tanto subir por su viña del monte.
Pero yo vine acá por decirse que había ya tu padre
regresado al país, siendo así que han cortado los dioses
su camino: verdad es que Ulises no ha muerto en la tierra,
antes bien, está preso con vida en el ancho oceano,
pues en isla que cercan las olas lo guardan infames
y selváticas gentes forzando sus vivos deseos.
Yo no obstante te voy a anunciar todo aquello que inspiran
a mi mente los dioses y pienso tendrá cumplimiento
aun sin ser adivino ni experto en presagios: no es mucho
lo que ya separado estará de su patria querida,
aunque lleguen a atarle con férrea cadena, que él piensa
y medita el regreso, pues siempre fue ducho en ardides.

Pero, ¡ea!, pon mente a esto otro y explica fielmente:
¿dices tú, tan mayor, que eres hijo de Ulises? Mas cierto,
tu cabeza es la misma de aquél y el fulgor de tus ojos;
muchas veces nos vimos en tratos recíprocos antes
que él tomara la ruta de Ilión en los combos bajeles
arriesgándose al mar con los otros magnates aqueos:
desde entonces ni vi más a Ulises ni Ulises me ha visto.»

Y el discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
«Pues yo voy, extranjero, a explicártelo todo fielmente.

De él nacido me dice mi madre, mas yo por mí mismo
no lo puedo saber: ¿qué mortal reconoce su sangre?
Bien quisiera ser hijo de un padre feliz al que hallara
la vejez disfrutando en mitad de sus propias haciendas,
mas mi padre es el más desdichado de todos los hombres:
de ese tal según cuentan nací, ya que tú me preguntas.»

Contestando a su vez dijo Atena, la diosa ojizarca:
«No dejaron sin gloria los dioses la estirpe que dices,
pues Penélope en ti tan buen hijo alcanzó, pero ahora
saber quiero esto otro que me has de explicar
[puntualmente.
¿Qué festín se da aquí? ¿Para qué esta reunión? ¿Qué
[motivo
hubo a hacerla? ¿Es convite o banquete de bodas? No escote
ciertamente. Insolencia y ultraje parece en tus salas
tal banquete capaz de indignar a cualquiera con seso
que llegando hasta aquí contemplara tamaño descaro.».

El discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
«Pues así de estas cosas, mi huésped, preguntas e
[inquieres,
te diré que esta casa fue en tiempos feliz e intachable
mientras ese que sabes vivió en el país; mas ahora
otra cosa tramando ruinas quisieron los dioses,
que han borrado su fama en el mundo cual nunca lo
[hicieron
con ningún otro hombre: no fuera tan grande mi pena
si él cayera en Ilión en mitad de sus tropas o en brazos
de los suyos después de acabada la guerra, que entonces
los argivos en pleno le hubieran alzado una tumba
y un renombre glorioso le hubiera quedado a este hijo.
Mas al cabo los vientos furiosos lo han hecho en la sombra
su botín; sin ser visto ni oído se fue, me ha dejado
pesadumbres y llanto y no lloro por él solamente,

que otros duelos funestos vinieron a darme los dioses:
cuantos próceres tienen ahora poder en las islas
de Duliquio, de Sama y de Zante, la rica de bosques,
y los otros que en Ítaca abrupta detentan el mando
con mi madre pretenden casar y disipan mi hacienda.
Ella, en tanto, ni puede negarse a una boda que odia
ni al abuso dar fin y ellos comen, devoran mi casa
y muy pronto también me tendrán devorado a mí mismo.»

Enojada, a su vez, contestábale Palas Atena:
«Es de ver cuánta falta te hace ese Ulises ausente
que a estos hombres osados pusiera las manos encima.
¡Ah, si ahora, asomando de pronto al umbral del palacio
detuviérase en él con el casco, el escudo y las picas
cual yo mismo primero en mi casa llegué a conocerlo
disfrutando y bebiendo a la vuelta de Éfira, en donde
hospedado le había la mansión del mermérida Ilo!
Por allá vino Ulises también en su rápida nave
a pedir un veneno mortal para el cuerpo del hombre
con que untar sus broncíneas saetas; mas Ilo negóse
a atender su demanda por miedo a los dioses eternos
y en su amor sin medida entregóselo en cambio mi padre.
En tal guisa debiera él aquí presentarse a estos mozos;
bien aprisa acabara su vida y se aguaran sus bodas.
Ello todo, no obstante, en las haldas está de los dioses,
que haya o no de volver al hogar y cumplir la venganza
en sus propios palacios; tú, en cambio, forzoso es que pienses
en el modo de echar de esta casa a esas gentes. Veamos,
tus sentidos aviva y se graben en ti mis palabras:
llama a junta mañana en la plaza a los nobles aqueos
y ante todos explica el asunto; que sean las deidades
tus testigos y ordena a esos mozos marchar a sus casas.
Si tu madre quisiere casarse, que vuelva de nuevo
a habitar la mansión de su padre opulento y, en tanto,

los galanes preparen la boda y apresten los dones
cuantos cumple ofrecer por la hija querida a los suyos.
Y a ti mismo un consejo prudente si quieres seguirlo:
ve y escoge la nave mejor y con veinte remeros
sal e intenta saber de tu padre perdido hace tanto,
ya te venga a informar algún hombre, ya escuches la fama
que venida de Zeus esparce su voz por el mundo;
marcha a Pilo primero e inquiere de Néstor divino;
desde Pilo ve a Esparta y pregúntale allí a Menelao,
que el postrero volvió de los dánaos vestidos de bronce;
y, si nuevas te dan de que vive y regresa tu padre,
por muy grande que sea tu aflicción persevera hasta un año,
mas, si sabes que ha muerto y no cuenta en los vivos, retorna
sin mayor dilación a la patria querida y levanta
en su honor un gran túmulo, ofrécele fúnebres dones,
cuantos bien te parezca, y entrega tu madre a otro esposo.
Una vez que lo hagas y acabes aquello que digo
te pondrás a pensar con la mente y el alma en el modo
de matar a esos hombres aquí en tu palacio, ya sea
con engaños, ya en lucha a la luz, pues en nada te cuadra
que te muestres aún niño: eres ya muy mayor para ello.
¿Por ventura no escuchas la fama ganada en el mundo
por Orestes divino vengando la muerte paterna
en Egisto falaz, matador de su padre glorioso?
Tú, querido, también, pues te veo tan alto y gallardo,
ten valor y que alaben tus hechos los hombres futuros;
mas yo debo bajar, que ya es hora, a la rápida nave
y buscar a mi gente que ansiosa me espera; tú sigue
vigilándolo todo y atiende a cumplir mis consejos.»

El discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
«Forastero, has hablado en verdad con afecto entrañable,
como un padre a su hijo: no habré de olvidar tus palabras.
Pero, ¡ea!, domina tus prisas y quédate un poco,

que después de bañarte y haber esparcido tu mente
puedas ir a tu nave gozoso con un buen regalo
de gran precio que yo he de entregarte: ha de ser una
[alhaja
como suele a los huéspedes dar algún huésped amigo.»

Contestando a su vez dijo Atena, la diosa ojizarca:
«No detengas mi marcha, que ya se me tarda el camino,
y ese don que tu afecto te impulsa a ofrecerme se quede
para el tiempo en que pase de vuelta a mi patria; y
[entonces
tenlo bien escogido, que no quedará sin retorno.»

Tal diciendo marchóse de allá la ojizarca Atenea
como un ave que escapa a la vista; dejóle en el alma
fortaleza y valor y un recuerdo más vivo que antes
de su padre querido; notándolo luego en su mente
le tomó el estupor y llegó a conocerla por diosa.
Mas bien pronto el divino varón se reunió con los otros.

Un aedo famoso cantaba en mitad y sentados
los demás en silencio le oían; narraba el regreso
desastroso de Ilión que a los dánaos impuso Atenea.

En el piso de arriba fue a herir aquel canto divino
a la hija de Icario, discreta Penélope: al punto
descendió de su estancia tomando la larga escalera,
mas no sola, seguíanla de cerca dos siervas; y cuando
la mujer entre todas divina avistó a sus galanes,
a la puerta quedó del salón bien labrado, ajustóse
el espléndido velo, cubrió sus mejillas, las fieles
servidoras pusiéronse a un lado y a otro y, dejando
que corriese su llanto, le dijo al aedo divino:

«Otras muchas leyendas, ¡oh Femio!, conoces de cierto
de guerreros y dioses, que hechizan las mentes humanas

al cantar del aedo; entona una de ellas y beban
en silencio su vino esos hombres, mas corta ese canto
desdichado; royéndome va el corazón en el pecho,
pues en mí como en nadie se ceba un dolor sin olvido,
que tal es el esposo que añoro en perpetuo recuerdo,
cuya fama ha llenado la Hélade y tierras de Argos.»

Y el discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
«¿Por qué, oh madre, le impides al hábil aedo que trate
de agradar como quiera su genio le inspire? La culpa
no la tiene el cantor, sino Zeus, que reparte sus dones
y los da a cada cual de los hombres según su talante.
No llevemos a mal que éste diga el funesto destino
de los dánaos; la gente celebra entre todos los cantos
el postrero, el más nuevo que viene a halagar sus oídos.
A escucharlo se avengan tu mente y tu alma, que Ulises
no fue solo en perder allá en Troya la luz del regreso;
muchos otros varones cayeron también; mas tú vete
a tus salas de nuevo y atiende a tus propias labores,
al telar y a la rueca, y ordena, asimismo, a tus siervas
aplicarse al trabajo; el hablar les compete a los hombres
y entre todos a mí, porque tengo el poder en la casa.»

Admirada la madre tornóse y marchó a su aposento
con el recio discurso del hijo grabado en el alma.
A los altos subió de sus siervas seguida y al llanto
se entregó por Ulises, su esposo. Por fin dulce sueño
en sus párpados vino a verter la ojizarca Atenea.

Los galanes gritaban allá por la sala sombría.
Todos ellos ansiaban yacer con Penélope; entonces
el discreto Telémaco hablóles así: «Pretendientes
que con esa insolente altivez asediáis a mi madre,
del banquete gocemos en paz y que tal griterío
cese al punto, que es dulce escuchar a un cantor como éste,

semejante a su voz a las mismas deidades. Mañana,
con la luz de la aurora, saldremos al ágora todos
y bien claro os diré cuanto tengo en el ánimo. Habréis
de dejar estas salas: id, pues, preparad otras mesas
y comed de lo vuestro invitándoos por turno; no obstante,
si pensáis que es mejor y más grato seguir devorando
la fortuna de un solo varón sin gastar de lo propio,
devoradla, mas yo he de clamar a los dioses eternos
por si Zeus me concede el castigo de tales desmanes
y algún día en mi mismo palacio morís sin venganza.»

Tal les dijo Telémaco y ellos, mordiendo sus labios,
se admiraban del nuevo valor que mostraba al hablarles.

Pero Antínoo, nacido de Eupites, al fin replicóle:
«De seguro, Telémaco, inspiran los dioses palabras
tan ufanas y te hacen hablar con tamaña osadía,
mas que el hijo de Crono no quiera otorgarte en la tierra
itaquesa que bañan los mares el reino paterno.»

Y el discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
«Aunque a mal me lo lleves, Antínoo, tendré que decirte
que, si Zeus me lo da, tomaré de buen grado ese reino.
¿O es que piensas tal vez que reinar es la gran desventura
de los hombres? No así, bien de cierto, que el rey por de
[pronto
tiene bien abastada su casa y sin par es su honra.
Pero hay otros reyes en Ítaca, jóvenes unos
y mayores los otros, ya son multitud: que se quede
uno de ellos al frente del reino, pues ha muerto Ulises;
yo seré soberano en mi casa, mandando en los siervos
que ganó para mí en los combates Ulises divino.»

Mas el hijo de Pólibo, Eurímaco, habló de este modo:
«Reservado en sus haldas, Telémaco, tienen los dioses
el secreto del dánao que habrá de reinar en la isla;

mas bien puedes tu hacienda guardar y mandar en tu casa,
que no habrá de venir quien por fuerza te quite los bienes
mientras Ítaca tenga habitantes. Quisiera tan sólo
que me hablases, ¡oh príncipe!, acerca de aquel forastero.
¿De qué tierra llegó? ¿Qué país por su patria proclama?
¿Dónde tiene el linaje y los campos paternos? ¿Noticia
te ha traído tal vez de tu padre en ausencia o acaso
ha venido buscando su propio negocio? ¡Qué impulso
tan vehemente al marcharse de aquí! No ha querido [quedarse
ni tratar con nosotros, mas nada hay ruín en su aspecto.»

El discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
«No es posible, ¡oh Eurímaco!, ya de mi padre el [regreso;
yo ni creo las noticias que vienen de un lado o de otro
ni hago caso de agüeros las veces que llama mi madre
a sus salas a algún adivino y allá le interroga.
Ese hombre es mi huésped paterno, procede de Tafos,
se proclama nacido de Anquíalo el discreto y es Mentes,
el señor de los tafios, nación de gozosos remeros.»

Tal Telémaco habló, mas ya había conocido a la diosa:
ellos, dándose al gusto del canto y el baile, siguieron
divirtiéndose allí sin parar hasta hacerse de noche.
Al venir las tinieblas estaban aún en la fiesta,
mas vencidos del sueño tornó cada cual a su casa
y Telémaco fuese también al lugar del palacio
donde estaba su alcoba labrada en seguro recinto.
Allá el lecho buscó revolviendo en su mente mil cosas.
Con antorchas delante alumbraba la fiel Euriclea,
engendrada por Ops Pisenórida: habíala comprado,
cuando aún no era núbil, Laertes con propios dineros
entregando por ella el valor de diez pares de bueyes.
Al igual de su esposa la honró en el palacio, mas nunca
con la esclava se unió por temor a las iras de aquélla.

Iba, pues, allí dando a Telémaco luz; le quería
cual ninguna otra sierva y habíalo tenido en su guarda
siendo niño. La puerta él abrió del labrado aposento,
acercóse a su lecho, quitóse la bata suave
y en los brazos la echó de la próvida anciana. Ésta luego
la alisó con cuidado y, plegando la prenda, en un clavo
junto al lecho de finos entalles dejóla colgada
y sin más se salió de la alcoba, tiró de la puerta
con la anilla de plata y corrió con la cuerda el cerrojo
mientras él en la noche, cubierto de finas zaleas,
meditando el viaje quedó de que Atena le hablara.

CANTO II

Al mostrarse la Aurora temprana de dedos de rosa,
levantándose el hijo de Ulises del lecho, ciñóse
sus vestidos, colgóse del hombro la espada cortante
y, calzando los cándidos pies con hermosas sandalias,
de la alcoba salió: se dijera de un dios su figura.
Al momento ordenó a los heraldos que diesen sus voces
convocando en la plaza a los dánaos crinados y éstos,
escuchado el pregón, sin tardanza se fueron juntando.
Una vez que en la gran asamblea se hallaron reunidos,
presentóse Telémaco allí con la lanza de bronce
y dos ágiles perros que al lado veníanle guardando.
Un divino esplendor por el cuerpo vertióle Atenea,
admirábanse todos al verle, cediéronle el paso
los ancianos y vino a ocupar el sitial de su padre.

El primero dispúsose a hablarles el ínclito Egiptio,
ya encorvado a la edad, mas insigne en prudencia: su hijo,
el intrépido Antifo, habíase partido en las naves
espaciosas de Ulises divino con rumbo hacia Troya,
la de buenos corceles; matóle el salvaje ciclope
en su gruta y con él preparó su comida postrera.
Aun quedaron a Egiptio tres hijos, Eurínomo el uno,
que se unió a los galanes, y dos que llevaban su hacienda,
mas él nunca al primero olvidó ni dejó de llorarle.
Entre lágrimas, pues, comenzó a discurrir de este modo:

«Habitantes de Ítaca, oíd lo que voy a deciros:
no tuvimos de cierto reunión ni asamblea desde el punto
en que Ulises divino partió con las cóncavas naves.
¿Quién es, pues, el que ahora nos llama y a cuál de
[vosotros
ya maduro o ya joven apremia este caso? ¿Noticia
le ha llegado tal vez de que vuelven las tropas? Bien puede
proclamarla ya aquí, pues ha sido el primero en saberlo.
¿O es distinto el asunto del pueblo que anuncia y propone?
Generoso y de pro me parece el varón que tal hace:
¡quiera Zeus cumplirle aquel bien que en su pecho desea!»

Tal decíales y el hijo de Ulises gozó del elogio,
sintió ansias de hablar y no pudo seguir en su asiento;
levantóse en mitad de la plaza y al punto un heraldo,
el prudente Pisénor, le puso en las manos el cetro.
Vuelto entonces primero al anciano le habló de este modo:

«No muy lejos, ¡oh anciano!, se encuentra ese hombre y
[al punto
vais a oír quién aquí os ha llamado: gran pena me aflige.
En verdad, de que vuelvan las tropas no tengo noticia
que anunciaros aquí por ser yo quien primero la oyese.
Nada sé de negocio común que tratar con vosotros,
es mi propia aflicción quien me mueve, dos males a un
[tiempo
en mi hogar han caído. No sólo perdí a mi buen padre,
que según la piedad de su mando lo fue también vuestro,
mas hay cosa peor que tendrá destrozada mi casa
totalmente bien pronto y habrá de acabar con mi hacienda:
asediada a disgusto mi madre se ve por los hijos
de los hombres más nobles de aquí; con horror se resisten
a marchar a las casas de Icario, su padre, y que éste
recibiendo los dones nupciales entregue su hija
por esposa al varón que prefiera o se le haga más grato.

Entretanto la casa me ocupan un día tras de otro,
nos degüellan los bueyes, ovejas y cabras lozanas,
al banquete se dan y se beben el vino espumoso
sin mesura y sin cuenta; consúmese todo, pues falta
en mi casa un varón como Ulises capaz de echar fuera
una tal maldición; yo no puedo a mi edad, pero luego
¿seguirá mi desgracia? ¿Jamás llegaré a hacerme fuerte?
En verdad si tuviera poder defenderme sabría,
que sus hechos son ya intolerables y es grande la afrenta
en que muere mi hogar. ¡Indignaos como yo de este ultraje
y llenaos de rubor por los pueblos vecinos! ¡La ira
de los dioses temed, que ellos pueden torcer vuestra suerte
en su odio a las obras perversas! Por Zeus os lo pido,
el señor del Olimpo, por Temis, deidad que reúne
y disuelve las juntas que suelen tener los humanos;
cesad ya, mis amigos, dejad me consuma yo a solas
en mi infausto dolor si no os consta que Ulises, mi padre,
se mostrara cruel con los dánaos de espléndidas grebas,
por lo cual hoy con ánimo hostil me causáis estos daños
y azuzáis a esos hombres. Por mí, a la verdad, mejor fuera
que vosotros, no ellos, tomarais mi hacienda y mis reses,
porque, siendo ello así, bien aprisa lograra su pago:
yo, en efecto, andaría la ciudad implorándoos a todos
hasta hacer que me fueran devueltos los bienes perdidos;
ahora, en cambio, ponéis en mi alma un dolor incurable.»

Así dijo irritado y al suelo tirando su cetro
prorrumpió en fuerte llanto; tomó la piedad a las gentes
y en silencio quedó la asamblea no osando ninguno
dar respuesta a Telémaco en ella con agrias palabras;
sólo Antínoo, dejándose oír, replicó de esta suerte:

«¡Ay, Telémaco altivo en discursos, sin freno en la ira!
¿Qué has osado decir y qué afrenta has querido infligirnos?
Los galanes no son los causantes de tales dolores,
es tu madre más bien, la mujer sin igual en astucias:

han pasado tres años y pronto dará fin el cuarto
en que engaña el leal corazón de los hombres aqueos;
les va dando esperanzas a todos, les manda recados
y les hace promesas, mas guarda en su mente otra cosa.
Y diré de otro ardid concebido en su pecho. En sus salas
suspendió del telar una urdimbre bien larga y tejía
una tela suave y extensa y a un tiempo nos dijo:
'Pretendientes que así me asediáis, pues ha muerto ya
[Ulises
no tengáis tanta prisa en casar, esperad que yo acabe
esta tela que estoy trabajando, no pierda estos hilos;
la mortaja será del insigne Laertes el día
que le alcance la parca fatal de la muerte penosa;
que ninguna mujer entre el pueblo me lance reproches
por faltarle a él sudario teniendo tamañas riquezas.'

Tal hablaba y logró persuadir nuestro espíritu prócer;
ella, en tanto, tejía su gran tela en las horas del día
y volvía a destejerla de noche a la luz de las hachas.
Por tres años mantuvo el ardid y engañó a los argivos,
mas, corriendo ya el cuarto, al volver la estación del
[comienzo
lo contó una sirvienta enterada de todo y logramos
sorprenderla soltando la trama del fino tejido:
de esta suerte aunque bien a disgusto llegó a terminarlo.
Oye, en fin, la respuesta que dan los galanes y tenla
bien grabada en tu mente y contigo las gentes aqueas:
haz salir del palacio a tu madre y ordena que tome
por esposo al que quiera su padre y agrade a ella misma;
quizá piense seguir afligiendo a los nobles argivos
recordando consigo los dones que debe a Atenea,
su pericia en preciosas labores, talento y astucias.
Éstos son en verdad como no se recuerdan de aquellas
grandes hembras del tiempo que fue, las de hermosos
[cabellos,
una Alcmena, una Tiro o Micena la bien coronada,

pues ninguna el ingenio mostró que Penélope muestra
en sus trazas; con todo una cosa de cierto ha olvidado,
que tu hacienda y tus bienes irán consumiéndose mientras
ella siga en aquel pensamiento que le han puesto ahora
en el alma los dioses. Con él ganará gran renombre,
pero tú penarás al menguar tu despensa; nosotros
ni a los campos nos hemos de ir ni a lugar otro alguno
hasta que ella entre tantos aqueos elija un marido.»

En respuesta le dijo el discreto Telémaco entonces:
«Ni por pienso, ¡oh Antínoo!, he de echar de mis casas
[a aquella
que la vida me dio y la crianza; mi padre está ausente,
no sabemos si ha muerto o si vive; y a más, ¿cuánto a
[Icario
debería pagar si por mí le devuelvo a mi madre?
Grandes males por él sufriré, mas del cielo asimismo
vendrán otros, pues ella saldrá del palacio invocando
a las furias terribles y yo quedaré de los hombres
maldecido también. Nunca habré de decir tal palabra.
Si os sentís en el fondo del alma irritados por ello,
de una vez mis estancias dejad, procuraos otras mesas
y comed de lo vuestro invitándoos por turno; con todo,
si pensáis que es mejor y más grato seguir devorando
la fortuna de un solo varón sin gastar de lo propio,
devoradla, mas yo he de clamar a los dioses eternos
por si Zeus me concede el castigo de tales desmanes
y algún día en mi propia mansión perecéis sin venganza.»

Así dijo Telémaco y Zeus, el de voz resonante,
desde el alto del monte envióles dos águilas; iban
al principio volando las aves al soplo del viento,
muy cercanas las dos entre sí, desplegadas sus alas;
y, al llegar sobre el centro del ágora llena de voces,
a girar empezaron en cortas aladas mirando
las cabezas de todos: brillaba en sus ojos la muerte.

Desgarráronse luego una a otra las faces y cuellos
y de vista perdiéronse a oriente del pueblo y su alcázar.
Suspendidos quedaron al ver por sus ojos las aves,
meditando en sus pechos qué habría de traer tal presagio;
mas en esto Haliterses Mastórida, el ínclito anciano,
sobre todo varón de su edad relevante en la ciencia
de las aves y en dar solución a sus signos y agüeros,
deseándoles bien arengólos con estas palabras:

«Habitantes de Ítaca, oíd lo que voy a deciros:
a los nobles galanes aquí debo hablar ante todo,
porque tienen encima una ingente desgracia. No mucho
queda a Ulises de estar de su gente apartado; sembrando
bien de cerca ya viene matanza y ruina en aquéllos
y este mal cogerá a muchos otros varones que hoy
habitamos en Ítaca insigne. Pensemos con tiempo
en el modo de dar fin a esto: que sean los galanes
quienes luego se arredren, pues suya será la ganancia.
Mi presagio no es vano, en verdad, que bien sé lo que digo.
Para Ulises también rico en trazas cumplido ha quedado
cuanto yo le anuncié que le habría de pasar aquel día
que embarcó para Troya en unión de los otros argivos:
'Mucho —dije— tendrás que sufrir, perderás a tus hombres
e ignorado de todos vendrás al vigésimo año
de regreso a tu patria.' Ya todo a su término toca.»

Mas Eurímaco, el hijo de Pólibo, dijo en respuesta:
«Bien pudieras, ¡oh anciano!, marcharte a tu casa y
[hacerles
a tus hijos presagios, no venga algún mal sobre ellos.
Esto otro sé yo adivinarlo mejor que tú mismo:
muchas aves recortan al día las luces del cielo,
mas no todas nos traen vaticinios; seguro que Ulises
halló muerte bien lejos de aquí, y ojalá que tú hubieras
perecido con él excusando anunciar tales cosas
y tampoco en Telémaco habrías desatado la ira
esperando encontrarte en tu casa con un buen regalo.

Otra cosa te habré de decir que tendrá cumplimiento:
que si tú con tu mucho saber y tu práctica añeja
dirigiéndote a un hombre más joven promueves su enojo,
ese mismo será quien primero padezca y frustrado
quedará todo aquello que intente oponer por su parte.
A ti, viejo, una multa pondremos y tal que te escueza
en el alma el pagarla. En verdad va a ser recio tu duelo.
Por mi parte, a Telémaco quiero exhortar ante todos
a que obligue a su madre a volver a la casa paterna:
hay aquí quien aspira a la boda y apresta los dones
que se deben a un padre entregar por la hija querida.
Yo no creo que se arredren los mozos aqueos en su ardua
pretensión de casar, que en verdad no tememos a nadie
ni a Telémaco mismo, aunque sea tan largo en discursos.
Sin cuidado nos tiene también ese oráculo vano
que tú, viejo, nos haces; por él nos serás más odioso
y Telémaco en tanto verá devorada su hacienda
sin retorno y sin pago, si sigue aplazando su madre
a los dánaos la boda. En la espera se va nuestro tiempo,
en pujar por tan alta mujer, olvidando otras muchas
que pudiéramos todos, honrados, tomar por esposas.»

Y el discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
«Oye, Eurímaco, oíd los conspicuos galanes presentes,
no más ruego os haré, ni siquiera mención de estas cosas.
Las conocen los dioses, las saben también los argivos:
sólo os pido una nave ligera con doce remeros
que me abran camino en el mar por un lado y por otro.
Me propongo llegar a Laconia y a Pilo arenosa
a inquirir si regresa mi padre perdido hace tanto,
ya me venga a informar algún hombre, ya escuche la fama
que venida de Zeus esparce su voz por el mundo.
Y, si llego a saber que está en vida y regresa mi padre,
soportando mis males podré resistir hasta un año;
mas, si nuevas me dan de que ha muerto y no cuenta en [los vivos,

volveré sin tardanza a la patria querida, una tumba
será alzada en su honor, toda ella de fúnebres dones
cubriré como es justo y mi madre tendrá nuevo esposo.»

Tal diciendo volvióse a sentar y Mentor ante ellos
levantóse, un amigo de Ulises, el héroe intachable,
a quien éste al partir encargado dejó de su casa
por que al viejo asistiese y guardase sus cosas a salvo.
Y queriéndolos bien arengólos con estas palabras:

«Habitantes de Ítaca, oíd lo que voy a deciros.
¡Que ningún rey con cetro sea ya de su grado clemente
ni piadoso ni albergue justicia en su pecho! ¡Malvado
siempre sea y sus obras injustas! No queda entre todas
estas gentes que tuvo en su reino, por él gobernadas
con paterna bondad, quien se acuerde de Ulises divino.
Y no causan de cierto mi enojo los fatuos galanes
con sus hechos violentos y sórdidas tramas, pues ellos
las cabezas se juegan al fin devorando por fuerza
la despensa de Ulises que juzgan por siempre perdido:
quien me indigna es el resto del pueblo, pues todos estáis
como mudos ahí sin alzar vuestra voz ni hacer frente
a esos hombres ni, siendo los más, ponéis coto a los menos.»

Mas Leócrito, el hijo de Evénor, le dijo en respuesta:
«Malhablado Mentor, insensato de mente, ¿qué has
[dicho?
¿A arredrarnos excitas al pueblo? Es duro trabajo,
aun con ser multitud, disputar la comida a los otros;
que, si el ítaco Ulises, viniendo en persona, encontrase
a los nobles galanes comiendo en su casa y quisiera
despejar en su ira las salas, de cierto no habría
su mujer de alegrarse con ello por grandes deseos
que tuviera de verle llegar; una muerte afrentosa
sólo allí encontraría, enfrentado a los más. Has hablado
sin cordura. Mas váyase ya cada cual a su casa

y que a éste preparen la ruta Mentor y Haliterses,
ya que son sus amigos de antiguo, heredados del padre;
aunque pienso que aquí quedará bien tranquilo, esperando
las noticias de aquél, y jamás cumplirá ese viaje.»

Tal Leócrito dijo y sin más disolvió la asamblea.
Cada cual por su lado a su casa tornó y los galanes
otra vez el palacio ocuparon de Ulises divino.

Mas Telémaco a solas se fue por la playa y, lavando
en el mar espumante sus manos, clamaba a Atenea:

«Dame oídos, ¡oh diosa!, que ayer, visitando mi casa,
me mandaste cruzar en mi nave el océano brumoso
por saber del regreso al hogar de mi padre en ausencia
tanto ha: me lo van difiriendo los hombres aqueos,
pero aún más los galanes henchidos de mala soberbia.»

Tal orando él habló y Atenea llegóse a su lado
semejante en la voz a Mentor y en su cuerpo y figura.
Y, dejándose oír, dirigióle palabras aladas:

«No serás desde ahora, Telémaco, vil ni insensato
si ha calado en tu ánimo el noble valor de tu padre:
tan perfecto varón era él en palabra y en hechos,
y tu ruta no habrá de quedarse incumplida y sin logro.
Si Penélope, en cambio, y Ulises no fuesen tus padres,
no cabría esperar que realices la empresa que ansías,
pues son raros los hijos que al padre se igualan: peores
son los más y mejores de cierto muy pocos. No obstante,
pues jamás desde ahora serás ni cobarde ni necio
ni te falta en verdad el ingenio de Ulises, confía
en que pronto acabados tendrás los trabajos que intentas.
Deja, pues, a esos hombres que sigan su plan y sus trazas,
insensatos, que están por igual desprovistos de juicio
y honradez: no perciben la muerte y el negro destino
que ya encima les viene, pues todos caerán en un día.

Pero tú lograrás y bien pronto ese viaje que anhelas,
pues en mí tal amigo hallarás cual lo tuvo tu padre;
yo la nave armaré y en la ruta te haré compañía,
mas tú vuelve a tu hogar a avistarte con esos galanes,
almacena los víveres, déjalo todo dispuesto,
pon el vino en las ánforas, guarda en los odres la harina
que da nervio a la gente. Yo voy a reunir voluntarios
por el pueblo; son muchas las naves que en Ítaca hay,
esta isla que cerca el océano: entre antiguas y nuevas
quiero ver por mí mismo cuál es la mejor a tu intento
y, equipada que esté, nos haremos al mar sin demora.»

Tal habló la divina Atenea nacida de Zeus,
ni se estuvo Telémaco allá tras oír a la diosa,
mas de nuevo al palacio volvió con la angustia en el pecho.
Encontróse otra vez en su casa a los fatuos galanes
desollando en el patio unas cabras y asando unos cerdos,
cuando Antínoo, llegándose a él con la risa en los labios
y estrechada que tuvo su mano, le habló de este modo:

«¡Ah, Telémaco, altivo en palabras, sin freno en la ira!
No medites de hoy más daño alguno en discursos ni en
[obras;
ven conmigo a comer y beber como antes; no dudes
que los dánaos te habrán de aprestar cuanto tienes pedido,
el bajel y los buenos remeros que pronto te lleven
hasta Pilo divina a inquirir de tu padre glorioso.»

El discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
«¿Cómo puedo, oh Antínoo, comer ni gozar con vosotros
soportando callado y tranquilo tamaña arrogancia?
¿No es bastante, galanes, lo mucho y precioso que antaño
de mis bienes cogisteis? Muy niño era yo en aquel tiempo,
pero ahora, que soy ya mayor y que voy escuchando
lo que dicen los otros, el ánimo crece en mi pecho
y he de hacer por echaros encima las parcas funestas
desde Pilo si voy, o aquí, si me quedo en la isla;

mas de cierto que iré y que no ha de ser vano el camino
aun viajando en extraño bajel, pues no tengo a mi orden
ni remeros ni nave, que así os pareció conveniente.»

Tal diciendo, su mano arrancó de la mano de Antínoo
con presteza. Los hombres andaban allá preparando
el festín y a mofarse empezaron con duras palabras,
y así alguno de aquellos soberbios galanes decía:

«Bien de cierto Telémaco está meditando la muerte
para todos nosotros: acaso se traiga aliados
desde Pilo arenosa o Esparta, tan grande es su furia;
o quizás hasta Éfira llegue y sus pingües campiñas
y se venga de allá con mortales venenos que luego
con el vino mezclados nos quiten la vida.» Mas otro
de entre aquellos donceles procaces habló de esta suerte:

«¿Y quién sabe si él mismo vagando en la cóncava nave
no vendrá a perecer de igual modo que Ulises, bien lejos
de los suyos? Un nuevo quehacer que nos deja a nosotros:
repartir entre todos su hacienda. No obstante, la casa
de su madre será y del varón que la tome de esposa.»

Tal decían; bajaba él, en tanto, a las amplias bodegas
de su padre, que el oro a montones guardaban y el bronce
y vestidos sin cuento en las arcas y aceite aromoso.
Unas grandes tinajas de vino exquisito y añejo
en su seno encerraban, un mosto sin mezcla, bebida
de inmortales: en fila arrimadas al muro esperaban
el regreso del dueño al hogar por calmarle las penas.
Con su sólido ajuste cerradas halló las dos hojas
de la puerta; quedábase dentro de noche y de día,
vigilando el tesoro, una dueña discreta de mente,
Euriclea, la de Ops, el nacido a su vez de Pisénor.
Y con ella Telémaco habló tras llamarla a la cueva:

«Vierte, ¡oh ama!, en las ánforas vino gustoso, el más
[dulce
que aquí haya después de aquel otro que guardas pensando
en aquel infeliz por si acaso volviera, rehuidos
el destino y las parcas, Ulises, retoño de Zeus.
Hasta doce me habrás de llenar y ajustarles las tapas
y dispón la cebada también para el caso: sean veinte
las fanegas de harina de flor que en los odres me eches.
Sólo tú sabrás esto: en secreto prepáralo todo,
que yo mismo vendré a recogerlo en la noche, a la hora
en que suba a su estancia mi madre tomada del sueño:
voy a Esparta y a Pilo arenosa, por ver si allí nuevas
vengo a oír del regreso al hogar de mi padre querido.»

Así dijo: rompiendo en sollozos el ama Euriclea
y, con voz dolorida, le habló con aladas palabras:

«¡Hijo mío! ¿Por qué te ha venido tal cosa a la mente?
¿Por qué quieres marcharte de aquí, recorrer largas tierras
siendo solo y querido en tu casa? Sin duda que Ulises
halló muerte en extraño país y bien lejos del suyo;
esos hombres, en yéndote tú, tramarán darte muerte
en tu ruta, a traición, y entre sí partirán todo esto.
Sigue, pues, en tu hogar vigilando lo tuyo: no tienes
a qué andar por el mar infecundo penando y errante.»

El discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
«No te apures, ¡oh ama!, que un dios me ha inspirado
[el designio;
pero júrame ahora que nada dirás a mi madre
sino al cabo de diez u once días, a menos que note
por sí misma mi ausencia o viniese a saber de mi marcha,
no marchite entre llantos su piel delicada y hermosa.»

Así dijo, otorgólo la anciana con gran juramento
y, una vez que quedó pronunciado con propias palabras,

a las ánforas fue trasegándole el vino; tras ello
en los sólidos odres echó la cebada molida
y Telémaco a casa volvió con los fatuos galanes.

Mas Atena, la diosa ojizarca, pensó en otra cosa:
en figura del mismo Telémaco anduvo corriendo
la ciudad y, parando con uno y con otro, los iba
persuadiendo a juntarse a la noche en la rápida nave.
El bajel, asimismo, pidiólo a Noemon insigne,
el nacido de Fronio, que al punto cumplióle el deseo.

A ponerse iba el sol y las sombras ganaban las calles
cuando al mar arrastraba el ligero bajel equipado
con las jarcias que llevan las naves de buena cubierta;
acercólo a la boca del puerto, reuníanse a su lado
los curtidos marinos. Después de animarlos a todos
a otra cosa su mente tornó la ojizarca Atenea:
el camino de nuevo emprendiendo al palacio de Ulises,
infundió en los galanes un sueño suave; embotólos
en mitad de la orgía; sus manos soltaron las copas
y a dormir se marcharon allá por el pueblo dejando
sus asientos sin más, que el sopor les pesaba en los ojos.
Con Telémaco entonces habló la ojizarca Atenea
tras llamarlo y hacerle salir de la espléndida sala,
simulando la voz de Mentor y su cuerpo y figura:

«Ya, Telémaco, están los marinos de grebas brillantes
con el remo en la mano y esperan tu voz de partida:
vamos, pues, hacia allá, no aplacemos más tiempo el
[camino.»

Tal le dijo Atenea y al punto avanzó por delante
con presteza y el joven marchó tras sus huellas divinas.
Y hete aquí que, llegados al mar y al bajel, encontraron
en la playa a los buenos marinos de largos cabellos
y el augusto Telémaco, vuelto a sus hombres, les dijo:

«Bien, amigos, traigamos la carga, dispuesta está toda
en mis propias estancias, mi madre quedó sin sospecha,
las esclavas también: a una sola di cuenta del caso.»

Tal diciendo delante marchó, le siguieron los otros
y, trayéndolo todo, lo fueron poniendo en la nave
según iba ordenándolo el hijo de Ulises. Al cabo
en el barco Telémaco entró; le guiaba Atenea,
que fue luego a sentarse en la popa; Telémaco al lado
se sentó de la diosa; los hombres soltaron amarras
y, embarcados que fueron ya todos, pusiéronse al remo.
Mas Atena ojizarca mandóles un viento propicio
cuyo soplo sutil susurraba en las olas vinosas;
al momento, Telémaco diole a su gente la orden
de echar mano a las jarcias, pusiéronse todos a ello,
en la hueca carlinga encajaron el mástil de abeto,
que afirmado quedó al anudar los estayes, e izaron
con las drizas de cuero trenzado la cándida vela.
Azotándola el viento en mitad, quedó inflada; las olas
que iba abriendo el estrave chillaban con recio silbido
y el bajel avanzaba en el mar despejando su ruta.
Una vez bien sujetos los cabos del negro navío,
las crateras sacaron colmadas de vino e hicieron
libación a los dioses de vida inmortal; ante todo
a la virgen de glaucas pupilas nacida de Zeus.
Tal el barco en la noche y la aurora se abrió su camino.

CANTO III

Elevábase el sol, tras surgir de la hermosa laguna,
por el cielo broncíneo, llevando la luz a los dioses
y a los hombres mortales que pisan la tierra fecunda.
Arribaron a Pilo, la sólida villa de Neles,
donde a orillas del mar inmolando se hallaban los pilios
negros toros al dios peliazul que sacude la tierra.
Nueve grupos había, quinientos varones por grupo,
y delante de sí cada grupo tenía nueve toros;
las entrañas estaban comidas, quemaban los muslos
para el dios, cuando aquéllos llegaron. Plegada la vela,
atracaron la nave y saltaron a tierra los hombres.
Ya dejaba Telémaco el barco detrás de Atenea
y, rompiendo el silencio, le dijo la diosa ojizarca:

«Desde ahora, Telémaco, en nada conviene te muestres
vergonzoso: has cruzado la mar por saber de tu padre
e inquirir en qué tierras se halla, cuál fue su destino.
Marcha, pues, decidido al encuentro de Néstor, el rey
domador de caballos; veremos qué traza o consejo
guarda él en su alma, mas ínstale a hablar sin rebozo,
que no habrá de mentirte, pues es sobremodo sensato.»

El discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:

«¿Cómo habré de abordarle, Mentor? ¿Cuál será mi saludo?
Pues no sé de ingeniosas razones y siempre a los mozos
da vergüenza el venir con preguntas a un hombre provecto.»

A su vez contestóle la diosa ojizarca Atenea:
«Por ti mismo, Telémaco, en parte hallarás las palabras
y algún dios, además, te vendrá a dar ayuda; no creo
que nacieras ni que hayas medrado malquisto del cielo.»

Tal diciéndole Palas Atena, marchó por delante
con presteza; él siguió tras las huellas divinas y fueron
al lugar donde estaban los pilios en junta: sentado
con sus hijos se hallaba allí Néstor. En torno sus hombres
se afanaban los unos asando tasajos, los otros
espetaban más carne; mas todos al verlos llegaron,
saludaron tomando sus manos e hiciéronles sitio.
Acercóse el primero Pisístrato, el hijo de Néstor,
y, cogiendo del brazo a los dos, al banquete sentólos
sobre blandos vellones tendidos allá por la arena,
junto al mar, con su padre de un lado y del otro su hermano
Trasimedes; les dio sus raciones de entrañas, el vino
les vertió en una copa de oro y habló cortésmente
dirigiéndose a Palas Atena nacida de Zeus,
el que embraza la égida: «Invoca ante todo, extranjero,
al real Posidón, pues es suyo el banquete que habéis
encontrado al llegar; tras hacer libación y plegaria
como es ley, darás a tu amigo la copa con este
dulce vino. Que libe también y suplique a los dioses,
pues a todos los hombres precisa la ayuda del cielo;
pero él es más joven, de edad no mayor que la mía,
y por eso te doy a ti antes la copa de oro.»

Tal diciendo entrególe la copa de vino exquisito;
complacíase la diosa en varón tan discreto y tan justo

por haberle ofrecido a ella antes la copa de oro
e invocó a Posidón dirigiéndole larga plegaria:

«Posidón, que la tierra rodeas, escucha y no niegues
cumplimiento a las cosas que aquí te pedimos: a Néstor
ante todo y los hijos de Néstor da crédito y gloria;
que este pueblo de Pilo reciba de ti aquel retorno
que merece su insigne hecatombe; concede, asimismo,
que Telémaco y yo nos volvamos logrado el intento
que nos trajo a esta tierra en el negro, ligero navío.»

Ésta fue su oración que ella misma por sí realizaba;
entrególe a Telémaco luego la copa preciosa
de dos cuencos y el hijo de Ulises oró de igual modo.
Retiraron entonces las mollas asadas al fuego
y, partidas en trozos, gozaron del rico banquete.

Una vez satisfecho el placer de manjar y bebida
empezó a hablarles Néstor gerenio, guiador de caballos:

«Ahora ya será bien preguntar y saber quiénes sean
estos huéspedes nuestros después que han comido a su gusto.
¿Quiénes sois, forasteros? ¿De dónde venís por las rutas
de las aguas? ¿Viajáis por negocio o quizá a la ventura,
como van los piratas del mar que navegan errantes
exponiendo su vida y llevando desgracia a los pueblos?»

El discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta,
con la gran decisión que en el pecho infundíale Atena,
por que luego inquiriese del padre perdido y ganase
para él mismo también favorable renombre en las gentes:

«¡Oh Neléyada Néstor, gran prez de los hombres aqueos!
Nos preguntas cuál es nuestra patria: yo voy a decirlo.
Arribamos de tierras de Ítaca, allá bajo el Neyo;

no nos trae un asunto común, sino propio: he venido
rastreando noticias de un padre glorioso, de Ulises
el divino, aquel gran sufridor, del que cuentan que antaño
combatiendo a tu lado arrasó la ciudad de los teucros.
De los otros guerreros que en Troya lucharon, sabemos
en qué sitio encontró cada uno la muerte funesta:
de él tan sólo el Cronión ignorada dejó la ruina
y así nadie se atreve a decir el lugar en que ha muerto,
si acabaron con él sobre tierra enemigos crueles
o en el mar lo tragó el oleaje que mueve Anfitrita.
Y por ello aquí estoy a tus pies por si quieres decirme
cómo ha sido su fin miserable, lo vieras tú mismo
con tus ojos u oyéraslo de otro, quizá de un viajero
vagabundo. Infeliz entre todos parióle su madre:
no te muevan conmigo reparo ni lástima; dime
por menudo y con toda verdad cuanto de él has sabido.
Yo te imploro, si acaso mi padre, el magnánimo Ulises,
bien contigo cumplió alguna vez en palabras o en hechos
sobre el campo de Ilión, donde tanto penasteis los dánaos,
haz memoria de ello y relata fielmente su sino.»

Y en respuesta habló Néstor gerenio, guiador de caballos:
«Me recuerdas, querido, aquel gran infortunio que en [torno
de Ilión soportamos los dánaos de aliento indomable,
ya corriendo en las naves por cima del mar y en sus brumas
tras la presa de un lado y de otro, doquiera que Aquiles
nos guiaba, ya en lucha cercando la villa opulenta
del rey Príamo, en que tantos valientes dejaron la vida.
Allí yacen en tierra el intrépido Ayax, Aquiles,
y Patroclo con él, semejante en consejo a los dioses;
allí Antíloco, amado hijo mío, cabal, esforzado,
como nadie veloz en correr y cumplido en la lucha.
Otras muchas desgracias tuvimos allá. ¿Quién sería
de los hombres mortales capaz de contarlas? Si un lustro
y aun seis años quedaras conmigo no habrías escuchado

cuantos males sufrimos en Troya los dánaos divinos,
que cansado te fueras primero al país de tus padres.
Nueve años tentamos la plaza tramando ruinas
con ardides sin cuento, mas Zeus retrasaba su logro.
Allí nadie jamás pretendió compararse en ingenio
con Ulises divino, que a todos con mucho vencía
en las trazas más varias tu padre, si tal como dices
hijo suyo eres tú. Mas el pasmo me embarga al mirarte,
que es el mismo tu modo de hablar, aunque nadie creyera
que a tu edad discurrieses así igual que él. Nunca hubo
entre el prócer Ulises y yo por los tiempos aquellos
discusión en consejo ni en ágora: un alma, una mente
a los dos nos movió; con prudencia inspirábamos ambos
a los dánaos lo más saludable buscando su medro.

Arrasado que hubimos el alto castillo de Príamo,
en las naves volvíamos y un dios dispersó a los aqueos:
en su ánimo Zeus tramó la ruina en la vuelta
a los dánaos, pues no fueron todos sensatos ni justos.
Muchos de ellos tuvieron por esto un funesto destino
en la ira fatal de la hija del padre terrible,
la ojizarca, que allí desavino a los hijos de Atreo.
Convocáronnos ambos en ágora a todos los dánaos
a la puesta del sol, contra norma y prudencia. Vinieron
los argivos allá trastornados al peso del vino
y explicaron los dos la razón de reunir a la hueste.
Comenzóles a hablar Menelao exigiendo de todos
que volviesen sin más por el ancho espaldar del oceano.
No gustó a Agamenón la propuesta: quería retenerlos
y ofrecer hecatombes sagradas pensando con ellas
aplacar el terrible rencor de la diosa. ¡Insensato!
No llegó a comprender que sus preces no habían de
[ablandarla,
pues no cambia tan pronto el sentir de los dioses eternos.
Los hermanos lanzando uno a otro palabras de injuria
a la gente arengaban; los dánaos de grebas brillantes

levantáronse entonces con fiero clamor, divididos
en la ambigua opinión, y pasamos la noche tramando
mutuos males al peso funesto del odio de Zeus.
Con la aurora arrastramos los unos las naves al agua
y cargamos tesoros y esclavas de hermosa cintura,
mientras otra mitad de los nuestros, quedándose en tierra,
se sumó a Agamenón el Atrida, pastor de sus pueblos.

Los demás desplegamos las velas, volaban las naves
y algún dios encalmó el oceano poblado de monstruos;
arribados a Ténedo hicimos allí sacrificios
por la vuelta al hogar, pero Zeus no pensaba aún en ella
y, enconado, buscónos de nuevo funesta discordia:
el fecundo en recursos Ulises, el príncipe insigne,
con su gente tornóse en las naves de buen equilibrio
y a agregarse volvió a Agamenón para darle contento.
Yo entretanto, reuniendo mis barcos, forzaba la huida,
pues pensaba que un dios nos tramaba desgracias; conmigo
escapóse animando a sus gentes el bravo Tidida
y después nos siguió Menelao, el de rubios cabellos.
Encontrónos en Lesbos pensando en la larga jornada,
si la haríamos por cima de Quíos la abrupta, dejando
a la izquierda sus costas con rumbo al islote de Psiria,
o por bajo de Quíos en torno al ventoso Mimante.
A los dioses pedimos señal y la dieron mostrando
que debíamos cortar por mitad a las aguas de Eubea
y esquivar nuestro mal cuanto antes; alzóse a este tiempo
una brisa sonora, las naves corrían a gran marcha
los caminos del mar rico en peces y así aquella noche
nos dejaron al pie del Geresto; cruzado el oceano
le ofrecimos al dios Posidón pingües muslos de toros.

A la cuarta jornada dejaban en Argos sus naves
a los hombres que daban escolta a Diomedes Tidida,
domador de caballos. Siguiendo yo a Pilo, ya el viento
no dejó de soplar como un dios lo mandara al principio,
y en tal modo, hijo amado, llegué sin saber de los otros,

si por fin se salvaron o hallaron la muerte. De aquello
de que vine a enterarme más tarde, sentado en mis salas,
por entero te habré de informar como es justo: se dice
que arribaron con bien los mirmídones, hueste del hijo
sin igual del magnánimo Aquiles, famosos lanceros;
Filoctetes el prócer también, que nació de Peante,
y hasta Creta llevó Idomeneo los hombres que indemnes
de la guerra sacó, pues el mar no hizo presa en ninguno.
Del Atrida aun vosotros, estando tan lejos, seguro
que supisteis cuál fue su arribada y el modo en que Egisto
su ruina tramó, pero bien lo pagó el miserable.
¡Bienhadado el varón que perece si deja algún hijo
como aquel que el desquite tomó de la muerte paterna
en Egisto, el traidor que matara a su padre glorioso!
Tú, querido, también, pues te veo tan alto y gallardo,
ten valor y que alaben tus hechos los hombres futuros.»

El discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
«¡Oh Neléyada Néstor, la prez de los hombres aqueos!
Buena fue su venganza en verdad y los dánaos su nombre
llevarán por la tierra espaciosa a las gentes futuras.
¡Ojalá a mí también de vigor me ciñesen los dioses
y lograra vengar la insufrible arrogancia de aquellos
pretendientes que traman furiosos mi mal! Las deidades
no han tejido, se ve, con sus hilos tamaña ventura
para mí ni mi padre; y es fuerza por tanto sufrirlo.»

Respondiendo habló Néstor gerenio, guiador de caballos:
«¡Ah, querido! Las cosas que dices me traen un recuerdo:
me han contado que muchos galanes rodean a tu madre
y en tus salas y mal de tu grado maquinan consejos
de desgracia. Di, pues, ¿te has dejado vencer, o es acaso
que siguiendo la voz de algún dios se te odia entre el pueblo?
Mas ¿quién sabe si Ulises llegando dará a sus violencias
el castigo ya solo, ya unido a los otros aqueos?

¡Ojalá le quisiese amparar la ojizarca Atenea,
como otrora cuidaba de Ulises glorioso en la tierra
de la Tróade en que tantos dolores sufrimos los dánaos!
Nunca vi que los dioses mostraran a un hombre el afecto
que a la vista de todos mostraba a tu padre Atenea;
y, si a ti te quisiese otorgar ese amor y cuidado,
bien que alguno de aquéllos pusiera en olvido el casorio.»

El discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
«No creo yo que se cumpla tan pronto ese anuncio,
[oh anciano!
Grande cosa me has dicho, suspenso quedé, mas no espero
que se logre ello así ni aun queriendo los dioses.» Y al punto
la divina ojizarca Atenea le habló de este modo:
«¿Qué palabra, Telémaco, huyó del vallar de tus dientes?
Fácil es para un dios, si lo quiere, aunque sea desde lejos
socorrer a un mortal; y por mí más quisiera tras muchas
pesadumbres llegar a mi casa y gozar del regreso,
que venir a morir en mi propia morada del modo
que murió Agamenón por engaño de Egisto y su esposa.
Mas la muerte es común para todos, ni pueden los dioses
evitarla al amado varón una vez que le toma
el destino fatal del morir y el yacer perdurable.»

El discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
«¡Oh Mentor! Basta ya de estas cosas por tristes que
[estemos;
no es verdad que mi padre regrese, que ya han decretado
las deidades eternas su fin y su negro destino.
Pero quiero otra cosa saber e informarme de Néstor,
pues a todos supera en talento y justicia; refieren
que ha llegado a reinar sobre tres sucesiones de hombres
y al mirarlo cual dios inmortal se me muestra a los ojos.
¡Oh Neléyada Néstor! Explica fielmente, ¿en qué modo
sucumbió Agamenón poderoso, nacido de Atreo?
Menelao, ¿dónde estaba? Y el pérfido Egisto, ¿qué trazas
encontró de matarle, pues tanto más fuerte era el muerto?

¿O faltaba su hermano de Argos y, andando él errante
por extrañas regiones, su ausencia animó al asesino?»

Respondiendo habló Néstor gerenio, guiador de caballos:
«Vas, ¡oh hijo!, a saber con entera verdad todo eso,
y de cierto que fue como tú lo supones. Si vivo
encontrara en sus salas a Egisto, volviendo de Troya,
Menelao, el Atrida de rubios cabellos, seguro
no se alzara una tumba a su cuerpo después de la muerte,
que los perros lo hubieran comido y las aves rapaces
en los campos, bien lejos del pueblo; ni hubiera una aquea
que llorara por él, pues había cometido un gran crimen.
Mientras todos allá soportábamos tantos trabajos,
él tranquilo en el fondo de Argos, criadora de potros,
requería con palabras de amor a la esposa del rey.
Clitemnestra divina negóse al principio a la infame
pretensión: era aún virtuosa en su pecho y tenía
junto a ella a un aedo a quien, presto a embarcar para [Troya,
el Atrida prolijo encargó de velar por la reina.
Mas fatal decisión de los dioses la ató a la derrota:
llevó él al cantor a una isla desierta y dejólo
convertido en despojo y botín de las aves; entonces,
a su gusto entregados los dos, trasladóla a sus casas.
¡Cuánto muslo a los dioses quemó por los sacros altares!
¡Cuánta ofrenda colgó de bordados y oro, cumplida
que miró aquella hazaña cual nunca pensó en sus adentros!
Navegábamos, mientras, nosotros de vuelta de Troya,
el Atrida conmigo en recíproco amor; mas, llegando
a tocar al sagrado Sunión, promontorio de Atenas,
Febo Apolo, lanzando sus flechas suaves, dio muerte
al piloto de aquél. Empuñaba el timón en sus manos
al correr de la nave; su nombre era Frontis de Onétor
y a su lado quedaban atrás los mejores pilotos
en guiar un bajel en mitad de furiosas tormentas.

Detenido y cediendo en sus prisas, quedó Menelao
por dar tierra al amigo y hacerle los fúnebres dones;
mas, después que, volviendo a partir con las cóncavas naves,
se acercó por las aguas vinosas al pie de Malea
con su abrupto peñón, quiso Zeus de voz poderosa
desgraciarle el camino y, al soplo de vientos aullantes,
levantó por el mar gruesas olas como altas montañas.
Dividida la flota, unas naves vinieron a Creta,
en la costa del pueblo cidón, la que baña el Jardano.
Sale allí contra el mar neblinoso una peña escarpada
y desnuda, al confín de Gortina, tremendo oleaje
lleva el noto a su flanco a la izquierda, del lado de Festo,
y una roca pequeña contiene el furor de las olas.
Allá fueron a dar unos barcos, lograron sus hombres
a la muerte escapar, mas las olas quebraron sus naves
en las rocas y escollos. A Egipto las proras azules
de otros cinco llevó la corriente del viento y las aguas.
Quedó allí Menelao entre gentes extrañas haciendo
con sus naves botín de viandas y oro. Entretanto,
en sus casas Egisto dispuso la traza maldita
y al Atrida dio muerte: su pueblo quedó esclavizado.
Siete años fue rey en Micenas la rica; al octavo
llegó allá por su mal desde Atenas Orestes divino,
que, de nuevo en su patria, mató al matador de su padre,
a aquel pérfido Egisto asesino del héroe glorioso.

Ofrecía después a los dánaos funéreo banquete
por su madre execrable y el vil homicida, y en esto
arribó Menelao, el valiente en la lid, conduciendo
sus bajeles con gran sobrecarga de ricas preseas.

Y tú, amigo, no estés largo tiempo vagando alejado
de tu casa, dejándote en ella tus bienes con esos
insolentes varones que pueden hacer su reparto
y comértelos todos y así desgraciar tu viaje.
Mas con todo te exhorto a que vayas al gran Menelao,
que hace poco llegó del extraño país desde donde

nunca espera volver hombre alguno una vez que le arrastran
a través de aquel piélago inmenso los raudos ciclones.
Ni a las aves se ve que lo crucen de nuevo en el año,
que en verdad es ingente y temible. Ve, digo, en su busca
con tu nave y los hombres que en ella has traído y, si
[quieres
ir por tierra mejor, dispondrás de caballos y carro
y también de mis hijos que pueden servirte de guías
a Laconia divina, la tierra en que vive aquel blondo
Menelao. Tú mismo suplícale allí que te hable
con franqueza y no habrá de mentirte, pues es bien sensato.»

Así dijo, ya el sol se ponía, vinieron las sombras
y tomó la palabra la diosa ojizarca Atenea:

«Muy a punto en verdad tus palabras han sido, ¡oh
[anciano!,
mas cortad ya a las reses las lenguas, mezcladnos el vino.
Libaremos al dios Posidón y a las otras deidades
y pensemos después en dormir, que es llegada la hora:
se ha perdido la luz en las sombras de ocaso y nos cumple
regresar, no seguir en la mesa libando a los dioses.»

Tal habló la nacida de Zeus, a su voz atendieron
los demás; los heraldos vertiéronles agua en las manos
y, después de colmar de licor las crateras, los mozos
en las copas sirvieron a todos, echaron las lenguas
en el fuego y libaron poniéndose en pie. Cuando hubieron
ya libado y bebido hasta hallarse saciados, Atena
y, con ella, Telémaco, igual en figura a los dioses,
intentaron volverse a la cóncava nave, mas Néstor
los retuvo, cortando sus prisas con estas palabras:

«No permita el gran Zeus y las otras deidades eternas
que os vayáis de mi lado a dormir al ligero navío
cual de casa de un pobre sin ropa, de un tal indigente

que no tenga en su hogar cobertores ni camas bastantes
con que duerma él en blando y, a un tiempo, sus huéspedes.
[Cierto
no es así, tengo mantas y lechos hermosos, y el hijo
de un varón como Ulises no habrá de marchar a acostarse
en las tablas de un barco, a lo menos en tanto yo viva
ni después, cuando queden mis hijos en estas estancias
a atender a quien llegue a mi puerta buscando hospedaje.»

Contestándole dijo la diosa ojizarca Atenea:
«Bien está cuanto has dicho, ¡oh anciano querido!, y
[es justo
que Telémaco atienda el consejo, será en su ventaja.
Él ahora siguiéndote irá a que le muestres el lecho
en tus salas; yo tengo que ir al oscuro navío
a exhortar a los hombres en él y ordenar cada cosa,
pues me ufano de ser el mayor en edad entre ellos.
Los demás son más mozos y al noble Telémaco siguen
por su buena amistad, porque tienen sus años; yo puedo
descansar junto al cóncavo, negro bajel y mañana
con la aurora saldré hacia el país de los bravos caucones,
donde quiero cobrar una deuda ya antigua y por cierto
no pequeña. Tú a éste, pues vino a parar en tu casa,
haz partir con tu hijo en el carro. Que sean sus caballos
los mejores que tengas de fuerza y los más corredores.»

Tal diciendo marchóse de allí la ojizarca Atenea
con figura de un águila. El pasmo tomó a los aqueos,
admiróse el anciano de ver cosa tal con sus ojos
y, tomando la mano a Telémaco, dijo: «¡Oh querido,
no habrás nunca de ser, bien lo veo, ni vil ni cobarde,
pues, tan joven, vinieron los dioses a hacerse tus guías!
Y no es otro de aquellos que habitan las casas olimpias,
mas la hija de Zeus, de gloria sin par, Tritogenia,
la que un tiempo entre todos los dánaos honró a tu buen
[padre.

¡Sénos, reina, propicia, concédeme a mí buen renombre
y a mis hijos también y a su madre, mi esposa! Yo, en cambio,
en tu honor mataré una becerra de un año, frontuda,
indomada, jamás puesta al yugo por manos humanas,
y al llevarla al altar chaparé sus pitones de oro.»

Tal habló en su oración, escuchósela Palas Atena;
retirándose Néstor gerenio, guiador de corceles,
a sus hijos y yernos condujo al hermoso palacio
y en la noble mansión del monarca sentáronse en rueda
por sillones y sillas. Ya todos allá, preparóles
en una cratera el anciano una mezcla de vino
generoso; guardado once años, habíalo la buena
despensera sacado; y soltó de la tapa los hilos.
De él el viejo vertió en la vasija. Libando a Atenea,
invocó largamente a la diosa nacida de Zeus
que la égida embraza. Los otros libaron, bebieron
a placer, mas el sueño les hizo volver a sus casas,
mientras Néstor gerenio, guiador de caballos, llevaba
en la suya a Telémaco, el hijo de Ulises divino,
a dormir sobre un lecho tallado en el atrio sonoro.
Puso cama a su lado a Pisístrato, el único hijo
que quedaba soltero en sus casas, gran lanza y gran jefe,
y se fue donde al fondo de la alta mansión le tenía
preparadas las ropas del lecho su esposa, la reina.

Al mostrarse la Aurora temprana de dedos de rosa,
levantábase Néstor gerenio, guiador de caballos,
y, dejando el palacio, sentóse en los bancos de piedra
refulgentes de blancos y limpios que había por delante
de su excelso portal; sobre ellos en tiempos antiguos
se sentaba el gran Neles igual en consejo a los dioses;
pero ya por la parca vencido moraba en el Hades
y su cetro y sitial poseíalos Néstor gerenio,
guardador de los dánaos. Juntábanse en torno sus hijos,

que llegaban dejando los lechos: Equefron y Estratio,
luego Areto y Perseo, después Trasimedes divino
y el insigne Pisístrato el sexto; trajeron entonces
a Telémaco, un dios en figura, sentóse entre ellos
y empezóles a hablar el gerenio, guiador de caballos:

«Sin demora, hijos míos, tratad de cumplir mi deseo:
la primera ante toda deidad invoquemos a Atena,
que en el rico banquete del dios se mostró ante mis ojos:
vaya el uno allá al campo a buscar una vaca y ordene
que el boyero la aguije hasta aquí sin tardar; corra el otro
hacia el negro navío del noble Telémaco y traiga
a sus hombres consigo dejando en el barco dos de ellos,
y un tercero que avise al orfebre Laerces, que venga
a dorarle a la vaca los cuernos con placas de oro.
Los demás manteneos aquí juntos, decid a las siervas
que preparen en casa un brillante festín y que traigan
los asientos, la leña y el agua lustral.» Así dijo
y pusiéronse todos a ello: trajeron la vaca
desde el prado; llegaron del barco de buen equilibrio
los amigos del noble Telémaco y vino el broncista
con trebejos de bronce en la mano, instrumentos del arte,
el martillo y el yunque, y las bien fabricadas tenazas
con que el oro solía modelar. Acercóse Atenea
por gustar de su víctima; el viejo guiador de caballos
a Laerces el oro entregó, que aplicó con esmero
por que viendo la ofrenda gozase la diosa. Llevaron
de los cuernos la víctima Estratio y Equefron divino,
en labrada caldera les trajo del tálamo Areto
agua pura lustral y en su izquierda portaba los granos
de cebada en un cesto. Llegó el guerreador Trasimedes
con el hacha cortante dispuesto a abatir a la vaca,
tuvo el vaso Perseo, el anciano guiador de caballos
con los granos y el agua la ofrenda inició y a Atenea
invocó largamente arrojando a la hoguera unos pelos
del testuz. Hecha ya la plegaria y echados los granos,

Trasimedes el de ánimo ingente, nacido de Néstor,
se acercó y, descargando su hacha, rompióle a la bestia
la cerviz: desmayado cayó el animal y elevaron
sus clamores las hijas, las nueras, la esposa de Néstor,
primogénita que era de Clímeno, Eurídica augusta.
La cabeza a la víctima irguieron del suelo y al punto
degollóla Pisístrato, el jefe de hombres: brotóle
negra sangre y, con ella, escapó de sus miembros la vida.
En seguida partiéronla en trozos, cortaron los muslos
y, guardando los ritos, echáronles grasa a ambos lados,
colocaron encima tasajos aun crudos y el viejo,
encendiendo la leña, asperjóla de vino espumante.
A su lado los mozos tenían asadores de cinco
largas puntas: quemados los muslos y ya devoradas
las entrañas, el resto espetáronlo y fueron a asarlo
con el mango cogido, arrimando al hogar los espiches.

A Telémaco en tanto bañó la gentil Policasta,
la menor de las hijas de Néstor Neléyada, y, luego
que le tuvo bañado y ungido de aceite, ciñóle
una túnica, un manto precioso: saliendo del baño
parecíase en figura a los dioses eternos, y vino
a ocupar su lugar junto a Néstor, pastor de su pueblo.

Una vez que estuvieron asadas, sacaron las carnes
y a comer se sentaron; atentos los buenos sirvientes
les venían el vino a verter en las copas de oro.

Cuando al fin de comer y beber se sintieron saciados,
comenzó a hablarles Néstor gerenio, guiador de corceles:

«Atended a Telémaco, hijos, uncid en el carro
los caballos de espléndidas crines, que emprenda el viaje.»

Así dijo y, oyéndolo aquéllos, cumplieron su orden:
diligentes uncieron al carro los potros veloces;

puso en él la leal despensera los panes y el vino
con las carnes que comen los reyes, linaje de Zeus,
y Telémaco al punto montó al bello carro. A su lado
fue a sentarse Pisístrato, el hijo de Néstor y jefe
de varones, que luego, empuñando las riendas, al tronco
fustigó que arrancara. Volaban las bestias ganosas
para el campo, dejando el excelso recinto de Pilo,
y agitaron el yugo en la uncida cerviz todo el día.

A ponerse iba el sol y las sombras ganaban las calles
cuando entraban en Feras, y fueron a casa de Diocles,
el nacido de Ortíloco y nieto de Alfeo. En sus salas
descansaron la noche y él dioles presentes de huésped.

Al mostrarse la Aurora temprana de dedos de rosa,
tras uncir los corceles subieron al carro vistoso
y dejaron el pórtico atrás y el umbral resonante.
Al chasquido del látigo el tronco voló sin pereza
y salieron al campo y sus trigos: en una jornada
terminaron su ruta, que así adelantaban los potros.
A ponerse iba el sol y las sombras ganaban las calles.

CANTO IV

A Laconia llegaron por fin, la de valles profundos,
y guiaron el carro a las casas del gran Menelao;
encontraron al rey celebrando con muchos amigos
el banquete nupcial de su hijo y, al par, de la hija
intachable. Casaba ésta allí con el hijo de Aquiles,
destructor de guerreros; su padre otorgóla ya en Troya,
y quisieron los dioses su voto cumplir; la mandaba
con caballos y carro a la noble ciudad del esposo
que reinaba en los bravos mirmídones. Hija de Aléctor
era aquella que el rey en Esparta tomó para el fuerte
Megapentes, su hijo, al que, siendo maduro ya en años,
engendró de una esclava. Negaron los dioses a Helena
nueva prole después de nacer la hechicera Hermíona
que en belleza igualó de mayor a Afrodita dorada.

Así estaban gozando el festín bajo la alta techumbre
del palacio vecinos y amigos del gran Menelao.
Un aedo divino cantaba entre ellos tañendo
su gran lira y un par de payasos hacía cabriolas
en mitad del salón, todo en fiestas al son de su canto.

Detuvieron su carro a la entrada los dos caminantes
con Telémaco, el prócer, el hijo glorioso de Néstor.
Al salir en la puerta los vio el mayordomo Eteones,
servidor diligente del gran Menelao, que, cruzando
el palacio, lo vino a anunciar al pastor de su pueblo.
Y en llegando a su lado le dijo en aladas palabras:

«Menelao, retoño divino, dos huéspedes vienen,
dos varones. Parecen de raza del máximo Zeus.

Dinos, pues, si soltamos del carro sus potros veloces
o mandamos que vayan a otro que pueda alojarlos.»

Menelao, el de rubios cabellos, airóse y repuso:
«Eteones, nacido de Boeto, ¿tan necio te has vuelto?
En verdad no eras antes así, como un niño discurres.
Bien recuerdas que entrambos volvimos a Esparta comiendo
del manjar que otros hombres nos daban. De hoy más [quiera Zeus
evitarnos tal pena; mas ve y desengancha ese tronco
y haz entrar a esos hombres, que vengan conmigo al [banquete.»

Dijo así y Eteones, cruzando el salón, ordenaba
a otros fieles criados que fueran siguiéndole y luego
desuncieron del carro a los potros que al yugo sudaban
y al pesebre los fueron a atar, donde echaron el trigo;
a sus granos mezclaron después los de blanca cebada
y arrimaron el carro al tapial reluciente del fondo.

Conducidos los huéspedes dentro, miraban con pasmo
el palacio divino del rey oriundo de Zeus:
como un brillo de sol o de luna cerníase en la casa
de elevadas techumbres, morada del gran Menelao.
Una vez que en tal vista saciaron sus ojos, vinieron
al lugar donde estaban las limpias, pulidas bañeras;
las esclavas allí los bañaron y ungieron de aceite,
los vistieron de túnica y manto y los dos penetraron
y ocuparon sillones al lado del hijo de Atreo.
Una sierva, a este punto, llegó con un jarro de oro,
en sus manos el agua vertió sobre fuente de plata
y les puso delante una mesa pulida; la honrada
despensera, trayéndoles pan, colocólo a su lado
y otros muchos manjares sirvió que en reserva tenía.
Asomó el trinchador bien en alto sus platos de carne
de distintas especies, les puso las copas de oro
e invitólos así Menelao, el de rubios cabellos:

«Poned mano al manjar y gozad a placer. Cuando estéis
satisfechos del todo diréis quiénes sois. No ha acabado
de seguro en el mundo el solar de que sois descendientes,
antes bien vuestra raza es de reyes, de nietos de Zeus
poseedores de cetro: los viles no dan tales hijos.»

Tal diciendo les dio unos pedazos del lomo vacuno
que le habían puesto a él cual bocado de honor en la mesa.
A los otros manjares dispuestos tendieron las manos,
y, una vez que colmados sintieron su sed y apetito,
de este modo Telémaco habló con el hijo de Néstor
acercándose a él por que no le escucharan los otros:

«Mira atento, Nestórida, amigo del alma, por estas
resonantes estancias el brillo fulgente del oro
y también del electro, la plata, el marfil. ¿No imaginas
que es así la morada de Zeus, el olimpio? ¡Son tantas
las riquezas que veo! El asombro me toma al mirarlas.»

Sus razones oyó Menelao, el de rubios cabellos,
y dejando ir su voz replicó con aladas palabras:

«Hijos míos, no puede un humano medirse con Zeus,
que inmortales, lo mismo que él, son su casa y sus bienes;
de los hombres, ¿quién sabe si alguno compite conmigo
en riquezas? De cierto yo sé que sufrí grandemente,
que he pasado ocho años errante en mis naves, llevado
ya a las costas de Chipre y Fenicia, ya a tierras de egipcios;
que llegué a los etíopes, sidonios y erembos y a Libia,
el país donde nacen corderos con cuernos, de ovejas
que los paren tres veces al cabo del año: ni rey
ni pastor hay allí que carezca algún tiempo de quesos
ni de carnes, ni falta la leche de gusto sabroso,
pues las reses no dejan jamás de prestarse al ordeño.
Mientras yo navegaba errabundo por tales parajes
allegando mi hacienda, otro hombre mataba a mi hermano
por sorpresa, a traición, entregado por pérfida esposa.

He perdido el placer de reinar entre tantas riquezas,
pero ya a vuestros padres lo hubisteis de oír quienesquiera
que ellos sean: sufrí largamente, perdí una morada
de apacible vivienda, abundante de ricos tesoros.
¡Ojalá que de un tercio, no más, dispusiera yo de ellos
y vivieran los hombres que entonces cayeron en Troya
y sus campos, tan lejos de Argos, criadora de potros!
Como quiera que sea, por todos dolido y en luto,
unas veces sentado en la sala del propio palacio
busco alivio a mi pecho rompiendo en sollozos y otras
los reprimo, que pronto nos cansa el helado suspiro.
Pero bien que por todos me duela no lloro a ninguno
como a aquel cuyo vivo recuerdo me amarga las noches
y el manjar, porque nadie penó entre los hombres aqueos
como Ulises penó y se afanó; sus trabajos debían
convertírsele en lutos y a mí en aflicción incesante
por su suerte, pues tanto de aquí falta ya y no sabemos
si está vivo o ha muerto. Sin duda conmigo le lloran
la discreta Penélope, el viejo Laertes y el hijo
que tan niño al partir para Troya dejaba en su casa.»

Tal habló y en Telémaco alzóse un afán de sollozos
al recuerdo del padre, vertióse hasta el suelo su llanto
al oírle nombrar y tapó con el manto sus ojos
levantando ambas manos; mas bien lo observó Menelao,
que quedó meditando en su mente y su pecho si habría
de dejar que él mentara a su padre o debía por sí mismo
preguntar y moverle a dar cuenta de todo. Y en tanto
meditaba estas cosas el rey en su mente y su pecho,
vino Helena del cuarto aromado de excelsa techumbre,
semejante a Artemisa, la diosa de rueca de oro.
Trajo Adrasta a su lado una silla labrada que Alcipa
le cubrió con tapete de lana suavísima y Filo
acercóle una cesta de plata, regalo de Alcandra.
Era Pólibo, esposo de Alcandra, de Tebas de Egipto,
la ciudad que en sus casas encierra mayores riquezas.

Él allí a Menelao regaló dos bañeras de plata,
diez talentos y un par de calderas, todo ello de oro.
Mas su esposa también hizo a Helena preciosos regalos:
una rueca de oro ella toda y el cesto de plata
terminado con áureo reborde y provisto de ruedas,
aquel mismo que Filo, su sierva, acercábale, lleno
de los hilos por ella labrados; encima la rueca
se mostraba, cargada con flor de purpúreos vellones.
Recostada en la silla y con un escabel a sus plantas,
comenzóles a hablar preguntando insistente a su esposo:

«Menelao, retoño de Zeus, ¿sabemos qué clase
de varones se ufanan de ser los que hoy han venido
al palacio? ¿Me engaño o acierto? Callar no podría:
nunca vi ni en mujer ni en varón semejanza con otros
cual la muestra a mi vista ese joven. Con pasmo le miro
y un retoño paréceme ver del magnánimo Ulises;
yo diría que es Telémaco, el hijo que apenas nacido
él dejaba en su hogar cuando, ¡impúdica yo!, por mi causa
los argivos marchasteis a Troya en afanes de lucha.»

Menelao, el de rubios cabellos, le dijo en respuesta:
«Así creo yo también, ¡oh mujer!, como tú conjeturas;
tales eran las piernas de Ulises y tales sus manos,
tal su agudo mirar, su cabeza y así sus cabellos.
Hace poco acordándome de él les hablé de lo mucho
que por mí se afanó y padeció y al instante el muchacho
derramó largo lloro y lo quiso ocultar con los pliegues
de la capa purpúrea que alzó hasta cubrirse los ojos.»

Mas Pisístrato, el hijo de Néstor, habló por su parte:
«Menelao, retoño de Zeus y jefe de pueblos,
en verdad éste es hijo de aquél como tú lo supones,
mas de gran discreción, y ha sentido vergüenza en su alma
de llegar dando suelta a la lengua ante ti, que nos dejas
al oírte hechizados, igual que si un dios nos hablara.

Envióme aquí Néstor gerenio, guiador de caballos,
para hacerle compaña; Telémaco ansiaba encontrarte
con afán de que en dichos y en hechos le dieses ayuda:
grandes son los pesares de un hijo si el padre le falta
de su casa y en ella no hay otro que pueda ampararle.
Tal le ocurre a Telémaco: ausente su padre, no tiene
en su propio país quien alcance a evitar su ruina.»

Menelao, el de rubios cabellos, le dijo en respuesta:
«¡Ay de mí, que el que llega a mi hogar es el hijo del
[héroe
a quien tanto yo amé, de aquel mismo que tantos trabajos
se tomó por mi bien, al que antes que a algún otro aqueo
yo pensaba acoger en mi casa si Zeus el olimpio,
el de largo mirar, nos dejaba volver en las naves!
Destinárale yo una ciudad y le hiciera un palacio,
desde Ítaca haríale venir con sus bienes, su hijo
y sus súbditos todos dejándole libre un poblado
entre aquellos que en tierra de Argos me están sometidos.
Habitando él aquí cada día nos veríamos y nada
rompería nuestro amor y recíproco goce hasta tanto
nos viniese la muerte a envolver en su nube sombría.
Mas sin duda envidiónos un dios semejante ventura
y entre tantos, a él solo, ¡infeliz!, le privó del regreso.»

Así dijo y en todos un ansia surgió de sollozos;
diose al llanto la argólica Helena nacida de Zeus
y lloraban Telémaco a un tiempo y el gran Menelao.
Ni el Nestórida mismo contuvo sus lágrimas: vino
a su mente el recuerdo de Antíloco, el héroe sin tacha
muerto a manos del claro varón que nació de la Aurora
luminosa, y así respondió con aladas palabras:

«En sus casas, ¡oh Atrida!, escuché muchas veces a
[Néstor
el anciano, al hablar sobre ti conversando uno y otro,

que eras tú el más discreto de todos los hombres; mas deja,
si es posible, por hoy que yo te aconseje. No gusto
en verdad de lamentos estando en la mesa; la aurora
no se habrá de tardar; tiempo entonces será que lloremos
por aquellos que han muerto arrostrando su propio destino.
Es ya el único don que hacer cabe a esos tristes: cortarnos
el cabello y dejar ir el llanto por ambas mejillas.
Yo también he perdido a un hermano, que no era de cierto
el peor de los dánaos: tú debes saberlo, yo nunca
ni a su lado me hallé ni le vi, mas de Antíloco cuentan
que en correr y en luchar a ninguno cedía de los vuestros.»

Menelao, el de rubios cabellos, le dijo en respuesta:
«Has hablado, ¡oh amigo!, en verdad como hacerlo podría
un sesudo varón y de más larga edad; mas, nacido
de ese padre que tú, ¿cómo habrías de hablar de otro modo?
Bien se muestra la prole de aquel a quien Zeus concediera
una misma ventura en casar y en los frutos del lecho.
Así fue su favor para Néstor: un día tras el otro
prolongar su lozana vejez en los propios palacios
y otorgarle unos hijos prudentes y egregios en armas.
Mas nosotros dejemos sin más los lamentos de antes
y tornemos la mente al festín: que nos viertan el agua
nuevamente en las manos; Telémaco y yo desde el punto
en que el alba parezca hablaremos despacio y a solas.»

Así dijo y el agua en las manos llegóse a verterles
Asfalión, servidor diligente del gran Menelao.

Al manjar que delante tenían las manos lanzaban
cuando Helena, nacida de Zeus, pensó en otra cosa
y en el vino que estaban bebiendo les puso una droga,
gran remedio de hiel y dolores y alivio de males;
beberíalo cualquiera disuelto en colmada vasija
y quedara por todo aquel día curado de llantos

aunque en él le acaeciera perder a su padre y su madre
o cayera el hermano o el hijo querido delante
de sus ojos, herido de muerte por mano enemiga.
La nacida de Zeus guardaba estos sabios remedios:
se los dio Polidamna, la esposa de Ton el de Egipto,
el país donde el suelo fecundo produce más drogas
cuyas mezclas sin fin son mortales las unas, las otras
saludables; mas todos los hombres allí son expertos
como nadie en curar, porque traen de Peán su linaje.
Una vez que vertió el elixir y mandó echar el vino,
retornó a entretenerlos Helena con estas palabras:

«Menelao, retoño divino, y vosotros, los hijos
de tan nobles varones, sin duda que bienes y males
a su gusto da Zeus a los hombres, pues todo lo puede;
mas ahora sentados seguid el banquete en la sala
y gozad de agradables relatos. Os voy a hacer uno
bien al caso: no puedo contar ni dar nombre siquiera
de las muchas proezas de Ulises sufrido de entrañas,
pero oíd lo que osó y llegó a hacer aquel hombre esforzado
en la tierra de Ilión, donde tanto penasteis los dánaos.
Deformándose él mismo la piel con heridas crueles
y colgando del cuerpo unos malos harapos de siervo
se introdujo en la vasta ciudad enemiga. Su engaño
le llevó a parecer un mendigo cualquiera: ¡cuán otro
del Ulises que andaba entre el campo y las naves varadas!
Y con ese disfraz introdújose en Troya; cayeron
los demás en la trampa, yo sola advertíla entre todos
y empecé a preguntarle: taimado esquivaba mi empeño,
pero, luego de haberle bañado y ungido de aceite,
de ponerle otra ropa y jurarle con gran juramento
que no habría de decir a los teucros quién era hasta tanto
que se hallase de nuevo en sus tiendas y raudos bajeles,
me contó de una vez todo el plan que los dánaos tenían
y, después de matar con el bronce un sinfín de troyanos,
con los otros argivos tornó sabedor de mil cosas.

Las troyanas entonces rompieron en gritos; mi pecho
alegrábase, en cambio, pues ya el corazón me impulsaba
a volver a mi hogar, y lloraba el error que Afrodita
me inspirara al llevarme hasta allí de este suelo querido
en el cual me dejaba a mi hija, mi lecho y mi esposo,
no inferior a ningún otro hombre en figura ni ingenio.»

Menelao, el de rubios cabellos, le dijo en respuesta:
«Todo eso, ¡oh mujer!, es así como tú lo refieres:
muchos hombres de pro conocí decididos, discretos,
muchas tierras hollé con mis pies al correr de mi vida,
mas mis ojos no vieron jamás un valor que igualase
el valor que guardaba en su pecho el intrépido Ulises.
¡Cuánta hazaña llegó a realizar aquel hombre esforzado
en el hueco y pulido corcel donde estábamos todos
los magnates argivos tramando la muerte a los teucros!
Te acercaste tú entonces allá: te llevaba sin duda
algún dios empeñado en dar gloria a los hombres de Troya;
tras tus huellas marchaba Deífobo igual a los dioses
y nos diste tres vueltas, palpabas el hueco escondite
y empezaste a llamar por su nombre a los héroes argivos
imitando la voz de la esposa del uno y del otro.
Y hete aquí que yo mismo, el Tidida y el prócer Ulises,
en mitad de la turba sentados, oíamos tus gritos
y Diomedes y yo nos alzamos con vivos anhelos
de salir del caballo o de dar desde dentro respuesta;
mas Ulises cogióse a los dos y cortó nuestro impulso.
En silencio quedaron entonces los otros aqueos;
sólo Anticlo intentaba cambiar la palabra contigo
cuando Ulises le puso en la boca las manos fornidas,
apretó sin piedad y salvónos a todos los dánaos
hasta tanto que Palas Atena llegó a retirarte.»

El discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
«Menelao, retoño de Zeus, señor de tus gentes,
más dolor ello da, pues que no le evitó la ruina

ni ese gran corazón, como el hierro de fuerte, en su pecho;
pero, ¡ea!, a la alcoba guiadnos, que ya desde ahora
disfrutemos allí las dulzuras del sueño.» Así dijo
y al momento la argólica Helena mandó a sus esclavas
aprestar en el porche las camas, ponerles encima
cobertores hermosos, purpúreos, y, echando las colchas
sobre ellos, cubrírselo todo con prendas de lana.
Con la antorcha en las manos salieron aquéllas al punto
del salón y tendieron las camas; condujo un heraldo
a los dos forasteros, el hijo preclaro de Néstor
y Telémaco insigne, a dormir al portal. Descansaba
el Atrida en el fondo de su alta mansión con Helena,
la del peplo ondulante, mujer entre todas divina.

Al mostrarse la Aurora temprana de dedos de rosa,
Menelao, buen guerrero, su lecho dejaba: ciñóse
sus vestidos, colgóse del hombro la espada cortante
y, calzando los cándidos pies con hermosas sandalias,
de la alcoba salió: se dijera de un dios su figura.
Con Telémaco luego se vino a sentar y le dijo:

«¿Qué ocasión o qué apremio te trajo, Telémaco insigne,
por las anchas espaldas del mar hasta Esparta divina?
¿Es del pueblo o es tuyo? Fielmente refiérelo todo.»

El discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
«Menelao, retoño de Zeus, señor de tus gentes,
vine a ti por si acaso lograba saber de mi padre:
mi mansión se consume, perecen mis pingües haciendas,
llena está de enemigos mi casa y, sin darse reposo,
me degüellan ovejas y bueyes de pasos de rueda
y a mi madre cortejan henchidos de orgullo insolente.
He llegado por ello a tus pies por si quieres decirme
cómo ha sido su fin miserable, lo vieras tú mismo
con tus ojos u oyéraslo de otro, quizá de un viajero
vagabundo. Infeliz entre todos parióle su madre;

no te muevan conmigo reparo ni lástima, dime
por menudo y con toda verdad cuanto de él has sabido.
Yo te imploro. Si acaso mi padre, el magnánimo Ulises,
bien contigo cumplió alguna vez en palabras o en hechos
sobre el campo de Ilión, donde tanto penasteis los dánaos,
haz memoria de ello y relata fielmente su sino.»

Menelao, el de rubios cabellos, repuso con ira:
«¿Podrá ser? ¡Demasiado esforzado el varón cuyo lecho
han querido ocupar cuando son ellos mismos tan viles!
Tal la cierva, en el soto en que habita el león poderoso,
va a acostar a los tiernos cervatos que tiene en crianza
y se sale a pastar y correr por las faldas umbrías
y los valles herbosos, y vuelve el león a su cama
y a los dos cervatillos da muerte cruel: de ese modo
vendrá Ulises a echar sobre ellos su triste destino.
¡Ojalá, oh padre Zeus, oh Atena, oh Apolo, llegara
con aquella presencia que en Lesbos, de sólidos muros,
nos mostraba al reñir con el hijo del rey Filomelo,
al que a tierra en la lucha postró con placer de los dánaos!
Tal Ulises debiera esta vez presentarse a esos hombres:
bien efímera fuera su vida, bien agrias sus bodas.
Mas no habré de eludir tu pregunta y tu ruego contando
de otras cosas, ni dando rodeos, que en mí no hay falsía:
todo aquello te voy a decir que el verídico anciano
del océano me habló, sin mudar ni omitir cosa alguna.

Para Egipto quería yo volver: reteníanme los dioses
por no haberles primero ofrecido hecatombes perfectas,
pues jamás las deidades perdonan olvido en su daño.
Una isla hay allí que rodean las olas sin cuento:
Faros lleva por nombre y está frente a Egipto, a distancia
tal que en una jornada salvara un bajel si por suerte
a soplarle de popa viniese la brisa silbante;
tiene un cómodo puerto, de él saca la gente sus naves
bien obradas al mar, hecho acopio del agua sombrosa.

Veinte días teníanme los dioses allí; no soplaban
esas auras marinas que suelen servirles de guías
a las naves que cruzan el dorso del mar sin confines;
consumíanse los víveres todos y el brío de los hombres,
cuando cierta deidad apiadada buscó mi remedio.
Fue la hija del Viejo del Mar, el insigne Proteo,
la que llaman Idótea; tocáronle el alma mis males
y a mi encuentro salió: caminaba yo a solas, mis hombres
por un lado y por otro se daban sin tregua a la pesca
con los corvos anzuelos. El hambre roía sus entrañas.
Ella, en pie junto a mí, vino a hacerse escuchar y me dijo:
'¿Eres necio, extranjero, o enfermo de mente o por caso
te abandonas adrede y te gozas sufriendo dolores?
¿Cómo estás tanto tiempo encerrado en la isla y no
[encuentras
fin al daño? ¿No ves que se agota el vigor de tu gente?'
Tal habló; yo a mi vez contestándole dije: 'Bien quiero
referírtelo todo, cualquiera que seas de las diosas;
detenido no estoy por mi gusto en la isla, sin duda
que ofendí a los eternos que habitan la anchura del cielo,
pero dímelo tú, pues que todo lo saben los dioses.
¿Cuál de ellos aquí me retiene y estorba mi ruta
y el regreso al hogar sobre el mar rico en peces?' Tal dije
y al momento respuesta me dio la divina entre diosas:
'Pues yo voy, extranjero, a explicártelo todo fielmente:
suele andar por aquí cierto anciano del mar, infalible,
el egipcio Proteo, inmortal que conoce los fondos
del océano sin fin; Posidón por vasallo lo tiene
y es el padre que a mí me engendró, según dicen: si fueras
tú capaz de cogerlo en celada y rendirlo a tu arbitrio,
de tu ruta te habría de decir si será corta o larga
y en qué modo podrás regresar sobre el mar rico en peces.
Asimismo, ¡oh retoño de Zeus!, sabrás, si lo inquieres,
tanto el bien como el mal ocurrido en tus casas al tiempo
que tú andabas ausente en la larga y penosa jornada.'
Tal la diosa me habló: yo volviéndome a ella repuse:

'Pues discurre tú misma el ardid contra el viejo divino,
no se vaya a escapar si me ve o me presiente, que es duro
de vencer cualquier dios por un hombre mortal.' Así dije
y al momento me daba respuesta la diosa entre diosas:
'Pues yo voy, extranjero, a explicártelo todo fielmente:
cuando el sol en el cielo ha llegado al zenit, el anciano
adivino del mar deja el agua a merced de la brisa
del poniente, encubierto en el negro temblor de las ondas;
fuera ya, va a acostarse en las huecas cavernas y en torno
un rebaño de focas reposa con él, descendencia
de la bella Halosidna: salidas del cano oleaje,
aún transpiran el acre vapor de los fondos marinos.
Yo hasta allí te guiaré cuando venga la aurora: en tu puesto
quedarás acostado, mas antes elige tres hombres
en la nave de sólidos bancos, los más valerosos.
Y tendré que instruirte en las mañas del viejo. Las focas
contará lo primero una a una: contadas y vistas,
tenderáse en mitad como suele el pastor ovejero.
Una vez que le viereis dormido, llegada es la hora:
en alerta poned vuestra fuerza y vigor, sujetadle
aunque más se resista y procure escaparse tomando
mil figuras diversas. Veréislo cambiado de pronto
en reptil que se arrastra en el suelo, después convertido
ya en hoguera violenta, ya en agua; vosotros seguidle
sin cesar estrechando, apretad cada vez con más brío;
mas, después que él os hable con propias palabras y vuelva
a tomar la figura en que estaba al dormirse, absteneos
de mayores violencias, soltad al anciano y al punto,
noble prócer, pregúntale tú qué deidad te persigue
y en qué modo podrás regresar sobre el mar rico en peces.'
Tal me dijo y hundióse al momento en las olas [cambiantes
mientras yo caminaba a las naves que estaban varadas
en la arena; iba andando, bullíame la mente, mas luego
que bajé hasta la playa y en ella encontré mi navío,

preparamos la cena; llegada la noche divina,
nos rendimos al sueño escuchando el romper de las aguas.

Al mostrarse la Aurora temprana de dedos de rosa,
allí mismo a la orilla del mar de caminos abiertos
largamente a los dioses oré y elegí tres amigos,
los que en toda ocasión me inspiraban mayor confianza.

Entretanto la diosa, surgiendo del seno anchuroso
del océano, consigo sacó cuatro pieles de foca,
todas ellas recién arrancadas; tramaba el engaño
a su padre y, después de ahuecar en la arena unos lechos,
a esperar se sentó; mas, llegando a su encuentro nosotros,
tras tendernos en fila una piel nos echó a cada uno.
Horrorosa emboscada fue aquélla: nos daba la muerte
el olor pestilente de foca nacida en salumbre,
porque ¿quién acostarse podrá con un monstruo marino?
Pero ella a salvarnos halló poderosa triaca:
ambrosía nos llevó, nos untó la nariz y con ello
el dulcísimo aroma mató los hedores del monstruo.
En tal guisa aguantamos pacientes la entera mañana;
en rebaño vinieron las focas del mar y al momento
se acostaron en fila en la playa que baten las olas.
Por la siesta surgió de las aguas el viejo: a la vista
de sus focas robustas se puso a contarlas pasando
por mitad y empezó por nosotros, ajeno en su alma
del engaño tramado, y al fin acostóse entre ellas.
Dando gritos saltamos entonces los cuatro y las manos
le lanzamos encima. No puso el anciano en olvido
sus ardides: cambióse primero en león melenudo,
en serpiente después, en leopardo y en cerdo gigante,
luego de ello en corriente de agua y en árbol frondoso.
Sin respiro apretábamos todos con ánimo entero
y, rendido por fin el anciano perito en intrigas
maliciosas, volviéndose a mí, preguntó de este modo:

'¿Qué deidad te ha ayudado a tramar, oh retoño de Atreo,
tal celada que así me has cogido? ¿Qué buscas con ello?'

De este modo me habló; yo a mi vez contestándole dije:
'Bien lo sabes, ¡oh anciano! ¿A qué estas fingidas [preguntas?
Encerrado hace tiempo en la isla no veo ningún medio
de salir; consumiéndose va el corazón en mi pecho;
mas explícate y dime, pues todo lo saben los dioses,
cuál de éstos aquí me retiene cortando mi ruta
y mi vuelta al hogar sobre el mar rico en peces'. Tal dije
y el anciano del mar al momento me dio la respuesta:
'No debiste embarcar sin hacer sacrificios perfectos
al gran Zeus y las otras deidades, si ansiabas tan pronto
a tu patria venir recorriendo el vinoso oceano;
no permita el destino que veas a los tuyos ni arribes
a tu excelsa morada ni pises la tierra paterna
sin volver a las aguas egipcias, al río que se nutre
de las lluvias de Zeus, y hacer hecatombes sagradas
a los dioses eternos que habitan el cielo anchuroso:
sólo entonces abierto hallarás el camino que anhelas.'

Así dijo: quebróseme a mí el corazón, pues con ello
me obligaba de nuevo a volver por la bruma y las olas
y en camino tan largo y penoso llegar hasta Egipto;
mas con todo tornéme otra vez hacia él y le dije:
'Cumpliré todo eso, ¡oh anciano!, cual tú me lo ordenas,
pero, ¡ea!, responde a esto otro, y explica fielmente.
¿Arribaron sin daño en sus barcos aquellos argivos
que dejé sobre tierras de Ilión al partirme con Néstor?
¿Acabó con alguno la muerte cruel en su nave
o quizá de los suyos en brazos después de la guerra?'
Preguntábale así y a su vez contestóme el anciano:
'¿Para qué inquirir de eso, oh Atrida? Mejor te sería
no saber ni escuchar mis secretos. ¡No habrá de tardarse

mucho tiempo tu llanto una vez que los oigas! Murieron
entre aquéllos ya muchos y muchos quedaron, mas sólo
dos varones con mando en los dánaos vestidos de bronce
de regreso han caído: tú viste a los muertos en guerra
y otro más está preso con vida en el ancho oceano.
El primero en perderse fue Áyax con todas sus naves
longirremes: lo echó Posidón a las rocas de Giras
gigantescas y allí le salvó de las olas; y hubiese
de la muerte escapado, aun malquisto de Atena, si evita
pronunciar en su ciega locura palabras blasfemas:
"A pesar de los dioses —decía— he rehuido la sima
monstruosa del mar." Escuchó Posidón tales voces
de insolencia; el tridente empuñó con sus manos robustas
y, pegando en la roca de Giras, quebróla en dos trozos:
firme el uno quedó, marchó el otro a merced de las aguas
y de pie sobre él al principio Áyax iba exultante;
pero luego el peñón le arrastró por las olas sin cuento
hasta hallar su destino tragando las aguas salobres.
Esquivada la muerte, tu hermano llegaba ya indemne
con las cóncavas naves, salvado por Hera, la augusta,
cuando, yendo a alcanzar la escarpada montaña Malea,
levantóse violento ciclón y arrastrólo de nuevo
por el mar rico en peces. Lanzando profundos gemidos
fue a enfrentar la ribera en que Tiestes un tiempo tenía
su morada, ya entonces de Egisto, su hijo. Esperaba
desde allí sin más daño venir a su hogar, mas los dioses
otra vez le cambiaron el viento y hallóse en sus tierras.
Todo en gozo pisaba los campos paternos, besaba
abrazando la arena, aquel suelo natal, y sus ojos
contemplando la patria vertían un cálido llanto.
Violo entonces aquel atalaya que el pérfido Egisto
había puesto en el monte a acechar ofreciéndole en pago
dos talentos de oro. Velaba por un año entero,
no le fuese el monarca a escapar y emplease su fuerza
indomable. Marchó a noticiarlo al pastor de sus gentes
y, sin más, trazó Egisto un engaño traidor: eligiendo

veinte hombres, los más arriscados del pueblo, los puso
en celada; mandó de otra parte adobar un banquete,
invitó a Agamenón el pastor de soldados y fuese
a encontrarlo con carro y corceles y el crimen por dentro.
Ignorante de todo llevólo con él y matóle
tras sentarlo al festín, como a buey amarrado al pesebre.
De sus hombres ninguno con vida quedó, mas cayeron
los de Egisto también en la sala con ellos.' Tal dijo;
en el pecho quebróseme a mí el corazón, largo llanto
derramaba tirándome allá por la arena y mi alma
no quería ya vivir ni ver más los fulgores del día.
Cuando al fin me sacié de llorar y arrastrarme en el suelo,
el anciano adivino del mar me exhortó nuevamente:
'No consumas, ¡oh Atrida!, más tiempo obstinado en
[tu llanto;
no hallaremos remedio con ello, mas trata en seguida
de llegar al país de tus padres: quizá será tiempo
de que encuentres a Egisto con vida o al menos, si Orestes
se adelanta a matarlo, podrás alcanzar sus exequias.'

Tal me dijo y en mí el corazón y el espíritu altivo
resurgieron oyéndole en medio de tantos dolores
y, volviéndome al viejo, le hablé con aladas palabras:
'Bien, ya sé de esos dos, pero dime, ¿cuál es el tercero
que en la anchura del mar está aún retenido con vida
o tal vez muerto ya? Quiero oírlo aunque más me acongoje.'
Tal hablé y al momento el anciano repuso: 'Es el hijo
de Laertes, que en Ítaca tiene sus casas: vertiendo
de los ojos le vi copiosísimo llanto en la isla
y palacio que habita la ninfa Calipso; por fuerza
le retiene ella allí sin que pueda volver a su patria,
pues no cuenta con barcos de remos ni amigos que ayuden
su camino en la espalda anchurosa del mar. De otra parte,
cuanto a ti, Menelao, retoño de Zeus, tu destino
no es morir allá en Argos, criadora de potros: los dioses
te enviarán a los campos elisios, al fin de las tierras,

donde está Radamantis de blondo cabello y la vida
se les hace a los hombres más dulce y feliz, pues no hay
allá nieve ni es largo el invierno ni mucha la lluvia
y el océano les manda sin pausa los soplos sonoros
de un poniente suave que anima y recrea: tal se debe
al esposo de Helena, tenido por yerno de Zeus.'
Así habló: sumergióse después en las olas marinas
y, al momento, a las naves marché con mis nobles amigos.
Caminaba agitando en mi mente mil cosas; mas, luego
que a la playa bajamos y al sitio en que estaban las naves,
preparamos la cena. Llegada la noche divina,
nos rendimos al sueño escuchando el romper de las aguas.

Al mostrarse la Aurora temprana de dedos de rosa,
lo primero de todo al océano divino arrastramos
los bajeles, cargamos las velas y el mástil, los hombres,
embarcando, ocuparon los bancos y todos en fila
comenzaron a herir con los remos el mar espumante.
Al Egipto tornaron las naves, el río cuyas aguas
se derivan del cielo; les hice hecatombes perfectas
a los dioses sin muerte y, calmado que estuvo su enojo,
una tumba erigí a Agamenón en perpetuo renombre.
Hecho esto, el regreso emprendí y una brisa de popa
que enviaron los dioses me trajo derecho a la patria.
Pero, ¡ea!, tú quédate aquí en mis estancias y espera
a la oncena o docena alborada, que entonces yo mismo
cuidaré de tu ruta y, a más, te daré ricos dones,
tres caballos y un carro pulido, una copa preciosa
en que puedas libar a los dioses eternos guardando
la memoria de mí para siempre al correr de los días.»

El discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
«No pretendas, ¡oh Atrida!, que quede más tiempo en [tus casas.
Por mi parte aguantara por un año entero sentado

junto a ti; no me habría de acordar de mi hogar ni mis padres,
que tal es el placer que me dan tus relatos, tus dichos;
mas mis hombres sin duda impaciéntanse en Pilo divina
mientras tú me entretienes aquí largamente. Los dones
de hospedaje de que antes me hablaste sean sólo la alhaja.
No he de ir con caballos a Ítaca: habrán de quedarse
en tu honor y regalo. Tú mandas en una campiña
dilatada donde hay mucho trébol y juncia abundante,
buenos trigos y espeltas y blancas y opimas cebadas.
Allá en Ítaca faltan praderas, caminos: es tierra
para cabras, más digna de amor que la rica en caballos:
en las islas abiertas al mar los corceles no tienen
donde corran ni pazcan, y en Ítaca menos que en otras.»

Dijo así, sonrió Menelao, el valiente en la lucha,
le pasó cariñoso la mano por cima y le dijo:

«Generosa es tu sangre, hijo mío, se ve en tus palabras,
yo te habré de cambiar esos dones, que bien puedo hacerlo:
te daré la más bella y más rica de todas las joyas
que guardadas conservo en mi casa. Será una cratera
de esmerada labor: tiene el cuerpo forjado de plata
todo él y un remate de bordes de oro. Trabajo
es del ínclito Hefesto; entregómela Fédimo, el prócer,
aquel rey de Sidón que me tuvo albergado en sus casas
cuando vine de vuelta hacia acá; pero dártela quiero.»

De este modo entre sí conversaban: venían invitados
entretanto y entraban en casa del noble monarca
con las reses y el vino que anima al varón; y los panes
enviaban allá sus esposas de espléndidos velos.

Afanábanse así por la casa cuidando el banquete
y, a su vez, los galanes allá ante la sala de Ulises
disparaban venablos y discos tomando por suyo

como siempre aquel patio allanado en tenaz insolencia.
Sólo Antínoo y Eurímaco, un dios en figura, sentados
reposaban; por ser los más nobles mandaban en todos.
Acercándose a ellos Noemon, el hijo de Fronio,
y tornándose a Antínoo primero, le habló de esta suerte:

«Dime, Antínoo, ¿se sabe quizá para cuándo es la vuelta
de Telémaco aquí desde Pilo arenosa? Embarcado
se marchó en mi bajel, que bien echo de menos ahora,
para el paso del mar a las llanas de Elis. Yo tengo
doce yeguas allá con sus doce muletos, ya grandes,
mas cerriles; sazón es que alguno me traiga a la doma.»

Sorprendidos quedaron los dos al oír del viaje
de Telémaco a Pilo: pensaban que estaba aún en casa
o había ido a sus fincas a ver los rebaños o al hato
del porquero. Y el hijo de Eupites, Antínoo, repuso:
«Dime en todo verdad, ¿cuándo fue su partida? ¿Qué
[mozos
en su escolta han marchado? ¿Tomólos en Ítaca? ¿Acaso
fue con propios sirvientes o esclavos? Bastantes son ellos.
Y a esto otro contesta también que yo quede enterado:
¿consiguió por violencia de ti que entregaras la nave
o la diste de grado tú mismo cediendo a sus ruegos?»

A su vez contestóle Noemon, el hijo de Fronio:
«Yo por mí la entregué de buen grado; ¿qué hubiera
[hecho otro
al pedirla un varón como él afligido en su alma?
Era duro en verdad el rehusarle ese obsequio. Ha llevado
en su escolta unos nobles donceles, después de nosotros
los mejores del pueblo. Observé que Mentor embarcaba
como jefe, si ya no es un dios en su misma figura;
maravilla es de cierto, que ayer a las luces del alba
vi a Mentor aquí mismo después que embarcó para Pilo.»

Tal Noemon habló y a la casa volvió de su padre;
contrariado en los otros el ánimo altivo, tornaron
a los suyos, que hicieron sentar suspendiendo sus juegos.
Y ante ellos Antínoo, el de Eupites, tomó la palabra
dolorido; sus negras entrañas estaban repletas
de furor, relumbraban sus ojos con chispas de fuego:

«¡Ay de mí, que por cima de todo Telémaco emprende
esa ruta, esa hazaña que nunca pensamos cumpliera,
y, a pesar de los muchos que somos, un niño se escapa
arrastrando un bajel y llevando los mozos mejores!
Va a empezar nuestro daño y bien pronto. ¡Ojalá que el gran Zeus
acabara con él sin dejar que maduren sus años!
Pero dadme una rápida nave con veinte remeros,
porque voy a espiar su regreso a la patria, emboscado
en el paso entre Ítaca y Sama la abrupta, y que sea
la desgracia el final de su ruta a la busca del padre.»

Tal les dijo, aprobáronlo todos con frases de aliento
y, sin más, levantándose entraron en casa de Ulises.

Ni a Penélope ocultos quedaron gran tiempo los planes
que en su pecho esos hombres tramaban: contóselos luego
el heraldo Medonte, que estuvo escuchando por fuera
de las tapias las trazas que aquéllos urdían en el patio.
A encontrarla llegaba al palacio por darle el mensaje
y, no bien traspasado el umbral, preguntóle la reina:

«¿A qué fin te enviaron, heraldo, los nobles galanes?
¿A decir por ventura a las siervas de Ulises divino
que el trabajo abandonen por ir a servirles la mesa?
¡Ojalá que viniera éste a ser su festín postrimero
y no hubiera más juntas ni más pretensiones! ¡Son tantas
ya las veces que aquí consumisteis la rica despensa,
heredad del discreto Telémaco! Y pienso que nunca

os debieron de niños decir vuestros padres ni abuelos
cómo era con ellos Ulises: jamás hizo alguna
injusticia en su daño ni agravio lanzó de palabra
contra nadie entre el pueblo, cual suelen los reyes divinos
que se dan a querer a los unos y a odiar a los otros.
En su vida a algún hombre mostróse insolente: de cierto
que en las obras perversas se ve vuestra alma y no hay
la menor gratitud para aquellas bondades de un tiempo.»

Contestándole dijo, a su vez, el discreto Medonte:
«¡Ojalá fuera, oh reina, ese mal el peor entre todos!
Uno nuevo hay mayor, más cruel, mucho más: los galanes
han urdido una trama. ¡Deshágala el hijo de Crono!
Por matar a Telémaco aguzan sus bronces y quieren
sorprenderle a su vuelta, pues fue por saber de su padre
hacia Pilo sagrada y Esparta divina.» Así dijo:
de la reina quebró el corazón, flaquearon sus piernas,
sin palabra quedó largo rato y, a un tiempo, sus ojos
se inundaban de llanto y se ahogaba la voz en su pecho.

Cuando al fin pudo hablar, dirigióse de nuevo a Medonte:
«Dime, heraldo, ¿por qué se ha marchado mi hijo?
[¿Qué caso
le ha llevado a embarcar en las rápidas naves, corceles
de la mar en que cruzan los hombres las aguas inmensas?
¿Por ventura no quiere dejar ni su nombre en el mundo?»

Contestándole dijo, a su vez, el discreto Medonte:
«No lo sé, quizá un dios le moviera o acaso el impulso
de su alma; salió para Pilo buscando noticias
de su padre, si habrá de volver o cuál fue su destino.»

Tal diciendo perdióse de nuevo en las salas de Ulises.
A Penélope en esto envolvióla una pena ahogadora y no pudo
ni ocupar una silla entre tantas que en casa tenía,

mas cayó en el umbral del labrado aposento gimiendo
hasta dar compasión; en su torno lloraban las siervas
todas ellas, ancianas y mozas, que había en el palacio.

Entre largos suspiros Penélope habló de este modo:
«¡Oh queridas, oíd! El Olimpio me ha dado más duelos
que a mujer otra alguna nacida en mi tiempo. Ya antes
al marido perdí, mi león animoso, aquel héroe
señalado entre todos los dánaos por prendas sin cuento,
cuya fama ha llenado la Hélade y tierras de Argos;
esta vez los ciclones se llevan de casa sin gloria
a mi hijo querido ignorándolo todo su madre.
Mas vosotras, crueles, supisteislo bien y ninguna
en llamarme pensó ni arrancarme del lecho a la hora
en que aquél iba en busca del negro navío. ¡Ay, si hubiese
yo llegado a saber que mi hijo emprendía tal viaje!
O se hubiera quedado, por mucho que fuera su empeño
en partir, o dejárame muerta en mitad de estas salas.
Pero, ¡ea!, corra alguna y avísele a Dolio, el anciano
que mi padre por siervo me dio cuando vine a estas tierras
y me cuida mi huerto frondoso: que vaya al instante
a buscar en su casa a Laertes, se siente a su lado
y refiérale todo. Quizás él discurra algún medio
de salir a apiadar a estas gentes que tratan ahora
de acabar con su estirpe, la estirpe de Ulises divino.»

Respondiéndole dijo, a su vez, la nodriza Euriclea:
«Coge, niña querida, la espada cruel, dame muerte
o permite que siga en la casa: no habré de ocultarlo.
Yo sabía todo eso, le di cuanto quiso, la harina
y el meloso licor: exigióme con gran juramento
que dejara pasar doce días ocultándolo, a menos
que notases su ausencia o viniendo a saber su partida
marchitases llorando el candor de tu piel. Pero, ¡ea!,
ve a bañarte primero y, ciñéndote ropas sin mancha,
haz unida a tus siervas arriba oración a Atenea,

la nacida de Zeus que lleva la égida: ella
te podrá rescatar a tu hijo aun estando a la muerte.
No importunes al viejo ni aumentes sus penas; no creo
que los dioses de vida feliz aborrezcan del todo
a los nietos de Arcisio y alguno vendrá que recobre
esta excelsa mansión y las pingües haciendas lejanas.»

Tal diciendo adurmió sus sollozos, contuvo su llanto:
fue la reina a bañarse, vistióse unas ropas sin mancha,
con sus siervas marchó al aposento de arriba y, echando
en un cesto los granos tostados, rogaba a Atenea:

«¡Dame oídos, retoño de Zeus que la égida embraza,
tú, Incansable! Si Ulises mañero quemó en sus palacios
para ti alguna vez pingües muslos de toros u ovejas,
haz memoria de ello, rescátame al hijo y rechaza
a esos hombres henchidos de mala soberbia.» Tal dijo
y en sollozos rompió; mas Atena escuchó su plegaria.
Los galanes gritaban allá por la sala sombría,
y llegó a decir uno de aquellos procaces mancebos:

«Ved ahí, nuestra amada real nos prepara la boda
y no sabe que estamos cociendo la muerte a su hijo.»

De este modo habló alguno: ignoraban del todo su [suerte,
mas, oyéndolo Antínoo, volvióse hacia ellos diciendo:

«¡Desgraciados, dejad esa vana ufanía de palabras
y callad, que no os oigan y lleven recado allá dentro!
Levantaos sin hablar y cumplamos lo que hemos tratado,
que tan bien se ajustaba a las mentes de todos.» Tal dijo
y, elegidos que tuvo los veinte mejores remeros,
fueron juntos camino del mar y del raudo navío.
Arrastraron primero aquel negro bajel a las aguas
y, ya a flote, en su fondo cargaron la vela y el mástil

y cogieron los remos a estrobos de piel, todo ello
según es regla y uso; tendieron el blanco velamen,
animosos esclavos las jarcias traíanles y al cabo
fondearon la nave y, saliendo de nuevo a la playa,
la comida tomaron allí y esperaron la noche.

La discreta Penélope, en tanto, en sus altas estancias
sin probar ni manjar ni bebida pensaba consigo
si aquel hijo sin par lograría escapar a la muerte
o vendría a sucumbir bajo aquellos soberbios galanes.
Cuanto agita en su miedo un león al que cercan los
[hombres
que le van estrechando en fatal redondel, otro tanto
agitaba ella allí, mas un dulce sopor embargóla
y durmió reclinada en descanso de todos sus miembros.

Pero Atena, la diosa ojizarca, pensó en otra cosa:
una sombra plasmó semejante a mujer en su cuerpo
con los rasgos de Iftima, la hija del prócer Icario
que casó con Eumelo, el que en Feras tenía su morada.
Despachóla en seguida al palacio de Ulises divino,
que a Penélope, siempre sumida en dolor y sollozos,
aliviase en su llanto y su flébil lamento. En la alcoba
penetró bordeando la cuerda del cierre, paróse
junto a ella de pie y al oído le habló de este modo:

«¡Ay, Penélope, duermes y en sueños tu pecho atormentas,
mas los dioses felices no habrán de dejar por más tiempo
que te apenes ni llores! De cierto tendrás a tu hijo
de regreso en tu hogar, pues de nada es culpable ante
[aquéllos.»

La discreta Penélope entonces le dijo en respuesta
sin salir de su grato abandono en las puertas del sueño:

«¡Ay, hermana! ¿Por qué esta venida? No son muy [frecuentes
tus visitas aquí, pues tan lejos están nuestras casas.
¿Y me mandas cesar en las penas y lloros continuos
que royéndome van las entrañas y el alma? Ya antes
al marido perdí, mi león animoso, aquel héroe
señalado entre todos los dánaos por prendas sin cuento
cuya fama se extiende en la Hélade y tierras de Argos,
y es el hijo querido el que ahora se va en hueca nave,
¡desgraciado, inexperto en trabajos, novato en disputas!
En verdad ni la falta de Ulises me causa tal duelo;
por él tiemblo y me apuro con miedo de que algo le [ocurra
ya de parte del pueblo a que va, ya en mitad de las olas;
con mal ánimo muchos están maquinando su daño
y le quieren matar sin dejarle volver a su patria.»

Pero aquel vaporoso fantasma le dijo en respuesta:
«Ten valor y no sumas del todo en temores tu alma.
Un gran guía dirige sus rutas, aquel cuyo auxilio
los demás solicitan también porque puede otorgarlo:
es la diosa Atenea; movida a piedad de tus males
me ha enviado hasta ti con aquella razón que has oído.»

La discreta Penélope entonces le dijo en respuesta:
«Si en verdad eres dios y escuchaste la voz de una diosa,
habla y dame noticia de aquel desgraciado que añoro,
si en algún sitio vive y contempla las luces del día
o murió y ha venido a parar en las casas de Hades.»

Pero aquel vaporoso fantasma le dijo en respuesta:
«Nada puedo decirte en verdad sobre aquel de quien [hablas,
si está en vida o ha muerto; y es necio el hablar vanamente.»

Tal diciendo, del cuarto escapó bordeando el cerrojo
a las brisas del aire. Del sueño se alzaba entretanto
la nacida de Icario y hallaba aliviado su pecho
por la clara visión que le vino en la paz de la noche.

Embarcados los mozos, cortaban las húmedas rutas
meditando en sus pechos matar a Telémaco: hay
en mitad de la mar una isla formada por peñas,
como a medio camino entre Ítaca y Sama fragosa.
Es su nombre Asterís: sin ser grande presenta dos puertos
muy capaces; en ella emboscados quedaron los dánaos.

CANTO V

Ya del lecho del noble Titono se alzaba la Aurora
a traer a inmortales y humanos la luz y los dioses
a sentarse en consejo vinieron en torno de Zeus,
el que truena en la altura, mayor en poder que otro alguno.
Referíales Atena las penas sin cuento de Ulises
con dolor de que aún le guardase la ninfa en sus casas:

«Padre Zeus, dioses todos de vida inmortal y dichosa,
¡que ningún rey con cetro sea ya de su grado clemente
ni piadoso ni albergue justicia en su pecho! ¡Malvado
siempre sea e injustas sus obras! No queda entre todas
esas gentes que tuvo en su reino, por él gobernadas
con paterna bondad, quien se acuerde de Ulises divino.
Allí yace en la isla penando de recios dolores
y en sus casas lo guarda por fuerza la ninfa Calipso
sin que pueda partirse al país de sus padres a falta
de bajeles con remos y amigos que ayuden su ruta
por la espalda anchurosa del mar. Y aun le quieren dar
[muerte
a su hijo, aquel hijo tan digno de amor, espiando
su regreso al hogar, pues marchó por saber de su padre
hacia Pilo, la sacra ciudad, y a Laconia divina.»

Contestando, a su vez, dijo Zeus que agrupa las nubes:
«¿Qué palabra, hija mía, salió del vallar de tus dientes?
¿No ideaste tú misma el ardid por que Ulises volviendo
de esos hombres tomase venganza? Dirige con tacto,
que bien puedes hacerlo, el camino a Telémaco; cuida
de que llegue sin daño al país de sus padres y tornen
los galanes atrás en la nave, deshechas sus trazas.»

Tal diciendo volvióse hacia Hermes, el hijo querido:
«Hermes, tú que de siempre y en todo nos sirves de [heraldo,
ve y transmite a la ninfa crinada mi firme decreto
del retorno de Ulises sufrido de entrañas: que vuelva
sin compaña ni ayuda de dioses ni de hombres mortales,
sobre balsa de múltiples trabas, penando en dolores,
y le deje el vigésimo sol en la fértil Esqueria,
el país de las gentes feacias, linaje divino.
Este pueblo por sí le honrará como a un dios y la escolta
le dará y el bajel en que vuelva a la patria querida
tras hacerle presentes de oro, de bronce y de ropas
cuantos nunca trajera de Troya si hubiese arribado
sin sufrir daño alguno con toda su parte en la presa.
De este modo ha de ver por su sino de nuevo a los suyos
y llegar a su excelsa mansión y al país de sus padres.»

Tal le dijo: escuchó su mandato el heraldo Argifonte,
anudóse al momento a los pies las hermosas sandalias
inmortales, doradas, que suelen llevarlo por cima
de las aguas y tierras sin fin con los soplos del viento;
tomó luego el bastón con que suele adormirles los ojos
a los hombres si quiere o despierta a los que halla dormidos.
Empuñólo en su mano y voló el poderoso Argifonte,
que, estribando en Pieria, del éter saltó hasta el oceano.
Resbaló sobre el agua después como el ave marina
que a través de los senos medrosos del mar infecundo

busca peces y baña en la espuma sus alas espesas:
de este modo iba Hermes cruzando las olas sin cuento.
A la isla remota llegó finalmente y en ella
tomó tierra dejando las aguas violáceas; derecho
caminó hacia la cueva espaciosa, mansión de la ninfa
de trenzados cabellos. Allí estaba ella, un gran fuego
alumbraba el hogar, el olor del alerce y del cedro
de buen corte, al arder, aromada dejaban la isla
a lo lejos. Cantaba ella dentro con voz melodiosa
y tejía aplicada al telar con un rayo de oro.
A la cueva servía de cercado un frondoso boscaje
de fragantes cipreses, alisos y chopos, en donde
tenían puesto su nido unas aves de rápidas alas,
alcotanes y búhos, chillonas cornejas marinas
de la raza que vive del mar trajinando en las olas.
En el mismo recinto y en torno a la cóncava gruta
extendíase una viña lozana, florida de gajos.
Cuatro fuentes en fila, cercanas las cuatro en sus brotes,
despedían a lados distintos la luz de sus chorros;
delicado jardín de violetas y apios brotaba
en su torno: hasta un dios que se hubiera acercado a
[aquel sitio
quedaríase suspenso a su vista gozando en su pecho.
Así en pie contemplándolo estuvo el heraldo Argifonte
y, una vez que admiró cada cosa en su ánimo, el paso
dirigió por el antro espacioso; ni visto de frente
ignorado quedó de Calipso, divina entre diosas,
porque nunca los dioses eternos se sienten extraños
entre sí por muy lejos que tengan algunos sus casas.
El magnánimo Ulises no estaba con ella: seguía
como siempre en sus lloros, sentado en los altos cantiles,
destrozando su alma en dolores, gemidos y llanto
que caía de sus ojos atentos al mar infecundo.

A este tiempo Calipso, divina entre diosas, a Hermes
preguntaba, sentado que estuvo en espléndido trono:

«¿A qué, oh Hermes del áureo bastón, has venido a [mí ahora,
huésped grato y augusto? Son raras aquí tus visitas.
Di qué quieres de mí, pues el alma me impulsa a cumplirlo
si de cierto lo puedo cumplir y se muestra hacedero;
pero ven que primero te ofrezca mis dones de huésped.»

Tal diciendo le puso la diosa una mesa delante
que colmó de ambrosía; hizo mezcla de néctar rojizo
y a comer y beber empezó el mensajero Argifonte.
Terminada que fue la comida y repuestas sus fuerzas,
dirigióse, a su vez, a Calipso con estas palabras:

«Preguntábasme antes tú a mí, diosa a dios, lo que ahora
sin engaño te voy a decir, pues así me lo pides:
vine aquí por mandato de Zeus, que no de mi grado,
porque ¿quién cruzaría por placer la salada llanura
de las aguas sin fin? No hay por ella ciudad de mortales
que a los dioses ofrenden ni rindan honor de hecatombes;
mas la mente de Zeus que embraza la égida nunca
quebrantarla podrá ningún dios ni dejarla incumplida.
Dice tienes contigo a un varón desdichado entre todos
los que hicieron la guerra cercando los muros de Príamo
nueve años. Contaban los diez y arrasaron la plaza,
mas de vuelta a su tierra ofendieron a Atena y la diosa
les alzó vendavales contrarios e inmenso oleaje;
perecieron entonces sus buenos amigos y a él solo
arrastrado a estas playas trajeron las olas y el viento.
A este tal manda Zeus que dejes partir sin demora,
porque no es su destino morir aquí lejos, privado
del calor de los suyos, mas ver a los seres queridos
y tornar a su excelsa mansión y al país de sus padres.»

Dijo así, estremecióse Calipso, divina entre diosas,
y dejándose oír contestó con palabras aladas:

«Sois sañudos, ¡oh dioses!, no hay ser que os iguale en envidia,
no sufrís a las diosas que yazgan abierta y lealmente
con mortales si alguno les place de esposo. Tal viose
cuando a Orión raptó Aurora de dedos de rosa: irritados
estuvisteis, ¡oh dioses de fácil vivir!, hasta el día
que en Ortigia la casta Artemisa, de trono de oro,
lo abatió disparando sus blandas saetas; y cuando
la de hermosos cabellos, Deméter, cediendo a su gusto,
se enlazó con Jasión en amor sobre el haz del barbecho
roto ya por tres surcos y Zeus, no más descubrirlos,
lo dejó muerto a él descargando su fúlgido rayo.
De ese modo ahora a mí me envidiáis el amor de ese [hombre
que yo misma salvé cuando erraba señero a horcajadas
sobre un leño, pues Zeus con el rayo fulgente le había
destrozado el ligero bajel en mitad del purpúreo
oceano; perdidos sus buenos amigos, a él solo
arrastrado a estas playas trajeron las olas y el viento;
yo acogida y sustento le di y entre mí meditaba
el hacerlo inmortal, de vejez eximido por siempre;
mas, pues orden de Zeus que embraza la égida nunca
la podrá quebrantar ningún dios ni dejarla incumplida,
marche luego ese hombre si aquél le compele y le lanza
por el mar infecundo; mas no seré yo quien le envíe,
pues no tengo ni naves con remos ni amigos que ayuden
su camino en el dorso gigante del mar. Mis consejos
le daré, sin embargo, propicia, ni habré de encubrirle
cosa alguna que sirva al arribo feliz a la tierra
de sus padres.» Entonces repuso el heraldo Argifonte:
«Deja, pues, que se parta y evita las iras de Zeus;
que no quede de hoy más enojado contigo.» Así dijo
y marchó el poderoso Argifonte; la ninfa sagrada,
una vez escuchados los claros mensajes de Zeus,
caminó por su parte a buscar al magnánimo Ulises.

Encontrólo sentado en el mismo cantil; no acababa
de secarse en sus ojos el llanto, se le iba la vida
en gemir por su hogar, porque no le agradaba la diosa:
pero ella imponíale su gusto y el héroe por fuerza
a su lado pasaba la noche en la cóncava gruta.
Iba, en cambio, a sentarse de día en la playa o las rocas
destrozando su alma en dolores, gemidos y en lloro
que caía de sus ojos atentos al mar infecundo;
mas, llegando a su lado, le dijo la diosa entre diosas:

«¡Infeliz! No me llores ya más, no consumas tu vida
de ese modo: estoy pronta a dejarte partir. Anda, corta
con el hacha de bronce unos largos maderos, ensambla
una balsa espaciosa con una toldilla que pueda
conducirte a través del océano brumoso; yo dentro
cargaré con el agua manjares y vino rojizo
que te sacien el gusto y el hambre te quiten, vestidos
te pondré y enviaré por detrás una brisa ligera
por que llegues sin daño a tu patria si así lo quisieren
las deidades que habitan los anchos espacios del cielo,
en pensar superiores a mí y en cumplir lo pensado.»

Pero Ulises, el héroe paciente, quedó estremecido
al oír su propuesta y le dijo en palabras aladas:
«Otras cosas meditas tú, diosa, que no mi regreso,
pues me mandas que cruce la sima del mar espantable
en trabada armadía, la sima que apenas si salvan
los veloces y firmes bajeles que corren ufanos
con las brisas de Zeus. No entraré sin tu gusto en la balsa
si no das tu promesa, ¡oh divina!, con gran juramento
de que no has de tramar una nueva desgracia en mi daño.»

Tal habló, sonrióse Calipso, la diosa entre diosas,
le tomó con cariño la mano y le dijo en respuesta:
«Astucioso eres tú de verdad y no vano de mente
según vas meditando las cosas que dices. Testigos

sean de ello la tierra y el cielo que arriba nos cubre
y la Estigia y las aguas que vierte, el más grande y terrible
juramento que pueden hacer las felices deidades,
de que no he de tramar una nueva desgracia en tu daño,
que, antes bien, para ti pienso y quiero lo mismo que
[habría
de querer para mí si en tu propia aflicción me encontrara.
Mi sentir, en efecto, es conforme a justicia y un alma
de piedad, no de hierro, me alienta en el fondo del pecho.»

Tal diciendo, en andar presuroso la diosa entre diosas
por delante marchó, fue él detrás de las huellas divinas
y llegaron varón y deidad a la cóncava gruta.

Tomó asiento él allí sobre el mismo sillón poco antes
ocupado por Hermes; la ninfa sirvió toda especie
de manjares y vinos que gustan los hombres mortales;
se sentó frente al héroe ella misma después; le pusieron
ambrosía delante las siervas y líquido néctar
y lanzaron sus manos los dos al yantar preparado.

Cuando hubieron saciado el placer de comida y bebida,
el silencio Calipso rompió, la divina entre diosas:
«¡Oh Laertíada, retoño de Zeus, Ulises mañero!
¿De verdad tienes prisa en partirte al país de tus padres
y volver a tu hogar? Marcha, pues, pese a todo en buen
[hora;
mas si ver en tu mente pudieses los males que antes
de encontrarte en la patria te hará soportar el destino,
seguirías a mi lado guardando conmigo estas casas,
inmortal para siempre, por mucho que estés deseando
ver de nuevo a la esposa en que piensas un día tras otro.
Comparada con ella, de cierto, inferior no me hallo
ni en presencia ni en cuerpo, que nunca mujeres mortales
en belleza ni en talla igualarse han podido a las diosas.»

Contestando, a su vez, dijo Ulises, el rico en astucias:
«No lo lleves a mal, diosa augusta, que yo bien conozco
cuán por bajo de ti la discreta Penélope queda
a la vista en belleza y en noble estatura. Mi esposa
es mujer y mortal, mientras tú ni envejeces ni mueres.
Mas con todo yo quiero, y es ansia de todos mis días,
el llegar a mi casa y gozar de la luz del regreso.
Si algún dios me acosare de nuevo en las olas vinosas,
lo sabré soportar; sufridora es el alma que llevo
en mi entraña; mil penas y esfuerzos dejé ya arrostrados
en la guerra y el mar: denle colmo esos otros ahora.»

Así dijo, ya el sol se ponía, vinieron las sombras
y, marchando hacia el fondo los dos de la cóncava gruta,
en la noche gozaron de amor uno al lado del otro.

Al mostrarse la Aurora temprana de dedos de rosa,
presto Ulises vistióse de túnica y manto; la ninfa
se ciñó por su parte el albor de una gran sobreveste
delicada y graciosa; prendió su cintura en un lindo
ceñidor de oro puro; por fin se tocó con el velo
y la marcha empezó a disponer del magnánimo Ulises.
Le entregó una gran hacha de bronce adaptada a sus manos
con sus cortes agudos a un lado y a otro y cogida
a un astil bien labrado de olivo con sólido ajuste.
Diole luego una azuela pulida y guióle el camino
a un confín de la isla poblado de troncos gigantes,
con alisos y chopos y abetos que al cielo se erguían,
de madera ya enjuta, propicia a flotar en las aguas.
Cuando le hubo mostrado el lugar de la egregia
[arboleda,
regresó a su morada Calipso, divina entre diosas,
y él quedóse cortando los leños. Bien pronto los tuvo,
veinte troncos en junto abatió, los hachó con el bronce
y puliéndolos luego hábilmente reglólos a cuerda.

Tornó en tanto Calipso divina con unos taladros
y, horadando con ellos Ulises sus piezas, trabólas
con clavijas bien recias y juntas de firmes encajes.
Cuanto asiento de tablas un buen armador redondea
para hacerse la quilla de un buque de carga espacioso,
otro tanto él tomó al construirse la vasta armadía.
La toldilla montó sobre espesas cuadernas, enlace
por encima les dio con corona de largas regalas,
en mitad puso el mástil después y la verga en lo alto,
colocó de otra parte el timón que rigiese los rumbos
y, cercándolo todo con zarzos de mimbre, defensa
de la fuerza del agua, lastró con madera abundante.
Llegó entonces Calipso divina trayendo unos mantos
que le hiciesen de velas; dispúsolas él con maestría,
adaptó luego en ellas las brazas, las drizas y escotas
y con fuertes palancas la balsa llevó al mar divino.

Cuatro días duró su labor y, cumplida que estuvo,
preparólo en el quinto la diosa a partir de la isla:
tras haberle bañado vistióle de ropa aromada
y en la balsa le puso dos odres, el uno con vino
y el segundo con agua, mayor; en un saco de cuero
le hizo acopio de muchos manjares sabrosos al gusto
y envióle una brisa de popa, templada y suave.

Con aquel dulce viento gozándose Ulises divino
desplegó su velamen; sentado rigió con destreza
el timón; no bajaba a sus ojos el sueño, velaba
a las Pléyades vuelto, al Boyero de ocaso tardío
y a la Osa, a que otros dan nombre del Carro y que gira
sin dejar su lugar al acecho de Orión; sólo ella
de entre todos los astros no baja a bañarse al oceano.
La divina entre diosas Calipso dejó dicho a Ulises
que arrumbase llevándola siempre a su izquierda. Cumplidas
diecisiete jornadas de ruta en el mar, se mostraban

la siguiente a la vista de aquél las montañas umbrías
de la tierra feacia: avanzada mirábala en frente
como comba de escudo surgiendo del mar nebuloso.

Sus etíopes dejaba el gran dios que sacude la tierra
y en las Sólimas cumbres de lejos lo vio: descubriólo
navegando en el mar, arreció en sus entrañas la ira,
meneó la cabeza y habló de este modo consigo:

«¡Oh vergüenza! Sin duda los dioses cambiaron de intento
sobre Ulises al tiempo en que yo visité a los etíopes:
cerca está de la tierra feacia y allí es su destino
escapar a la red de dolores que en torno le envuelve;
pero no ha de llegar sin que yo le sumerja en desdicha.»

Así dijo, espesó los celajes y, asiendo el tridente,
removió el oceano, soltó huracanados los vientos
en su gran multitud y a la vista robó con las nubes
a una vez tierra y mar: en el cielo asomaba la noche.
Levantáronse el euro y el noto y el rudo poniente
con el bóreas helado que arrastra imponente oleaje.
Desmayados sintió el corazón y los miembros Ulises
y, en profundo dolor, conversó con su espíritu prócer:

«¡Desdichado de mí! ¿Cuál va a ser a la postre mi suerte?
Bien me temo que se haga verdad cuanto dijo la diosa
de que no había de ver el país de mis padres sin antes
hallar colmo en el mar a mis penas: cumplido lo veo
según Zeus va cubriendo de nubes el cielo espacioso
y encrespando las olas; las furias de todos los vientos
se me vienen encima; la muerte se cierne a mi lado.
¡Venturosos tres veces los dánaos que dieron su vida
por los campos de Ilión, inmolada a los hijos de Atreo!
Tal debí yo morir y acabar mi carrera aquel día

que los más de los teucros lanzaban sus dardos broncíneos
contra mí por el cuerpo de Aquiles; los dánaos me habrían
hecho honor funeral y cundiera en el mundo ni gloria.
¡Miserable es la muerte en que ahora me atrapa al destino!»

Tal decía, empellóle por cima con fuerza salvaje
golpe ingente de mar; volteada saltó la armadía;
cayó él mismo lanzado a distancia de aquélla; dejóse
escapar de la mano el timón; en feroz torbellino
confundidos los vientos quebraron el mástil por medio
y apartados vinieron al agua la verga y el paño.
Largo rato quedó sumergido sin fuerzas a alzarse,
abrumado al embate del mar y a la gran pesadumbre
de las ropas habidas en don de Calipso divina.
Vino a flote por fin y arrojó por su boca el salobre
y amargoso licor que en raudal despidió su cabeza;
mas ni en tal aflicción olvidada dejó su armadía:
persiguiéndola fue con vigor a través de las olas
y, alcanzada, sentóse en mitad esquivando la muerte.
Arrastrábala, en tanto, a placer la feroz marejada;
como cierzo otoñal arrebata en abierta campiña
los abrojos que al vuelo se traban en grumos espesos,
tal de un lado hacia otro llevaban los vientos la balsa;
por el noto lanzada vagaba al impulso del bóreas
y al solano entregábala luego el furor del poniente.

Violo entonces la lúcida Ino nacida de Cadmo,
la de hermosos tobillos, que, un tiempo mortal de habla humana,
tiene ahora en los fondos del mar ser y honores de diosa.
Piedad tuvo de Ulises errante y en tales trabajos:
de las aguas salió parecida a una gran gaviota,
se posó junto a él en la balsa y le habló de este modo:

«¡Desdichado! ¿Por qué Posidón que conmueve la tierra
tal furor concibió contra ti que te causa estos males?

Bien de cierto no habrá de perderte por más que se encone;
pero esto has de hacer, que en verdad no pareces ser necio:
esas ropas desecha, abandona a los vientos la balsa
y, esforzando tus brazos, ve a nado hasta dar en la costa
de la tierra feacia, que habrá de salvarte a sus iras.
Toma en tanto este velo inmortal, ponlo abierto debajo
de tu pecho, no temas con él sufrimientos ni muerte;
pero, ya que tus manos alcancen la playa, desliga
otra vez de tu cuerpo sus nudos y, vuelto de espaldas,
a las olas vinosas arrójalo lejos de tierra.»

Tal la diosa dejósele oír, entrególe su velo,
zambullóse otra vez, semejante a una gran gaviota,
en las olas del mar y perdióse en las aguas sombrías.
Conturbado quedóse allá Ulises, el héroe paciente,
y en profundo dolor conversó con su espíritu prócer:

«¡Ay de mí! ¿No será que algún dios trame nuevas [astucias
en mi daño al mandarme en tal modo dejar la armadía?
No haré caso tan pronto a su orden, que aun vi muy lejana
esa tierra que ha dicho será mi refugio, mas esto
voy a hacer, que en verdad me parece mejor: mientras sigan
los maderos teniéndose unidos y aguanten sus juntas,
firme aquí quedaré soportando los males que vengan,
y, si el fiero oleaje deshace mi balsa en las aguas,
echaréme a nadar, pues que no se me ofrece otro arbitrio.»

Mientras él agitaba estas cosas en mente y entrañas,
Posidón, el que bate la tierra, formó una gran ola
temerosa, agobiante, cerrada, que echó sobre Ulises;
como racha violenta que, hiriendo un montón de pajuelas
bien enjutas, las lleva de acá para allá, tal su empuje
dispersó por el agua las vigas; mas hete que Ulises
se salvó sobre un leño montando a horcajadas, las ropas
se quitó recibidas en don de Calipso divina

y extendió por debajo del pecho aquel velo sagrado.
Saltó luego de bruces al mar con los brazos abiertos
y nadó con vigor. Violo el dios que sacude la tierra,
meneó la cabeza y habló de este modo consigo:

«Sigue así padeciendo y errante en el mar hasta el día
en que vuelvas a unirte a los hombres retoños de Zeus;
mas ni entonces cumplida verás la ración de tus males.»

Tal dejándose oír, fustigó los hermosos caballos
y hasta Egas llegó, donde tiene sus ínclitas casas.

Mas Atena, nacida de Zeus, pensó en otra cosa:
atajó en sus caminos los vientos, mandó que se echasen
en sus lechos sin más; sólo al rápido bóreas dio fuerza
y las olas quebró por que Ulises, retoño de Zeus,
esquivando la muerte y las parcas, llegara a reunirse
con el pueblo feacio, nación de animosos marinos.

Allá estuvo dos días y dos noches errante en la prieta
marejada mirando ante sí muchas veces la muerte;
pero, al dar plenitud al tercero la Aurora de hermosa
cabellera, cesó el huracán, bonancible sosiego
se produjo en redor y, aguzando su vista, la tierra
pudo ver ya de cerca empinado por ola gigante.
Bien así cual preciosa se muestra a los hijos la vida
de aquel padre que yace entre recios dolores, de tiempo
consumido por hado cruel, y al que luego los dioses,
liberado del mal, al amor de los suyos devuelven,
tal de amables mostráronse a Ulises el campo y la selva.
Presuroso nadó con afán de pisar tierra firme
y, distante ya de ella no más que el alcance de un grito,
escuchaba el batir de las aguas quebrando en las rocas.
Rebramaba el inmenso oleaje rompiéndose en seco
contra el duro cantil y velando el paisaje de espumas;

ningún puerto mostrábase allí ni ensenada ni albergue,
sino abruptas escarpas, cabezos e islotes picudos.

Desmayados sintió el corazón y los miembros Ulises
y en profundo dolor conversó con su espíritu prócer:
«¡Ay de mí! Ya que Zeus me dio ver de improviso [la tierra
tras cruzar de confín a confín este abismo marino,
no se muestra a mis ojos salida del mar espumante;
sólo emergen allá puntiagudos islotes, mugiente
el olaje resuena en redor, lisa corre hasta arriba
la rompiente que baten las aguas sin fondo; no hay medio
de afirmar en el suelo los pies ni escapar a la muerte.
Si me empeño en salir, ¿no será que gigante oleada
me entrecoja y me estrelle en las rocas? ¡Inútil esfuerzo!
Y si nado a lo largo tratando de hallar una playa
que batida de flanco me albergue del agua, bien temo
que otra vez el violento huracán me arrebate y me vuelva,
sin curar de mis hondos gemidos, al mar rico en peces
o que alguna deidad desde el seno salado me azuce
un cetáceo feroz de los muchos que pace Anfitrita:
¡manifiesto es el odio del dios que sacude la tierra!»

Mientras él agitaba estas cosas en mente y entrañas,
ola inmensa arrastróle hasta el duro cantil. Y allí hubiera
en girones dejado su piel y estrellado sus huesos
si no viene su mente a inspirar la ojizarca Atenea:
alargadas las manos cogióse con ansia a la roca
y se tuvo exhalando gemidos en tanto pasaba
el embate. Y así lo esquivó, mas tornó rebramando
y en violento empellón arrojólo de nuevo al oceano.
Bien así como quedan de espesas pegadas las guijas
en las patas de un pulpo arrancado a su cama, tal viose
en desgarros pegada a la roca la piel de las manos
valerosas del héroe. Cubrióle el ingente oleaje

y en tal modo muriera el cuitado forzando al destino
si no hubiese avivado su ingenio la diosa ojizarca;
la rompiente dejó con su bronco mugir y a la vista
de la tierra nadó largamente buscando una playa
que batida de flanco le diese salida. Así vino
a encontrarse en la boca de un río de hermosa corriente:
tal lugar parecióle a su intento el mejor, despejado
de bajíos y roquedas, repuesto al abrigo del viento.

Conoció a la fluente deidad e invocóla en su alma:
«¡Oye, oh rey, quienquiera que fueres! Tras largas
[plegarias
a ti llego escapando del mar y esquivando el acoso
de su dios Posidón; de las mismas deidades eternas
el respeto merece el varón que a ellas llega cual llego
yo errabundo a tus fluidas rodillas con mil sufrimientos;
ten, ¡oh rey!, compasión, pues de ti me nombré suplicante.»

Así dijo y el río paró su corriente, detuvo
ante sí el oleaje, ofreciósele en calma y salvóle
en sus fauces. Dobladas las piernas y brazos robustos,
abatido cayó de la lucha del mar; toda hinchada
se mostraba su piel, barbotábale el agua marina
a raudales por boca y nariz y sin habla ni aliento
desmayado cayó: le abrumaba terrible fatiga.
Recobrado el respiro, devuelta la vida a sus miembros,
desprendió de su pecho aquel velo divino y echólo
a las aguas del río que entraban al mar susurrando.
Arrastrólo el fluir de las olas inmensas, mas Ino
lo atrapó con sus manos; Ulises dejó la ribera
y besó reclinado en los juncos la tierra nutricia.

Alterado después habló así con su espíritu prócer:
«¡Ay de mí, desdichado! ¿Qué haré? ¿Cuál será al fin
[mi sino?
Si me estoy junto al cauce velando en la noche angustiosa,

¿no será que la escarcha maligna y el blando relente
debiliten mis fuerzas aun más y consuman mi vida?
Inclemente es la brisa que al alba remonta de un río.
Y si trepo al collado, me interno en las sombras del bosque
y entre el denso ramaje me siento repuesto por caso
del cansancio y el frío y me toma el hechizo del sueño,
¿no vendré a ser con ello despojo y botín de las fieras?»

Meditando entre sí discurrió que mejor le estaría
refugiarse en la selva: mostrábase cerca del agua
bien visible en la altura. Entró él en mitad de las frondas
de dos tallos brotados del mismo lugar, que era el uno
de acebuche y el otro de olivo; jamás las pasaban
el furor de los húmedos vientos ni el sol con sus rayos
ni las aguas de lluvia; en tal trabazón abrazados
se mostraban los dos. Entre ellos metiéndose Ulises
y hacinando el follaje, dispúsose un lecho espacioso,
que eran muchas las hojas allí derramadas, bastantes
a abrigar a dos hombres o tres de la dura intemperie
por muy recio que fuese el hostigo del tiempo. Gozóse
de mirarlas Ulises divino, el de heroica paciencia,
acostóse en mitad y cubrióse de espesa hojarasca.
Como un hombre en remota heredad, sin vecinos en torno,
escondiendo un tizón en los negros rescoldos, reserva
la simiente del fuego y excusa el pedirlo a otra parte,
tal allí se cubrió con las hojas Ulises; y Atena
en sus ojos el sueño vertió, que los párpados luego
le cerrase y calmara sin más su penosa fatiga.

CANTO VI

Allá Ulises divino, el de heroica paciencia, dormía
de cansancio rendido y de sueño y Atena entretanto
dirigióse a la tierra y ciudad de las gentes feacias.
Habitaban primero estos hombres la vasta Hiperea,
inmediata al país de los fieros ciclopes, que, siendo
superiores en fuerza, causábanles grandes estragos.
Emigrantes de allí, los condujo el divino Nausítoo
a las tierras de Esqueria, alejadas del mundo afanoso;
él murallas trazó a la ciudad, construyó las viviendas,
a los dioses alzó santuarios, partió las labranzas;
pero ya de la parca vencido moraba en el Hades
y regíalos Alcínoo, varón de inspirados consejos.
Por su casa adentróse la diosa ojizarca Atenea
meditando el regreso al hogar del magnánimo Ulises.
Era un cuarto de ricos primores: en él reposaba
una joven que en talle y belleza igualaba a las diosas,
por su nombre Nausícaa, nacida del prócer Alcínoo.
Dos sirvientas que hicieron hermosas las Gracias dormían
a ambos lados, al pie de los quicios; se hallaban cerradas
las espléndidas puertas, mas ella, cual soplo de brisa
penetrando hasta el borde del lecho, tomó la figura
de la hija del nauta Dimante, famoso en los mares,
que era amiga querida e igual en la edad de Nausícaa.

Bajo tal apariencia le habló la ojizarca Atenea:
«¿Cómo así tan dejada, oh Nausícaa, naciste de madre?
Olvidados están tus preciosos vestidos y el tiempo
de tu boda se acerca; bien lindos tendrás que llevarlos
ese día y cuidar que los lleve el cortejo. Se alcanza
buen renombre con ello y el gozo rebosa a los padres
en el alma al sentir el rumor con que admiran las gentes.
Vamos, pues, a lavar con la aurora; yo misma contigo
marcharé a compartir tu trabajo y así lo más pronto
terminado estará. Poco tiempo serás ya doncella,
que en el pueblo feacio de que eres nacida no hay
joven noble y de pro que no trate de hacerte su esposa.
No te tardes, que viene ya el día, da prisa a tu padre,
que dispongan el carro y enganchen las mulas, pon dentro
ceñidores y peplos y paños labrados y sube
a guiarlo tú misma: mejor te será el ir montada,
que no es corto de andar el camino del pueblo a las fuentes.»

Dijo así y al Olimpo marchó la ojizarca Atenea,
donde dicen se halla la eterna mansión de los dioses,
que no agitan los vientos ni mojan las lluvias ni alcanzan
las nevadas jamás, porque todo es un éter sereno
que sin nieblas se expande bañado de cándida lumbre.
Allí gozan sin pausa los dioses felices; con ellos
se reunió la ojizarca después que exhortó a la doncella.

Asomaba entretanto la Aurora de espléndido trono,
despertando a Nausícaa de peplo gentil, que, admirada
de su ensueño, al palacio corrió para dar a sus padres
el mensaje escuchado. A los dos encontrólos en casa:
a la madre sentada al hogar en mitad de sus siervas
dando vuelta a los copos purpúreos; el padre salía
a este tiempo a reunirse en consejo con otros magnates,
pues habíanlo llamado los nobles feacios. Al verlo,
frente a él se detuvo Nausícaa y habló de este modo:

«¿Te vendrá bien, papá, que me ensamblen el carro de
[carga,
alto y fuerte de ruedas? Ir pienso a la orilla del río
con los bellos vestidos que están por lavar. ¡A ti mismo
tanto gusto te da presentarte con trajes sin mancha
cuando vas al consejo a tratar con los próceres! Tienes,
además, cinco hijos que en casa han nacido: casados
de los cinco son dos, los tres otros gallardos mancebos.
Éstos, siempre que van a bailar, llevar quieren encima
recién limpia la ropa: a mí toca el cuidar de ello todo.»

Así dijo; reparo le dio de nombrar a su padre
la sazón de sus bodas, mas él, bien al tanto, repuso:

«Ese tronco tendrás, hija mía, y aquello que quieras
además. Anda, pues; sin tardar te armarán los esclavos
la galera de firmes adrales y sólidas llantas.»

Tal diciendo, las órdenes dio, que cumplieron al punto
sus sirvientes. Sacaron el carro de sólidas ruedas,
lo equiparon y al yugo por bajo reataron las mulas;
la doncella de dentro sacó las espléndidas ropas
y las puso en la caja pulida del carro; su madre
le entregó en una cesta porción de gustosas viandas,
de golosos asados y en odre de cuero cabrío
le vertió dulce vino. Montó la doncella en el carro
y tomóle una ampolla de oro con límpido aceite
con que ungirse pudieran sus siervas y ella. Las riendas
de brillantes reflejos y el látigo luego empuñando,
fustigó que arrancaran. Sintióse el batir de las mulas
que, tirando con fuerza, salieron con ella y sus ropas;
no iba sola, ligeras detrás caminaban sus siervas.

Alcanzaron al cabo la hermosa ribera, por donde
se encontraban las fuentes perennes; manaba agua pura
de su hondón sin cesar: lo más sucio aclarábase en ellas.

Al llegar descargaron las mulas del peso del yugo
y dejaron que a orillas del río de mil remolinos
se saciasen de grama sabrosa, sacaron del carro
los vestidos y, echados que fueron al agua sombría,
los lavaron a más y mejor con los pies en las hoyas.
Todo limpio quedó sin tardanza; tendiéronlo luego
prenda a prenda en la playa, por donde, al cambiar la
[marea,
más peladas dejaba las guijas el mar. Se bañaron
ellas mismas después y, ya ungidas de aceite brillante,
el almuerzo tomaron al pie de las dunas del río
entretanto la fuerza del sol les secaba las ropas.
De comer satisfechas sus siervas y ella, cogiendo
la pelota, a jugar empezaron. Tirados los velos,
el cantar inicióles Nausícaa de cándidos brazos.
Como va por la sierra Artemisa, la brava flechera,
ya recorra la anchura del Táigeto o ya el Erimanto,
recreada en tirar jabalíes o ciervos veloces;
en su torno retozan las ninfas agrestes nacidas
del gran dios que la égida embraza; se goza Latona
y ella en tanto descuella en el grupo con rostro y cabeza,
bien notada aunque todas hermosas; así se erigía,
de sus siervas brillando en mitad, la inviolada doncella.

Ya dispuesta se hallaba a partir de regreso al palacio,
enganchadas las mulas, plegados los lindos vestidos,
cuando Atena ojizarca dispuso otra cosa: que Ulises
despertase del sueño y que, viendo a la hermosa muchacha,
con su ayuda llegase al lugar de los bravos feacios.
La princesa en su juego acababa de echar a una sierva
la pelota, que errando fue a dar a una gorga del río:
reciamente gritaron las mozas y Ulises a ello
despertóse y sentándose habló de este modo en su alma:

«¡Ay de mí! ¿Qué mortales tendrán esta tierra a que
[llego?

¿Insolentes serán y crueles e injustos o al huésped
tratarán con amor y habrá en ellos temor de los dioses?
Aquí en torno sentí como un fresco gritar de doncellas:
¿por ventura son ninfas que pueblan las cumbres del monte,
los veneros del río, los prados hermosos? ¿O es cierto
que me hallo entre hombres dotados de voz y de habla?
Mas ¿qué aguardo? Yo mismo lo iré a comprobar con mis
[ojos.»

Tal diciendo salió de las ramas Ulises divino,
con su mano robusta tronchó de la selva un retallo
bien frondoso y, cubriendo con él sus vergüenzas viriles,
avanzó cual león montaraz confiado en su fuerza
que, azotado del viento y la lluvia, con ojos de fuego
va a lanzarse en mitad de las vacas u ovejas o a caza
de las ciervas salvajes, que el hambre en el vientre le aguija
a llegar hasta el fuerte cortil y atacar a las reses.
Tal desnudo al encuentro iba Ulises de aquellas muchachas
de trenzados cabellos: urgíale el rigor de su apuro.
Espantoso mostróse en su costra salina y las mozas
escapaban dispersas al mar por las lenguas de tierra.
Firme sólo quedó la nacida de Alcínoo, que Atena
fortaleza le puso en el alma y echó de sus miembros
el temor. Se mantuvo de frente y Ulises dudaba
si llegarse a la hermosa muchacha y coger sus rodillas
suplicante o de allí donde estaba con dulces razones
inducirla a mostrarle el país y ofrecerle vestidos.
Meditando entre sí parecióle mejor suplicarle
allí mismo, de lejos, con frases de halago, no fuese
que al cogerse a sus pies se irritase con él la doncella.

Y sin más dijo así con sagaces y blandas palabras:
«Yo te imploro, ¡oh princesa! ¿Eres diosa o mortal? Si
[eres una
de las diosas que habitan el cielo anchuroso, Artemisa

te creería, la nacida del máximo Zeus: son de ella
tu belleza, tu talla, tu porte gentil. Mas si eres
una más de las muchas mortales que pueblan la tierra,
venturosos tres veces tu padre y tu madre, tres veces
venturosos también tus hermanos. De goces el alma
inundada por ti sentirán al mirar tal renuevo
cuando mueve sus pasos a unirse en los ritmos del coro;
pero aquel venturoso ante todos con mucho en su pecho
que te lleve a su hogar vencedor con sus dones nupciales.
Ser mortal como tú nunca he visto hasta aquí con mis
[ojos,
ni mujer ni varón: el asombro me embarga al mirarte;
una vez sólo en Delos, al lado del ara de Apolo,
una joven palmera advertí que en tal modo se erguía.
Cuando allí vine a dar, larga hueste escoltaba mis pasos
en jornada que había de traerme dolor y desgracias;
y al hallar aquel tronco gran rato quedé sorprendido
entre mí, porque nunca otro igual se elevó de la tierra.
Con el mismo estupor, ¡oh mujer!, contemplándote estoy
y un gran miedo me impide abrazarme a tus pies. Ardua
[pena
acongoja mi alma; ayer mismo escapé del oceano
tras dejar el islote de Ogigia y errar veinte días
entre embates de olas y raudos ciclones y el hado
para nuevas desgracias aquí me arrojó, que no espero
en mis males cesar sin que antes los colmen los dioses.
Pero tú ten, ¡oh reina!, piedad, pues a ti la primera
he llegado tras tanto sufrir y no sé de ninguno
de los hombres que tienen aquí su poblado y sus campos.
Muestra, pues, tu ciudad, dame un paño que cubra mis
[miembros,
si es que alguno trajiste al venir envolviendo tus ropas,
y los dioses te den todo aquello que ansíes, un esposo,
un hogar, favorézcante en él con la buena concordia,
porque nada en verdad hay mejor ni más rico en venturas
que marido y mujer cuando unidos gobiernan la casa

en un mismo sentir: los malévolos penan, se gozan
los que quieren su bien y ellos mismos alcanzan renombre
sin igual.» Así dijo y Nausícaa de cándidos brazos
contestóle a su vez: «Extranjero, pues vil no pareces
ni insensato, ya sabes que Zeus el olimpio da dicha
a los hombres, perversos u honrados, según su talante;
a ti ha dado esos males ahora y es fuerza los sufras
hasta el fin, pero, ya que has llegado a esta tierra, vestidos
por nosotros tendrás y de nada serás defraudado
cuanto debe alcanzar el que arriba infeliz suplicante.
Te guiaré a la ciudad, mas el nombre sabrás ante todo
de sus gentes: la tierra en que estás la poseen los feacios
y la hija soy yo del magnánimo Alcínoo, que tiene
entre ellos el mando y poder.» Así dijo y al punto
a sus siervas gritó de trenzados cabellos: «Muchachas,
deteneos: ¿adónde corréis asustadas tan sólo
por la vista de un hombre? ¿Enemigo quizá lo creísteis?
No hay en vida un mortal ni jamás nacerá que se llegue
al país de las gentes feacias a hacernos la guerra;
sobremodo, en efecto, nos aman los dioses, vivimos
apartados en medio del mar y sus olas inmensas,
al extremo del mundo sin mezcla con otros humanos;
pero éste que llega no es más que un viajero perdido.
¡Infeliz! Acojámosle: es Zeus quien nos manda a los pobres
y extranjeros errantes que el don más pequeño agradecen.
Dadle, pues, un vestido y un manto, buscad en la orilla
el amparo de algún carasol y bañadlo en el río.»

Dijo así, detuviéronse ellas, llamáronse a voces
y al reparo llevaron a Ulises según acababa
de mandarles Nausícaa, nacida del prócer Alcínoo.
A su lado trajeron la ropa, la túnica, el manto;
en la ampolla de oro le dieron el límpido aceite
y quisieron llevarlo a bañar en las aguas del río.
Mas entonces Ulises divino les dijo a las mozas:

«Apartaos, muchachas, allá, porque yo por mí mismo
quitaré la salumbre que cubre mis hombros y grasa
a mis miembros daré, largo tiempo privados de unciones:
de otro modo no me he de bañar, que me da gran vergüenza
desnudarme ante tales muchachas de lindos tocados.»

Dijo así, retiráronse aquéllas y fueron a darle
el recado a Nausícaa. En las aguas Ulises divino
de la espalda y los hombros fornidos quitó la salumbre,
su cabeza limpió de la costra que el mar infecundo
dejó en ella y, lavado y ungido de aceite, vistióse
con las ropas habidas en don de la intacta doncella.
Mas entonces Atena, por Zeus engendrada, le hizo
parecer más robusto y más alto: los densos cabellos
le brillaron pendientes de nuevo cual flor de jacinto.
Bien así como en torno a la plata da un cerco de oro
un varón sabedor que de Hefesto y de Palas Atena
aprendió todo arte y realiza preciosos trabajos,
tal la diosa de hechizos orló su cabeza y sus hombros.
Caminando señero después, se sentó en la rompiente
de hermosura radiante y de gracia; mirándole atenta,
la doncella les dijo a sus siervas de trenzas pulidas:

«Escuchad lo que os digo, mis siervas de cándidos
[brazos:
no a disgusto en verdad de los dioses olimpios tal huésped
ha venido a encontrarse hoy aquí con los nobles feacios;
antes, cierto, noté su fealdad, mas paréceme ahora
algún dios de entre aquellos que ocupan la anchura del
[cielo.
¡Ojalá que así fuera el varón a quien llame mi esposo,
que viniendo al país le agradase quedarse por siempre!
Mas dad, siervas, al huésped comida, llevadle que beba.»

Dijo así, presurosas las siervas cumplieron la orden
y pusieron delante de Ulises licor y manjares;

a comer y beber empezó ávidamente el divino,
sufridísimo Ulises: de tiempo encontrábase ayuno.

Mas Nausícaa, de cándidos brazos, tornaba su mente
a otras cosas: plegó los vestidos, los puso en el carro
primoroso; enganchadas las mulas cascudas, montóse
ella misma y a Ulises dio prisa con estas palabras:

«Ponte, huésped, en pie, vamos ya a la ciudad, que te [lleve
al palacio de Alcínoo, mi padre, que allí bien seguro
congregada verás a la flor de las gentes feacias.
Esto empero has de hacer, pues de veras pareces discreto:
mientras vamos cruzando la llana y haciendas campestres
sigue tú con las siervas detrás de las mulas y el carro
sin dejar tu buen paso; yo iré dirigiendo el camino,
mas no así al avistar la ciudad. Circundada verásla
de una excelsa muralla; flanquéanla dos puertos hermosos,
mas la entrada es angosta y en ella el camino bordean
los panzudos bajeles varados en sendos refugios.
Posidón tiene allá un bello templo y en torno se extiende
la gran plaza con suelo de lajas hundidas en tierra.
De sus negros navíos trabajan allí el aparejo,
a los remos les dan pulidez y hacen velas y amarras,
porque en este país no preocupan la aljaba ni el arco,
mas los mástiles, remos y naves de buen equilibrio
con que ufanos trasponen sus hombres el mar espumante.
Evitar quiero yo sus amargas hablillas, no sea
que murmuren después, porque bien atrevidos son todos,
y que alguno quizá más ruín encontrándonos diga:
'¿Quién es ese extranjero tan alto y hermoso que sigue
a Nausícaa y en dónde le halló? ¿Por ventura su esposo
vendrá a ser? ¿Un marino infeliz que acogió de la nave?
De bien lejos será, pues aquí no tenemos vecinos.
¿O es acaso algún dios largamente implorado por ella
que bajando del cielo tendrála consigo por siempre?

Mejor es si, poniéndose a ello, logró hallar marido
de algún otro país, pues que tanto desprecia a los muchos
y tan buenos feacios que aquí la pretenden de esposa.'
Estas cosas dirán y serán sus palabras oprobio
para mí, que yo misma he de odiar a mujer que tal haga,
que, teniendo aun en vida a sus padres y mal de su grado,
con los hombres se mezcle sin rito de públicas bodas.
Mas tú, huésped, atiende si quieres tener lo más pronto
de mi padre socorros y guías que a casa te lleven:
aledaño al camino verás el espléndido bosque
de Atenea, sus chopos, su fuente y un prado en su torno
donde tiene mi padre un cercado de viña florida,
a distancia del pueblo no más que el alcance de un grito.
Permanece sentado tú en él, que podamos nosotras
tras cruzar la ciudad llegar solas a casa; y al tiempo
que calcules estamos ya en ella, tú mismo el camino
tomarás otra vez y, en entrando al poblado, pregunta
dónde está la mansión del magnánimo Alcínoo, mi padre.
Fácil es conocerla: cualquiera, un rapaz ternezuelo,
te guiará, porque en todo el país nadie tiene morada
que se pueda igualar al palacio del prócer Alcínoo.
Una vez que te alberguen sus muros y estés en el patio,
atraviesa derecho la sala y acércate al punto
a mi madre: al hogar la hallarás, que a su luz, arrimado
el asiento a un pilar, va torciendo los copos purpúreos,
un hechizo de ver; detrás tiene a sus siervas y al lado,
al pilar asimismo de espaldas, verás que mi padre
bebe el vino, sentado, como un inmortal, en su trono.
No repares en él, pasa rápido y echa los brazos
a los pies de mi madre, que alegre la luz del regreso
puedas ver sin tardanza, por lejos que quede tu patria.
Si con ánimo amigo llegare a acogerte, confía
en ver pronto a los seres queridos y hallarte de vuelta
en tu tierra paterna y tu casa de sólidos muros.»

Tal haciéndose oír, castigó con la fusta vistosa
a las mulas, que prestas dejaron la orilla del río;
ya en carrera animosa, ya a marcha de buenas paseras,
conducíalas Nausícaa y al látigo daba con tiento
por que a pie la pudieran seguir las sirvientas y Ulises.

A ponerse iba el sol y llegaron al bosque sagrado
de Atenea, donde Ulises divino quedó y al instante
imploró a la doncella nacida del máximo Zeus:

«¡Dame oídos, retoño de Zeus que la égida embraza,
tú, Incansable! Oye ahora, pues sorda te hiciste a mis ruegos
cuando el dios me vejaba que agita la tierra: clemencia
logre yo y amistad al llegar a las gentes feacias.»

Ésta fue su oración: escuchósela Palas Atena,
mas mostrarse en presencia rehusó por respeto al hermano
de su padre: duraban en él los furiosos rencores
contra Ulises divino que erraba de vuelta a su patria.

CANTO VII

Ésta fue la plegaria de Ulises, el héroe paciente.
Al poblado entretanto llevaban las mulas fogosas
a la joven; llegada a la noble mansión de su padre
se detuvo a la puerta y en torno de pie sus hermanos
semejantes a dioses sacaron del carro las mulas
por debajo del yugo y llevaron adentro las ropas.
Fuese luego Nausícaa a sus salas, en donde la lumbre
le encendió Eurimedusa, su vieja doncella, que otrora
desde Apira, su patria, trajeron los combos bajeles.
Reserváronla en don para Alcínoo, pues era de todos
los feacios señor: como a un dios le escuchaba su pueblo.
Ella allí había criado a Nausícaa de cándidos brazos,
encendíale el hogar y adobaba su cena en la alcoba.

Levantándose Ulises divino marchó a la ciudad y Atenea
previsora vertióle en redor densa niebla, no fuese
que un feacio insolente, viniendo por caso a encontrarle,
se burlase en palabras de él o inquiriese quién era.
A adentrarse iba ya por aquella ciudad admirable
cuando, al paso saliéndole Atena, la diosa ojizarca,
en figura de moza gentil con un cántaro al brazo,
se detuvo a su lado y Ulises divino le dijo:

«Hija mía, ¿querrás conducirme a la casa de Alcínoo,
el monarca que rige este pueblo y sus gentes? Yo acabo

de llegar al país, desdichado extranjero, de tierras
transmarinas, remotas, y a nadie por tanto conozco
de los hombres que tienen aquí su poblado y sus campos.»

Contestóle a su vez la divina ojizarca Atenea:
«Yo te voy a decir, padre huésped, cuál es esa casa
que me pides te muestre, pues tiene a su lado la suya
mi buen padre. Camina en silencio, que yo iré delante,
y no mires a nadie, ni a nadie preguntes: las gentes
de este pueblo no suelen sufrir a los hombres de fuera
ni demuestran amor al que viene de tierras extrañas;
confiando en sus naves ligeras traspasan las simas
monstruosas del mar por merced del que agita la tierra
y sus barcos tan rápidos son como el ala o el mismo
pensamiento.» Tal dijo Atenea y marchó por delante
con presteza y Ulises los pasos siguió de la diosa.
Los feacios, famosos marinos, no vieron al héroe
al pasar entre ellos cruzando sus calles, que Atena,
la de trenzas pulidas, deidad poderosa, impidiólo
derramando propicia en su torno una niebla divina.
Él en cambio admiraba los puertos, los buenos bajeles,
los mercados, lugar de reunión de los nobles, los largos
y altos muros con vallas de púas, hechizo a los ojos.
Y hete aquí que, llegando a la insigne morada del rey,
comenzó a hablar así la divina ojizarca Atenea:
«Ésta es, padre huésped, la casa que tú me mandabas
te mostrase. Hallarás a los reyes, retoños de Zeus,
celebrando un banquete; tú entra y no turbe tu alma
miedo alguno, que el hombre animoso aventájase en todo
cuanto hace y emprende aunque venga de tierras extrañas.
En entrando verás a la reina en las salas. Areta
es el nombre que lleva y procede del mismo linaje
de que Alcínoo su esposo ha nacido, señor de estas gentes:
Posidón, el que agita la tierra, a Nausítoo primero
engendró en Peribea, mujer de sin par hermosura;

fue la hija menor que dejó Eurimedonte, el de altivo
corazón, que reinó en los soberbios gigantes y al cabo
a su pueblo insensato arruinó y a la par a sí mismo.
Con aquélla se unió Posidón y tuvieron por hijo
a Nausítoo el magnánimo, rey de las gentes feacias
que a Rexénor y Alcínoo a su vez engendró. Mas Apolo,
el del arco de plata, dio muerte a Rexénor, casado
hacía poco y aún joven, sin hijo varón; una hija
sólo en casa dejó, que fue Areta: tomándola Alcínoo
por esposa, la honró cual ninguna mujer se ve honrada
que gobierna un hogar en la tierra, sumisa a su esposo.
Tal la estiman y siempre estimaron en lo hondo del alma
con sus hijos queridos Alcínoo y las gentes del pueblo,
que, volviendo a su reina los ojos igual que a una diosa,
con palabras de amor la saludan al paso en las calles.
Nada escapa a su insigne prudencia y así en sus amigas
pone paz y concordia aplacando a los propios maridos.
Si con mente propicia llegare a acogerte, confía
en ver pronto a los seres queridos y hallarte de vuelta
en tu excelsa mansión tras llegar al país de tus padres.»

Tal dejándose oír, alejóse la diosa ojizarca
sobre el mar infecundo dejando la Esqueria hechicera;
arribó a Maratón, luego a Atenas pasó de anchas calles
y adentróse en el sólido hogar de Erecteo. Solo Ulises,
avanzó hacia la noble morada de Alcínoo; quedóse
frente al porche broncíneo de pie revolviendo mil cosas.
Como un brillo de sol o de luna veíase en la casa
de elevadas techumbres, mansión del magnánimo Alcínoo;
del umbral hasta el fondo extendíanse dos muros de bronce
con un friso de esmalte azulado por todo el recinto.
Defendían el fuerte palacio dos puertas de oro
que cercaban dintel y quiciales de plata, montados
sobre el piso de bronce; la argolla, también de oro puro.
Unos perros en plata y en oro había a las dos partes

que en sus sabios ingenios Hefesto labró, destinados
a guardar por delante el hogar del magnánimo Alcínoo,
sin vejez para todos los tiempos, por siempre inmortales.
En el muro apoyados de un lado y de otro y en fila
de la entrada hasta el fondo veíanse sillones cubiertos
de unos peplos de fina labor, mujeriles trabajos:
se sentaban allí de costumbre los jefes del pueblo
a beber y comer, pues jamás les faltaba; figuras
de donceles en oro, de pie sobre hermosas peanas,
sostenían en las manos antorchas ardientes que daban
al banquete su luz en la noche. Cincuenta mujeres
trabajaban de esclavas en casa de Alcínoo: molían
en soleras las unas los trigos dorados, las otras
atendían al telar o sentadas hacían que la rueca
diese vueltas igual que las hojas del álamo esbelto;
y al tejer destilaban los hilos el líquido aceite.
Cuanto suelen ganar a los otros los hombres feacios
en regir por el mar una nave, otro tanto aventajan
en mover el telar sus mujeres; Atena otorgóles
el saber de labores preciosas y entrañas discretas.
Por de fuera del patio se extiende un gran huerto, cercadas
en redor por un fuerte vallado sus cuatro fanegas;
unos árboles crecen allá corpulentos, frondosos:
hay perales, granados, manzanos de espléndidas pomas;
hay higueras que dan higos dulces, cuajados, y olivos.
En sus ramas jamás falta el fruto ni llega a extinguirse,
que es perenne en verano e invierno; y al soplo continuo
del poniente germinan los unos, maduran los otros:
a la poma sucede la poma, la pera a la pera,
el racimo se deja un racimo y el higo otro higo.
Tiene Alcínoo allí mismo plantada una ubérrima viña
y a su lado se ve un secadero en abierta explanada
donde da recio sol; de las uvas vendimian las unas
mientras pisan las otras; no lejos se ven las agraces
que la flor han perdido hace poco o que pintan apenas.

Por los bordes del huerto ordenados arriates producen
mil especies de plantas en vivo verdor todo el año.
Hay por dentro dos fuentes: esparce sus chorros la una
a través del jardín y la otra por bajo del patio
lleva el agua a la excelsa mansión donde el pueblo la toma.
Tales son los gloriosos presentes que el cielo da a Alcínoo.

Contemplábalos todos Ulises, el héroe paciente,
mas he aquí que, después de admirar cada cosa en su pecho,
traspasó decidido el umbral y se entró por las salas.
Encontró a regidores y jefes del pueblo feacio
con la copa en la mano, que al buen celador Argifonte
ofrecían postrera oblación, ya pensando en el lecho.
Por la casa marchó aquel Ulises, de heroica paciencia,
escondido en la niebla que en torno vertíale Atena
por que pronto llegase hasta Areta y al rey su marido.
Y, postrándose el héroe, abrazó las rodillas de Areta
a la par que dejaba su cuerpo la niebla divina.

Los presentes quedaron sin voz cuando vieron tal hombre
en la casa, admirábanse todos y Ulises decía:
«Noble Areta, nacida del héroe Rexénor, yo vengo
a tus pies, a tu esposo, a estos hombres que están a tu mesa,
tras sufrir mil trabajos: otorguen los dioses a todos
una vida feliz y dejar a los hijos en casa
vuestra hacienda y los dones de honor que este pueblo os
[concede,
mas a mí dadme ayuda, que vuelva al país de mis padres
prestamente: ¡padezco hace tanto sin ver a los míos!»

Tal les dijo y marchando al hogar se sentó en las cenizas
a la vera del fuego. En silencio quedaron los otros,
mas al cabo rompiólo el anciano varón Equeneo,
que entre el pueblo feacio era aquel que contaba más años,
distinguido en hablar y perito en los usos antiguos.

Él, queriéndolos bien, exhortólos con estas palabras:
«Ciertamente, ¡oh Alcínoo!, no es grato ni honroso que [un huésped
se nos siente por tierra en cenizas al lado del fuego.
Retenidos tus hombres están esperando que hables;
anda, pues, pon al huésped en pie y un sillón aquí ocupe
tachonado con clavos de plata; que mezclen más vino
tus heraldos, libemos a Zeus gozoso del rayo,
guardador del sagrado extranjero que en súplica viene,
y haz que el ama le dé de cenar de tu rica despensa.»

Una vez que oyó esto el augusto e intrépido Alcínoo,
fue a tomar de la mano al fecundo en ingenios Ulises,
lo apartó del hogar y sentólo en espléndido trono
del que había levantado al viril Laodamante, aquel hijo
que entre todos tenía en más amor y sentaba a su lado.
Una sierva a este punto llegó con un jarro de oro,
en sus manos el agua vertió sobre fuente de plata
y le puso delante una mesa pulida; la honrada
despensera trayéndole pan colocólo a su lado
y otros muchos manjares sirvió que en reserva tenía.

A comer y beber empezaba aquel ínclito Ulises,
el de heroica paciencia, y Alcínoo le dijo al heraldo:
«Haz en una cratera, Pontónoo, la mezcla del vino
y repártelo a todos aquí, que libemos a Zeus,
que se goza en el rayo y da escolta al que en súplica viene.»

Así dijo y Pontónoo al momento mezcló el dulce vino
y ofrendando primero en las copas sirvióles a todos.
Mas después de libar y beber hasta hallarse saciados,
nuevamente dejóse oír Alcínoo diciendo a los suyos:

«Escuchad, regidores y jefes del pueblo feacio,
y sabréis lo que el alma en el pecho me impulsa a deciros:
acabóse el festín, cada cual en su hogar busque el lecho,

mas al alba volved con los otros ancianos, que al huésped
en la sala obsequiemos y hagamos con él a los dioses
sacrificios hermosos. Después será bien que tratemos
de ayudarle a partir: preparemos nosotros su ruta
y que vaya ligero y feliz, sin dolor ni trabajo
al país de sus padres, por lejos que quede; cuidemos
de evitar que le aflija pesar ni desgracia hasta el día
en que pise de nuevo su tierra natal, que allí luego
todo aquello tendrá que sufrir que al nacer de su madre
en sus hilos trenzaron el hado y las parcas funestas.
Mas si acaso es el huésped un dios inmortal que ha bajado
desde el cielo, algo nuevo sin duda nos quieren los dioses:
desde antiguo en verdad se nos vienen haciendo visibles
al hacer en su honor hecatombes gloriosas y llegan
a sentarse a comer en la mesa en que estamos nosotros;
y si algún caminante señero les sale al encuentro,
no se ocultan, que unidos a ellos estamos por raza
cual lo están los gigantes y tribus de fieros ciclopes.»

Contestando a su vez dijo Ulises, el rico en ingenios:
«Echa fuera, ¡oh Alcínoo!, esa idea, que en nada me igualo
a los dioses eternos que habitan el cielo espacioso
ni en figura ni en ser: antes bien, a los hombres mortales.
Y si alguno habéis visto que arrastre mayor pesadumbre
que los otros, con ése igualadme en dolores: con todo
aun tendría que alargarme más que él refiriendo los males
que en mi vida he venido a sufrir por decreto del cielo.
Pero ahora dejadme cenar aunque sigan mis lutos,
pues no hay nada de cierto más perro que el vientre maldito
que a la fuerza nos hace pensemos en él, por deshecho
que en el alma se esté, por más hondo pesar que se tenga.
Así llena el dolor mis entrañas y él sigue llamando
a comer y beber y me impulsa al olvido de todo
cuanto llevo sufrido hasta ahora y me obliga a llenarlo;

mas vosotros prestad atención con las luces del día
a mi ruta, y dejadme, ¡infeliz!, en mi tierra paterna;
una vez que la vea, pierda yo si es preciso mi vida,
mis haciendas, mis siervos, mi grande y excelsa morada.»

Así dijo, aprobáronlo todos y dieron la orden,
pues el huésped hablaba en razón, de ayudarle en su ruta;
y después de libar y comer hasta hallarse saciados,
a su casa marchó cada uno vencido del sueño.

En la sala sentado quedábase Ulises divino
en compaña de Areta y de Alcínoo, que un dios semejaba.
Las sirvientas en tanto quitaban la mesa y Areta,
la de cándidos brazos, a hablar empezó, pues había
conocido al mirarlos el manto y vestido de Ulises,
las dos prendas hermosas labradas por ella y sus siervas.

Y dejándose oír dirigióle palabras aladas:
«Extranjero, ante todo querría preguntarte: ¿quién eres?
¿De qué gente y país? ¿Quién te dio esos vestidos? ¿No has dicho
que arribaste a estas tierras errando a través de las olas?»

Contestando a su vez dijo Ulises el fértil en trazas:
«Es difícil, ¡oh reina!, contar por menudo los duelos
que por miles me han dado los dioses olimpios y voy
a explicarte no más lo que quieres saber: una isla
hay en medio del mar, apartada; su nombre es Ogigia.
Allí vive la artera Calipso nacida de Atlante,
la de hermosos cabellos, terrible deidad; no se trata
con ningún otro dios inmortal ni con hombres mortales,
pero a mí, desgraciado, el destino arrastróme a sus casas
desvalido, pues Zeus con su fúlgido rayo me había
destrozado el ligero bajel en las olas vinosas.
De una vez perecieron allí mis valientes amigos
y yo luego abrazado a la quilla del combo navío

nueve días erré por el mar; y a la décima noche,
noche oscura, los dioses lleváronme a Ogigia, la isla
de Calipso de hermosos cabellos, la diosa terrible.
Acogiéndome ella me dio de comer y me dijo
que por siempre me había de guardar sin vejez y sin
[muerte;
nunca empero llegó a persuadirme en el fondo del alma.
Siete años me tuvo a su lado, de lágrimas siempre
empapando la ropa inmortal que ella misma me diera;
y llegaba el octavo por fin al volver de los tiempos
cuando aquélla mandóme partir y dispuso mi ruta.
¿Fue mensaje de Zeus o acaso cambió de designio?
Envióme en trabada armadía, me dio en abundancia
dulce vino y manjares, me puso inmortales vestidos
y mandóme una brisa de popa templada y suave.
Diecisiete jornadas pasé recorriendo el oceano
y al contar dieciocho veía los montes umbríos
de esta tierra feacia: gozó el corazón en mi pecho.
¡Infeliz, qué desgracia me había de venir todavía!
Suscitómela el dios Posidón que sacude la tierra:
él alzando los vientos cortó mi camino, encrespaba
de manera indecible la furia del mar y el olaje
de la balsa me echó sin curar de mis hondos suspiros.
Por en medio partióla después la borrasca, nadando
conseguí atravesar el abismo marino y a poco
la corriente del viento y del mar me acercó a vuestras
[playas.
Ya dispuesto a salir, una ola lanzóme a la costa
en paraje fragoso, choqué contra grandes escollos,
mas, volviéndome a nado hacia atrás, vine a dar en un río
y juzgué aquel paraje mejor para mí que otro alguno,
playa lisa y sin rocas y a más abrigada del viento.
Salí a tierra en un último esfuerzo. La noche divina
se acercaba. Alejándome entonces del río que se nutre
de las lluvias de Zeus, me acosté entre unas ramas, cubríme
de follaje y un dios me infundió profundísimo sueño.

De dolor abrumado en mi pecho dormí entre las hojas
toda entera la noche y el alba, pasó el mediodía,
declinaba ya el sol, me dejó el dulce sueño y entonces
a las siervas sentí con tu hija jugando en la playa.
Ella estaba del grupo en mitad semejante a una diosa;
le pedí protección. No hubo error en su mente discreta
como cabe temer cada vez que se encuentra a algún joven,
que en verdad suelen ser insensatos los mozos; mas ella
procuróme abundantes manjares y vino espumoso,
en el río me lavó y entregóme estas ropas: os cuento
lo ocurrido en verdad, aunque aún con la pena en el alma.»

Pero Alcínoo dejándose oír contestó de este modo:
«Extranjero, hay algo en que estuvo sin seso mi hija:
en unión de sus siervas debió acompañarte a mi casa,
ya que fue la primera a quien tú dirigiste tu ruego.»

Contestando, a su vez, dijo Ulises, el rico en ingenio:
«No censures, ¡oh prócer!, por ello a la buena muchacha;
ella, es cierto, exhortóme a seguirla en unión de las siervas,
pero yo lo rehusé por temor y vergüenza, no fueses
a irritarte en tu ánimo al verlo: celosa, en efecto,
suele ser toda raza de hombres que pisa la tierra.»

Mas Alcínoo dejándose oír contestó de este modo:
«No es así el corazón, huésped mío, que tengo en el pecho
ni se irrita sin causa, que en todo es mejor la mesura.
Y ojalá, ¡oh padre Zeus, Atena y Apolo!, que siendo
tal cual eres y acorde también tu sentir con el mío,
a mi hija tomases de esposa y con nombre de yerno
a mi lado quedaras: daríate una casa y haciendas,
si ello fuese tu gusto. Por fuerza no habrá quien retrase
tu partida en el pueblo feacio ni Zeus lo permita.
Mas yo quiero la fecha fijar y que tú la conozcas:
te enviaremos mañana e irás en el lecho entregado
al descanso y al sueño; ellos han de llevarte en bonanza

a tu patria, a tu hogar o a cualquier otro sitio que quieras
aunque sea más allá y a distancia de Eubea, que se halla
tan lejana de aquí, según suelen decirnos aquellos
de mis hombres que han visto esa tierra al llevar a aquel blondo
Radamantis en busca de Ticio, el nacido de Gea.
Arribaron allá sin cansancio, cumplieron su ruta
y en aquel mismo día estuvieron de vuelta en la patria.
Bien verás por ti mismo si hay naves mejores, si hay mozos
que sacudan el mar con las palas mejor que los míos.»

Así dijo, gozábase Ulises, el héroe paciente,
y elevó su oración hacia el cielo con estas palabras:
«¡Padre Zeus, si Alcínoo llevase a buen fin cuanto acaba
de decirme! Bien cierto su fama en la tierra fecunda
no acabara jamás y yo iría de nuevo a mi patria.»

De este modo entre sí conversaban los dos, mas Areta,
la de cándidos brazos, llamando a sus siervas mandóles
aprestar en el porche una cama, ponerle por cima
cobertores hermosos, purpúreos y, echando las colchas
sobre ellos, dejarlas cubiertas con prendas de lana.

Con la antorcha en la mano salieron aquéllas al punto
del salón, con cuidado extendieron la sólida cama
y, volviendo a presencia de Ulises, le instaron diciendo:
«Ve, extranjero, a dormir, que la cama está hecha.» Y el héroe
al oírlas el gusto sintió de encontrarse en el lecho.

Así Ulises divino, el de heroica paciencia, dormía
en la cama tallada del atrio sonoro; y Alcínoo
se marchó donde al fondo de la alta mansión le tenía
preparadas las ropas del lecho su esposa, la reina.

CANTO VIII

Al mostrarse la Aurora temprana de dedos de rosa,
de su lecho se alzaba el augusto e intrépido Alcínoo
y a la vez levantábase Ulises, retoño de Zeus,
destructor de ciudades. Alcínoo guiólo a la plaza
donde al pie de las naves se habían de reunir los feacios.
Al llegar se sentaron los dos en los bancos de piedra
mientras Palas Atena corría la ciudad en figura
de un heraldo de Alcínoo, el discreto, empeñada en la vuelta
al hogar del magnánimo Ulises; y así al lado se iba
deteniendo del uno y del otro y a todos decía:

«Acudid, regidores y jefes del pueblo feacio,
y a la junta marchad a informaros de aquel extranjero
que hace poco ha llegado a la casa de Alcínoo, el prudente,
tras errar por el mar, semejante en figura a los dioses.»

Tal diciendo acreció los deseos y el ánimo en todos;
congregados los hombres allí sin tardar, se llenaron
los asientos del ágora y muchos miraban suspensos
hacia el hijo sagaz de Laertes: Atena, bañando
de divino esplendor su cabeza y sus hombros, le hizo
parecer a la vista de todos más grande y robusto
por que fuese mejor estimado del pueblo feacio,
infundiese respeto y temor y los muchos trabajos
consiguiese acabar con que aquellos habían de probarle.

Una vez que en la gran asamblea estuvieron reunidos,
el primero de todos Alcínoo tomó la palabra:

«Escuchad, regidores y jefes del pueblo feacio,
y sabed lo que el alma en el pecho me impulsa a deciros:
este huésped —no sé quién él sea— llegó hasta mi casa
vagabundo e ignoro si vino de pueblos de oriente
o de ocaso; nos pide socorro en su ruta. Veamos
de prestárselo, pues, como siempre lo hicimos con todos,
que ni él ni otro alguno que llegue a mis casas en ellas
quedará en aflicción largo tiempo por falta de ayuda.
Ante todo a las olas saquemos un negro navío
no estrenado en el mar, y elegidme cincuenta muchachos
con dos jefes: que sean los mejores de siempre en el pueblo.
Y primero que vayan y aten los remos al banco;
luego vuelvan aquí a preparar sin tardanza en mi casa
el festín: les daré provisión abundante. A los mozos
esto vengo en mandar, y vosotros, los reyes que el cetro
en la mano empuñáis, llegad a mi hermoso palacio,
festejemos al huésped, que nadie rehúse. A más de ello,
a Demódoco hacedme venir, el aedo divino,
a quien dio la deidad entre todos el don de hechizarnos
con el canto que el alma le impulsa a entonar.» Así dijo
y marchó por delante; siguieron sus pasos los reyes
portadores de cetro y en tanto el heraldo fue en busca
del cantor. Elegidos los mozos, bajaron, conforme
les habían ordenado, a la orilla del mar infecundo
y, una vez que llegaron al sitio en que estaba la nave,
arrastraron primero el oscuro bajel a las aguas
y, ya a flote, en su fondo cargaron la vela y el mástil
y cogieron los remos a estrobos de piel, todo ello
según es regla y uso; tendieron el blanco velamen,
fondearon la nave y volvieron de nuevo a las casas
espaciosas de Alcínoo, el prudente de entrañas: repletos
encontraron los porches, el patio y las salas de hombres
congregados ya allí, muchedumbre de ancianos y mozos.

Doce ovejas Alcínoo mató para ellos y ocho
dentiblancos marranos, dos bueyes de pasos de rueda,
y después del desuello adobaron un rico banquete.
Trajo en tanto el heraldo al piadoso cantor, al que amando
sobremodo la Musa otorgó con un mal una gracia:
lo privó de la vista, le dio dulce voz; y Pontónoo
fue a ponerle en mitad del convite un sillón guarnecido
de tachones de plata, apoyólo en erguida columna,
de una percha colgó sobre él la gran lira sonora
y ensayóle a cogerla de allí por sí solo; le puso
por delante una mesa pulida, una cesta con panes
y una copa de vino que fuera bebiendo a su gusto.

A los ricos manjares dispuestos tendieron sus manos
y, saciado que hubieron su sed y apetito, la Musa
al aedo inspiró que cantase de hazañas de héroes,
de una acción cuya fama llegó por entonces al cielo
anchuroso: la riña entre Ulises y Aquiles Pelida
cuando estaban sentados al rico festín de los dioses.
Se lanzaban palabras terribles y a un tiempo gozaba
entre sí Agamenón por la lid de tan bravos aqueos;
él teníala de tiempo anunciada por boca de Apolo
cuando el porche de piedra cruzara de Pito divina
por oír su presagio: empezaba a rondar la desgracia
a troyanos y dánaos por trazas del máximo Zeus.

Tal cantaba aquel ínclito aedo y Ulises, tomando
en sus manos fornidas la túnica grande y purpúrea,
se la echó por encima y tapó el bello rostro. Sentía
gran rubor de llorar ante aquellos feacios; a veces,
al cesar en su canto el aedo divino, sus lloros
enjugaba y, del rostro apartando el vestido, ofrecía
libación a los dioses del vaso de dos cavidades.
Mas tornaba el aedo a empezar su canción, siempre a ruegos
de los nobles feacios gustosos de aquellas historias,
y tapando su cara de nuevo volvía a los sollozos.

No hubo nadie en verdad que notara sus llantos; Alcínoo
solamente al hallarse más cerca observándolo estaba.
Diose cuenta de todo al oír sus profundos suspiros
y sin más dijo así a los feacios, gozosos remeros:

«Escuchad, regidores y jefes del pueblo feacio,
satisfecho nos tiene ya el gusto la buena comida
y la lira también, compañera del rico banquete;
vamos fuera, por tanto, probemos en todos los juegos
nuestras fuerzas y así pueda el huésped contar a los suyos,
cuando vuelva a su hogar, la ventaja que a todos sacamos
en luchar con el cuerpo y los puños y en salto y carrera.»

Tal diciendo marchó por delante, siguieron los otros;
desprendiendo el heraldo del gancho la lira sonora
a Demódoco asió por la mano, condújolo fuera
del salón y guiólo después por el mismo camino
que llevaban los nobles feacios a ver el certamen.
Hacia el ágora iban: seguíanlo millares de hombres,
multitud incontable. Pusiéronse en pie luego muchos
y esforzados mancebos: Acróneo y Ocíalo y Elatres;
levantáronse Nautes y Primnes, Anquíalo y Eretmes
y siguiéronlos Pontes y Prores, Toón y Ambesíneo
y con ellos Anfíalo, el varón que engendró Polineo
el Tectónida; Euríalo el de Náubolo, igual al dios Ares
homicida, en belleza y en cuerpo mejor que ninguno
de los otros feacios después del cabal Laodamante.
Y se alzaron también los tres hijos de Alcínoo intachable,
Laodamante seguido de Halio y el gran Clitoneo.
La carrera ante todo ensayaron: tomaron la linde
de que habían de partir, a la llana salieron a un tiempo,
se lanzaron veloces alzando una gran polvareda
y el cabal Clitoneo ganóles con mucho a los otros:
cuanto alcanza al arar en barbecho yugada de mulas
les sacó de ventaja al volver donde estaba la gente.

En la lucha penosa probáronse luego y Euríalo
la partida ganó a los mejores; Anfíalo en el salto
a ninguno del pueblo encontró superior, mas Elatres
en el disco su fuerza mostró sobre todos y un púgil
no se halló como el buen Laodamante, nacido de Alcínoo.

Cuando ya les sació el corazón el placer de los juegos,
Laodamante, el nacido de Alcínoo, les dijo a los otros:

«Mis amigos, venid: preguntemos al huésped si sabe
y ha probado algún juego; en verdad no es de vil contextura:
recios pies, recios muslos, las manos entrambas fornidas,
es robusto su cuello, respira vigor, ni le falta
juventud; pero está quebrantado por males sin cuento.
Bien me digo que no hay otra plaga que igual que el oceano
desbarate y dé fin a un varón por más fuerte que sea.»

Mas Euríalo dejándose oír contestó de este modo:
«Laodamante, has hablado en verdad con gran tino; mas [anda,
ve tú mismo a invitarlo y discurre lo que has de decirle.»

Al oír sus palabras el prócer nacido de Alcínoo,
fue a ponerse en mitad del concurso y habló con Ulises:
«¡Padre huésped, ven tú con nosotros, comparte los [juegos,
si es que alguno aprendiste! Sin duda que ya los conoces,
pues no existe una gloria mayor para el hombre que aquello
que realizan sus pies y sus manos. Acude a la prueba
y disipa las cuitas que afligen tu alma, que poco
se habrá ya de tardar tu partida: la nave en las olas
fondeada se halla y a punto los buenos remeros.»

Contestando a su vez dijo Ulises, el fértil en trazas:
«Laodamante, ¿por qué me afligís con tamaña propuesta?

Otras cosas preocupan mi alma, que no vuestros juegos:
ya en mi vida sufrí grandes penas y muchos trabajos
y heme ahora en mitad de vosotros buscando el regreso
a mi hogar que del rey he pedido y del pueblo este todo.»

Contestándole entonces Euríalo zahirióle de frente:
«No parece, extranjero, que seas varón entendido
en los juegos que suelen tenerse entre hombres; te creo
uno de esos, más bien, que en las naves de múltiples remos
con frecuencia nos llegan al frente de gentes que buscan
la ganancia en el mar, bien atento a la carga y los fletes
y al goloso provecho: en verdad nada tienes de atleta.»

Pero Ulises sagaz le repuso con torva mirada:
«Mal hablaste, mi huésped: pareces persona sin seso;
bien se ve que los dioses no dieron a todos los hombres
por entero sus gracias, talento, facundia y belleza.
Es el uno de aspecto mezquino y en cambio le colma
de perfecta hermosura algún dios sus discursos; los otros
arrobados le observan y él habla seguro en la plaza
con modesta dulzura; distínguese así en la asamblea
y le miran como a una deidad cuando pasa entre el pueblo.
Hay tal otro que iguala en belleza a los dioses sin muerte,
mas sus dichos están desprovistos de gracia: tú muestras
ciertamente notable hermosura, ni un dios la plasmara
superior, mas del todo eres vano de mente. La ira
has venido a mover en mi pecho lanzando palabras
sin mesura y sin tino: no soy tan novato en los juegos
como tú te supones; más bien figuré en los mejores
cuando pude fiar en mi edad y mis manos. Ahora
preso estoy de desgracias y penas, que mucho he sufrido
a través de las lides de guerra y las olas crueles,
pero quiero con todos mis males entrar en la prueba:
tus palabras mordiéndome el alma me la han levantado.»

Tal diciendo saltó con el manto en los hombros; un disco
grueso y largo tomó que en su peso con mucho excedía
de aquel otro que usaban luchando entre sí los feacios
y tras un revoleo lo lanzó de la mano robusta.
Zumbó el gran pedrejón; la mirada bajaron a tierra
los feacios, potentes remeros, gloriosos marinos,
al disparo del disco que en vuelo pasó a los de todos
desprendido del brazo. Había puesto los blancos Atena
en figura de hombre y, dejándose oír, advirtióle:

«Hasta un ciego, extranjero, podría distinguir apalpando
entre todos tu blanco: la piedra no está con las otras,
sino muy por delante. Ten ánimo, pues, que ninguno
del país la podrá rebasar ni aun llegar hasta ella.»

Así dijo y Ulises, el héroe paciente, gozaba
bien contento de hallar en su liza un amigo sincero.

Aliviado con ello sintióse y habló a los feacios:
«Alcanzad ese blanco, donceles, que yo voy al punto
a tirar otro igual o quizá más lejano, y si a alguno
su valor y coraje en el alma le impulsan, que venga
y se pruebe conmigo, pues tanto me habéis irritado,
con los puños, el cuerpo o los pies. A ninguno recuso
de los otros feacios: tan sólo excluiré a Laodamante
que es mi huésped, pues ¿quién retará a un bienhechor? [Insensato
y villano declaro al varón que en los juegos se deja
a la lucha arrastrar con aquel que le tiene hospedado
en extraño país: a sí mismo tal hombre se ofende.
De los otros a nadie recuso ni tengo en desprecio,
antes bien, quiero verlos delante probando sus fuerzas;
deleznable no soy en certamen alguno de hombres,
pues conozco el manejo del arco pulido y sabría
derribar el primero a un varón de la hueste adversaria

disparando una flecha, por muchos amigos que en torno
procuraran cubrirle lanzándome en contra las suyas.
Filoctetes no más con el arco solía aventajarme
cada vez que en las tierras de Troya flechaban los dánaos,
mas me tengo por muy superior a los otros mortales
que hoy están sobre el haz de la tierra y consumen sus
[trigos.
Con los hombres de antaño no quiero en verdad
[compararme,
con Heracles o Eurito el de Ecalia, pues ellos llegaron
a medirse en flechar con las mismas deidades eternas;
pero el último pronto por ello murió, pues no vino
la vejez a alcanzarle en sus salas: colérico Apolo
le mató por haberle retado a tirar con el arco.
Con la lanza también sé llegar más allá que los otros
con saetas; tan sólo en correr temería que un feacio
me venciese: maltrecho salí de las olas inmensas
y crueles del mar, que el cuidado de cada jornada
me faltó en el bajel y han perdido el vigor mis rodillas.»

Tal les dijo. Suspensos los otros guardaron silencio;
sólo a Alcínoo se oyó que le dijo en respuesta: «Extranjero,
cuanto has dicho no ha estado en verdad desprovisto de
[ingenio
y has querido mostrar el valor que en ti hay, con enojo
por haberse acercado este hombre en mitad del certamen
a zaherir tu virtud con palabras que nadie empleara
de tener enseñado su ánimo a hablar con mesura.
Mas retén lo que voy a decirte, que puedas un día
referirlo a otro héroe que venga a tus salas y coma
con tu esposa y tus hijos volviendo tu mente al recuerdo
del vigor que tenemos en lides que Zeus como propias
nos mostró, como ya a nuestros padres: verdad que no
[somos
luchadores perfectos de cuerpos ni puños, mas nadie
nos supera en correr con los pies ni en regatas de naves

y nos gustan de siempre el banquete, la cítara, el baile,
los vestidos bien limpios, los baños templados, los lechos.
Vamos, pues, bailarines feacios, los más distinguidos,
a danzar y que el huésped, de vuelta a su casa, refiera
a los suyos cuál es la ventaja que a todos sacamos
en llevar una nave, en carreras, en cantos y en danza;
que le traiga a Demódoco alguno la lira sonora,
pues sin duda en mi casa olvidada quedó.» Tal Alcínoo,
semejante a los dioses, decíales; alzóse un heraldo,
que tornó con la cóncava lira de casa del rey,
y pusiéronse en pie nueve jueces sacados del pueblo
que en los juegos solían disponer cada cosa; allanaron
en su torno el lugar, despejaron hermosa explanada
y, llegando el heraldo a Demódoco, puso en su mano
el sonoro instrumento; ya en medio el cantor, los donceles,
casi niños aún, sabedores del baile, en contorno,
a compás golpearon la pista pulida y Ulises
el veloz centellar de sus pies contemplaba embebido.

Preludiaba el cantor bellamente en la lira su canto
del amor de Afrodita, de hermosa diadema, y de Ares
que en la casa de Hefesto a hurtadillas se unieron un día
tras pagar ricamente el amante la infamia del lecho
del señor del hogar; mas el Sol fue a contárselo a éste,
pues los vio desde arriba a los dos en amor abrazados.
Cuando Hefesto escuchó su punzante relato, a la fragua
el camino emprendió meditando en el fondo del pecho
mil desastres; montó sobre el banco un gran yunque y a [golpes
unas trabas labró sin engarces ni fallas, capaces
de aguantar cualquier fuerza. Tramado el engaño y en ira
contra Ares, al cuarto marchó donde estaba su lecho;
a los pies que sostén le prestaban y todo en redondo
sujetó aquellos lazos, mas otros colgó en la techumbre
cual finísima tela de araña, invisible a los ojos
de las mismas deidades felices, ardid sin parejo.

Viendo ya alrededor de la cama tendido el engaño,
simuló que marchaba hacia Lemnos, la sólida plaza
asentada en la tierra, por él preferida entre todas.
Pero Ares de riendas de oro en despierta vigilia
le observaba y al ver cómo Hefesto, el artífice insigne,
de camino salía, marchó en derechura a sus casas
anhelante de amor por la hermosa Citera. La diosa
regresaba de ver a su padre, el Cronión poderoso,
y no bien se sentó cuando Ares entró en la morada.

Con la mano tomando su mano le habló de este modo:
«Ven al lecho, querida, gocemos en él descansados,
pues Hefesto no está por aquí; no hace mucho que a
[Lemnos
se marchó a visitar a los sintis de bárbara lengua.»

Tal diciendo agradable le hizo el yacer a su lado
y marchando los dos ocuparon el lecho: al instante
se corrieron los lazos que urdiera el ingenio de Hefesto
y no más se pudieron mover ni estirar pie ni mano.
Comprendieron entonces que estaban cogidos y a un tiempo
acercábase a ellos el ínclito cojo, emprendido
el regreso a mitad del camino de Lemnos: su nueva
desventura había oído del Sol, su seguro vigía.
A sus casas tornaba llevando la angustia en el pecho
y paró en el umbral dominado por ira salvaje,
invocando con gritos furiosos a todos los dioses:

«Padre Zeus, dioses todos de vida feliz, inmortales,
contemplad estas obras risibles, mas ya intolerables,
cómo, siendo yo cojo, Afrodita, nacida de Zeus,
me deshonra sin tregua en su amor al maléfico Ares
por ser él agraciado y tener buenas piernas. Y es cierto
que lisiado nací, mas la culpa ¿quién otro la tiene
que mi padre y mi madre? ¡Pudieran no haberme
[engendrado!

Mas veréis a esos dos cómo yacen en junto amorosos
y a mi lecho subidos. ¡Dolor que me toma al mirarlos!
Tardarán, bien de cierto, en poder variar de postura
por amor que se tengan y pronto vendrán a cansarse
uno y otro de estar en la cama, mas no ha de soltarlos
ese ardid y atadura hasta tanto que el padre me vuelva
cuanto yo le entregué por la cínica moza, que tiene
hija hermosa, en verdad, pero bien disoluta.» Así dijo
y a su hogar de broncíneos portales vinieron los dioses:
llegó allí Posidón, el que abraza las tierras, y Hermes
saludable, y el rey que dispara de lejos, Apolo,
porque sólo a las diosas retuvo el pudor en sus casas.
Y de pie en el umbral los eternos dadores de bienes,
una risa sin fin levantóse en sus almas felices
observando las trazas del hábil Hefesto; y alguno
murmuró de este modo mirando al que estaba a su lado:

«Las maldades no triunfan y el lento adelanta al ligero:
así Hefesto con ser tan pesado le dio caza a Ares,
que es el dios más veloz del Olimpo; valióse de astucias,
pues es cojo, y el otro le habrá de pagar su adulterio.»

De este modo entre sí conversaban los dioses y Apolo
el augusto, nacido de Zeus, hablábale a Hermes:
«¡Dime, oh Hermes divino, de bienes dador, mensajero!
¿Tú quisieras también, aun sujeto por trabas tan recias,
en sus lechos al lado dormir de Afrodita dorada?»

Contestándole dijo, a su vez, el heraldo Argifonte:
«¡Ojalá fuera así, flechador rey Apolo, y sujeto
por cadenas tres veces más duras que aquél, y aun a vista
de vosotros los dioses y a un tiempo de todas las diosas
consiguiera yo al lado dormir de Afrodita dorada!»

Tal habló y en los dioses eternos brotó una gran risa.
Posidón quedó serio; no obstante, le instaba sin tregua

al artífice Hefesto glorioso a dejar libre a Ares
y, volviéndose a él, le decía en aladas palabras:

«Desanúdalo: yo te prometo ante todos los dioses
que te habrá de pagar cuanto es justo según tú lo pides.»

A su vez replicándole dijo el perínclito cojo:
«Posidón, que la tierra rodeas, no exijas tal cosa,
porque ¿quién da fianza a las deudas que tienen los viles?
¿Cómo voy a apresarte yo a ti o a las otras deidades
cuando Ares a un tiempo se zafe de deudas y lazos?»

Contestóle, a su vez, Posidón, que sacude la tierra:
«Si él, Hefesto, consigue escaparse y olvida su deuda
cuando esté en libertad, por mí mismo prometo pagarla.»

Y al instante le dijo, a su vez, el perínclito cojo:
«No es posible ni bien me estaría rehusar tu palabra.»

Tal diciendo sus lazos soltaba la fuerza de Hefesto
y, al sentir uno y otro aflojarse su recia atadura,
de la cama saltaron y a Tracia él se fue mientras ella,
la risueña Afrodita, partió para Pafo de Chipre,
donde tiene su templo y su altar siempre lleno de ofrendas.
Al llegar la lavaron las Gracias, la ungieron de aceite
inmortal, del que brilla en la piel de los dioses eternos,
y vistiéronla ropas preciosas, hechizo a los ojos.

Tales cosas contaba el perínclito aedo y Ulises
escuchando gozaba en su alma y también los feacios,
remadores de palas ingentes, gloriosos marinos.

Mas Alcínoo mandó a Laodamante y a Halio, que hacían
la pareja mejor, sin rival en danzar, que bailasen
ellos solos: tomando en las manos la hermosa pelota
fabricada y teñida de rojo por Pólibo insigne,

la lanzaba uno de ellos, doblando su cuerpo de espaldas,
a las nubes sombrías y el otro saltando con fuerza
recogíala al caer, aún no puestos los pies en el suelo.
Una vez que se hubieron probado en tirar a lo alto,
empezaron los dos a bailar sobre el suelo fecundo
con mudanzas sin fin y entretanto los otros muchachos
palmeaban de pie por la pista: subía gran estruendo.

Y hete a Ulises divino que habló dirigiéndose al rey:
«Prez y honor de tus gentes, Alcínoo, señor poderoso,
anunciaste no haber bailadores iguales a éstos;
a la vista quedó y el asombro me embarga al mirarlo.»

Así dijo; alegróse el augusto e intrépido Alcínoo
y volviéndose habló a los feacios, gozosos remeros:
«Escuchad, regidores y jefes del pueblo feacio.
Muy juicioso se muestra a mi ver nuestro huésped; mas, ¡ea!,
ofrezcámosle el don de hospedaje, como es de justicia:
doce reyes ilustres aquí sobre el pueblo gobiernan
como jefes, y yo al lado de ellos me cuento el treceno.
Vaya, pues, cada cual y le traiga y regálele un manto
bien lavado, una túnica, un peso de oro. Juntemos
los obsequios de todos, con ello en las manos se venga
disfrutando en su pecho a cenar con nosotros y Euríalo
acompañe sus dones con frases de agrado, pues antes
dirigió al forastero palabras de tal desmesura.»

Tal les dijo. Asintiendo los otros, mandó cada uno
a su heraldo que allí le trajera sus propios presentes,
mas Euríalo dejándose oír contestó de esta suerte:

«Prez y honor de tu pueblo, ¡oh Alcínoo, señor poderoso!,
yo daré a nuestro huésped contento según tú lo mandas:
que sea suya esta espada, toda ella de bronce y con puño
tachonado de plata y su vaina en marfil aserrado
poco ha que la guarda: en verdad rica prenda se lleva.»

Tal diciendo la espada de clavos argénteos le puso
en las manos y así dirigiósele en frases aladas:

«Padre huésped, salud; y si alguna palabra se ha dicho
desmedida, arrebátenla luego los vientos y dente
las deidades el ver a tu esposa y llegar a tu patria,
pues tan largos pesares sufriste arrancado a los tuyos.»

Contestando, a su vez, dijo Ulises, el rico en ingenios:
«Y a ti, amigo, también den los dioses salud, larga dicha,
y en tu buen porvenir jamás eches de menos la espada
que me acabas de dar con palabras de agrado.» Así dijo
y del hombro colgó la cuchilla de clavos de plata.
A ponerse iba el sol y, aprontados los ínclitos dones,
los traían honrados heraldos a casa de Alcínoo;
recibíanlos los hijos del rey intachable y en torno
de la madre acatada dejaban los ricos presentes.

Mas los otros, siguiendo al augusto e intrépido Alcínoo,
a la estancia llegaron, sentáronse en altos sillones
y así dijo el intrépido Alcínoo volviéndose a Areta:
«Trae, mujer, algún cofre precioso, el mejor que se halle,
guarda en él un vestido y un manto bien limpio y al fuego
haz poner una tina de bronce; calienten el agua,
por que el huésped después de bañarse contemple ya en [orden
cuanto envían aquí para él los feacios sin tacha
y le sea más grato con ello el banquete y el canto.
Por mi parte le doy esta copa de oro de brillo
sin igual que le traiga el recuerdo de mí cada día
cuando libe en sus salas a Zeus y las otras deidades.»

Así dijo y Areta mandó a sus esclavas que al punto
colocasen al fuego un gran trípode; y ellas tomaron
una tina de baño, encimáronla luego a la lumbre,

la llenaron, prendieron debajo la leña y, lamiendo
la ventruda caldera, las llamas templaban el agua.
Para el huésped, en tanto, sacó del tesoro la reina
preciosísimo cofre en que puso los ricos presentes
de vestidos y oro que hacían en su honor los feacios.

Ella misma otro manto añadió y una túnica hermosa
y, volviéndose a Ulises, le dijo en aladas palabras:
«Ve tú mismo la tapa y dispón la atadura en seguida,
no te quiten la carga en tu ruta una vez que de nuevo
dulcemente te entregues al sueño en el negro navío.»

Cuando a Areta escuchó el gran Ulises, de heroica [paciencia,
ajustando la tapa cerróla con una mañosa
atadura que un tiempo de Circe aprendió, la de ardides
soberanos. En esto llamábalo el ama que fuese
y tomase su baño; miró con agrado en su alma
aquel baño humeante, pues no recibía tal cuidado
desde el día que dejó la mansión de la diosa Calipso,
la de hermosos cabellos: allí prodigóselo ella
como a un dios. Tras el baño las siervas lo ungieron de [aceite,
le ciñeron la túnica en torno, el espléndido manto,
y salió para unirse a los hombres que estaban bebiendo
en la mesa. Nausícaa, la hermosa por don de los dioses,
apostada en la puerta del rico salón admiraba
con los ojos bien fijos a Ulises y al cabo, dejando
que escapase su voz, dirigióle palabras aladas:

«Ve, extranjero, con bien: cuando estés en los campos [paternos
no te olvides de mí, pues primero que a nadie me debes
tu rescate.» Y Ulises, el rico en ingenios, repuso:

«¡Oh Nausícaa, nacida de Alcínoo el magnánimo! Zeus,
el esposo tonante de Hera, me cumpla ese voto

y que, vuelto a mi hogar, goce yo de la luz del regreso.
Cada día en mi casa te habré de invocar como a diosa
y por siempre jamás, que tú, hija, me diste la vida.»

Tal diciendo marchóse a ocupar un sillón junto al rey,
cuyos hombres partían el manjar y mezclaban el vino.
Al cantor siempre fiel, a Demódoco, honrado del pueblo,
acercó de la mano un heraldo y en medio sentólo
del banquete apoyándolo en alta columna; y Ulises,
el fecundo en ingenios, cortando un pedazo de lomo,
pues quedaba aún mucho del cerdo de blancos colmillos,
entrególe al heraldo aquel trozo bosante de grasa.

«Lleva, heraldo —le dijo—, esta carne a Demódoco y coma
a placer: quiero honrarle aunque esté yo afligido; de parte
de cualquier ser humano que pise la tierra, la honra
y el respeto mayor los aedos merecen, que a ellos
sus cantares la Musa enseñó por amor de su raza».

Tal le dijo, tomóla el heraldo, la puso en los dedos
del egregio Demódoco y éste alegróse en su alma.

A los ricos manjares dispuestos lanzaron sus manos
y, una vez que tuvieron saciados su sed y apetito,
dirigióse a Demódoco Ulises, el rico en ingenios:
«¡Oh Demódoco! Téngote en más que a ningún otro [hombre,
ya te haya enseñado la Musa nacida de Zeus
o ya Apolo, pues cantas tan bien lo ocurrido a los dánaos,
sus trabajos, sus penas, su largo afanar, cual si hubieras
encontrádote allí o escuchado a un testigo. Mas, ¡ea!,
cambia ya de canción y celebra el ardid del caballo
de madera, que Epeo fabricó con la ayuda de Atena
y que Ulises divino llevó con engaño al alcázar
tras llenarlo de hombres que luego asolaron a Troya.

Si refieres aquello del modo que fue, yo al momento
ante todos habré de afirmar que algún dios favorable
te ha otorgado la gracia del canto divino.» Así dijo
y el aedo, movido del dios, modulaba su canto
desde el punto en que aquellos argivos, después de dar [fuego
a las tiendas, se hicieron al mar en las sólidas naves.
Del caballo en la entraña escondidos, los otros en torno
se agrupaban de Ulises ya en medio de Troya; los teucros
por sí mismos lo habían arrastrado al alcázar y, erguido
en mitad, discutían a su pie y en confuso alboroto.
Tres sentencias allí se escuchaban: romper con el bronce
implacable la hueca madera, llevarlo arrastrando
a la cima y dejarlo caer por las rocas, guardarlo
como ofrenda preciosa a los dioses. Y fue esta postrera
la que luego se había de cumplir, pues conforme al destino
la ciudad debería perecer una vez que albergase
al caballo de tablas ingente en que estaban los dánaos
más ardidos tramando a los teucros matanza y ruina.
Y contaba después el saqueo que aquéllos hicieron
tras fluir del caballo dejando su hueca emboscada:
cada cual por un lado pillaba el alcázar excelso,
pero Ulises, dijérase Ares, marchó hacia las casas
de Deífobo; al lado llevaba al sin par Menelao.
Allí —dijo— empeñó su más duro combate, mas pronto
la victoria inclinó a su favor la magnánima Atena.

Tales cosas contaba aquel ínclito aedo y Ulises
consumíase dejando ir el llanto por ambas mejillas.
Como llora la esposa estrechando en el suelo al esposo
que en la lucha cayó ante los muros a vista del pueblo
por salvar de ruina a su patria y sus hijos; le mira
que se agita perdiendo el respiro con bascas de muerte
y abrazada con él grita y gime; la hueste contraria
le golpea por detrás con las lanzas los hombros y, al cabo,

se la lleva cautiva a vivir en miseria y en pena
con el rostro marchito de tanto dolor; así Ulises
de sus ojos dejaba caer un misérrimo llanto.
No hubo nadie en verdad que notara sus lloros; Alcínoo
solamente, al hallarse más cerca, lo estaba observando;
diose cuenta de todo al oír sus profundos suspiros
y sin más les habló a los feacios, gozosos remeros:

«Escuchad, regidores y jefes del pueblo feacio.
Tiempo es ya que suspenda Demódoco el son melodioso
de la lira; no a todos es grato el cantar; desde el punto
que empezamos la cena y se ha alzado el aedo divino,
nuestro huésped no deja de dar lastimeros sollozos
y algún grave dolor le acongoja, sin duda, en el pecho.
Cese, pues, aquel canto y el gozo, igualmente, se extienda
a hospedantes y huésped, que así nos será bien a todos.
Preparado el viaje está ya del honrado extranjero
y los dones preciosos que en muestra de amor le ofrecimos:
suplicantes y huéspedes son a manera de hermanos
para todo varón no insensato del todo. Tú, huésped,
no me ocultes con trazas astutas aquello que quiero
de tu boca saber, que a ti cumple también declararlo.
Habla y di cómo allá te llamaban tu padre y tu madre,
tus vecinos y aquellos que habitan los pueblos cercanos.
En verdad no hay mortal que carezca de nombre, ya sea
miserable, ya egregio, una vez que nació, pues a todos
se lo ponen sus padres después de engendrarlos. Y dime
cuáles son tu país, tu ciudad y tu raza, que puedan
conducirte hasta allí rumbeando en su mente las naves;
los feacios no tienen pilotos ni saben de aquellos
gobernalles que suelen llevar los demás; sus bajeles
tienen ciencia y sentidos de hombres, por ellos distinguen
las ciudades de todos los pueblos, sus pingües campiñas,
y atraviesan a toda carrera la sima del agua
encubiertas en niebla y en sombra: no hay miedo con ellas
de morir en naufragio o sufrir daño alguno. Mas esto

y en tal modo oí contar en un tiempo a Nausítoo, mi [padre:
él solía decirnos que el gran Posidón, indignado
con nosotros por ser para todos indemnes guiadores
por el mar, destruiríanos un recio bajel algún día
ya a la vuelta de un tal salvamento, en las aguas brumosas,
y, además, cerraría la ciudad con enorme montaña.
Esto hablaba el anciano. ¿Se habrá de cumplir? ¿Incumplido
quedará por ventura? Al arbitrio del dios sigue todo.
Pero, ¡ea!, pon mente a esto otro y explica fielmente.
¿Por qué sitios viajaste errabundo? ¿A qué tierras llegaste
y qué pueblos has visto o ciudades de buena vivienda,
ya habitados por hombres malvados, groseros, injustos
o benignos al huésped, con sano temor de los dioses?
Di, ¿por qué los suspiros y el llanto que hinchaban tu [pecho
al oír las desgracias de Ilión y los dánaos argivos?
Voluntad ello fue de los dioses que urdieron a tantos
la ruina por dar que cantar a los hombres futuros.
¿Por ventura delante de Troya perdiste a un pariente
esforzado y de pro, un cuñado o un yerno, los seres
que nos son más queridos después del linaje y la sangre?
¿O tal vez a un amigo, algún hombre de buenas entrañas
y esforzado valor? En verdad no inferior a un hermano
llega a ser un amigo leal y discreto de mente.»

CANTO IX

Contestando a su vez dijo Ulises, el rico en ingenios:
«Prez y honor de tus hombres, Alcínoo, señor poderoso,
halagüeño es sin duda escuchar a un cantor como éste
semejante en su voz a los dioses. Yo pienso de cierto
que el extremo de toda ventura se da sólo cuando
la alegría se extiende en las gentes y están los que comen
uno al lado del otro sentados en fila, a lo largo
de la sala, escuchando al aedo; delante las mesas
ven repletas de carnes y pan y el copero les saca
de la gruesa cratera el licor y lo escancia en las copas:
¡nada encuentro pensando entre mí más hermoso y más grato!
Mas tu alma te incita a pedirme que cuente mis lutos
y congojas, a fin de que llore con más desconsuelo;
¿y por dónde empezar mi relato, por dónde acabarlo,
cuando tantos pesares me han dado los dioses celestes?
Ante todo mi nombre os diré, que también de vosotros
conocido se haga; y si escapo al destino, que huésped
vuestro siempre sea yo, por muy lejos que queden mis [casas.
Soy Ulises Laertiada, famoso entre todas las gentes
por mis muchos ardides; mi gloria ha subido hasta el cielo.
Mi mansión está en Ítaca insigne en el mar, pues en ella
alza el Nérito excelso sus bosques de trémulas hojas;

muchas islas también habitadas se agrupan en torno,
tales Sama y Duliquio, con Zante poblada de selvas;
baja es Ítaca, empero, y, repuesta en las sombras de ocaso,
ve a las otras alzarse del lado del sol y la aurora.
Aunque abrupta, sustenta valientes muchachos; no hay nada
que se muestre de amable a mis ojos igual que mi tierra;
la divina entre diosas Calipso retúvome un tiempo
en sus cóncavas grutas, ansiosa de hacerme su esposo,
y asimismo la ninfa de Ea, la pérfida Circe,
pretendió que, cautivo en sus salas, casara con ella.
Mas ni una ni otra dobló el corazón en mi pecho,
porque nada es más dulce que el propio país y los padres
aunque alguien habite una rica, opulenta morada
en extraña región, sin estar con los suyos; mas, ¡ea!,
el relato os haré de mi vuelta de tierras de Troya
que entre innúmeras penas y duelos me impuso el gran Zeus.

De la costa troyana llevónos el viento a la patria
de los cícones, Ísmaro; allí saqueé su poblado
y a los hombres di muerte; el copioso botín y mujeres
con justicia partimos, que nadie quedase sin premio.
Exhortélos al punto a la rápida fuga, mas ellos
como niños sin juicio negáronse a oírme: seguían
en la playa bebiéndose el vino, matando sin duelo
las ovejas, los bueyes rollizos de pasos de rueda.
Entretanto, los cícones daban la alarma a los suyos,
que habitaban lugares vecinos allá tierra adentro.
Eran más y mejores que aquéllos y habían aprendido
a luchar con los hombres a pie y en los carros; vinieron
con el alba en tan gran multitud cual de flores y hojas
trae la buena estación: fiera suerte mandábanos Zeus,
¡desdichados nosotros!, preñada de mil pesadumbres,
Mantuvímonos firmes al pie de las naves ligeras
y, llevando recíproca muerte, volaban las lanzas

guarnecidas de puntas de bronce; medró el santo día
y seguimos frenando el tropel de la hueste contraria;
mas cayendo ya el sol, a la hora en que sueltan los bueyes,
a los cícones dieron los dánaos la espalda. Habían muerto
seis varones de espléndidas grebas por nave; los otros
conseguimos al cabo rehuir el destino y la muerte.

Navegamos después desde allí con la angustia en el pecho,
pues, salvados nosotros, perdíamos tan buenos amigos;
y mis combos bajeles se hicieron al mar sólo cuando
por tres veces hubimos llamado uno a uno a los tristes
que en el campo al furor de los cícones dieran su vida.
Pero Zeus que amontona las nubes alzó con el bóreas
a mis naves tremenda borrasca; cubrió con sus nieblas
tierra y mar juntamente: en el cielo asomaba la noche.
Hocicando de prora marchaban mis barcos; las velas
desgarraba en tres trozos y cuatro la furia del viento.
Las echamos abajo por miedo a la muerte y remamos
con vigor rumbeando hacia tierra: dos noches seguidas
y dos días yacimos allá consumidos a un tiempo
de fatiga y dolor. Cuando trajo el tercero la Aurora,
la de espléndidos bucles, irguiendo los palos de nuevo
desplegamos en ellos el blanco velamen; sentados
nuestro rumbo dejamos regir al piloto y las brisas.

Sin más daño yo entonces llegara al país de mis padres,
pero, dando la vuelta a Malea, la fiera corriente
con el cierzo me vino a arrastrar rebasando Citera.

Nueve días de allí derivé con mortíferos vientos
sobre el mar rico en peces. Al décimo vimos la tierra
de los hombres lotófagos, gente que sólo de flores
se alimenta; salimos del barco e hicimos la aguada
y a comer nos pusimos al pie de las naves ligeras.

Cuando ya de comer y beber estuvimos saciados,
elegí dos amigos que fueran a ver, tierra adentro,
qué varones había en el país comedores de trigo.
Un heraldo también envié en su compaña y, a poco
de emprender el camino, vinieron a dar con los hombres
que se nutren del loto y que, en vez de tramarles la [muerte,
les hicieron su fruto comer. El que de ellos probaba
su meloso dulzor, al instante perdía todo gusto
de volver y llegar con noticias al suelo paterno;
sólo ansiaba quedarse entre aquellos lotófagos, dando
al olvido el regreso, y saciarse con flores de loto.
Los conduje a las naves por fuerza y en llanto; arrastrélos
por la cala y, al fin, los dejé bien atados debajo
de los bancos. Al punto ordenaba a mis otros amigos
que embarcaran aprisa en las rápidas naves, no fuese
que comieran algunos la flor y olvidasen la patria.
Diligentes entraron a bordo, pusiéronse al remo
y, sentados en fila, batieron las aguas grisáceas.

Desde allí, con dolor en el alma, seguimos bogando
hasta dar en la tierra que habitan los fieros ciclopes,
unos seres sin ley. Confiando en los dioses eternos,
nada siembran ni plantan, no labran los campos, mas todo
viene allí a germinar sin labor ni simienza: los trigos,
las cebadas, las vides que dan un licor generoso
de sus gajos, nutridos tan sólo por lluvias de Zeus.
Los ciclopes no tratan en juntas ni saben de normas
de justicia; las cumbres habitan de excelsas montañas,
de sus cuevas haciendo mansión; cada cual da la ley
a su esposa y sus hijos sin más y no piensa en los otros.

Una isla por nombre Laquea se extiende de frente
a la costa de aquellos ciclopes, ni cerca ni lejos;
es boscosa y en ella se crían las cabras salvajes
incontables por cierto, pues no las ahuyentan los pasos
de los hombres ni van cazadores tras ellas, de aquellos

que pasando fatigas escalan por selvas las cumbres;
no les quitan tampoco la tierra labor ni rebaños,
ya que, siempre sin siembra y baldía, desierta de gente,
les produce la isla su pasto a las cabras balantes.

Y es que faltan a aquellos ciclopes las naves purpúreas
y no tienen varones que hagan los sólidos buques
en que puedan pasar a las muchas ciudades pobladas
por humanos, cual suelen los otros hacer que en bajeles
atraviesan el mar de país en país. Tales hombres
bien pudieran tener floreciente la isla: su suelo
no es mezquino en verdad; rendiría de todos los frutos,
porque tiene unos húmedos prados de hierbas suaves
junto al mar espumoso; perennes las vides serían
sobre él, las labores ligeras, espesas las mieses
y de buena sazón, porque es mucho el mantillo en la tierra.
Tiene un puerto, asimismo, con buen fondeadero; ni el
[cable
necesítase en él ni los sachos ni amarras, mas basta
el entrar y quedarse hasta el tiempo en que venga a las
[gentes
el deseo de partir y se alcen los vientos propicios.

En el fondo del puerto deslízase límpida el agua
manantial de una gruta, y en torno han medrado los chopos.

Hacia allí penetraron mis barcos; un dios conducíanos
a través de la lóbrega noche sin luz y sin vista;
densa sombra cercaba las naves; la luna no daba
en el cielo sus rayos; cubríanlo del todo las nubes.

Nadie vio con sus ojos la isla; tampoco advertimos
el olaje que en larga carrera rodaba hacia tierra
hasta estar en la playa las naves, mas, luego que habíamos
tocado la costa, plegamos del todo las velas,
en la misma rompiente salimos del barco y, a poco,
en espera del alba divina nos dimos al sueño.

Al mostrarse la Aurora temprana de dedos de rosa,
recorrimos la isla admirándolo todo y las ninfas,
tiernas hijas de Zeus que embraza la égida, alzaron
de sus lechos las cabras por dar de comer a los míos.
De las naves sacamos, al punto, los arcos en comba,
los venablos de cubo alargado; formadas tres bandas,
empezamos el tiro y, a poco, una caza sabrosa
concediónos un dios. Doce naves conmigo venían:
cada una llevó nueve cabras y diez a mí solo
me entregaron; allí hasta la puesta del sol estuvimos
consumiendo del dulce licor y las carnes sin cuento.

No faltaba en verdad rojo vino en las naves: habíalo,
que, al tomar la sagrada ciudad de los cícones, todos
las vasijas habíamos colmado. Volvíamos la vista
entretanto al vecino país de los fieros ciclopes;
percibíamos sus humos, sus voces, también los balidos
de sus cabras y ovejas. Hundíase el sol, y en las sombras
nos dormimos oyendo el romper de las aguas marinas.

Al mostrarse la Aurora temprana de dedos de rosa,
a mis hombres llamando a reunión les hablé de este modo:
'Mis leales amigos, quedad los demás aquí quietos
mientras voy con mi nave y la gente que en ella me sigue
a explorar de esos hombres la tierra y a ver quiénes sean,
si se muestran salvajes, crueles, sin ley ni justicia,
o reciben al huésped y sienten temor de los dioses'.

Tal diciendo, a la nave subí y ordené a mis amigos
que embarcaran también y soltasen amarras de popa.
Embarcando ocuparon los bancos; sentados en fila,
empezaron a herir con los remos las aguas grisáceas.

Atracamos bien pronto en la costa vecina y, al punto,
en un cabo a la orilla del mar una cueva advertimos

grande y alta, emboscada en laureles; allí amajadaban
muchas reses, ovejas y cabras, y en torno un recinto
extendíase solado de lajas hundidas en tierra
con altísimos pinos y encinas de excelso ramaje.
Era dueño del antro un varón monstruoso; pacía
sus ganados aparte, sin trato con otros ciclopes,
y guardaba en su gran soledad una mente perversa.
Aquel monstruo causaba estupor, porque no parecía
ser humano que vive de pan, sino pico selvoso
que se eleva señero y domina a las otras montañas.

Ya en la playa mandé a los demás de mis fieles amigos
que quedasen allí custodiando el bajel y, escogiendo
a los doce mejores, me puse en camino; llevaba
un gran odre de cuero cabrío repleto de un dulce
vino negro que antaño me diera Marón el de Evantes,
sacerdote de Apolo, el patrono de Ísmaro. Causa
fue del don el haberle dejado con vida, lo mismo
que a su esposa y su hijo, en respeto del dios, pues vivía
en el bosque de Febo; pagóme con ricos presentes.
Me entregó, lo primero, hasta siete talentos de oro
de esmerada labor y añadió una cratera de plata;
doce ánforas, luego, me dio, todas llenas de un vino
generoso y sin mezcla, bebida de dioses. Ninguno
de los siervos o siervas que había en el hogar conocía
tal licor; sólo él y su esposa y la fiel despensera.
Cada vez que libaba del vino rojizo con dejos
deliciosos de mieles, llenaba una copa y partíala
entre veinte de agua; la mezcla exhalaba un aroma
seductor, que era duro dejar de beber. De este vino
un gran odre llevaba y bien lleno; también puse un saco
de viandas con él; barruntaba en mi espíritu prócer
que me habría de encontrar con un hombre dotado de
[ingente
fortaleza, brutal, sin noción de justicia ni ley.

A buen paso alcanzamos la gruta, mas no hallamos dentro
a su dueño, que andaba paciendo su pingüe manada
por los prados, y ya en su oquedad registrámoslo todo.
Vimos zarzos cargados de quesos y prietos rediles
que guardaban por orden de edad los corderos y chotos,
los de dos estaciones aquí, más allá los medianos,
a otro lado los más pequeñuelos; bosaban de leche
las vasijas labradas, colodras y jarras, en donde
reservaba su ordeño. Empezó en aquel punto mi gente
a pedir que, cogiendo los quesos y dando salida
a corderos y chivos, volviéramos luego con ellos
a cruzar en la rápida nave las aguas salobres;
mas yo, sordo a sus ruegos (¡y cuánto mejor fuera oírlos!),
quise ver a aquel hombre y pedirle los dones de huésped:
¡poco amable en verdad iba a ser su presencia a los míos!

Así, pues, encendimos el fuego, quemamos la ofrenda
y, cogiendo los quesos, comimos y allá nos sentamos
a esperar su venida. Llegó con sus reses; traía
una carga imponente de leños pensando en su cena;
tal estruendo produjo al tirarla en mitad de la gruta,
que de miedo nos fuimos al fondo de aquélla. Él, en tanto,
empujaba a la cueva espaciosa la pingüe manada
de sus hembras paridas; dejó en el corral allá fuera
a los machos, carneros y bucos; después, en sus brazos
levantando un enorme peñón, ajustólo a la entrada.
Veintidós buenos carros de cuádruple rueda no habrían
del umbral removido aquel cierre: tal era el abrupto
pedrejón con que aquél afirmaba su puerta. Sentado
ordeñaba, después, sus ovejas y cabras balantes
cada cual por su orden; soltándoles luego las crías
por debajo, cuajó la mitad de la cándida leche
y dejóla guardada en trenzados cestillos y el resto
del ordeño lo echó sin cuajar en las jarras, ya fuese
de remedio a su sed o quizá por beberlo en su cena.

Una vez que atendidos quedaron aquellos quehaceres,
encendiendo el hogar descubriónos y habló de este modo:
'¿Quiénes sois, forasteros? ¿De dónde venís por la ruta
de las aguas? ¿Viajáis por negocio o quizá a la ventura,
como van los piratas del mar que navegan errantes
exponiendo su vida y llevando desgracia a los pueblos?'

Al oírle, el temor quebrantó nuestros pechos, tal era
de terrible su voz, de espantosa su propia figura;
mas con todo logré contestarle con estas palabras:
'Somos dánaos que errando venimos del campo de Troya
sobre el seno sin fondo del agua a merced y capricho
de los vientos. Buscando el hogar nos torcieron el rumbo
por diversa región y distintos caminos: decreto de Zeus
ello fue a no dudar. Nos gloriamos de ser de las huestes
que mandó Agamenón, cuya fama es sin par bajo el cielo,
pues tan grande ciudad arrasó, tantas fueron las gentes
que deshizo en la lid. A tus plantas venimos ahora
esperando nos des la señal de hospedaje o nos hagas
de lo tuyo otro don según es entre huéspedes ley.
Ten respeto, señor, a los dioses. En ruego venimos;
al que en súplica llega y al huésped, amparo y venganza
presta Zeus Hospital; él conduce al honrado extranjero.'

Dije así y él sin más contestóme con ánimo impío:

'Eres necio, extranjero, o viniste de lejos, pues quieres
que yo tema o esquive a los dioses. En nada se cuidan
los ciclopes de Zeus que embraza la égida, en nada
de los dioses felices, pues somos con mucho más fuertes;
por rehuir el enojo de aquél no haré yo gracia alguna
ni a tus hombres ni a ti cuando no me lo imponga mi gusto.
Pero dime, ¿por dónde atracaste tu sólida nave?
¿Fue quizás en el cabo o más cerca? Quisiera saberlo.'

Tal decía poniéndome a prueba, mas no me engañaba,
que era larga mi astucia, y así contestéle con dolo:

'Mi bajel lo estrelló Posidón que sacude la tierra,
pues lo vino a lanzar contra aquel roquedal de la costa
en la punta del cabo, que allí lo acercaron los vientos,
y con éstos me pude salvar de la muerte inminente.'

Dije así, pero nada repuso su espíritu impío.
Dando un salto, sus manos echó sobre dos de mis hombres,
los cogió cual si fueran cachorros, les dio contra el suelo
y corrieron vertidos los sesos mojando la tierra.
En pedazos cortando sus cuerpos dispuso su cena:
devoraba, al igual del león que ha crecido en los montes,
sin dejarse ni entrañas ni carnes ni huesos meolludos
y nosotros, en llanto, testigos del acto maldito,
levantamos las manos a Zeus, del todo impotentes.
Pero lleno que tuvo su estómago ingente el ciclope
de las carnes de hombre y la leche bebida con ellas,
acostado en mitad de sus reses durmióse en su antro.

Al momento me di yo a pensar en mi espíritu altivo
en llegarme, sacar del costado la aguda cuchilla
y clavarla en su cuerpo entre el pecho y el hígado luego
de palpar con la mano; otro impulso detúvome entonces,
pues hubiéramos muerto nosotros también sin remedio
incapaces de alzar con los brazos la piedra terrible
que él dejaba en la gran abertura cerrando su cueva.
Suspirando, a la espera quedamos del alba divina.

Al mostrarse la Aurora temprana de dedos de rosa,
encendiendo el hogar, ordeñó sus espléndidas reses
cada cual por su orden; soltóles al punto las crías
por debajo y, cumplido que estuvo el quehacer, alcanzando

a otros dos de mis hombres dispuso su almuerzo con ellos.
Ya comido, sacó de la cueva sus pingües rebaños,
expedito quitando el gran cierre; mas luego volviólo
a su propio lugar cual si fuera una tapa de aljaba.
Con inmenso alboroto sacaba a la sierra el ciclope
sus lozanas ovejas; yo en tanto trazaba mil males
meditando el desquite si Atena me daba esa gloria.
Y en mi mente mostrábase al fin la mejor de las trazas.
De un redil a la vera tendido dejaba el ciclope
un gran tronco de olivo que aún verde arrancó para usarlo
tras dejarlo secar; comparado le habíamos nosotros
con el mástil de un negro navío de veinte remeros,
el bajel de transporte espacioso que cruza el abismo
de las aguas sin fin, que tal era de grueso y de largo.
De este leño corté la extensión de una braza y lo puse
en poder de mis hombres que fueran puliéndolo. Pronto
alisado quedó; le aguzaba yo en tanto la punta
y después lo curé al fuego vivo; por fin escondílo
recubriéndolo bien con estiércol, que en gran abundancia
se esparcía por la cueva. Al momento mandaba a mis [hombres
sortear los que habían entre ellos de alzar aquel palo
y arriesgarse conmigo a meterlo y frotarlo en el ojo
del ciclope una vez le tomara el hechizo del sueño.
Y hete aquí que sacaron por suerte los cuatro que hubiera
por mi gusto elegido; yo el quinto formé en su partida.
Llegó él con la noche paciendo sus reses lozanas
de lucido pelaje y entrólas a la ancha caverna
sin dejarse ninguna en el hondo corral, ora fuese
con algún pensamiento o que un dios de ese modo lo [impuso.
Levantando en seguida el ingente portón, ajustólo
a la entrada, sentóse a ordeñar sus ovejas y cabras
cada cual por su turno y soltóles por bajo las crías.

Cuando al fin atendidos quedaron aquellos quehaceres,
atrapando a otros dos de los míos los hizo su cena.
Acerquéme yo entonces a él levantando mis manos
con un cuenco de negro licor y le hablé de este modo:
'Toma y bebe este vino, ciclope, una vez que has comido
carnes crudas de hombre. Verás qué bebida guardaba
mi bajel; para ti la traía si acaso mostrabas
compasión y ayudabas mi vuelta al hogar; mas no tienes
en tu furia medida. ¡Maldito! ¿Qué seres humanos
llegarán después de esto hasta ti? No has obrado en justicia.'

Tal le dije; cogiólo y bebió con deleite salvaje
todo el dulce licor y pidióme sin pausa otro cuenco:
'Dame más, no escatimes, y sepa yo al punto tu nombre;
te he de hacer un regalo de huésped que habrá de alegrarte;
nuestro fértil terruño también a nosotros da un mosto
de racimos egregios que nutre la lluvia de Zeus;
pero esto es efluvio de néctar y flor de ambrosía.'

Tal habló; yo brindéle de nuevo del vino tostado
y hasta dos veces más; y las tres lo apuró en su locura.
Mas después que el licor empezaba a rondar las entrañas
del ciclope, volvíme yo a él con melosas palabras:
'Preguntaste, ciclope, cuál era mi nombre glorioso
y a decírtelo voy, tú dame el regalo ofrecido:
ese nombre es Ninguno. Ninguno mi padre y mi madre
me llamaron de siempre y también mis amigos.' Tal dije
y con alma cruel al momento me dio la respuesta:
'A Ninguno me lo he de comer el postrero de todos,
a los otros primero; hete ahí mi regalo de huésped.'

Dijo así y, vacilando, cayóse de espaldas; tendido
quedó allá con el cuello robusto doblado y el sueño,

al que todo se rinde, vencióle; eructando el borracho
despidió de sus fauces el vino y las carnes humanas.
Yo a mi vez, en las brasas espesas metiendo aquel tronco,
esperé a que tomara calor; entretanto animaba
de palabra a los míos no fuese a arredrarlos el miedo;
y ya a punto de arder, aunque verde, la estaca de olivo,
encendida de brillo terrible, llevéla del fuego
hasta él. Mis amigos de pie colocáronse en torno
y algún dios en el pecho infundióles valor sin medida;
levantando la estaca oliveña aguzada en su punta
se la hincaron con fuerza en el ojo. Apoyado yo arriba,
la forzaba a girar cual taladro que en manos de un hombre
va horadando una viga de nave; a derecha e izquierda
mueven dos la correa y él gira sin pausa en su sitio.
Tal clavando en el ojo la punta encendida, a mi impulso
daba vueltas en él; barbotaba caliente la sangre
en su torno y el ascua abrasaba, quemada la niña,
ya la ceja y el párpado; el fondo del ojo chirriaba
en el fuego. Cual gime con fuerza en tonel de agua fría
la gran hacha o la azuela que baña el broncista tratando
de dejarlas curadas (que es ésa la fuerza del hierro),
tal silbaba aquel ojo en redor de la estaca de olivo.
Exhaló un alarido feroz, resonó la caverna;
de terror nos echamos atrás; él, cogiendo la estaca,
la arrancaba del ojo manchada de sangre abundante
y con gesto de loco arrojóla de sí con las manos.
Daba voces llamando a los otros ciclopes, que en torno
por las cumbres ventosas poblaban las cuevas. Oyendo
sus clamores llegaban de acá y acullá y apostados
rodeaban la gruta inquiriendo qué mal le afligía:
'¿Por qué así, Polifemo, angustiado nos das esas voces
a través de la noche inmortal y nos dejas sin sueño?
¿Te ha robado quizás algún hombre las reses? ¿O acaso
a ti mismo te está dando muerte por dolo o por fuerza?'

Desde el fondo del antro les dijo el atroz Polifemo:
'¡Oh queridos! No es fuerza. Ninguno me mata por dolo.'

Y en aladas palabras respuesta le daban aquéllos:
'Pues si nadie te fuerza en verdad, siendo tú como eres,
imposible es rehuir la dolencia que manda el gran Zeus,
pero invoca en tu ayuda al señor Posidón, nuestro padre.'

Tal diciendo se iban y yo me reí en mis adentros
del engaño del nombre y el plan bien urdido. Gemía
el ciclope de agudos dolores y andaba palpando
con las manos en torno; quitó el pedrejón de la entrada
y, sentado a la puerta, los brazos tendía por si a alguno
atrapaba dispuesto a escaparse mezclado al rebaño:
¡tal de necio sin duda juzgábame a mí en sus entrañas!
Yo entretanto pensaba a mi vez en hallar un buen medio
de salir de aquel trance, librar de la muerte a mis hombres
y a mí mismo con ellos; trazaba mil planes y engaños,
pues nos iba la vida y sentíamos la gran amenaza.
Y a mi mente mostrábase al fin el ardid más seguro:
allí estaban los recios carneros de espesos vellones,
bien hermosos y grandes con lanas color de violeta.
Reteniendo la voz, enlacélos con mimbres de fuerte
trabazón que la cama formaban de aquel monstruo infame:
amarraba tres juntos, colgábase un hombre al de en medio
y los otros a izquierda y derecha servíanle de guarda.
Un varón transportaban así cada tres; por mi parte
atrapé por el lomo a un morueco, con mucho el más fuerte
del rebaño; corríme después hasta el vientre velludo
y me eché bajo él; con las manos cogido a sus lanas
prodigiosas, me tuve allí firme con ánimo entero
y en tal guisa gimiendo esperamos el alba divina.

Al mostrarse la Aurora temprana de dedos de rosa,
el ciclope sacaba sus machos al prado; balaban

las ovejas allá en sus rediles por falta de ordeño,
rebosantes las ubres. Su dueño, abrumado de horribles
sufrimientos, posaba la mano en el lomo a las reses
que un instante parábanse erguidas: el necio ignoraba
que los hombres colgaban del vientre y las lanas espesas.
Mi morueco el postrero pasó hacia la puerta; llevaba
de sus lanas el peso y a mí con mis graves cuidados.

Por encima palpándolo dijo el atroz Polifemo:
'¿Cómo vas, mi carnero leal, de zaguero en la cueva?
Antes nunca quedabas detrás de los otros; con mucho
el primero pastabas la flor de la hierba reciente
alargando tu paso; el primero llegabas a orillas
de los ríos; traíate el primero en la tarde al establo
la querencia. ¡Tú el último ahora! Quizá echas en falta
la mirada del amo cegado por hombre perverso
y su hueste maldita; con vino venció mis entrañas.
¡Ah, Ninguno! No piense que ya se escapó a la ruina.
Si pudieras conmigo sentir y tuvieras palabra,
me dirías en qué sitio se esconde a mi cólera; entonces,
estrellado en el suelo, sus sesos regaran la cueva
por un lado y por otro y calmáranse así los dolores
que me ha puesto en el pecho ese vil, despreciable [Ninguno.'

Tal diciendo empujaba al carnero y le daba salida.
Una vez alejados un trecho del antro y su cerca,
me solté del morueco el primero, solté a mis amigos,
arreamos los gruesos carneros de patas sutiles
y con largos rodeos llegamos por fin a la nave.
¡Cuán alegre que fue a mis amigos la vista de aquellos
que volvíamos rehuida la muerte! Lloraban gimiendo
por los otros, mas yo con el ceño corté sus suspiros
y mandé que, cargando en seguida los muchos carneros

de preciosos vellones, surcaran las aguas saladas.
Embarcáronse al punto, ocuparon los bancos en fila
y azotaron a golpes de remos el mar espumante.

Y, distante la costa no más que el alcance de un grito,
dirigíme al ciclope y clamé con palabras de injuria:
'¡Oh ciclope! En verdad no era un débil aquel cuyos
[hombres
devoraste en la cóncava gruta con fiera violencia;
sin remedio tenías a tu vez que sufrir un mal trato,
pues osaste, maldito, comerte a tus huéspedes dentro
de tu casa. Ya Zeus se ha vengado y las otras deidades.'

Tal le dije y, con ello, en el pecho le entró nueva furia:
arrancando la cima de una alta montaña, lanzóla
contra el barco de prora azulada; cayó por delante
casi a punto de herir el timón en su extremo. Al venirle
desde arriba el peñón, solevóse la mar, y las olas
empujaron de nuevo la nave hacia tierra, al reflujo
de las aguas; forzada marchaba a chocar con la costa,
mas, tomando en mis manos un gran botador, dile impulso
hacia fuera y, volviendo la vista a mi gente, movía
la cabeza en premiosa señal de remar con más brío
para huir del desastre. Curvábanse encima del remo
y de tierra distábamos ya como el doble que antes
cuando hablé nuevamente al ciclope. Mis hombres en torno
reteníanme de un lado y de otro con blandas palabras:
'¡Desgraciado! ¿Por qué excitar más a ese monstruo
[salvaje?
Ya, lanzando la roca en el mar, arrastró nuestro barco
nuevamente hasta tierra y nos dimos por muertos; si
[ahora
tus palabras percibe o conoce tu voz, bien seguro,
las cabezas nos ha de aplastar y las tablas del barco
disparando algún recio peñón, pues que tal es su fuerza.'

Así hablaban, mas no convencieron mi espíritu altivo;
antes bien, le volví a apostrofar con palabras de ira:
'¡Oh ciclope! Si alguno tal vez de los hombres mortales
te pregunta quién fue el que causó tu horrorosa ceguera,
le contestas que Ulises, aquel destructor de ciudades
que nació de Laertes y en Ítaca tiene sus casas.'

Tal le dije y el monstruo a su vez contestó entre gemidos:
'¡Ay de mí, que han venido a cumplírseme antiguos presagios!
Hubo en tiempos aquí un adivino, varón grande y noble,
el Eurímida Télemo, excelso en el arte, que viejo
vino a hacerse anunciando el futuro a los fuertes ciclopes.
Él me dijo que habría de cumplirse esto todo, que habrían
de cegarme las manos de Ulises; mas yo por mi parte
sospechaba que había de venir un varón corpulento
y gallardo, dotado de ingente poder; y hete ahora
que me viene a privar de la vista un ruín, un enano,
hombrecillo sin fuerzas, después de vencerme con vino.
Pero vuélvete, Ulises, acá, que te dé mi hospedaje,
cuidaré de que ayude tu ruta el que agita la tierra;
hijo suyo soy yo y él se goza en llamarse mi padre;
sólo él, si lo quiere, me habrá de sanar, no otro alguno
de los dioses de vida feliz ni los hombres mortales.'

Tal habló y, a mi vez, respondíle con estas palabras:
'¡Ojalá tan de cierto pudiera privarte del alma
y la vida y mandarte sin más a las casas de Hades
como no curará tu ceguera el que agita la tierra!'

Tal le dije. Él, clamando al señor Posidón, elevaba
sus dos manos al cielo cuajado de estrellas: 'Escucha,
Posidón de cabellos azules que abrazas la tierra:
si soy tuyo en verdad y en llamarte mi padre te gozas,

haz, te ruego, que Ulises, aquel destructor de ciudades
que nació de Laertes y en Ítaca tiene sus casas,
no retorne a su hogar; y si está decretado que un día
vuelva a ver a los suyos, su buena mansión y su patria,
que sea tarde, en desdicha, con muerte de todos sus
[hombres,
sobre nave extranjera; y encuéntrese allí nuevos males.'

Esta fue su plegaria que oyó el de cabellos azules.
Él, entonces, alzando un peñón muy más grande que el
[otro
con inmenso vigor, lo lanzó a rodeabrazo; cayónos
algún tanto detrás de la nave de prora azulada
casi a punto de herir el timón en su extremo. Al venirle
desde arriba el peñón, solevóse la mar y el reflujo
impulsó hacia delante el bajel acercándolo a tierra.
Arribamos al fin a la isla en que estaban reunidos
los restantes bajeles de buena cubierta; mis hombres
se entregaban en presa al dolor en espera constante.
Al momento varamos la nave en la arena y salimos
a la playa nosotros también; arreamos las reses
del ciclope arrojándolas fuera del hueco navío
y partimos la presa entre todos por partes iguales.
Sólo a mí mis amigos de espléndidas grebas me dieron
un cordero de más al hacer el reparto: en la playa
ofrecílo a Zeus Crónida, el rey soberano entre todos,
al que envuelven las nubes sombrías; queméle los muslos
y rehusó el sacrificio, que ya meditaba el desastre
de mis naves de buena cubierta y mis fieles amigos.
Luego allí hasta la puesta del sol nos pasamos el día
devorando sentados las carnes sin fin y bebiendo
dulce vino; y, al irse la luz y extenderse las sombras,
nos dormimos oyendo el romper de las aguas marinas.
Asomaba la Aurora temprana de dedos de rosa
cuando yo, despertando a mis hombres, instéles de nuevo

a subir al bajel y soltar las amarras de popa;
embarcáronse al punto, ocuparon los bancos y, en fila,
azotaron a golpes de remo las aguas grisáceas.

No sin duelo volvíamos al mar, mas contentos en parte
por salvar nuestras vidas después de perder los amigos.»

CANTO X

«Arribamos a Eolia, la isla en que tiene su sede
un varón de los dioses querido, el Hipótada Eolo;
es aquélla flotante y un muro irrompible de bronce
la defiende en redor; lisas suben del mar las escarpas.
Doce hijos allí en su morada nacieron a Eolo,
seis varones ya en flor y con ellos seis hembras: él dioles
por mujeres a aquéllos sus hijas y un día tras de otro
comen todos en casa del padre y la madre su esposa.
Infinitos manjares hay siempre en la mesa, el aroma
de la grasa desborda el hogar donde suenan los cantos
todo el día; las noches descansan al lado de aquellas
venerables esposas en lechos con ricos tapetes.
A esta villa y hermosos palacios llegamos nosotros
y hospedónos allí todo un mes; preguntó largamente
por Ilión, por las naves aqueas, la vuelta de Troya
y fielmente le fui contestando yo a todo, mas luego
le pedí me dejara partir y ayudara mi vuelta
a la patria y él nada rehusó, me otorgó toda ayuda:
desollando un gran buey que cumplía nueve yerbas, un [odre
fabricó con su piel y en su seno apresó las carreras
de los vientos mugientes, que todos los puso a su cargo
el Cronión para hacerlos cesar o moverse a su gusto.
Con un hilo brillante de plata reatólo ya dentro
del bajel, por que no se escapara ni el aura más tenue;

sólo al céfiro fuera dejó que soplase ayudando
a mi flota y mi gente en la ruta. ¡No había de cumplirse!
La locura de aquellos amigos nos trajo la muerte.

Navegamos así noche y día por nueve jornadas,
era ya la decena. Asomaron los campos paternos
y alcanzamos a ver las hogueras que en ellos hacían,
pero entonces a mí me tomó dulce sueño, cansado
de regir sin cesar las escotas. Me había resistido
a dejarlas a otro en mi afán por llegar a la patria
y a ese tiempo entre sí platicaban mis hombres. Decían
que en el barco llevaba yo a casa oro y plata, regalo
del magnánimo Hipótada Eolo; y alguno entre ellos
murmuró de este modo mirando al que estaba a su lado:

'¡Desdichado de mí! ¡Lo que quieren y aprecian a éste
cuantos hombres encuentra al llegar a ciudades y tierras!
Mil alhajas preciosas sin duda trae ya desde Troya
del botín y a nosotros, que hicimos su misma jornada,
a la patria nos toca volver con las manos vacías.
Por remate ahora Eolo en su amor le ha entregado [estas prendas;
pero, ¡ea!, miremos aprisa lo que hay aquí dentro
y sepamos el oro y la plata que guarda en el odre.'

Tal decían. El mal parecer acabó de imponerse:
desataron el odre, en tropel se escaparon los vientos
y su furia arrastrónos de nuevo a la mar, ya a la vista
de la patria, sumidos en llanto. Despierto yo entonces
meditaba en mi mente sin tacha si habría de arrojarme
de la nave a morir en el agua o mejor me estaría
aguantar en silencio y seguir en la grey de los vivos.
Y sufrí y resistí y, envolviéndome todo en mi manto,
me acosté en el bajel. La borrasca llevaba las naves
otra vez a la isla de Eolia; mis gentes gemían.

Arribando salimos a tierra e hicimos la aguada
y almorzaron mis hombres en torno a las naves ligeras.
Cuando ya de comer y beber estuvimos saciados,
un marino conmigo tomé y un heraldo y me puse
en camino a las ínclitas casas de Eolo: encontréle
de festín con sus hijos y esposa y, no osando nosotros
traspasar el umbral, nos sentamos al pie de los quicios.

Admiráronse todos al vernos y al fin preguntaron:
'¿Por qué vuelves, Ulises? ¿Qué infausta deidad te ha [atacado?
En verdad que de todo te dimos a fin de que fueras
a tu patria, a tu propia morada, a cualquier otro sitio
que quisieses.' Tal fue su razón y angustiado repuse:
'Me han perdido mis malos amigos y el sueño funesto,
mas sacadme vosotros con bien, pues está en vuestra [mano.'

Tal les dije queriendo ganarlos con dulces palabras
y guardaron silencio. Rompiólo por último el padre:
'¡Deja al punto la isla, infeliz entre todos los vivos!
No es mi ley acoger ni ayudar en su ruta a hombre alguno
que aborrezcan los dioses de vida dichosa. Sal luego,
que en verdad has llegado hasta aquí de los dioses maldito.'

Tal diciendo me echó de sus casas, salí suspirando
y volvimos al mar con la angustia en el pecho: quebraba
el valor de mis hombres su duro remar, pues habíamos
por la propia locura perdido la ayuda del viento.

Navegamos así seis jornadas de noche y de día
y a la séptima vimos el alto castillo de Lamo
y a Telépilo en tierra lestrígona. Allí el ganadero
que recoge sus reses saluda al que sale y el otro
le contesta. Sin sueño un pastor ganaría dos jornales

custodiando boyadas y luego rebaños de ovejas:
tan de cerca se siguen los pasos la noche y el día.
Penetramos sin más por el cómodo puerto; una roca
en escarpa continua lo ciñe de un lado y de otro
con remates en dos promontorios que dan frente a frente
y que forman su boca: delgado canal los divide.
Impulsaron por éste mis hombres las cóncavas naves
y en el seno del puerto quedaron atadas, bien juntas
entre sí, que en verdad no se alzaba en el agua una ola
ni pequeña ni grande: era todo una paz cristalina.
Yo, no obstante, retuve allá fuera mi negro navío
por la parte exterior, amarrélo a una peña y subiendo
remontéme a observar en fragosa atalaya: no había
de mi vista al alcance labor de varones ni bueyes;
sólo un humo observé que surgía de la tierra y, entonces,
a mis hombres mandé que delante marcharan y viesen
qué mortales había en el país, comedores de trigo.
Elegí dos de ellos y fue de tercero un heraldo,
que tomaron el ancho camino por donde la leña
de las cumbres serranas venía a la ciudad en los carros.
Cerca ya se encontraron con una doncella, hija prócer
del lestrigon Antífate; estaba en la fuente que dicen
la Artacía, venida por agua a su clara corriente
donde todo aquel pueblo la suele tomar. Mis amigos
detuviéronse allá y acercándose a ella inquirieron
del señor de la tierra, quién era y en quiénes reinaba.
Indicóles al punto la excelsa mansión de su padre
y se entraron al rico palacio. Mostróse la dueña,
que en su talla era monte rocoso, tomóles el miedo,
pero ella llamó desde el ágora a Antífate el grande,
su marido, que trajo a mis hombres funesta ruina:
reventando a uno de ellos comiólo de almuerzo y los otros
escaparon de un salto y huyeron corriendo a las naves.
Y hete al rey que gritaba la alarma y, oyéndola todos,
acudieron de acá y acullá los lestrígones fieros
en tropel, con su talla gigante, mayor que la humana.

Apostados arriba en la escarpa lanzaban enormes
pedrejones: subía de las naves fragor horroroso
al morir de mis gentes y al rudo estallar de las quillas.
Ensartados a modo de peces lleváronlos luego
a su triste festín. Mientras ellos hacían la matanza
en el fondo del puerto, saqué de mi flanco el cuchillo
puntiagudo y corté las amarras del barco azulenco.
Al instante, avivando a mi gente, mandé que se echaran
con vigor a los remos por ver de escapar al desastre
y ellos todos batieron las aguas con miedo a la muerte.
¡Qué descanso al salir el bajel de aquel techo de piedras
hacia el mar! Aplastados en masa quedaban los otros.

Navegábamos no sin dolor, mas contentos en parte
por salvar nuestras vidas después de perder los amigos.

Y llegamos a Eea, la isla habitada por Circe,
la de hermosos cabellos, potente deidad de habla humana.
Es hermana de Eetes, el dios de la mente perversa;
una y otro nacieron del Sol que da luz a los hombres
y su madre fue Persa, engendrada a su vez del Oceano.
Por aquella ribera en silencio atracamos la nave
en un puerto espacioso: sin duda algún dios nos guiaba.
Descendiendo a la playa pasamos en ella dos días
con sus noches, tendidos en presa al dolor y al cansancio;
cuando trajo el tercero la Aurora de hermosos cabellos,
recogiendo mi lanza y la espada de filo cortante
y dejando resuelto la nave, subí a una atalaya
para ver si advertía desde ella labores de hombres
o sentía alguna voz. Vigilando en la cima fragosa,
vi salir de la tierra de extensos caminos un humo
en espeso encinar: allí estaba el palacio de Circe.
Tras de ello empecé a meditar en mi pecho y mi mente
si llegarme a explorar aquel sitio en que había visto el humo;
mas, pensándolo bien, comprendí que mejor me estaría

regresar a la playa primero y la rápida nave
y, después que almorzaran mis hombres, mandarles que [fueran
ellos mismos allá. Cuando estaba ya cerca del barco
de ancha comba, algún dios se apiadó de mi gran [desamparo
y lanzó por mi mismo camino un gran ciervo de excelsa
cornamenta. Bajaba del bosque a beber en el río,
pues la furia del sol lo agobiaba de sed. Y yo al verlo
asomar disparé: por mitad le alcancé el espinazo
y quedó atravesado del bronce. Cayó sobre el polvo
y, exhalando un mugido, con él escapósele el alma.
Apoyé en él mi pie y, arrancando la lanza broncínea
de la herida, dejéla allá aparte tendida en la tierra;
desgajando después unas ramas de zarzas y mimbres,
una cuerda trencé de una braza de largo, bien fuerte
por los cabos. Con ella las patas prendí del enorme
animal y lo eché a mis espaldas; seguí hacia la nave
apoyado en la lanza. Imposible llevarlo en el hombro
de la mano cogido: ¡gran pieza en verdad era aquélla!

La tiré ante el bajel y animé a mis amigos con voces
de consuelo, llegándome al lado del uno y del otro:
'¡Oh queridos! No habremos de hundirnos en casa de [Hades
todavía, por tristes que estemos; no vino aún la hora.
Así, pues, mientras haya en la nave comida y bebida,
atendamos a ello, echad fuera el tormento del hambre.'

Dije así y al momento, escuchando mi voz, se quitaron
de los rostros el manto en la playa del mar infecundo
y admiraron el ciervo: ¡gran pieza en verdad era aquélla!
Mas, después de mirarlo un gran rato y gozar con sus ojos,
se lavaron las manos e hicieron el pingüe banquete.
Luego allí hasta la puesta del sol nos pasamos el día

devorando sentados las carnes sin fin y bebiendo
dulce vino y, al irse la luz y extenderse las sombras,
nos dormimos oyendo el romper de las aguas marinas.

Al mostrarse la Aurora temprana de dedos de rosa,
a reunión convoqué a mis amigos y hablé de este modo:
'¡Escuchadme, oh amigos, por grandes que sean
[vuestros duelos!
Pues aquí no sabemos en dónde está el alba ni en dónde
el ocaso, por dónde a enterrarse va el sol que ilumina
a los hombres ni en dónde resurge, pensemos bien pronto
si es posible algún medio de escape que yo no descubro:
sólo sé que, subiendo a fragosa atalaya, la isla
toda vi circundada del mar infinito; y es ella
bien humilde y bien llana, y un humo advertí con mis ojos
que en su centro salía de espeso encinar.' Así dije
y al hablar angustié el corazón en el pecho a mis hombres
recordando los hechos de Antífate, el rey lestrigonio,
y las fuerzas de aquel antropófago, fiero ciclope.
Derramaban un llanto abundante lanzando gemidos,
pero nada sacaban de aquellos lamentos. Yo entonces
en dos grupos partí a mis amigos de espléndidas grebas
y asigné a cada grupo su jefe; fui yo el de los unos,
de los otros Euríloco, igual a los dioses. Echamos
en un casco de bronce las suertes de ambos: movidas,
la señal nos salió del magnánimo Euríloco y luego
emprendió su camino y, con él, veintidós de mis hombres.

Todos iban llorando; nosotros también en sollozos
los miramos partir. Encontraron las casas de Circe
fabricadas con piedras pulidas en sitio abrigado;
allá fuera veíanse leones y lobos monteses
hechizados por ella con mal bebedizo: se alzaron
al llegar mis amigos y en vez de atacarlos vinieron
a halagarlos en torno moviendo sus colas. Al modo
que festejan los perros a un rey que deja el banquete

porque siempre les lleva un bocado gustoso, así ellos
coleaban, leones y lobos de fuertes pezuñas.
Asustada, no obstante, mi gente miraba a las fieras
y acogióse al umbral de la diosa de hermosos cabellos.
Percibíase allá dentro el cantar bien timbrado de Circe,
que labraba un extenso, divino tejido, cual suelen
ser las obras de diosas, brillante, sutil y gracioso.

Y Polites, el buen capitán, el más fiel y estimado
para mí de entre todos mis hombres, tomó la palabra:
'¡Oh queridos! Ahí dentro alguien hay que canta y que teje
en un amplio telar y la casa resuena a su canto
melodioso, sea diosa o mujer; pero alcemos el grito.'

Tal les dijo, gritaron los otros llamando y la diosa,
tras abrir las espléndidas puertas, salió e invitólos
a que entrasen. Siguiéronla allá sin saber lo que hacían;
sólo Euríloco fuera quedó sospechando el engaño.
Ya en la casa los hizo sentar por sillones y sillas
y, ofreciéndoles queso y harina y miel verde y un vino
generoso de Pramno, les dio con aquellos manjares
un perverso licor que olvidar les hiciera la patria.
Una vez se lo dio, lo bebieron de un sorbo y, al punto,
les pegó con su vara y llevólos allá a las zahúrdas:
ya tenían la cabeza y la voz y los pelos de cerdos
y aun la entera figura, guardando su mente de hombres.
Al mirarse en su encierro lloraban y dábales Circe
de alimento bellotas y hayucos y bayas de corno,
cuales comen los cerdos que tienen por lecho la tierra.

Retornaba ya Euríloco al negro, ligero navío
a anunciar de sus hombres el caso y amarga fortuna.
Presentóse, mas no pudo hablar; esforzábase en vano,
conmovido su pecho por una gran pena; sus ojos
se llenaban de llanto y el alma bosaba en suspiros.

Sorprendidos nosotros le hacíamos en torno preguntas
y por fin la ruina contó de los otros amigos:
'Por tu orden, Ulises glorioso, cruzamos la selva
y encontramos en medio de un valle un hermoso palacio
con sus piedras pulidas en sitio abrigado. Allá dentro
una diosa o mujer entonaba su canto sonoro
y labraba en ingente telar; al gritarle mis hombres
les abrió las espléndidas puertas, salió e invitólos
a que entrasen. Siguiéronle allá sin saber lo que hacían
y quedé solo yo sospechando en aquello un engaño.
Y no más los vi ya: largo tiempo he esperado en acecho,
mas ninguno a mi vista volvió a parecer.' Así dijo
y yo al punto me eché sobre el hombro el tahalí con la espada
poderosa y broncínea de argénteos tachones, el arco
me ceñí y ordenéle guiase hasta allí mi camino.

Él entonces, postrándose en tierra, abrazó mis rodillas
y entre llanto y sollozos me dijo en aladas palabras:
'No me fuerces a ir, ¡oh retoño de Zeus!, mas consiente
en dejarme; bien sé que ni tú lograrás el regreso
ni a ninguno traerás de tus hombres. Huyamos con éstos
sin tardanza: aún es tiempo quizá de esquivar la ruina.'

Tal habló, pero yo, por mi parte, le dije en respuesta:
'Sigue, Euríloco, ahí, si es que es ese tu gusto, comiendo
y bebiendo al amparo del hueco y oscuro navío,
que yo voy para allá, pues me impulsa una fuerza invencible.'

Y sin más la subida emprendí desde el mar y la nave;
iba ya caminando a través de aquel valle sagrado
y acercándome a casa de Circe, la rica en venenos,
cuando, próximo a ella, delante mostróseme Hermes,
el de vara de oro; tenía la figura de un joven
al que el bozo ya empieza a apuntar en la edad más graciosa.

Apretó con la suya mi mano y me habló de este modo:
'¿Cómo vas, desdichado, tú solo a través de estas breñas,
ignorando el país? Tus amigos en casa de Circe
como cerdos están encerrados en fuertes zahúrdas.
¿Has venido por caso a sacarlos? Pues bien, ni tú mismo
desde allí volverás: quedarás donde ellos. Mas, ¡ea!,
yo te quiero librar de esos males poniéndote a salvo.
Hay aquí una raíz saludable: tendrás que ir con ella
al palacio, que bien guardará tu cabeza de muerte.
Mas te voy a explicar las maléficas trazas de Circe.
Un mal tósigo hará para ti, lo pondrá en la comida,
mas con todo no habrá de hechizarte. Será tu defensa
la triaca que yo te daré, pero habrás de hacer esto:
cuando Circe te mande correr manejando su vara
fuerte y larga, tú saca del flanco tu agudo cuchillo
y le saltas encima, a tu vez, como ansiando su muerte.
Al momento verás que asustada te invita a que yazgas
a su lado: no habrás de rehusar aquel lecho divino
por que suelte a los tuyos y a ti te agasaje en sus casas,
pero exígele el gran juramento que tienen los dioses
de que no tramará para ti nuevo daño, no sea
que te prive de fuerza y vigor una vez desarmado.'

Tal diciendo, el divino Argifonte entregóme una hierba
que del suelo arrancó y, a la vez, me enseñó a distinguirla;
su raíz era negra, su flor del color de la leche;
'molu' suelen llamarla los dioses; su arranque es penoso
para un hombre mortal; para un dios todo, en cambio, es
[sencillo.

Y sin más, partió Hermes de vuelta al Olimpo anchuroso
a través de la isla y sus bosques; yo a casa de Circe
caminaba agitado mi pecho por mil desazones.

Ya pisaba el umbral de la diosa de hermosos cabellos;
me detuve y grité desde allí y, al sentir mi llamada,

tras abrir las espléndidas puertas salió e invitóme
a que entrara; seguía angustiado en mi alma y ya dentro
me sentó en un sillón tachonado con clavos de plata,
bien labrado y hermoso; a mis pies colocó un escañuelo
y mezcló en una copa de oro un brebaje agregando
venenoso licor: meditaba en su ánimo el crimen.

Me lo dio y lo apuré, pero el filtro no pudo hechizarme;
me pegó con la vara y a un tiempo me habló de este modo:
'Anda allá a las zahúrdas y tiéndete igual que los otros.'
Tal me dijo, mas yo, del costado sacando el cuchillo
puntiagudo, a la diosa asalté cual queriendo matarla;
lo esquivó por debajo chillando, abrazó mis rodillas
y me habló suplicante en aladas palabras: '¿Quién eres?
¿De qué gente y país? ¿Dónde son tu ciudad y tus padres
y por qué maravilla bebiendo el brebaje no fuiste
hechizado? Jamás un varón resistióse a esta droga
una vez que bebida pasaba el vallar de los dientes;
mas sin duda en tu entraña se encierra una mente [indomable.
¿O por caso eres tú aquel Ulises mañero que siempre
me auguró el Argifonte, el de vara de oro, que habría
de llegar en su negro, ligero bajel al retorno
desde Ilión? Vamos, pues, pon la espada en la vaina y ahora
sin tardanza a mi lecho subamos los dos, por que unidos
en descanso y amor confiemos el uno en el otro.'

Tal habló, pero yo por mi parte le dije en respuesta:
'¿Cómo, Circe, pretendes de mí que sea blando contigo
cuando tú convertiste a mis hombres en cerdos en estas
mismas salas y a mí, ya cogido, me invitas con dolo
a pasar a tu estancia y subir a tu lecho pensando
arrancarme, una vez desarmado, el vigor y la fuerza?
No quisiera yo, diosa, de cierto subir a tu lecho
si tú antes no accedes a darme palabra y jurarme
firmemente que no has de tramar nueva astucia en mi daño.'

Tal hablé y ella al punto juró como yo le pedía;
una vez que acabó el juramento con todos sus ritos,
al bellísimo lecho de Circe subí. Se sentía
entretanto en la sala el movido trajín de las siervas.
Eran cuatro, que siempre a través del palacio le prestan
diligente servicio: son hijas de fuentes, de bosques
o de ríos sagrados que al mar apresuran sus aguas.
Mientras una tendía por los troncos los bellos tapetes,
recubriendo de púrpura el lienzo que echaba primero,
la segunda ponía por delante las mesas de plata
y dejaba los áureos cestillos encima; otra de ellas,
tras mezclar en argéntea vasija suavísimo vino
con sabores de miel, colocaba las copas de oro;
con el agua la cuarta venía, la echó en gran caldera
y encendió vivo fuego debajo del trípode. Apenas
al calor hirvió el agua en el bronce brillante, invitóme
a ir al baño y, sacando aquel agua en hervor, con la fría
la mezclaba a placer; sobre mí por cabeza y por hombros
la vertió y el cansancio roedor extirpó de mis miembros.
Cuando me hubo lavado y ungido de grasa luciente,
una túnica en torno me echó y un espléndido manto;
fuera ya me sentó en un sillón con tachones de plata
bien labrado y hermoso; a mis pies arrimó un escañuelo.
Con un jarro de oro llegaba después una sierva
que en mis manos el agua vertió sobre fuente de plata
y me puso delante una mesa bruñida; la honrada
despensera, trayéndome el pan, colocólo a mi lado,
presentóme otros muchos manjares que en casa tenía
y me instó a que comiera, mas yo no sentí gusto en ello;
absorbíanme otras cosas, mi mente auguraba otros males.

Circe entonces, mirándome allá que, sentado a la mesa,
no tocaba manjar como absorto por gran pesadumbre,
acercándose a mí preguntóme en aladas palabras:
'¿Por qué, Ulises, estás ahí sentado como un hombre [mudo,

consumiendo tu alma, y no tocas manjar ni bebida?
¿Por ventura sospechas algún nuevo engaño? No tienes
nada ya que temer, pues te hice aquel gran juramento.'

Tal habló y, a mi vez, exclamé contestándole: '¡Oh Circe!
¿Qué varón de buen juicio avendríase a gustar la comida
o el licor sin sacar de prisión, antes de ello, a los suyos
y tenerlos en salvo a su vista? Si quieres de cierto
que yo goce comiendo y bebiendo, devuélvelos: vea
por mis ojos aquí en libertad a mis fieles amigos.'

Tal hablé. Circe, al punto, a través del salón con la vara
en la mano se fue a las zahúrdas y abrióles las puertas
a los míos. ¡Dijéranse cerdos de nueve veranos!
Allí estaban de pie ante la diosa, y, cruzando entre ellos,
iba ungiéndolos uno por uno con un nuevo filtro;
de sus miembros cayeron las cerdas brotadas por obra
del funesto veneno que Circe, la augusta, les diera
y otra vez convirtiéronse en hombres de edad más lozana,
de mayor hermosura y de talla más prócer que antes.
Conociéronme todos y fueron cogiendo mis manos;
de sus pechos brotaba el sollozo a placer y sonaba
todo entero el palacio al terrible gemir. Circe misma
se apiadó y, acercándose, dijo la diosa entre diosas:

'¡Oh Laertíada, retoño de Zeus, Ulises mañero!
Ve en seguida a la orilla del mar y al ligero navío
y, arrastrando primero la nave a la playa, recoge
en las grutas de allá tu tesoro y las jarcias del barco
y regresa trayendo contigo a tus fieles amigos.'

Tal diciendo dejó convencido mi espíritu prócer
y marché hacia la orilla del mar y la rápida nave
y, en la playa, encontréme otra vez con mis buenos amigos,
que entre largos lamentos vertían un llanto abundante.

Cual terneros campestres, en torno a las vacas que llegan
en piara al establo ya ahítas de hierba, retozan
todos ellos a un tiempo de frente a sus madres, ni puede
contenerlos la cerca, antes bien, con frecuentes mugidos
dan carreras en torno de aquéllas, así nuestros hombres
al mirarme ante sí me cercaron llorando; en sus almas
era igual que si hubiesen llegado a la tierra paterna,
a la Ítaca abrupta, el país de su cuna y su infancia.

Sin dejar de gemir en aladas palabras decían:
'Al mirarte de nuevo, ¡oh divino!, tal fue nuestro gozo
cual si viéramos la Ítaca amada, la tierra paterna;
pero di, ¿cómo fue la ruina de aquellos amigos?'

Tal hablaban, mas yo contestéles con blandas palabras:
'Arrastremos, primero, la nave hacia tierra, pongamos
en la gruta vecina el tesoro y las jarcias y, luego,
aprestaos a seguirme al sagrado palacio de Circe:
no se quede ninguno y veréis allí a los amigos
cómo comen y beben, pues tienen de todo abundancia.'

Tal les dije. Mis hombres al punto acataron mi orden;
sólo Euríloco en frente de mí detenía su partida
y, volviéndose a ellos, les dijo en aladas palabras:
'¿Dónde vamos, cuitados? ¡Qué empeño en buscar la ruina
yendo allá a las mansiones de Circe, que a todos nosotros
nos vendrá a convertir en marranos o en lobos o acaso
en leones, porteros forzados de su ancha morada!
Acordaos del ciclope: al meterse en la cóncava gruta
nuestros hombres seguidos de Ulises, el gran temerario,
las locuras de éste trajeron la muerte a los suyos.'

Tal decía. Al oír sus palabras pensé en mis adentros,
aun con ser mi cercano pariente, en sacar el cuchillo
bien cortante del flanco robusto, segar su cabeza

y tirarla a rodar por la tierra; mas ya los amigos
reteníanme de un lado y de otro con blandas palabras:

'Deja a éste, ¡oh retoño de Zeus!, si bien te parece,
que aquí siga pegado al bajel y lo guarde en la playa
y condúcenos tú a los demás al palacio sagrado
de la diosa'. Yo entonces marché desde el mar y la costa
y siguiéronme todos, ni Euríloco osó demorarse
junto al combo bajel: receló de mi dura amenaza.

Entretanto a los otros amigos bañábalos Circe
obsequiosa en sus casas, ungíalos de grasa luciente
y ceñíalos después con la túnica y manto velludo.
Al llegar, los hallamos a todos comiendo en la sala;
se miraron de frente entre sí, conociéronse al punto
y rompieron en llanto y sollozos. La casa gemía
toda entera y, llegándose, dijo la diosa entre diosas:

'¡Oh Laertíada, retoño de Zeus, Ulises mañero!
Basta ya de esos vivos lamentos; yo misma conozco
cuántos males sufristeis vagando en el mar rico en peces
y los otros también que os causaron en tierra unos hombres
sin justicia. Mas, ¡ea!, comed vuestro pan, bebed vino
hasta alzar nuevamente en el pecho el valor que teníais
aquel día que primero dejasteis la patria querida,
las quebradas de Ítaca: estáis sin vigor, abatidos
al recuerdo tenaz de las malas jornadas, sin punto
de contento ni paz. ¡Mucho es lo que habéis padecido!'

Tal diciendo logró persuadir nuestro espíritu prócer.
Mas pasaban los días: quedamos allí todo un año
en banquetes de carnes sin fin y de vino exquisito.

Cuando, el año cumplido, tornó la estación en que, al
[curso

de los meses, se hicieron de nuevo más largos los días,
me llamaron aparte y dijeron mis fieles amigos:

'Hora es ya, buen señor, de que vuelvas la mente a tu
[patria
si de cierto es decreto divino el salvarte y que llegues
de regreso a tu excelsa mansión y al país de tus padres.'

Tal dijeron, quedó convencido mi espíritu prócer;
luego allí hasta la puesta del sol nos pasamos el día
devorando tasajos sin fin y bebiendo del vino
generoso; y al irse la luz y extenderse las sombras
retiróse mi gente a dormir por las salas oscuras.

Mas yo entonces al lecho llegué bien labrado de Circe,
suplicante abracé sus rodillas y, atenta la diosa,
dirigiéndome a ella exclamé con aladas palabras:
'Tiempo es ya de que cumplas, ¡oh Circe!, tu antigua
[promesa
de ayudar mi regreso a la patria: me impele el deseo
y a mis hombres también. Rodeándome quiebran mi alma
con lamentos sin fin cada vez que me dejas con ellos.'

Tal hablé y al momento repuso la diosa entre diosas:
'¡Oh Laertíada, retoño de Zeus, Ulises mañero!
A disgusto no habréis de seguir en mi casa, mas fuerza
es primero que hagáis nueva ruta al palacio de Hades
y la horrenda Perséfona a fin de pedir sus augurios
y consejos al alma del ciego adivino Tiresias,
el tebano, que guarda aún allí bien entera su mente,
pues a él solo Perséfona ha dado entre todos los muertos
sensatez y razón, y los otros son sombras que pasan.'

Tal me dijo; quebróseme a mí el corazón al oírla,
derramé largo llanto sentado en el lecho y mi alma
no quería ya vivir ni ver más los fulgores del día.

Harto, pues, de llorar revolviéndome a un lado y a otro,
contestéle por fin a la diosa con estas palabras:
'¿Quién, oh Circe, será nuestro guía para esa jornada?
Nadie nunca hasta el Hades llegó con su negro navío.'

Tal hablé y al momento repuso la diosa entre diosas:
'¡Oh Laertíada, retoño de Zeus, Ulises mañero!
No te tome ninguna ansiedad por el guía de tu ruta:
cuando erijas el mástil y tiendas el blanco velamen,
en el barco sentado confíate a los soplos del cierzo.
En el punto donde ellos te dejen cruzado el oceano,
una extensa ribera hallarás con los bosques sagrados
de Perséfona, chopos ingentes y sauces que dejan
frutos muertos. Allí atracarás el bajel a la orilla
del océano profundo y tú marcha a las casas de Hades
aguanosas; allí al Aqueronte confluyen el río
de las Llamas y el río de los Llantos, brotado en la Estigia,
que reúnen al pie de una peña sus aguas ruidosas.
A esos sitios, ¡oh prócer!, irás como yo te prescribo:
una fosa abrirás como un codo de ancha y en torno
libaréis a todos los muertos vertiendo, primero,
una mezcla de leche con miel y después vino dulce,
finalmente agua pura; por cima echaréis blanca harina
y oraréis largamente a los muertos, cabezas sin brío.
Sea tu voto inmolarles en casa una vaca infecunda,
la mejor que se hallare a tu vuelta a la patria, colmarles
de presentes la pira y, aparte, ofrecer a Tiresias
un carnero de negros vellones, la flor de tus greyes.
Aplacada con preces la noble nación de los muertos,
sacrifica un cordero y la oveja con él, negros ambos,
orientando el testuz hacia el Érebo; aparta tú el rostro
con la vista en las aguas del río y, entonces, la turba
hasta ti llegará de los hombres privados de vida;
mas ordena a los tuyos que al punto cogiendo las reses,
degolladas por bronce cruel y tendidas por tierra,

las desuellen y pongan al fuego invocando a los dioses,
al intrépido Hades y horrenda Perséfona. A un tiempo,
del costado sacando tú mismo la aguda cuchilla
quedarás impidiendo a los muertos, cabezas sin brío,
acercarse a la sangre hasta haberte instruido Tiresias.
En seguida, ¡oh caudillo de pueblos!, vendrá el adivino
que la ruta te habrá de decir y cuán larga ella sea
y en qué modo el regreso hallarás sobre el mar rico en peces.'

Tal me dijo: venía ya la Aurora de trono de oro
y vistióme la diosa de túnica y manto; ciñóse
ella misma, a su vez, el albor de una gran sobreveste
delicada y graciosa; con cinto precioso de oro
sus caderas prendió, la cabeza tocó con el velo.

Iba yo por las salas, en tanto, llamando a mis hombres,
acercándome al uno y al otro con blandas palabras:
'¡Bien está ya el descanso! Dejad los halagos del sueño
y partamos sin más: es palabra divina de Circe.'

Tal les dije y quedó persuadido su espíritu prócer,
mas no pude sacar de allí salvos a todos los míos.
El más joven entre ellos, Elpénor por nombre, no era
en verdad esforzado en la guerra ni sano de juicio;
se había ido buscando aire fresco al terrado de Circe
y tendido quedó en su embriaguez apartado de todos.
Al sentir el bullicio y las voces de aquellos que iban
a partir, al momento se alzó y olvidóse en su mente
de buscar al volver a nosotros la gran escalera;
de cabeza cayó del terrado, quebróse del todo
la cerviz y su alma fue a hundirse en las casas de Hades.

Al salir les hablé de este modo a los otros amigos:
'De seguro pensáis ya volver al hogar y la patria

bien querida, mas Circe señala muy otra jornada:
al palacio de Hades, mansión de Perséfona horrenda,
a pedirle su oráculo al alma del cadmio Tiresias.'

Tal les dije; quebró el corazón en su pecho; sentados
en el suelo exhalaban sollozos sin fin; se arrancaban
de pesar los cabellos, mas nada el gemir les servía.

Caminamos en busca del mar y la rápida nave,
con profundo dolor derramando mil lágrimas. Circe,
a este tiempo llegando al oscuro navío, amarrados
una oveja dejónos en él y un cordero, ambos negros,
y escapó sin ser vista, pues ¿quién, cuando un dios no lo [quiere,
le verá por aquí o por allá dirigir sus caminos?»

CANTO XI

«Una vez que bajamos al mar y al lugar de la nave,
arrastramos, primero, el bajel a las aguas divinas,
en su negra armazón erigimos el palo y la vela
y, embarcando primero las reses, entramos nosotros,
que con vivo dolor derramábamos llanto abundante.
Por detrás del bajel azulado mandábanos Circe,
la de hermosos cabellos, potente deidad de habla humana,
el mejor compañero, una brisa propicia que henchía
nuestros paños. Nosotros, dispuesto ya todo en la nave,
nos sentamos dejando su rumbo al piloto y al viento.
Avanzó a toda vela en las aguas la entera jornada;
se ocultaba ya el sol y extendíase la sombra en las calles
cuando el barco llegaba al confín del océano profundo.

Allí está la ciudad y el país de los hombres cimerios,
siempre envueltos en nubes y en bruma, que el sol
[fulgurante
desde arriba jamás con sus rayos los mira ni cuando
encamina sus pasos al cielo cuajado de estrellas
ni al volver nuevamente a la tierra del cielo: tan sólo
una noche mortal sobre aquellos cuitados se cierne.
Arribado que hubimos, varamos la nave. Sacando
el ganado, seguimos a pie costeando el oceano
y llegamos por fin al lugar señalado por Circe.

Perimedes y Euríloco, entonces, cogieron las reses
mientras yo desnudaba del flanco el agudo cuchillo
y excavaba una fosa de un codo de anchura; libamos
allí mismo al común de los muertos primero de todo
derramándoles leche con miel y después vino dulce,
finalmente agua pura. Esparcida la cándida harina,
imploré largamente a los muertos, cabezas sin brío,
prometiendo inmolarles en casa una vaca infecunda,
la mejor que se hallase al volver al país de mis padres,
y colmarles la pira de ofrendas y aparte a Tiresias
un carnero de negros vellones, la flor de mis greyes.
Mas después de aplacar con plegarias y votos las turbas
de los muertos, tomando las reses cortéles el cuello
sobre el hoyo. Corría negra sangre. Del Érebo entonces
se reunieron surgiendo las almas privadas de vida,
desposadas, mancebos, ancianos con mil pesadumbres,
tiernas jóvenes idas allá con la pena primera;
muchos hombres heridos por lanza de bronce, guerreros
que dejaron su vida en la lid con sus armas sangrantes.
Se acercaban en gran multitud, cada cual por un lado
con clamor horroroso. Yo, presa de lívido miedo,
ordené a mis amigos que al punto cogiendo las reses
que por bronce cruel degolladas yacían en el suelo,
las quemaran quitada la piel invocando a los dioses,
al intrépido Hades, la horrible Perséfona. A un tiempo,
del costado sacando otra vez el agudo cuchillo,
me quedé conteniendo a los muertos, cabezas sin brío,
sin dejarles llegar a la sangre hasta hablar con Tiresias.

Presentóseme el alma, primero, de Elpénor, mi amigo,
todavía sin cubrir por la tierra de vías anchurosas,
pues habíamos dejado su cuerpo en las salas de Circe
insepulto y sin duelos: el nuevo quehacer nos urgía.
Brotó el llanto en mis ojos al verle, apiadóse mi alma
y, dejándome oír en aladas palabras, le dije:

'¿Cómo fue tu venida, oh Elpénor, al lóbrego ocaso?
¿Has corrido tú a pie más que yo con mi negro navío?'

Tal hablé, y él, rompiendo a gemir, contestó de este
[modo:
'¡Oh Laertíada, retoño de Zeus, Ulises mañero!
Me perdieron mi suerte fatal y el exceso de vino:
acostado en los altos de Circe, no puse cuidado
en bajar nuevamente buscando la gran escalera;
de cabeza caí del terrado, doblóseme el cuello,
me rompí la cerviz y mi alma bajó a las mansiones
tenebrosas del Hades. Te imploro por todos los tuyos
que quedaron allá, por la esposa y el padre que un tiempo
de tu infancia cuidó, por Telémaco, el hijo a quien solo
has dejado en tu hogar; yo bien sé que tu sólida nave
desde aquí pondrá rumbo otra vez al islote de Eea:
al llegar, ¡oh mi rey!, haz memoria de mí, te lo ruego,
no me dejes allí en soledad, sin sepulcro y sin llanto,
no te vaya mi mal a traer el rencor de los dioses.
Incinera mi cuerpo vestido de todas mis armas
y levanta una tumba a la orilla del mar espumante
que de mí, desgraciado, refiera a las gentes futuras;
presta oído a mi súplica y alza en el túmulo el remo
con que vivo remé compañero de todos los tuyos.'

Tal Elpénor habló y, a mi vez, replicándole dije:
'Cuanto has dicho, infeliz, cumpliré por mí mismo sin falta.'

De este modo estuvimos cambiando dolientes palabras,
mientras yo protegía con mi espada la sangre y la sombra
de mi amigo seguía al otro lado sus largas razones.

Mas entonces el alma llegó de mi madre difunta,
de Anticlea, que engendrara el magnánimo Autólico. Viva
la dejé en mi mansión al salir para Troya sagrada;

brotó el llanto en mis ojos al verla, inundóseme el pecho
de dolor; mas con toda mi pena impedíle, asimismo,
a la sangre llegar mientras yo no escuchase a Tiresias.

Acercóseme el alma por fin de Tiresias tebano
con un cetro de oro. Al notar mi presencia me dijo:
'¡Oh Laertíada, retoño de Zeus, Ulises mañero!
¿Cómo ha sido, infeliz, que, a la luz renunciando del día,
has venido los muertos a ver y el lugar sin contento?
Mas aparta del hoyo, retira el agudo cuchillo,
que yo pueda la sangre beber y decir mis verdades.'

Tal habló, me aparté y, embutiendo en la vaina mi [espada
de tachones de plata, dejéle beber negra sangre
de la fosa y entonces me dijo el perfecto adivino:
'Claro Ulises, en ansias estás de tu dulce regreso,
pero un dios te lo va a hacer penoso. No pienso que olvide
el que bate la tierra las iras que puso en su pecho
al entrar en furor contra ti, que cegaste a su hijo;
mas con todo, entre muchos trabajos vendréis a la patria
si decides tu gusto frenar y el ardor de tus hombres.
Una vez atracada tu sólida nave en la isla
de Trinacia después de escapar a las cárdenas aguas,
unas vacas pastando verás entre recias ovejas:
son del Sol, el que todo lo mira, el que todo lo escucha.
Si a esas reses respetas, atento tan sólo al regreso,
a la patria podréis arribar aun con grandes trabajos;
mas si en algo las dañas, entonces predigo ruina
para ti, tu bajel y tu gente. Y si tú la esquivases,
irás tarde, en desgracia, con muerte de todos los tuyos,
sobre nave extranjera y allí encontrarás nuevos males:
unos hombres que henchidos de orgullo te comen los bienes
pretendiendo a tu esposa sin par con ofertas de dotes.
Verdad es que al llegar vengarás sus violencias; mas luego
que a los fieros galanes des muerte en tus salas, ya sea

por astucia, ya en lucha leal con el filo del bronce,
toma al punto en tus manos un remo y emprende el camino
hasta hallar unos hombres que ignoren el mar y no coman
alimento ninguno salado, ni sepan tampoco
de las naves de flancos purpúreos ni entiendan los remos
de expedito manejo que el barco convierte en sus alas.
Una clara señal te daré, bien habrás de entenderla:
cuando un día te encuentres al paso con un caminante
que te hable del bieldo que llevas al hombro robusto,
clava al punto en la tierra tu remo ligero y ofrece
al real Posidón sacrificios de reses hermosas,
un carnero y un toro, un montés cubridor de marranas;
luego vuelve a tu hogar, donde harás oblación de hecatombes
uno a uno a los dioses eternos que pueblan el cielo
anchuroso; librado del mar, llegará a ti la muerte,
pero blanda y suave, acabada tu vida en la calma
de lozana vejez; entretanto tus gentes en torno
venturosas serán. Éstas son las verdades que anuncio.'

De este modo me habló y, a mi vez, contestándole dije:
'¡Oh Tiresias! Sin duda los dioses así lo han tejido,
pero ahora pon mente a mi ruego y explica esto otro:
pues el alma aparéceme allí de mi madre difunta,
que, apostada en silencio, cercana a la sangre, rehúsa
contemplarme de frente y hablar con su hijo. ¿Qué medio
podré, oh príncipe, hallar de que sepa quién soy?' Tal le dije.

Sin hacerse esperar contestó de este modo Tiresias:
'Fácil es la respuesta y habrás de guardarla en tu mente:
de los muertos aquel que tú dejes llegar a la sangre
te dirá sus verdades y aquel a quien no lo permitas
te dará las espaldas y atrás volverá su camino.'

De esta suerte acabó sus presagios el alma del prócer
agorero y al fondo se entró de las casas de Hades,

mientras yo quedé firme esperando que fuera mi madre
a beber de la sangre sombría. Notándome al punto
y de lástima llena, me dijo en aladas palabras:

'¿Cómo fue tu llegada, hijo mío, al país de las brumas,
vivo aún? El paraje es difícil de ver por los vivos,
porque hay en mitad grandes ríos, tremendas corrientes,
el océano ante todo, que a nadie de cierto es posible
de otro modo pasar que teniendo una sólida nave.
¿Por ventura has venido de Troya tras ir largo tiempo
errabundo con nave y con hombres? ¿Y así ni en las playas
atracaste por Ítaca aún ni a tu esposa en las salas
viste más?' Tal habló y a mi vez contestándole dije:
'Madre mía, preciso me fue descender hasta el Hades
a tratar con el alma del cadmio Tiresias: de cierto
que a las costas de Acaya no más me acerqué ni he pisado
nuestra tierra de nuevo, alejado en dolor desde el día
que escolté a Agamenón, el divino, con rumbo hacia Troya,
la de buenos caballos, dispuesto a luchar con los teucros.
Pero ahora pon mente a mi ruego y explica esto otro:
¿qué destino te vino a abatir en la muerte penosa?
¿Una larga dolencia? ¿O bien la saetera Artemisa
te mató disparando sus flechas suaves? Mas dime
de mi padre y el hijo que allí me dejé: ¿por ventura
en mi puesto de honor se mantienen aún o ha pasado
a algún otro de allá sin que nadie ya piense en mi vuelta?
De mi esposa refiere también: ¿qué proyecta, qué hace?
¿Sigue al lado del niño guardándolo todo fielmente
o casó con algún hombre aqueo mejor que los otros?'

Dije así y al momento repuso la reina, mi madre:
'Bien de cierto que allí se conserva con alma paciente
sin salir de tu casa: entre duelos se pasan sus noches
y entre duelos sus días, con lágrimas siempre. Ninguno
te ha quitado hasta ahora tu reino glorioso: tranquilo
las haciendas gobierna Telémaco y tiene su parte

en los buenos banquetes cual cumple a quien falla justicias,
pues se ve agasajado por todos. Tu padre, entretanto,
en el campo se está, nunca baja al poblado. Sus lechos
no son catres ni mantas ni colchas de telas brillantes:
en invierno su cama es la misma en que duermen los siervos,
la ceniza al amor del hogar con sus pobres vestidos;
mas, llegada la buena estación y la rica otoñada,
cuando, al halda del monte en que tiene el viñedo, las hojas
al caer van formando por tierra sus rústicos lechos,
allá vase a dormir con su pena. Su angustia se acrece
añorándote a ti, pues la dura vejez se le acerca.
Ésta ha sido mi muerte también, tal cumplí mi destino:
no acabó mi existencia en palacio la gran flechadora,
la de tiro infalible, lanzando sus blandas saetas,
ni cayó sobre mí enfermedad como aquellas que suelen,
en fatal consunción, arrancar de los miembros el alma;
no, mi Ulises, mi luz, fue mi pena por ti, fue el recuerdo,
fue tu misma bondad quien dio fin a mi gozo y mi vida.'

Dijo así, mientras yo por mi parte, cediendo a mi
[impulso,
quise al alma llegar de mi madre difunta. Tres veces
a su encuentro avancé, pues mi amor me llevaba a abrazarla,
y las tres, a manera de ensueño o de sombra, escapóse
de mis brazos. Agudo dolor se me alzaba en el pecho
y, dejándome oír, la invoqué con aladas palabras:
'Madre mía, ¿por qué no esperar cuando quiero alcanzarte
y que, aun dentro del Hades, echando uno al otro los brazos
nos saciemos los dos del placer de los rudos sollozos?
¿O una imagen es esto, no más, que Perséfona augusta
por delante lanzó para hacerme llorar con más duelo?'

Dije así y al momento repuso la reina mi madre:
'Hijo mío, ¡ay de mí!, desgraciado entre todos los
[hombres,

no te engaña de cierto Perséfona, prole de Zeus,
porque es esa por sí condición de los muertos: no tienen
los tendones cogidos ya allí su esqueleto y sus carnes,
ya que todo deshecho quedó por la fuerza ardorosa
e implacable del fuego, al perderse el aliento en los [miembros;
sólo el alma, escapando a manera de sueño, revuela
por un lado y por otro. Mas vuelve a la luz sin demora,
que esto todo le puedas contar a tu esposa algún día.'

Así hablando estuvimos los dos. Acercáronse entonces
las mujeres que allá nos mandaba Perséfona augusta:
eran hijas y esposas de insignes varones, que en torno
de la sangre negruzca llegaban en gran muchedumbre.
Mas yo al verlas pensaba conmigo qué medio hallaría
para hablar una a una con ellas: y fue que, sacando
del costado robusto el cuchillo de punta aguzada,
impedí que bebieran a un tiempo la sangre sombría.
Fueron, pues, acercándose en fila, diciendo por turno
cada cual su linaje, y a todas yo hacía mis preguntas.

La primera mostróseme Tiro, de raza gloriosa,
que se dijo nacida del héroe sin tacha Salmones
y mujer del Eólida Cretes; mas ella de un río
se prendó, del Enipes divino, el más bello con mucho
de entre todos los ríos que riegan los campos. Llegaba
una vez y otra vez a su hermosa corriente y un día
el que en torno contiene y sacude la tierra, tomando
la figura de aquél, acostóse a su lado, del río
sinuoso en las bocas. En comba purpúrea una ola
del tamaño de un monte ocultó a la mortal y al eterno,
le soltó el cinturón virginal tras dejarla dormida
y, acabado que fue por el dios el quehacer amoroso,
apretó con la suya la mano de Tiro y le dijo:

'Queda alegre, ¡oh mujer!, de este amor. En el curso del año
parirás unos hijos hermosos, que nunca infecundos
son los lechos de un dios: a ti toca su cuido y crianza.
Vuelve en tanto a tu hogar, pero guarda en secreto mi nombre
para ti, que yo soy Posidón el que bate la tierra.'

Tal diciendo se fue a sumergir en el mar y sus olas;
Tiro, encinta del dios, tuvo a Pelias y a Neles, que fueron
uno y otro después poderosos ministros de Zeus.
Vivió Pelias en Yolco, la de anchas y llanas campiñas,
con sus muchos rebaños, y Neles en Pilo arenosa.
Otros hijos a Cretes, su esposo, parióle la reina,
Feres, Eson y Amiton, artero en luchar desde el carro.

Vino Antíopa después, la nacida de Asopo, gloriosa
por haber descansado, a su vez, en los brazos de Zeus,
del que tuvo dos hijos, a Zeto y Anfión, los primeros
fundadores de Tebas, ciudad de las siete salidas;
la ciñeron de fuertes murallas, pues, bien que esforzados,
no pudieran sin ellas vivir en sus Tebas ingentes.

Vino Alcmena tras ella, que tuvo a Anfitrión por marido
y engendró al corazón de león, al intrépido Heracles
tras haberse entregado en los brazos del máximo Zeus.

Luego a Mégara vi, que nació del altivo Creonte
y casó de Anfitrión con el hijo, jamás quebrantado.

Vino luego la madre de Edipo, la bella Epicasta,
que una gran impiedad cometió sin saberlo ella misma,
pues casó con Edipo, su hijo. Tomóla él de esposa
tras haber dado muerte a su padre y los dioses lo hicieron
a las gentes saber. Él en Tebas, rigiendo a los cadmios,
en dolores penó por infaustos designios divinos
y ella fuese a las casas de Hades de sólidos cierres,

que, rendida de angustia, se ahorcó suspendiendo una cuerda
de la más alta viga. Al morir le dejó nuevos duelos,
cuantos suelen traer a los hombres las furias maternas.

También vi a la bellísima Cloris, la esposa de Neles,
que él tomó por su gran hermosura pagando mil dones:
fue la hija más joven del jásida Anfión, el que un tiempo
el poder en Orcómeno tuvo, ciudad de los minias.
Ella en Pilo reinó y a su esposo parió buenos hijos:
al gran Néstor, a Cromio, a Perclímeno altivo, y tras ellos
a la espléndida Pero, que fue maravilla del mundo.
Pretendiéronla todos los hombres de allá, pero Neles
la rehusaba, a no ser que de Fílaca alguno trajese
unas vacas frontudas de carnes rollizas que Ificles
retenía en su poder. ¡Ardua empresa! Prestóse tan sólo
el perfecto adivino, al que un hado fatal dejó preso
por las manos de agrestes boyeros con duras cadenas.
Transcurrieron los días, los meses, y así que en el giro
de aquel año tornó la estación en que fue aprisionado,
libre Ificles dejó al adivino que en todo le supo
predecir la verdad: realizóse el designio de Zeus.

Vino Leda después, la mujer de Tindáreo, que tuvo
de su esposo dos hijos de gran corazón: fueron Cástor,
domador de caballos, y el buen luchador Polideuces.
En su seno a los dos guarda vivos la tierra fecunda
y, aun allí, son honrados por parte de Zeus, pues en turno
van viviendo y muriendo uno y otro al cambiar de los días
y reciben honor semejante al que tienen los dioses.

A Ifimedia vi luego, la esposa de Aloes, orgullosa
de contar de su amor con el dios Posidón. De su lecho
dos gemelos dio a luz destinados a efímera vida:
fueron Oto divino y Efialtes de inmenso renombre,
los mayores mortales que el campo nutrió con sus frutos,
los más bellos con mucho también, salvo Orión el glorioso.

Al cumplir nueve años, aquellos gemelos medían
nueve codos de anchura; su talla subía a nueve brazas.
A esa edad amagaron los dos a los dioses eternos
con llevar al Olimpo clamores y afanes de guerra:
al Olimpo encimar pretendieron el Osa y al Osa
el Pelión con sus trémulos bosques y alzarse hasta el cielo.
Y cumpliéranlo así de alcanzar su sazón, mas el hijo
que de Zeus alumbró la crinada Latona matólos
sin dejar que por bajo a las sienes brotase su barba
ni del bozo la flor les viniese a cubrir las mejillas.

Fedra y Procris vinieron después y la bella Ariadna,
la nacida de Minos cruel, la que quiso Teseo
desde Creta llevar al collado de Atenas sagrada,
mas en vano: en mitad de su huida matóla Artemisa,
por traición de Dioniso, en la Día que cercan las olas.

Luego a Mera y a Clímena vi y a la torva Erifila,
que por oro vendió a su marido poniéndole precio.

Imposible de todas contar ni nombrar una a una
a las hijas y esposas que vi de famosos varones:
acabárase antes la noche inmortal y ya es hora
de dormir, bien aquí, bien marchando a la nave. Cuidado
de los dioses y vuestro será preparar mi partida.»

Tal Ulises hablóles y todos, tomados de hechizo,
a través del oscuro salón como mudos quedaron.

Mas Areta, de cándidos brazos, rompió aquel silencio:
«¿Qué os parece, feacios, del hombre que está entre [nosotros,
de su talla, figura y el juicio que muestra en su mente?
Es mi huésped, de cierto, mas todos por él tenéis honra;
así, pues, no os deis prisa en hacerle partir ni los dones
acortéis a quien sufre indigencia, pues tantos tesoros
por merced de los dioses guardáis allá en vuestras salas.»

Al oírla tomó la palabra el anciano Equeneo,
el varón que en el pueblo feacio contaba más años:
«En verdad que no es vano, ¡oh amigos!, y bien nos
[parece
lo que ha dicho la reina en su gran discreción: atendedla,
mas, ¡oh Alcínoo!, tú tienes aquí la palabra y el mando.»

Y dejándose oír por su parte repúsole Alcínoo:
«Ese dicho tan firme será como yo estoy en vida
y gobierno a este pueblo feacio de buenos remeros;
nuestro huésped acceda, no obstante su viva impaciencia
por volver a la patria, en quedarse un día más, mientras
[tanto
le completo mis dones. En todos está el proveerle,
pero en mí más que en nadie, pues tengo el poder en el
[pueblo.»

Contestando, a su vez, dijo Ulises, el rico en astucias:
«Prez y honor de tus gentes, Alcínoo, señor poderoso,
si ordenaseis que aquí me quedara por un año entero
y, entretanto, ayudaseis mi vuelta con nuevos presentes,
bien de grado lo haría: de cierto sería gran ventaja
el llegar a mi propio país con las manos más llenas
y obtendría más afecto y respeto de todos los hombres
que en tal modo me viesen en Ítaca entrar de regreso.»

Y dejándose oír por su parte repúsole Alcínoo:
«Bien es cierto, ¡oh Ulises!, que sólo tu vista bastaba
para no confundirte con un charlatán embustero
de los muchos que nutre el oscuro terruño y que vagan
amasando consejas de nadie entendidas. Tú, en cambio,
al hermoso decir acompañas un noble sentido;
ni un aedo supiera mejor relatar con los males
de los otros argivos tus propias funestas desgracias.

Pero ahora pon mente a mi ruego y explica esto otro:
¿viste a alguno también de los héroes amigos que a Troya
arribaron contigo y allí consumaron su suerte?
Largas son ya las noches, parecen sin fin: no es aún hora
de dormir en palacio, prosigue tu rara aventura.
Por mi parte la Aurora divina me hallara en la sala
si conmigo quisieras quedarte contando tus cuitas.»

Contestando, a su vez, dijo Ulises, el rico en astucias:
«Prez y honor de tus gentes, Alcínoo, señor poderoso,
horas hay de prolijos relatos y hay horas de sueño;
mas, si tanto escucharme deseas, no habré de rehusarte
el contar otras cosas por cierto más dignas de llanto,
las desgracias de aquellos amigos que, libres apenas
del tumulto y clamor de la lid con los teucros, vinieron
ya de vuelta a morir por traición de una esposa malvada.

Una vez que Perséfona casta por varios caminos
retiró de mi vista las almas de aquellas mujeres,
vino allá Agamenón, el Atrida; llegaba sumido
en tristeza y en torno reuníanse las almas de aquellos
que su sino cumplieron con él en las casas de Egisto.
Conocióme al momento que en mí se posaron sus ojos
y clamó en alta voz derramando espesísimo llanto.
A mi encuentro tendiendo las manos trató de abrazarme,
mas faltaba del todo ya en él la indomable energía
y el vigor que otro tiempo animara sus ágiles miembros.

Brotó el llanto en mis ojos al verle, apiadóse mi alma
y, dejándome oír en aladas palabras, le dije:
'¡Gloriosísimo Atrida, oh tú, Agamenón soberano!
¿Qué destino te vino a abatir en la muerte penosa?
¿Fue quizá Posidón quien dio fin a tu vida en las naves
suscitando las ráfagas fieras de vientos adversos
o matáronte en tierra enemigos al tiempo que hacías

de sus bueyes botín o sus pingües rebaños? ¿O en lucha
sucumbiste por una ciudad o por bellas mujeres?'

Tal hablé. Sin hacerse esperar contestó por su parte:
'¡Oh Laertíada, retoño de Zeus, Ulises mañero!
En verdad no acabó Posidón con mi vida en las naves
suscitando las ráfagas fieras de vientos adversos
ni me dio muerte en tierra tampoco ningún enemigo;
que fue Egisto el que urdió consumar mi ruina de acuerdo
con mi pérfida esposa. Invitado a su casa, en la mesa
me mató como matan a un buey de cara al pesebre
con la muerte más triste; y en torno también uno a uno
sucumbieron mis hombres. Así colmilludos jabatos
van muriendo en la casa de un noble opulento en los días
de comidas a escote, de bodas, de ricos festines.
Tú ya has visto, sin duda, morir multitud de varones
tanto en lid singular como en recios combates de guerra;
pero nunca sentiste una tal compasión cual te hubiera
embargado si allá entre las jarras y mesas repletas
nos miraras yacer en el piso humeante de sangre.
Oí, en esto, la voz lastimera de la hija de Príamo,
de Casandra, a la cual sobre mí la falaz Clitemnestra
daba muerte; expirante ya en torno al cuchillo, los brazos
intenté levantar, mas en vano. Y aquella impudente
apartóse y no quiso, ni viéndome ir ya para el Hades,
con sus manos mis ojos cubrir ni cerrarme los labios.
En verdad que no hay nada más fiero ni más miserable
que mujer que tamañas acciones prepara en su pecho,
como el crimen inicuo que aquélla ideó de dar muerte
al esposo, señor de su hogar. ¡Y yo, en tanto, pensaba,
al llegar a mi casa de nuevo, gozar del cariño
de mis hijos y siervos! Sin par en su mente perversa,
la ignominia vertió sobre sí y, a la vez, sobre todas
las mujeres, aun rectas, que vivan de hoy más en el mundo.'

De ese modo él habló y, a mi vez, contestándole dije:
'¡Oh desgracia! De antiguo ya Zeus, el de amplia mirada,
al linaje de Atreo con saña persigue ayudando
mujeriles designios: Helena perdiónos ya a muchos
y ahora a ti de tan lejos urdió su traición Clitemnestra.'

Tal hablé. Sin hacerse esperar contestándome dijo:
'Así, pues, no seas tú, por tu parte, remiso tampoco
con tu esposa ni le hagas saber todo aquello que pienses;
dile sólo una parte y esté lo demás bien oculto.
Mas, ¡oh Ulises!, a ti no vendrá por tu esposa la muerte,
que de mente bien cuerda y honrado sentir en su pecho
es la hija de Icario, Penélope, insigne en prudencia:
desposada en su flor juvenil la dejamos nosotros
al partir a la guerra y un niño tenía en su regazo
tierno entonces aún, mas que ya entre los hombres se
[cuenta.
¡Bienhadado! Su padre ha de verlo una vez que allí llegue
y él también, como es ley, echaráse en los brazos del padre,
mientras ella, mi esposa, impidió que saciara mis ojos
contemplando a mi hijo: primero acabó con mi vida.
Otra cosa te habré de decir, tú reténla en tu mente.
A escondidas y no al descubierto dirige a tu patria
el bajel: no es posible de hoy más confiar en mujeres.
Pero pon atención a esto otro, refiere y explica
si llegasteis a oír del lugar donde vive mi hijo,
si en Orcómeno o Pilo, abundante en arenas, o acaso
en la extensa Laconia refugio le dio Menelao,
pues seguro que Orestes divino no ha muerto en la tierra.'

Tales cosas habló y, a mi vez, contestándole dije:
'¡Qué preguntas me haces, oh Atrida! En verdad, no sé
[nada
de si vive o ha muerto; es ruín el hablar vanamente.'

De este modo estuvimos cambiando penosas palabras
y con vivo dolor derramábamos llanto abundante.

Acercábanse, en esto, las almas de Aquiles Pelida,
de Patroclo, de Antíloco el héroe sin mengua, y con ellas
la de Áyax, en cuerpo y belleza el mejor entre todos
los argivos después del Pelida intachable. Y al punto
conociéndome el alma del rápido Eácida, llena
de dolor vino a hablarme en aladas palabras: '¡Oh Ulises,
rico en trazas, Laertíada, retoño de Zeus! ¿Qué proeza
ya mayor, temerario, podrás concebir en tu mente?
¿Cómo osaste bajar hasta el Hades, mansión de los muertos,
donde en sombras están los humanos privados de fuerza?'

Tal Aquiles habló y, a mi vez, contestándole dije:
'¡Oh el mejor de los hombres argivos, Aquiles Pelida!
Vine a hablar con Tiresias por ver si me daba algún medio
de llegar de regreso a mis casas en Ítaca abrupta,
que a las costas de Acaya no más me acerqué, ni he pisado
nuestra tierra de nuevo y mis duelos no acaban. Tú, Aquiles,
fuiste, en cambio, feliz entre todos y lo eres ahora.
Los argivos te honramos un tiempo al igual de los dioses
y aquí tienes también el imperio en los muertos: por ello
no te debe, ¡oh Aquiles!, doler la existencia perdida.'

Tal hablé. Sin hacerse esperar replicándome dijo:
'No pretendas, Ulises preclaro, buscarme consuelos
de la muerte, que yo más querría ser siervo en el campo
de cualquier labrador sin caudal y de corta despensa
que reinar sobre todos los muertos que allá fenecieron.
Pero, ¡ea!, refiere de aquél, el preciado hijo mío,
si es o no sucediendo a su padre el primero en la guerra.
Dame nuevas, si puedes, también del cumplido Peleo:
¿los mirmídones siguen rindiéndole honor o, al contrario,
despreciado se ve de los hombres en Hélade y Ptía
por tener la vejez abatidos sus pies y sus manos?

¡Ay, si yo bajo el brillo del sol en su ayuda viniese
con el brío con que un tiempo en los campos de Ilión [deshacía,
socorriendo a los dánaos, la flor de las huestes contrarias!
Si por breves instantes me viese en la casa paterna,
bien se habrían de espantar de mi furia y mis manos [invictas
los que ahora forzándolo están y le quitan la honra.'

De tal modo él habló y, a mi vez, contestándole dije:
'Nada cierto he venido a saber del perfecto Peleo.
De tu hijo Neoptólemo, en cambio, podré relatarte
la verdad toda entera cual tú lo has pedido: yo mismo
en la cóncava nave de buen equilibrio lo traje
desde Esciros al real de los dánaos de espléndidas grebas.
Cuando en torno a los muros de Troya teníamos consejo,
era siempre el primero en hablar con palabras certeras;
sólo el ínclito Néstor y yo superarle solíamos,
pero, al ir a luchar con las lanzas corriendo los campos
de Ilión, no aguantaba jamás el marchar con la hueste,
mas corría por delante bien lejos sin par en su furia.
Muchos hombres mató en la terrible contienda. Imposible
recordarlos yo todos ni darte con nombres aquella
multitud que sin vida dejó socorriendo a los dánaos.
Bastará con contar del Teléfida Eurípilo, el héroe
que rindió con el bronce; a su lado en montón sus amigos,
los ceteos, eran muertos por mor de femíneos regalos;
más hermoso varón nunca vi salvo Memnon divino.
Al entrar al caballo, artificio y trabajo de Epeo,
los magnates argivos, corrió por mi cuenta el cuidado
de regir la emboscada cerrando y abriendo las puertas;
allá dentro los otros caudillos y príncipes dánaos
enjugaban su llanto; el temblor agitaba sus miembros;
en él solo jamás con mis ojos noté que mudase
de color la hermosísima piel ni le vi que en el rostro

se enjugara una lágrima; instábame en ruegos constantes
a salir del caballo, empuñando en sus manos la espada
y la lanza broncínea con ansia del mal de los teucros.
Arrasado por fin el alcázar excelso de Príamo,
con su parte de presa y honor embarcó en su navío
sin sufrir ningún daño: no herido por lanza de bronce
ni alcanzado tampoco de cerca, cual suele en la guerra
ocurrir tantas veces, que es ciega la furia de Ares.'

Tal le dije y el alma del rápido Eácida fuese
por el prado de asfódelos dando sus pasos gigantes,
satisfecha de oír el honor que alcanzaba su hijo.

Proseguían las almas allí de los otros difuntos
en profundo dolor cada cual refiriendo sus cuitas;
solamente a lo lejos teníase el alma de Ayax
Telamonio apartada y en ira por causa del triunfo
que alcancé sobre él en el juicio tenido en el campo
por las armas de Aquiles: dispúsolo Tetis su madre
y juzgáronlo jóvenes teucros y Palas Atena.
¡Ojalá yo no hubiera ganado en aquella porfía,
pues por ello a la tierra cayó semejante cabeza,
la de Ayax, mejor en figura y en hechos que todos
los argivos después del Pelida intachable! Y entonces
con suaves palabras volvíme hacia él: 'Ayax, hijo
de aquel noble y cabal Telamón, ¿ni después de la muerte
olvidarte podrás del rencor contra mí por aquellas
tristes armas? Gran daño ello fue que infirieron los dioses
a los dánaos: tan grande baluarte perdimos contigo.
Con no menos dolor que la muerte de Aquiles lloramos
los argivos la tuya que nadie causó: sólo Zeus,
que no tuvo medida en su odio a la grey de los dánaos,
aguerridos lanceros, por sí decidió tu ruina.
Pero llégate, ¡oh príncipe!, aquí y oye atento las cosas
que aún habré de decirte; reprime tu furia y tu orgullo.'

Tal le hablé, mas sin darme respuesta se fue con las [almas
de los otros mortales sin vida, del Érebo al fondo.
Algo, empero, él dijera a pesar de su enojo o de nuevo
comenzara yo a hablarle, mas vivo se alzaba en mi pecho
el deseo de ver a otros héroes privados de vida.

Y vi entonces a Minos, el hijo brillante de Zeus,
que, con cetro de oro, sentado, juzgaba a los muertos
mientras ellos en torno del rey aguardaban sus fallos,
ya sentados, ya en pie, por el Hades, mansión de anchas [puertas.

Vino luego a mostrarse a mis ojos Orión, el gigante;
aun allí por el prado de asfódelos sigue a la caza
de las fieras que en vida mató por las sierras bravías,
empuñando su maza de bronce jamás quebrantada.

Y vi a Ticio después, el nacido de Gea, la gloriosa;
nueve pletros su cuerpo ocupaba, tendido en un llano,
sin poder defenderse; dos buitres de un lado y de otro
le roían el hígado allí penetrando en sus carnes
por su ultraje a Latona, la augusta consorte de Zeus,
cuando el valle cruzaba de Pánopes yendo hacia Pito.

Luego a Tántalo vi con sus arduos tormentos. Estaba
hasta el mismo mentón sumergido en las aguas de un lago
y penaba de sed, pero en vano saciarla quería:
cada vez que a beber se agachaba con ansia ardorosa,
absorbida escapábase el agua y en torno a sus piernas
descubríase la tierra negruzca que un dios desecaba.
Corpulentos frutales sus ramas tendíanle a la frente
con espléndidos frutos, perales, granados, manzanos,
bien cuajados olivos, higueras con higos sabrosos;
mas apenas el viejo alargaba sus manos a ellos
cuando un viento veloz los alzaba a las nubes sombrías.

Advertí luego a Sísifo, presa de recias torturas.
Iba a fuerza de brazos moviendo un peñón monstruoso
y, apoyándose en manos y pies, empujaba su carga
hasta el pico de un monte; mas luego, llegado ya a punto
de dejarla en la cumbre, la echaba hacia atrás su gran peso;
dando vueltas la impúdica piedra, llegaba hasta el llano
y él tornaba a empujarla con todas sus fuerzas. Caía
el sudor de sus miembros y el polvo envolvía su cabeza.

Después de ellos vi a Heracles el fuerte, mas sólo en su [sombra,
ya que él de los dioses al lado se goza en festines
con su Heba de lindos tobillos, que el máximo Zeus
engendrara con Hera inmortal de doradas sandalias.
En su torno chillaban los muertos a modo de aves
que dispersa el terror, mientras él, cual la noche sombría,
con el arco en las manos montaba una flecha. Miraba
espantoso en redor cual si fuera fijando sus blancos
para luego tirar sin reposo; cercábale el pecho
imponente un dorado tahalí con pasmosas figuras
de jabatos y osos, leones con ojos en llamas
en refriegas, combates, estragos, matanza de héroes.
Nunca más, nunca más trabajar obra alguna debiera
el varón que tahalí semejante labró con su ingenio.

Conociéndome el héroe, no bien me avistó con sus ojos
y de lástima lleno me habló con aladas palabras:
'¡Oh Laertíada, retoño de Zeus, Ulises mañero!
¡Desgraciado! Tú sufres también un funesto destino
como aquel que yo mismo arrastré bajo el ampo del día.
Aunque hijo del Crónida Zeus, me cupo una carga
de infinito pesar; sometióseme a un hombre, con mucho
inferior, que, imponiéndome duros trabajos, un día
hasta aquí me mandó por el perro de Hades. Pensaba
que no había para mí más difícil empresa que aquélla,

pero yo cogí al perro y lo traje a la luz, porque tuve,
al volver, por guiadores a Hermes y Atena ojizarca.'

Tras decir estas cosas marchóse hacia el fondo del Hades
mientras yo sin moverme esperé que viniera algún otro
de los grandes varones difuntos de tiempos pasados;
viera aún a otros héroes de ayer, los que hubiera querido,
a Teseo y a Pirítoo, gloriosos retoños de dioses,
pero antes reuniéronse en torno por miles los muertos
con chillido horroroso y fui presa de lívido miedo,
no me fuese Perséfona augusta a mandar desde el Hades
la cabeza del monstruo que infunde el pavor, la Gorgona.
En seguida llegando al bajel ordené a mis amigos
embarcar y soltar las amarras. Entraron al punto
y pusiéronse al banco animosos. Llevaron la nave
a favor del océano, siguiendo el correr de sus ondas,
al principio los remos, después la mejor de las brisas.»

CANTO XII

«Nuestro barco las aguas dejó del océano, el gran río,
y salió nuevamente a las olas del mar anchuroso
avanzando a la isla de Eea, en que tiene sus casas
y sus coros la Aurora temprana y el sol sus salidas.
Arribados, hicimos que el barco encallase en la arena
y, saliendo nosotros de él, nos rendimos al sueño
en la misma rompiente aguardando la Aurora divina.

Al mostrarse la Aurora temprana de dedos de rosa,
envié por delante a mis hombres a casa de Circe
que el cadáver trajeran de Elpénor mi amigo. Cortamos
presurosos los leños y allá, sobre un gran promontorio
que avanzaba en el mar, lo quemamos con lloros sin cuento.
Reducido a cenizas que fue con sus armas y arreos,
levantamos el túmulo y, puesta la estela, clavamos
erigido en la cúspide el remo que vivo empuñara.

En tal forma atendíamos nosotros a todo; mas Circe,
al saber nuestra vuelta del Hades, llegó bien compuesta
y solícita. Escolta le daban sus siervas cargadas
de abundancia de pan y de carne y de vino espumoso.

Colocándose en medio nos dijo la diosa entre diosas:
'¡Desdichados, que en vida bajasteis a casa de Hades
sometidos dos veces a muerte cuando una vez sola

la padecen los otros! Mas, ¡ea!, bebed dulce vino
y comed todo el día; llegada la noche saldréis
en la nave, que yo os mostraré vuestra ruta y remedio
os daré contra toda funesta añagaza que os pueda
producir nuevos daños en tierra o en mar.' Así dijo,
persuadido quedó por su voz nuestro espíritu prócer
y estuvimos sentados allí hasta el ocaso comiendo
los tasajos sin fin y bebiendo del vino exquisito.

A la puesta del sol y el venir de la noche, mis hombres
a dormir se marcharon al pie del varado navío
y ella entonces, cogiendo mi mano y llevándome aparte,
tras hacerme sentar reclinóse a mi lado y me hizo
mil preguntas de aquella aventura. Yo a todo respuesta
con verdad le fui dando; al fin díjome Circe, la augusta:

'Así, pues, todo eso ha quedado cumplido; tú escucha
lo que voy a decir y consérvete un dios su recuerdo.
Lo primero que encuentres en ruta será a las Sirenas,
que a los hombres hechizan venidos allá. Quien incauto
se les llega y escucha su voz, nunca más de regreso
el país de sus padres verá ni a la esposa querida
ni a los tiernos hijuelos que en torno le alegren el alma.
Con su aguda canción las Sirenas lo atraen y le dejan
para siempre en sus prados; la playa está llena de huesos
y de cuerpos marchitos con piel agostada. Tú cruza
sin pararte y obtura con masa de cera melosa
el oído a los tuyos: no escuche ninguno aquel canto;
sólo tú lo podrás escuchar si así quieres, mas antes
han de atarte de manos y pies en la nave ligera.
Que te fijen erguido con cuerdas al palo: en tal guisa
gozarás cuando dejen oír su canción las Sirenas.
Y si imploras por caso a los tuyos o mandas te suelten,
te atarán cada vez con más lazos. Al cabo tus hombres
lograrán rebasar con la nave la playa en que viven
esas magas. No puedo decirte de fijo qué rumbo

te conviene seguir después de ello. Tú mismo, pensando,
lo tendrás que escoger entre dos que se ofrecen: el uno
corre al pie de imponentes peñascos en donde resuena
el inmenso oleaje que en ellos revienta Anfitrita,
la de azules pupilas. Errantes los llaman los dioses.
Ni a las naves es fácil pasar por allí ni siquiera
a las mansas palomas que llevan a Zeus la ambrosía.
porque siempre aquel tajo escarpado arrebátale alguna,
aunque al punto la suple con otra Zeus padre; tampoco
hasta ahora bajel que allí entrara ha escapado del paso,
pues las olas del mar y un turbión de mortíferos fuegos
con tablones de barcos arramblan y cuerpos de hombres.
Una nave crucera tan sólo salvó aquel paraje:
fue la célebre Argo al volver de las tierras de Eetes;
ya lanzada marchaba a chocar con las rocas gigantes
cuando Hera, que amaba a Jasón, desvióla al mar libre.

La otra ruta se abre entre dos promontorios. La cima
de uno de ellos se clava en el cielo anchuroso, cubierta
de una nube perenne y oscura: jamás, ni en los días
de verano u otoño, la baña la luz. Ningún hombre
aquel monte pudiera escalar ni asentarse en la cumbre
aun teniendo diez pares de pies y diez pares de manos,
porque es lisa la escarpa lo mismo que piedra pulida.
Tenebrosa caverna se abre a mitad de su altura
orientada a las sombras de ocaso y al Érebo: a ella
puesto el caso acostad, noble Ulises, el hueco navío.
Ni el más hábil arquero podría desde el fondo del barco
con su flecha alcanzar la oquedad de la cueva en que Escila
vive haciendo sentir desde allí sus horribles aullidos.
Se parece su grito, en verdad, al de un tierno cachorro,
mas su cuerpo es de un monstruo maligno, al que nadie gozara
de mirar aunque fuese algún dios quien lo hallara a su paso;
tiene en él doce patas, mas todas pequeñas, deformes,
y son seis sus larguísimos cuellos y horribles cabezas

cuyas bocas abiertas enseñan tres filas de dientes
apretados, espesos, henchidos de muerte sombría.
La mitad de su cuerpo se esconde en la cóncava gruta;
las cabezas, empero, por fuera del báratro horrible
van mirando hacia el pie de la escarpa y exploran su presa,
sean delfines o perros de mar o, quizá, algo más grande,
un cetáceo entre miles que nutre la aullante Anfitrita.
Los marinos jamás se ufanaron de haber escapado
con la nave sin daño de allí, que con cada cabeza
siempre a un hombre arrebata aquel monstruo del barco [azulado.

El peñasco de enfrente es, Ulises, más bajo, y se opone
al primero a distancia de un tiro de flecha; en él brota
frondosísima higuera silvestre y debajo del risco
la divina Caribdis ingiere las aguas oscuras.
Las vomita tres veces al día, tres veces las sorbe
con tremenda resaca y, si ésta te coge en el paso,
ni el que bate la tierra librarte podrá de la muerte.
Es mejor que te pegues al pie de la roca de Escila
y aceleres la nave al pasar. Más te vale con mucho
perder sólo seis hombres que hundirte tú mismo con todos.'

Así Circe me dijo, mas yo por mi parte repuse:
'Bien, ¡oh diosa!, contesta a esto otro que voy a decirte:
¿no pudiera yo acaso, escapando a la infausta Caribdis,
defenderme de Escila al venir a atacar a mis gentes?'

Tal le dije y al punto repuso la diosa entre diosas:
'¡Obstinado! Tú siempre pensando en esfuerzos guerreros
y proezas. No cedes siquiera ante dioses eternos,
que no es ella mortal, antes bien, una plaga sin muerte,
un azote tremendo, agobiante, feroz e invencible,
y no hay fuerza capaz contra él: lo mejor es la huida.
Si te paras armado de frente a aquel risco, me temo

que, volviendo a lanzarse, os alcance otra vez con las
[mismas
seis cabezas y os saque del barco otros tantos varones;
sólo os queda remar bien aprisa y llamar en socorro
a Cratéis, la madre de Escila, que trajo a los hombres
esa plaga: ella sola podrá contener sus ataques.

Vendrás luego a Trinacia, la isla en que pastan las
[muchas
recias vacas del Sol y sus fuertes ovejas: son siete
las vacadas y siete los bellos rebaños, cincuenta
las cabezas por hato. No tienen nacencia esas reses
ni fenecen jamás y las llevan al pasto unas diosas,
unas ninfas de hermosos cabellos, Faetusa y Lampetia,
que del Sol Hiperión engendró la divina Neera.
Tras darlas a luz y criarlas llevólas su madre
a la isla Trinacia allá lejos y en ella las puso
a guardar las ovejas del padre y sus vacas rollizas.
Si a esas reses respetas atento tan sólo al regreso,
a la patria podréis arribar no sin grandes trabajos;
mas si en algo las dañas, entonces predigo ruina
para ti, tu bajel y tu gente, y si tú la esquivases
irás tarde, en desgracia, con muerte de todos tus hombres.'

Tal me dijo; venía ya la Aurora de trono de oro;
la divina entre diosas marchó al interior de la isla
y yo, en tanto, llegando al bajel ordené a mis amigos
embarcar y soltar las amarras. Entraron al punto
en la nave, ocuparon sus puestos, cogieron los remos
y, sentados en fila, batieron las aguas grisáceas.
Por detrás del bajel azulado mandábanos Circe,
la de hermosos cabellos, potente deidad de habla humana,
el mejor compañero, una brisa propicia que henchía
nuestra vela; nosotros, dispuesto ya todo en la nave,
nos sentamos dejando su rumbo al piloto y al viento.

Afligido yo entonces les dije a mis hombres: '¡Oh amigos!
No está bien que uno solo ni dos los oráculos sepan
que me ha hecho, prolija, a mí Circe, la diosa entre diosas.
Así a todos los he de contar, que quedéis enterados,
ya nos toque morir, ya rehuyamos la parca y la muerte.
Lo primero exhortóme a evitar a las magas Sirenas,
su canción hechicera, sus prados floridos: yo solo
escucharlas podré, pero antes habéis de trabarme
con cruel atadura que quede sujeto en mi puesto.
Bien erguido del mástil al pie me ataréis con maromas
y, si acaso os imploro u os mando aflojar esas cuerdas,
me echaréis sin piedad nuevos nudos.' Con estas palabras
declarábales yo cada cosa a mis fieles amigos.

Entretanto la sólida nave en su curso ligero
se enfrentó a las Sirenas: un soplo feliz la impelía,
mas de pronto cesó aquella brisa, una calma profunda
se sintió alrededor: algún dios alisaba las olas.
Levantáronse entonces mis hombres, plegaron la vela,
la dejaron caer en el fondo del barco y, sentándose al remo,
blanqueaban de espumas el mar con las palas pulidas.
Yo entretanto cogí el bronce agudo, corté un pan de cera
y, partiéndolo en trozos pequeños, los fui pellizcando
con mi mano robusta: ablandáronse pronto, que eran
poderosos mis dedos y el fuego del sol de lo alto.
Uno a uno a mis hombres con ellos tapé los oídos
y, a su vez, a la nave me ataron de piernas y manos
en el mástil, derecho, con fuertes maromas y, luego,
a azotar con los remos volvieron el mar espumante.

Ya distaba la costa no más que el alcance de un grito
y la nave crucera volaba, mas bien percibieron
las Sirenas su paso y alzaron su canto sonoro:
'Llega acá, de los dánaos honor, gloriosísimo Ulises,
de tu marcha refrena el ardor para oír nuestro canto,
porque nadie en su negro bajel pasa aquí sin que atienda

a esta voz que en dulzores de miel de los labios nos fluye.
Quien la escucha contento se va conociendo mil cosas:
los trabajos sabemos que allá por la Tróade y sus campos
de los dioses impuso el poder a troyanos y argivos
y aun aquello que ocurre doquier en la tierra fecunda.'

Tal decían exhalando dulcísima voz y en mi pecho
yo anhelaba escucharlas. Frunciendo mis cejas mandaba
a mis hombres soltar mi atadura; bogaban doblados
contra el remo y en pie Perimedes y Euríloco, echando
sobre mí nuevas cuerdas, forzaban cruelmente sus nudos.
Cuando al fin las dejamos atrás y no más se escuchaba
voz alguna o canción de Sirenas, mis fieles amigos
se sacaron la cera que yo en sus oídos había
colocado al venir y libráronme a mí de mis lazos.

Ya a lo lejos perdíase la isla y noté por delante
el vapor de unas olas inmensas, sentí sus bramidos,
el espanto a mis hombres tomó y escaparon los remos
de sus manos; oyóse silbar en el agua a las palas
y paróse la nave al negarle los brazos su empuje.

Recorriendo yo, en tanto, el bajel reanimaba a los míos
y acercábame al uno y al otro con frases de halago:
'¡Oh queridos! No somos de cierto novatos en males,
ni este caso es peor que el encuentro del fiero ciclope
que con fuerza sin par encerrónos en cóncava gruta;
aun de aquello escapamos merced a mi arrojo, mis trazas
y mi ingenio. Lo mismo de ahora será con el tiempo
un recuerdo y no más, pero haced lo que voy a deciros:
los remeros los remos coged, afirmaos en los bancos
y, calando en las aguas, remad con vigor, por si Zeus
nos concede salir de este paso y rehuir la desgracia.
Por tu parte, piloto, pues riges aquí el gobernalle,
oye atento mi orden e imprímela bien en tu mente:

ve teniendo a la nave alejada de aquel torbellino
y sus nieblas; acércate al risco y vigila no escape
de tu mando el bajel y nos lances en masa a la muerte.'

Tal hablé, mis amigos al punto acataron mi orden,
pero nada les dije de Escila, del mal sin remedio,
no viniesen por miedo a dejar nuevamente la boga
y buscasen refugio del daño en los senos del barco.
Olvidándome entonces, del todo, del duro consejo
que me había dado Circe de no recurrir a las armas,
revestí mi armadura completa y con dos grandes picas
fuertemente empuñadas monté en el castillo de proa.
Esperábame yo desde allí divisar el primero
en sus rocas a Escila, amenaza mortal de mis hombres,
pero nada logré descubrir, aun cansando mis ojos
de observar desde arriba hasta abajo la peña sombría.

Navegábamos ya por el paso exhalando gemidos
con Escila a este lado, al de allá la divina Caribdis.
Espantosa tragábase ésta las aguas salobres
y al echarlas de sí borbollaban en gran torbellino
como en una caldera que hierve a un buen fuego; la [espuma
salpicaba a lo alto y caía en los dos farallones.
Cuando luego sorbía la resaca las aguas marinas
las veíamos bullir allá dentro y en torno mugía
fieramente el peñón; divisábase al fondo una tierra
con arenas oscuras; el lívido horror se adueñaba
de los míos. Mirábamos sólo a Caribdis temiendo
la ruina y Escila, entretanto, raptónos seis hombres
que arrancó del bajel, los mejores en fuerza y en brazos.
Yo, volviendo la vista a la rápida nave y mi gente,
alcancé a contemplar por encima de mí el remolino
de sus manos y pies que colgaban al aire. Mi nombre
pronunciaban por última vez dando gritos de angustia.

Cual se ve al pescador sobre un cabo empuñar larga caña
y arrojar en el mar, con un cuerno de vaca campera,
el engaño del cebo a los míseros peces que luego
palpitantes extrae de las aguas, así entonces eran
por la escarpa sacados mis hombres convulsos de muerte.
Devorólos Escila en las bocas del antro y chillando
me alargaban los brazos aún en su horrible agonía:
nunca tuve a mis ojos tan triste visión entre todas
cuantas he padecido en el mar descubriendo sus rutas.

De las rocas librados al fin, de la horrenda Caribdis
y de Escila, llegamos a ver la hermosísima isla
del dios Sol: allí estaban las vacas lozanas, frontudas
y las muchas y recias ovejas del Sol de lo alto.
Todavía por el mar con mi oscuro bajel, ya empezaba
a escuchar el mugido de aquéllas allá en sus corrales
y el balar de las otras, y al punto me vino a la mente
la palabra del ciego adivino, Tiresias tebano,
y el mandato de Circe: los dos sin excusa prohibían
nuestro arribo a la isla del Sol, el que alegra a los hombres.

Y con pena en el pecho yo entonces les dije a los míos:
'Escuchad mis palabras, amigos, por tristes que estéis,
los presagios os voy a decir del divino Tiresias
y de Circe la Eea: los dos insistentes prohibieron
nuestro arribo a esta isla del Sol, el que alegra a los hombres,
pues con ella a encontrarnos vendría el mayor de los males.
Desviaos por tanto y seguid con el negro navío.'

Tal les dije: al oírme quebró el corazón en su pecho
y con frases de enojo repúsome Euríloco al punto:
'Duro eres, ¡oh Ulises!, tu fuerza está entera y tus miembros
no se cansan; de hierro parece en ti todo. Por ello
a tus hombres que ves ya rendidos de sueño y fatiga
les prohíbes llegar a la isla cercada de olas

donde hallaran sabroso manjar y pretendes que erremos
sin tocar en aquélla a través de la rápida noche,
errabundos en medio del mar que ensombrecen las brumas.
De las noches se engendran los vientos perversos que acaban
con las naves: ¿quién puede escapar de la abrupta ruina,
si le alcanza de pronto un furioso ciclón con la fuerza
sea del austro o del rudo poniente, que más que otros
[vientos
desbaratan un barco a pesar de las mismas deidades?
Pero, ¡ea!, cedamos ahora a la noche sombría,
adobemos la cena en la playa al socaire del barco
y lancémoslo al alba otra vez al océano anchuroso.'

Tal Euríloco habló, le apoyaron los otros amigos;
comprendí entonces yo que algún dios nos tramaba el
[desastre
y dejándome oír repliqué con aladas palabras:
'Fuerza, Euríloco, a hacerme llegáis, pues soy uno solo
contra todos. Mas, ¡ea!, prometedme con gran juramento
que si allá por la isla encontramos alguna vacada
o crecido rebaño de ovejas, ningún insensato
tratará de matar ni una res, mas que todos tranquilos
comeréis de los víveres dados por Circe divina.'

Tal les dije y juraron sin más como yo les pedía
y, una vez que acabó el juramento con todos sus ritos,
atracamos la sólida nave en el puerto vacío
junto a un vivo hontanar de agua dulce; salieron mis
[hombres
del bajel y expeditos allá prepararon la cena.
Satisfecho su gusto en manjar y bebida, se dieron
a llorar recordando de nuevo a los buenos amigos,
fiero pasto que Escila arrancó de la cóncava nave.
Con la fuerza del llanto por fin los tomó dulce sueño,
transcurrieron dos tercios de noche, los astros caían,
cuando Zeus nublador envióndos fortísimo viento

en ciclón pavoroso y a un tiempo ocultó con sus nubes
el océano y la tierra: cerrábase arriba la noche.
Al mostrarse la Aurora temprana de dedos de rosa,
arrastrando el bajel lo metimos en cóncava gruta,
de las ninfas morada, lugar de sus danzas graciosas.

Y yo entonces reuniendo a mis hombres hablé de este modo:
'Pues nos queda en la nave, ¡oh amigos!, comida y bebida,
no toquemos las vacas, no venga algún daño, pues ellas
y las recias ovejas también son de un dios poderoso,
del dios Sol, el que todo lo mira, el que todo lo escucha.'

Tal les dije y quedó convencido su espíritu prócer:
todo un mes nos estuvo soplando aquel austro, que a veces
declinaba a solano sin dar nunca paso a otros vientos.
Mis amigos, en tanto hubo pan y duró el rojo vino,
aplacaban el hambre y la sed sin tocar a las vacas;
mas, gastado por fin cuanto había en el bajel, la penuria
los forzaba a cazar errabundos y fue su alimento
no otra cosa que peces o aves por caso atrapados
con los corvos anzuelos: el hambre roía sus entrañas.

Yo entretanto subí por la isla a invocar a los dioses
por si alguno quería señalarme la vía del regreso;
avancé al interior, me perdieron de vista mis gentes
y, lavando mis manos en sitio abrigado del aire,
mi plegaria a los dioses alcé que poseen el Olimpo.
Ellos luego en mis ojos vertieron un plácido sueño,
mas Euríloco en tanto inició funestísima traza:
'Escuchadme, ¡oh amigos!, por muchos que sean vuestros males;
cualquier muerte es odiosa a los pobres humanos, mas nada
tan horrible, en verdad, como hallar nuestro fin por el hambre.

¡Vamos, pues! Acosemos las vacas del Sol y, cogiendo
las mejores, hagamos cumplida hecatombe a los dioses.
Si atracamos en Ítaca al fin, nuestra tierra paterna,
lo primero será levantar un magnífico templo
al dios Sol Hiperión y llenarlo de ofrendas preciosas,
mas si, airado por mor de las vacas de cuernos erguidos,
determina en unión de otros dioses perder nuestra nave,
mejor quiero morir de una vez boquiabierto en las olas
que ir dejando a pedazos la vida en la isla desierta.'

Tal Euríloco habló y asintieron los otros amigos;
en acoso veloz apresaron sin más las mejores
de las reses del Sol, que bien cerca del barco azulado
campeaban las vacas frontudas, rollizas, hermosas.
Rodeándolas ellos hicieron su voto a los dioses
y cortaron las hojas recientes de encina frondosa,
que en la nave de buena cubierta faltaba la harina.
Tras orar degollaron las vacas. Después del desuello
separaron los muslos, cubriéndolos luego de grasa
a ambos lados, pusieron encima unos trozos aún crudos
de las carnes; libaron con agua, privados de vino
que emplear en el rito, y asaron las vísceras todas.
Abrasados los muslos, mi gente gustó las entrañas,
en pedazos cortó lo demás, lo espetó en asadores.

Entretanto se fue de mis ojos el sueño profundo
y emprendí mi regreso hacia el mar y la rápida nave.
Me encontraba ya cerca del combo bajel y envolvióme
el vapor seductor de la grasa. Rompiendo en sollozos
de este modo gritando clamaba a los dioses eternos:
'¡Padre Zeus, dioses todos de vida feliz, inmortales!
Para mal me dormisteis en sueño cruel: mis amigos
se quedaron aquí y han tramado una hazaña perversa.'

Fue Lampetia, de peplo sutil, hasta el Sol de lo alto
y el mensaje le dio de que habíamos matado sus vacas.

Él entonces habló a los eternos airado en su pecho:
'¡Padre Zeus y deidades de vida feliz, inmortales!
Castigad a los hombres de Ulises Laertíada, que impíos
han matado mis vacas, aquellas que fueron mi gozo
cada vez que subía al firmamento cuajado de estrellas,
cada vez que de aquél a la tierra bajaba; si el daño
en justicia no pagan que han hecho matando mis reses,
en el Hades me iré a sumergir a alumbrar a los muertos.'

Pero Zeus que agrupa las nubes le dijo en respuesta:
'Sigue, ¡oh Sol!, tú tranquilo alumbrando a los dioses
[eternos
y a los hombres mortales también por la tierra fecunda,
que yo mismo bien pronto, lanzando mi fúlgido rayo,
haré trizas su raudo bajel en mitad del oceano.'

Tales cosas oí de Calipso de hermosos cabellos
que decía conocerlas por Hermes, el dios mensajero.

Yo, bajando a la playa y al sitio en que estaba la nave,
increpaba a mis hombres, ya a éste, ya a aquél, mas no
[hallamos
para el daño remedio, que estaban ya muertas las reses,
y los dioses nos dieron bien pronto señales terribles:
serpeaban las pieles, las carnes asadas o crudas
en los mismos espiches mugían igual que las vacas.

Seis jornadas pasaron mis hombres gozando el banquete
del más rico ganado del Sol, atrapado en su acoso;
y, al mandarnos el hijo de Crono su séptimo día,
de improviso aquel viento furioso cesó y al momento
embarcamos, lazamos la nave al océano anchuroso,
erigimos el palo y tendimos el blanco velamen.

Ya perdida a lo lejos la isla, ninguna otra tierra
parecía a nuestros ojos, mas sólo las aguas y el cielo,

cuando Zeus el Cronión vino a alzar una nube sombría
sobre el combo bajel: todo el mar negreció bajo ella.
No corrió mucho tiempo la nave, soplónos a poco
un poniente aullador en furioso huracán. La violencia
de aquel viento cortó ambos estayes del mástil y éste
derrumbóse hacia atrás arrastrando las jarcias. Revueltas
en la cala se hundieron y el palo cayendo en la popa
alcanzó al timonel y rompióle los huesos del cráneo
por entero. A manera de un buzo saltó del castillo
y su espíritu prócer dejó para siempre sus miembros.
A este tiempo, tronando el gran Zeus lanzaba su rayo
sobre el barco, tembló la armazón toda ella y cubrióse
de vapores de azufre y mis hombres cayeron al agua.
En redor del oscuro bajel los llevó al oleaje;
semejaban cornejas; el dios les negaba el regreso.

Iba yo recorriendo el navío, mas pronto un embate
todo el bordo arrancó de la quilla, que luego las olas
desarmada arrastraron; el mástil a flote chocaba
contra ella; cogido aún llevaba un obenque de cuero
con el cual enlacé las dos piezas, la quilla y el mástil,
y sentándome en ellas dejéme llevar por los vientos
perniciosos. Cesó el vendaval de poniente, mas vino
luego el soplo del austro a traerme más vivas angustias,
pues me habría de volver a la infausta Caribdis. Por una
larga noche empujóme en el mar; cuando el sol asomaba
al peñasco de Escila llegué y a Caribdis terrible,
que absorbía en aquel punto las aguas saladas. Yo entonces
dando un salto en el aire colguéme del gran cabrahigo;
cual si fuera un murciélago allí me agarré, no tenía
ni lugar de hacer pie ni podía trepar a la copa;
las raíces quedaban bien lejos, las ramas robustas
se elevaban muy altas cubriendo de sombra a Caribdis.

Allí firme aguardé que la diosa arrojase de nuevo
quilla y mástil. La espera en verdad no fue vana: a la hora
en que el juez se levanta en la plaza pensando en su cena

tras haber sentenciado disputas de gente sin cuento,
arrojaba a mis ojos Caribdis los leños. Yo al punto
solté manos y pies y en las aguas un golpe estruendoso
vine a dar junto a aquellos mis largos maderos. Cogílos
y asentándome encima remé con los brazos y el padre
de deidades y hombres no quiso que Escila me viese,
pues de verme no hubiese escapado a la abrupta ruina.

Nueve días el mar me arrastró y a la décima noche
me acercaron los dioses a Ogigia, la isla en que vive
la crinada Calipso, potente deidad de habla humana.
Ella albergue me dio, me cuidó, mas ¿a qué contar esto,
pues aquí en vuestra casa os narré lo demás ayer mismo
a tu prócer esposa y a ti? Y en verdad me es odioso
repetir lo ya dicho una vez sin ambages ni engaño.»

CANTO XIII

Tal Ulises hablóles y todos, tomados de hechizo,
a través del oscuro salón como mudos quedaron;
luego Alcínoo tomó la palabra diciéndole: «¡Ulises,
una vez que has venido a mi casa de pisos de bronce
y elevada techumbre, no pienso regreses de nuevo
vagabundo por muchos que fueran tus males pasados!
Y a vosotros, a todos aquellos que siempre conmigo
en mis salas gustáis el purpúreo licor de los nobles
y escucháis al aedo, esto os he de decir: ya las ropas
para el huésped guardadas están en el arca pulida
con el oro de fina labor y los otros presentes
que trajisteis aquí para él los primates feacios.
Pero, ¡ea!, por cada varón añadamos a ello
un gran trípode y una caldera; y del pueblo reunido
nos haremos pagar, que no es don para hacerlo uno solo.»

Tal Alcínoo les dijo y a todos gustó la propuesta
y ellos, luego, a sus casas marcharon vencidos del sueño.
Al mostrarse la Aurora temprana de dedos de rosa,
caminaron aprisa al bajel y cargaron el bronce
que es la prez del varón; la Potencia sagrada de Alcínoo
colocólo por sí, recorriendo la nave, debajo
de los bancos, que no entorpeciese la briega del remo,
y volvieron de nuevo al palacio a aprestar el banquete.

Para ellos un buey inmoló la Potencia de Alcínoo
al Cronión, rey supremo, que envuelven las nubes sombrías;
tras quemarle los muslos gustaron el rico banquete
jubilosos; cantóles después el aedo divino
bien amado del pueblo, Demódoco; Ulises, en tanto,
muchas veces tornábase al sol fulgurante anhelando
se pusiese, que en ansias teníale el regreso a la patria.
Como piensa en su cena el varón al que en un largo día
con el sólido arado arrastraron los bueyes bermejos
por el haza y, al fin, consolado, contempla el ocaso
por marcharse a cenar aunque apenas le rigen las piernas,
tal de amable la puesta del sol fue esta vez para Ulises.

Y sin más les habló a los feacios, gozosos remeros,
dirigiéndose a Alcínoo ante todo con estas palabras:
«Prez y honor de tus gentes, Alcínoo, señor poderoso,
conducidme en seguro después de libar y quedaos
con salud, que cumplido está ya cuanto ansiaba mi alma;
tengo guías y hermosos regalos: los dioses del cielo
prosperármelos quieran. Que encuentre de vuelta a mis casas
intachable a mi esposa, sin daño a mi gente; y vosotros
que quedáis en la tierra de Esqueria, sed siempre el contento
de los vuestros, mujeres e hijos; los dioses ventura
os concedan completa y no venga desgracia a este pueblo.»

Tal les dijo; aplaudiéronle todos y dieron la orden,
pues el huésped hablaba en razón, de ayudarle en su ruta;
mas la Alteza de Alcínoo le dijo a este punto al heraldo:
«Haz en una cratera, Pontónoo, la mezcla del vino
y repártelo a todos aquí, que invocando a Zeus padre
enviemos al huésped de vuelta a su patria querida.»

Tal les dijo y Pontónoo, mezclando el licor delicioso,
se llegó a cada uno y sirvióles; y todos libaron

cada cual en su sitio a los dioses felices que habitan
los espacios del cielo; y alzándose el ínclito Ulises
puso en manos de Areta una copa de dos cavidades
y, dejando oír su voz, dirigióle palabras aladas:
«Sé por siempre feliz, ¡oh señora!, hasta tanto que [lleguen
la vejez y la muerte que son heredad de los hombres;
yo ya voy a partir, mas tú sigue gozando en tu casa
de tus hijos, del pueblo feacio, de Alcínoo su rey.»

Tal habló; luego Ulises traspuso el umbral del palacio,
mas Alcínoo un heraldo delante mandó que de guía
le sirviese hasta el mar y el paraje en que estaba la nave.

Por su parte la reina envióle tres siervas: la una
le llevaba un vestido y un manto bien limpio, la otra
en las manos le puso una arqueta de sólido ajuste,
la tercera aportábale el pan con el vino rojizo.

Una vez que llegaron al mar y al lugar de la nave,
recogiéndolo todo sus nobles guiadores, pusieron
en el fondo del barco el licor y los víveres; luego
le tendieron a Ulises un lecho con lienzos de lino
y un cojín en las tablas de atrás, que durmiese en sosiego.
Embarcándose el héroe, acostóse en silencio y los hombres
ocuparon por orden su sitio en los bancos; soltaron
de la piedra horadada la amarra y, doblando los cuerpos,
comenzaron a herir con los remos las aguas marinas.
Entretanto caíale en los ojos a Ulises un sueño
prolongado, suavísimo, igual en gran modo a la muerte.
Como vemos que en una cuadriga los cuatro caballos
se encabritan sintiendo el chasquido del látigo y rompen
a correr vivamente a la vez devorando el camino,
tal, alzada de prora, marchaba la nave dejando
una estela brillante y bullente en el mar estruendoso;

navegaba segura y tenaz; ni el halcón en su giro,
volador entre todas las aves, pudiera escoltarla.
De este modo ligera la nave cortaba las olas;
transportaba a un varón semejante en ingenio a los dioses
que en su alma llevaba las huellas de mil pesadumbres
padecidas en guerras y embates del fiero oleaje,
mas que entonces, de todo olvidado, dormía dulcemente.

Ya asomaba la fúlgida estrella que viene entre todas
a anunciar en el cielo la luz de la aurora temprana
cuando recta avanzaba a la isla la nave crucera.

Hay en Ítaca un puerto, el de Forcis, el viejo marino,
que se abre entre dos promontorios rocosos y abruptos,
mas de blanda pendiente del lado de aquél; por de fuera
le resguardan del fuerte oleaje que mueven los vientos
enemigos y dentro las naves de buena cubierta
sin amarras están cuando vienen allá de arribada.
Vese al fondo del puerto un olivo de gráciles hojas
y a su lado una cueva sombrosa y amena, recinto
de las ninfas del agua que llaman las náyades; dentro
sus crateras están y sus ánforas todas de roca
en que suelen venir a libar las abejas, y hay,
asimismo, muy largos y pétreos telares en donde
unas túnicas tejen las ninfas con brillos marinos
que es hechizo de ver. Allí corren las aguas perennes
y las puertas son dos: una al bóreas abierta a los hombres
y la otra hacia el noto divina; ningún ser humano
tiene entrada por ésta, que es paso no más de inmortales.

A este sitio avanzaron ya bien conocido y la nave
en la costa encalló la mitad de su quilla al impulso
de su rauda carrera regida por diestros remeros.
Descendieron los hombres del sólido barco a la playa
y tomaron a Ulises primero en su lecho de lino

con el lindo cojín y dejáronlo presa del sueño
en la arena; sacaron después los presentes que había
recibido, al partir a su hogar, de los nobles feacios
por favor de Atenea, la diosa magnánima, y junto,
del olivo en redor, colocáronlo todo bien lejos
del camino, temiendo que algún pasajero viniese
a mermárselo antes de que él despertara; y de vuelta
reembarcaron sin más. Pero el dios que sacude la tierra
no olvidó la amenaza lanzada por él desde antiguo
contra Ulises y fue a requerir el consejo de Zeus:
«Padre Zeus, nunca más tendré estima en los dioses [eternos,
pues los mismos mortales feacios en nada me honran
aunque vienen de mí por linaje: pensaba que Ulises
regresase a su patria, mas presa de mil pesadumbres;
del regreso no quise privarle, pues tú ya de antes
otorgado lo habías con firme promesa. Hete ahora
que, después que le pasan el mar sobre rápida nave,
lo descargan en Ítaca al sueño entregado y con dones
incontables de bronce y de oro y de ricos vestidos,
cuantos nunca trajera de Troya si hubiera llegado
sin sufrir ningún daño salvando su parte en la presa.»

Contestando a su vez dijo Zeus, el que agrupa las nubes:
«¡Ay de mí, dios potente que bates la tierra! ¿Qué has [dicho?
No te quitan de cierto los dioses la honra, que es arduo
despreciar a quien es más antiguo y mejor que los otros;
de los hombres, si alguno, en su fuerza fiado, te llega
a ultrajar, el castigo en tus manos tendrás ahora y siempre:
obra, pues, como quieras y sea tu placer.» Contestóle
a su vez Posidón el que bate la tierra: «¡Oh monarca
de las nubes sombrías! Ya hubiera hecho yo como dices,
pero temo tu ira y procuro evitarla; ahora quiero
destrozar en el mar neblinoso la nave feacia

bien gallarda en que vuelven; que cesen en tales ayudas
y no den más escolta en su ruta a los hombres; y voy
toda en torno a ocultar su ciudad con excelsa montaña.»

Contestando a su vez dijo Zeus, el que agrupa las nubes:
«¡Oh querido! A mi ver lo mejor será esto: que, al punto
en que estén los feacios mirando el bajel de regreso
por el mar, lo conviertas en roca, ya cerca de tierra
con su misma figura de nave, que todos se queden
admirados; y no que los cierre ninguna montaña.»

Tal palabra al oír, Posidón el que bate la tierra
para Esqueria partió, donde viven los bravos feacios,
y esperó por allí; mas bien pronto llegaba la nave
con su impulso brioso. Acercóse el que bate la tierra,
convirtióla en peñasco y, tendiendo su mano, de un golpe
enraizólo en el fondo del mar y volvióse de nuevo.

Conversaban, al verlo, entre sí con aladas palabras
los feacios de remos ingentes, famosos marinos,
y decía alguno de ellos mirando al que estaba a su lado:
«¡Ay de mí! ¿Quién dejó nuestra nave hechizada en las [aguas
cuando a casa volvía? Bien clara se vio toda ella.»

Así hablaban allá: lo acaecido ignoraban del todo,
mas entonces Alcínoo tomó la palabra y les dijo:
«¡Oh dolor, que han venido a cumplírseme antiguos presagios
de mi padre! Contaba que el gran Posidón, indignado
con nosotros por ser entre todos seguros guiadores
por el mar, nos habría de romper una espléndida nave
al volver de llevar a un viajero en las olas brumosas
y a cerrar nos vendría la ciudad con excelsa montaña.
Tal el viejo solía repetir, ahora todo se cumple;
pero, ¡ea!, escuchadme y haced lo que voy a deciros.

No ayudéis en su ruta a los hombres si viene algún otro
a este pueblo de hoy más y conmigo ofreced doce toros
escogidos al rey Posidón por si acaso renuncia,
compasivo, a cercar la ciudad con la extensa montaña.»

Esto dijo y, entrando en temor, prepararon los toros.
Tal al rey Posidón invocaban entonces los jefes
y caudillos del pueblo feacio, derechos en torno
del altar; y a la vez despertábase Ulises divino
que dormía en su propio país tras larguísima ausencia;
pero no lo llegó a conocer, porque Palas Atena,
la nacida de Zeus, le echó en derredor densa nube
para hacerle cambiar de figura y hablarle ella misma
de su plan, no le viesen su esposa o paisanos y amigos
sin haber castigado él aún las infamias de aquellos
pretendientes. Extraño por eso mostrósele todo
al señor de la tierra: las sendas, el cómodo puerto,
las abruptas roquedas, los árboles llenos de hojas.
Tal de un salto poniéndose en pie contemplaba su patria
y, rompiendo a gemir, empezó a golpearse los muslos
con las manos. Sumido en dolor, pronunció estas palabras:
«¡Ay de mí! ¿Qué mortales tendrán esta tierra a que
[llego?
¿Insolentes serán y crueles e injustos o al huésped
tratarán con amor y habrá en ellos temor de los dioses?
¿Hacia dónde camino con estas riquezas? ¿Por dónde
voy errante yo mismo? ¡Ojalá se quedaran con esto
los feacios y hubiera yo ido a algún otro de tantos
grandes reyes que albergue me diera y amparo en mi ruta!
Mas ahora, ¿en qué sitio poner estas cosas? No voy
bien de cierto a dejarlas aquí de botín a otros hombres.
¿Quién llegara a creer que no fueran del todo ni justos
ni discretos los jefes y ancianos del pueblo feacio?
Me han dejado en país extranjero y allá me decían
que me habrían de llevar hasta Ítaca insigne en las aguas.

Pero no lo han cumplido: castíguelos Zeus, que a los pobres
suplicantes protege y observa y vindica su ofensa.
Pero, ¡ea!, veré estos regalos, sabré si al volverse
se llevaron alguno en los senos del combo navío.»

Tal diciendo se puso a contar las hermosas calderas
con sus trébedes todas y el oro y los ricos vestidos,
de que nada faltó; mas lloraba pensando en su patria
y arrastraba sus pies por la orilla del mar estruendoso
dando largos suspiros; y entonces Atena a su lado
se llegó con figura de un joven pastor ovejero,
delicado a la vez como un hijo de reyes: traía
suspendido a los hombros un manto plegable y hermoso;
en los pies relucientes, sandalias, y un dardo en la mano.
Viola Ulises, gozóse a su vista, le vino al encuentro
y, dejándose oír, dirigióle palabras aladas:
«Buen amigo, pues eres el hombre primero que hallo
cuando llego al país, ten salud y no muestres enojo,
sino salva estas cosas y sálvame a mí que a ti acudo
como a un dios. Suplicante me acerco a tus plantas; di,
[en todo
cuanto yo te pregunte, verdad, por que quede enterado.
¿Qué ciudad y qué tierras son éstas? ¿Qué gentes las suyas?
¿Es acaso una isla eminente en el mar? ¿O es un cabo
que en las aguas avanza hasta aquí de feraz continente?»

Contestándole dijo a su vez la ojizarca Atenea:
«Eres simple, extranjero, o llegaste de tierras remotas,
pues así me preguntas por este país cuya fama
no es pequeña de cierto: conócenlo innúmeras gentes
entre aquellas que miran al alba y al sol y entre aquellas
cuyos campos están allá atrás al poniente sombrío;
esta tierra es fragosa, difícil de andar por caballos,
mas no pobre del todo, aun sin gran extensión. En su suelo
se produce gran copia de trigos y vino abundante,

y ni lluvia la falta jamás ni lozano rocío;
es criadora de cabras y bueyes, prosperan en ella
toda clase de bosques y tiene aguaderos perennes:
hete aquí por qué es Ítaca, ¡oh huésped!, nombrada hasta [en Troya,
que tan lejos nos dicen que está de estas tierras de Acaya.»

Tal le dijo y Ulises, el héroe paciente, alegróse
y gozó de encontrarse en su patria según le decía
Atenea, nacida de Zeus que la égida embraza.
Y, dejándose oír, dirigióle palabras aladas
no diciendo verdad, mas volviendo a su traza primera
sin dar nunca descanso a su mente de astucias y engaños:
«Sí, de Ítaca habláronme en Creta, la grande, allá lejos
a otro lado del mar, y hete ahora que vengo yo mismo
fugitivo con estas riquezas dejando otras tantas
a mis gentes en Creta espaciosa después de haber dado
muerte a Orsíloco, el gran corredor que engendró Idomeneo,
el que a todos dejábase atrás con sus piernas veloces.
Intentaba quitarme el entero botín que traía
desde Ilión, por el cual me afané y aguanté mil trabajos
entre guerras de hombres y embates del mar dolorosos;
y ello fue por no haberme prestado a servir a su padre
en los campos de Troya, pues tuve mis propios soldados;
y con uno de éstos por fin le aceché en el camino
al bajar él del campo. Arrojéle la lanza broncínea,
era noche cerrada en el cielo, ningún hombre hubo
por allí que nos viese; en las sombras quitéle la vida.
Una vez que la muerte le di con la punta del bronce,
sin tardanza a una nave me entré de los nobles fenicios,
suplicante; les di una sabrosa porción de mi presa
y traté que, acogido al bajel, me llevaran a Pilo
o hasta Elis divina, el país de los buenos epeos.
Mas la fuerza del viento apartólos de allá bien en contra
de su gusto: en verdad no querían engañar; desviados

y errabundos llegamos aquí por la noche y aprisa
nos entramos al puerto. Olvidámonos todos incluso
de la cena, aunque bien faltos de ella; saliendo del barco,
a dormir nos echamos sin más por la playa y, a poco,
tan cansado me hallaba, me vino a tomar dulce sueño.
Los fenicios, sacando mis cosas del hueco navío,
las dejaron en torno de mí, que en la arena dormía,
y, embarcando de nuevo, a Sidón la muy bien habitada
se partieron; yo aquí me quedé contristado en mi pecho.»

Dijo así, sonrióse Atenea, la diosa ojizarca,
y su mano tendió a acariciarle, mas ya bajo forma
de mujer alta, hermosa, perita en brillantes labores.
Y, dejándose oír, dirigióle palabras aladas:
«Bien astuto y taimado ha de ser quien a ti te aventaje
en urdir añagazas del modo que fuere, aunque a ello
te saliera quizás al encuentro algún dios: ¡siempre el mismo,
trapacista de dolos sin fin! ¿Ni en tu patria siquiera
dejarás ese gusto de inventos y engaños que tienes
en el alma metido? Y ya baste, porque ambos sabemos
de artificios, que tú entre los hombres te llevas la palma
por tus tretas y argucias y yo entre los dioses famosa
soy por mente e ingenio; mas ¿no reconoces ya a Palas
Atenea, nacida de Zeus, que siempre a tu lado
en tus muchos trabajos te asisto y protejo y ha poco
el afecto te atraje de aquellos feacios? Ahora
vengo aquí a meditar nueva traza contigo y los bienes
a esconder que esos nobles amigos te dieron al tiempo
de tu vuelta a la patria siguiendo mi propio designio.
Mas habré de enterarte también de las mil pesadumbres
que tendrás en tu casa: sopórtalas tú aunque te duelan
y no digas a nadie, varón ni mujer, que has llegado
vagabundo hasta aquí, sino sufre en silencio tus muchas
desventuras y aguanta a los hombres violencias y ultrajes.»

Contestando a su vez dijo Ulises, el rico en ingenios:
«¿Cómo, diosa, podrá conocerte el mortal que te encuentre,
por experto que sea? ¡Te muestras en tantas figuras!
Yo bien sé que me dabas favor cuando en Troya los hijos
de los dánaos hacíamos la guerra; después, desde el punto
en que al suelo vinieron las altas murallas de Príamo
y al salir en las naves un dios dispersó a los argivos,
nunca más volví a verte, ¡oh retoño de Zeus!, ni subida
te advertí en mi bajel a ahuyentar ningún mal de mi lado.
Así errante vagué, desgarrado en dolores mi pecho,
hasta el tiempo en que término a ello pusieron los dioses
cuando tú en el opimo país de los nobles feacios
me viniste a enseñar la ciudad con palabras de aliento.
Por tu padre suplícote ahora: de cierto no creo
que me encuentre ya en Ítaca excelsa; más bien imagino
que ando errante por tierra lejana y que tú, por burlarte,
me anunciaste eso otro engañando mi ánimo. Dime
si en verdad he llegado a la patria querida.» Y al punto
la respuesta le dio la divina ojizarca Atenea:

«Siempre tú con la misma cautela en el alma: por ello
no te puedo dejar entregado a tus males, que eres
avispado de mente y cumplido en palabra y prudencia.
Cualquier otro varón que errabundo tuviera este gozo
del regreso, corriera al hogar para ver a los suyos;
pero tú ni preguntas ni quieres noticias; prefieres
por ti mismo probar a tu esposa; mas hete que ella,
sin salir de su casa, entre duelos se pasa las noches
y entre duelos los días con lágrimas siempre. Y por cierto
que yo nunca dudé, pues estaba segura en mi alma
de tu vuelta hacia acá tras perder a tus hombres; con todo
esquivaba hacer frente por ti a Posidón, el hermano
de mi padre, obstinado en las iras que puso en su pecho
cuando tú le cegaste a su hijo. Mas, ¡ea!, ya es hora
de mostrarte la tierra de Ítaca, a fin de que creas.

Aquí tienes el puerto de Forcis, el viejo marino,
y a tu vera, en su fondo, el olivo de gráciles hojas;
junto a él una cueva sombrosa y amena, recinto
de las ninfas del agua que llaman las náyades, gruta
espaciosa y cubierta en que tú tantas veces hiciste
hecatombe perfecta a las diosas; y mira a este lado
la montaña del Nérito envuelta en sus bosques.» La diosa
dijo así, disipó aquella nube, mostróse la tierra
y su vista alegró al divinal pacientísimo Ulises;
inundado de gozo besaba la gleba nutricia
y a las ninfas después invocó levantando las manos:

«Ninfas náyades, hijas de Zeus, yo ya bien creía
que no os iba a ver más: recibid nuevamente el saludo
de mi grata oración y os traeré, como en tiempos, ofrendas
si propicia me deja vivir la nacida de Zeus,
la rapaz Atenea, y a un tiempo prospera a mi hijo.»

Contestóle a su vez la divina ojizarca Atenea:
«Ten valor, nada de eso preocupe tu mente, mas vamos
a poner sin tardanza en el fondo del antro divino
estas cosas: allí quedarán para ti bien seguras
y después pensaremos los dos la mejor de las trazas.»

Así dijo, metióse la diosa en la cueva sombría
y por ella buscaba escondrijos en tanto que Ulises
le acercaba sus piezas de oro y de sólido bronce,
los preciosos vestidos, regalos del pueblo feacio.
Atenea, nacida de Zeus que la égida embraza,
escondidos dejólos y puso una piedra en la puerta.
Hecho esto, sentándose al pie del olivo sagrado,
la ruina tramaron los dos para aquellos soberbios
pretendientes. A hablar empezó la ojizarca Atenea:
«¡Oh Laertíada, retoño de Zeus, Ulises mañero,
piensa bien cómo echar tus dos manos sobre esos galanes

insolentes que ya hace tres años tu hogar señorean
pretendiendo a tu esposa sin par con ofertas de dotes!
Ésta allá por tu vuelta suspira penando en su alma,
da esperanzas a todos, les manda secretos recados,
ora a éste, ora a aquél, con muy otra intención en su mente.»
Contestando a su vez dijo Ulises el rico en ingenios:
«¡Ay de mí, que iba ya a perecer en mi propia morada
con la muerte fatal que encontró Agamenón, el de Atreo,
si, oh divina, no me haces saber por entero estas cosas!
Pero trama el ardid que me pueda vengar de esos hombres;
a mi lado manténte e infunde en mi pecho el arrojo
de aquel tiempo en que abrimos el cinto brillante de Troya.
Si con todo ese ardor, ojizarca, me vienes al lado,
sentiríame capaz de luchar con trescientos varones
una vez, diosa augusta, que presta te viese a ayudarme.»

Contestóle en seguida la diosa ojizarca Atenea:
«Bien de cierto a tu lado estaré; no saldrás de mi vista
cuando andemos en esos trabajos: espero que alguno
de entre aquellos galanes que están consumiendo tu [hacienda
manche entonces el suelo sin fin con su sangre y sus sesos.
Mas te voy a cambiar de tal modo que no te conozca
ningún hombre: tu piel ajaré sobre el cuerpo flexible;
perderá tu cabeza los rubios cabellos, de harapos
vestiré tu persona que a todos repugne y tus ojos
volveré pitañosos quebrando su brillo. Con ello
deformado a la vista vendrás de esos fieros donceles,
de tu esposa y el hijo que en casa dejaste; mas, antes
que a otro alguno, tendrás que buscar a tu fiel porquerizo,
mayoral de los cerdos, que sigue guardando en tu alma
el apego hacia ti y el amor a tu hijo y tu esposa,
la discreta Penélope. Allá por la peña del Cuervo
y la fuente Aretusa veráslo paciendo el ganado
de sabrosa bellota, abrevándolo de aguas sombrías,

lo mejor para dar a los cerdos lozana gordura;
permanece con él, vele allí preguntando por todo
mientras yo llego a Esparta, la tierra de hermosas mujeres,
a buscar a Telémaco, el hijo que tienes, ¡oh Ulises!,
en la extensa Laconia, que allí lo albergó Menelao
cuando vino inquiriendo por ti si vivías en la tierra.»

Contestando a su vez dijo Ulises, el rico en ingenios:
«¿Y por qué no decírselo tú, pues que todo lo sabes?
¿Por que vaya él errante también padeciendo dolores
sobre el mar infecundo y que otros le coman la hacienda?»

Contestóle en seguida la diosa ojizarca Atenea:
«No te tomes por él excesivos cuidados: yo misma
le llevé por las olas allá, que ganara renombre
al llegar a esa tierra. No sufre aflicción: bien tranquilo
del Atrida en las casas se halla entre bienes sin cuento.
Yo bien sé que, acechándole a bordo de negro navío,
unos mozos le quieren matar sin que vuelva a la patria,
pero en vano, porque antes la tierra tendrá a alguno
[de esos
pretendientes que comen ahora tu pan y tus bienes.»
Atenea diciéndole así le tocó con la vara,
de su cutis ajó la hermosura en sus miembros flexibles,
desnudó su cabeza del blondo cabello y en torno
todo el cuerpo cubrió con la piel de un anciano provecto;
pitañosos le puso los ojos nublando su brillo;
le vistió de una capa andrajosa y un sucio vestido
con desgarros y manchas de tizne de humos; encima,
de un gran ciervo el pellejo le echó muy gastado y sin pelo
y le dio una garrota y un saco averiado y deforme
con trenzado cordel que sirviese a colgarlo del hombro.

Y sin más conversar separáronse; y ella marchóse
hacia Esparta divina al encuentro del hijo de Ulises.

CANTO XIV

Desde el puerto él, en tanto, marchó por quebrado
[sendero,
bosque arriba, a través de la sierra, al lugar en que Atena
le había dicho moraba el pastor admirable que a Ulises
entre todos los siervos mejor le cuidaba los bienes.

A la entrada sentado lo halló del corral de altas tapias
que bien grande y hermoso se alzaba en lugar abrigado
con su cerca completa, que el mismo porquero había hecho
sin contar con su dueña ni el viejo Laertes: guarida
de los cerdos del príncipe ausente, solada con lajas
de acarreo, encimadas las tapias por bardas de espinos.
Toda en torno por fuera había puesto apretada y espesa,
larga fila de estacas que hachó de unos troncos de encina
y por dentro había obrado en el patio hasta doce zahúrdas,
una al lado de otra, de albergue a las hembras. Guardaba
cada una cincuenta cochinas, criadoras fecundas
con sus lechos terrizos; los machos quedábanse fuera
y eran menos con mucho que aquéllas, mermados sin pausa
por los nobles galanes: él mismo tenía que mandarles
a diario a su mesa el mejor de los cerdos cebados
y ya entonces quedaban no más que trescientos sesenta.
Cuatro perros con traza de fieras, criados al lado
del leal porquerizo, guardábanlos siempre. Cortaba
a este tiempo aquel hombre unas suelas de cuero boyuno
de vistoso color que ajustaba a sus pies. Sus zagales
cada cual caminaba por sitio distinto: tres de ellos

por los campos paciendo los puercos, y, bien que a disgusto,
había hecho que el cuarto llevase al poblado, a los fieros
pretendientes, el cerdo cebón, que se hartasen de carne.

Viendo en esto los perros a Ulises lanzáronse a una
contra él con agudos ladridos; el héroe, prudente,
se sentó y el garrote dejó por el suelo; con todo,
en su propia majada sufriera infamante desgracia
si no sale detrás de los perros el buen porquerizo
al correr de sus piernas veloces. Cayósele el cuero,
pero, dándoles gritos, tirándoles piedra tras piedra,
ahuyentólos de un lado y de otro y al príncipe dijo:
«Por bien poco en un punto mis perros no te hacen [pedazos,
buen anciano, dejándome a mí la ignominia y la culpa
cuando tantos dolores y llantos me dan ya los dioses:
aquí estoy suspirando y en pena por mor de mi rey,
el divino, cebando estos cerdos a que otros los coman,
mientras él, falto acaso de pan, anda errante por tierras
y ciudades de gentes extrañas, si es cierto que aún vive
y sus ojos contemplan la cumbre del sol. Pero, ¡ea!,
ven acá a la cabaña, ¡oh anciano! Una vez que te sacies
de comer y beber a tu gusto, dirás de tu patria
y de aquellos trabajos y duelos que tienes sufridos.»

Tal diciendo guióle a su casa el porquero admirable,
le hizo entrar y, esparciendo en el suelo unas brozas, [cubriólas
con la piel de una cabra peluda, montés: era el propio
lecho suyo bien grande y relleno. Alegrábase Ulises
de que así le acogiera, tomó la palabra y le dijo:
«¡Oh, mi huésped! Que Zeus y las otras deidades eternas
te concedan aquello que ansíes por esta acogida.»

Respondístele tú, mayoral de los cerdos, Eumeo:
«No es mi ley, forastero, afrentar al que viene, aunque [sea

más mezquino que tú, pués es Zeus quien envía a los mendigos
y extranjeros errantes que el bien más pequeño agradecen
que les damos. No puedo hacer más; el temor siempre
[embarga
a los siervos que penden de jóvenes dueños. Al otro
el regreso al hogar impedido le tienen los dioses;
él querríame de veras, daríame sus dones sin duelo:
una casa, un campejo, una esposa envidiada por muchos,
cuanto suele un benigno señor conceder a un criado
que por él se afanó si algún dios favorece su empeño.
Tal ahora prospera el trabajo que hago; por ello
mil presentes me hiciera mi rey si acá envejeciese,
pero ha muerto: ¡mejor pereciera la raza de Helena
de raíz, pues quebró las rodillas de tantos varones!
También él marchó a Troya, el país de los buenos caballos,
y la honra buscó a Agamenón en la lid con los teucros.»

Así habló, se ciñó el cinturón recogiendo el vestido
y marchó a la zahúrda en que estaban los tiernos lechones;
atrapando dos de ellos los trajo, mató la pareja,
chamuscólos, partiólos, los trozos clavó en asadores
y, ya asados, calientes aún, en los mismos espiches
ante Ulises los puso, esparcióles la cándida harina
y en un cuenco hizo mezcla de un vino con dejos de mieles.

Frente al héroe sentóse después y, animándole, dijo:
«Come, huésped, ahora el manjar que compete a los
[siervos,
los lechones; los cerdos cebados consúmenlos esos
pretendientes sin pizca de honor ni piedad en sus almas.
No complacen de cierto a los dioses las obras perversas,
que ellos honran más bien la justicia y las buenas acciones;
aun los hombres sin freno y sin ley que se echan encima
de un ajeno país, donde Zeus les permite hacer presa,
cuando vuelven a casa, repletas sus naves, se sienten
de respeto invadidos y recio temor; pero éstos

bien seguros están: de algún dios escucharon sin duda
de la muerte y desgracia de aquél, con lo cual ni se avienen
a pedir a su esposa por ley ni a volverse a sus casas.
Insolentes, tranquilos, sus bienes consumen sin duelo:
ni una noche ni un día nos vienen de Zeus que no maten
de las reses de aquél no una sola ni dos; cuanto al vino,
se lo van agotando también con la misma insolencia.
Su caudal era inmenso de veras: igual no lo tiene
ningún grande ni en Ítaca misma ni allá por el negro
continente. Ni veinte varones en junto podrían
tal riqueza igualar: por menudo lo iré refiriendo.
Doce son las vacadas y doce los hatos de ovejas
y otros tantos de cabras y doce manadas de cerdos
lo que cuidan en tierras de allá mercenarios y esclavos.
Aquí en Ítaca son hasta once sus greyes de cabras;
al confín de la isla las guardan pastores expertos
que también han de dar diariamente una res a esos [hombres,
la mejor que se encuentre en el hato de cabras rollizas.
Por mi parte custodio estos cerdos, los voy defendiendo,
aunque siempre esa gente se lleva la flor del ganado.»

Tal le dijo y Ulises tragaba tasajos y vino
en silencio, tejiendo ruinas a aquellos galanes.
Una vez que acabó de comer, satisfecho del todo,
el porquero colmóle su propio tazón y lo puso
en sus manos; cogiósele Ulises, contento en su pecho,
y, dejándose oír, dirigióle palabras aladas:
«Dime, amigo, ¿quién fue aquel varón que con propios [dineros
te compró, tan potente y tan rico según tú lo pintas,
que la vida inmoló a Agamenón procurándole honra?
Quizá yo le llegué a conocer siendo tal como era;
sabe Zeus y los dioses eternos si, habiéndole visto,
te podré dar noticias, que mucho he vagado en el mundo.»

Contestóle el porquero a su vez, mayoral de sus hombres:
«Mira, anciano, ningún vagabundo que venga a esta tierra
con noticias de aquél persuadir ya podrá ni a su esposa
ni a su hijo. Esos hombres errantes y faltos de todo
llegan siempre contando embusteras historias; no hay forma
de que digan verdad y el que en Ítaca aborda, a mi dueña
suele ir refiriendo patrañas; acógele ella
y le brinda hospedaje, le va preguntando mil cosas
y, sumida en dolor, de sus ojos deslízase el llanto
como es propio en mujer cuyo esposo cayó en tierra extraña.
Tú, asimismo, ¡oh anciano!, urdirías bien pronto algún
[cuento
si cualquiera te diese a vestir una túnica, un manto;
pero a él ya los perros sin duda y las aves ligeras
le arrancaron la piel de los huesos, perdida la vida,
o, si lo han devorado los peces del mar, sus despojos
por alguna ribera estarán bajo cerros de arena.
De este modo murió: con su muerte pesares sin cuento
ha dejado a los suyos y a mí más que a nadie; de cierto
no hallaré tan benigno señor donde quiera que vaya,
ni aun volviendo otra vez a la casa paterna en que vine
a la vida y mi padre y mi madre me dieron crianza.
No es mi llanto por ellos, por más que me aflija y que
[sueñe
con volver con mis ojos a verlos allá, que es la pena
por la ausencia de Ulises la que hinche mi alma; aun
[ausente,
¡oh mi huésped!, rehuyo el nombrarlo: en tal modo me
[amaba,
en tal modo cuidaba de mí y, aun estando tan lejos,
nunca habré de dejar de llamarlo mi dueño y mi amigo.»

Mas Ulises divino, el de heroica paciencia, repuso:
«Pues te empeñas, querido, en negar y en decir que
[este hombre
no habrá ya de volver y en tu ánimo así desconfías,

yo por mí no hablaré como otros. Haré juramento
de que Ulises vendrá; por la nueva no tenga yo albricias
hasta el tiempo en que llegue y se encuentre en sus casas: entonces
que me den una veste y un manto lucidos y hermosos.
Antes de ello no habré de aceptarlos por falta que tenga:
me es odioso, al igual que las puertas de Hades, el hombre
que pretende aliviar su miseria contando patrañas.

Mas por Zeus ante todo otro dios, por la mesa en que hoy
me acogiste y la casa del hombre sin tacha a que acabo
de llegar, que se habrá de cumplir cuanto yo diga ahora:
en el mes en que estamos Ulises vendrá a estos lugares,
cuando acabe esta luna y empiece la nueva; a su casa
volverá, la venganza a cumplir sobre todos aquellos
que le ultrajan ahora a la esposa y al hijo glorioso.»

Respondístele tú, mayoral de los cerdos, Eumeo:
«Bien seguro, ¡oh anciano!, que no te daré esas albricias
ni a sus casas Ulises vendrá; pero sigue bebiendo
sosegado y no hablemos más de ello. Tornemos la mente
a otras cosas. El duelo me llega hasta el fondo del alma
cada vez que oigo hablar de mi noble señor; deja a un lado
juramentos y sea lo que quiera, que Ulises regrese
a su hogar como yo bien deseo y Penélope augusta
y Telémaco igual a los dioses y el viejo Laertes.

Y, por cierto, otra pena me embarga también sin descanso
por Telémaco, el hijo de Ulises. Los dioses han hecho
que creciera cual vivo retoño; yo bien esperaba
que sería entre los hombres igual a su padre, hechicero
de figura y de cuerpo, y he aquí que algún dios le ha turbado
las sensatas entrañas, quizás algún hombre: ha salido
para Pilo divina a buscar a su padre y la tropa
de los nobles galanes le acecha al regreso, dispuesta
a que en Ítaca acabe sin gloria la prole de Arcisio,

el igual a los dioses; y es fuerza dejarlo, ya muera,
ya le ampare del riesgo el Cronión extendiendo su brazo.
Mas, ¡oh anciano!, hora es ya de que cuentes tus propios
[pesares.
Dime, pues, sin engaño, que yo bien lo sepa. ¿Quién eres?
¿De qué gente? ¿Cuál es tu ciudad? ¿Quiénes fueron tus
[padres?
¿En qué barco has llegado hasta aquí? ¿Cómo fue que sus
[hombres
te trajeron a Ítaca? ¿En dónde decíanse nacidos?
Por tu pie, bien se deja pensar, no has venido a esta tierra.»

Contestando a su vez dijo Ulises, el rico en ingenios:
«Con entera verdad la respuesta daré a todo eso,
mas, de cierto, aunque no nos faltara por tiempo comida
ni sabroso licor y, metidos en esta cabaña
a comer y beber con sosiego, marcharan los otros
de buen grado al trabajo por un año entero, no habría
yo acabado el relato de todos aquellos pesares
que en mi pecho sufrí por cruel decisión de los dioses.
Me glorío de ser por linaje de Creta espaciosa
y nacido de un hombre bien rico. Mas prole tenía;
de su esposa eran muchos los hijos que en casa nacieron
y tuvieron crianza; que a mí me engendró en una esclava,
su manceba. Con todo tratábame igual que a los otros
el Hilácida Cástor, que así se nombraba mi padre.
Como a un dios respetábanle entonces las gentes de Creta
por su próspera suerte, su hacienda y sus hijos ilustres;
mas las parcas mortales vinieron a él y a las casas
lo llevaron de Hades; sus hijos soberbios y altivos
su caudal dividieron en lotes y echaron las suertes;
una casa dejáronme a mí, poco más; pero luego
llevé a ella de esposa a mujer de opulenta familia
por mis méritos sólo, que no era en verdad ni insensato
ni cobarde en la lid. Todo ya se perdió, mas tú mismo,
si no yerro, podrás conocer, contemplando el rastrojo,

cómo ha sido la mies, aunque tanto me pesen mis duelos.
Pero Ares y Atena pusieron audacia en mi alma
y el esfuerzo a romper por los hombres, y, cuando elegía
los mejores para una emboscada tramando ruinas
a los otros, jamás en mi espíritu prócer pensaba
en la muerte: el primero en saltar, abatía con mi lanza
al contrario incapaz de escapar a mis piernas veloces.
Y tal era en la lucha, mas no me gustaba el trabajo
ni el cuidado de casa y familia que da hijos ilustres.
Mi pasión eran siempre las naves, los ágiles remos,
las hazañas de guerra, las picas pulidas, las flechas,
instrumentos de muerte que infunden terror en los otros;
éstos eran mis goces, que un dios me lo puso en el pecho.
Y, en verdad, cada hombre se da a unos quehaceres: [no habían
los argivos aún puesto el pie sobre el suelo de Troya
cuando ya nueve veces había yo lanzado a mis gentes
en las naves a extraño país y sacado mil presas;
de entre ello escogía a mi placer y tomaba en el resto
mi porción; prosperaba mi casa y había conseguido
con el tiempo el temor y el respeto del pueblo de Creta.
Mas al cabo el gran Zeus, de larga mirada, dispuso
la jornada terrible que había de quebrar las rodillas
de varones sin cuento; forzaron allí a Idomeneo
y a mí mismo a guiarlos a Troya en las naves; excusa
no pudimos hallar sin caer en deshonra ante el pueblo.
Nueve años los dánaos luchamos allá, y, al cumplirse
el deceno, arrasado el alcázar de Príamo, emprendimos
el regreso al hogar, cuando un dios dispersó a los aqueos.
Pero Zeus en su mente tramábame ya nuevos males.
¡Desgraciado! Un mes sólo quedé disfrutando en mi casa
de mis hijos, mi esposa y mis bienes. Apenas pasado,
impulsábame el alma de nuevo a llegar hasta Egipto
en unión de mis hombres egregios armando otras naves;
equipé nueve barcos, aprisa reunióse mi gente
y en mi casa seis días comiendo estuvieron aquellos

mis leales amigos: les daba sin duelo mis reses,
que a los dioses sirviesen de ofrenda y festín para ellos.
   Embarcados, al séptimo día levamos de Creta
al impulso de un bóreas sutil, delicioso; corríamos
al igual que en un río a favor de las ondas; ni un hombre
de mi tropa enfermó, nos sentíamos tranquilos e indemnes
y dejamos que el viento y pilotos rigieran la flota.
A la quinta jornada llegamos al Nilo de aguas
caudalosas; detuve en el río mis buenos bajeles,
ordené que a su orilla los más de mis fieles amigos
se quedasen guardando las naves y, a un tiempo, enviaba
por delante a unos pocos vigías que viesen la tierra;
pero ellos, cediendo a su impulso y coraje, empezaron
a robar las hermosas campiñas de aquellos egipcios
arrastrando a mujeres y niños, llevando la muerte
a los hombres. Corrió a la ciudad en seguida la alarma
y a las voces de guerra su hueste llegó con la aurora;
todo el campo inundóse bien pronto de carros e infantes
y destellos de bronces; y Zeus que se goza en el rayo
infundió en mis amigos funesto pavor; ni uno solo
resistió frente a ellos: en torno no había más que males.
De los míos mataron a muchos a filo de bronce,
capturaron a otros pensando en hacerlos sus siervos
en trabajos forzados y Zeus me inspiró en las entrañas
una idea. ¡Ojalá hubiera muerto en Egipto yo entonces
y encontrado mi fin, pues aún me aguardaban más penas!
Despojé mi cabeza del casco vistoso y, a un lado
separando el escudo, solté de mis manos la lanza
y, saliendo al encuentro del carro del rey, sus rodillas
abrazado besé. Compasivo él entonces, la vida
me salvó y, en el carro subido dejando ir mi llanto,
me llevó a sus palacios. En tanto asaltábanme muchos
con sus lanzas de fresno intentando mi muerte; era grande
su furor; apartábalos él con temor del castigo
del gran Zeus Hospital, el que venga las obras perversas.
   Siete años allí me quedé y allegué muchos bienes

entre aquellos egipcios, pues todos me daban; corriendo
ya el octavo al volver de los tiempos veloz, presentóse
por aquella comarca un fenicio falaz e intrigante,
un taimado que ya había traído desgracias sin cuento
a otros hombres. Mañoso logró le siguiera a Fenicia,
donde él mismo de asiento tenía su morada y su hacienda,
y hasta fines del año me tuvo hospedado en su casa;
mas pasaron los días, los meses, y, así que en el giro
de los tiempos volvió la estación en que yo había llegado,
embarcóme consigo otra vez y, amasando mentiras,
consiguió que agregara mi carga con rumbo hacia Libia.
Meditaba venderme de esclavo y sacar un buen precio
y, aunque ya con sospechas, seguíle por fuerza en la nave,
que corrió con el soplo de un cierzo sutil, halagüeño
por el mar, bajo Creta; mas Zeus nos tramaba ruinas.
Creta ya se esfumaba a lo lejos, ninguna otra tierra
parecía a nuestros ojos, mas sólo las aguas y el cielo,
cuando Zeus el Cronión vino a alzar una nube sombría
sobre el combo bajel: todo el mar negreció bajo ella.
A este tiempo tronando el gran dios descargaba su rayo
en la nave; tembló la armazón toda entera y cubrióse
de vapores de azufre; los hombres vinimos al agua
y en redor del oscuro bajel nos llevó el oleaje
cual marinas cornejas: el dios nos negaba el regreso.
Mas he aquí que Zeus mismo, en mitad de mis fieros [dolores,
acercándolo puso en mis manos el mástil robusto
de la nave de prora azulada, remedio al desastre;
abrazándome a él entreguéme a los vientos funestos.
Nueve días erré por el mar y, a la décima noche,
arrastróme el rodante oleaje a la tierra tesprota,
donde el rey del país, el insigne Fidón, me dio albergue
sin rescate; llegando su hijo hasta mí, ya rendido
del cansancio y la dura intemperie, me alzó con su mano
y, cogido, guió mi camino a la casa paterna
tras haber abrigado mi cuerpo con túnica y manto.

Allí fue donde supe de Ulises: Fidón refería
que, de vuelta a su patria, le había recibido de huésped
y a mi vista mostró las riquezas por él amasadas,
bronce y oro, esmeradas labores de hierro que a él mismo,
su heredero y su prole hasta el décimo nieto pudieran
sustentar: tales joyas guardaba en las salas del rey.
Él, decían, se hallaba en Dodona a inquirir del gran Zeus,
a través de la encina copuda del dios, cómo era
conveniente que entrase en las tierras de Ítaca al cabo
de una ausencia tan larga, en secreto o a vista de todos;
y a mí mismo, en su casa libando, Fidón me juraba
que ya estaba en el mar el navío y a punto los hombres
que le habían de dar compañía hasta el suelo paterno;
pero yo salí antes. Se hallaba en el puerto una nave
de tesprotos dispuesta a hacer rumbo a Duliquio triguera
y Fidón les mandó me dejasen allá con Acasto,
el buen rey; pero ellos tomaron muy otro consejo
sobre mí que viniese a colmar mi ración de dolores.
Cuando el barco crucero ya estaba bien lejos de tierra,
maquinaron al punto tornarme sin más en esclavo;
me arrancaron la túnica y manto que entonces llevaba
y pusiéronme el paño andrajoso y el roto vestido
que tú mismo me estás viendo ahora. Después arribaron
por la tarde a los campos de Ítaca insigne en las olas
y, dejándome atado en la nave de buena cubierta
fuertemente con recia maroma, salieron del barco
presurosos y, a orillas del agua, tomaron su cena.
Por sí mismos los dioses soltaron entonces mis lazos
dulcemente; mas yo con el paño tapé mi cabeza;
descendí por el liso timón hasta dar en el agua
con el pecho; a nadar extendiendo al momento mis brazos,
sin tardar en la costa me hallé, pero lejos de aquéllos;
de la playa subí y en la gran espesura del bosque
me quedé agazapado. Iban ellos de un lado y de otro
dando gritos; mas, viendo a la postre que nada ganaban
con seguir en mi busca, volviéronse atrás y embarcaron

en el combo bajel; a los dioses había sido fácil
esconderme y después me trajeron aquí a la majada
de un discreto varón. Es vivir todavía mi destino.»

Respondístele tú, mayoral de los cerdos, Eumeo:
«Vagabundo infeliz entre todos, conmueves mi alma
al contar todo eso, tus penas, tu largo extravío;
mas hay algo que no está en razón ni yo puedo creerlo,
lo que has dicho de Ulises. ¿A qué, siendo tú como eres,
esas vanas mentiras? Bien sé la verdad por mí mismo
del regreso del príncipe. Odiábanlo todos los dioses
pues que no ha sucumbido al poder de los teucros ni en brazos
de los suyos después de la guerra, que entonces al menos
los argivos en junto le hubieran alzado una tumba
y un recuerdo glorioso quedara a su hijo; mas cierto,
las harpías raptáronlo falto de gloria. Yo, en tanto,
sigo aquí con los cerdos sin ver la ciudad; sólo a veces
la discreta Penélope allá me hace ir al arribo
de algún hombre que viene con nuevas de un lado o de otro
y al que todos acuden y van preguntando mil cosas,
tanto aquellos que lloran la ausencia del rey como aquellos
que a mansalva gozándose están en comerle los bienes.
Pero a mí ni indagar me es gustoso ni andar preguntando
tras haberme engañado con cuentos un hombre de Etolia
que, después de matar a otro hombre, corrió muchas tierras
y, llegado hasta aquí, recibió mi hospedaje. Decía
que le había visto en Creta; albergábale allá Idomeneo
según él y esperaba a rehacer sus bajeles dañados
por los vientos; habría de venir en verano u otoño
con muy rico botín en unión de sus nobles amigos.
Y tú, anciano tan ducho en sufrir, pues un dios te condujo
hasta mí, no me vengas con falsas historias ni trates
de adularme: si yo te di amparo y te cuido, es tan sólo
por respeto de Zeus Hospital y piedad de ti mismo.»

Contestando, a su vez, dijo Ulises, el rico en ingenios:
«¡Cuán incrédula, amigo, es tu alma! Ni aquel juramento
te logró convencer ni me valen contigo razones;
pero hagamos un trato y que sean allá arriba testigos
de los dos las deidades que habitan las cumbres olimpias:
si tu príncipe vuelve a estas tierras tendrás que vestirme
de una túnica nueva y un manto, después ayudarme
en la ruta a Duliquio, que fue mi anhelado destino;
mas si miento y no viene ya acá tu señor, que tus siervos
azuzados por ti me despeñen por hondo barranco,
con lo cual ningún otro mendigo vendrá con patrañas.»

Contestándole dijo a su vez aquel noble piariego:
«De seguro, mi huésped, que así ganaría buen renombre
de virtud para siempre, si, luego de haberte traído
a mi tienda y de haberte otorgado mi don de hospedaje,
te asesino sin más y te privo del bien de la vida:
¡buena ofensa y con toda intención contra el Crónida
[Zeus!
Pero, bien, de cenar es la hora; ojalá que mi gente
no se tarde en venir, gozaremos de cena sabrosa.»

De este modo entre sí conversaban los dos y sintieron
a ese tiempo las greyes llegar con sus guardas zagales,
que a las hembras al punto metieron en sendos cubiles,
y elevóse el inmenso gruñir de los cerdos que entraban;
mas he aquí que el egregio porquero les dijo a sus
[hombres:
«De los machos buscad el mejor y ofrezcámoslo al
[huésped
que me llega de lejos; nosotros con él gozaremos,
ya que es nuestro el esfuerzo y la pena en criar los
[marranos
mientras otros devoran el fruto de tantas fatigas.»

Tal habló; con el bronce cruel empezó a cortar leños
y, trayendo los otros un cerdo cebado de cinco
primaveras, dejáronlo en pie junto al fuego. El porquero
no olvidó a las deidades, pues era piadoso de entrañas:
de primicia unos pelos cortó del testuz del marrano
dentiblanco y echólos al fuego pidiendo a los dioses
que volviese a sus casas Ulises, el rico en ingenios.
Luego alzóse y lo hirió con un leño de encina que había
reservado en la corta. Expiró el animal; degollado
y abrasada la piel, lo partieron y puso el porquero
trozos crudos de todos los miembros en grasa abundante
y arrójolos al fuego después de empolvarlos de harina.
En pedazos cortaron el resto y, clavado en espiches,
con cuidado lo fueron asando; sacáronlo luego
en montón, en las mesas lo echaron y el buen porquerizo
levantóse a trinchar, pues en todo quería la justicia.
Dividiendo las carnes, sacó siete partes: la una
consagróla a las ninfas y a Hermes, el hijo de Maya,
que invocó en su oración, y sirvió a cada cual otra parte;
diole a Ulises, no obstante, la cinta del lomo del cerdo
dentiblanco y el pecho del rey inundábase en gozo.

Y, volviéndose a él, dijo Ulises el rico en ingenios:
«¡Ojalá, buen Eumeo, te hicieras querer de Zeus padre
cual de mí, pues, con ser lo que soy, me das tales honras!»

Respondístele tú, mayoral de los cerdos, Eumeo:
«Come ya, singular extranjero, disfruta las cosas
que tenemos: los dioses dan bienes o dejan de darlos
como a ellos le place en el alma, pues todo lo pueden.»

Así dijo; la ofrenda quemó de los dioses eternos
y, después de libar, el tostado licor pasó a Ulises,
destructor de ciudades, y vino a sentarse en su puesto.
Repartíales los panes Mesaulio, el esclavo que había
por sí mismo adquirido el porquero en ausencia del rey;

sin decir cosa alguna a su dueña ni al viejo Laertes
lo compró de los tafios pagando del propio peculio.
Al manjar que delante tenían lanzaron las manos
y, una vez satisfecho el placer de comida y bebida,
fue Mesaulio llevándose el pan y sintieron deseos
de dormir, bien ahítos que estaban de vino y de carnes.

Era noche inclemente y sin luna; mandábales Zeus
sin descanso su lluvia, soplaba un poniente violento
y con aguas y Ulises les dijo, tentando al porquero
para ver si le daba su manto o mandaba que otro
de los suyos lo hiciese, pues tanto por él se esmeraba:

«Escuchadme, ¡oh Eumeo y vosotros sus buenos
[amigos!
Mi deseo os diré en una historia, que el vino me incita,
ese loco que lanza a cantar al varón más discreto
y a reír con agrado e incluso a bailar y aun le hace
tal palabra decir que mejor estuviera callada;
pero, ya que he empezado a charlar, nada habré de
[ocultaros.
¡Ojalá que tuviera la edad y la gran fortaleza
que en los campos de Ilión cuando fuimos a hacer la
[emboscada!
Como jefes marchaban Ulises y el hijo de Atreo,
Menelao; el tercero era yo, pues así lo impusieron.
Junto ya a la ciudad y sus arduas murallas, nos fuimos
escondiendo a través de la espesa maleza, las cañas
y pantanos; echados, cubríannos los combos escudos.
Presentóse una noche cruel con gran fuerza de cierzos,
heladora; empezó reciamente a nevar y mostraban
los escudos ya todos un cerco de hielo. A esa hora
de los otros a nadie faltó veste y manto, dormían
en gran paz, el broquel les tapaba los hombros; yo, empero,
tras haberle dejado a mi gente la capa, ¡insensato!,

sin prever que el rigor de aquel tiempo pudiera aterirme,
me encontraba con sólo el escudo y el cinto brillante.
Ya pasados dos tercios de noche, los astros caían
cuando a Ulises, que estaba a mi lado, le di con el codo;
despertóse y hablé, que él al punto prestábame oído:
'¡Oh Laertíada, retoño de Zeus, Ulises mañero!
Desde hoy más no estaré entre los vivos; la dura borrasca
me aniquila, pues no traje manto. De un dios seducido
vine aquí con la túnica sólo; no tengo ya escape.'
Tal hablé y él, sin más, en su mente dispuso una traza,
tan capaz se mostraba en consejo y en lides de guerra;
y en voz baja, volviéndose a mí, contestó de este modo:
'Calla al punto, no vayan a oírte los otros aqueos.'
Con el codo en el suelo apoyó la cabeza y clamaba:
'Escuchadme, ¡oh amigos!, un dios me ha mandado un ensueño:
hemos ido muy lejos del campo naval. ¿No hay alguno
que el mensaje le dé a Agamenón, el pastor de sus gentes,
de que mande más hombres aquí de las naves?' Tal dijo
y, a su voz levantándose Toas, el hijo de Andremon,
en el suelo dejaba su manto purpúreo y partióse
a las naves veloz; rebujéme en su capa yo entonces
dulcemente: asomaba la Aurora de trono de oro.
¡Ojalá yo tuviera la edad y el vigor de aquel tiempo
y quizá en la majada me diera un porquero algún manto
por amor y también por respeto a un valiente, que ahora
me desprecian por verme cubierto con estos harapos!»

Respondístele tú, mayoral de los cerdos, Eumeo:
«Tu relato, ¡oh anciano!, no tiene reproche, ni has dicho
en él cosa que sea sin razón y provecho. La capa
por nosotros tendrás y de nada serás defraudado
cuanto debe alcanzar cualquier pobre que en súplica llega;
pero habrás de arreglarte mañana tus propios harapos,
pues no hay en el hato abundancia de mantos ni sobra
veste alguna que dar: cada cual sólo tiene la puesta.

Cuando vuelva a estas tierras el hijo de Ulises, él mismo
te dará otro vestido, una túnica nueva y un manto
y la ayuda también para ir donde sea tu deseo.»

Tal habló, levantóse y le puso al calor de la lumbre
una cama en que echó buenas pieles de ovejas y cabras;
y, tendiéndose Ulises en ella, cubriólo por cima
con un manto cumplido y espeso: teníalo en reserva
como muda que usar en los tiempos de duras borrascas.

De este modo acostábase Ulises allá y a su lado
se acostaron también los zagales; al buen porquerizo
no agradaba dormir en la casa dejando sus cerdos,
sino armóse dispuesto a salir; alegrábase Ulises
advertido de cómo en su ausencia cuidaba sus bienes.
Él, en tanto, colgóse el cuchillo del hombro robusto,
se cubrió de una capa bien gruesa, reparo del viento,
y, tomando la piel de una cabra rolliza y un dardo
puntiagudo en defensa de perros y hombres, marchóse
a acostar con los cerdos de blancos colmillos, debajo
de una cóncava peña que amparo les daba del cierzo.

CANTO XV

Iba Palas Atena a las llanas laconias en busca
del insigne Telémaco, el hijo de Ulises, ansiosa
de avivarle el recuerdo y hacerle volver a su patria.
Encontróle en compañía del hijo preclaro de Néstor;
descansaban los dos en el atrio del gran Menelao
y embargaba al Nestórida sueño suavísimo, un sueño
de otra parte negado a Telémaco: en vela teníanle
a través de la noche divina los graves cuidados
por su padre. Llegándose díjole Atena ojizarca:

«No está bien, ¡oh Telémaco!, andar así errante tan lejos
de tu casa dejando allí bienes y, a más, a esos hombres
de tan gran arrogancia que habrán de comértelo todo
repartiendo tu hacienda. Perdido será este viaje;
dale prisa sin más a ese gran luchador Menelao
a que ayude tu vuelta al hogar con tu madre sin tacha.
Ya su padre y hermanos la están impeliendo a que case
con Eurímaco: es éste el que da mayor don entre aquellos
pretendientes y aumenta sin duelo su oferta por ella.
Mira bien, no se lleve en tu ausencia lo tuyo; bien sabes
cómo alienta y discurre mujer en el fondo del pecho;
busca siempre que medre la casa de aquel que la toma
por esposa. Olvidando del todo al antiguo marido
que murió, nada quiere saber de los hijos primeros.
Marcha, pues, sin demora y entrégalo todo al cuidado

de la sierva que veas de todas mejor hasta el día
en que quieran los dioses mostrarte una fiel compañera.
Otra cosa te voy a decir, tenla tú bien presente:
los más bravos de aquellos galanes están apostados
entre Ítaca y Sama la abrupta guardando el estrecho,
pues te quieren matar sin dejarte volver a la patria.
No lo harán, bien seguro; primero la tierra en sus senos
retendrá a algunos de esos que hoy día devoran tus bienes.
Mas no acerques, con todo, a las islas tu sólido barco,
sino sigue tu ruta aun de noche, que un viento de popa
te enviará un inmortal que te ampara y te guarda. Y tan pronto
como toques la tierra primera de Ítaca, ordena
a tu gente ir de allí a la ciudad con la nave. Tú, en cambio,
desembarca y emprende el camino hasta hallar al porquero
que los cerdos te cuida y que tanto te quiere. Esa noche
pasarásla con él. Luego irá a la ciudad de tu parte
a llevarle a Penélope insigne en prudencia la nueva
de que ya has regresado de Pilo y estás sano y salvo.»

Tal diciendo partió al ancho Olimpo. Telémaco entonces
al Nestórida dio con el pie, despertólo del sueño
tan gustoso en que estaba sumido y le habló de este modo:
«¡Deja el lecho, Nestórida amigo, Pisístrato, engancha
los caballos cascudos al carro, que presto partamos!»

Contestándole dijo Pisístrato, el hijo de Néstor:
«Imposible es, Telémaco, hacer el camino en las sombras
de la noche, no basta querer; mas la aurora se acerca.
Deja, pues, que nos venga a poner en el carro sus dones
Menelao, el Atrida, glorioso en la lanza, y espera
que nos diga su adiós con palabras corteses de agrado;
cualquier huésped recuerda a lo largo de toda su vida
a aquel noble varón que le dio su amistad y hospedaje.»

Tal habló, vino a poco la Aurora de trono de oro
y acercábase a ellos el buen adalid Menelao,

que se alzaba del lecho de Helena de hermosos cabellos.
Conociéndole el hijo de Ulises se echó a toda prisa
sobre el cuerpo la espléndida túnica, asió el ancho manto,
lo colgó de sus hombros robustos y, al punto saliendo
a su encuentro allá fuera, parósele en frente y hablóle
de este modo Telémaco, el hijo de Ulises divino:
«Menelao, retoño de Zeus y jefe de pueblos,
hora es ya de dejarme volver a la patria querida,
que mi ánimo en ansias está de volver a mis casas.»

Dijo así contestándole el buen adalid Menelao:
«No sabría, Telémaco, instarte a que sigas conmigo
por más tiempo si quieres partir, pues censuro a aquel [hombre
que albergando a algún huésped se excede en su celo y lo [mismo
al que muestra por él desamor, porque en todo hay medida.
Hace mal quien da prisa a marchar al que no lo desea
y también quien detiene al que anhela el regreso. Lo justo
es cuidar del que queda, ayudar al que quiere volverse:
mas con todo tú aguarda a que traiga y te ponga en el [carro
mis presentes (verás cuán hermosos) y mande a las siervas
preparar en la sala el festín de lo mucho que hay:
honra, lustre y provecho nos trae que los huéspedes salgan
bien comidos de casa a viajar por el haz sin confines
de la tierra. Y si quieres cruzar por la Hélade y Argos,
yo te haré compañía, unciré para ti mis corceles,
te guiaré a las ciudades y a nadie hallarás que nos deje
regresar de vacío, pues algo dará que llevemos,
algún trípode hermoso de bronce o alguna caldera,
una yunta de mulos o acaso una copa de oro.»

El discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
«Menelao, retoño de Zeus y jefe de pueblos,
ante todo prefiero volver a mi hogar. No he dejado,

al venirme, allí a nadie que atienda a mis bienes; no sea
que buscando a mi padre divino yo mismo sucumba
o se pierda algún rico tesoro guardado en mis casas.»

Cuando oyó estas palabras el buen luchador Menelao
sin tardar a su esposa y sus siervas mandó que aprestasen
de su rica despensa el almuerzo en la sala; y a un tiempo
acercábase a él Eteones, el hijo de Boeto,
que acababa de alzarse del lecho: tan cerca vivía.
Menelao, el valiente adalid, le ordenó que encendiera
el hogar y que asara las carnes y él púsose a ello.
Su señor, entretanto, bajó a la aromada bodega,
mas no solo: escoltábanlo Helena y el gran Megapentes
y, al llegar donde estaban guardadas sus joyas, el rey
una copa sacó de dos asas, mandóle a su hijo
Megapentes que allí le trajese una argéntea cratera,
y a su vez iba Helena a mirar y elegir en los cofres
que encerraban los peplos preciosos, labor de sus manos.
Uno de ellos alzó la mujer entre todas divina,
el mayor y más rico en trabajo y colores: brillaba
como un astro y se hallaba en el cofre debajo de todos.
Fueron luego a través del palacio y, llegando a presencia
de Telémaco, habló Menelao, el de rubios cabellos:

«¡Oh Telémaco! Zeus, el esposo tonante de Hera,
te conceda el regreso que tú en tus entrañas ansías;
voy a darte la joya más bella y más rica entre todas
cuantas guardo y conservo en mi casa. Será una cratera
de esmerada labor, tiene el cuerpo forjado de plata
todo él y un remate de bordes de oro. Trabajo
es del ínclito Hefesto; entregómela Fédimo el prócer
aquel rey de Sidón que me tuvo albergado en sus casas
cuando vine de vuelta hacia acá, pero dártela quiero.»
Tal diciendo entregábale el prócer Atrida la copa
de dos asas; llegó Megapentes robusto llevando
la brillante cratera de plata y la puso allá en medio

por que todos la vieran, y Helena, de hermosas mejillas,
avanzó con el peplo en las manos y habló de este modo:
«Yo también, hijo mío, te ofrezco este don, un recuerdo
de las manos de Helena. En la fecha feliz de tus bodas
lo darás que lo lleve a tu esposa. Consérvese, en tanto,
en poder de tu madre en la casa y que llegues con dicha
a tu bien construida mansión y al país de tus padres.»

Tal diciendo lo puso en sus brazos, tomólo él gozoso
y a Pisístrato fue confiando los dones. Él, luego
de admirar cada cosa, poníala en la cesta del carro.
Menelao, el de rubios cabellos, llevólos adentro
de su casa otra vez y sentáronse en sillas y tronos.
Con su jarro de oro llegaba a este punto una sierva
que en sus manos el agua vertió sobre fuente de plata
y les puso delante una mesa pulida; la honrada
despensera, trayéndoles pan, colocólo a su lado
y otros muchos manjares sirvió que en reserva tenía;
el Boetíada partíales las carnes y hacía las raciones;
el licor escanciábalo el hijo del gran Menelao;
y lanzaron sus manos los dos al yantar preparado.
Satisfecho quedaba el placer de comida y bebida,
mas Telémaco entonces y el hijo preclaro de Néstor,
tras uncir los caballos, subieron al carro vistoso
y salieron dejándose atrás el umbral resonante.
Menelao el Atrida, el de rubios cabellos, seguíales
sosteniendo en su diestra una copa dorada de vino
con sabores de miel, que pudieran libar al partirse,
y delante del tronco de pie despidiólos diciendo:

«Id con dicha, mancebos, y a Néstor, pastor de sus
[gentes,
mi saludo llevad: dulce fue para mí como un padre
todo el tiempo que en tierras de Troya luchamos los dánaos.»

Y el discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
«Bien de cierto, retoño de Zeus, que a Néstor daremos

tu mensaje fielmente al llegar. ¡Ojalá que arribando
yo de vuelta a mi Ítaca hallara en mis casas a Ulises!
Contaríale el amor con que aquí me has tratado y vería
él los muchos y hermosos presentes que llevo conmigo.»

Tal habló, vino un águila entonces del lado derecho,
en las garras llevaba una oca de enorme tamaño
que raptó en un corral, mansa y blanca; siguiéronle el
[vuelo
con sus gritos mujeres y hombres. Bajando hacia el grupo,
junto al tronco pasó a la derecha. A la vista del ave
alegráronse todos, entró la esperanza en sus pechos
y el primero Pisístrato, el joven Nestórida, dijo:

«Piensa, ¡oh jefe de pueblos, retoño de Zeus, Menelao!,
si este signo del dios se ha mostrado por ti o por nosotros.»

Meditaba entre sí Menelao, querido de Ares,
qué respuesta podía dar a ello acertada y discreta,
mas en esto empezó a hablar Helena de peplo ondulante:

«Escuchadme, que voy a explicarlo según que en mi alma
los eternos me inspiran y creo va a cumplirse: del modo
que esta ave ha venido del monte en que está su progenie
y su cuna y raptado a la oca criada en la casa,
tal Ulises, después de sufrir y de errar largamente,
volverá a su mansión a tomar la venganza, si acaso
no se encuentra ya en ella tejiendo ruinas a esos
pretendientes.» Telémaco entonces le dijo en respuesta:

«Que lo cumpla así Zeus, esposo tonante de Hera,
y en mi casa invocada serás al igual de una diosa.»

Tal habló, fustigó a los caballos y el tronco al chasquido
arrancó por las calles ganoso buscando la llana.

Todo el día en la uncida cerviz agitaron el yugo;
a ponerse iba el sol y las sombras ganaban las calles

cuando entraban en Feras; marcharon a casa de Diocles,
el nacido de Ortíloco y nieto de Alfeo. Descansaron
en sus salas la noche y él dioles presentes de huésped.

Al mostrarse la Aurora temprana de dedos de rosa,
tras uncir los corceles subieron al carro vistoso
y dejaron el pórtico atrás y el umbral resonante.
Fustigó que corrieran, volaran los dóciles potros
y bien pronto llegaron al alto castillo de Pilo.
Mas Telémaco entonces habló con el hijo de Néstor:
«¡Oh Nestórida! ¿Acaso podrás prometerme y cumplirme
lo que voy a decir? Nos gloriamos de hallarnos unidos
por herencia en amor y hospedaje e, iguales en años,
esta ruta en común más unión nos dará: no me lleves
más allá de la nave en tu carro, ¡oh retoño de Zeus!,
sino déjame en ella, no sea que el anciano me quiera
retener y albergar en su hogar cuando tanto me acucia
el regreso.» Así dijo. El Nestórida entonces se puso
a pensar cómo habría de cumplir si accedía a lo pedido.
Meditando entre sí creyó hallar la mejor de las trazas:
los caballos tornó hacia la playa y la nave ligera
y a la popa del barco llevó los espléndidos dones,
los vestidos, el oro y regalos del gran Menelao.
Y exhortando a Telémaco dijo en palabras aladas:

«Date prisa a embarcar y haz que embarquen al punto
[tus hombres,
que sea antes que llegue yo a casa y lo diga al anciano,
porque bien conocido me tengo en mi mente y entrañas
cómo él es de imperioso por dentro; no habrá de dejarte,
que aquí mismo a invitarte vendrá y, afirmártelo puedo,
volverá allí contigo, irritado por más que le digas.»

Así habló y arreó los caballos, de espléndidas crines,
otra vez hacia Pilo y muy pronto encontróse en sus casas.
Mas Telémaco, en tanto, animaba a sus hombres
[diciendo:

«Disponed bien aprisa las jarcias del negro navío
y embarcad sin tardanza, ¡oh amigos!, que hagamos la [ruta.»

Dijo así y, al momento, los suyos cumplieron la orden,
diligentes entraron a bordo y pusiéronse al remo.

A este tiempo Telémaco hacía su oración junto a popa
y ofrendaba a Atenea. Vino entonces a él un extraño,
desterrado de Argos después de matar a otro hombre.
Era el tal adivino y su estirpe venía de Melampo,
que allá en tiempos en Pilo vivió, la criadora de ovejas.
Hombre rico, tenía entre los pilios hogar opulento.
A otras tierras después emigró por huir de su patria
y de Neles, que, aún noble y glorioso entre todos los vivos,
por un año completo retúvole inmensas riquezas
mientras él se encontraba en las casas de Fílaco, atado
por cadena cruel entre recios dolores, a causa
de la hija de Neles y aquella funesta ceguera
que en el alma le puso la furia, deidad implacable.
Mas rehuyendo la parca condujo las vacas mugientes
desde Fílaca a Pilo, vengóse del hecho afrentoso
cometido por Neles divino y se trajo a la casa
de su hermano una esposa. Él, en cambio, dejó aquella tierra
y fue a Argos, criadora de potros, pues era su sino
habitar en aquella ciudad y reinar en sus gentes.
Tomó en ella mujer, construyóse una excelsa morada
y engendró dos varones robustos, Antífate y Mantio.
Tuvo Antífate un hijo, el magnánimo Oícles, y Oícles,
a su vez, a Anfiarao, alzador de mesnadas: de Zeus
que la égida embraza y de Apolo fue amado Anfiarao
con omnímodo amor, pero no envejeció, pues en Tebas
le llevaron bien pronto a morir femeninos regalos.
De él nacieron dos hijos, Alcmeon y Anfíloco. Mantio,
por su parte, otros dos engendró, Polifides y Clito,
pero a Clito raptólo la Aurora, de trono de oro,
por su gran hermosura y llevólo a vivir con los dioses.

Polifides altivo se hizo por gracia de Apolo
el mejor adivino en la tierra al morir Anfiarao;
tras reñir con su padre, a Hiperesia emigró y, asentado
en aquella ciudad, sus oráculos daba a los hombres.

Hijo suyo y llamado por nombre Teoclímeno era
el que en este momento llegaba a Telémaco: hallóle
en el punto en que hacía libación junto al negro navío
y, dejándose oír, dirigióle palabras aladas:
«Pues en este lugar, buen amigo, he venido a encontrarte
ofrendando, por esas ofrendas y el dios al que invocas,
por tu misma cabeza y los hombres que siguen tu ruta,
que contestes te ruego sin yerro ni dolo: ¿quién eres?
¿De qué gente y país? ¿Dónde son tu ciudad y tus padres?»

Y el discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
«Te lo voy a explicar puntualmente, extranjero: mi raza
tiene en Ítaca cuna y solar y mi padre es Ulises,
si existió alguna vez: ya murió y en destino funesto.
Por tal causa, tomando estos hombres y el negro navío
vine aquí a investigar de su suerte y larguísima ausencia.»

Y Teoclímeno, hechura de dios, contestó por su parte:
«Yo también de mi patria salí tras haber dado muerte
a otro hombre de allá: deja en número hermanos y deudos
que en la tierra potrera de Argos al pueblo dominan.
Esquivando la muerte y la parca fatal, aquí vine
fugitivo delante de ellos, vagar es mi sino.
Dame, pues, acogida en tu barco, que a ti suplicante
y expatriado llegué. No me maten: bien sé que me siguen.»

El discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
«Siendo así no te habré de negar el seguro del barco;
vente, pues, y serás atendido según que yo pueda.»

Tal habló y recogiéndole al huésped la lanza de bronce
la tendió en la cubierta del barco de buen equilibrio;

embarcó luego él en la nave crucera y se vino
a sentar en la misma cubierta de popa. A su lado
a Teoclímeno puso y sus hombres soltaron amarras.
Mas Telémaco a un tiempo exhortaba a los suyos
[mandando
poner mano a las jarcias. Cumpliéronlo aquéllos al punto,
en la hueca carlinga encajaron el mástil de abeto,
que afirmado quedó al anudar los estayes, e izaron
con las drizas de cuero de buey la cándida vela.
La ojizarca Atenea envióles un viento propicio
que del cielo soplaba con ímpetu a fin de que pronto
el navío cumpliese su ruta en las aguas salobres,
y pasaron por Crunos y Calcis de hermosas corrientes.

A ponerse iba el sol y las sombras ganaban las calles
cuando el viento de Zeus empujaba al bajel hacia Feas
y pasó frente a Elis divina, que es tierra de epeos;
más Telémaco luego guiólo a las islas Picudas:
aún dudaba si habría de caer o escapar a la muerte.

Por su parte, el egregio porquero y Ulises tomaban
en la tienda su cena y, con ellos, también los zagales.
Una vez satisfecho el placer de manjar y bebida,
comenzóles Ulises a hablar tanteando al porquero
para ver si él aún deseaba tenerlo en su aprisco
y atenderle o más bien le exhortaba a marchar al poblado:

«Escuchadme, ¡oh Eumeo!, y vosotros, sus buenos
[amigos:
he pensado partirme de aquí a la ciudad con la aurora
y ponerme a pedir sin haceros más gasto; prevénme
lo que bien se te ocurra y procúrame a tiempo un buen
[guía
que me lleve hasta allá. Será fuerza vagar por las calles
por si saco de alguien un trozo de pan o un buen trago;
de ese modo, llegando al palacio de Ulises divino,

mis noticias diré a la discreta Penélope; luego
trataré de meterme entre aquellos altivos galanes
y probar si me dan de comer de sus platos sin cuento.
Si así es, les haré cuanto quieran, pues he de decirte
lo que vas a escuchar y tú grábalo bien en tu mente:
por merced del gran Hermes, el dios mensajero que presta
lustre y gracia a las obras de todos los hombres, no hay
ningún otro mortal que compita conmigo en destreza
ya se trate de hacer una hoguera, de hender leños secos,
de trinchar o de asar o escanciar el licor, cosas todas
que en servicio de gentes de cuenta ejecutan los pobres.»

Con dolor respondístele, Eumeo, pastor de los cerdos:
«¡Ay de mí! ¿Cómo pudo, extranjero, venir a tus mientes
semejante ocurrencia? La muerte tú buscas sin duda,
pues pretendes entrar en el corro de aquellos galanes,
cuya furia arrogante ha llegado a la bóveda férrea
de los cielos. No son como tú los criados que tienen:
son donceles vestidos de túnica y manto, que llevan
de continuo cabellos y rostros lucientes de ungüentos,
los que a ellos les prestan servicio; sus mesas pulidas
están siempre cargadas de carnes, de pan y de vino.
Sigue, pues, con nosotros, que a nadie molesta tu estancia,
ni a mí mismo ni a éstos que viven conmigo en el hato:
cuando vuelva a estas tierras el hijo de Ulises, él mismo
te dará otro vestido, una túnica nueva, una capa
y la ayuda también para ir al lugar que deseas.»

Y, a su vez, dijo Ulises divino, el de heroica paciencia:
«¡Ojalá, buen Eumeo, te hicieras querer de Zeus padre
cual de mí, que has cortado mi duro vagar y la pena
en que vivo! No hay mal como éste de andar vagabundo
para el pobre mortal; pero el vientre maldito nos fuerza
a sufrir tantas cosas, dolor, mendiguez, pesadumbres...
Mas, pues quieres aquí retenerme y que espere a tu dueño,

di, ¿qué fue de la madre y del padre de Ulises divino
que él dejó en el umbral de la tarda vejez al partirse?
¿Están vivos aún bajo el sol y sus fúlgidos rayos
o murieron y han ido a habitar las mansiones de Hades?»

Contestóle el porquero a su vez, mayoral de sus hombres:
«Te lo voy a explicar puntualmente, extranjero. Laertes
vive aún y se pasa los días rogándole a Zeus
que en los miembros el alma le extinga en su propia [morada;
fieramente se duele del hijo en ausencia y la esposa,
la discreta mujer de su hogar, que al morir le ha dejado
en profunda aflicción y vejez prematura; ella misma
pereció de dolor por el hijo glorioso con muerte
lastimosa que yo para nadie querría que viviendo
junto a mí me tuviese palabras y afecto de amigo.
Mientras ella vivió, bien que siempre sumida en dolores,
me gustaba saber de sus cosas y hacerle preguntas;
me crió con la noble Timena de peplo ondulante,
la menor de sus hijas. Igual me cuidaba que a ella
y eran poco inferiores mi estima y mi honra, mas luego
que llegamos los dos a la amable sazón, enviaron
a Timena a casar en la isla de Sama. Mil dones
recibieron por ella; su madre me puso una capa
y una túnica hermosas, me dio unas sandalias y al campo
me mandó; mas con ello aumentó mi cariño. Ya ahora
todo aquello he perdido; los dioses felices, empero,
el trabajo prosperan que aquí me retiene y él basta
a que yo coma y beba y aún pueda ayudar a los pobres
vagabundos. Del ama no puedo ya oír las gustosas razones
ni saber de sus hechos. Gran mal ha caído en sus casas
con aquellos osados. Y bien apetecen los siervos
muchas veces hablar con la dueña, enterarse de todo
y comer y beber y aun traerse tal dádiva al campo
cuales suelen su celo encender y alentar sus labores.»

Contestando a su vez dijo Ulises, el rico en ingenios:
«¡Oh dolor! ¡Cuán pequeño, pastor de marranos,
[Eumeo,
te viniste a alejar de tu patria y tus padres! Mas, ¡ea!,
dame cuenta de todo y explícame bien, ¿qué fue ello?
¿Por ventura el saqueo de alguna ciudad de anchas calles
en la cual habitaban tu padre y tu madre, su esposa,
o, cogiéndote solo en mitad de tus bueyes u ovejas
enemigos piratas, trajéronte aquí en su navío
y a tu nuevo señor te vendieron por alto rescate?»

Respondióle el porquero a su vez, mayoral de sus hombres:
«Pues así de estas cosas, ¡oh huésped!, preguntas e
[inquieres,
presta oído en silencio, disfruta la historia y sentado
ve apurando ese vino. Estas noches sin fin nos dan tiempo
al reposo y al gusto de buenos relatos; no tienes
para qué antes de hora marcharte a acostar; también cansa
demasiado dormir. De los otros, que aquel a quien venga
ello en gana se marche a su lecho; y al alba que almuerce
y se lleve las cerdas del dueño a los campos. Nosotros
seguiremos aquí en la cabaña comiendo y bebiendo
y gozando en contar uno a otro pesares y lutos:
referir desventuras dejadas atrás es alivio
para aquel que sufrió largamente vagando en la tierra.

A contarte voy, pues, esa historia por que has preguntado.
Hay por cima de Ortigia una isla llamada Siría,
de la parte de ocaso; quizás de ella oíste. No es tierra
populosa en exceso, mas fértil, con pasto abundante
para ovejas y bueyes y rica de vino y de trigos.
Nunca el hambre castiga a aquel pueblo ni hay otra
[epidemia
dolorosa de aquellas que sufren los pobres mortales;
al entrar en vejez los vecinos de allá, viene Apolo
con el arco de plata o bien ya la flechera Artemisa

y la muerte les dan con sus blandas saetas. Contiene
dos ciudades la isla, en dos partes divídese todo,
pero en ambas reinaba mi padre, el Orménida Tesio,
semejante a los dioses eternos. Llegaron un día
por allá unos fenicios rapaces, famosos marinos
con su negro bajel, portadores de mil baratijas.
Una sierva, fenicia también, en mi casa teníamos,
alta, linda y experta en preciosas labores. Tal moza
se dejó seducir por aquellos taimados fenicios:
uno de éstos hallóla lavando y unióse con ella
al amparo del barco en yacija de amor, que es ruina
de las pobres mujeres por buenas que sean, y tras ello
preguntóla aquel hombre quién era y de dónde venía.
Ella al punto mostróle la excelsa mansión de mi padre
y le dijo: 'Me ufano de ser de Sidón, rica en bronce;
de Aribante soy hija, un varón de cuantiosa fortuna,
pero un día volviendo del campo unos tafios piratas
me raptaron; trayéndome aquí por el mar, me vendieron
al señor de la casa que ahí ves en altísimo precio.'
Pero aquel que en secreto yaciera con ella le dijo:
'Pues ahora bien puedes volver con nosotros de nuevo
a la patria y verás la mansión de tu padre y tu madre
y a ellos mismos también, pues aún viven y en fama de [ricos.'

Y a su vez la mujer contestóle con estas palabras:
'Tal será si vosotros, marinos, queréis prometerme
con un gran juramento llevarme sin daño a mi casa.'

Así dijo y juráronlo todos como ella pedía.
Una vez que acabó el juramento con todos sus ritos,
la palabra de nuevo tomó la mujer exclamando:
'Desde ahora, a callar: que ninguno de todos vosotros
me dirija palabra si acaso me encuentra en la calle
o en la fuente, no vaya a ocurrir que cualquiera, llegando
a la casa del viejo, lo diga y, entrando en sospechas,

él me ate con duras cadenas y os trame a vosotros
la ruina. El secreto guardad, embarcad vuestra carga
y, una vez que la nave se encuentre provista de todo,
enviadme sin más, bien aprisa, un recado al palacio;
os traeré todo el oro que encuentre a mi alcance y aun [quiero
mi pasaje pagar con un don más precioso. Yo cuido
en las salas de un niño, de un hijo de aquel noble anciano
que es despierto de veras y va tras de mí a todas partes;
al bajel lo traeré y un caudal os valdrá dondequiera
lo vayáis a vender entre gentes de lenguas extrañas.'

Tal diciendo volvió a retirarse al hermoso palacio,
pero ellos quedáronse allá por un año completo
allegando gran suma de bienes al hueco navío.
Ya cargado del todo el bajel y dispuesto al regreso,
enviaron un hombre a mi casa a avisar a la moza.
Sin tardar presentóse en palacio el ladino extranjero
con un áureo collar enlazado por cuentas de ámbar;
extasiadas mi madre y sus siervas miraban la joya,
la palpaban y hacíanle propuestas de precio: una seña
en silencio bastó a aquel truhán a advertir a mi aya
y en seguida marchóse a embarcar en el hueco navío.
Ella luego mi mano cogió, me llevó hacia la puerta,
mas halló en el vestíbulo mesas y copas traídas
al festín que mi padre acababa de dar a sus nobles
consejeros. Hallábanse todos ya en junto allá fuera
sobre asuntos del pueblo; escondióse en el seno tres copas
la mujer, pero yo la seguí con pueril inconsciencia.
A ponerse iba el sol, extendíase la sombra en las calles
y corríamos con prisa los dos hacia el puerto famoso
donde estaba la nave fenicia veloz en las aguas.
Embarcándose al punto, surcaron las húmedas rutas
tras hacernos subir; enviábanos Zeus un buen viento.
Navegamos con él seis jornadas de noche y de día
y, al mandarnos la séptima Zeus, el hijo de Crono,

la saetera Artemisa alcanzó a la mujer con sus flechas:
como un ave de mar resonó al desplomarse en la cala
y los hombres la echaron al agua de cebo a los peces
y las focas. Quedé entonces solo, doliente en mi pecho,
pero el viento y el mar nos trajeron a Ítaca, en donde
de sus bienes Laertes mi precio pagó. De este modo
llegué a ver con mis ojos primero esta tierra en que vivo.»

Y, a su vez, replicábale Ulises, retoño de Zeus:
«Hasta el fondo conmueves, ¡oh Eumeo!, mi pecho
[contando
por menudo esas largas desgracias que llevas pasadas;
mas de cierto que Zeus con lo malo ha mezclado lo bueno
para ti, pues tras esos trabajos tuviste acogida
en la casa de un dulce señor que te da con cariño
de comer y beber, y tu vida es dichosa. Yo, en cambio,
aquí llego vagando sin fin de un lugar para otro.»

De este modo entre sí conversaban los dos y se fueron
a dormir, mas por no largo tiempo, que pronto asomaba
en el cielo la Aurora de espléndido trono. Los hombres
de Telémaco en tanto, ya cerca de tierra, plegaban
el velamen, bajaban el palo y llevaban remando
el bajel hasta el buen fondeadero; apearon las anclas,
sujetaron los cables en tierra y, saliendo a ella todos,
adobaron su almuerzo e hicieron la mezcla del vino.

Una vez satisfecho el placer de manjar y bebida,
el discreto Telémaco habló a los demás de este modo:
«Proseguid desde aquí a la ciudad con el negro navío
mientras yo voy a ver mis pastores y fincas, que luego
con la puesta del sol bajaré, recorrido ya aquello,
y a la aurora os daré el galardón por la buena jornada,
un banquete abundante de carnes y vino gustoso.»

Mas Teoclímeno, hechura de dios, preguntó por su
[parte:

«¿Y por dónde haré yo mi camino, hijo mío? ¿A qué casa
marcharé de los hombres que mandan en Ítaca abrupta?
¿O derecho a tu madre he de ir y a tu propio palacio?»

Y, a su vez, el discreto Telémaco dijo en respuesta:
«Bien de cierto que en otra ocasión te invitara a mi casa,
pues en ella no falta regalo a los huéspedes; sólo
que sería para ti menos grato en mi ausencia y mi madre
ni siquiera ha de verte, pues baja muy poco a las salas
donde están sus galanes; se pasa la vida tejiendo
en los altos. Mas hay un varón al que puedes llegarte:
es Eurímaco, el hijo brillante de Pólibo, insigne
en prudencia; cual dios lo veneran en Ítaca ahora
y es de cierto el más noble de todos; espera casarse
con mi madre y quedar con el reino de Ulises, mas Zeus
el Olimpio, que habita en el cielo, conoce si antes
de las bodas habrá de encontrar la peor de las suertes.»

Tal hablaba y voló sobre él desde el lado derecho
un halcón, mensajero expedito de Apolo. A sus plantas
desplumó una paloma al pasar y las plumas cayeron
esparcidas en tierra entre el barco y Telémaco. Entonces
apartólo Teoclímeno un tanto de todos sus hombres,
le apretó con las manos su mano y habló de este modo:

«No sin orden de un dios, ¡oh Telémaco!, ha sido este
[vuelo
del halcón a tu diestra; bien veo que es ave agorera;
nunca habrá otro linaje más regio que el tuyo en las tierras
y las gentes de Ítaca; el mando será siempre vuestro.»

Y, a su vez, el discreto Telémaco dijo en respuesta:
«¡Ojalá tu palabra, extranjero, se cumpla! Con ello
tal amor obtendrías al punto de mí, tales dones,
que quienquier te viniese a encontrar te tendría por dichoso.»

Y a Pireo, su amigo leal, dirigió estas palabras:
«¡Oh Pireo, nacido de Clito! Pues tú me obedeces
más que otro de aquellos amigos que a Pilo vinieron,
lleva ahora a este huésped y tenlo en tus casas; atiende
con cariño a su trato y su honra hasta tanto yo vuelva.»

Contestándole dijo Pireo, famoso en la lanza:
«¡Ojalá por más tiempo, Telémaco, aquí te quedaras!
Yo le habré de entender, no echará cosa alguna de menos.»

Tal diciendo, a la nave subió y ordenó a los amigos
que embarcaran con él y soltasen amarras de popa;
lo que hicieron al punto y sentáronse al remo en sus puestos.
Mas Telémaco, en tanto, calzó sus hermosas sandalias
y tomó del castillo de popa la lanza robusta
con su punta de bronce; los otros soltaron amarras
y zarparon con rumbo al poblado conforme a la orden
que les daba Telémaco, el hijo de Ulises divino.
Él se fue por su pie, bien ligero, a buscar la majada
donde estaban los miles de cerdos que el buen porquerizo
vigilaba de noche y de día pensando en sus dueños.

CANTO XVI

El egregio porquero y Ulises allá en la majada,
encendido el hogar, con el alba adobaban su almuerzo
tras mandar los zagales al prado a pacer sus marranos.
Se acercaba Telémaco ya, mas los perros no daban
sus ladridos de siempre: llegábanse a él, coleaban
rodeándolo. Ulises lo vio y, escuchando de cerca
sus pisadas, le dijo al porquero en aladas palabras:
«Un amigo sin duda te llega o al menos, ¡oh Eumeo!,
es algún conocido: los perros no ladran, colean
halagueros y siento el rumor de unos pasos.» No había
terminado de hablar cuando el hijo querido pisaba
ya el umbral de la casa. Se alzó sorprendido el porquero,
de sus manos cayeron las jarras que en ellas tenía,
ocupado en la mezcla del vino, y, saliendo al encuentro
del señor, le besó la cabeza, los ojos hermosos,
las dos manos y un llanto abundante bañó sus mejillas.
Como un padre amoroso se abraza a aquel hijo que vuelve
de lejano país tras diez años de ausencia, hijo solo
y engendrado en vejez que criara con grandes afanes,
tal besaba al divino Telémaco el noble piariego
y abrazábase a él: lo veía escapado a la muerte.
Sollozando de gozo le dijo en aladas palabras:
«Has llegado, Telémaco, al fin, dulce luz, no creía
ya volverte a ver más tras tu ida en la nave hacia Pilo;

pero ven, hijo amado, entra aquí. Pues acabas apenas
de llegar, goce yo de mirarte otra vez en tu casa.
Pocas veces de cierto te acercas a ver tus haciendas
y pastores: allá en la ciudad te estás siempre. ¿Te gusta
contemplar la reunión execrable de aquellos galanes?»

El discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
«Chache, bien está ya, que a tu encuentro he venido [aquí ahora
para verte primero y, después, por saber de tu boca
si está aún en sus salas mi madre o algún otro hombre
ha casado con ella y el lecho de Ulises se encuentra
arrumbado y sin otro aderezo que telas de araña.»

Respondióle el porquero a su vez, mayoral de sus [hombres:
«Bien de cierto que allí se mantiene con alma sufrida
sin salir de su estancia: entre duelos consume sus noches
y entre duelos sus días; no hay tregua al correr de su llanto.»

Tal diciendo tomó de sus manos la lanza de bronce
y él, entrando en la casa a través del umbral empedrado,
acercóse. Y Ulises, su padre, se alzó por cederle
el asiento y Telémaco entonces retúvole y dijo:
«Sigue, huésped, ahí, porque no faltará en mi majada
donde pueda sentarme; este hombre verá de arreglarlo.»

Dijo así y él volvióse a sentar. Para el joven entonces
el porquero unas ramas tendió, las cubrió con zaleas
y, sentándose en ellas el hijo querido de Ulises,
acercóles Eumeo unas fuentes de carnes asadas
que quedaron después de comer el día antes y, luego,
diligente les puso montones de pan en cestillas
y en un cuenco mezclóles sabroso licor; acabada

su tarea, sentóse él también frente a Ulises divino
y al manjar que delante tenían lanzaron las manos.

Una vez satisfecho el placer de comida y bebida,
dirigió la palabra Telémaco al noble piariego:
«Dime, chache, ¿de dónde es el huésped? ¿Y cómo sus
[hombres
lo trajeron a Ítaca? ¿En dónde decíanse nacidos?
Por su pie, bien se deja entender, no ha llegado a esta
[tierra.»

Respondístele tú, mayoral de los cerdos. Eumeo:
«Con entera verdad, hijo mío, a explicártelo voy:
dice ser por linaje de Creta anchurosa y que ha ido
dando vueltas errante por muchas ciudades y gentes,
pues así lo tramó su destino. Por fin, prisionero
en su barco, trajéronlo aquí marineros tesprotos,
se escapó, vino al hato, mas yo te lo entrego y tú haces
lo que tengas a bien, pues de ti suplicante se dice.»

Y el discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
«Dolorosa palabra has venido a decirme, ¡oh Eumeo!
¿Cómo voy a acoger en mi casa a este huésped? Yo mismo
soy muy joven aún y no puedo evitar con mis manos
que algún otro le venga de pronto a ofender, y mi madre,
entretanto, en su alma da vueltas, vacila y medita
si seguir como ahora a mi lado, guardando el palacio
en respeto del lecho nupcial y su fama entre el pueblo,
o casar con algún hombre aqueo, que noble entre todos
la pretenda en sus salas y ofrezca a su padre más dones.
Así, pues, a este huésped que vino a acogerse en tu casa
daré yo unos hermosos vestidos, la túnica, el manto,
una espada también de dos cortes y buenas sandalias
y la ayuda a que pueda marchar al país que desee;
mas si tú decidieras tenerlo en tu hato y cuidarle,

los vestidos aquí te enviaré y el sustento completo,
que le deis de comer sin que os pese ni a ti ni a tus [hombres;
pero no he de dejar que allá venga y se meta entre aquellos
pretendientes, pues ya su insolencia no guarda medida.
Le tendrán de insultar y el dolor para mí será inmenso:
contra muchos no puede uno solo hacer nada aunque sea
valeroso, que el número a ellos les sirve de fuerza.»

Y a su vez replicábale Ulises, el héroe paciente:
«Pues es justo sin duda, ¡oh amigo!, que yo también [hable,
desgarrándose va el corazón en mi pecho al oíros
referir las locuras que idean aquellos galanes
en tu casa a despecho de ti, siendo tú lo que eres.
Dime, pues, ¿es que tú las consientes? ¿O el pueblo [en tus tierras
te abomina siguiendo la voz de algún dios? ¿O te dueles
de tus propios hermanos tal vez, pues que siempre su ayuda
nos anima a luchar por más dura que sea la contienda?
¡Ah, si yo con mi temple tuviera tu edad! ¡Ah, si fuese
yo el nacido de Ulises, el héroe intachable, o él mismo
que vagando llegase a estas tierras, y aún cabe esperanza!
Mi cabeza dejara cortar a cualquier hombre extraño
de no hacerme al momento el azote de todos aquellos
pretendientes marchando derecho al hogar del Laertíada.
Si, al estar solo yo, me venciese su gran muchedumbre,
más quisiera morir de una vez en mis propios palacios
que mirar un día y otro por ellos tamaños ultrajes,
maltratados los huéspedes, hechas ludibrio las siervas
de esos hombres impúdicamente en mis salas hermosas,
consumidos los vinos, comido el manjar, todo ello
locamente y sin fin, en empeño que no se les cumple.»

El discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
«Puntualmente, extranjero, te voy a decir cuanto ocurre.
No es que el pueblo por odio me trate como a un enemigo
ni de culpa de hermanos me puedo doler, cuya ayuda
nos anima a luchar por más dura que sea la contienda.
El Cronión nunca dio más que un hijo a varón de mi raza
y así Arcisio engendró sólo uno, Laertes; Laertes,
a su vez, padre fue solamente de Ulises, y Ulises
en su hogar me dejó solo a mí, del que nunca ha gozado.
En mi casa por ello congréganse mil enemigos:
cuantos próceres tienen ahora poder en las islas
de Duliquio, de Sama y de Zante, la rica de bosques,
y los otros que en Ítaca abrupta detentan el mando,
con mi madre pretenden casar y disipan mi hacienda.
Ella, en tanto, ni puede negarse a un enlace que odia
ni al abuso dar fin y ellos comen, devoran mi casa
y muy pronto también me tendrán devorado a mí mismo.
Esto todo, no obstante, en sus haldas lo tienen los dioses;
mas tú, chache, a Penélope ve, la discreta, y anuncia
sin tardanza que estoy en seguro de vuelta de Pilo;
yo aquí mismo me quedo esperando que vuelvas al hato
tras dejar el mensaje a ella sola; los otros aqueos
nada deben saber, porque muchos maquinan mi muerte.»

Respondístele tú, mayoral de los cerdos, Eumeo:
«Lo comprendo y lo grabo en mi mente: ya yo lo pensaba.
Pero, ¡ea!, di ahora y explica fielmente esto otro:
¿he de ir en la misma jornada de nuncio a Laertes?
¡Infeliz! Hace poco, aun penando por causa de Ulises,
visitaba sus campos y en casa, en unión de los siervos,
la comida tomaba y el vino cuando era su gusto;
pero ahora, después que en la nave saliste hacia Pilo,
según cuentan ni ha vuelto a comer ni beber como antes
ni disfruta de ver sus haciendas: en lloro y gemidos
de dolor se consume y la piel se le seca en los huesos.»

El discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
«Duro es, mas dejémoslo estar aunque más nos aflija.
¡Ah! Si a todo alcanzara el poder de los hombres mortales,
yo primero eligiera el regreso del padre querido;
pero tú da el recado y ven luego. No vagues en busca
de Laertes corriendo los campos, mas dile a mi madre
que le ordene a la fiel despensera llevar el mensaje
con secreto y presteza. Ella puede enterar al anciano.»

Dijo así, levantóse el porquero, cogió sus sandalias
y, reatadas que fueron, marchó a la ciudad. Mas a Atena
no pasó inadvertido que Eumeo dejaba su hato;
acercóse ella entonces allá parecida en su cuerpo
a mujer alta, hermosa, perita en brillantes labores.
Se detuvo de frente a la puerta mostrándose a Ulises;
nada, en cambio, Telémaco vio ni notó su presencia,
pues no a todos se vienen a hacer manifiestos los dioses.
Viola Ulises, los perros también, pero no le ladraron,
antes bien, con gañidos de miedo se fueron al fondo
del establo; frunciendo la diosa sus cejas, Ulises
comprendióla y salió de la estancia y del sólido muro
del cercado; llegóse hasta ella y Atena le dijo:
«¡Oh Laertíada, retoño de Zeus, Ulises mañero!
Hora es ya de que hables al hijo sin más ocultarte
y los dos caminéis a la noble ciudad a infligirles
la ruina y la muerte a esos hombres, y no habré yo misma
de tardar en unirme a vosotros ansiosa de lucha.»

Tal Atena le habló, le tocó con su vara de oro
y con ello a los miembros volvióle la túnica y manto
bien lavado. Él ganó en juventud y estatura, avivóse
el moreno color de su piel, rellenóse su rostro
y el mentón se cubrió con la barba de azules reflejos.

Una vez hecho esto, marchóse la diosa y Ulises
retornó al caserío; y su hijo, admirándose al verlo
y creyéndole un dios, apartó su mirada a otro lado
y dejósele oír de este modo en aladas palabras:
«¡Cuán distinto de antes te muestras, oh huésped, cuán
[otras
son las prendas que traes, cuán otros tu tez y tu aspecto!
¡Dios sin duda de aquellos que habitan el cielo anchuroso,
sé propicio y te haremos ofrenda de víctimas gratas
y áureos dones de fina labor! Mas no quieras dañarnos.»

Replicándole Ulises, el héroe paciente, le dijo:
«No soy dios, bien de cierto, ¿por qué a los eternos me
[igualas?
Soy tu padre, aquel padre al que lloras ha tiempo sufriendo
pesadumbres sin fin, soportando violencias ajenas.»

Tal diciéndole, al hijo besó y una lágrima a tierra
sus mejillas dejaron caer, una lágrima en tanto
contenida. Y Telémaco allí, sin poder persuadirse
de que fuera su padre, otra vez replicó de este modo:
«No, no eres Ulises, mi padre, que un dios me alucina
para hacerme en seguida llorar con mayor desconsuelo.
No es posible que un hombre mortal con su mente
[maquine
tales cosas, a menos que alguna deidad se le acerque
y por sí lo convierta, de súbito, en joven o en viejo.
Tú, en efecto, eras viejo y llevabas astrosos vestidos;
ahora, en cambio, parécesme un dios de los campos celestes.»

Y a su vez contestábale Ulises, el rico en ingenios:
«Mal, Telémaco, está que a tu padre venido a su casa
de ese modo le extrañes, con tal estupor; bien de cierto
que ningún otro Ulises habrá de llegar a estas tierras,

pues no hay otro que yo, que, sufriendo mil males y
[errando
largamente, al vigésimo año regreso a la patria;
obra es todo de Atena, la diosa rapaz y guerrera,
que me ha dado, conforme ha querido, pues bien puede
[hacerlo,
de mendigo unas veces figura, otras veces de un hombre
en la flor de los años vestido de hermoso ropaje:
fácil es a los dioses que habitan el cielo anchuroso
dar honor a un mortal o abatirlo, según su deseo.»

Esto dijo y volvióse a sentar, mas Telémaco entonces
se abrazó dolorido a su padre dejando ir su llanto.
Levantóse en los dos vehementísimo afán de sollozos
y lloraban a gritos, sin pausa, a manera de aves,
de pigargos o buitres de garra ganchuda a los cuales
los labriegos robaron las crías aún faltas de vuelos.
Lastimero en tal modo aquel llanto caía de sus ojos
y la puesta del sol les cogiera exhalando gemidos
si no hubiera Telémaco dicho de pronto a su padre:
«Padre mío, ¿en qué nave los hombres del mar te trajeron
a las playas de Ítaca? ¿En dónde decíanse nacidos?
Por tu pie, bien se deja entender, no has llegado a esta
[tierra.»

Y a su vez dijo Ulises divino, aquel héroe paciente:
«Pues te voy a contar la verdad, hijo mío: los feacios
me trajeron, famosos marinos que dan siempre ayuda
en su ruta a los hombres errantes que llegan a ellos;
sobre el mar me llevaron dormido en ligero navío,
me dejaron en Ítaca y diéronme espléndidos dones,
abundancia de bronce y de oro y vestidos bordados.
Tal tesoro, merced a los dioses, está en unas grutas
bien a salvo; yo vine hasta aquí por consejo de Atena
a tramar con tu ayuda la muerte de aquellos infames
pretendientes. Mas dime su número y cuéntame de ellos,

que yo venga a saber cuántos son y qué clase de hombres,
y con ello, pesando el asunto en mi mente sin tacha,
bien veré si podemos los dos, sin ayuda de nadie,
resistir frente a ellos o habrá que buscar más amigos.»

Y el discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
«Padre mío, de siempre yo oí de tu fama gloriosa,
supe que eras guerrero esforzado y prudente en consejo;
pero has dicho algo extraño, el asombro me embarga:
[no pueden
dos varones luchar contra tantos, también valerosos.
No son diez solamente ni veinte los tales galanes,
muy mayor es su número. Al punto te haré su recuento:
los que hay de Duliquio en dos mozos rebasan ya el medio
centenar, escogidos, y escolta les dan seis criados;
veinticuatro varones se juntan de Sama; de Zante
hasta veinte se cuentan allí los mancebos aqueos;
de aquí mismo, de Ítaca, en fin, doce son, todos nobles.
Tener suelen consigo a Medonte, el heraldo, a un aedo
prodigioso y dos siervos expertos que trinchan las carnes.
Si hacer frente queremos a todos allá en nuestras salas,
bien me temo que pagues tu ataque con duelo y ruina
para ti; piensa, pues, y haz memoria de algún aliado
que nos venga a acorrrer a los dos con lealtad y coraje.»

Y a su vez dijo Ulises divino, el de heroica paciencia:
«Pues te voy a decir, mas tú escucha y reténlo en tu
[mente
y di luego si habrán de bastarnos Atena y con ella
Zeus, su padre, o tendré que buscar algún otro socorro.»

Y el discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
«Bravos son esos dos defensores que has dicho,
[aunque habiten

allá arriba en las nubes del cielo; ellos tienen el mando
en los hombres del mundo y también en los dioses eternos.»

Y a su vez dijo Ulises divino, el de heroica paciencia:
«Pues, de cierto, esos dos no estarán mucho tiempo [apartados
de la ruda contienda una vez que la fuerza de Ares
por nosotros y ellos se empiece a probar en mis salas.
Pero tú, por lo pronto, saldrás para casa a la aurora
a reunirte otra vez con aquellos soberbios galanes
y el porquero, después, me guiará a la ciudad, recobrada
mi figura de anciano, de triste mendigo. Y si acaso
esos hombres me ultrajan allá en el palacio, manténte
soportándolo todo en tu pecho aunque yo más padezca
y me veas arrastrar por los pies de la casa a la calle
o me tiren los muebles encima. Tú mira y aguanta;
recomiéndales sólo con dulces razones que cesen
en aquellas locuras, mas no te harán caso ninguno,
porque próximo el día ya está en que su muerte les llegue.
Pero escúchame bien otra cosa que quiero decirte:
cuando Atena, la rica en consejo, lo inspire a mi mente,
yo te haré una señal de cabeza, tú obsérvala y marcha
al momento y recoge las armas de guerra de toda
nuestra casa, no dejes ni una. En la cámara baja
las irás a guardar bien al fondo y, si aquellos galanes
las echaren de menos, tú diles con blandas palabras:
'Las he puesto a resguardo del humo, pues ya ni parecen
ser las mismas que Ulises dejaba al salir para Troya,
tan tomadas están del vapor del hogar; y un motivo
aún más fuerte me inspira además el Cronión y es el miedo
de que, presas del vino, algún día se enrede en vosotros
riña tal que os hiráis infamando el banquete y la misma
pretensión que aquí os trajo: es el hierro quien tira del [hombre.'
Para ti y para mí retendrás dos espadas, dos lanzas,
dos escudos de cuero boyal que en las manos nos sirvan

para dar el ataque y hacernos con ellos; Atena
vendrá pronto a cegarlos y Zeus, el gran consejero.
Otra cosa te digo, tú fíjala bien en tu mente:
si en verdad has nacido de mí y es tu sangre mi sangre,
no le digas a nadie que Ulises está ya en sus casas;
no lo sepa Laertes, tampoco el porquero, ninguno
de los siervos de nuestra mansión ni Penélope misma;
solamente tú y yo. Descubramos la mente que guardan
las mujeres y a prueba pongamos también a los siervos
para ver quién nos honra y nos teme en el fondo del alma,
quién desprecia a su dueño y te ultraja con ser lo que eres.»

Y dejándose oír contestábale el hijo glorioso:
«Padre mío, no se ha de tardar, tal espero, el instante
en que sepas cuál es mi sentir. No hay en mí veleidades,
mas no pienso que en eso que has dicho se ofrezcan ventajas
para ti o para mí: bien será que lo pienses de nuevo.
De cumplirlo estarás largo tiempo corriendo en la prueba
tus haciendas. Tranquilos, en tanto, esos fieros galanes
seguirán en tu hogar devorando sin duelo tus bienes.
Las mujeres paréceme bien que las pruebes y sepas
cuáles te han deshonrado y qué otras quedaron sin culpa;
pero no desearía recorrer las majadas contigo
tanteando a los hombres. Lo haremos después, si de veras
algún signo percibes de Zeus que la égida embraza.»

De este modo entre sí conversaban los dos y a este [tiempo
hacia Ítaca el rumbo ponía la sólida nave
que de Pilo a Telémaco trajo y a todos sus hombres.
Y después de adentrarse en el puerto de senos profundos,
arrastraron a tierra el oscuro bajel; animosos
servidores quitáronle luego las jarcias y fueron
a llevar los magníficos dones a casa de Clitio.

Un heraldo mandaron también al palacio de Ulises
que a la insigne Penélope diese las nuevas del hijo,
le dijese que estaba en el campo y mandaba su nave
por delante con ellos allí a la ciudad; de este modo
esperaban quitarle el temor y evitarle más llantos.
Coincidieron los dos, el heraldo y el noble porquero,
cuando iban a dar a su dueña la misma embajada
y, una vez que llegaron a casa del príncipe excelso,
el heraldo en mitad de las siervas lanzó estas palabras:
«Ya de vuelta, señora, aquí tienes al hijo querido.»
Por su parte el piariego acercóse a Penélope y fuele
repitiendo las cosas que el hijo encargó le dijera
y, una vez le dio cuenta de todo el mensaje, marchóse
con sus cerdos de nuevo dejando el salón y el palacio.

Los galanes, en tanto, dolíanse, abatido su pecho,
y, cruzando la estancia y el sólido muro del patio,
se sentaron allí ante la gran portalada y al punto
dijo Eurímaco, el hijo de Pólibo, hablando el primero:
«¿Veis, amigos? Telémaco a fin ha llevado su empresa,
el viaje que nunca pensamos había de cumplirse;
pero, ¡ea!, a las olas saquemos un negro navío,
el mejor que se encuentre, y reunamos expertos remeros
que a los nuestros les digan sin más que se vuelvan a casa.»

No acababa de hablar cuando Anfínomo, vuelto de lado,
un bajel observó ya en las aguas profundas del puerto
y a sus hombres que el remo empuñaban plegada la vela
y con leve sonrisa en los labios habló a sus amigos:
«No enviemos mensaje ninguno, pues ya están de [vuelta;
o algún dios se lo vino a anunciar o quizás habrán visto
que la nave pasaba hacia acá sin poder darle caza.»

Tal habló, levantáronse y fueron de allí hasta la costa;
ya arrastraban los hombres a tierra el oscuro navío

y animosos sirvientes quitaban las jarcias; mas ellos
todos juntos marcharon al ágora, en donde a ninguno
más dejaron entrar fuese joven o viejo. Y tomando
la palabra el nacido de Eupites, Antínoo, les dijo:

«¡Cómo, ay, han librado los dioses de daño a ese hombre!
Días enteros la gente velando en las cumbres ventosas
en relevos constantes; llegaba el ocaso y no fuimos
por la noche jamás a la playa a dormir; dando vueltas
en el mar esperábamos siempre la aurora divina
acechando a Telémaco a fin de cogerlo y matarlo
y hete aquí que algún dios, entretanto, lo lleva a su casa.
Aquí, pues, meditemos de nuevo su muerte y ruina
y que no se nos vuelva a escapar, pues se ve que viviendo
tal varón no podrá prosperar nuestro empeño: es él mismo
entendido en consejo y agudo de mente y el pueblo
no nos da en ningún modo hace tiempo favor. Pero, ¡ea!,
dispongámoslo antes que él venga a reunir a los dánaos
en la plaza: de cierto no habrá de cejar en la empresa,
sino que ha de irritarse y alzarse y contarles a todos
que le habíamos tramado una muerte terrible y no hubimos
de alcanzarle. Y los otros no habrán de alabarnos oyendo
tales cosas, mas temo el castigo: quizás nos destierren
de la patria y tengamos que huir a países extraños.
Acabémosle antes, mas no en la ciudad, en el campo
o en mitad de un camino; caudal y despensa se partan
por igual entre todos nosotros; la casa podemos
a su madre dejarla y a aquel que con ella maride.

Mas si esto que os digo no os place y sentís el deseo
de que él siga viviendo y conserve la herencia paterna,
basta ya de saciarnos reunidos comiendo sus bienes,
no más fiesta en su hogar; cada cual desde el suyo pretenda
a su madre y procure ganarla con dones: esposa
venga a ser del varón que dé más y señale el destino.»

Tal hablóles y todos allá como mudos quedaron,
pero entonces Anfínomo, el hijo brillante de Niso,
soberano Aretíada, tomó la palabra entre ellos:
a los mozos regía de Duliquio, la rica de trigos
y abundante de pasto; al hablar solía ser quien dejaba
más contenta a Penélope a impulsos de un buen sentimiento.
Y en su noble intención levantóse en el ágora y dijo:
«No quisiera yo, amigos, matar a Telémaco; espanto
da de hacer una muerte en linaje real. Procuremos
ante todo saber cuáles son los designios divinos:
si lo aprueban las voces del máximo Zeus, por mi mano
yo esa muerte daré e instaré a los demás a ayudarme;
si los dioses rehúsan, a todos exhorto a dejarlo.»

Tal Anfínomo dijo, agradó su propuesta a los otros,
levantándose todos volvieron a casa de Ulises
y de nuevo ocuparon allí los pulidos sillones.

A Penélope insigne en prudencia ocurriósele entonces
enfrentarse a sus fatuos e inicuos galanes: sabía
por Medonte, el heraldo, ya al tanto de tales proyectos,
el peligro que allí en el palacio amagaba a su hijo.
Bajó, pues, a la sala en unión de sus siervas y en ella
la mujer entre todas divina avistó a sus galanes;
a la puerta quedó del salón bien labrado, ajustóse
el espléndido velo, cubrióse con él las mejillas
e increpó por su nombre entre todos a Antínoo diciendo:
«¡Oh tú, Antínoo, soberbio urdidor de maldades! Te [llaman
en la tierra itaquesa el primero entre todos los hombres
de tu edad en consejo y palabra. No lo eres de cierto.
¡Insensato! ¿Por qué maquinar a Telémaco muerte
y ruina y no honrar al que en súplica llega al amparo
del gran Zeus? Nefando es tramar desventuras a otros.
¿Es que ignoras quizás que tu padre llegó perseguido
por las turbas aquí? No tenían medida en su furia,

que en unión de los tafios piratas habíase ensañado
con el pueblo tesproto aliado del nuestro. Querían
arrancarle del pecho a la vez corazón y respiro
y comerse después su caudal bien crecido y gustoso.
Pero Ulises paró a aquellos hombres, contuvo su rabia,
y tú ahora en infamia devoras su casa, pretendes
a su esposa, le matas al hijo, me inundas de penas:
cesa ya, yo lo exijo, y ordena que cesen los otros.»

Mas Eurímaco, el hijo de Pólibo, diole respuesta:
«¡Oh discreta Penélope, prole de Icario! Confía,
no te den en el pecho cuidado estas cosas. No hay
ni después ha de haber ni tendrá nacimiento hombre
[alguno
que sus manos descargue en tu amado Telémaco en tanto
yo esté vivo y contemple la luz sobre el haz de la tierra.
Pues, te voy a decir y de cierto tendría cumplimiento,
chorrearía por mi lanza su sangre tiñendo de rojo
el astil, ya que aquel destructor de ciudades, Ulises,
tantas veces, sentado en su falda, me puso en las manos
los pedazos de carne y me dio de beber dulce vino.
A Telémaco quiero por ello entre todos los hombres
y no debe la muerte temer, de nosotros al menos,
tus galanes: venida de un dios imposible es rehuirla.»

Tal habló por calmarla: tramaba acabar con su hijo.
Ella entonces subió a sus hermosas estancias y al llanto
por Ulises su esposo se dio. Mas al fin dulce sueño
en sus párpados vino a verter la ojizarca Atenea.

Con Ulises y el hijo de Ulises reunióse en la tarde
el egregio porquero: se hallaban los dos ocupados
en matar un añal que de cena sirviese. Ya Atena,
deteniéndose al lado de Ulises Laertíada, le había
con su vara tocado: de nuevo le dio la apariencia
de un anciano y vistióle de ropas astrosas temiendo

el que Eumeo, conociéndole, fuese a llevar la noticia,
incapaz de guardarla en su pecho, a Penélope insigne
en prudencia. Y Telémaco dijo el primero: «Has venido,
noble Eumeo: ¿qué voz corre allá en la ciudad? ¿Ya
[dejando
la emboscada ocuparon mi hogar los altivos galanes
o espiándome siguen los pasos que doy hacia casa?»

Respondístele tú, mayoral de los cerdos, Eumeo:
«No he pensado, de cierto, en correr la ciudad
[preguntando
e inquiriendo estas cosas. Me urgió, sobre todo, el deseo
de llevar mi mensaje y volverme hacia acá lo más pronto;
mas viniendo a alcanzarme un veloz mensajero, un heraldo
de tus hombres, llevóle el primero la nueva a tu madre.
Algo más te diré y ello es cosa que vieron mis ojos:
tras dejar la ciudad remontaba la loma de Hermes
y llegando a lo alto observé que una rápida nave
descendía a nuestro puerto. Traía muchos hombres y carga
de broqueles y lanzas con puntas en ambos remates;
sospeché fueran esos que dices, mas nada sé cierto.»

Tal habló, sonrióse al oírlo Telémaco augusto
y la vista cruzó con su padre esquivando al porquero.

Entretanto acabó su labor, preparada la cena;
sin echar nada en falta gozaron de aquel buen banquete
por igual y, saciado el placer de manjar y bebida,
a sus lechos marcharon buscando el regalo del sueño.

CANTO XVII

Asomaba la Aurora temprana de dedos rosados
y Telémaco, el hijo divino del prócer Ulises,
anudóse a los pies las sandalias hermosas, la lanza
empuñó fuerte y grande ajustada a sus manos y, ansiando
verse ya en la ciudad, se volvió hacia el porquero y le dijo:
«Chache, es tiempo que torne al palacio y mi madre [me vea,
pues me doy a pensar que no habrá de ceder en su llanto
lastimero y cruel, sus sollozos y lágrimas, sino
cuando esté yo en persona a sus ojos. Mas esto te encargo:
lleva allá a la ciudad tú también a ese pobre extranjero,
que mendigue el sustento por ella y le dé cada uno
lo que quiera, una copa o un pan: con mi carga de penas
yo no puedo atender a quien quiera que llegue. Y si el [huésped
se mostrase enojado por ello, peor para él mismo,
que, de cierto, mi gusto es decir la verdad sin rebozo.»

Contestando a su vez dijo Ulises, el rico en ardides:
«Ten seguro, ¡oh amigo!, que yo por mi parte tampoco
quiero estar más aquí; para el pobre, mejor que en los [campos
es pedir el sustento en ciudad. Que me dé aquel que quiera,

pues mis años no son para estarme en un hato, sujeto
a obediencia de algún mayoral que me mande a su antojo.
Vete, pues, y este hombre, a quien tú lo has mandado,
[me guíe
una vez me caliente al hogar y entre más la mañana.
Mis vestidos no son más que harapos, no vaya el rocío
de la aurora a enfermarme: el poblado está, dicen, muy
[lejos.»

Así dijo y Telémaco, al punto, con ágiles pasos
la majada cruzó meditando ruina a los fieros
pretendientes. Llegado al palacio de buena vivienda,
dejó luego la lanza apoyada en erguida columna
y pasó al interior a través del zaguán empedrado.

La primera con mucho en notarle fue el ama Euriclea,
que tendía tapetes de lana en los ricos sillones,
y con lágrimas fuese derecha hacia él. En su torno
se reunieron más siervas de Ulises, el héroe paciente,
y veníanle a besar con amor la cabeza y los hombros.

La discreta Penélope luego llegó de su estancia,
semejante a Artemisa en figura o a la áurea Afrodita,
y llorando arrojó los dos brazos en torno del hijo
bien amado, besó su cabeza, sus ojos hermosos,
y entre vivos lamentos le dijo en aladas palabras:
«Has llegado, Telémaco, al fin, dulce luz. No creía
ya volverte a ver más tras tu ida secreta en el barco
rumbo a Pilo a despecho de mí, por saber de tu padre:
mas refiérelo todo según lo supiste tú mismo.»

El discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
«No más quejas, ¡oh madre! No apenes de nuevo mi
[alma
en el pecho después que he escapado a la abrupta ruina.
Ve a bañarte primero y, ciñéndote ropas sin mancha,

sube allá con tus siervas e invoca en tu estancia a los dioses
con promesa de hacerles un tiempo hecatombes cumplidas
si es que Zeus conduce a buen fin vengadoras empresas.
Por mi parte hacia el ágora voy, pues he de traerme
para acá un extranjero que vino conmigo de Pilo:
con mis hombres egregios aquí lo mandé y a Pireo
le encargué de llevarlo a su casa, hospedarlo y prestarle
atención y cuidado hasta tanto que yo regresase.»

Tal habló, mas ninguna palabra escapó ya a su madre,
sino fuese a bañar y, cambiando de ropa, a los dioses
la promesa ofreció de hecatombes cumplidas si Zeus
algún día llevaba a buen fin vengadoras empresas.

Ya Telémaco iba a través de la sala empuñando
su gran lanza, seguíanle dos ágiles perros, y Atena
tan divino esplendor le vertió por el cuerpo, que todos
los que hallaba a su paso quedábanse absortos al verle.
En su torno venían a agruparse los fatuos galanes
con palabras de halago y urdiendo maldades por dentro,
pero él evitó hablar con ellos y al lado sentóse
de Mentor, Haliterses y Antifo, amigos de siempre
de Ulises, su padre; le fueron haciendo preguntas
sobre todo y a poco acercábase al grupo Pireo,
el lancero famoso. Al varón forastero venía
por el pueblo guiando a la plaza y Telémaco al verlo
diligente al encuentro salió de su huésped. Mas antes
que él hablase, Pireo dejábase oír y le dijo:
«¡Oh Telémaco! Manda a tus siervas a casa y con ellas
te enviaré los presentes que otrora te dio Menelao.»

Y el discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
«No sabemos, Pireo, qué fin va a tener todo esto:
si los fatuos galanes consiguen matarme en mis salas

a traición y reparten mis bienes paternos, prefiero
que seas tú, no otro alguno de aquéllos, quien goce esos [dones.
Si soy yo quien encima les echa la parca y la muerte,
tiempo habrá de que a casa los traigas con mutua alegría.»

Tal diciendo llevóse a su hogar al sufrido extranjero
y, al llegar al palacio de buena vivienda, dejaron
por sillones y sillas tendidas las capas y, yendo
a los baños pulidos, bañáronse. Allí las sirvientas,
tras dejarlos lavados y ungirles la piel con aceite,
les ciñeron la túnica y manto velludo y, saliendo
de los baños, marcharon los dos a sentarse en la sala.
Con un jarro de oro llegaba al momento una sierva;
sobre fuente de plata vertióles el agua en las manos
y les puso delante una mesa bruñida; la honrada
despensera, trayéndoles pan, colocólo a su lado
y otros muchos manjares sirvió de la rica despensa:
frente a ellos Penélope estaba sentada en su silla
junto al quicio y haciendo girar sus suaves vellones.
Al manjar que delante tenían lanzaron las manos
y, una vez satisfecho el placer de comida y bebida,
escuchar se dejó la primera Penélope y dijo:
«Voy, Telémaco, ya a recogerme en mis salas de arriba,
a ocupar aquel lecho doliente que empapan mis ojos
con sus lloros sin fin desde el día en que a Ilión marchó [Ulises
con los hijos de Atreo; mas tú no te has dado el trabajo,
cuando aún no se hallaban en casa esos hombres soberbios,
de contarme si algo llegaste a escuchar de la vuelta
de tu padre.» El discreto Telémaco entonces repuso:
«Pues, ¡oh madre!, te voy a decir la verdad toda entera.
Arribamos a Pilo: allá Néstor, pastor de sus gentes,
acogióme en su excelsa morada con tanto cariño
como un padre a su hijo ya ausente de tiempo que acaba

de llegar de lejano país: semejantes extremos
de agasajo me tuvo y lo mismo sus hijos gloriosos.
Sobre Ulises, su vida o su muerte me dijo que nada
había oído a mortal que viviese en la tierra; envióme
a inquirir del nacido de Atreo, el famoso en la lanza
Menelao, y, armando su carro, me dio sus corceles.
A la argólica Helena allí vi, la mujer por quien tanto
trabajar hizo el cielo a troyanos y argivos; y el rey
Menelao, valiente en la lid, inquirió sin tardanza
qué ocasión me obligaba a llegar a Laconia divina.
Le conté por mi parte la entera verdad y él entonces
la respuesta me dio de este modo en aladas palabras:
'¿Podrá ser? Demasiado esforzado, el varón cuyo lecho
se han propuesto ocupar cuando son ellos mismos tan viles;
tal la cierva en el soto en que habita el león poderoso
va a acostar a los tiernos cervatos que tiene en crianza
y se sale a pastar y correr por las faldas umbrías
y los valles herbosos. Volviendo el león a su cama
a los dos cervatillos dio muerte cruel: de ese modo
vendrá Ulises a echar sobre ellos su triste destino.
¡Ojalá, oh padre Zeus, oh Atena, oh Apolo, llegara
con aquella presencia que en Lesbos, de sólidos muros,
nos mostraba al reñir con el hijo del rey Filomelo,
al que en tierra luchando postró con placer de los dánaos!
Tal Ulises debiera esta vez presentarse a esos hombres:
¡bien efímera fuera su vida, bien agrias sus bodas!
Mas no habré de eludir tu pregunta y tu ruego contando
de otras cosas ni dando rodeos, que en mí no hay falsía:
todo aquello te voy a decir que el verídico anciano
del océano me habló sin callar ni cambiar cosa alguna.
Me afirmó haberlo visto, entregado al dolor, en la isla
y palacio que habita la ninfa Calipso; por fuerza
le retiene ésta allí sin que pueda volver a su patria,
pues no cuenta con barcos de remos ni amigos que ayuden
su camino en la espalda gigante del mar.' Así dijo

Menelao, el nacido de Atreo, famoso en la lanza.
Oído esto el regreso emprendí y una brisa de popa
que enviaron los dioses me trajo derecho a la patria.»

Tal habló con su madre, exaltó el corazón en su pecho,
mas entonces Teoclímeno, a un dios semejante, les dijo:
«Venerable consorte de Ulises Laertíada, tu hijo
no ha llegado a entender, pero tú graba en ti mis palabras,
pues te voy a augurar con verdad sin dejar nada oculto;
y por Zeus ante todo otro dios, por la mesa en que hoy
me acogiste y la casa del hombre sin tacha a que llego,
te aseguro que Ulises ya está en el país de sus padres;
en él duerme, en él anda, investiga estas obras perversas
y prepara en su mente a esos hombres desgracia y ruina:
tal señal de las aves noté cuando estaba sentado
sobre el sólido barco y, al punto, mostréla a tu hijo.»

La discreta Penélope entonces le dijo en respuesta:
«¡Ojalá tu palabra, extranjero, se cumpla! Con ello
hallarías bien pronto de mí, ¡ay!, tal amor, tales dones,
que quienquier te viniese a encontrar te tendría por dichoso.»

De este modo entre sí conversaban los tres y entretanto
los galanes reunidos allá ante las salas de Ulises
disparaban venablos y discos tomando por suya
como tanta otra vez, insolentes, aquella explanada.
Mas la hora llegó de comer y vinieron las reses
desde todos los hatos del campo; traíanlas los mismos
portadores de siempre y entonces les dijo Medonte,
el heraldo que más les gustaba y con ellos comía:
«Pues ya habéis disfrutado, muchachos, jugando esos [juegos,
al palacio venid, preparemos en él el banquete,
porque no es cosa mala tomar la comida a sus horas.»

Tal habló, levantáronse aquéllos siguiendo el consejo;
tras entrar al palacio de buena vivienda, dejaron
por sillones y sillas tendidas las capas y luego
degollaron las recias ovejas, las cabras lozanas,
los marranos cebados, la vaca robada al aprisco,
y adobaron el rico festín. A este tiempo emprendían
el camino del campo a la corte el porquero y Ulises.
Aquel buen mayoral en el hato le había dicho a éste:
«Pues te empeñas, ¡oh huésped!, en ir sin dejar que [transcurra
este día a la ciudad, según manda mi amo, no obstante
querer yo retenerte a guardar la majada, respeto
me ha tomado y temor no la emprenda después él [conmigo:
duros son en verdad los reproches de príncipes. Vamos
sin tardanza a coger el camino; declina ya el día
y a medida que avance la tarde, traerános más frío.»

Contestando a su vez dijo Ulises, el rico en astucias:
«Así es, bien lo veo, lo estaba pensando yo mismo;
caminemos sin más, veme tú conduciendo delante,
pero entrégame un palo, si alguno cortado reservas,
que me apoye yo en él, pues se dice que es agrio el [sendero.»

Tal habló y se cargó la talega averiada y deforme
con trenzado cordel que servía a suspenderla del hombro;
entrególe el porquero un bastón que empuñó bien contento
y partieron. Quedábanse allí custodiando el establo
los zagales, los perros, y él fue conduciendo a su rey
a la propia ciudad bajo forma de un pobre mendigo,
de un anciano apoyado en un leño y vestido de andrajos.

Paso a paso bajaban la senda fragosa y se iban
acercando al poblado. A la fuente labrada llegaban,
la de hermosa corriente, en que el agua tomaba aquel pueblo.

La había hecho Políctor con Ítaco y Nérito: en torno
se extendía un redondo sotillo con chopos nutridos
por el agua que arriba, brotada en la peña, caía
desde allá fresca siempre; un altar consagrado a las ninfas
coronaba la roca y en él los viandantes dejaban
sus ofrendas. Allí se encontraron al hijo de Dolio,
a Melantio: llevaba unas cabras, la flor de las greyes,
para aquellos galanes soberbios y atrás le seguían
dos zagales. Apenas los vio, desatado en injurias
sin mesura y sin tino, irritó las entrañas de Ulises:

«Razón es que el villano conduzca al villano, que [siempre
junta un dios al igual con aquel que le iguala: ¿hacia [dónde
llevas tú a semejante gorrón, oh gentil porquerizo,
a ese pobre asqueante, aguador de festines, que en tantas
portaladas sus lomos habrá de rozar aguardando
los mendrugos de pan, no calderas, de cierto, ni espadas?

Si quisieras cedérmelo a mí que guardase mi hato
y barriese el establo y llevase el ramón a los chivos,
llenaría sus muslos de carne y bebiera buen suero;
mas, pues sabe tan sólo de viles oficios, seguro
que rehúsa el trabajo. Encogido andará por el pueblo
y querrá mendigando llenar su insaciable barriga.
Y otra cosa diré que se habrá de cumplir: si se llega
al palacio de Ulises, de allí le echarán y una nube
de escabeles vendrá sobre él disparada por manos
de varones e irá casa abajo a quebrarse en sus huesos.»

Tal diciendo acercóse y de un salto le hirió en su vesania
con el pie en el ijar, pero no le arrojó del sendero,
pues Ulises mantúvose firme: pensaba si echarse
sobre él con el palo y de un golpe quitarle la vida
o, tomándole en vilo, estrellarle los sesos en tierra.

Esforzóse, no obstante, y contúvose. En tanto, el porquero
se encaró con el otro y oró levantando sus brazos:
«Ninfas de esta fontana, nacidas de Zeus, si en un tiempo
os quemó el rey Ulises aquí pingües muslos de chotos
o corderos cubiertos de grasa abundante, cumplidme
lo que voy a pedir: venga ya aquel varón, que lo traiga
algún dios; de una vez habría él de bajarte esos humos
con que tú te paseas insolente corriendo sin tregua
la ciudad mientras malos pastores consumen las reses.»

Y en respuesta le dijo Melantio, el pastor cabrerizo:
«¡Ay de mí! ¿Qué se atreve a decir este pérfido perro?
Yo lo habré de llevar desde Ítaca a tierras lejanas
algún día en un negro y seguro bajel: me valdrá una
[fortuna.
¡Ah, que no hiriera Apolo, el del arco de plata, en las salas
a Telémaco hoy mismo o cayera al furor de los mozos
como Ulises perdió en lejas tierras la luz del regreso!»

Tal diciendo dejóles seguir con su paso tranquilo
y él, marchando, llegó bien aprisa a la casa del rey;
penetró en ella al punto y sentóse entre aquellos galanes,
frente a Eurímaco: él era entre todos su amigo querido.
Los sirvientes trajéronle luego su parte de carnes
y la fiel despensera llegó con el pan y dejólo
a su lado. Entretanto, ya Ulises y el noble piariego
deteníanse a la puerta; en su torno vibraban los sones
de la cóncava lira; empezaba su cántico Femio
cuando aquél, apretando la mano al porquero, le dijo:
«De seguro, ¡oh Eumeo!, que es ésta la casa de Ulises,
casa hermosa que bien se distingue aun estando entre
[muchas.
Una pieza se sigue a la otra, y el patio adosado
tiene cerco de muros y almenas; la puerta es muy fuerte,
de dos hojas: no hay hombre de cierto que pueda forzarla.

Ya se advierte que ahí multitud de varones celebran
un banquete: se huele la grasa y resuena la lira,
que los dioses quisieron hacer del festín compañera.»

Respondístele tú, mayoral de los cerdos, Eumeo:
«Acertaste, que en todo te muestras discreto, mas ¡ea!,
hora es ya de pensar lo que habremos de hacer: o el [primero
entras tú en el palacio de buena vivienda a meterte
en mitad de esos mozos y yo aquí me quedo o, si quieres
tú aguardar, paso yo por delante hacia dentro; mas cuida
de evitar la demora, no ocurra que alguno del pueblo
te persiga a pedradas o golpes: preciso es pensarlo.»

Contestando a su vez dijo Ulises, el héroe paciente:
«Me hago cargo, comprendo, lo estaba pensando yo mismo;
mas será lo mejor que tú vayas allá, yo a la puerta
quedaré. No me asustan de cierto pedradas ni golpes,
que esforzado es mi ánimo y ya soporté muchos males
en la guerra y el mar: denle colmo esos otros ahora.
Pero a un vientre que grita su hambre no puedes callarlo,
¡el maldito, que trae a los hombres desgracias sin cuento
y aun los mueve a equipar esas naves potentes que llevan
por el mar infecundo ruina a las gentes contrarias!»

Tal hablaban los dos entre sí cuando vieron un perro
que se hallaba allí echado e irguió su cabeza y orejas:
era Argo, aquel perro de Ulises paciente que él mismo
allá en tiempos crió sin lograr disfrutarlo, pues tuvo
que partir para Troya sagrada. Los jóvenes luego
lo llevaban a cazas de cabras, cervatos y liebres,
mas ya entonces, ausente su dueño, yacía despreciado
sobre un cerro de estiércol de mulas y bueyes que habían
derramado ante el porche hasta tanto viniesen los siervos
y abonasen con ello el extenso jardín. En tal guisa
de miseria cuajado se hallaba el can Argo; con todo,

bien a Ulises notó que hacia él se acercaba y, al punto,
coleando dejó las orejas caer, mas no tuvo
fuerzas ya para alzarse y llegar a su amo. Éste al verlo
desvió su mirada, enjugóse una lágrima, hurtando
prestamente su rostro al porquero, y al cabo le dijo:
«Cosa extraña es, Eumeo, que yazga tal perro en estiércol:
tiene hermosa figura en verdad, aunque no se me alcanza
si con ella también fue ligero en correr o tan sólo
de esa clase de canes de mesa que tienen los hombres
y los príncipes cuidan, pues suelen servirles de ornato.»

Respondístele tú, mayoral de los cerdos, Eumeo:
«Ciertamente ese perro es del hombre que ha muerto
[allá lejos
y si en cuerpo y en obras hoy fuese lo mismo que era,
cuando Ulises aquí lo dejaba al partirse hacia Troya,
pronto echaras tú mismo de ver su vigor y presteza.
Animal que él siguiese a través de los fondos umbríos
de la selva jamás se le fue, e igual era en rastreo.
Mas ahora su mal le ha vencido: su dueño halló muerte
por extraño país; las mujeres de él no se acuerdan
ni le cuidan; los siervos, si falta el poder de sus amos,
nada quieren hacer ni cumplir con lo justo, que Zeus
el tonante arrebata al varón la mitad de su fuerza
desde el día que en él hace presa la vil servidumbre.»

Tal habló, penetró en el palacio de buena vivienda
y derecho se fue al gran salón donde estaban los nobles
pretendientes; y a Argo sumióle la muerte en sus sombras
no más ver a su dueño de vuelta al vigésimo año.

Mas Telémaco, un dios en figura, notó antes que nadie
al porquero que entraba en la sala; llamóle por señas
hacia sí. Miró él en su torno y cogió un taburete

que allá estaba tirado: servíale al trinchante de asiento
al cortar las viandas, regalo de aquellos galanes.
Arrimólo a la mesa en que estaba Telémaco; en frente
colocólo y sentóse; fue luego el heraldo y le puso
su ración por delante y el pan que sacó de la cesta.

Pero poco después que el porquero llegó Ulises mismo
al palacio en figura de un pobre mendigo, de un viejo
que apoyado en un leño velaba su piel con andrajos.
Tras la puerta se echó en el umbral de madera de fresno,
reclinado en el quicio que un hábil artista hizo antaño
de ciprés y pulido erigió regulándolo a cuerda.
Al notarlo Telémaco, alzando una hogaza en sus manos
del precioso cestillo, tomó los pedazos de carne
que cupieron en ellas y, vuelto al porquero, le dijo:
«Ve a llevar esto al huésped y dile que luego dé vueltas
por la sala pidiendo uno a uno a los muchos galanes,
que no es bien demostrar cortedad quien precisa socorro.»

Tal habló. Fue el porquero una vez que escuchó su mandato
y llegándose a Ulises le dijo en aladas palabras:
«Esto es don de Telémaco, huésped, y manda que luego
des la vuelta a la sala pidiendo a esos mozos, pues dice
que no es bueno mostrar cortedad quien en súplica llega.»

Y a su vez dijo entonces Ulises, el rico en ingenios:
«Dame, ¡oh Zeus!, que logre Telémaco dicha entre todos
los mortales y cúmplase aquello que anhele en su pecho.»

Tal diciendo tomó entre sus manos el don y lo puso
por delante, a sus pies, sobre aquella su mísera alforja,
y quedóse comiendo: el aedo cantaba en la sala.
Acabada que fue la comida y callando el aedo,

los galanes gritaban por todo el recinto y Atena,
acercándose a Ulises Laertíada, movióle a que fuera
recogiendo mendrugos de pan de los muchos galanes
y probase quién era entre ellos honrado o perverso.
¡Así mismo no había de librar de desgracia a ninguno!
Empezó por el lado derecho y pidió a cada hombre
extendiendo su mano: dijérase un ducho mendigo.
Por piedad daban ellos y a un tiempo admirábanle todos,
preguntando uno a otro quién era y de dónde venía.

Mas Melantio, el pastor cabrerizo, les dijo a este punto:
«Escuchad, los que aquí pretendéis a la más noble reina,
lo que voy a decir de este huésped: le he visto ya antes;
el porquero veníalo guiando hacia acá; pero ignoro
de qué raza de hombres se dice movido.» Así hablaba,
mas Antínoo lanzó contra Eumeo palabras de injuria:
«Te conozco, piariego: ¿por qué a la ciudad te has traído
semejante varón? ¿No hay aquí vagabundos bastantes
y angustiosos mendigos que vengan a aguar los banquetes?
¿O pensando tal vez que son pocos aún los reunidos
a comerse la hacienda del rey invitaste a ese otro?»

Respondístele tú, mayoral de los cerdos, Eumeo:
«No has hablado, ¡oh Antínoo!, en razón, por muy
[prócer que seas,
porque di, ¿quién va nunca a buscar ningún hombre de
[fuera
si no es ya a los que tienen un arte en servicio de todos,
ya adivino, ya médico o ya constructor de viviendas
o inspirado cantor que recree con su canto? Son estos
los varones que vas a buscar hasta el fin de la tierra;
mas ¿quién llama a un mendigo que venga a estrujarlo?
[Eres duro
cual ningún pretendiente en tu odio a los siervos de Ulises
y conmigo ante todo; mas no me preocupo por ello

mientras viva en la casa la cuerda Penélope y siga
junto a ella Telémaco, igual en figura a los dioses.»

El discreto Telémaco entonces le dijo al porquero:
«Calla ya, no me sigas cambiando palabras con éste,
porque Antínoo acostumbra a irritar a los hombres con [dichos
insolentes y mueve a los otros a hacer otro tanto.»

Tal habló. Luego díjole a Antínoo en aladas palabras:
«Tú te cuidas, ¡oh Antínoo!, de mí como cuida un buen [padre
de su hijo y, así, me has urgido a que arroje a ese [huésped
de mis salas sin más. Ningún dios lo permita; tú toma
lo que quieras y dáselo. En mí no hay reparo, lo ordeno;
por mi madre tampoco lo dejes ni en gracia a ninguno
de los siervos que viven en casa de Ulises divino;
mas no es tal la intención que en el fondo del pecho reservas,
pues con mucho te gusta comer, más que dar a los otros.»

Pero Antínoo volvióse hacia él y le dijo en respuesta:
«¡Ah Telémaco, altivo en palabras, sin freno en la ira!
¿Qué has osado decir? Si lo mismo que yo dieran todos
libraríase el palacio del huésped tres meses enteros.»

Así dijo y asió un escabel que se hallaba debajo
de la mesa, en el cual apoyaba los pies relucientes
al sentarse al festín. Los demás le iban dando al mendigo
y llenaron su saco de pan y de carnes. Ya Ulises
se aprestaba a salir nuevamente al portal, bien probados
los aqueos, mas antes llegóse hasta Antínoo y le dijo:
«Da tú, amigo, también; no te creo más vil que los otros,
antes bien el mejor, y aun pudiera igualársete a un rey.

Debes darme por eso más pan que ninguno y tu fama
tendría yo de llevar por la tierra sin fin, pues yo mismo
tuve casa en el mundo allá en tiempos, fui rico en hacienda
y ofrendé muchas veces mis dones al pobre errabundo
como quiera que él fuese, en cualquier aflicción que se
[hallara.
Y contaba por miles los siervos a más de otros bienes
con que viven felices los hombres y en fama de ricos.
Mas con todo acabó Zeus Cronión. Éste fue su talante:
me inspiró que con unos piratas en largo camino
navegase hasta Egipto y allí consumó mi ruina.
Por el Nilo subiendo detuve mis buenos bajeles,
ordené que a su orilla los más de mis fieles amigos
se quedasen guardando las naves y a un tiempo enviaba
por delante a unos pocos vigías que viesen la tierra;
pero ellos, cediendo a su impulso y coraje, empezaron
a robar las hermosas campiñas de aquellos egipcios
arrastrando mujeres y niños de pecho y matando
a los hombres; corrió a la ciudad en seguida la alarma
y a las voces de guerra su hueste llegó con la aurora;
todo el campo inundóse bien pronto de carros e infantes
y destellos de bronces. Y Zeus, que se goza en el rayo,
infundió en mis amigos funesto pavor: ni uno solo
resistió frente a ellos; en torno no había más que males.
De los míos mataron a muchos a filo de bronce,
capturaron a otros pensando en tenerlos de esclavos
y a mí en don me entregaron a un huésped llegado esos
[días,
Métor Jásida, el rey poderoso de Chipre. Él consigo
me llevó a su país y de allá vine ahora sufriendo
mil trabajos.» Y Antínoo dejándose oír contestaba:

«¿Qué deidad esta peste nos trajo a amargar el
[banquete?
Apartadlo en mitad de la sala y que deje mi mesa,
no conozca otra vez las desgracias de Chipre y Egipto.

Pordiosero no vi tan osado e impúdico: a todos
se presenta y les pide uno a uno y ofrécenle todos
locamente y sin duelo ni empacho regalan lo ajeno,
pues lo tienen a mano delante y en gran abundancia.»

Y apartándose díjole Ulises, el rico en ingenios:
«Me engañé, con tu buena figura faltábate el seso;
no darías de lo tuyo ni sal que a pedirte vinieran,
pues metido en lo ajeno no fuiste capaz de privarte
de un pedazo de pan para dármelo, en tanta abundancia.»

Al oírlo arrecióse el furor en el pecho de Antínoo,
que, mirándole torvo, en aladas palabras le dijo:
«Pues ahora aseguro que sales con mal de esta sala,
tú, que encima de todo te dejas oír con ultrajes.»

Tal habló, le tiró el escabel y alcanzóle en la espalda
junto al hombro derecho. Mantúvose Ulises inmóvil
como roca: no le hizo caer el disparo de Antínoo;
la cabeza tan sólo en silencio meció meditando
mil desastres; marchó hacia el umbral nuevamente, sentóse,
su repleta talega echó al suelo y habló de este modo:
«Escuchad, los que aquí pretendéis a la más noble reina,
lo que el alma en el pecho me impulsa a decir. No produce
bien de cierto en entrañas de nadie dolor ni amargura
que apedreen a un varón cuando está peleando en defensa
de su propia heredad, sus vacadas o blancos rebaños;
mas Antínoo me ha herido por causa del vientre funesto,
el maldito, que trae a los hombres innúmeros males.
Si es que existen deidades o furias que venguen al pobre,
coja a Antínoo la muerte sin dar cumplimiento a sus bodas.»

Y a su vez replicábale el hijo de Eupites, Antínoo:
«Come en paz ahí sentado, extranjero, o retírate al punto,

no te arrastren del pie o de la mano los nobles mancebos
por la casa y te arranquen la piel por aquello que dices.»

Tal habló. Grandemente al oírle indignáronse todos
y entre aquellos altivos donceles alguno decía:
«Mal has hecho, ¡oh Antínoo!, en herir a ese pobre
[errabundo:
¡desgraciado de ti si es que existe algún dios en el cielo!
Pero hay más, pues los dioses, que toman tan varias figuras,
las ciudades recorren a veces en forma de errantes
peregrinos a ver la justicia o maldad de los hombres.»

Tal hablaban los mozos, mas él no escuchaba sus
[dichos;
a Telémaco, en tanto, crecíale el dolor en el pecho
por su padre, mas no derramó ni una lágrima; a solas
la cabeza moviendo a ambos lados tramaba mil males.

La discreta Penélope supo también del herido
en la sala y clamó contra Antínoo en mitad de sus siervas:
«Quiera Apolo, el arquero glorioso, alcanzarte a ti mismo
de ese modo.» Y Eurínoma, el ama, repuso a su dueña:
«¡Ojalá nuestros votos quedaran cumplidos! Ninguno
de esos hombres llegara a la Aurora de espléndido trono.»

Contestando, a su vez, la discreta Penélope dijo:
«Bien odiosos son todos, ¡oh ama!, pues traman
[desdichas,
pero Antínoo parece la muerte sombría: iba un huésped
infeliz dando vueltas allá por la sala y pidiendo
de esos hombres comida; movíale su propia indigencia.
Todos ellos le dieron, llenáronle el saco; él, en cambio,
le tiró un escabel y en la espalda le hirió junto al hombro.»

De este modo Penélope hablaba, sentada en su alcoba
en mitad de sus siervas, al tiempo que Ulises comía.
Ella luego, llamando al egregio porquero, le dijo:
«Anda, ve, noble Eumeo, al encuentro del huésped,
[y dile
que aquí venga, pues quiero con él conversar, preguntarle
si algo sabe de Ulises, el gran sufridor, o por caso
con sus ojos lo ha visto, pues dicen corrió muchas tierras.»

Respondístele tú, mayoral de los cerdos, Eumeo:
«¡Ojalá los argivos, oh reina, guardaran silencio!
Los relatos de aquél te hechizaran el alma: tres noches
lo retuve, tres días logré que pasara en mi hato,
pues conmigo el primero fue a dar cuando huyó de la nave.
Y aun así no acabó de contar sus desgracias; al modo
que un varón mira fijo al aedo, a quien dieron los dioses
el saber de los cantos que arroban las mentes mortales,
y jamás de escucharlo se cansa siguiendo sus tonos,
así él me embebía sentado a mi vera en la estancia.
Dice ser por su padre ya huésped de Ulises, y vive
por las tierras de Creta que puebla el linaje de Minos;
desde ellas rodando en el mundo con mil pesadumbres
a nosotros llegó y asegura que oyó hablar de Ulises
aquí cerca, en la fértil región de las gentes tesprotas,
que está vivo y que trae a su hogar multitud de preseas.»

Contestando, a su vez, la discreta Penélope dijo:
«Anda, pues, tráelo aquí que en presencia me hable y que
[sigan
divirtiéndose en tanto esos hombres, ya sea ante las puertas
o en el mismo palacio, pues tienen el ánimo alegre.
Y de cierto sus bienes están en sus casas intactos,
un buen pan, dulce vino: a lo más es ración de sus siervos
mientras ellos, viniendo una vez y otra vez, nos degüellan
en la casa los bueyes, ovejas y cabras rollizas,

al banquete se dan y se beben el vino espumoso
sin mesura y sin cuenta. Consúmese todo, pues falta
en palacio un varón como Ulises capaz de echar fuera
maldición semejante. Si Ulises llegara a su patria,
pronto habría de vengar con su hijo tamaños desmanes.»

Tal habló y escapóse a Telémaco un gran estornudo;
resonó extrañamente el palacio; Penélope entonces
se rió y al momento volvióse al porquero y le dijo:
«Trae sin más a ese huésped delante de mí: ¿no estás
[viendo
que al cesar yo de hablar estornuda mi hijo? ¡Sea ésta
la señal infalible de muerte para esos galanes,
para todos, sin que huya ninguno al destino y las parcas!
Otra cosa te digo, tú fíjala bien en tu mente:
si compruebo que dice verdad en aquello que hable,
le tendré de vestir de un buen juego de túnica y manto.»

Tal habló. Se marchó el porquerizo escuchada su orden
y, llegándose a Ulises, le dijo en aladas palabras:
«Padre huésped, te llama la noble Penélope, madre
de Telémaco: el alma en el pecho la mueve a que inquiera
de su esposo, por más que se halle sumida en pesares.
Si comprueba que dices verdad en aquello que cuentes,
el vestido y el manto tendrás que ante toda otra cosa
necesitas; el pan lo podrás conseguir mendigando
por el pueblo y el vientre hartarás: te dará aquel que
[quiera.»

Y, a su vez, dijo Ulises divino, el de heroica paciencia:
«Presto estoy a contar todo aquello que sé sin engaños
a la hija de Icario, discreta Penélope: cierto
que he sabido de aquél, y aun sufrimos las mismas
[desgracias;
pero temo a la gran multitud de esos malos galanes
cuya furia ha llegado a la bóveda férrea del cielo.

Cuando ha poco ese hombre, al ir yo recorriendo la sala
sin hacer daño alguno, me hirió con dolor de mis miembros,
ningún otro a la mano le fue, ni Telémaco mismo.
Así, pues, a Penélope exhorta a que espere en sus salas
la caída del día, por mucha que sea su impaciencia.
A esa hora iré yo; del regreso sabrá de su esposo
si me deja un lugar a la lumbre: mis ropas, lo sabes,
pues a ti te he pedido el primero, no son más que harapos.»

Tal habló. Fue el porquero una vez que escuchó sus
[razones;
pero al ver cómo entraba de nuevo, Penélope dijo:
«¿No lo traes, buen Eumeo? ¿En qué piensa el mendigo?
[¿Por caso
teme algún atropello? ¿O vergüenza le da que le vean
el palacio cruzar? Mala cosa para un mendicante.»

Respondístele tú, mayoral de los cerdos, Eumeo:
«Con razón piensa él como habría de pensar cualquier
[otro
en rehuir el furor de esos hombres soberbios; tú espera,
te lo ruega, en tus salas la puesta del sol: ciertamente
para ti será, ¡oh reina!, asimismo mejor que le hables
sin testigo y escuches a solas las nuevas que traiga.»

Contestando, a su vez, la discreta Penélope dijo:
«No discurre sin seso ese hombre lo que haya de hacerse,
que en lugar habitado por gentes mortales no hay otros
que maquinen tan locos ultrajes como ellos maquinan.»

Tal hablaba la reina, marchóse el egregio porquero,
tras dejar su recado, hacia el grupo de aquellos galanes
y a Telémaco vino a decir en aladas palabras,
acercándose a él por que no lo escuchasen los otros:
«Ya, querido, me vuelvo a cuidar la majada y los guarros,
tu sustento y el mío; a tu cargo se queda aquí todo,

pero cuida de ti lo primero. Vigila, no sufras
algún mal, porque muchos argivos meditan desgracias:
¡arruínelos Zeus, no deje que sean nuestro daño!»

El discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
«Chache, así se ha de hacer, mas espera y merienda
[tú antes;
con la aurora tendrás que volver conduciendo otras reses;
lo de aquí yo lo habré de cuidar con los dioses eternos.»

Tal le dijo, sentóse él de nuevo en su buen taburete
y, una vez satisfecho a placer de manjar y bebida,
el camino emprendió a la majada dejando el recinto
y el salón todo lleno de gente entregada a los goces
de la danza y el canto: veníase ya encima la tarde.

CANTO XVIII

Un mendigo a este tiempo llegó, conocido entre el pueblo,
pues pedía en las calles a todos. De vientre insaciable,
devoraba y bebía sin mesura; faltábale empero
robustez y vigor, aunque grande de cuerpo a la vista.
Era Arneo su nombre: con él designóle su madre
al nacer, mas los jóvenes todos llamábanle Iro,
por servirles al uno y al otro llevando mensajes.
No más vino, arrojar quiso a Ulises del propio palacio
y, dejándose oír, a insultarle empezó de este modo:
«Deja, anciano, este umbral, no te saquen sin más de una [pierna:
¿no estás viendo que todos me guiñan el ojo mandando
que te arrastre? Vergüenza con todo me da a mí de hacerlo;
largo, pues, si no quieres trabarte de manos conmigo.»

Mas Ulises sagaz le repuso con torva mirada:
«¡Mentecato! ¿Qué mal te he hecho yo de palabra o [de obra
ni en qué estorbo que nadie te dé cuanto quiera? Cabemos
en el porche los dos; tú no tienes por qué estar celoso
de los de otro país; por tus trazas te juzgo un mendigo
como yo, mas la buena fortuna la mandan los dioses.
Y a luchar no me retes, no muevas con ello mi ira
y, por viejo que sea, te tiña los labios y el pecho

de tu sangre: en tal modo quedárame aquí yo mañana
con más paz y sosiego, pues tú, lo aseguro, no habrías
de poner más los pies en las casas de Ulises Laertíada.»

E irritado repúsole Iro, el mendigo errabundo:
«¡Ay de mí! ¿Quién diría a este gorrón tan ligero
[de lengua?
Habla igual que una hornera machucha y, si yo me arrebato
y le pongo las manos encima, las muelas y dientes
por la boca va a echar como cerda que pace en sembrado.
Ciñe al punto tu cuerpo y que vean esos todos la lucha
desde allí, mas ¡qué vas tú a luchar con un hombre más
[joven!»

Tal al pie de la excelsa portada reñían uno y otro
sobre el porche pulido con todo coraje y Antínoo,
el intrépido y fuerte, se dio cuenta de ello y, rompiendo
bien contento a reír, dirigióse a los otros galanes:
«Nunca, amigos, tal cosa se vio en esta casa, ninguna
diversión como ésta que un dios nos procura ahora mismo.
Nuestro huésped e Iro se están entre sí provocando
a luchar cuerpo a cuerpo: azucémoslos luego a trabarse.»

Tal habló: de sus sillas saltaron al punto entre risas
y formaron un corro cercando a los dos harapientos.
Y habló entonces Antínoo de nuevo, el nacido de Eupites:
«Escuchad, pretendientes, aquello que voy a deciros:
hay allá junto al fuego unas tripas de cabra, embutidas
de manteca y de sangre; quedó en previsión de la cena;
el que triunfe del otro y se muestre más fuerte, que vaya
y recoja la tripa que quiera y de aquí en adelante
con nosotros se siente a comer y ningún otro pobre
que nos venga a pedir después de ello se admita en palacio.»

Tal Antínoo les dijo, agradó a los demás su propuesta,
pero Ulises, el rico en ingenios, habló arteramente:

«No le es fácil, ¡oh amigos!, a un viejo sumido en [pesares
pelear con un hombre más joven; el vientre maldito
me constriñe, no obstante, a la lucha aunque caiga a sus [golpes;
pero, ¡ea!, juradme ahora todos con gran juramento
que ninguno por dar gusto a Iro pondrá en mí su mano
poderosa ni habrá de abatirme con mala violencia.»

Así dijo, juráronlo todos como él lo pedía
y, acabado que fue el juramento, cumplidos sus ritos,
el potente y augusto Telémaco habló ante los otros:
«¡Forastero! Si el ánimo altivo te pide en el pecho
que rechaces a ése, hazlo así; de los otros aqueos
no le temas a nadie; si alguno te hiriese, tendría
que luchar con los más; yo te hospedo y su apoyo me [prestan
los dos jefes, Antínoo y Eurímaco, entrambos discretos.»

Así dijo, aprobáronlo todos y Ulises al punto
se ciñó con los propios harapos el vientre: quedaron
a la vista sus muslos fornidos y grandes, sus hombros
anchurosos, su pecho y sus brazos robustos y Atena
vino a hacer aun más prócer el cuerpo al pastor de sus [gentes.
Como fuera de sí le admiraban aquellos galanes
y decía tal de ellos mirando al más próximo: «Iro
será pronto no-Iro, la pena tendrá que él se busca,
según son esos muslos que el viejo sacó de sus trapos.»

Tal hablaban y a Iro angustiósele el alma; con todo
lo ciñeron los siervos por fuerza, sacáronlo en medio
todo lleno de espanto; en sus miembros temblaban las [carnes;
y zahiriéndole Antínoo dejóse escuchar de este modo:

«Para ti, fanfarrón, mejor fue no vivir ni haber sido
engendrado si habías de temer y temblar de esa suerte
ante un hombre provecto que agobia el dolor padecido.
Mas te voy a decir y ello habrá de tener cumplimiento:
si ese tal la victoria consigue y se muestra el más fuerte,
te enviaré a tierra firme cargándote en negro navío
como don para Équeto, el rey que aniquila a los hombres:
que te corte con bronce cruel la nariz, las orejas,
que te arranque tus partes y crudas las eche a los perros.»

Tal le dijo; el temblor acabó de extenderse en sus carnes.
Los pusieron en medio, los dos levantaron las manos,
pero Ulises divino, el de heroica paciencia, pensaba
si le habría de infligir golpe tal que cayese sin vida
o con menos vigor forzaríale a tenderse por tierra.
Meditando entre sí comprendió que mejor le estaría
golpear menos recio y no dar que pensar a los otros.
Descargaron los puños, dio Iro en el hombro de Ulises,
pero éste pególe en el cuello por bajo al oído
y le hundió la quijada; el mendigo escupió roja sangre
por la boca y mugiendo cayó; rechinaron sus dientes
y sus plantas barrieron la tierra. Los fieros galanes
con las manos en alto moríanse de risa y Ulises,
tras cogerlo de un pie, lo arrastró por el porche y el patio
a la puerta de entrada; sacólo y dejólo apoyado
sobre el muro de fuera, le puso en la mano el garrote
y, volviéndose a él, escuchar se dejó de este modo:
«Ahí estáte sentado a ahuyentar a marranos y perros,
ni te des más por rey de mendigos y huéspedes, siendo
tal truhán como eres, no saques mayor descalabro.»

Así dijo, cargóse el zurrón averiado y deforme
con trenzado cordel que servía a suspenderlo del hombro
y tornando al portal se sentó. Los galanes volvían
con su alegre reír y decíanle palabras de halago:

«Déte Zeus, forastero, y las otras deidades eternas
lo que tú más anheles y sea más querido a tu alma;
fin has puesto al continuo vagar del mendigo insaciable
que explotaba al país; le enviaremos allá al continente
a poder del rey Équeto, el gran destructor de los hombres.»

Tal hablaban y Ulises divino gozó oyendo aquello;
llegó Antínoo y dejó junto a él una tripa bien gruesa
toda llena de grasa y de sangre y Anfínomo a un tiempo
recogió de una cesta dos panes, los puso a su lado
y, tomando una copa de oro, ofreciósela y dijo:
«Ten salud, padre huésped, y al menos de aquí en [adelante
sé feliz, pues que tantas desdichas te cercan ahora.»

Contestando, a su vez, dijo Ulises, el rico en ingenio:
«En verdad me pareces, Anfínomo, un hombre sensato
como aquel que nació de tal padre, pues bien conocida
me es la fama de Niso, de aquel duliquiés rico y noble
del que dicen naciste; demuestras cordura y por ello
te he de hablar, mas tú atiende y conserva en la mente [mis dichos.
Ningún ser más endeble que el hombre sustenta la tierra
entre todos aquellos que en ella respiran y andan,
nunca piensa que va a sufrir mal mientras le hacen los [dioses
prosperar y sus pies le mantienen erguido, mas cuando
las deidades de vida feliz le decretan desdichas,
mal de grado se inclina ante ellas con alma paciente;
el talante del hombre que pisa la tierra se ajusta
con la suerte del día que el padre de dioses y humanos
va mandando: yo pude también ser dichoso en el mundo,
mas me di a hacer locuras fiando en mi fuerza, en mis bríos,
en la ayuda y poder de mis padres y hermanos. Por ello
nunca debe un mortal practicar la injusticia; recoja
silencioso los dones que el cielo le dé; yo estoy viendo

a los jóvenes estos tramar insensatas empresas,
disipar el caudal e infamar a la esposa de un hombre
del que sé que no habrá de tardar en hallarse en su patria
con los suyos; bien cerca está ya; que algún dios te
[conduzca
libre y salvo a tu hogar y no tengas que hacerle aquí frente
cuando esté de regreso en la patria querida; presiento
que no habrá de evitarse la sangre en la lucha que
[emprendan
los galanes y él una vez le cobije este techo.»

Así dijo y, después de libar, apuró el dulce vino
y entrególe la copa de nuevo a aquel jefe de hombres
que a través de la casa marchó cabizbajo, oprimido
en su pecho. Su mente veía la desgracia y con todo
no la pudo rehuir: a él también sujetóle Atenea
que forzado viniese a morir por el brazo y la lanza
de Telémaco; y fuese a sentar a su sitio de antes.

Atenea, la diosa ojizarca, inspiró en las entrañas
a la cuerda Penélope, prole de Icario, el mostrarse
en persona a sus muchos galanes; quería darles vuelos
en su vana esperanza y que aquélla quedase en más honra
de la que antes tenía con su esposo y su hijo. Riendo
sin saber bien por qué, fue la reina a decirle a su ama:
«Un capricho me viene, ¡oh Eurínoma!, nunca probado,
de mostrarme a esos hombres por más que los odio; a mi
[hijo
un consejo también he de dar que será de provecho:
no andar más en unión de esos fatuos galanes que siempre
dicen buenas palabras y están meditando maldades.»

Contestando, a su vez, dijo Eurínoma, el ama, a su dueña:
«Cuanto has dicho, hija mía, es conforme a razón; haz,
[por tanto,
la advertencia a tu hijo, no más la reserves, mas antes

te estaría bien lavarte y ungir tus mejillas. No vayas
de ese modo, manchada la tez por las huellas del llanto.
¡Es tan malo estar siempre en dolor! Además considera
cuán mayor es Telémaco ya, por quien tanto pedías
a los dioses, ansiosa de verle con bozo de barba.»

Y en respuesta, a su vez, la discreta Penélope dijo:
«No me exhortes, ¡oh Eurínoma!, a eso, por más que
[me halles
afligida, a que lave mi cuerpo y lo unja. Los dioses
que poseen el Olimpo acabaron con todo mi brillo
aquel día que él marchaba de aquí con las cóncavas naves.
Pero busca a Hipodamia y Autónoa, ordena que vengan
y me den compañía al bajar a la sala, pues siento
gran vergüenza de entrar sola yo donde están esos hombres.»

Así dijo y la anciana marchóse a través de la sala
a avisar a las siervas y hacerlas venir. Mas entonces
otra cosa pensó la divina ojizarca Atenea:
derramó un agradable sopor en la hija de Icario,
que durmió reclinada en descanso de todos sus miembros
sobre el lecho, allí mismo. Y en tanto la diosa entre diosas
otorgóle unos dones divinos que luego hechizaran
a los dánaos: sus bellas facciones limpió con el filtro
inmortal con que ungida Citera de hermosa corona
viene a unirse al amable danzar de las Gracias; la hizo
parecer más robusta y más alta y le dio una blancura
en la piel superior por su brillo al marfil aserrado.
Hecho esto, marchóse de allí la divina ojizarca
y del bajo llegaron las siervas de cándidos brazos
conversando en voz alta. A la reina dejó el dulce sueño,
con las manos frotó sus mejillas y habló de este modo:
«¡Ay de mí, que un suave sopor me ha tomado en mis
[duelos!
¡Ojalá que ahora mismo la casta Artemisa me diera

blanda muerte también para no consumir más mi vida
en la pena, añorando el valor y las prendas sin cuento
del esposo querido, pues era el mejor de los dánaos!»

Tal diciendo bajó de sus altas y ricas estancias,
mas no sola, seguíanla de cerca dos siervas, y cuando
la mujer entre todas divina avistó a sus galanes,
a la puerta quedó del salón bien labrado, cubrióse
las mejillas ciñéndose el velo brillante, y las fieles
servidoras pusiéronse a izquierda y derecha; los mozos,
por su encanto vencidos, sentían temblar las rodillas,
y anhelaba entre sí cada cual reposar junto a ella.

Mas la reina volvióse a Telémaco, el hijo querido:
«Ya no tienen, Telémaco, en ti ni la mente ni el pecho
la firmeza de antes: de niño mostrabas más juicio.
Cuando ya eres mayor y has llegado a edad propia de hombre,
quizás alguien mirando a tu talla y figura dijera
que has nacido de un noble varón, mas sería un forastero,
pues tu mente y tu pecho no son en verdad como deben.
Bien lo viene a mostrar lo que hoy mismo ha pasado en palacio:
¡tú dejar que en tal modo ultrajaran al huésped! ¿Qué habría
de ocurrir si al que llega a nosotros y en casa recibe
su hospedaje le viene algún mal por violencias sufridas?
Para ti la ignominia y el daño entre todas las gentes.»

Contestando, a su vez, el discreto Telémaco dijo:
«Madre mía, no quiero en verdad reprocharte esa ira,
pero cree que yo pienso y que sé cuanto ocurre de bueno
y de malo; antes era de cierto un muchacho sin juicio,
mas no puedo arreglar cada cosa según mi consejo,
que esos hombres me traban, me asedian de un lado y de otro
meditando maldades y nadie me presta su ayuda.

Pero habrás de saber que la lucha entre el huésped e Iro
no acabó como aquéllos querían: mejor el primero
se mostró y ojalá, ¡oh padre Zeus, oh Atena, oh Apolo!,
de ese modo también los galanes aquí en nuestras casas
la cabeza abatieran vencidos, adentro los unos
y en el patio los otros, perdido el vigor de sus miembros.
Así está ya ese Iro allá fuera del pórtico, dando
cabezadas igual que un borracho, sin fuerzas a alzarse
ni tenerse en los pies, incapaz de volver a la casa
donde tuvo su albergue, que en nada le rige ya el cuerpo.»

De este modo entre sí conversaban la madre y el hijo
cuando Eurímaco, vuelto a Penélope, habló estas palabras:
«¡Oh discreta Penélope, prole de Icario! Si todos
los aqueos que pueblan la jónica Argos pudieran
contemplarte, sin duda ya al alba vendrían otros muchos
pretendientes aquí a vuestra mesa y hogar: ni en belleza
ni en prestancia hay mujer como tú ni en cordura de [entrañas.»

Contestando a su vez la discreta Penélope dijo:
«Cuanto yo valer pude, ¡oh Eurímaco!, en cuerpo y figura,
lo acabaron los dioses el día que en las naves partieron
los argivos a Ilión y con ellos Ulises mi esposo.
Si él viniendo otorgara a mi vida otra vez sus cuidados,
en más honra estuviera y sería para mí mejor todo;
en dolor vivo ahora, que un dios me ha abrumado de [males
y en verdad, cuando él iba a partir de la patria querida,
la muñeca estrechó de mi mano derecha y me dijo:
'¡Oh mujer! Yo no creo que los dánaos de espléndidas [grebas
vuelvan todos indemnes de Troya: se da a los troyanos,
en efecto, por gente esforzada en la guerra, ya sean
lanzadores de picas o ya tiradores con arco
o guerreros montados en carros veloces que inclinan
raudamente la lid en la guerra que a nadie distingue.

No sé, pues, si algún dios me traerá sano y salvo o en Troya
quedaré para siempre. Entretanto, tú cuida de todo
lo de aquí y a mis padres atiende en las salas lo mismo
que hasta ahora lo hiciste o aún más, pues no estoy a su lado.
Cuando adviertas no obstante que apunta la barba a mi hijo,
casarás con quien sea de tu gusto dejando el palacio.'
Tales cosas decía, que todas se cumplen ahora:
negra noche será cuando venga esa boda que odio,
¡desgraciada de mí, cuya dicha ha acabado el gran Zeus!
Y otro amargo dolor ha asentado en mi pecho y mi alma
esa nueva costumbre que nunca galanes tuvieron:
los que quieren casar con mujer de nobleza y nacida
de algún rico varón y contienden con otros por ello,
suelen dar de lo suyo unos bueyes u ovejas lozanas,
un banquete a los deudos de aquélla y hermosos presentes,
no comer sin pagar de la ajena despensa.» Así dijo
y alegróse escuchándola Ulises, el héroe paciente,
de que hubiese exigido esos dones y usado el engaño
de melosas palabras guardando en su mente otra cosa.

Y a su vez contestábale Antínoo, nacido de Eupites:
«¡Oh discreta Penélope, prole de Icario! El que quiera
de los mozos argivos te puede traer aquí dones
y recíbelos tú, que no es bueno el desdén, mas nosotros
ni a las fincas nos hemos de ir ni a ningún otro sitio
hasta verte elegir por esposo al mejor de los dánaos.»

Tal Antínoo le dijo, agradó a los demás su propuesta
y a un heraldo mandó cada cual que trajera sus dones.
Y trajeron a Antínoo una túnica grande y preciosa
con bordado de vario color, que tenía doce broches
todos ellos de oro ajustados en combas corchetas;
fue de Eurímaco el don un collar bien labrado, en que el oro
alternaba con cuentas de ámbar; un sol parecía;
dos pendientes, tresillos de perlas brillantes, graciosas,

le trajeron sus siervos allí a Euridamante; y Pisandro,
de Políctor nacido, mandó de su casa una rica
gargantilla, bellísima alhaja. Y en tal modo vino
a ofrecer cada cual de los dánaos su hermoso presente.
La divina mujer a los altos tornó y las esclavas
a su lado cargadas subían de espléndidos dones.

Ellos, dándose al gusto del canto y el baile, siguieron
divirtiéndose allí sin cesar hasta hacerse de noche
y, al cogerles sus sombras aún en la fiesta, montaron
sobre pies tres braseros allá por la sala, que diesen
luz a todos, echáronles leños bien secos y enjutos
ya de tiempo, que el bronce acababa de hender, y, mezclando
resinosas virutas con ellos, por turno encendíanlos
las sirvientas de Ulises, paciente de entrañas. Y él mismo,
el retoño de Zeus, el rico de ingenios, les dijo:
«Servidoras de Ulises, el dueño que os falta hace tanto,
a las salas subid donde está vuestra noble señora,
retorced a su lado los copos, sentaos junto a ella
y tratad de alegrarla o la lana peinad con las manos,
que yo a todos habré de dar luz; aunque quieran quedarse
a esperar a que venga la Aurora de espléndido trono,
no me habrán de rendir, porque soy bien sufrido.» Así [dijo;
se rieron las mozas cruzando entre sí sus miradas
y Melanto, de hermosas mejillas, se puso a afrentarle:
engendrada por Dolio, Penélope habíala criado
como a hija en su hogar, le colmó los caprichos, mas ella
para nada cuidábase ya de la reina y sus duelos;
con Eurímaco amores tenía, con él se ayuntaba.

Ésta fue la que a Ulises habló con palabras de insulto:
«Miserable extranjero, estás mal de mollera: no quieres
ir la noche a pasar al calor de la fragua ni buscas
el albergue común, mas te quedas aquí perorando
entre tantos varones, procaz, sin sentir la más leve

desazón: ¿es que el vino domina tus sesos? ¿O acaso
en tu índole está decir siempre sandeces? ¿Te engríe
por ventura el haber derrotado a aquel Iro errabundo?
Cuida, pues, no se alce algún otro más fuerte que Iro
que con manos pesadas golpee tu cabeza y te arroje
de esta casa después de teñirte con chorros de sangre.»

Mas Ulises sagaz le repuso con torva mirada:
«Ahora mismo Telémaco, ¡oh perra!, va a oír cuanto
[acabas
de decirme, que te abra sin más en pedazos las carnes.»

Tal les dijo; suspensas con ello dejó a las mujeres
y al cruzar el salón les temblaban a todas de miedo
las rodillas: decíanse que el huésped no hablaba en vacío.
Él, en tanto, dispuesto a atizar los ardientes braseros,
apostóse en mitad y observaba de allí a los donceles
meditando unos planes que habrían de ser bien cumplidos.

No dejaba Atenea que aquellos soberbios cesasen
totalmente en sus duros baldones: quería que la saña
le calara aún más hondo en el pecho al Laertíada. Y
[entonces
el nacido de Pólibo, Eurímaco, en befa de Ulises
con los otros habló procurando moverlos a risa:
«Escuchad los que aquí pretendéis a la más noble reina
lo que el alma en el pecho me impulsa a deciros. No hay
[duda,
por designio de un dios llegó éste al palacio de Ulises
y aun paréceme ver que el fulgor de las hachas nos viene
de su calva brillante: no queda ni un pelo ya en ella.»

Así dijo y a Ulises habló, destructor de ciudades:
«Forastero, si yo te admitiera, ¿vendrías a servirme
a una finca lejana —la paga estaría bien segura—

en cogida de espinos y planta de árboles? Trigo
te daría para el año yo allá más las prendas de ropa
que vestir y sandalias que atar a los pies, mas sabiendo
solamente de viles oficios no habrás de aplicarte
al trabajo; querrás mejor que ello pedir por el pueblo
y buscar de ese modo alimento a tu vientre insaciable.»

Contestando a su vez dijo Ulises, el rico en ingenios:
«Bien quisiera, ¡oh Eurímaco!, entrar en disputa
[contigo
de trabajo, en la buena estación, cuando alargan los días,
sobre algún herbazal, yo empuñando una hoz bien curvada
y tú otra, y que así a trabajar nos pusiéramos ambos
sin comer, por la yerba sin fin hasta hacerse de noche;
o que hubiera que arar conduciendo una yunta de bueyes,
los mejores, tostados y grandes, saciados de grama,
de una edad y un poder, con la fuerza aún intacta, y que
[fuera
por un haza de cuatro fanegas ahondando el arado,
que bien vieras si sé abrir los surcos de un linde hasta
[otro.
Y si acaso el Cronión suscitara una guerra esta tarde
de algún lado y pudiera contar con escudo y dos lanzas
más un yelmo de bronce ajustado a mis sienes, al punto
me verías luchar en vanguardia a la par de los bravos
y no más de mi vientre hablarías con voces de ultraje.
Mas te gusta injuriar y en ti llevas un ánimo impío
aunque aquí te las des de varón grande y fuerte, pues
[vives
entre pocos amigos y no de valer. Mas si Ulises
regresara de pronto y llegase al país de sus padres,
al momento esa puerta, con toda su anchura, se haría
para ti bien estrecha al huir por el porche a la calle.»

Así dijo; en Eurímaco luego arrecióse la ira,
le miró torvamente y le dijo en aladas palabras:

«¡Miserable! Bien pronto me vas a pagar lo que has
[dicho
entre tantos varones, procaz, sin sentir la más leve
desazón. ¿Es que el vino te empapa los sesos? ¿O acaso
en tu índole está decir siempre sandeces? ¿Te engríe
por ventura el haber derrotado a aquel vago de Iro?»

Tal dejándose oír empuñó un escabel, pero Ulises
con temor se sentó en las rodillas de Anfínomo, el mozo
de Duliquio, y el mueble fue a dar en el brazo derecho
de un copero; escapósele el jarro, sonó sobre el piso
y el copero, exhalando un gemido, cayóse de espaldas
sobre el polvo; llenóse de gritos la sala sombría
y en tal modo habló alguno mirando al que estaba a su
[lado:
«¡Ojalá hubiera muerto ese huésped allá en otras tierras
sin llegar hasta aquí y excusáramos tal alboroto!
Por mendigos va a ser nuestra lucha; no habrá ningún
[gusto
ya del rico festín: lo peor ha triunfado en nosotros.»

Mas Telémaco, el fuerte y augusto, les dijo a este
[tiempo:
«Deliráis, malhadados, y bien dejáis ver cuánto habéis
engullido y bebido: sin duda algún dios os excita.
Id a casa a dormir, pues tan buena comida habéis hecho,
cuando os venga en placer, que por mí no he de echar a
[ninguno.»

Tal les dijo Telémaco y todos mordieron sus labios
admirados del nuevo valor que mostraba al hablarles;
pero entonces Anfínomo, el hijo brillante de Niso,
soberano Aretíada, tomó la palabra entre ellos:
«Voy a hablar en justicia, ¡oh amigos! ¿Quién puede
enojarse
por aquello que voy a decir ni entablar nueva riña?

No ultrajéis más al huésped, no sufra más daño ninguno
de los hombres que sirven en casa de Ulises divino,
mas haced que el copero nos vierta el licor en las copas
y después de libar id a casa a dormir y dejemos
a ese huésped aquí en las estancias del prócer Ulises;
que Telémaco cuide de él: a su hogar ha venido.»

Tal Anfínomo habló: su propuesta agradó a todos ellos
y la mezcla del vino hizo Mulio, varón esforzado,
duliquiés, el heraldo que a Anfínomo daba servicio.
Se acercó y escanció diestramente: a los dioses felices
ofrecieron primero y gozaron del vino meloso
y, después de libar y beber cuanto fue de su gusto,
caminó cada cual a su casa vencido del sueño.

CANTO XIX

En la sala dejaron a Ulises divino tramando,
con ayuda de Atena, la muerte de aquellos galanes
y al momento a Telémaco dijo en aladas palabras:
«Ya, Telémaco, habrá que ir cogiendo las armas de
[bronce
y guardarlas allá dentro todas y, si esos donceles
las echaren de menos, les dices con blandas razones:
'Las he puesto a resguardo del humo, pues ya ni parecen
ser las mismas que Ulises dejaba al salir para Troya,
tan tomadas están del vapor del hogar. Y un motivo
aún más fuerte me inspira además algún dios y es el miedo
de que, presas del vino, algún día se enrede en vosotros
riña tal que os hiráis infamando el banquete y la misma
pretensión que os reunió, que es el hierro quien tira del
[hombre.'»

Tal hablaba y Telémaco oyó complacido el mandato
de su padre y, llamando a Euriclea, la nodriza, le dijo:
«Ama, ve a retener en su estancia a las siervas en tanto
que yo llego al tesoro y recojo las armas gloriosas
de mi padre: dejadas aquí las empañan los humos
desde el día en que Ulises partió. Yo era entonces un niño,
mas ahora las voy a librar del vapor de la hoguera.»

Y, a su vez, contestaba Euriclea, la honrada nodriza:
«¡Niño mío! ¡Ojalá de una vez por tu cuenta tomaras
el cuidar de tu casa y guardar cuanto tienes en ella!
Pero di, ¿quién habrá de alumbrarte para ir al tesoro,
pues no dejas que vayan las siervas que suelen hacerlo?»

Y el discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
«Este anciano, que no he de sufrir esté ocioso quien
[viene
a mi casa a comer de mi pan, aunque llegue de lejos.»

Tal habló, mas ninguna palabra escapóse ya al ama,
que la cómoda estancia cerró que ocupaban las siervas.
Levantáronse entonces Ulises y el hijo glorioso
y metieron los yelmos allá, los combados broqueles
y las lanzas agudas; delante iba Palas Atena
con lucerna de oro que daba hermosísima lumbre.

Y Telémaco entonces volvióse a su padre y le dijo:
«¡Padre mío! ¿Qué gran maravilla contemplan mis ojos?
Las paredes, las bellas pilastras de toda esta pieza,
las columnas que al techo se alzan, las vigas de abeto,
todo muéstrase aquí cual de fuego encendido; seguro
que hay adentro algún dios de los dueños del cielo
[anchuroso.»

Contestando, a su vez, dijo Ulises, el rico en ingenios:
«Calla y piensa, mas sólo en tu mente, no inquieras de
[nada,
que este modo de obrar propio es de los dioses olimpios;
pero vete a acostar, que yo aquí quedaré, pues aún quiero
conversar con las siervas, probarlas; también con tu madre,
que entre llanto y lamentos me hará mil preguntas.» Tal
[dijo
y Telémaco fuese a dormir a través de la sala,

alumbrado por hachas ardientes; y, entrando en la alcoba
donde hallaba reposo al tomarle el hechizo del sueño,
a su lecho acogióse en espera del alba divina.

Y quedó en el salón solo el ínclito Ulises tramando
con ayuda de Atena la muerte de aquellos galanes.

La discreta Penélope entonces salió de su cuarto,
semejante a Artemisa en beldad o a Afrodita dorada;
junto al fuego habían puesto la silla que usaba ella siempre,
guarnecida de plata y marfil. Fabricósela en tiempos
el artífice Icmalio y fijó un escabel en su base
que apoyara los pies; gran zalea el asiento cubría;
ocupólo Penélope insigne en prudencia. Vinieron
de su estancia también las sirvientas de cándidos brazos
y a quitar empezaron los muchos manjares, las mesas
y las copas que habían apurado los fatuos galanes;
derramaron por tierra las ascuas aún vivas y echaron
nuevos leños que diesen calor y alumbrasen la sala.

Mas Melanto otra vez en injurias rompió contra Ulises:
«¿Aún estás, forastero, tú aquí molestando en la noche
y recorres la casa espiando a las siervas? ¡Afuera,
miserable, conténtate ya con tu cena o bien pronto
con algún antorchazo en el cuerpo estarás en la calle!»

Pero Ulises sagaz le repuso con torva mirada:
«¿Por qué, oh loca mujer, te revuelves así con tal ira?
¿Porque sucio me ves y con ropa andrajosa y mendigo
por el pueblo? En verdad, la indigencia me obliga, que es
[esa
la fatal condición de los pobres y errantes. Yo mismo
habité en otro tiempo también una casa en el mundo
y abundaba de bienes y di muchas veces al pobre,
como quiera que él fuese, en cualquier condición que le
[viera,

y contaba por miles los siervos, a más de otras cosas
con que viven felices los hombres y en fama de ricos,
mas con todo acabó Zeus Cronión; éste fue su talante.
Así, pues, ¡oh mujer!, cuida tú que no pierdas un día
ese brillo que muestras ahora entre todas las siervas,
no entre en ira Penélope y quede enojada contigo
o regrese a estas casas Ulises, que aún hay esperanzas.
Mas si aquél pereció y ha perdido por siempre el regreso,
lo que él era es ahora su hijo por gracia de Apolo;
de Telémaco hablo; ni tú ni ninguna otra sierva,
si obra mal, a sus ojos escapa, que ya no es un niño.»

Tal habló, la discreta Penélope oyólo y al punto
se volvió a su sirvienta y zahirióla con estas palabras:
«¡Oh atrevida! ¡Oh impúdica perra! Bien queda a mi vista
este ultraje que habrás de limpiar con tu propia cabeza.
Y lo has hecho sabiendo, lo oíste de mí, que yo había
de inquirir de este huésped aquí en mi palacio noticias
de mi esposo que están rebosando en mi pecho las penas.»

Tal hablóle y, volviéndose a Eurínoma, el ama, le dijo:
«Trae, Eurínoma, aquí un taburete, una piel echa encima
y sentado hable el huésped y escuche de mí lo que quiero
preguntarle, pues me ha de decir todo aquello que sepa.»

A su orden, solícita el ama llevó un taburete
bien pulido, afirmólo en el suelo, la piel le echó encima
y, sentándose Ulises divino, el de heroica paciencia,
la discreta Penélope habló la primera y le dijo:
«Ante todo, mi huésped, respóndeme a esto: ¿quién eres?
¿De qué gente? ¿Cuál es tu ciudad? ¿Quiénes fueron tus padres?»

Contestando, a su vez, dijo Ulises, el rico de ingenios:
«¡Oh mujer! No hay mortal en la tierra infinita que
[pueda
censurarte: tu gloria ha llegado hasta el cielo anchuroso
cual la fama de un rey intachable, que teme a los dioses
y, rigiendo una gran multitud de esforzados vasallos,
la justicia mantiene, y el negro terruño le rinde
sus cebadas y trigos, los árboles dóblanse al fruto
y le nace sin tregua el ganado y el mar le da peces,
gracias todo a su recto gobierno; y sus gentes prosperan.
Así, pues, investiga de mí, que en tu casa me tienes;
deja a un lado, no obstante, mi cuna y mi patria, no vayan
a colmarme los tristes recuerdos el alma con nuevas
pesadumbres: mis duelos no tienen medida y no debo
en ajena morada entregarme a lamentos y lloros,
que es peor el penar dondequiera y sin pausa y alguna
de tus siervas pudiera irritárseme, acaso tú misma,
y dirán que es el peso del vino el que en llanto me anega.»

Contestando a su vez la discreta Penélope dijo:
«Cuanto yo valer pude, mi huésped, en cuerpo y figura
lo acabaron los dioses el día que en las naves partieron
los argivos a Ilión y con ellos Ulises, mi esposo.
Si él viniendo otorgase a mi vida otra vez sus cuidados,
en más honra estuviera y sería para mí mejor todo.
Ahora vivo en dolor, pues un dios me ha abrumado de
[males:
cuantos próceres tienen poder al presente en las islas
de Duliquio, de Sama y de Zante boscosa y aquellos
que residen en Ítaca misma, la insigne en las aguas,
me pretenden forzando mi gusto y devoran mi hacienda.
Así, pues, ni a los huéspedes puedo atender ni a los
[pobres
suplicantes ni a aquellos heraldos que sirven al pueblo;
sólo a Ulises añoro y en ello consumo mi alma;
ellos quieren conmigo casar y yo tramo engañifas.

Al principio algún dios un ardid me inspiró en las entrañas.
Del telar supendiendo una urdimbre bien larga, tejía
una tela suave y extensa y decíales a un tiempo:
'Pretendientes que así me asediáis, pues ha muerto
[Ulises,
no tengáis tanta prisa en casar, esperad a que acabe
yo la tela que estoy trabajando, no pierda estos hilos.
La mortaja será del insigne Laertes el día
que le tome la parca fatal de la muerte penosa;
que ninguna mujer entre el pueblo me lance reproches
por faltarle un sudario teniendo tamañas riquezas.'
Tal les dije; quedó persuadido su espíritu altivo;
yo, entretanto, tejía mi gran tela en las horas del día
y volvía a destejerla de noche a la luz de las hachas.
Por tres años mantuve el ardid, convencí a los argivos,
mas corriendo ya el cuarto, al volver la estación del
[comienzo
y tornarse, en la fuga del tiempo, más largos los días,
por mis siervas, las perras que en nada reparan, lograron
sorprenderme y alzaron su voz increpándome a una:
de este modo forzoso me fue terminar el tejido.
Y ahora ya ni me puedo negar a esas bodas ni alcanzo
a idear nueva traza; a casar me dan prisa mis padres
y mi hijo se irrita de ver que destrozan su hacienda.
Hombre es ya que bien puede regir su mansión como otro,
el que sea más capaz y a quien Zeus preste gloria. Mas ¡ea!,
dime tú de tu raza y país: no naciste, seguro,
de la piedra o la encina que cuentan antiguas historias.»

Contestando a su vez dijo Ulises, el rico en ingenios:
«¡Oh mujer, venerable consorte de Ulises Laertíada!
¿No tendrán de cesar tus preguntas en torno a mi raza?
Te daré cuenta de ella aunque presa me harás de más duelos
sobre aquellos que sufro. Por fuerza le ocurre esto a un
[hombre

que no ha visto su patria en el tiempo que yo y errabundo
ha corrido pasando dolores por muchas ciudades.
Aun así te diré lo que quieres. Existe una tierra
en mitad de las aguas vinosas: es Creta su nombre,
bien hermosa y fecunda, cercada de olas. Noventa
son allí las ciudades con razas sin número y lenguas
muy diversas en gran mescolanza, que en ella hay aqueos,
eteocretes de gran corazón y cidones y dorios,
que en tres gentes partidos están, y divinos pelasgos.
Una de esas ciudades es Cnoso, la grande, en que Minos
de maduro reinó, consultor de Zeus máximo y padre
de mi padre. Éste fue Deucalión, el de pecho animoso,
que, además de a mí mismo, engendró a Idomeneo, el
[monarca
que en los combos bajeles partió para el campo de Troya
con los hijos de Atreo. Es Eton mi nombre glorioso,
soy segundo en los años: mi hermano es mayor y más
[fuerte.

Por entonces vi a Ulises y dile mi don de hospedaje,
pues la fuerza del viento lo trajo hasta Creta en su empeño
de tomar tierra en Troya, torciendo su rumbo en Malea.
Por Amniso abordó, donde está la caverna de Ilitia,
un mal puerto; gran pena costóle rehuir las borrascas.
En seguida subió a la ciudad y buscó a Idomeneo,
pues decía ser huésped de éste apreciado y querido,
pero al rey ya alumbraba la décima aurora o la oncena
de camino hacia Ilión en los combos bajeles. Yo al punto
le conduje a mi casa, en sus salas le di buen albergue
y brindéle lo mucho que en ella tenía. Para aquellos
que siguiéndole iban y haciendo su misma jornada,
a la junta del pueblo pedíle la harina y el vino
y los bueyes que habían de matar hasta hallarse saciados.
Doce días quedaron allá los divinos aqueos;
reteníales un cierzo furioso; ni en tierra podíamos
resistirlo a pie firme: algún dios lo azuzaba en su ira.
Con la aurora trecena aquel viento cesó y emprendieron

su camino.» Así dijo ensamblando plausibles mentiras
y Penélope oyendo dejaba ir su llanto; su rostro
derretíase cual nieve estancada en las cumbres serranas
que ha llevado allí el céfiro y funden los soplos del euro
y al fundirse deslízase a hinchar la corriente a los ríos.

Tal en lágrimas ella fundía sus mejillas llorando
a un esposo que estaba a su lado. Y Ulises entonces
al gemir de su esposa sintió compasión, mas sus ojos
mantuviéronse fijos: de cuerno diríanse o de hierro
sin ningún parpadeo, pues supo engañar a su llanto.

Ella, en cambio, una vez ya saciada de lágrimas, vino
a dejarse oír de nuevo y hablóle con estas palabras:
«Voy, mi huésped, a hacerte una prueba, a saber si de [cierto,
como me has referido, hospedaste en tu casa a mi esposo
y con él a los nobles amigos que escolta le daban.
Dime, pues, ¿con qué clase de ropas su cuerpo cubría
y cuál era su aspecto? ¿Qué gentes llevaba a su mando?»

Contestando a su vez dijo Ulises, fecundo en ardides:
«¡Oh mujer! Es difícil después de pasar tanto tiempo
describir su persona, que es este el vigésimo año
desde el día que tu esposo partió de mi patria. Con todo
trataré de explicarlo según se me muestra al recuerdo.
Doble manto de lana purpúrea llevaba allí Ulises
el divino; teníalo ajustado con broche de oro
de corchetas gemelas y un frente de hermosas figuras:
con sus manos un perro oprimía por delante a un manchado
cervatillo y le hincaba los dientes. A todos pasmaba
cómo, en oro labrados, ahogaba aquel perro al cervato
y el cervato con ansias de huir revolvía sus patuelas.
Y una túnica espléndida vi que a tu esposo cubría

con aspecto de piel de cebolla ya enjuta: tal era
de pulida y suave y al sol semejante en su brillo.
Multitud de mujeres al verlo quedábanse absortas,
mas habré de decirte también y tú tenlo presente:
no podría asegurar si él llevaba esa ropa ya en casa
o era don que le dio un compañero en la rápida nave
o regalo de un huésped, que Ulises ganábase a muchos
en estrecha amistad. ¡Le igualaban tan pocos aqueos!
Por mi parte una espada de bronce le di y un gran manto
fabricado de rojo vellón y una túnica orlada
y le fui a despedir por honor en su sólido barco.
Un heraldo de edad algún tanto mayor que la suya
escoltándole iba. Diré cómo él era: los hombros
arqueados, la piel atezada, el cabello abundante y espeso.
Le llamaban Euríbates: honra le daba entre todos
sus amigos Ulises y siempre pensaban en uno.»

Así dijo y en ella arrecióse el afán de sollozos
recordando los rasgos tan firmes que Ulises trazaba.
Cuando al cabo saciada quedó de gemidos y llanto,
la palabra tomando, a su vez, replicó de este modo:
«La piedad, ¡oh mi huésped!, que ya te teníamos de antes
en mis casas será desde ahora cariño y respeto.
Fui yo misma quien puso en sus manos la ropa que dices,
que plegada saqué del ropero, y el broche brillante
le agregué que la hiciera lucir, mas a él mismo de nuevo
nunca habré de acogerlo en mi hogar de regreso a la
[patria:
en mal hora marchó de aquí Ulises en cóncava nave
para ver esa mala Ilión que aun de nombre aborrezco.»

Contestando a su vez dijo Ulises, el rico en ingenios:
«¡Oh mujer, venerable consorte de Ulises Laertíada!
No marchites ya más tu hermosura ni agotes tu alma
en llorar por tu esposo. En verdad no podré censurarlo:

¿qué mujer, en efecto, no llora al varón que ha perdido
y al que unida en amor ha parido los hijos, aun siendo
inferior él a Ulises, que dicen igual a los dioses?
Mas reprime tus lloros y atiende a mis dichos, que voy
a contarte la entera verdad sin dejar nada oculto:
y es que he oído ya cerca de aquí, cuando andaba en el pingüe
territorio tesproto, que Ulises aún vive y que vuelve
a la patria, trayendo a su hogar multitud de preseas
que ha sacado pidiendo a las gentes. Perdió sus amigos
y su cóncava nave de cierto en las olas vinosas,
al levar de la isla Trinacia; tomáronle odio
Zeus y el Sol, pues sus hombres mataron las vacas de éste
y en castigo dejaron su vida en el mar estruendoso.
A él montado en la quilla le echó el oleaje a las costas
del país de las gentes feacias, linaje divino;
cordialmente le honraron allí como a un dios y le hicieron
grandes dones y, aún más, le querían llevar de regreso
a su patria sin daño. Y seguro que Ulises podría
encontrarse de tiempo ya aquí, mas juzgó preferible
recorrer antes de ello otras tierras juntando tesoros.
De tal modo en astucias Ulises a todos los hombres
aventaja: ninguno con él alcanzara a medirse.
Era el rey de Tesprotia, Fidón, quien decía todo esto
y a mí mismo libando en sus casas jurábame un día
que ya estaba en el mar el navío y a punto los hombres
que le habían de dar compañía hasta el suelo paterno,
pero yo salí antes tomando un bajel de tesprotos
que hacía rumbo a Duliquio triguera. Fidón enseñóme
las riquezas que Ulises tenía acumuladas. A él mismo,
su heredero y su prole hasta el décimo nieto pudieran
sustentar; tales joyas guardaba en las casas del rey.

Y decían se hallaba en Dodona inquiriendo de Zeus
a través de la encina copuda del dios cómo era

conveniente que entrase en las tierras de Ítaca al cabo
de una ausencia tan larga, en secreto o a vista de todos.
Así, pues, se mantiene en salud, su venida se acerca;
poco tiempo ya ausente estará del país de sus padres
y los seres queridos. Y de ello te haré juramento
lo primero por Zeus, el más alto y mejor de los dioses,
por la casa del hombre intachable a que hoy he llegado,
que esto todo se habrá de cumplir como yo te lo digo,
pues ni un mes pasará sin que llegue aquí Ulises, ya fuere
cuando acabe esta luna, bien ya cuando empiece la nueva.»

Contestándole habló la discreta Penélope entonces:
«¡Ojalá tu palabra se cumpla, oh mi huésped! Bien
[pronto
tal amor, tales dones hallaras de mí que quienquiera
que después te viniese a encontrar te tendría por dichoso,
mas presiento en mi alma —será o no verdad— que ni Ulises
volverá a su mansión ni tú mismo hallarás quien ayude
tu partida, pues falta en palacio un señor como él era
entre todos estando en el mundo —si estuvo de cierto—
para dar acogida y socorro a los pobres errantes.
Mas vosotras, sirvientas, lavadle y ponedle su lecho
con el catre, las mantas, las colchas de telas vistosas,
por que espere abrigado a la Aurora de trono de oro.
Y al despunte del día, temprano, lavadle y ungidle,
que a su lado Telémaco pueda sentarlo en la sala
a comer. Y peor para aquel que se ofenda y lastime
con ultrajes al huésped: ninguna ventaja con ello
logrará por terrible que fuere su ira. Mas ¿cómo
llegarás a saber, extranjero, si yo me aventajo
en talento y prudencia de alma a las otras mujeres
cuando fueras de nuevo a comer sin lavar y con esas
vestiduras? Es corto en verdad el vivir de los hombres
y al que es duro y no muestra piedad al tratar con los otros
le abominan las gentes; mil males deséanle en el tiempo

de su vida y, ya muerto, prodíganle befas y ultrajes;
al contrario, sus huéspedes mismos extienden la fama
del varón generoso y de buen corazón entre todos
los mortales y muchos por ello bendicen su nombre.»

Contestando a su vez dijo Ulises, el rico en ingenios:
«¡Oh mujer, venerable consorte de Ulises Laertíada!
Cobertores y colchas vistosas odié desde el día
que de vista perdí las nevadas montañas de Creta
cuando iba alejándome de ella en bajel que impulsaban
largos remos. El suelo mi lecho será: ¡tantas noches
pasé en él sin dormir sobre infame yacija esperando
que asomase la Aurora divina de espléndido trono!
Ni siquiera el lavado de pies por ahora de alivio
va a servirme: ninguna mujer entre aquellas que andan
trajinando en tu casa los ha de tocar si no hay
por ventura una dueña de edad y discreta de entrañas
y que tenga sufridos los males que yo. Sólo a ésa
no le habré de impedir que se llegue a mis pies y los lave.»

Contestando a su vez la discreta Penélope dijo:
«Hasta ahora, mi huésped, ninguno entre tantos varones
como a casa vinieron de tierras lejanas mostraron
el ingenio que tú, según son de sensatos tus dichos;
tengo, es cierto, una dueña de edad y discreta de mente,
la que a aquel desgraciado crió y otorgó sus cuidados
y en sus brazos lo había recibido al parirlo su madre:
ella habrá de lavarte los pies aunque débil de fuerzas.
¡Ea! Levántate y ven para acá, mi discreta Euriclea,
a lavar a un varón de la edad de tu dueño; y sin duda
que así son a esta hora los pies y las manos de Ulises,
pues desgracia y pesar envejecen bien pronto a los hombres.»

Así dijo, la anciana escondió entre las manos el rostro,
despidió largo llanto y habló doloridas palabras:
«¡Ay de mí! Ya no puedo servirte, hijo amado, a quien
[Zeus

entre todos los hombres odió con ser tú tan piadoso,
porque, ¿quién ha ofrecido al gran dios que se goza en el
[rayo
tantos muslos de reses o tanta selecta hecatombe
como tú le ofreciste pidiendo los goces tranquilos
de una buena vejez al cuidado de un hijo glorioso?
Y a ti solo ha venido a privar de la luz del regreso.
Bien seguro que a él le injuriaron también las sirvientas
de algún huésped lejano que albergue le dio en su morada
como a ti te escarnecen ahora esas perras. Ya veo
que por no soportar su insolencia y sus mofas no quieres
que te laven y a mí, que lo haré bien gustosa, lo encarga
la nacida de Icario, Penélope, insigne en prudencia.
Y tendrélo de hacer a la par por Penélope misma
y por ti, pues ¡qué tristes recuerdos me invaden el pecho!
Pero presta atención en tu ánimo a aquello que voy
a decir: muchos pobres errantes a casa vinieron,
mas yo nunca dos hombres he visto que así se parezcan
como en cuerpo y en piernas y en voz te pareces tú a
[Ulises.»

Contestando a su vez dijo Ulises, el rico en ingenios:
«Bien lo puedes, ¡oh anciana!, decir, pues lo ha dicho
[quienquiera
que nos vio alguna vez a los dos, descubriendo, asimismo,
ese gran parecido entre ambos que notas tú ahora.»

Así dijo; la anciana cogió la brillante caldera
que servía al lavatorio, vertió cantidad de agua fría
y añadió la caliente después, mas Ulises en tanto,
dando espalda al hogar, se sentó prestamente en la sombra,
pues de pronto pensó que la anciana iba a verle en la pierna
una gran cicatriz con que todo sería descubierto.

Ella vino y, lavando a su dueño, notóle la mella
que marcó un jabalí con sus blancos colmillos un día
que al Parnaso él subió con Autólico, abuelo materno
que era suyo, y los hijos de éste, al que mucho renombre
daban fraudes y robos de un dios aprendidos, de Hermes.
Ofrendábale aquél sin cesar pingües muslos de chivos
y corderos y él, dios en retorno, iba siempre a su lado.
Yendo Autólico en tiempos a tierras de Ítaca hallóse
con aquel netezuelo nacido hacía poco a su hija
y allí el ama Euriclea, después de cenar el abuelo,
le sentó en las rodillas al niño y habló de este modo:
«Piensa, Autólico, ahora qué nombre pondrás a este
[nieto
que tu hija te acaba de dar, largo tiempo anhelado.»

Mas Autólico entonces le dio la respuesta exclamando:
«Imponedle vosotros, mi yerno y mi hija, este nombre
que ahora os voy a decir. Aquí llego aguantando los odios
de mujeres y hombres en gran multitud a mi paso
por la tierra fecunda: su nombre sea Ulises y, al tiempo
en que él haya crecido y visite la casa materna,
la del monte Parnaso en que tengo mis bienes, daréle
de ellos parte y haré que se torne a su hogar bien
[contento.»

Llegó Ulises por fin a buscar los magníficos dones
que le habían prometido y Autólico fue con sus hijos
a su encuentro; abrazárole todos con dulces palabras
y su abuela materna Anfitea estrechólo a su pecho,
la cabeza besóle y los ojos radiantes y hermosos.
Mas Autólico al punto mandaba a sus hijos ilustres
preparar el banquete. Escucharon aquéllos la orden
y trajeron un toro robusto: tenía cinco hierbas
y, después de arrancarle la piel, separaron los miembros
y, cortada hábilmente la carne y clavada en espiches,
con destreza la fueron asando e hicieron las partes.

Luego allá hasta la puesta del sol se quedaron comiendo
sin que nada faltase en el bien repartido banquete
y, al perderse la luz y venirse ya encima la noche,
a sus lechos marcharon buscando el regalo del sueño.

Asomaba la Aurora temprana de dedos de rosa;
con sus perros de caza salieron al monte los hijos
animosos de Autólico. Ulises divino con ellos
caminaba; treparon la falda cubierta de bosques
del Parnaso y ganaron bien pronto sus altas cañadas
ululantes de viento. Y el sol por los campos vertía
sus fulgores, salido del mar encalmado y profundo.

Monteando llegaron a un valle; delante de ellos
la jauría rastreaba la caza; detrás iba el grupo
de los hijos de Autólico; Ulises marchaba el primero,
casi al par de los perros, derecho el lanzón, cuya sombra
se alargaba en la tierra. Un feroz jabalí se escondía
por allí en espesura frondosa que no traspasaban
ni el furor de los húmedos vientos ni el sol con sus rayos
ni las aguas de lluvia: tal era de denso el ramaje
cuyas hojas caídas formaban en medio un gran lecho.

Le llegó al animal ya de cerca el rumor de los pasos
de varones y canes y, al punto, salió de las frondas
a su encuentro, erizadas las cerdas, los ojos en llamas;
se detuvo ante ellos y Ulises, primero de todos,
se lanzó levantando la pica en su mano robusta
deseoso de herirle, mas antes la fiera, de flanco,
le alcanzaba en el muslo. Gran trozo de carne en sus [dientes,
sin llegar hasta el hueso, arrancada llevó, mas Ulises
a su vez le acertó en el costado derecho: la punta
de la lanza brillante salió al otro lado, la bestia
sobre el polvo mugiendo cayó y escapósele el alma.

Mas los hijos de Autólico, al verlo, acercáronse a Ulises,
el igual a los dioses, curaron la herida, vendaron

diestramente la pierna, con cantos cortaron el flujo
de la sangre y volvieron aprisa a la casa paterna.
Allí Autólico unióse a sus hijos, lograron sanarle
por entero, le hicieron magníficos dones y luego
le enviaron gozoso en viaje expedito a las tierras
de su Ítaca amada. Su padre y su madre gloriosa
celebraron su vuelta y hacíanle preguntas de todo,
de la herida también; él sin yerro contábales cómo
los lucientes colmillos le hincó el jabalí cuando iba
a cazar con los hijos de Autólico al monte Parnaso.

Al frotar con sus manos notóle esta mella la anciana,
conocióla en el tacto y soltó conmovida la pierna,
que, cayendo de golpe en la tina y sonando en el bronce,
la volcó hacia delante y el agua vertióse en la tierra.

La alegría y el dolor la tomaron a un tiempo. Sus ojos
se llenaron de llanto, la voz se perdió en su garganta,
mas a Ulises, al cabo, cogió del mentón y le dijo:

«Cierto tú eres Ulises, mi niño querido, y no supe
conocerte yo misma hasta haberte palpado las carnes,
¡tú, mi dueño!» Después en Penélope puso los ojos
y a decirle iba ya que allí estaba su esposo; mas ella
ni de frente la pudo mirar ni observar cosa alguna,
pues Atena embargóle las mientes. Ulises, en tanto,
con su mano derecha apretó la garganta a la anciana
y, acercándola a sí con la izquierda, le habló de este modo:

«¿Cómo, anciana? ¿Tú, aquella que aquí me criaste a
[tus pechos,
me tendrás de perder cuando llego al vigésimo año,
soportando desgracias sin cuento, al país de mis padres?
Pero ya que lo sabes y un dios te lo ha puesto en el
[alma,
calla y nadie en la casa se entere. Y, a más, esto otro
ahora voy a decirte que habrá de tener cumplimiento:
si algún dios por mi medio da muerte a esos fieros galanes,

ni de ti, mi nodriza, me habré de apiadar cuando mate
a las otras mujeres que sirven aquí en mis palacios.»

Mas entonces repuso, a su vez, la discreta Euriclea:
«¿Qué palabra, hijo mío, escapó del vallar de tus
[dientes?
Tú bien sabes cuán firme es mi alma y que no se blandea,
sino aguanta al igual de la roca maciza o del hierro.
Y otra cosa te voy a decir; tú retenla en tu mente.
Si algún dios por tu medio da muerte a esos fieros galanes,
yo te haré relación de las siervas de casa, de aquellas
que te están deshonrando y de aquellas que quedan sin
[culpa.»

Contestando a su vez dijo Ulises, el rico en ardides:
«¿A qué, oh ama, me vas a hablar de ellas? No me es
[necesario:
puedo yo bien saber por mí mismo lo que es cada una;
guarda tú mi secreto y confía lo demás a los dioses.»

Así dijo y la vieja marchóse a través del palacio
por más agua, vertida en el suelo que vio la primera;
y, después de lavado y ungido de grasa de aceite,
con sus trapos Ulises cubrió la señal de su pierna
y volvió a calentarse arrastrando su asiento hacia el fuego.

La discreta Penélope entonces habló la primera:
«Todavía, huésped mío, he de hacerte una breve
[pregunta.
Hora pronto será de entregarse al reposo, a lo menos
el que pueda del sueño gozar, aun estando en cuidados;
pero a mí me ha asignado el destino un dolor sin medida.
Si de día me distraigo, aunque sea entre angustias y lloros,
con mi propia labor o mirando la que hacen mis siervas,
cuando llega la noche, al quedar cada cual en su lecho,

yo en el mío yazgo a solas y exaltan mi pecho oprimido
ahogadoras, punzantes congojas sumiéndome en llanto.

Cual la hija del viejo Pandáreo, la verde cantora,
al llegar el buen tiempo prodiga su canto armonioso
y entre el denso follaje del bosque, posada en la rama,
va cambiando sus tonos y vierte en los ecos sus quejas
y gemidos por Ítilo, el hijo que diera al rey Zeto
y después con el bronce inconsciente mató, de ese modo
se levanta y divide mi ánimo a un lado y a otro:
¿seguiré con mi hijo atendiendo aquí a todo, a mis siervas,
a mi hacienda, a mi grande y excelsa mansión, siempre en [guarda
del honor de mi esposo y su lecho y mi fama en las gentes?
¿O tendré que seguir a otro aqueo, el mejor entre todos
los que aquí me pretenden, que dé inmensa dote? Mi hijo,
que, cuando era pequeño y de mente infantil, se oponía
a que yo me casase y dejara el hogar de mi esposo,
ahora ya, que es mayor y ha alcanzado los años viriles,
me suplica que salga y me vuelva a mi casa, angustiado
por su propio caudal, que le están devorando esos hombres.

Pero escúchame y juzga del sueño que voy a contarte.
Tengo aquí una veintena de ocas que comen el trigo
en la artesa del agua: me da gozo verlas. Soñaba
con que un águila grande y de pico ganchudo, viniendo
desde el monte, rompíales el cuello y matábalas; muertas
todas ya y en montón, voló el águila al éter divino,
mas yo en sueños lloraba y gemía, y al par las aqueas
bien trenzadas juntábanse en torno al oír mis lamentos
de dolor por la muerte que el águila diera a mis ocas.

Pero aquélla, viniendo de nuevo, posóse en la viga
del salón y me habló en lengua humana, contúvome y dijo:

'Ten valor, tú, nacida de Icario, famoso en el mundo.
Lo que ves no es un sueño, es verdad que tendrá de cumplirse:
son las ocas tus propios galanes; yo, el águila antes,

soy ahora tu esposo que vuelve y que a todos aquellos
pretendientes habré de imponer su afrentoso destino.'
Tal me dijo y entonces a mí me dejó el dulce sueño
y, mirándolo todo, hallé dentro de casa a las ocas
que picaban el trigo en la misma gamella de siempre.»

Contestando, a su vez, dijo Ulises, el rico en ingenios:
«¡Oh mujer! No es posible entender ese sueño que has
[dicho
de manera distinta y Ulises por sí te ha explicado
lo que habrá de pasar: la ruina amenaza a esos hombres;
ni uno solo se habrá de escapar de la parca y la muerte.»

Replicando, a su vez, la discreta Penélope dijo:
«Son, no obstante, mi huésped, los sueños ambiguos y
[oscuros
y lo en ellos mostrado no todo se cumple en la vida,
pues sus tenues visiones se escapan por puertas diversas.
De marfil es la una, de cuerno la otra, y aquellos
que nos llegan pasando a través del marfil aserrado
nos engañan trayendo palabras que no se realizan;
los restantes, empero, que cruzan el cuerno pulido
se le cumplen de cierto al mortal que los ve; mas no puedo
yo creer que sea de éstos el sueño pasmoso que acabo
de contar: ¡a mi hijo y a mí nos daría tal ventura!
Y otra cosa te voy a decir, tú retenla en tu mente:
saldrá pronto la aurora funesta que habrá de sacarme
de las casas de Ulises. Les voy a poner a esos hombres
una prueba: serán doce hachas que aquél en su sala,
cual si fueran soportes de quilla, ordenaba en hilera
para luego a distancia de ellas pasar a las doce
con sus flechas. Tal prueba yo ahora pondré a mis galanes.
Al que de ellos, tomando en sus manos el arco de Ulises,
más aprisa lo curve y traspase las doce señales,
a ése habré de seguir alejándome de esta morada

de mi esposo tan bella y repleta de bienes; mas nunca,
bien lo sé, su recuerdo me habrá de dejar, ni aun en sueños».

Contestando, a su vez, dijo Ulises, el rico en ardides:
«¡Oh mujer, venerable consorte de Ulises Laertíada!
No dilates un punto el hacer esa prueba en tu casa,
porque antes aquí estará Ulises, el rico en ingenios,
que esos hombres, palpando en redor aquel arco pulido,
estirarle consigan la cuerda y flechar por los hierros.»

La discreta Penélope entonces le dijo en respuesta:
«Si quisieras, ¡oh huésped!, seguir a mi lado en la sala
conversando, no habría de verterse en mis ojos el sueño,
mas de cierto los hombres no pueden estar siempre en vela,
que los dioses eternos en todo ocasión y medida
sobre el suelo fecundo han impuesto a los seres mortales.
Por mi parte voy ya a recogerme en mis salas de arriba
y a ocupar aquel lecho doliente que empapan mis ojos
con sus lloros sin fin desde el día en que al mar se hizo [Ulises
para ver esa Mala-Ilión que aun de nombre abomino.
Allá iréme a acostar; tú reposa aquí mismo, ya en ropas
que te extiendas por tierra o mandando te pongan un lecho.»

Así dijo y subióse a sus altas y ricas estancias,
mas no sola, que al lado compañía le daban sus siervas;
y al hallarse de nuevo en los altos con ellas, al llanto
por Ulises su esposo se dio, mas al fin dulce sueño
en sus párpados vino a verter la ojizarca Atenea.

CANTO XX

Sobre el suelo del atrio dispúsose Ulises el lecho
extendiendo una piel, aún no seca, de buey; otras muchas
encimóle de ovejas matadas allí por los mozos,
acostóse y Eurínoma un manto le echó sobre el cuerpo.
Tal Ulises yacía sin dormir meditando ruinas
para aquellos galanes. Salían, en esto, las siervas
que en la noche de tiempos atrás se ayuntaban con ellos
divirtiéndose, al paso, entre sí con sus chanzas y bromas
y en el pecho del rey encendióse la ira. Dudaba,
repasando mil cosas en mente y entrañas, si habría
de saltar sobre ellas y darles a todas la muerte
o dejar que se uniesen a aquellos soberbios galanes
otra vez, la postrera; y así el corazón le ladraba,
como ladra la perra que ampara a sus tiernos cachorros
cuando ve a alguien extraño y se apresta a luchar. Tal a [Ulises
le ladró el corazón indignado de tales vilezas,
pero él le increpó golpeándose el pecho y le dijo:
«Calla ya, corazón, que otras cosas más duras sufriste
como el día que el ciclope, de fuerza sin par, devoraba
mis valientes amigos: tú allí te aguantaste y, al cabo,
con la muerte a la vista, mi ardid te sacó de la cueva.»

De este modo increpó al corazón en su pecho y le hizo
que quedase en entera obediencia y sufriéndolo todo

sin consuelo. Mas hete que él mismo agitábase en dudas:
cual varón que ante el fuego da vueltas de un lado y de otro
a una tripa repleta de grasa y de sangre que quiere,
pronto asada, tener por entero, así entonces Ulises
ya ideaba una traza, ya otra, pensando consigo
cómo echarles encima las manos a aquellos galanes
sin pudor solo él contra tantos; y entonces Atena,
desde el cielo bajando a su lado con cuerpo y figura
de mujer, acercóse y le dijo: «¿Por qué aquí de nuevo
te mantienes en vela, infeliz entre todos los hombres?
Esta casa es la tuya y en ella se encuentra tu esposa
y tu hijo, que es tal como muchos quisieran tenerlo.»

Contestando a su vez dijo Ulises, el rico en ardides:
«Eso todo, ¡oh divina!, es así como tú lo refieres,
mas mi ánimo aún le da vueltas al modo de echarles
a esos hombres indignos las manos encima; soy solo
y ellos son multitud, sin cesar congregada en mis salas.
Y otra cosa aún peor mis entrañas agita: si logro
con la ayuda de Zeus y la tuya inferirles la muerte,
¿dónde habré de encontrar un refugio después? Piensa en [ello.»

Y Atenea, la diosa ojizarca, le dijo en respuesta:
«¡Siempre igual! Cualquier hombre confíase a un amigo, [aunque sea
peor que él y mortal y mezquino de mente; yo, en cambio,
diosa soy que siempre te sigo velando a tu lado
en trabajos y afanes y habré de decir sin rebozo:
bien pudiera cercar a los dos medio ciento de escuadras
de mortales ansiando matarnos en lid, que tú habrías
de volverte arreando sus bueyes y recias ovejas.
Mas que el sueño te calme: penoso es pasar una noche
toda entera en cuidados. Bien pronto saldrás de tus males.»

Tal diciendo en sus ojos el sueño vertió y ella misma,
la divina entre diosas, marchóse de nuevo al Olimpo.

Mas si a él le tomaba el sopor que disipa las cuitas
y relaja los miembros, su esposa leal despertaba
y, sentada en el lecho mullido, entregábase al llanto.
Una vez que la excelsa mujer se sació de sollozos,
a Artemisa invocó la primera entre todos los dioses:
«¡Ojalá, oh Artemisa, alta diosa nacida de Zeus,
que, apuntando a mi pecho tus flechas, en este momento
me arrancases la vida o, raptándome alguna borrasca,
por nubosos caminos me hiciera caer en las bocas
del océano al fluir hacia atrás, como en tiempos antiguos
de Pandáreo a las hijas raptaron los fuertes ciclones
tras haberles los dioses matado a sus padres! Quedaron
en la casa ellas solas, mas luego la excelsa Afrodita
las nutrió con miel dulce, con queso y con vino gustoso;
dioles Hera, a su vez, hermosura e ingenio entre todas
las mujeres, gran talla la casta Artemisa y Atena
enseñóles a hacer admirables labores. Y un día
Afrodita subió al alto Olimpo a pedir para ellas
el otorgo de bodas felices y fue a ver a Zeus,
que se goza en el rayo y que sabe la suerte o desdicha
de los hombres mortales; y, en tanto, de allí las harpías
a las mozas raptaron y diéronlas luego al cuidado
de las tétricas furias. ¡Que así me aniquilen los dioses
que poseen las olimpias mansiones o hiera mi pecho
la crinada Artemisa, con tal que debajo de tierra
en la odiosa mansión halle a Ulises y no se me fuerce
a alegrar los sentidos de un hombre más vil! Bien de cierto
tolerable desgracia es pasar entre llantos los días
con el pecho angustiado si el sueño en las noches nos toma,
que una vez que nos cierra los ojos ahuyenta el recuerdo
de venturas y males; no obstante, el destino me envía
tristes sueños también, que yo vi en esta noche a mi [esposo,

que a mi lado llegaba a dormir con su propia figura,
como él era al partir con su hueste. Con todo, mi alma
se alegraba: decía que era aquello verdad y no ensueño.»

Así dijo. Venía ya la Aurora de trono de oro
cuando Ulises divino la voz percibió de su llanto
y embargado quedó: parecíale sentir que su esposa
se encontraba a su lado y sabía ya quién era y, cogiendo
las zaleas y el manto que fueron su abrigo en la noche,
los dejó en un sillón en la sala, llevó el cuero al patio
después de ello y, alzando sus manos, clamaba al gran Zeus:
«¡Padre Zeus! Si fue querer vuestro mi arribo a la patria
tras hacerme por tierra y por mar padecer tantos males,
dé señal una voz de los hombres que van despertando
en la casa y tú dame también otro signo allá fuera.»

Dijo así en su oración, escuchósela Zeus providente
y, al momento, su trueno sonó desde el fúlgido Olimpo
por las nubes del cielo con gozo del ínclito Ulises.
Y hete aquí una mujer molinera que, dentro de casa,
allí cerca dejaba ir su voz, en el mismo molino
del pastor de su pueblo. En total doce siervas molían
las harinas de trigo y cebada, vigor de varones.
Las más de ellas dormían molida su parte; una sola,
la más débil, seguía su labor y, parando la muela,
exhaló una palabra que fue la señal para Ulises:
«Padre Zeus, que riges a dioses y a hombres, tu trueno
poderoso has dejado escuchar en el cielo estrellado
donde no hay una nube. Sin duda es señal para alguno,
mas concédeme a mí, ¡desdichada!, también lo que pido:
tengan hoy los galanes en estos palacios de Ulises
su postrero y supremo festín; que otra vez banqueteen,
mas la última ya, los que a mí me han deshecho los miembros,
obligada a molerles el pan con penosa fatiga.»

Así dijo y Ulises divino gozóse de oírla
tras el trueno del dios: castigar creía ya a los malvados.

Las demás servidoras reuníanse en las bellas estancias
del señor, en su hogar encendían el fuego incansable
y el divino Telémaco el lecho dejaba: ciñóse
sus vestidos, colgóse del hombro la espada cortante
y, calzando los cándidos pies con hermosas sandalias,
el robusto lanzón empuñó con su punta de bronce.

En llegando al umbral se detuvo y le dijo a Euriclea:
«Ama, dime, ¿qué trato habéis dado a mi huésped en
[casa?
¿Le atendisteis con lecho y comida o quedó abandonado?
Tal procede mi madre, en verdad, aun con ser tan discreta:
sin pensarlo, al azar, de los hombres mortales que vienen
agasaja al peor y al mejor lo despide sin honra.»

Mas entonces repuso, a su vez, la discreta Euriclea:
«Ahora, hijo, no habrás de inculparla, que bien se ha
[portado:
nuestro huésped sentóse y bebió todo el vino que quiso;
cuanto al pan, afirmó que su hambre ya estaba saciada;
nuestra dueña, además, ordenó que a la hora en que el sueño
le embargase le hicieran la cama las siervas; y él mismo,
cual varón miserable y de mala ventura, negóse
a dormir abrigado en un lecho y quedóse ahí afuera,
sobre un crudo pellejo de buey y con unas zaleas
de carneros; nosotras le echamos un manto por cima.»

Así dijo, y Telémaco fue por la sala empuñando
su gran lanza; seguíanle dos ágiles perros: marchaba
a la plaza a buscar a los dánaos de grebas brillantes.
Mas la hija de Ops Pisenórida, buena entre todas
las mujeres, quedándose allí daba prisa a las siervas:

«¡Al trabajo! Las unas barred con cuidado las salas
y dejadlas bien limpias, cubrid los labrados sillones
con los rojos tapetes; las otras frotad con esponjas
estas mesas; las otras fregad las crateras, las copas
de dos cuencos labradas; id otras por agua a la fuente
a buen paso, estad pronto de vuelta con ella; no mucho
los galanes habrán de tardar en hallarse en la sala:
bien temprano vendrán, pues que hoy para todos es fiesta.»

Así dijo y las siervas, sin más, acataron su orden;
veinte fueron por agua a la fuente de fondos sombríos;
las demás se quedaron allá trabajando con maña.

Los briosos criados llegaron después y al instante
se pusieron a hender hábilmente los leños; las siervas
de la fuente tornaban; tras ellas llegó el porquerizo
que traía tres cerdos cebones, la flor de sus greyes.
Los dejó que pacieran allá en el recinto del patio
y, acercándose a Ulises, le dijo con dulces palabras:
«Forastero, ¿los dánaos te tratan mejor o te siguen
afrentando a través del palacio lo mismo que antes?»

Contestando a su vez dijo Ulises, el rico en astucias:
«¡Ojalá que los dioses, Eumeo, vengaran la infamia
de esta turba insolente que trama furiosas maldades
en ajena mansión, sin sentir el más leve respeto!»

Estas cosas decíanse entre sí conversando uno y otro
cuando vino hacia ellos Melantio, el pastor cabrerizo,
que al banquete de aquellos galanes llevaba unas cabras,
lo mejor del rebaño. Con él dos zagales venían,
y al amparo las cabras ató del portal resonante.
Acercándose a Ulises después desatóse en injurias:
«Forastero, ¿aún aquí molestando a través del palacio
e implorando a la gente? ¿No es tiempo que tomes la [puerta?

Bien se ve que otro medio no habrá de salir del incordio
que trabarnos de manos los dos, pues te excedes pidiendo
cuando hay en el mismo país otros muchos banquetes.»

Tal habló, mas Ulises, el héroe sagaz, no repuso palabra;
silencioso movió la cabeza agitando mil males.

Acercóse Filetio después, mayoral de pastores,
que una vaca infecunda traía a los galanes y cabras
bien cebadas: le habían conducido por mar los barqueros
cuyo oficio es pasar a las gentes que van a buscarlos.
Al amparo las reses ató del portal resonante
y, llegándose luego al porquero, le habló de este modo:
«Di, porquero, ¿quién es ese huésped que ha poco se
[alberga
en la casa? ¿Qué gente, qué tierra proclama por suyas?
¿Dónde tiene la estirpe y los campos paternos? ¡Cuitado!
Por su cuerpo dijérase un rey o un jefe de pueblo,
mas los dioses quebrantan a aquellos que vagan errantes
y, por reyes que sean, a veces les traman desgracia.»

Tal diciendo volvióse hacia él, saludó con la diestra
y dejándose oír dirigióle palabras aladas:
«Ten salud, padre huésped, y al menos de aquí en adelante
sé feliz, pues bastantes desgracias te afligen ahora.
No hay deidad más funesta que tú, padre Zeus, que no tienes
compasión de los hombres: después de engendrarlos tú
[mismo,
en desgracia los sumes y en penas crueles. Sudores
al mirar le sentí y empañados quedaron mis ojos
por el llanto; pensaba en Ulises que irá entre los hombres
como tú, vagabundo y vistiendo otros tales harapos
si es que vive y aún ve los fulgores del sol; mas si ha muerto
y se halla en las casas de Hades, será mi desgracia.
¡Ay de mí, ya privado de Ulises el bueno, de aquel que me
[puso
niño aún a cuidarle las vacas allá en Cefalenia!

Y en verdad ellas crecen sin cuento, pues no hay otro
[hombre
a quien medren así las piaras de vacas frontudas;
mas he aquí que varones extraños me mandan traerlas
a su propio yantar sin respeto del hijo que aún sigue
en la casa ni miedo al castigo divino. Su anhelo
es partirse la hacienda del rey que en ya larga ausencia
de aquí falta; en mis propias entrañas doy vueltas a ello
sin saber lo que hacer: mal será mientras vive su hijo
trasladarme a otra tierra y llevarme conmigo el ganado
entre gentes extrañas. Más duro es aún el quedarme
y penar atendiendo a unas reses que son ya de otros.
Hace tiempo, en efecto, me habría refugiado al amparo
de algún rey valeroso, pues esto se me hace insufrible;
pero aún tengo en la mente a aquel triste, por si una vez
[llega
y en sus casas deshace a esta turba de tantos galanes.»

Contestando, a su vez, dijo Ulises, el rico en ingenios:
«Vaquerizo, pues no es tu apariencia de vil ni insensato
y he notado por mí la cordura que encierra tu alma,
te hablaré confirmando mis dichos con gran juramento:
por Zeus, pues, ante todo otro dios, por mi mesa de huésped
y el hogar del varón intachable en que vine a albergarme,
te aseguro que estando tú aquí llegará a casa Ulises
y verás con tus ojos, si quieres, la muerte de aquellos
pretendientes que en Ítaca ahora se dan por señores.»

Y, a su vez, le repuso el pastor que guardaba sus vacas:
«¡Ojalá que el Cronión, forastero, cumpliera tus dichos
y vendrías a saber de mi fuerza y las manos que tengo!»

Y la misma oración hizo Eumeo pidiendo a los dioses
el regreso a la patria de Ulises insigne en prudencia.

De este modo entre sí conversaban aquéllos y, en tanto,
los galanes urdían a Telémaco muerte y ruina.

Por su izquierda a este tiempo asomóles un ave agorera;
era un águila; allá por la altura llevaba apresada
temblorosa paloma y Anfínomo dijo a los otros:
«Mis amigos, no habrá de logrársenos este designio
de matar a Telémaco; vamos, empero, al banquete.»

Tal Anfínomo habló y agradó a los demás su propuesta;
adentráronse en casa de Ulises divino, dejaron
sobre sendos sillones y sillas sus capas e hicieron
la matanza de recias ovejas, de cabras lozanas,
de marranos cebones, a más de la vaca del hato.
Tras sacar las entrañas hicieron las partes, mezclaron
el licor con crateras; Eumeo les puso las copas;
en hermosos cestillos el pan repartióles Filetio,
mayoral de sus hombres; Melantio vertióles el vino
y al manjar que delante tenían lanzaron las manos.

Con astuta prudencia, Telémaco, en tanto, sentaba
a su padre en la sala de sólidos muros muy cerca
del portal empedrado, en un vil taburete, delante
de una mesa pequeña; sirvióle su parte de entrañas
y, escanciándole en copa de oro, le habló de esta suerte:
«Toma asiento con estos varones y bebe ese vino,
que yo habré de evitar los insultos o golpes que intente
cualquier de ellos lanzar contra ti. No es del pueblo esta
[casa,
es de Ulises no más, para mí la adquirió; mas vosotros,
pretendientes, guardaos vuestras iras y basta de injurias,
contened vuestras manos, no surja el tumulto y la riña.»

Tal les dijo Telémaco y todos mordiendo sus labios
se admiraban del nuevo valor que mostraba al hablarles.

La palabra por fin tomó Antínoo, nacido de Eupites:
«Acatemos la voz de Telémaco, argivos, por duro
que ello sea, pues viene a arengarnos en son de amenaza;

pero Zeus el Cronión no nos quiso ayudar. De otro modo,
bien que excelso orador, ya le habríamos callado en las
[salas.»

Tal Antínoo decía, mas él no curó de sus dichos.
Iban ya los heraldos llevando en las calles la sacra
hecatombe y reuníanse los dánaos de largos cabellos
en las sombras del bosque de Apolo, flechero infalible.

Los galanes, en tanto, sacaban las carnes ya asadas
y, partidas que fueron, gozaron del rico banquete,
mas los siervos pusieron la misma ración que a los otros
por delante de Ulises: Telémaco así lo mandaba,
bien amado retoño de Ulises divino. No quiso,
sin embargo, Atenea que aquellos soberbios galanes
se abstuvieran de injurias y ofensas a fin de que ahondase
más aún el dolor en el pecho de Ulises Laertíada.
Figuraba entre aquellos galanes un hombre perverso,
por su nombre Ctesipo, que en Sama sus casas tenía
y un inmenso caudal. Engreído con él cortejaba
a la esposa de Ulises perdido de hacía tanto tiempo.

Éste, pues, fue el que entonces habló a los osados
[galanes:
«Escuchad lo que voy a decir, pretendientes altivos:
hace tiempo este huésped recibe la parte que todos
del banquete. Está bien, no sería conveniente ni justo
desairar a quien viene a esta casa y Telémaco alberga.
Pero yo voy a darle otro don de hospedaje que él puede
traspasar como obsequio al bañero o a alguno entre tantos
servidores que encierra el palacio de Ulises divino.»

Tal diciendo lanzábale allá con su mano robusta
una pata de vaca que halló en un canasto y que Ulises
agachándose al punto esquivó; se rió en sus adentros
con sarcástica risa y el hueso fue a dar contra el muro.

E increpando a Ctesipo le dijo Telémaco entonces:

«Has tenido gran suerte, Ctesipo, con no haber herido
a mi huésped y en que él por sí mismo rehuyera el disparo.
De otro modo mi lanza aguzada te habría traspasado
por mitad y, en lugar de las bodas, cuidara tu padre
de tu entierro aquí mismo. Que nadie, por tanto, cometa
en mi casa atropellos, pues yo ya discurro y distingo
lo que está bien o mal y no soy aquel niño de antes.
He aguantado con todo hasta ahora mirando estas cosas,
el degüello de reses, el gasto sin tasa del vino
y del pan, porque a tantos no puede coartar uno solo.
Mas dejad ya conmigo ese plan de enemigos en guerra:
si matarme queréis, en verdad, con el filo del bronce
aceptáralo yo y aun sería para mí más ventaja
estar muerto que ver, de continuo, tamaños desmanes,
golpeados los huéspedes, hechas ludibrio las siervas
y ultrajadas de mala manera a través del palacio.»

Tal hablaba; quedáronse todos en mudo silencio,
mas rompiéndolo al fin Agelao Damastórida dijo:

«Voy a hablar en justicia, ¡oh amigos! ¿Quién puede [enojarse
por aquello que os he de decir ni entablar nuevas riñas?
No ultrajéis más al huésped, tampoco a ninguno de aquellos
servidores que habitan en casa de Ulises divino.
A Telémaco, empero, y su madre daré yo un consejo
de amistad, por si ellos se prestan a oírmelo: en tanto
que en vosotros al fondo del pecho vivió la esperanza
del regreso a su casa de Ulises, el rico en ingenios,
fue razón aguardar y tener en palacio embargados
a los nobles galanes, pues nada ofrecía más ventajas,
en verdad, que el arribo de Ulises de vuelta a su patria.
Pero ¿quién duda ya de que tiene perdido el regreso?

Tú, Telémaco, pues, ve a tu madre, aconséjale y dile
que reciba de esposo al más digno y que ofrezca más dones,

que tú entonces comiendo y bebiendo tendrás el disfrute
del entero caudal y ella irá a la morada de otro.»

El discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
«Agelao, por Zeus y los duelos del padre querido,
ya haya muerto en lejano país, ya ande errante en el mundo,
que no habré de aplazarle a mi madre las bodas. Yo mismo
la amonesto a casar con quien quiera y le ofrezco mil dones,
mas asústame echarla de casa, si no es su deseo,
con palabras violentas. ¡Que un dios no permita tal cosa!»

Tal les dijo Telémaco: Atena excitó en los galanes
una risa sin fin, trastornóles el juicio; reían
sin saber ellos mismos de qué, con las bocas forzadas;
devoraban las carnes sudosas de sangre, sus ojos
se llenaban de llanto y su alma bosaba en suspiros.

Y Teoclímeno, a un dios semejante, tomó la palabra:
«¡Desgraciados! ¿Qué mal os aflige? Sumidos en noche
vuestros rostros están, las cabezas, las mismas rodillas;
el sollozo os abrasa, las caras se os cubren de llanto;
las paredes chorrean de sangre, las vigas hermosas;
el vestíbulo llenan y pueblan el patio fantasmas
que a las sombras se lanzan del Érebo; el sol en el cielo
se ha eclipsado, una niebla funesta recúbrelo todo.»

Tal habló, los galanes riéronse de ello a su gusto,
mas Eurímaco, el hijo de Políbo, al cabo les dijo:
«Loco está a la verdad este huésped que ha poco [llegónos;
mas vosotros, mancebos, echadlo sin más allá fuera
y que vaya a la plaza si aquí le parece ser noche.»

Mas Teoclímeno, a un dios semejante, repúsole al punto:
«Para nada, ¡oh Eurímaco!, quiero de ti compañías;
ojos tengo y oídos y tengo dos pies bien servibles

y una mente por dentro cabal y sin tacha. Con ellos
a la calle me iré, porque veo el desastre que viene
sobre todos vosotros; ninguno podrá desviarlo
ni rehuirlo entre tanto galán como en casa de Ulises
el divino insultáis a los hombres tramando maldades.»

Tal le dijo y, dejando el palacio de buena vivienda,
con Pireo se fue, que le dio muy amable acogida.
Los galanes, en tanto, entre sí se miraban y hacían
de los huéspedes burla irritando a Telémaco; y uno
de entre aquellos altivos donceles habló de este modo:
«¿Quién te gana, Telémaco, en dar hospedaje a hombres [viles?
Tal aquel que ya tienes, mendigo errabundo y ansioso,
tragador pedigüeño de pan y de vino, ignorante
de trabajos de guerra y de paz, peso inerte en la tierra.
¿Y este otro surgido ahora aquí para hacer profecías?
¡Ah, si tú me escucharas, mejor fuera todo! Metamos
a esos dos forasteros en nave de múltiples remos
y en Sicilia vendidos daránnos muy buena ganancia.»

Tal le hablaban los mozos, mas él no hizo caso: callado,
en su padre los ojos clavaba, esperando sin tregua
el momento en que echase las manos a aquellos procaces.

La nacida de Icario, prudente Penélope, había
colocado su hermoso escabel frente a ellos, atenta
a escuchar lo que unos y otros decían en la sala.
Disponíase entre risas al grato y sabroso banquete,
que eran muchas las reses allí degolladas, mas nunca
viose cena en el mundo más llena de horrores que aquélla,
que bien pronto a adobarla vendrían la diosa y el héroe
contra el cual sin motivo tramaban inicuos ultrajes.

CANTO XXI

Atenea, la diosa ojizarca, inspiró en las entrañas
a la cuerda Penélope, prole de Icario, el ponerles
por delante a los mozos en casa de Ulises el arco
con los hierros de guerra brillantes, señal de matanza.
Descendió desde el propio aposento por la alta escalera
y la llave empuñó bien curvada en su mano robusta,
llave hermosa de bronce y ebúrneo asidero. Seguida
de sus siervas marchó hacia el tesoro repuesto en el fondo
del palacio, pues dentro se hallaban las armas del rey,
bronce y oro, prolijas labores de hierro; asimismo
en la pieza guardábanse el arco flexible y la aljaba
bien capaz con su gran multitud de gimientes saetas.
Era ello regalo de un huésped que vino a encontrarle
en Laconia, el Eurítida Ífito igual a los dioses.
Había sido este encuentro de ambos en tierra mesenia
y en la casa de Ortíloco, el bien avisado: iba Ulises
a exigir una deuda a aquel pueblo en común, pues se habían,
tiempo atrás, los mesenios llevado de Ítaca en naves
multirremes trescientas ovejas y, a más, los pastores.
Así vino en misión allá Ulises tras larga jornada,
mozo aún, por su padre enviado y los otros ancianos.
A su vez llegó Ífito en busca de un hato perdido,
doce yeguas en cría de recios muletos: desgracia
y ruina a la postre esas bestias trajéronle cuando
vino a ver al nacido de Zeus, al de ánimo ingente,
gran Heracles, varón sabedor de terribles trabajos.

Él la muerte le dio en su morada cuando era su huésped,
¡temerario!, sin miedo a los dioses ni acato a la mesa
en que él mismo le hiciera sentar. Le mató después de ello
y retuvo sus yeguas de fuertes pezuñas. Por éstas
iba Ífito al tiempo en que Ulises llegaba y el arco
le donó que, llevado de antiguo por Éurito el grande,
al morir dejó al hijo en su excelsa mansión. A éste Ulises
una espada cortante entregó y una lanza robusta
en señal de amistad y hospedaje, mas nunca llegaron
a sentarse a una mesa: impidióselo el hijo de Zeus
acabando con Ífito Eurítida, igual a los dioses,
donador de aquel arco. Dejólo en sus casas Ulises
al marchar a la guerra en las naves oscuras, guardado
en recuerdo del huésped querido, y allá se encontraba
en su propio lugar: él usábalo sólo en su tierra.

La mujer entre todas excelsa, llegando al tesoro,
dirigióse a aquel suelo de encina en que antaño un experto
constructor, tras pulirlo y reglarlo a cordel, los dos postes
levantó para luego ajustar las espléndidas puertas.
Ella, al punto, soltó la correa de la anilla y, pasando
con la llave el panel, desechó con buen pulso el cerrojo.
Ambas puertas giraron mugiendo cual toro que pace
por el prado: tan recio chillaron las puertas hermosas
al herirlas la llave y se abrieron del todo a su dueña.
Ella entonces a la alta tarima subió que ocupaban
los arcones repletos de ropa aromada y en ella
los dos brazos al arco tendiendo soltólo del clavo
con la funda brillante que en torno envolvíalo: sentada
luego allí, lo apoyó en sus rodillas y al lloro entregóse
con agudos gemidos en tanto quitaba la funda
de la prenda del rey. Tras saciarse de llanto y suspiros
dirigióse al salón al encuentro de aquellos sus nobles
pretendientes, cogido en las manos el arco retráctil
con la aljaba preñada de hirientes saetas. Al lado

le llevaban sus siervas un cofre con bronces y hierros,
instrumentos de lucha que un tiempo sirvieran a Ulises.
La mujer entre todas divina avistó a sus galanes
y a la puerta quedó del salón bien labrado; ajustóse
el espléndido velo, cubrió sus mejillas, sus fieles
servidoras pusiéronse a un lado y a otro y, al punto,
la palabra tomando ante ellos habló de este modo:
«Escuchad, pretendientes altivos que un día tras de otro
a comer y beber a esta casa venís, cuyo dueño
falta de ella hace ya tantos años, y no habéis podido
discurrir más razón para hacerlo que el solo deseo
de casaros conmigo y llevarme de esposa. Pues éste
se mostró como el premio en disputa, ¡oh donceles!, yo
[os voy
a poner por delante el gran arco de Ulises divino:
quien de todos cogiendo en sus manos el arco de Ulises
más de prisa lo curve y traspase las doce señales,
a ése habré de seguir alejándome de esta morada
de mi esposo, tan bella y tan rica de todos los bienes,
de la cual, bien seguro, tendré que acordarme hasta en
[sueños.»

Dicho esto, encargábale a Eumeo, el porquero admirable,
de poner ante ellos el arco y los hierros lucientes;
recibiólos con lágrimas él, colocólos en tierra
y el boyero lloraba también viendo el arco del rey.
Mas notándolo Antínoo a los dos increpó de este modo:
«Campesinos sin juicio, incapaces de ver sino aquello
que tenéis por delante, ¿a qué viene verter ese llanto,
desgraciados, moviendo el dolor de la reina que tantas
pesadumbres ya lleva en el alma, perdido el esposo?
Mas sentaos y comed en silencio o tomad esa puerta
y llorad ahí afuera y dejadnos el arco a nosotros,
los donceles. Sin daño será este certamen: bien veo
que nos va a ser difícil combar ese arco. Entre todos
los que estamos aquí no hay ni uno de cierto que sea

como fue en otros tiempos Ulises; lo vi con mis ojos
y, aunque niño pequeño yo entonces, aún guardo el
[recuerdo.»

Tal habló, pero dentro del pecho abrigaba esperanzas
de tender aquel arco y pasar la señal, él que habría
de probar el primero la flecha salida de manos
del Ulises sin tacha, al que allí deshonraba ocupando
su mansión e incitando a los otros a igual desafuero.

Mas el fuerte y augusto Telémaco habló de este modo:
«¡Oh, desgracia, que Zeus el Cronión me ha privado
[de seso!
De una parte mi madre querida, con ser tan discreta,
habla ya de seguir a otro hombre y dejar esta casa
y heme aquí disfrutando y riendo con mente de loco.
Pero, ¡ea!, galanes, mirad por qué premio se lucha:
tal mujer como no se halla otra por tierra de aqueos
ni en Micenas, ni en Argos, ni en Pilo sagrada ni en esta
nuestra Ítaca isleña ni allá en el feraz continente.
Y vosotros también lo sabéis: ¿a qué más elogios
he de hacer de mi madre? Excusad dilación y pretextos
y esforzaos en tender ese arco; veremos quién vence.
Por mi parte quisiera intentarlo también y, si acaso
lo lograra tender y pasara las doce señales,
ahorraríame la pena de ver que mi madre partía
con un nuevo marido y quedárame en casa, ya hecho
a empuñar esas armas preciosas que usaba mi padre.»

Tal diciendo quitóse de encima la capa purpúrea
y de un salto se irguió; desciñóse del hombro la espada
puntiaguda y las hachas en fila plantó en un gran surco
que en el suelo cavó, regulado a cordel. Amasaba
junto a ellas la tierra y los otros miraban pasmados
con qué orden ponía aquellas hachas que nunca hubo visto.

Apostado a la entrada después, hizo prueba del arco:
por tres veces ganoso lo quiso doblar y las fuerzas
le faltaron las tres, a pesar de su gran confianza
de engancharle la cuerda y pasar las señales de hierro.
Y tal vez intentando una cuarta lo hubiera logrado,
mas su padre por señas mandóle dejar la porfía.

Y el augusto, esforzado Telémaco habló a los galanes:
«¡Ay de mí! Seguiré siendo siempre un inútil, un débil,
o no tengo aún edad y, por eso, no fío de mis brazos
para hacer frente a aquel que sin causa me infiere una [injuria.
Pero, ¡ea!, vosotros, que sois mejores en fuerza,
tantead este arco y lleguemos al fin del certamen.»

Tal diciendo soltó el arco en tierra y dejólo arrimado
a la puerta, de recios y hermosos paneles; la flecha
puntiaguda allí mismo apoyó sobre el gancho del arco
y a sentarse volvió en el sillón que primero ocupaba.

Y, a su vez, dijo entonces Antínoo, nacido de Eupites:
«Idos todos, ¡oh amigos!, alzando de izquierda a derecha,
por el orden que sigue el copero al servirnos el vino.»

Tal Antínoo les dijo, agradó a los demás su propuesta
y Leodes, el hijo de Énope, alzóse el primero;
por servirles de harúspice siempre sentábase al fondo
del salón, donde estaba la hermosa cratera; le hastiaban
las locuras y odiaba a los otros galanes; tal vino
ante todos el arco a empuñar y la aguda saeta.
Avanzó hasta el umbral y, apostado, hizo prueba del arco,
mas doblarlo no pudo, cansadas sus manos suaves
e inexpertas de tanto tirar, y al fin dijo: «¡Oh amigos!
No lo habré de tender en verdad; que algún otro lo coja.
A no pocos varones de pro va a dejar ese arco
sin respiro y sin vida: es mejor, y con mucho, estar muerto

que vivir tras perder aquel premio que siempre reunidos
nos mantuvo aquí mismo aguardando al pasar de los días.
Más de uno abrigó la esperanza y el ansia en su pecho
de casar con Penélope, esposa de Ulises, mas cuando
tome a prueba ese arco y conozca qué es ello, procure
conquistar con presentes nupciales a alguna de tantas
bien vestidas aqueas y tenga la reina de esposo
a aquel otro que ofrezca más dones o quiera el destino.»

Tal diciendo soltó el arco en tierra y dejólo arrimado
a la puerta de recios y hermosos paneles; la flecha
puntiaguda allí mismo apoyó sobre el gancho del arco
y a sentarse volvió en el sillón que primero ocupaba.

Mas Antínoo, al oírlo, le vino a increpar de este modo:
«¿Qué palabra, Leodes, salió del vallar de tus dientes?
Ruda es e insufrible y me indigno no más que escucharla:
¿es que el arco les va a hacer perder el respiro y la vida
a unos hombres de pro porque tú no has podido tenderlo?
En verdad no te dio a luz tu madre, la honrada señora,
para ser buen arquero o feliz flechador, pero pronto
otros nobles galanes habrán de tender ese arco.»

Tal diciendo volvióse a Melantio, el pastor cabrerizo:
«Anda al punto, Melantio, y enciéndenos fuego en la sala;
pon al lado un asiento bien grande con una zalea
por encima; trae luego una rueda del sebo que ahí guardan
por que, ungidos de grasa y entrando en calor, los donceles
tanteemos el arco y llevemos a fin esta prueba.»

Así dijo; Melantio encendióles el fuego incansable,
acercando el asiento cubriólo con una zalea
y sacó una rodaja del sebo guardado en la casa.
Calentáronse allá los donceles, probaron el arco,
mas ninguno logró disparar; les faltaban las fuerzas.

Y avanzaron Antínoo y Eurímaco, un dios en figura,
que por más esforzados guiaban a todos los otros.

Y hete aquí que en compañía dejaban la casa el boyero
y el leal porquerizo de Ulises divino, mas éste,
su señor, se salió del palacio, asimismo, tras ellos;
de la sala pasaron al patio, cruzaron las puertas
y, ya fuera, habló él a los dos con melosas palabras:
«Escuchad, porquerizo y boyero, quisiera contaros
un secreto. ¿O lo habré de callar? Pero el alma me mueve
a decirlo: ¿qué haríais en gracia de Ulises si acaso
de repente llegase y un dios lo trajese a su patria?
¿Estaríais con él o con esos galanes? Decidlo
sin ambages según lo sentís en el alma y el pecho.»

Contestándole dijo, a su vez, el pastor boyerizo:
«¡Padre Zeus, puedas tú realizar ese voto! Viniera
tal varón a su hogar por algún dios guiado y verías,
forastero, bien pronto mi fuerza y las manos que tengo.»

Esa misma oración hizo Eumeo pidiendo a los dioses
el regreso a la patria de Ulises, insigne en prudencia,
y, una vez que quedó descubierta sin yerro la mente
de uno y otro, tomó la palabra de nuevo y les dijo:
«Él en casa está ya, soy yo mismo: sufriendo mil males
he llegado al vigésimo año a la tierra paterna
y hete aquí que a vosotros no más de los siervos que tuve
deseosos hallé de que yo regresara; de todos
los demás a ninguno he oído pedir por mi vuelta.
Así, pues, os diré la verdad como habrá de cumplirse:
si algún dios por mi medio da muerte a los nobles galanes,
buscaré esposa a ambos, tendréis hatos propios y casa
muy cercana a la mía; seréis para mí en adelante
como amigos y hermanos del mismo Telémaco. Ahora
voy a daros la prueba palpable de aquello que os digo

por que bien me podáis conocer y creáis: es la herida
que me abrió un jabalí con sus blancos colmillos al tiempo
que subí con los hijos de Autólico al monte Parnaso.»

Tal diciendo el andrajo apartó que la herida cubría
y sus siervos al verla entendiéronlo todo: lloraban
arrojando sus brazos en torno de Ulises discreto,
su cabeza y sus hombros besaban con tierno cariño
y también la cabeza y los hombros besóles Ulises.
Y la puesta del sol les hubiera cogido en sus ayes
y suspiros, mas fue el mismo Ulises quien vino a cortarlos:
«Basta ya de sollozos y llanto —les dijo— no sea
que alguien salga y, al vernos, se vuelva a contarlo a los
[otros;
y hay que entrar uno a uno, no todos a un tiempo, yo mismo
el primero, vosotros después, y escuchad mi consigna.
Sé muy bien que ninguno entre tantos ilustres galanes
va a querer que me entreguen el arco y la aljaba: tú,
[empero,
noble Eumeo, atraviesa las salas y ponlo en mis manos.
Luego ve a las mujeres y diles que cierren las puertas
bien labradas que paso les dan al salón y si alguna
percibiese por caso allá dentro, después que se cierren,
ya gemidos, ya estruendos de hombres, se guarde en un todo
de acercarse; que calle y atienda a su propio trabajo.
Y a ti, noble Filetio, te encargo de echar el cerrojo
de la puerta del patio y atarle la cuerda bien firme.»

Tal les dijo y, entrando al palacio de buena vivienda,
se sentó sobre aquel taburete de antes y, a poco,
penetraron los dos servidores de Ulises divino.

Mas ya Eurímaco daba en sus manos cien vueltas al arco
calentándolo al fuego de un lado y de otro. No pudo,
pese a todo, tenderlo; en su pecho soberbio un sollozo
desgarrado estalló e irritándose habló estas palabras:

«¿Quién dijera? El dolor me ha invadido por mí y por [los otros,
y no tanto, aun sintiéndolo, peno por mor de esas bodas,
pues que hay otras muchas aqueas en Ítaca misma,
la cercada del mar, y en las otras ciudades. Me duelo
de quedar en vigor tan por bajo de Ulises divino,
que no hayamos podido tender ese arco: ignominia
que aun las gentes futuras vendrán a saber de nosotros.»

Pero Antínoo, el nacido de Eupites, repúsole entonces:
«No ha de ser, noble Eurímaco, así; lo verás por ti [mismo;
celebrando está el pueblo la fiesta del dios, una fiesta
sacrosanta. ¿Quién hoy tirará con los arcos? Sentaos
bien tranquilos. ¿Qué habrá de ocurrir si por caso dejamos
esas hachas aquí? Yo no pienso que venga hombre alguno
a robarlas entrando en las casas de Ulises Laertíada.
Mas haced que el copero nos vierta el licor en las copas
y libando en reposo dejemos el arco; mañana
con la aurora llamad a Melantio, el pastor cabrerizo,
que nos traiga las cabras mejores de todas las greyes
y, ofreciendo los muslos a Apolo, glorioso flechero,
tanteemos el arco y llevemos a fin el certamen.»

Tal Antínoo les dijo; agradó a los demás la propuesta;
los heraldos vinieron, vertiéronle agua en las manos
y los mozos, después de colmar de licor las crateras,
les sirvieron a todos libando primero a los dioses.

Cuando hubieron libado y bebido a placer, hete a Ulises,
rico en trazas, que a hablar comenzó maquinando su [engaño:
«Escuchad, los que aquí pretendéis a la más noble reina,
lo que el alma en el pecho me impulsa a decir; y entre todos
hago a Eurímaco el ruego y a Antínoo, divino en figura,

ya que éste os acaba de dar el juicioso consejo
de cesar en el tiro y dejar lo demás a los dioses,
pues mañana uno de ellos dará la victoria a quien quiera.
Pero, ¡ea!, entregadme a mí el arco, que aquí ante
[vosotros
haga prueba de brazos y fuerzas y vea si conservo
la pujanza de antaño en mis miembros flexibles o puso
fin a todo mi vida errabunda y la falta de cuidos.»

Tal habló, mas los otros tomáronlo a mal en su orgullo,
temerosos de verle tender aquel arco pulido,
y, zahiriéndole Antínoo, dejóse escuchar de este modo:
«¡Oh el más vil forastero, sin pizca de juicio! ¿Contento
no estás ya con comer con nosotros, los nobles galanes,
bien tranquilo, saciarte a tu gusto de todo y oírnos
cuanto aquí se refiere y se habla? A ningún otro huésped
ni mendigo se admite a escuchar nuestras cosas: el vino
de sabores de miel te ha perdido, ese vino que a tantos
perturbó que en insana avidez a beberlo se dieron
sin medida. Él también a Euritión, el centauro famoso,
trastornó en el hogar de Pirítoo el magnánimo cuando
fue al país de los lápitas. Ciego que estuvo del vino,
le llevó su locura a infamar la mansión de Pirítoo;
el dolor embargó a aquellos héroes; saltándole encima
lo arrastraron afuera del porche después de segarle
con el bronce cruel las narices y orejas y él, loco,
se marchó con su propia ruina en su mente insensata.
Vino entonces la lucha entre hombres y fieros centauros
y a Euritión, el borracho, tocóle morir el primero.
Yo también ahora a ti te predigo una gran pesadumbre
si tendieses el arco; y en nadie que habite estas tierras
protección hallarás; te enviaremos en negro navío
como don para Équeto, el rey que aniquila a los hombres,
al país donde no hay salvación; queda, pues, ahí tranquilo
a beber sin entrar en disputa con hombres más mozos.»

La discreta Penélope entonces tomó la palabra:
«No está bien ni es justicia, ¡oh Antínoo!, hostigar a
[los hombres,
quienes fueren, que vienen a casa y Telémaco hospeda.
¿O tal vez has pensado que si ese extranjero, fiando
en sus brazos robustos, tendiere el gran arco de Ulises,
va a llevarme a su hogar y a tenerme de esposa? Ni él mismo
de seguro esa idea ha abrigado en su pecho. A ninguno
de vosotros aquí se le amargue el manjar por tal cosa,
pues ni se ha de cumplir ni de buen parecer fuera ello.»

Mas el hijo de Pólibo, Eurímaco, habló por su parte:
«¡Oh, nacida de Icario, discreta Penélope! Cierto,
no pensamos en que ése te lleve ni bien estaría,
mas vergüenza nos da de que hablen mujeres y hombres
y que venga a decir un aqueo más vil que los otros:
'Esos mozos tan faltos de fuerza a la esposa pretenden
de un varón intachable y tender no lograron su arco,
y hete aquí que un cualquiera, un mendigo que errante
[allá vino,
lo tendió sin esfuerzo y su flecha pasó las anillas.'
Tal dirán; para todos nosotros será gran oprobio.»

La discreta Penélope entonces le dijo en respuesta:
«No es, Eurímaco, fácil que sean estimados del pueblo
unos hombres que, a un tiempo, devoran e infaman la casa
de un varón principal: ¿por qué, pues, recibís eso otro
como oprobio? Este huésped es alto, robusto de miembros,
y se dice nacido de un hombre de pro: confiadle,
pues, el arco pulido y veamos qué ocurre. Otra cosa
os habré de decir que, asimismo, hallará cumplimiento:
si llegase a tenderlo otorgándole Apolo esa gloria,
le daré un bello juego de túnica y manto, un venablo
punzador que de perros y hombres le guarde, una espada
de dos filos, hermosas sandalias que anude a sus piernas
y la ayuda a llegar donde el alma en el pecho le impulse.»

El discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
«Nadie es, madre, más dueño que yo de entregar ese arco
o negarlo a quien quiera: ninguno entre tantos aqueos
cuantos hoy se dan por señores en Ítaca abrupta
o en las islas del lado de Elis criadora de potros.
Ni podrán impedir si es mi gusto que done a mi huésped
de una vez para siempre ese arma y la lleve consigo.
Mas tú vuelve a tus salas y atiende a tus propias labores,
a la rueca, al telar, y, asimismo, a tus siervas ordena
que al trabajo se den; lo del arco compete a los hombres
y entre todos a mí, pues que tengo el poder en la casa.»

Admirada la madre tornóse y marchó a su aposento
con el grave discurso del hijo metido en el alma
y, en el alto otra vez con sus siervas, dejaba ir su llanto
por Ulises, su esposo y su amor; mas al fin dulce sueño
en sus párpados vino a verter la ojizarca Atenea.

Y hete aquí que el porquero tomaba en sus manos el
[arco
bien combado y marchaba con él; increpábanle a voces
los galanes y díjole alguno de aquellos soberbios:
«¿Dónde vas con el arco, atrevido porquero? ¡Insensato!
Pronto habrán de comerte en tu aprisco los perros veloces
que has criado tú en él, sin que nadie te acorra, si Apolo
se nos muestra propicio y las otras deidades eternas.»

Tal decíanle y, soltando su carga, dejóla en el suelo
con temor, que eran muchos los hombres que allí le
[gritaban;
mas Telémaco entonces rompió en amenazas diciendo:
«Chache, sigue hacia allá con el arco o sabrás bien aprisa
que no es bueno hacer caso de todos: a ver si hasta el
[campo
te persigo a pedradas aun siendo más joven, que en bríos
bien te gano. ¡Ojalá de ese modo ganara en la fuerza

de los brazos a tantos galanes que llenan mis salas!
Si así fuera, bien pronto que a alguno forzara a marcharse
de mi hogar, pues me están entre ellos tramando desgracias.»

Tal les dijo y, con gozo de oírlo, riéronse todos
los galanes; calmóse el rencor que guardaban de antes
contra él; tomó el arco el porquero y, cruzando por medio,
se acercó a su discreto señor y lo puso en sus manos.

Desde allí fue a llamar a Euriclea la nodriza y le dijo:
«¡Oh prudente Euriclea! Telémaco manda que dejes
bien cerradas las sólidas puertas que dan a la sala.
Y si alguna mujer oye en ésta, después que se cierre,
ya gemidos, ya estruendo de hombres, se guarde muy mucho
de acercarse: que calle y atienda a su propio trabajo.»

Tal habló; ni una sola palabra repúsole el ama,
mas las puertas cerró del salón suntuoso. Filetio
por su parte en silencio marchó de la sala hacia fuera
y cerró el gran portón en el patio de sólidos muros;
por el suelo en el porche vio un cable de combo navío
bien trenzado en papiro; con él amarró las dos hojas
y, volviendo al salón, ocupó el taburete de antes;
contemplaba a su dueño, que daba ya vueltas al arco
por doquier, observándolo a un lado y a otro, no hubiese
la polilla en su ausencia comido los cuernos, y alguno
dijo así dirigiéndose a otro que estaba a su vera:
«Un taimado es el huésped y ducho en el arco: seguro
que otros tiene y maneja en sus casas iguales a éste
o de hacérselos trata según que lo mueve en sus manos,
a este lado y a aquél, el mendigo curtido en desgracias.»

Otro, en cambio, así dijo entre aquellos soberbios
[donceles:
«Que el provecho que saque este hombre sea siempre
[el que ahora
va a sacar del esfuerzo que hace en tender ese arco.»

Tal hablaban los mozos y Ulises, el rico en ardides,
levantando en sus manos el arco lo vio por entero.
Bien así como un hombre perito en la lira y el canto
tiende el nervio que estrena arrollándolo en una clavija
sin esfuerzo, ya atada en sus cabos la tripa ovejuna
retorcida y sutil, con igual suavidad allá Ulises
su gran arco tendió; por su diestra probada la cuerda,
resonó claro y bien como pío que da golondrina.
Gran pesar invadió a los galanes y todos mudaron
de color; tronó Zeus con fuerza mostrando sus signos
y de gozo llenó al divinal, pacientísimo Ulises
la señal del gran hijo de Crono, el de corvos designios.
Tomó luego la aguda saeta que a mano tenía
descubierta en la mesa; el carcaj encerraba otras muchas
que en su carne iban pronto a probar los argivos. Fijóla
contra el codo del arco, tiró de la cuerda y las muescas
y, del mismo escabel donde estaba sentado, apuntando
bien derecho, la flecha lanzó; no marró en uno solo
de los aros de hachas; el asta con punta de bronce
traspasándolos todos afuera salió y él entonces
a Telémaco dijo: «¡Oh Telémaco! El huésped que albergas
no te da deshonor en tus salas: no erré ningún blanco
ni el tender este arco me dio gran quehacer; sigue entero
mi vigor, aunque más despreciado por esos galanes.
Mas ya es hora de darles la cena a los dánaos, aun siendo
pleno día: hete aquí que tendrán después de ello otra fiesta
con la lira y el baile que dan su sazón al banquete.»

Así habló y, al fruncir de sus cejas, Telémaco, el hijo
bien querido del ínclito Ulises, ciñóse la espada
puntiaguda, echó mano a la lanza y al lado del padre
se apostó junto al trono, cubierto de fúlgido bronce.

CANTO XXII

Y hete en esto que Ulises sagaz se quitó los andrajos
y saltó al ancho umbral, embrazados el arco y la aljaba
bien repleta; vertiendo el montón de las flechas veloces
allí mismo a sus pies, se volvió a los galanes y dijo:
«Este juego está ya de una vez terminado y ahora
otro blanco me voy a poner al que nunca hombre alguno
disparó, por si puedo alcanzarlo y me da gloria Apolo.»

Tal diciendo, una amarga saeta lanzó contra Antínoo,
que en el mismo momento iba a alzar de la mesa a sus labios
áurea copa de dos cavidades: teníala en sus dedos
y a apurar disponíase el licor, bien ajeno en su alma
de matanza y de sangre y ¿quién pudo pensar que allí,
[en medio
del festín, uno solo entre tantos, por grande que fuese
su vigor, consumara su muerte y su negro destino?
Mas Ulises certero alcanzó su garganta y la punta
traspasó el blando cuello y salió por detrás: el herido
se rehundió en el sillón y la copa cayó desprendida
de su mano; vertió su nariz grueso caño de sangre,
sangre humana en hervor; resbaló a tierra luego y la mesa
rechazó con el pie; los manjares vinieron al suelo,
revoltijo de pan y de carnes asadas. Gritaron
los galanes allá por las salas al ver al caído;
consternados alzáronse todos dejando el asiento

y miraron en torno a los sólidos muros. No había
por allí lanza alguna robusta o broquel que pudieran
descolgar, y volviéronse a Ulises con voces de ira:
«¡Extranjero! En mal hora a los hombres disparas y éste
tu certamen postrero será; la ruina se cierne
sobre ti, que has matado a un varón, al más noble con mucho
de los mozos de Ítaca: aquí darás pasto a los buitres.»

Así habló cada cual suponiendo entre sí que había hecho
sin querer esa muerte, ¡insensatos, que no comprendían
que en sus lazos tenía ya el destino cogidos a todos!
Mas Ulises sagaz los miró torvamente y les dijo:
«¡Perros viles, que ya os figurabais que yo nunca habría
de volver de la tierra de Troya y estabais por eso
devorando mi casa, os llevabais al lecho a mis siervas
y a mi esposa asediabais estando yo en vida, sin miedo
de los dioses que habitan el cielo anchuroso o cuidado
de futuras venganzas por parte de hombres! Ya ahora
prisioneros a todos os tiene la muerte en sus lazos.»

Así dijo y el pálido espanto tomó a los galanes,
que miraban por dónde escapar a la abrupta ruina.
Sólo Eurímaco alzó allí la voz y le dijo en respuesta:
«Si en verdad eres tú aquel Ulises y has vuelto a la [patria,
con razón has hablado de cuanto los dánaos han hecho,
mil locuras aquí en estas salas y mil en los campos;
pero ya en tierra yace el culpable de todas, Antínoo.
Porque él fue quien llevó a los demás a tamaños desmanes,
no en verdad por deseo o interés en aquel matrimonio,
mas mirando a otro fin que el Cronión realizarle no quiso:
ser en Ítaca el rey, en su hermosa ciudad y en el pueblo,
solo él, tras matar a tu hijo en traidora emboscada.
Muerto está y en justicia; tú, empero, perdona a estas [gentes
que son tuyas; nosotros, después, del común pagaremos

lo comido y bebido en tus salas y a más, como multa,
te traerá cada cual el valor de diez pares de bueyes
entregándolo en bronce y en oro; y, en tanto tu alma
satisfecha no esté, sufriremos sin queja tus iras.»

Mas Ulises sagaz lo miró torvamente y le dijo:
«Bien podríais, ¡oh Eurímaco!, darme los bienes que habéis
heredado entre todos y aún más añadir de otra parte,
que mis manos no habrán de dejar la matanza hasta el punto
en que logre del todo vengar vuestro gran desafuero.
Dos extremos os quedan, no más: enfrentaros en lucha
o escapar, si libraros podéis de la muerte y las parcas;
mas no pienso que muchos rehúyan la abrupta ruina.»

A esto en ellos quebró el corazón, flaquearon sus piernas,
mas Eurímaco alzó nuevamente su voz y les dijo:
«Este hombre, ¡oh amigos!, no habrá de dar tregua a sus [manos
formidables; cogidos en ellas el arco y la aljaba,
seguirá en ese umbral disparando hasta haber acabado
con la vida de todos: pensemos por tanto en la lucha,
las espadas sacad, oponed como escudos las mesas
a sus flechas mortales, tengámonos firmes y unidos
contra él, que, si al fin conseguimos echarle del porche
y la puerta y salimos afuera, daráse la alarma
sin tardar y él habrá disparado sus últimos tiros.»

Desnudó al decir esto el agudo cuchillo de bronce
con su buen doble filo y saltó sobre Ulises egregio
dando aullidos terribles; mas él a este tiempo una flecha
disparó que fue a herirle veloz por debajo del pecho
y en el hígado vino a clavarse. Dejando él la espada
de su mano caer, vacilante arrojóse a la mesa
y arqueósele el cuerpo; vinieron al suelo la copa
de dos senos y todo el manjar; con su frente la tierra
golpeaba en congojas de muerte, sus pies sacudían
por detrás el sillón y la niebla vertióse en sus ojos.

Hete a Anfínomo entonces marchar contra Ulises glorioso:
se le puso delante de un salto sacando la espada
puntiaguda por verle de echar del umbral; mas en esto
con su lanza broncínea Telémaco hirióle en el medio
de la espalda hasta hacerla asomar por el pecho. Gran golpe
dio en la tierra al caer, con la frente de lleno en el polvo.
Mas Telémaco echóse hacia atrás y dejóse la lanza
larga en sombra clavada en el cuerpo de Anfínomo: tuvo
fuerte miedo a que alguno, al sacar él el asta, le hundiese
por la espalda el cuchillo saltándole encima o le diera
al doblarse un gran golpe. Al momento volvió con su padre,
se apostó junto a él y le dijo en aladas palabras:
«Padre, voy a traerte un escudo y un yelmo de bronce
que ajustado a las sienes te cubra y dos picas; yo mismo
me armaré cuando vuelva y daré al porquerizo otras armas
y también al boyero: es mejor que luchemos armados.»

Contestando a su vez dijo Ulises, el rico en ingenios:
«Corre y tráelos en tanto me duran las flechas, no fuere
que, quedándome solo, me logren echar de estas puertas.»

Así dijo y Telémaco, oyendo a su padre, marchóse
y, pasando a la sala en que estaban sus armas gloriosas,
cuatro escudos de allí recogió y ocho lanzas más otros
cuatro yelmos de bronce con altos penachos de crines.
Con su carga en los brazos, bien pronto llegó hasta su
[padre
y fue él mismo el primero en cubrirse la piel con el bronce;
revistieron después los dos siervos las armas lucientes
y los tres rodearon a Ulises, el rico en ardides.

Éste, en tanto duraron las flechas, seguía haciendo
[blancos
y matando uno a uno en su casa a los fieros galanes.
Ya sus cuerpos formaban montón, mas he aquí que, tirando

sin cesar, le faltaron las flechas al rey; y él entonces
dio descanso a su arco dejándolo allá, junto al quicio
de la sólida estancia, apoyado en el muro brillante;
protegióse los hombros con un gran escudo de cuatro
recias pieles, la fuerte cabeza cubrió con un yelmo
de cimera de crin que ondeaba terrible en lo alto
y empuñó las dos lanzas robustas con puntas de bronce.

Muy cercano al portal de la espléndida sala, a la altura
del dintel se veía en el sólido muro un portillo
que salía al corredor, mas cerrábanlo muy fuertes hojas
de madera y Ulises, a más, al egregio porquero
tenía allí colocado en su guarda: no había más salida.
Y Agelao volvióse a los otros con estas palabras:
«¿No habrá, amigos, alguno que suba y por ese portillo
salga y hable a las gentes y extienda entre el pueblo
[la alarma?
Pronto habría lanzado este hombre sus últimos tiros.»

Mas Melantio, el pastor cabrerizo, le dijo en respuesta:
«No es posible, retoño de Zeus, Agelao, pues da miedo
lo cercano que está de la puerta del patio y la boca
del pasillo es angosta en tal modo que un hombre robusto
contener allí a todos podría. Mas, ¡ea!, del tesoro
os traeré con que armaros: sin duda es en él donde esconden
de hace tiempo sus armas Ulises y el hijo glorioso.»

Tal diciendo, Melantio el cabrero subió hasta los vanos
de la sala y por ellos llegó a los tesoros de Ulises;
doce escudos de allí recogió, doce lanzas y doce
buenos yelmos de bronce con altos penachos de crines
y, volviéndose a todo correr, se los dio a los galanes.

Flaqueó el corazón, le temblaron a Ulises las piernas
cuando vio a aquellos hombres que, puestas las armas,
[blandían

en sus manos los recios lanzones; muy dura tarea
presintió y a Telémaco dijo en aladas palabras:
«¡Ay, Telémaco! Alguna mujer de las muchas de casa
nos prepara una guerra cruel, ¿o quizás es Melantio?»

Y el discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
«Eso, padre, fui yo quien lo erré y en verdad ningún otro
dio motivo a tal cosa: dejé sin cerrar la gran puerta
del tesoro, entornada no más, y sin duda un espía
lo observó más despierto que yo; pero ve, noble Eumeo,
cierra aquello y comprueba si es obra de alguna sirvienta
o, según más bien pienso, traición de Melantio el de Dolio.»

De este modo entre sí conversaban, mas hete que a un
[tiempo
nuevamente al tesoro marchaba el cabrero Melantio
por más armas. Notó su salida el cabal porquerizo
y volvióse al momento hacia Ulises que estaba a su lado:
«¡Ah, Laertíada, retoño de Zeus, Ulises mañero!
Mira allá cómo el hombre ruín que en sospecha teníamos
se encamina al tesoro de nuevo: tú di sin rebozo
si tendré que matarlo, sin más, de lograr dominarlo
o ante ti he de traerlo aquí mismo a que pague los muchos
desafueros que osó maquinar en tu propia morada.»

Contestando a su vez dijo Ulises, el rico en ingenios:
«Bien de cierto Telémaco y yo mantendremos a raya
aquí dentro a los nobles galanes por grande que sea
su coraje: id los dos y reatadle los pies y las manos
por detrás, arrojadle al tesoro y cerradle las puertas.
Más aún, enlazándole el cuerpo con soga trenzada,
tiraréis hasta hacerle subir por la larga columna
a las vigas: que pene, aun en vida, de recios dolores.»

Así dijo y sus hombres al punto acataron su orden
y marcharon allá. Sin notarlos, Melantio buscaba

ya en el fondo del amplio recinto las armas y ellos
a la entrada uno y otro quedaron al pie de los quicios.
El cabrero Melantio cruzaba el umbral con un yelmo
de vistosa cimera en la mano; llevaba en la otra
un escudo bien grande, mas viejo y tomado de moho,
que Laertes, el héroe, de joven usara y que entonces
olvidado yacía, rasgadas y sueltas sus pieles.

Le saltaron encima los dos, arrastráronlo dentro
del cabello y a tierra lo echaron dolido en su alma.
Con cruel atadura anudaron sus pies con sus manos
retorcidos con fuerza implacable a la espalda, conforme
les mandara el Laertíada, el sin par, sufridísimo Ulises;
enlazáronle el cuerpo después con trenzada maroma
y lo alzaron con ella por la alta columna hasta cerca
de las vigas. Y, ¡oh Eumeo!, dijiste con voces de mofa:
«Ahora vas a quedarte, Melantio, velando en la noche
y acostado en el lecho mullido que bien te mereces;
que la Aurora de trono de oro, al salir de las ondas
del océano, te acuerde la hora en que llevas tus cabras
al palacio a abastar el festín de los nobles galanes.»

Él allá quedó atado en mortal distorsión y los otros,
revistiendo sus armas, cerraron la espléndida puerta
y volvieron a Ulises, el héroe de múltiples trazas.
Respirando coraje en el porche se alzaban los cuatro
y los otros allá en el salón: eran muchos y buenos.

Vino al lado de aquéllos Atena, retoño de Zeus,
semejante en la voz a Mentor y en su cuerpo y figura,
y, alegrándose Ulises al verla, le habló de este modo:
«Dame ayuda en mi trance mortal, ¡oh Mentor!; haz [memoria
del amigo que, igual en edad, tanto bien te hizo un tiempo.»

Tal habló, mas sabía que era Atena que salva a sus
[huestes;
los galanes en tanto a una voz por la sala gritaban
y Agelao, el primero, zahiriendo a la diosa le dijo:
«Ten cuidado, Mentor, no te lleven los dichos de Ulises
a luchar con nosotros prestándole ayuda, que es éste
nuestro plan y tendrá, te aseguro, cabal cumplimiento:
una vez que acabemos con ellos, el padre y el hijo,
tú también serás muerto a su lado según lo que ahora
te propones hacer. Pagarás con tu propia cabeza.
Vuestras furias haremos cesar con el filo del bronce;
con los bienes de Ulises después reuniremos los tuyos
cuantos hay en los campos o tienes aquí; ni a tus hijos
dejaremos vivir en sus casas; tampoco a tu esposa
ni a tus hijas andar por las calles de Ítaca.» A esto
se encendieron las iras de nuevo en el pecho de Atena
y, volviéndose a Ulises, le habló con palabras de enojo:
«No hay, Ulises, ya en ti aquel vigor ni aquel ánimo
[entero
que, al luchar por la prócer Helena de cándidos brazos,
nueve años mostraste en los campos de Troya; implacable
diste muerte a varones sin cuento en terrible pelea
hasta ser conquistada Ilión, la ciudad de anchas calles,
por tu ardid: ¿cómo ahora, que has vuelto a tu casa y tus
[fincas,
te hace duelo tener que imponerte a esos fatuos galanes?
Pero ponte a mi lado, ¡oh amigo!, y observa mi esfuerzo,
y en la lucha con esos furiosos verás por ti mismo
que Mentor el Alcímida sabe pagar tus favores.»

Así dijo, mas no le otorgó todavía la victoria
decisiva y total por probar aun mejor los alientos
y las fuerzas de Ulises y al par los del hijo glorioso.
Ella entonces de un salto posóse en la viga maestra
del oscuro salón transformada en vulgar golondrina.

Y a su tropa animaba Agelao Damastórida; en ello
se le unió Anfimedonte y con él Demoptólemo; el hijo
de Políctor, Pisandro, y Eurínomo y Pólibo insigne.
Eran seis, los mejores con mucho entre aquellos galanes
que quedaban con vida y luchaban por ella; a los otros
los habían abatido ya el arco y las flechas veloces.

Y Agelao, volviéndose a ellos, habló de esta suerte:
«Este hombre, ¡oh amigos!, tendrá que dar tregua a sus
[manos
formidables: Mentor se marchó tras sus vanas palabras
de ufanía; ya solos están nuevamente en la puerta
del salón, mas no habéis de tirar de una vez vuestras lanzas;
disparemos primero los seis a ver si hace Zeus
que alcancemos a Ulises y quede en nosotros la gloria.
Una vez caiga él, ¿qué cuidado han de darnos los otros?»

Así dijo y lanzaron sus picas con furia, obedientes
a su voz, mas frustrólos a todos Atena: una lanza
vino a dar en el quicio del amplio salón, la del otro
en la puerta de sólido ajuste y el asta de fresno
de un tercero, pesada de bronces, cayó contra el muro.

Mas, después de escapar a los tiros de aquellos donceles,
con los suyos habló el divinal pacientísimo Ulises:
«Yo quisiera, ¡oh amigos!, llegada esta hora, que todos
disparaseis conmigo a esa turba de mozos que ansía
concluir con nosotros después de tamaños agravios.»

Así dijo; tiraron los cuatro las lanzas agudas
apuntando de frente: alcanzó a Demoptólemo Ulises
y Telémaco a Euríades; a Élato el fiel porquerizo
y a Pisandro dio muerte el pastor de los bueyes. A un tiempo
en la sala sombría mordieron el polvo los cuatro
y los otros galanes corriéronse al fondo de aquélla.
Los de Ulises, saltando adelante, sacaron sus lanzas
de los cuerpos. Después los galanes tiraron de nuevo,
mas Atena frustró a casi todos: la lanza del uno

vino a dar en el quicio del ancho salón, la del otro
en la puerta de sólido ajuste y el asta de fresno
de un tercero, pesada de bronces, cayó contra el muro.
Con la pica a Telémaco, empero, tocó Anfimedonte
la muñeca y su punta arañóle la piel; y la lanza
de Ctesipo, esquivando por alto el escudo de Eumeo,
rasguñóle en el hombro y, pasando, cayó luego en tierra.
Los de Ulises mañero lanzaron de nuevo sus picas
a la turba contraria y el rey destructor de ciudades
con la suya alcanzó a Euridamante; Telémaco a un tiempo
derribó a Anfimedonte y a Pólibo el buen porquerizo.
Disparando después el pastor y guardián de los bueyes,
acertóle en el pecho a Ctesipo y ufano gritaba:
«¡Maldiciente ruín que engendró Politerses! No hay
que entregarse a locuras ni hablar arrogancias: lo justo
es dejar la palabra a los dioses que todo lo pueden.
Esto es don de hospedaje en retorno a una pata de buey,
la que a Ulises mandaste al ir él mendigando en su casa.»

Así dijo el pastor de los bueyes rollizos; Ulises
la gran lanza embutió al Damastórida en lid cuerpo a cuerpo
y Telémaco al hijo de Evénor, Leócrito: el bronce
le clavó en el ijar hasta hacerlo salir por la espalda
y él de bruces cayó con la frente de lleno en el polvo.
Y hete aquí que su égida alzaba, castigo de hombres,
allá arriba en el techo Atenea. Tomó a los galanes
el espanto: corrían en la sala cual vacas dispersas
por el tábano inquieto que viene sin tregua a hostigarlas
en la buena estación al hacerse más largos los días.
Y los otros, cual buitres de garras ganchudas que llegan
desde el monte a acosar a las aves del llano, y ansiosas
a buscar suben éstas refugio en las nubes, mas ellos
las persiguen allá, las asaltan y matan, perdidos
todo escape y defensa, y deleita a las gentes la caza,
de tal modo, a través de la sala, acababan a golpes
con los hombres a un lado y a otro: se alzaba un gemido

temeroso al herir de cabezas y el suelo humeaba
todo en sangre. Y en esto Leodes, corriendo hacia Ulises,
le abrazó las rodillas y dijo en aladas palabras:
«A tus plantas estoy, noble Ulises; respeta mi vida,
ten piedad, que yo nunca a ninguna mujer en tu casa
dije o hice una ofensa: antes bien, a los otros galanes
procuré disuadir cada vez que intentaban tal cosa
sin lograr retraer de maldades sus manos. Por tales
desafueros aquí han alcanzado su negro destino.
Y ahora yo que su harúspice era, del todo inocente,
¿también voy a morir? ¿No tendrá el buen obrar [recompensa?»

Mas Ulises sagaz le miró torvamente y le dijo:
«Pues te ufanas así de haber sido su harúspice, hubiste
de pedir muchas veces aquí en estas salas que nunca
para más se cumpliese el regreso feliz, que mi esposa
te siguiese a tu casa y te diese unos hijos en ella:
en justicia no habrás de escapar al dolor de la muerte.»

Tal diciendo empuñaba en su mano robusta una espada
que en el suelo encontró, desprendida del brazo a Agelao
moribundo: embutióla sin más por mitad de su cuello
y él cayó dando un grito y el polvo cubrió su cabeza.

Pero Femio, el cantor que a sus gustos forzado tenían
los galanes, trataba a su vez de esquivar la ruina.
Allí estaba de pie, con la lira sonora en las manos,
junto al mismo portillo: dudaba en su mente si habría
de escapar de la sala y venir a sentarse en el patio
junto al ara de Zeus, al que Ulises y el viejo Laertes
habían ido otro tiempo a quemar tantos muslos de toros,
o lanzarse implorante a abrazar las rodillas del rey.
Meditando entre sí, comprendió que mejor le sería
ir derecho a abrazarse a los pies del Laertíada: tendido
dejó, pues, en el suelo su combo instrumento, entremedias

de un sillón tachonado de plata y la hermosa cratera,
y, avanzando de un salto hacia Ulises, se echó a sus rodillas,
abrazólas y, en súplica, habló con aladas palabras:
«A tus plantas estoy, noble Ulises; respeta mi vida,
ten piedad, que bien pronto te habrá de doler si matases
a un cantor cuyos versos recrean a dioses y a hombres.
Nunca tuve maestro y el cielo mis múltiples tonos
en la mente me inspira y aun creo poder celebrarte
como a un dios a ti mismo: no quieras segar mi garganta,
que Telémaco, el hijo a quien amas, bien puede decirte
que jamás por mi gusto o deseo llegué yo a tu casa
a cantar en los muchos festines de aquellos galanes.
Con violencia obligábanme a ello: eran más y más fuertes.»

Así dijo: escuchólo Telémaco, el fuerte y augusto,
y, al momento, volvióse a su padre y habló de este modo:
«Tente, padre, y aparta tu espada de un hombre sin culpa;
y aun habrá que salvar al heraldo Medonte, que estuvo
al cuidado de mí en nuestra casa cuando era yo niño,
si es que no lo han matado el porquero o Filetio o contigo
se topó cuando ciego de furia cruzabas la sala.»

Oyó aquello el discreto Medonte, que estaba debajo
de un sillón, encogido y cubierto con una reciente
piel de vaca queriendo esquivar a la parca sombría.
Al momento surgió del sillón, se quitó aquel pellejo,
a Telémaco vino de un salto, se echó a sus rodillas,
abrazólas y, en súplica, habló con aladas palabras:
«¡Ay, querido! Heme aquí, tú reténte y retén a tu padre,
no me mate, en su fuerza sin par, con la punta del bronce,
irritado por esos galanes que aquí destruían
sus haciendas, y a ti, ¡oh insensatos!, trataban sin honra.»

Sonriéndose Ulises, el rico en ingenios, le dijo:
«Nada temas, pues éste te dio salvación y rescate

por que sepas por ti y a los otros enseñes que en mucho
se aventaja obrar bien a obrar mal; pero ahora marchaos
de la sala y sentaos allá fuera; dejad este sitio
de matanza, id al patio los dos, tú y el músico insigne
por sus cantos, que yo tengo aún mi quehacer en la casa.»

Tal les dijo y, oyéndolo, ellos salieron al patio,
se sentaron al pie del altar del gran Zeus y volvían
todavía sus ojos en torno temiendo la muerte.

Y hete a Ulises también que observaba en la sala si
[alguno
se escondía vivo aún esquivando su negro destino;
pero todos estaban allá sobre el polvo y la sangre,
derribados en gran multitud como peces que sacan
pescadores del agua espumante a una playa en recodo
con la red de mil mallas; y, en ansias de mar y de olas,
yacen todos al fin en montón sobre el lecho de arena,
porque el sol, al mandarles sus rayos, les sorbe la vida:
de ese modo hacinados quedaban allá los galanes.
A Telémaco entonces Ulises, el rico en ingenios,
dijo así: «Ve y avisa, Telémaco, al ama Euriclea:
un recado le tengo que dar que me bulle en el alma.»

Y Telémaco, al punto cumpliendo el mandato del padre,
sacudió la gran puerta gritándole al ama Euriclea:
«A ti digo, la dueña antañona que estás al cuidado
de las mozas que sirven aquí en nuestras casas, ¡alerta!
Ven acá, que mi padre te llama, pues tiene que hablarte.»

Tal le dijo y el ama por dentro, sin darle respuesta,
desplegó las dos hojas de paso a la sala espaciosa
y se entró por sus sombras siguiendo a Telémaco. A poco
descubrió al gran Ulises erguido en mitad de los muertos,
todo lleno de polvo y de sangre; un león se diría

que retorna, saciado a placer de la carne de un buey
que mató en la manada. Su pecho y sus dos carrilleras
aparecen cubiertas de sangre, terror a los ojos:
tales manchas mostraba él allí de los pies a las manos.

Viendo el ama el montón de los cuerpos y aquel mar de
[sangre,
gran hazaña a su ver, estalló en un clamor de alegría.
Al momento retúvola Ulises cortando su impulso
y, dejándose oír, dirigióle palabras aladas:
«Goza dentro del pecho, ¡oh anciana!, mas tente y no
[grites,
que no es bueno ufanarse por muerte de hombres: el hado
de los dioses domólos y a un tiempo sus hechos crueles,
porque no respetaron jamás a varón en la tierra,
fuese noble o ruín, si por caso llegaba hasta ellos.
Por tamañas locuras cumplieron su triste destino.
Pero, ¡ea!, di tú de las siervas que tengo en mi casa,
cuáles me han deshonrado y qué otras quedaron sin culpa.»

Contestando a su vez dijo entonces el ama Euriclea:
«No haya duda, hijo mío, diré la verdad por entero:
las mujeres que tienes de esclavas aquí en tus palacios
son cincuenta que un tiempo enseñamos a hacer sus labores,
a cardar bien la lana y llevar con paciencia su suerte.
Doce sólo entre todas entraron en vía de vergüenza
sin respeto ninguno ni a mí ni a Penélope misma.
Ya tu hijo llegaba a ser hombre a este tiempo y su madre
no dejaba mandase por sí en las esclavas. Mas voy
sin demora a subir a las ricas estancias de arriba
y a llamar a Penélope: un dios la ha sumido en gran sueño.»

Replicando a su vez dijo Ulises, el fértil en trazas:
«No la llames aún, sino tráeme primero aquí mismo
a esas siervas que osaron urdir semejantes torpezas.»

Tal le dijo y la anciana marchóse a través de la sala
a avisar a las siervas y hacerlas venir. Entretanto,
él llamaba a Telémaco, al fiel porquerizo, al boyero,
y, llegados los tres, les habló con aladas palabras:
«Empezad a llevaros los cuerpos y hacer que las siervas
os ayuden y limpien después los labrados sillones
y las mesas con agua y porosas esponjas; mas luego,
cuando quede arreglada y en orden completo la casa,
sacaréis de la sala espaciosa a las doce mujeres
y allá fuera, entre el horno y la sólida valla del patio,
las habréis de matar con las finas espadas: que pierdan
con sus vidas por siempre el recuerdo de aquellos amores
que tuvieron con esos galanes yaciendo con ellos
en secreto.» Así dijo; llegaron en grupo las siervas
desatadas en llanto, exhalando terribles lamentos.
Empezaron primero a llevarse los cuerpos inertes
y los iban dejando a la sombra del porche del patio
encimándolos unos en otros; Ulises mandaba
por sí mismo y urgía la labor mientras ellas seguían
su forzado acarreo; lavaron después los sillones
primorosos y mesas con agua y porosas esponjas
y, entretanto, Telémaco, el bravo porquero y el guarda
de los bueyes, cogidas las palas, limpiaban el piso
del salón y las siervas sacaban afuera el despojo.
Cuando al cabo la sala quedó toda limpia y en orden,
a las siervas hicieron salir del hermoso recinto,
las llevaron al paso entre el horno y el muro del patio
y en aquella estrechez las cercaron sin medio de escape.

Y el discreto Telémaco entonces les dijo a los otros:
«No daré yo, en verdad, muerte noble de espada a estas siervas
que a mi madre y a mí nos tenían abrumados de aprobios
y pasaban sus noches al lado de aquellos galanes.»

Tal diciendo, prendió de elevada columna un gran cable
de bajel, rodeó el otro extremo a la cima del horno
y estirólo hacia arriba evitando que alguna apoyase
sobre tierra los pies. Como tordos de gráciles alas
o palomas cogidas en lazo cubierto de hojas
que, buscando un descanso, se encuentran su lecho de
[muerte,
tal mostraban allí sus cabezas en fila, y un nudo
constriñó cada cuello hasta darles el fin más penoso
tras un breve y convulso agitar de sus pies en el aire.

Por el patio, pasado el umbral, a Melantio traían:
con el bronce cruel le cortaron narices y orejas,
le arrancaron sus partes después, arrojáronlas crudas
a los perros y, al fin, amputáronle piernas y brazos
con encono insaciable. Laváronse luego los cuerpos
y se entraron en casa de Ulises. Estaba acabada
su labor, mas él dijo, volviéndose al ama Euriclea:
«Tráeme azufre, ¡oh anciana!, remedio de males, y trae
también fuego, que voy a azufrar el salón. Después corre
a Penélope y dile que venga en unión de sus siervas
y que vengan las otras esclavas que en casa han quedado.»

Contestando a su vez dijo entonces el ama Euriclea:
«Ciertamente, hijo mío, has hablado en razón, pero voy
ante todo a traerte un vestido, una túnica, un manto,
que no tengas cubiertos de andrajos los hombros robustos
en tu propia mansión, en tus salas: será bien odioso.»

Mas a ello repúsole Ulises, el rico en ingenios:
«Lo primero es que tenga yo el fuego encendido en la sala.»

Tal le dijo: obediente a su orden el ama Euriclea,
el azufre le trajo y el fuego y Ulises al punto
comenzó a fumigar el salón, las estancias y el patio.

Y la anciana marchóse a través de la hermosa vivienda
a avisar a las siervas y hacerlas venir. De sus cuartos
con la antorcha en la mano vinieron y en torno a su dueño
se extendieron en grupo; acogíanle con tierno cariño,
su cabeza besaban, sus hombros, sus manos; y a Ulises
le invadió las entrañas un dulce anhelar de sollozos
y de llanto, que en él cada cual despertaba un recuerdo.

CANTO XXIII

Toda llena de gozo la anciana subía la escalera
a anunciar a su dueña que estaba ya en casa el esposo;
presurosa movía las rodillas, sus pies tropezaban,
mas al cabo llegando hasta ella le habló de este modo:
«Deja el lecho, Penélope, hija, que veas con tus ojos
lo que un día tras de otro anhelabas con vana esperanza.
Ya está Ulises aquí, bien que tarde llegó a sus palacios
y ha matado a esos fieros galanes que el pan le comían,
infamaban su hogar y forzado tenían a su hijo.»

La discreta Penélope entonces repuso a la vieja:
«¡Ay, buen ama! Los dioses, se ve, te han dejado sin
[juicio,
altos dioses que suelen hacer del más cuerdo un gran loco
y al mayor insensato meter en cordura: son ellos
los que te han trastornado, que bien asentada eras antes.
¿A qué viene el burlar a quien ya lleva en sí tantas penas?
¿Por decirme estas cosas me sacas del plácido sueño
que cerrando piadoso mis ojos me había subyugado?
Porque nunca he dormido tan bien desde el tiempo en que
[Ulises
se partió a la maldita Ilión que aun de nombre aborrezco.
Anda, pues, vete al punto allá abajo y estáte en la sala,
que si alguna otra sierva de casa me hubiera anunciado

estas cosas que tú me anunciaste robándome el sueño,
poco hubiese tardado en salir despedida en mi enojo
fuera de estos palacios. A ti la vejez te disculpa.»

Replicando a su vez dijo entonces el ama Euriclea:
«No te engaño, mi niña querida: de veras que Ulises
ha llegado y está en su mansión como yo te lo cuento.
Es aquel forastero a quien todos llenaban de afrentas
en la sala; Telémaco mismo lo sabe hace mucho,
mas discreto celaba los planes del padre esperando
que vengase el ultraje de aquellos soberbios.» Tal dijo.

Ella entonces llenóse de gozo. Saltando del lecho
abrazóse a la anciana, brotó de sus ojos el llanto
y dejándose oír la exhortó con aladas palabras:
«Ama mía querida, di ya sin engaño: si es cierto,
según tú lo refieres, que está en su mansión, ¿cómo pudo,
siendo él solo, rendir por su mano a esos hombres procaces?
Juntos todos hallarse solían allá en nuestra sala.»

Replicando a su vez dijo entonces el ama Euriclea:
«No lo sé ni traté de enterarme; tan sólo el lamento
pude oír de los que iba matando. Nosotras al fondo
de las bien construidas estancias estábamos llenas
de temor, con las puertas cerradas; Telémaco vino
del salón a llamarnos por fin, lo mandaba su padre;
sólo entonces vi a Ulises de pie y a los muertos en torno
encimados el uno en el otro cubriendo aquel duro
pavimento. ¡Qué gozo en el alma tuvieras de verlo
semejante a un león, todo lleno de polvo y de sangre!
Ellos yacen ahora en montón a las puertas del patio;
él después ha purgado el hermoso palacio encendiendo
con azufre un gran fuego y a mí me ha mandado con orden
de llamarte. Ven, pues; entren ya vuestros dos corazones

en contento, pues tantas desgracias sufristeis. Ahora
por entero cumplido se encuentra tu largo deseo.
Llegó vivo a su hogar: en las salas ha hallado a su hijo
y a ti misma; gran daño en verdad esos mozos le hicieron,
mas de todos venganza ha tomado en su propia morada.»

La discreta Penélope entonces repuso a la vieja:
«Ama mía, no exultes aún con tal júbilo; sabes
con qué amor le veríamos llegar aquí todos, yo misma
más que nadie y conmigo aquel hijo que al mundo trajimos;
pero no es esa historia verdad según tú la refieres:
fue sin duda algún dios quien mató a los galanes, airado
por su odiosa insolencia y sus hechos infames, pues nunca
respetaron a un hombre entre tantos que pisan la tierra,
fuese noble o ruín, que por caso llegara hasta ellos.
Tal locura les trajo su mal, pero Ulises perdidos
tiene a un tiempo bien lejos de Acaya el regreso y la vida.»

Replicando a su vez dijo entonces el ama Euriclea:
«¿Qué palabra, hija mía, escapó del vallar de tus dientes?
Tu marido está ahí calentándose al fuego y tú insistes
en que no vendrá a casa jamás; en verdad eres terca.
Pero yo te diré otra señal y bien clara: la herida
que allá en tiempos le abrió el jabalí con sus blancos [colmillos.
Al lavarlo la vine a notar y me hallaba ya a punto
de decírtelo a ti cuando él mismo, en su astucia de siempre,
me tapó con las manos la boca cortándome el habla;
pero sígueme allá, que yo pongo la vida por ello,
y si ves que te engaño me das la peor de las muertes.»

La discreta Penélope entonces le dijo en respuesta:
«No es sencillo, ama mía querida, entender los designios
de los dioses eternos por más sabedor que se sea;

mas vayamos con todo a mi hijo, vea yo con mis ojos
esos hombres que han muerto y a aquel que ha acabado
[con ellos.»

Así hablando bajó la escalera; venía meditando
si quedarse a distancia y de allí preguntar al esposo
o acercarse y besar su cabeza y sus manos; tal ella
por el porche solado de piedras entraba en la sala
y sentóse a la luz del hogar a la vista de Ulises,
mas del lado contrario. Arrimado a elevada columna,
él al suelo miraba en su asiento esperando que algo
le dijese su prócer esposa una vez que le viera;
pero ella en silencio quedó: dominábala el pasmo
y a las veces mirándole el rostro creía conocerle
y otras veces hacíanle dudar sus astrosos vestidos.

Reprendiéndola entonces Telémaco habló de este modo:
«Madre, ¡ay, mala madre, pues tienes el alma tan dura!
¿Por qué así de mi padre te apartas? ¿Por qué no, sentada
junto a él, le preguntas e inquieres de todo? ¿Qué otra
renunciara, oprimiendo su alma, a acercarse a un esposo
que llegase hasta ella sufriendo incontables dolores
y después de faltar veinte años volviese a su casa?
Corazón como peña de duro se alberga en tu pecho.»

Contestando a su vez la discreta Penélope dijo:
«Tan suspensa, hijo mío, he quedado entre mí que no
[puedo
dirigirle palabra ni hacerle pregunta ni alcanzo
tan siquiera a mirar frente a frente su rostro. Si el huésped
es Ulises realmente que ha vuelto a su casa, sabremos
comprobarlo él y yo entre nosotros: tenemos señales
que guardamos secretas los dos y que nadie conoce.»

Sonriéndose Ulises divino, el de heroica paciencia,
al oírla le dijo a Telémaco en voces aladas:
«Tú, Telémaco, deja en la sala a tu madre y que ella
me someta a mí a prueba: bien pronto vendrá a conocerme,
pues ahora que sucio me ve y en tan malos vestidos,
me desprecia dudando que sea yo quien soy. Mas cuidemos
de llevar lo demás, asimismo, a buen fin, pues alguno
que mató a un hombre solo del pueblo y sin muchos amigos
que quedaran detrás y vengaran su muerte, forzado
se encontró a abandonar su familia y su patria; y
[nosotros
hemos muerto a la flor del país, a los mozos mejores
de las tierras de Itaca. Habrás de pensar bien en ello.»

El discreto Telémaco entonces le dijo en respuesta:
«No, mas míralo tú, padre amado, pues dicen que eres
el mejor en consejo de todos los hombres y nadie
del linaje mortal en prudencia compite contigo.
Nos tendrás a tu lado animosos y puedo afirmarte
que el valor no nos ha de faltar mientras duren las fuerzas.»

Contestando a su vez dijo Ulises, el rico en ingenios:
«Pues diré lo que a mí se me muestra mejor. Ante todo
os iréis a bañar y a ceñiros de túnicas nuevas
y a las siervas haréis igualmente cambiar de vestidos;
venga luego el divino cantor con la lira sonora
y preludie los tonos alegres del baile: así, quienes
desde fuera lo escuchen, vecinos o gente de paso,
pensarán que aquí dentro se está celebrando una boda;
que no corra entre el pueblo el rumor de la muerte de
[aquellos
pretendientes sin que antes nosotros estemos a salvo
en la finca y su densa arboleda, que allí encontraremos
la ventura que quiera el Olimpio ponernos a mano.»

Así dijo: lo oyeron los otros, cumplieron su orden,
se lavaron primero, vistiéronse túnicas nuevas,
se arreglaron las siervas y, asiendo la cóncava lira
el divino cantor, puso en todos un vivo deseo
de su música dulce y el rítmico juego del baile.

Resonaba la casa al pisar de los pies de los hombres
y las mozas de linda cintura que en ella danzaban
y tal cual, que la fiesta escuchó desde fuera, decía:
«Ya un galán de los muchos que tuvo casó con la reina,
bien seguro: ¡mezquina, no supo salvar su gran casa
esperando hasta el fin que volviera su esposo primero!»

De este modo habló alguno, mas nadie sabía lo ocurrido.
Y hete aquí que en su propia mansión al magnánimo Ulises
bañó el ama de llaves Eurínoma, ungióle de aceite
y ciñóle con túnica y manto brillante y, a un tiempo,
plenitud de hermosura vertió en su cabeza Atenea:
parecía más alto y robusto y los densos cabellos
le brillaban pendientes de nuevo cual flor de jacinto.
Bien así como en torno a la plata da un baño de oro
un varón sabedor que de Hefesto y de Palas Atena
aprendió todo arte y realiza preciosos trabajos,
tal la diosa de hechizos orló su cabeza y sus hombros.
Parecíase, salido del baño, a los dioses sin muerte
y, viniendo a ocupar el sillón donde había estado antes,
enfrentóse a su esposa y hablóle con estas palabras:
«No te entiendo, mujer. Los que habitan las casas [olimpias
duro pecho te han dado entre todas las hembras: ¿qué otra
renunciara, oprimiendo su alma, a acercarse a un esposo
que ha llegado hasta ella sufriendo incontables dolores
y después de faltar veinte años regresa a su patria?
Mas prepara mi cama, Euriclea, que duerma aunque solo:
¡corazón como el hierro de duro se alberga en su pecho!»

Contestando a su vez la discreta Penélope dijo:
«¡Oh varón singular! No hay en mí ni desprecio ni orgullo
ni te extraño en verdad demasiado: te veo como eras
al partir de la costa itaquesa en bajel que impulsaban
largos remos. Mas anda, Euriclea, ve y tiende su lecho
allá dentro, en la sólida alcoba nupcial construida
en un tiempo por él; pon la recia armazón y haz su cama
sobre ella con pieles y mantos y colchas vistosas.»

Tal habló tanteando al marido, mas hete que Ulises
irritado le dijo a su esposa, la fiel y discreta:
«¡Oh mujer! Lo postrero que has dicho es lo más [doloroso:
¿quién mi lecho cambió de lugar? No era cosa hacedera
ni por un buen experto a no ser que algún dios en persona
con su solo querer trasladáralo a algún otro sitio.
Ningún hombre viviente y mortal ni en su edad más lozana
removido lo hubiera: tenía la labor de aquel lecho
su secreto y su marca y lo hice yo mismo y no otro.
Un olivo de gráciles hojas se alzaba en el patio,
floreciente, crecido, como una columna de grueso
en su tallo; y en torno de éste con piedras bien juntas
levanté mi aposento, cubrílo con un buen tejado
y le puse unas puertas trabadas de sólido ajuste.
Corté luego el ramaje al olivo de gráciles hojas
y mondé de raíz para arriba su tronco, pulido
lo dejé por el bronce con arte y destreza, reglélo
a cordel como pata de cama, le abrí los taladros
y empezando por ello hice el lecho completo que luego
revestí con marfil, oro y plata, y al fin sus costados
con correas uní de buen cuero teñidas de rojo.
Tales fueron del lecho el trabajo y señal, mas ahora,
¡oh mujer!, yo no sé si él está firme allá o algún hombre
lo ha llevado a otro sitio serrando por bajo aquel tronco.»

Tal le dijo y en ella quebró el corazón; flaquearon
las rodillas oyendo el preciso relato de Ulises;
rompió en llanto, a su encuentro corrió con los brazos tendidos
y estrechando su cuello besábale el rostro y decía:
«No te enojes, Ulises, conmigo, que siempre el más cuerdo
te mostraste de todos los hombres. Los dioses desgracias
nos han dado envidiando a los dos que gozáramos juntos
de la flor de la vida hasta entrar en vejez. No te irrites
contra mí, pues, por ello, ni tomes a mal que yo misma
no te diera, una vez que te vi, bienvenida más grata:
en el fondo del alma sentí siempre horror de que alguno
de los hombres mortales viniendo a estas casas pudiera
engañarme con falsas razones, pues muchos maquinan
las más pérfidas trazas. Ni Helena nacida de Zeus
enlazado se hubiera en amor con un hombre extranjero
si llegara a saber que los dánaos marciales un día
de regreso la habrían de llevar a su tierra y su casa,
mas un dios inspiróle aquel acto afrentoso, pues nunca
antes de ello asentarse en su alma dejó la locura
perniciosa que trajo también nuestros propios dolores.
Pero ahora que acabas de dar tan precisas y claras
las señales de aquel lecho nuestro que nunca vio nadie
sino sólo los dos y la hija de Áctor, la sierva
que mi padre me dio cuando vine a esta tierra y que en tiempos
custodiaba las puertas del tálamo hermoso, mi alma
se ha sentido rendida ante ti con ser ella tan dura.»

Tal le habló, creció en él un afán de gemir y lloraba
apretando en su pecho a la esposa leal y entrañable.
Cual de grata se muestra la tierra a unos hombres que nadan,
cuya nave rompió Posidón en el mar, agredida
por la fuerza del viento y el recio oleaje, y muy pocos
a la costa escaparon a nado del agua grisácea

con la piel recubierta de costra salina, y contentos
en la tierra afirmaron el pie tras rehuir la desgracia,
tal de dulce mostrábase a ella el esposo al mirarle
sin poder desprender de su cuello los cándidos brazos.
Y llorando los viera la Aurora de dedos de rosa
si no viene otra cosa a pensar la ojizarca Atenea:
largo rato a la noche paró ya en su fin y retuvo
bajo el mar a la Aurora de trono de oro, impidiendo
que enganchase a Faetonte y a Lampo, los rápidos potros
que subiéndola al cielo les llevan la luz a los hombres.

Pero en esto a su esposa habló Ulises, el rico en ingenios:
«No vinimos aún, ¡oh mujer!, al remate de todas
nuestras penas, pues hay por delante labor sin medida,
labor larga y difícil que habré de arrostrar por entero:
cabalmente anunciómelo el alma del vate Tiresias
aquel día que al fondo bajé de las casas de Hades
a inquirir del regreso que habían de tener mis amigos
y yo mismo. Mas vamos al lecho, mujer, repongamos
nuestras fuerzas gozando entregados al plácido sueño.»

Replicando a su vez la discreta Penélope dijo:
«Ese lecho dispuesto estará para ti cuando quiera
te apetezca, una vez que los dioses por fin te trajeron
a tu bien construida mansión y al país de tus padres;
pero ya que has hablado de ello y un dios en la mente
te lo puso, refiere de aquella labor, pues si un día
la he de ver según pienso, es mejor conocerla ya ahora.»

Pero Ulises, el rico en ingenios, le dijo en respuesta:
«¡Desdichada! ¿Por qué tal afán de saber e instigarme
a decirlo? Mas, bien, lo diré sin dejarme atrás nada,
aunque sé que no te ha de alegrar ni yo mismo tampoco
sienta en ello placer: me mandó recorrer los poblados
de los hombres mortales llevando en las manos un remo,

hasta hallar una gente ignorante del mar que gustado
nunca hubiera comida salada y que no conociese
ni las naves de flancos purpúreos ni el uso de remos
de expedito manejo que el barco convierte en sus alas.
Una clara señal me mostró que tendré de decirte:
cuando un día topase en mi marcha con un caminante
que me hablase del bieldo que echado llevaba yo al hombro
vigoroso, mi remo en la tierra clavar debería
y ofrecer al real Posidón unas reses hermosas,
un carnero y un toro, un montés cubridor de marranas.
Ya en mis casas habríales de hacer hecatombes perfectas
uno a uno a los dioses eternos que pueblan el cielo
anchuroso; librado del mar, llegaríame la muerte,
pero blanda y suave, acabada mi vida en la calma
de lozana vejez, y mis pueblos en torno tendrían
un dichoso vivir: de ello todo auguró el cumplimiento.»

Replicando a su vez la discreta Penélope dijo:
«Si de cierto te otorgan los dioses vejez más dichosa,
de esperar es que un día te libres de todos los males.»

De este modo entre sí conversaban los dos y, entretanto,
la nodriza antañona y Eurínoma estaban vistiendo
de las más finas ropas el lecho a la luz de las hachas;
y una vez que arreglado lo hubieron con gran diligencia,
se marchó a sus estancias la vieja rendida de sueño.
A sus amos Eurínoma luego, la fiel camarera,
conducía al aposento llevando en la mano la antorcha;
tras dejarlos en él nuevamente salió mientras ellos
saludaban gozosos su lecho de bodas de antaño.
Ya a este tiempo Telémaco, Eumeo y el buen boyerizo
daban paz a los pies en el baile y descanso a las mozas
y a dormir se marchaban cruzando las salas sombrías.

Los esposos después de gozar del amor deseado
disfrutaban contando uno a otro las propias historias:

refería la divina mujer de lo mucho sufrido
viendo siempre la odiosa reunión de sus malos galanes
que, inculpándola a ella, mataban las recias ovejas
y las vacas sin duelo y vaciaban las tinas del vino.
Luego Ulises, retoño de Zeus, contó los estragos
que él en otros causara y sus mismas penosas fatigas
sin dejarse atrás nada. Gozaba ella oyendo y el sueño
no cerraba sus ojos en tanto seguía aquel relato.

Fue primero la lucha ganada a los cícones, luego
su venida a la tierra fecunda en que comen el loto
más los hechos del fiero ciclope y su propia venganza
de los nobles amigos por él sin piedad devorados;
cómo a Eolo llegó, que le dio favorable acogida
y la ayuda al partir, sin que fuera aún su sino la vuelta
a la patria, pues fuerte huracán arrastrólo de nuevo
por el mar, rico en peces, lanzando profundos gemidos;
cómo vino a Telépilo en tierra lestrígona, donde
destruyeron sus naves, mataron sus hombres de grebas
relucientes, y él sólo escapó sobre un negro navío.
Refirióle también el engaño y las trazas de Circe
y su ida en el barco de múltiples remos al Hades,
la sombrosa mansión, a escuchar los augurios del alma
de Tiresias tebano; allí vio a sus antiguos amigos
y a la madre que al mundo lo trajo y crió de pequeño;
cómo oyó a las Sirenas, perpetuas cantoras, y vino
a las Rocas Errantes, la horrible Caribdis y Escila,
de la cual nadie pudo jamás escapar sin quebranto.
La matanza contó de las vacas del Sol por sus hombres,
la que Zeus tonante en la altura vengó disparando
a la rápida nave su rayo encendido; con todos
acabó de una vez; él, su jefe, escapó a la ruina.
Arribado a la isla de Ogigia, la diosa Calipso
procuró retenerle en su cóncava gruta intentando
que con ella casase; sustento le dio y aun promesa
de volverle inmortal, de vejez liberado por siempre,

mas no pudo con todo vencerle en su pecho. Narróle
cómo luego, sufriendo mil males, llegó a los feacios,
que en sus almas le honraron lo mismo que a un dios y [le dieron
para ayuda en la vuelta a su patria un bajel y unos hombres
tras hacerle regalos de oro, de bronce y de ropas.
Y éste fue su relato postrer, pues un sueño suave
le invadió relajando sus miembros, calmando sus cuitas.

Pero ya en este tiempo tornaba a otras cosas su mente
la divina ojizarca Atenea y, al punto en que a Ulises
satisfecho creyó de dormir y de estar con su esposa,
levantó del océano a la Aurora de trono de oro
que llevase la luz a los hombres y Ulises al verla
dejó el plácido lecho sin más y a Penélope dijo:
«Bien ahítos, mujer, nos hallamos los dos de trabajos,
tú entre llantos aquí por mi vuelta penosa y yo, mientras,
retenido en dolores por Zeus y las otras deidades
en mi afán de llegar a la patria: venidos ahora
uno y otro a este lecho que tanto añoramos, tú debes
atender a los bienes que aún quedan a salvo en la casa,
que las reses matadas por esos inicuos galanes
repondré en parte yo con las presas que haga y los dánaos
me darán la otra parte hasta estar mis establos repletos.
Pero ahora he de ir a mi finca de espesa arboleda;
quiero ver a mi padre: por él en el pecho me bosa
ya el dolor. Mas te doy un consejo, ¡oh mujer!, aunque [seas
ya por ti tan discreta: no bien salga el sol, la noticia
correrá de la muerte que en casa les di a los galanes;
vete tú con tus siervas tranquila a los altos y evita
ver a nadie que llegue de fuera y entrar en preguntas.»

Tal le dijo y los hombros vistióse con armas brillantes;
despertando a Telémaco, al fiel porquerizo y al guarda

de los bueyes, mandóles tomar sus aprestos de guerra
y obedientes los tres se ciñeron el cuerpo de bronce.
Luego abrieron la puerta y salieron: Ulises guiaba;
ya en la tierra extendíase la luz, mas Atena envolviólos
a ellos todos en noche y así los sacó del poblado.

CANTO XXIV

Hermes, dios de Cilene, hacia sí convocaba las almas
de los muertos galanes. Llevaba su vara en las manos,
vara hermosa, dorada, que aduerme a los hombres los ojos
si él lo quiere o los saca del sueño. Despiertas por ella
se llevaba sus almas, que daban agudos chillidos
detrás de él, cual murciélagos dentro de un antro [asombroso
que, si alguno se cae de su piedra, revuelan y gritan
y aglomeranse llenos de espanto: tal ellas entonces
exhalando quejidos marchaban en grupo tras Hermes
sanador, que sus pasos guiaba en las lóbregas rutas.
Del océano a las ondas llegaron, al cabo de Leucas,
a las puertas del sol, al país de los sueños, y pronto
descendiendo vinieron al prado de asfódelos, donde
se guarecen las almas, imágenes de hombres exhaustos.

Encontráronse allí con las almas de Aquiles Pelida,
de Patroclo, de Antíloco, el héroe sin mengua, y con ellas
la de Áyax, en cuerpo y belleza el mejor entre todos
los argivos después del Pelida intachable. Agrupados
junto a Aquiles los otros hablaban los cuatro y, en esto,
se acercó Agamenón el Atrida; llegaba sumido
en tristeza, y en torno reuníanse las almas de aquellos
que su sino cumplieron con él en las casas de Egisto.

Y fue el alma de Aquiles allí la que habló la primera:
«¡Hijo excelso de Atreo! Pensábamos que eras querido
sobre todos los héroes por Zeus que se goza en el rayo,
pues que tal cantidad de esforzados varones mandabas
en los campos de Ilión donde hubimos tan recios dolores;
mas he aquí que a ti mismo te vino a encontrar bien [temprano
esa muerte que nadie rehúye una vez que ha nacido.
¡Cuánto fuera mejor que, gozando el honor de tu reino,
alcanzaras tu sino y tu fin en los campos de Troya!
Los argivos en pleno te hubieran alzado una tumba
y un renombre glorioso le hubieras ganado a tu hijo:
¡en verdad te tocó perecer con la más triste muerte!»

Y a su vez contestábale el alma del hijo de Atreo:
«¡Oh dichoso Pelida! ¡Oh Aquiles, igual a los dioses,
que moriste en Ilión, allá lejos de Argos, en tanto
sucumbían en redor los mejores de teucros y aqueos
disputando tu cuerpo! Tú allí bajo tal polvareda
imponente en grandeza yacías, por siempre olvidado
de tu carro veloz: todo un día duró aquel combate,
ni cejamos nosotros, mas Zeus lo cortó con sus truenos.
Cuando al fin te pudimos sacar de la lucha a las naves
y ponerte en las andas, trayendo agua tibia y ungüento
te lavamos la piel toda hermosa y un cálido llanto
derramaron los dánaos en torno y cortaron sus largas
cabelleras. Tu madre, advertida, salió de las olas
con las ninfas marinas, alzóse un clamor prodigioso
sobre el llano del mar y el temblor dominó a los aqueos;
y hasta hubieran saltado en su miedo a las cóncavas naves
si no viene a impedirlo un varón de muy larga experiencia,
que fue Néstor, el buen consejero escuchado de siempre,
que, queriéndolos bien, levantó allí su voz y les dijo:
'¡Deteneos, oh argivos! ¡Atrás, nobles hijos de aqueos!
Hete aquí que su madre ha salido del mar con las ninfas
de las aguas y viene al encuentro del hijo que ha muerto.'

Tal les dijo, en su fuga cesaron los dánaos briosos
y en tu torno las hijas del viejo del mar exhalaban
lastimero gemir y un ropaje inmortal te ciñeron.
Nueve Musas cantando por turno con voz melodiosa
entonaron sus trenos: no vieras allá ni un argivo
con los ojos enjutos, que así penetraba aquel canto.
Diecisiete alboradas contamos los hombres mortales
y los dioses sin muerte llorando por ti noche y día.
La siguiente te dimos al fuego y, a un lado y a otro,
muchas pingües ovejas matamos y bueyes rollizos.
Te abrasabas vestido de dios y aromado de ungüentos
y miel dulce; una tropa de próceres dánaos movíase
numerosa en alardes de infantes y carros en torno
de la pira en que ardías, y alzaban allá gran estruendo.
Cuando hubieron las llamas de Hefesto acabado contigo
recogimos tus huesos, ¡oh Aquiles!; al alba siguiente
los guardamos en grasa y en vino sin mezcla; tu madre
entregónos un ánfora de oro que dijo regalo
de Dioniso y trabajo del ínclito Hefesto y en ella,
gloriosísimo Aquiles, hoy yacen tus cándidos huesos:
confundidos con ellos están los del noble Patroclo
Menetíada y, al lado, también los de Antíloco, amigo
que tú amaste entre todos después que Patroclo hubo
[muerto.
A los tres erigimos un túmulo grande y sin tacha,
trabajando la tropa robusta de argivos lanceros,
sobre un cabo eminente a la orilla del ancho Helesponto
por que fuese de lejos visible en el mar a los hombres
hoy en vida y a aquellos que vivan en siglos futuros.
Y tu madre, pidiendo a los dioses magníficos premios,
los propuso en mitad de la junta a los jefes argivos.
Tú debiste de ver en gran número fúnebres juegos
de varones de pro cuando a veces por muerte de un rey
los mancebos se ciñen y aprestan al noble certamen,
mas jamás cosa alguna llegaste a admirar como habrías

admirado los premios que Tetis, de pies argentinos,
en tu honor puso allí: sobremodo te amaban los dioses.
Y así tú no perdiste al morir tu renombre, mas siempre
correrá por el mundo tu fama gloriosa, ¡oh Aquiles!,
pero a mí, ¿qué placer me ha traído el mandar en la guerra,
pues que Zeus, al volver yo a mi hogar, me tramó la ruina
más terrible por manos de Egisto y mi pérfida esposa?»

De este modo entre sí conversaban los dos, y ya iba
acercándose Hermes, guiador luminoso, en cabeza
de la turba de aquellos donceles que Ulises matara;
y extrañados, por verlos mejor a su encuentro salían,
cuando el alma del hijo de Atreo notó a Anfimedonte,
el ilustre, nacido de Mélanes: era su huésped
y le había dado albergue en sus casas de Ítaca. El alma
del Atrida volviéndose a él exclamó la primera:
«¿Qué desgracia os hundió, Anfimedonte, en la tierra
[sombría?
Todos sois de una edad, escogidos, ni de otra manera
sacaríase de alguna ciudad a los hombres mejores.
¿Fue quizá Posidón quien os trajo en las naves la muerte
suscitando huracanes crueles e ingente oleaje
u os mataron en tierra enemigos al tiempo que hacíais
en sus bueyes botín o en sus pingües rebaños? ¿O en lucha
defendían aquéllos, tal vez, su ciudad y mujeres?
Mis preguntas contesta, pues yo por tu huésped me tengo:
¿no te acuerdas que fui a tu país y, en unión del divino
Menelao, tu hogar me albergó, pues queríamos que Ulises
nos siguiera a Ilión en las naves de sólidos bancos?
Todo un mes nos costó la jornada a ultramar, mas en ella
persuadimos a Ulises, el rey destructor de ciudades.»

Y dejándose oír a su vez contestó Anfimedonte:
«¡Gloriosísimo Atrida, oh tú, Agamenón soberano!

Bien me acuerdo, ¡oh retoño de Zeus!, de aquello que [cuentas;
puntualmente por tanto te habré de decir, sin dejarme
nada atrás, en qué modo se vino a cumplir nuestra muerte.
Largos años Ulises faltaba en su hogar; pretendíamos
a su esposa; ella, odiando esa boda, no osaba rehusarla
ni ceder: nos tramaba la muerte y la negra ruina.
Y hete aquí un nuevo ardid concebido en su pecho: en sus [salas
suspendió del telar una urdimbre bien larga y tejía
una tela suave y extensa y a un tiempo nos dijo:
'Pretendientes que así me asediáis, pues ha muerto Ulises,
no tengáis tanta prisa en casar. Esperad que yo acabe
esta tela que estoy trabajando, no pierda sus hilos;
la mortaja será del divino Laertes el día
que le alcance la parca fatal de la muerte penosa:
que ninguna mujer entre el pueblo me lance reproches
por faltarle un sudario teniendo tamañas riquezas.'
Tal hablaba y logró persuadir nuestro espíritu prócer;
ella, en tanto, tejía su gran tela en las horas del día
y volvía a destejerla de noche a la luz de las hachas.
Por tres años mantuvo el ardid y engañó a los argivos,
mas, corriendo ya el cuarto, al volver la estación del [comienzo,
consumidos los meses y al cabo de inúmeros días,
lo contó una sirvienta enterada de todo y logramos
sorprenderla soltando la trama del fino tejido:
de esta suerte, aunque bien a disgusto, llegó a terminarlo.
Y tejida y lavada que fue, nos mostró aquella pieza
semejante en su brillo a la luna o el sol, cuando, en esto,
no se sabe de dónde una infausta deidad trajo a Ulises
a un rincón de sus tierras; en él su porquero tenía
la majada; allí vino también a encontrarle su hijo
tras su vuelta en un negro bajel desde Pilo arenosa
y los dos nos tramaron la más dura muerte. Llegaron
con tal fin a la noble ciudad, mas Telémaco vino

por delante y Ulises después; conducíalo el porquero
y llevaba cubriéndole el cuerpo unas ropas astrosas
con aspecto de un mísero anciano, de un triste mendigo
que, apoyado en un leño, llegaba cubierto de harapos.
De nosotros ninguno, ni aquéllos de edad más madura,
alcanzó a conocer quién él era en su súbito arribo:
le tirábamos golpes al cuerpo, decíamosle injurias
y hete aquí que él estuvo aguantando en su propia morada
los disparos y ultrajes con ánimo entero hasta el día
en que Zeus que embraza la égida quiso exaltarlo.
Recogió con su hijo él entonces las armas preciosas
que en sus casas había y las fue a retirar al tesoro.
Después de ello en un colmo de astucias mandóle a su esposa
que nos diese en certamen su arco y sus hachas de hierro,
lo que fue para todos, ¡cuitados!, comienzo de muerte.

Ni uno solo mostróse capaz de tenderle a aquel arco
poderoso la cuerda: el vigor nos faltaba con mucho.
Ya a las manos de Ulises pasaba el gran arco y entonces
nuestras voces alzamos nosotros a una clamando
por que no se le diese, a pesar de sus largas razones;
mas a Eumeo Telémaco urgió, le mandó lo entregara,
y helo en manos de aquel divinal, sufridísimo Ulises.
Lo tendió sin trabajo, pasó las anillas de hierro
y al momento se irguió en el umbral, echó al suelo las [flechas,
formidable miró alrededor y flechó al noble Antínoo.

A otros muchos después alcanzó con saetas preñadas
de sollozos tirando de frente; hacinados caían
y bien claro se hizo que un dios ayudaba a los otros,
pues corriendo la sala abatían movidos de furia
a los hombres a diestra y siniestra. Se alzaba un gemido
pavoroso al herir de cabezas y el suelo humeaba
todo en sangre. Tal fue, Agamenón, nuestro fin: olvidados
los cadáveres yacen aún en las salas de Ulises

e ignorantes de todo en sus casas están nuestras gentes
sin venir a limpiarnos de sangre las recias heridas,
a llevarnos al lecho y llorar, solo honor de los muertos.»

Pero el alma del hijo de Atreo le dijo en respuesta:
«¡Oh dichoso Laertíada! ¡Oh Ulises de trazas sin cuento!
En verdad tú tomaste mujer de virtud grande y fuerte:
¡de cuán nobles entrañas Penélope ha sido, la hija
sin reproche de Icario! ¡Cuán fiel su recuerdo de Ulises
con quien moza casara! Jamás morirá su renombre,
pues los dioses habrán de inspirar en la tierra a las gentes
hechiceras canciones que alaben su insigne constancia.
No así de Tindáreo la hija. Ideando maldades
a su esposo mató: serán cantos repletos de odio
los que de ella en el mundo se extiendan y así su ignominia
recaerá sobre cada mujer por honrada que sea.»

Tales cosas hablaban los dos entre sí frente a frente,
de la tierra en los senos, moradas de Hades. Bien pronto
con los suyos Ulises bajó del poblado a la finca
de Laertes, cuidada y hermosa, que él mismo en un tiempo
para sí consiguió tras dar cima a penosos trabajos.
Allí estaba su casa; unos porches cercábanla: en ellos
se acogían a sentarse, comer y dormir por la noche
los esclavos que a gusto del dueño labraban sus tierras.
Una vieja mujer siciliana cuidaba entre todos
con esmero al anciano señor en su agreste retiro.

Y al llegar habló Ulises así con su hijo y los siervos:
«Id ahora a la casa vosotros, coged al marrano
más lucido que halléis y matadlo que os sirva de almuerzo.
Yo iré, en tanto, a buscar a mi padre y a ver si al tenerme
por delante a sus ojos conoce a su hijo o me toma
por extraño: ¡pasó tanto tiempo sin verme a su lado!»

Así dijo, entregó a los esclavos sus armas de guerra,
se marcharon los tres hacia dentro y Ulises, en tanto,
se acercaba a la espléndida viña. Observó en torno suyo,
mas no halló al viejo Dolio al bajar al plantío ni a ninguno
de sus hijos o esclavos: habían ido todos por piedras
para hacer un cercado que diese defensa a la viña
y el anciano marchando delante guiaba a los otros.
Solo, pues, en el rico viñedo encontróse a su padre
que acollaba una vid: una túnica sucia vestía
de mal ver, con zurcidos; en torno a las piernas llevaba
malas grebas de buey por miedo a rasguños y heridas
y en las manos golubas, reparo de espinos; cubríase
de un pellejo cabruno. El dolor le arreciaba en el alma.

Una vez que lo vio el divinal pacientísimo Ulises
de vejez consumido y tomado de pena, ocultóse
bajo espeso peral y dejó que fluyese su llanto.

Acucióle después en su pecho y su alma el deseo
de llegarse a abrazar y besar a su padre, decirle
cada cosa y contarle su vuelta al país, mas dudaba
si debía preguntarle primero poniéndolo a prueba.
Meditando entre sí comprendió que mejor le sería
tantearlo, ante todo, con unas palabras punzantes
y, con esta intención, acercósele Ulises divino
mientras él cabizbajo, cavaba la tierra a una cepa.

Y a su lado dejósele oír aquel hijo glorioso:

«No hay en ti, buen anciano, ignorancia de cómo se cuida
tal plantío, mas bien la labranza conoces de todo,
del arbusto, la higuera, la vid, el peral, el olivo,
las legumbres, y así nada está descuidado en tu huerto;
pero voy otra cosa a decir, no te irrites por ello.
Quien no está bien cuidado eres tú; pues a un tiempo te [agobia
la vejez, te ves sucio y te ciñes de malos vestidos;
ni es tu holganza, en verdad la razón de que así te abandone

tu señor y en tu aspecto no hay nada servil, antes tienes
talla prócer y noble figura: pareces un rey.
A hombre tal le conviene, después de bañado y comido,
descansar blandamente, que es esa la ley de los viejos.

Pero, ¡ea!, contesta a esto otro y explica fielmente:
¿a quién sirves aquí? ¿De quién es este hortal que cultivas?
Dame cuenta también sin engaño, que yo lo conozca,
de si estoy en las tierras de Ítaca. Así me lo dijo
un varón que a mi paso encontré cuando aquí caminaba,
no discreto, en verdad: no me quiso explicar muchas cosas
ni escuchar mis palabras al tiempo que yo preguntaba
por un huésped que tuve y no sé si se encuentra aún en vida
o si ha muerto y está en las moradas de Hades. Por ello
a ti voy a decírtelo: atiende a mis dichos y escucha.
Hospedé en otro tiempo en mi patria querida a un sujeto
que llegó por allí: nunca vino un mortal tan amable
a mi hogar entre tanto extranjero de tierras lejanas.

Se gloriaba de ser por linaje de Ítaca y dijo
que su padre era el noble Laertes, nacido de Arcisio;
le conduje a mi casa, le di en sus estancias albergue,
le brindé de lo mucho que en ellas tenía y los dones
de hospedaje ofrecíle según uso y ley. Fueron siete
bien labrados talentos de oro más una cratera
hecha toda de plata con ricos adornos de flores;
doce mantos de lana, otros tantos, hermosos, de lino
con sus túnicas; doce tapetes y, a más de ello todo,
cuatro bellas mujeres le di sabedoras de muchos
y esmerados trabajos que él mismo eligió a su talante.»

Y Laertes, dejando ir el llanto, le dijo en respuesta:
«Bien de cierto, extranjero, has llegado a la tierra que
[dices
donde mandan ahora varones sin juicio, insolentes.
Vanos fueron los dones sin cuento que hiciste a aquel
[hombre.

Si le hallaras con vida en las tierras de Ítaca, él mismo
te mandara de aquí bien pagado con otros presentes
y con buen hospedaje: es deber de quien ha recibido.
Pero, ¡ea!, contesta a esto otro y explica fielmente:
¿cuántos años ha ya que albergaste en tu casa a aquel
[huésped
sin ventura? Es mi hijo o al menos lo fue en otro tiempo,
¡desdichado!, a quien lejos del suelo paterno y los suyos
devoraron los peces del mar o en la costa despojo
fue de fieras y aves. Murió y a vestirlo y llorarlo
no estuvimos su madre ni yo que le dimos la vida
ni tampoco su esposa Penélope, insigne en prudencia,
le plañó junto al fúnebre lecho según era justo
ni sus ojos cerró, sola honra que queda a los muertos.
Pero di sin engaño esto otro, que yo bien lo sepa:
¿de qué pueblo eres tú? ¿Cuáles son tu ciudad y tus
[padres?
¿En qué sitio ha quedado el ligero bajel que te trajo
hasta aquí con tus buenos marinos? ¿O acaso viniste
por comercio en extraño navío y se han vuelto los otros?»

Contestando a su vez dijo Ulises, el rico en ingenios:
«Con entera verdad la respuesta daré a tus preguntas:
de Alibante procedo, allí vivo en espléndidas casas;
es Afidas mi padre, nacido del rey Polipemon,
y mi nombre es Epérito; un dios desvióme en mi ruta
de Sicania y me trajo forzado a esta tierra; mi nave
no llegó a la ciudad, está en playa apartada y agreste.
Cuanto a Ulises, con este en que estamos van ya cinco años
que, partiendo de allí, las riberas dejó de mi patria.
¡Desgraciado! De cierto al salir los augurios le fueron
favorables; yo, alegre con ello, ayudé su partida
y él gozoso marchó: nos quedaba a los dos la esperanza
de encontrarnos de nuevo y trocarnos magníficos dones.»

Tal habló: nube oscura de pena cególe al anciano;
con sus manos cogió dos puñados de tierra y vertiólos
por su cana cabeza exhalando continuos gemidos.
Solevósele el ánimo a Ulises, subíale el coraje
por la hinchada nariz al mirar a su padre en tal traza;
dando un salto hacia él, lo besó y abrazó y al fin dijo:
«Padre mío, heme aquí, soy tu hijo, aquel hijo que
[buscas,
que tras una veintena de años regreso a la patria;
mas retén ya tus llantos y corta tu flébil gemido
pues te habré de decir —darnos prisa debemos por ello—
que maté a todos esos donceles allá en nuestra casa
castigando su acerba insolencia y sus hechos infames.»

Por su parte, Laertes le dijo en respuesta: «Si eres
tú de veras Ulises, mi hijo, que has vuelto a la patria,
dame de ello un indicio bien claro que pueda creerlo.»

El fecundo en ingenios Ulises repúsole entonces:
«Ve, ante todo, esta enorme señal que en el monte Parnaso
con sus blancos colmillos marcó un jabalí cuando iba
por allá, pues mi madre y tú mismo me habíais enviado
con Autólico, el padre de aquélla, a tomar los presentes
que él, hallándose aquí en nuestra casa, me había
[prometido.
Pero voy además a contarte los árboles todos
que me diste una vez de esta huerta florida. Yo, aún niño,
caminaba contigo por ella, te hacía mil preguntas,
tú mostrabas las plantas y me ibas diciendo sus nombres;
diez manzanos y trece perales me diste, de higueras
hasta cuatro decenas; de liños de vides contaste
medio ciento también para mí: producía cada liño
sin cesar —aún en ellos hay gajos de todas sazones—
según iban viniendo de arriba los tiempos de Zeus.»

Así dijo; quebró el corazón del anciano, sus piernas
flaquearon, oído que hubo el preciso recuento;
los dos brazos tendió hacia su hijo; vencíalo el desmayo,
mas aquel divinal sufridísimo Ulises cogiólo
y sostúvole. Al fin recobrando el aliento y las fuerzas,
otra vez replicaba Laertes con estas palabras:
«Padre Zeus, aún vivís las deidades allá en el Olimpo
si en verdad los galanes purgaron su loca insolencia,
pero ahora me aflige el temor de que aquí nos invadan
sin tardar los vecinos de Ítaca y manden mensajes
a excitar por doquiera a las gentes allá en Cefalenia.»

Contestando, a su vez, dijo Ulises, el rico en ingenios:
«Nada temas, no alteren tu pecho estas cosas, mas vamos
ahora aquí a nuestra casa del lado que da con la huerta;
ya he mandado a Telémaco a ella, al pastor de los bueyes
y al leal porquerizo que adoben aprisa el almuerzo.»

Tal diciendo, a la hermosa mansión dirigieron sus pasos
y llegados a aquellas estancias de buena vivienda,
a Telémaco vieron y, al lado, a los dos ganaderos
que trinchaban tasajos sin fin y mezclaban el vino
chispeante. Entretanto, al egregio Laertes la sierva
siciliana bañó en la mansión y le ungió con aceite,
una túnica hermosa ciñóle después y Atenea
acercándose a él infundió en el pastor de su pueblo
más vigor y lo puso a la vista más recio y más alto.
Al salir él del baño, suspenso mirábale el hijo;
parecíale en su aspecto algún dios inmortal y, dejando
ir su voz de este modo, le habló con palabras aladas:
«Padre, alguno en verdad de los dioses eternos te ha [dado
parecer de más bella y más prócer figura que antes.»

Y el discreto Laertes entonces le dijo en respuesta:
«¡Padre Zeus, Apolo, Atenea! De hallarme yo ahora
como estaba al tomar con mi grey cefalena el alcázar
bien labrado de Nérico, allá sobre punta de tierra,
si con armas encima del cuerpo me hubiera encontrado
ayer mismo en mi casa a hacer frente y poner en huida
a esos hombres, no a pocos hubiera quebrado las fuerzas
en mi propia mansión y tú hubieras gozado en tu pecho.»

De este modo entre sí conversaban los dos y a esa hora
los demás, terminado el trabajo y dispuesto el almuerzo,
en hilera ocuparon sillones y sillas; y todos
disponíanse a echar mano al yantar, pero en ese momento
presentóseles Dolio, el anciano; seguíanle sus hijos
tras la dura faena llamados allí por su madre,
la mujer siciliana que hacía su comida y cuidaba
con esmero del viejo, vencido que fue por los años.
Cuando vieron a Ulises a poco entendieron quién era
y en la sala quedaron suspensos, mas hete que él mismo
les habló dirigiéndose a ellos con blandas palabras:
«Ven acá a nuestro lado, ¡oh anciano!, y desecha ese
[asombro,
porque ya nos aguija el deseo de comer y os estamos
esperando hace rato en la sala un momento tras otro.»

Tal habló, fuese Dolio derecho hacia él extendiendo
los dos brazos, cogió su muñeca, besóle la mano
y, dejándose oír, dirigióle palabras aladas:
«Pues has vuelto, señor bien amado, a nosotros y,
[cuando
la esperanza perdíamos, el cielo ha querido traerte,
ten salud, sé feliz, y los dioses te den mil venturas;
pero, ¡ea!, contesta a esto otro, que yo bien lo sepa:
¿la discreta Penélope sabe tu vuelta o tendremos
que enviarle un heraldo que presto le dé la noticia?»

Replicando, a su vez, dijo Ulises, el rico de trazas:
«Ya lo sabe, ¡oh anciano!, no tienes que hacer nada en
[ello.»

Tal le dijo y él vino a sentarse en un buen taburete
y sus hijos, poniéndose en torno del ínclito Ulises,
saludándole fueron también, le estrecharon la mano
y ocuparon sus sitios al lado de Dolio, su padre.

Embargados así en el yantar manteníanse en la sala
y, entretanto, la voz mensajera extendíase por toda
la ciudad de la muerte terrible de aquellos galanes.
Al oírla, las gentes llegaban de un lado y de otro
con gemidos y llanto al portal del palacio de Ulises.
Retiraron los cuerpos de allí y enterraba a los suyos
cada cual. A los otros de extrañas ciudades poníanlos
en poder de barqueros de paso, en los raudos navíos.
Con la pena en el pecho juntáronse luego en la plaza
y, al momento en que todos en uno quedaron reunidos,
levantándose Eupites tomó la palabra entre ellos;
en su entraña llevaba el dolor sin consuelo de Antínoo,
aquel hijo que Ulises divino matara el primero.
Y entre llantos por él comenzóles a hablar de este
[modo:
«Gran traición, bien de cierto, este hombre tramó a los
[aqueos;
muchas fueron las gentes de pro que llevó en sus navíos,
mas perdió con los combos bajeles a toda su tropa
y al llegar aquí ahora mató a los mejores del pueblo
cefalén; pero antes que a Pilo se escape o a Elis
la divina, el país que poseen los bravos epeos,
a su encuentro salgamos. Si no, para siempre abatidos,
aun las gentes futuras vendrán a saber nuestra afrenta
de dejar de este modo a asesinos de hermanos e hijos
sin venganza. A lo menos a mí ya el vivir me sería

bien amargo y quisiera muriendo encontrarme entre aquéllos;
vamos, pues, no atraviesen el mar y nos dejen burlados.»

Así dijo llorando, el dolor embargó a los aqueos;
mas en esto Medonte llegó y el aedo divino
a su lado, de casa de Ulises, repuestos del sueño,
y en mitad de la plaza se alzaron con pasmo de todos.

Y Medonte, el discreto de entrañas, habló de esta suerte:
«Habitantes de Ítaca, oídme, no pienso que Ulises
estas cosas tramó sin favor de los dioses eternos;
con mis ojos he visto que un dios inmortal se apostaba
junto a él, a Mentor semejante en un todo, mas era
dios de cierto, sin muerte, y a veces al lado de Ulises
se mostraba animándole, a veces corría por la sala
en acoso de aquellos galanes que en masa caían.»

Así dijo y el pálido miedo tomólos a todos;
mas entonces el héroe Mastórida, anciano Haliterses,
sólo el cual avistaba el pasado y también el futuro,
deseándoles bien arengólos con estas palabras:
«Habitantes de Ítaca, oíd lo que voy a deciros.
Vuestra propia flaqueza, ¡oh amigos!, os trajo estos
[males:
nunca a mí ni a Mentor, el pastor de su gente, atendisteis
en frenar las locuras que aquí vuestros hijos hacían;
grande ha sido su crimen en largo furor de desmanes;
destrozaron los bienes, trataron sin honra a la esposa
de un excelso varón que pensaron jamás volvería;
mas ahora haced esto, seguid el consejo que os doy:
no vayamos allá, nadie busque una nueva desdicha.»

Así dijo y los más lo aprobaron con grandes clamores
y marcharon de allí, mas los otros quedaron reunidos:

disgustados de aquellas razones siguieron pensando
con Eupites y, al punto, partieron en busca de armas.
Una vez que vistieron su piel con el bronce brillante,
a reunirse de nuevo vinieron allá en las afueras
de la vasta ciudad con Eupites al frente: ¡insensato,
que la muerte pensaba vengar de su hijo y no había
de volver, mas cumplir en la empresa su infausto destino!

Y hete en esto que a Zeus el Cronión así hablaba Atenea:
«Padre nuestro Cronión, soberano entre todos los reyes,
mi pregunta contesta: ¿qué guarda tu mente en sus senos?
¿Pondrás guerras terribles de hoy más y furiosas peleas
en los hombres de Ítaca o paz y amistad en sus bandos?»

Respondiendo, a su vez, dijo el dios que amontona las [nubes:
«¿Por qué, oh hija, preguntas e inquieres de mí tales [cosas?
¿No ideaste de cierto tú misma el ardid con que Ulises
regresando a su patria tomara venganza de aquéllos?
Obra, pues, como quieras, mas yo te diré lo que es justo:
ya que así se vengó de esos mozos Ulises divino,
hagan paces juradas y él siga reinando por siempre.
Procuremos nosotros que olviden aquella matanza
de sus hijos y hermanos; que vuelvan a amarse entre ellos
como antaño se amaban y abunden de paz y riquezas.»

Tal diciendo, el deseo le vino a avivar a la diosa
y ésta dando un gran salto bajó de las cumbres olimpias.

Apurado, entretanto, el placer de la buena comida,
a los suyos habló el divinal pacientísimo Ulises:
«Salga alguno y compruebe si están ya a la vista esos [hombres.»

Tal habló. Salió un hijo de Dolio según él mandaba,
pero no más allá del umbral. Vio acercarse ya a todos
y tornándose a Ulises le dijo en aladas palabras:
«Cerca están esas gentes, cojamos las armas aprisa.»

Así hablóles y alzándose ellos vistieron sus armas:
eran cuatro del grupo de Ulises, seis hijos de Dolio,
y este mismo y Laertes tomaron también la armadura,
convertidos por fuerza en guerreros no obstante sus canas.
Una vez revestida su piel con el brillo del bronce,
caminaron abriendo las puertas al mando de Ulises.

Acercóseles luego Atenea nacida de Zeus,
semejante en la voz a Mentor y en su cuerpo y figura;
gozó viéndola Ulises, el héroe paciente, y al punto
se volvió para hablar con Telémaco, el hijo querido:
«¡Oh Telémaco! Vas a aprender por ti mismo, llegando
a una lucha de hombres en donde los fuertes se criban,
a no dar deshonor a tus padres y estirpe, que siempre
nos gloriamos de fuerza y valor sobre toda la tierra.»

Y en respuesta, a su vez, el discreto Telémaco dijo:
«Tú has de verlo si quieres, ¡oh padre!, y sabrás de mi
[temple,
que no habré de afrentar como auguras en nada a mi estirpe.»

Así hablóle y Laertes alegre con ello exclamaba:
«¡Oh, qué día para mí, dioses buenos! ¡Qué dicha la
[mía,
ver al hijo y al hijo del hijo emulando en bravura!»

Mas viniendo a su lado le habló la ojizarca Atenea:
«¡Oh Arcisíada, el amigo por mí mas querido! En tu
[ayuda
llama tú a la doncella ojizarca y Zeus padre y, blandiendo
esa lanza de sombra alargada, dispárala al punto.»

Tal diciendo infundióle la diosa valor sin medida
e, invocando a la hija del máximo Zeus, al momento
él blandió y disparó aquella lanza de sombra alargada.
En el yelmo de Eupites fue a dar de barbera de bronce,
que no pudo pararla: la punta pasó su cabeza,
él dio en tierra sin más y las armas sonáronle encima.
Mas Ulises y el hijo glorioso se echaban, en tanto,
sobre el frente contrario con dobles lanzones y espadas
y acabaran con todos allá sin que nadie escapase
cuando Atena, nacida del dios que la égida embraza,
exhaló una gran voz y detuvo al ejército entero:
«Desistid de la guerra penosa, itaqueses, que pronto
retiraros podáis desde aquí sin verter ya más sangre.»

Así dijo Atenea, tomólos el pálido espanto;
por la fuerza del miedo sus manos soltaban las armas,
que caían en el suelo a los gritos que daba la diosa,
y al poblado tornaban pensando no más que en sus vidas.
Un aullido terrible alzó Ulises, con todo su arrojo
asaltóles cual águila asalta que vuela en la altura,
cuando vino el Cronión a enviarle su rayo encendido,
que a la vista cayó de la hija del padre terrible;
y volviéndose díjole a Ulises Atena ojizarca:
«¡Oh Laertíada, retoño de Zeus, Ulises mañero!
Tente ya, no prolongues la guerra que a nadie perdona,
no se irrite contigo el Cronión de la voz larga en ecos.»

Así dijo Atenea, gozóse él de oírla, aquietóse
y ella, Palas, nacida del dios que la égida embraza,
para siempre jamás puso acuerdo en los bandos contrarios
simulando la voz de Mentor y su cuerpo y figura.

Segontiae, prid. Kal. Aug. MCMLXXI.

ÍNDICES

ÍNDICE DE NOMBRES

Varias advertencias requiere este índice utilísimo y compuesto, con pequeña revisión posterior del que suscribe, por la competencia, laboriosidad y piedad filial de Carmen Teresa Pabón.

El índice está referido a la versión de don José Manuel: puede ocurrir, por tanto, que aquí se halle en determinado verso un nombre que en el original griego aparezca en el anterior o posterior; o que algunos nombres no figuren en el texto de Homero, que utiliza una perífrasis o patronímico, o viceversa.

Quien haya leído atentamente nuestra introducción se dará cuenta de las dificultades inmensas a que el llorado traductor se sometió voluntariamente al elegir un sistema rítmico tan estricto: ello forzosamente tenía que causar problemas al citar nombres propios, menos moldeables que el resto del vocabulario. El profesor Pabón salió del paso con habilidad suma, pero viéndose en ocasiones forzado a vulnerar levemente las normas hoy día usuales en la transcripción, en lo que toca, por ejemplo, a la regla de la acentuación con base en la penúltima latina, al empleo de unos étnicos en vez de otros, a ciertas libertades sufijales, al reparto en la segunda declinación de transcripciones con *-s* para las islas y sin ella en el resto, etc. Nos ha parecido, pues, conveniente añadir entre paréntesis, cuando así se requiera, la forma más «ortodoxa» o, si se quiere, más «exageradamente ortodoxa», para que el lector, con su buen gusto y sentido de la eufonía, pueda elegir en sus futuros empleos no necesariamente rítmicos.

Téngase en cuenta también que la Real Academia Española, y así lo señalan también nuestros paréntesis, autoriza doble

acentuación cuando teóricamente la palabra española tendría que ser esdrújula con acento en la *-i-* inicial de un diptongo (*Aretíada* o *Aretiada,* etc.).

M. F. G.

ÍNDICE GENERAL